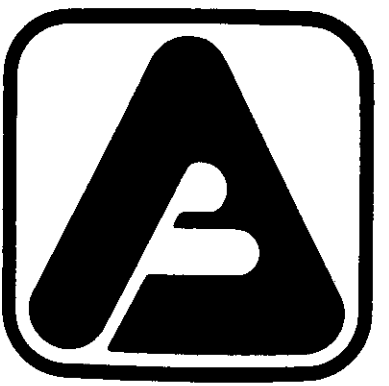
HISTORIA REAL Y FANTASTICA DEL NUEVO MUNDO



FUNDACIÓN
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

HISTORIA REAL Y FANTASTICA DEL NUEVO MUNDO

Reproducción fotográfica: Nelson Garrido

HISTORIA REAL Y FANTASTICA DEL NUEVO MUNDO

Presentación
JOSE RAMON MEDINA

Selección, prólogo, notas y bibliografía
HORACIO JORGE BECCO

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO, 1992
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
Derechos reservados
conforme a la ley
ISBN 980-276-176-1 (rústica)
ISBN 980-276-168-0 (empastada)

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

LA INVENCION DE AMERICA
O LA TIERRA NUEVA

DE LO MARAVILLOSO MEDIEVAL
A LO REAL MARAVILLOSO

EN EL SIGLO XIII el crecimiento urbano corre parejo con la erosión del sistema feudal. Cada vez es más difícil mantener atada a la tierra a esa gente cuya fuga hacia las ciudades torna día a día más escasa la mano de obra campesina y obliga a que el siervo se inserte en los estratos inferiores de una clase burguesa para la cual el éxito económico es lo más importante, frente al anquilosamiento del feudalismo, basado en la exaltación —sin mucha observancia— de las virtudes cristianas, y la defensa de los valores caballerescos que, entre otras cosas, consideraba denigrantes tanto el trabajo manual como el comercio.

La ciudad medieval ha sido construida para andar a pie, sus calles angostas dejan pocas posibilidades al tráfico rodado. Los edificios son bajos y estrechos. La vida depende de la artesanía y de la industria en pequeña escala. A veces la ciudad servía de mercado donde se vendían los productos agrícolas de los alrededores y tenía una plaza para las mercancías elaboradas.

Eran ciudades de vida lenta donde nunca pasaba nada, como no fuera un monje mendicante, un predicador, unos peregrinos o unos leprosos que, sonando sus cencerros, buscaban los lugares menos transitados. A veces se detenían algunos juglares de paso para el castillo más cercano.

En espacio tan reducido, pueblo y burguesía emergente participarán de manera activa en el fenómeno comunicacional: noticias, rumores, leyendas y secretos que antes habían estado circunscritos a las estancias de los señores.

Había un mundo próximo y misterioso que era el bosque; y una llanura, las más de las veces lejana y desconocida, que llevaba al fin del mundo; esa vasta extensión era el mar. Todo cuanto se relacionaba con ellos se cargaba espontáneamente de contenido misterioso, con lo cual se respondía al humano anhelo de romper la monotonía cotidiana jugando con el propio miedo y con el ajeno. Además, toda ciudad que se respetara tenía su loco, su charlatán y su heraldo y su "correo de las brujas", que ponían en la chatura de la vida el estremecimiento de lo maravilloso, o la consoladora compañía del milagro.

El distinguido medievalista Jacques Le Goff establece el deslinde entre lo que hoy entendemos por maravilloso y lo que por tal tenía el hombre de la Edad Media: halla que lo que corresponde a nuestro maravilloso es la palabra plural *mirabilia* y agrega que existe una continuidad de interés por lo maravilloso entre la Edad Media y nosotros; pero que se debe considerar que si nosotros vemos en lo maravilloso una categoría del espíritu o de la literatura, la gente culta de la Edad Media y quienes recibían de ella su información y eran formados por ella, veían en lo maravilloso un universo, lo cual es muy importante, sólo que se trataba de un universo de objetos, un conjunto, un conjunto de cosas antes que una categoría.

Por otra parte, desde el punto de vista etimológico, señala la raíz mir (mirar, mirari) que implica algo visual; pero aunque los mirabilia no son sólo cosas que el hombre puede percibir con la mirada estupefacta, todo un mundo imaginario se ordena alrededor de una serie de imágenes y de metáforas de orden visual.

"Lo maravilloso tiene algo sobrenatural, que no se explica sino por lo maravilloso". En los siglos XII y XIII lo sobrenatural accidental se divide en tres dominios designados por tres objetivos: *mirabilis,* que es nuestro maravilloso; *magicus,* lo sobrenatural maléfico, satánico; y *miraculosus,* lo sobrenatural propiamente cristiano.

Podemos, pues, imaginar que todo cuanto traspasaba los límites de lo explicable iba a caer, como una moneda lanzada al aire, en uno de esos círculos definitorios que, con el tiempo, se han ido ampliando y entrelazando. Ya en los libros de caballerías el herido caballero es sanado mediante la aplicación de un ungüento mágico que nada tenía de demoníaco, que a veces era entregado por un mágico que no era precisamente Satanás. Hoy en día nos parecería maravilloso que se nos concediera un milagro.

Pero respecto a los siglos XV y XVI —descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo— tenemos la impresión de que gran parte de las cosas que se percibían con la mirada, incluido el *uomo novo* y sus costumbres, constituían *mirabilia.*

"Lo extraño puede resolverse por la reflexión —dice Todorov— lo maravilloso por lo maravilloso mismo". Pero quienes en la Edad Media podrían explicar lo extraño, que eran los monjes y doctores, tenían en sus bibliotecas numerosos libros, mapas y cartas marinas en donde se desbordaba la más desmesurada imaginación, lo cual hizo que muchos de aquéllos, llevados por una fe demasiado crédula y una credulidad excesivamente candorosa, trataran de explicarse las cosas de este mundo echando mano del otro (lo maravilloso, lo mágico y lo milagroso) como cualquier hijo de vecino que hubiera recibido por vía oral las nociones clásicas de Plutarco y Herodoto acerca de las amazonas, o de la preocupación medieval por los diversos cometidos de santos y demonios, metidas en el mismo puchero con la leyenda de San Brandán y otros monjes errantes irlandeses, la relación de Marco Polo y las jactancias del preste Juan, quien en el siglo XI describe sus fabulosas posesiones en la India con la más desbocada imaginación. Toda una teoría de seres, plantas, monstruos, endriagos y fenómenos naturales que poblaban la imaginación e inquietaban la condición sedentaria de la vida.

Por esa pugna lúdica de ser el primero que ha visto algo, quien regresaba de un viaje más allá del doméstico Mediterráneo, traía un caudal de relatos donde la exageración iba creciendo en proporción directa a la distancia y a la duración de la ausencia, palabras que a medida que cambiaban de boca y avanzaban tierra adentro, en lugar de perder resplandor se iban haciendo más fascinantes.

Realidad e imaginación se fusionan hasta crear una nueva geografía hija de la propensión milagrera: dimensión atrevida, salto en la oscuridad que nada tiene que envidiarle a los libros y películas de ciencia-ficción, de los cuales son el origen lejano, después de pasar por las hazañas descomunales de los libros de caballerías y por la imaginación futuristta, pero bien sustentada, de Julio Verne.

La diferencia, que es fundamental, consiste en que una vez cerrado el libro, el lector de nuestros días se incorpora a la vida normal, a la realidad; en la Edad Media y bien entrada la Edad Moderna, los trasgos, el universo animalista, la naturaleza fantástica, el mito milenario, acompañan la experiencia del hombre y explican los sucesos de la vida cotidiana. Si la sierva, incapaz de tener descendencia, se roba el niño al que amamanta y luego, arrepentida, lo abandona bajo alguna arcada, habrá sido cosa de unos seres sobrenaturales, suerte de gnomos que, llegada la noche, se complacen en sacar de sus cunas a los niños pequeños, quienes a la mañana siguiente aparecen sanos y salvos.

La aplicación de lo maravilloso era una manera de acelerar los latidos del burgo, a cuya hoguera le agregaban ocasionales leños las mentiras de

los navegantes, las exageraciones de los invencioneros, las idealizaciones de los hagiógrafos. Y todo reflejaba el ansia de novedad del hombre medieval que andaba pidiéndole visiones a la naturaleza; y el alma atormentada de los clérigos exasperados que se desvivían por descubrir demonios en la belleza o decadencia del cuerpo humano en las costumbres de los animales y hasta en la coincidencia del sol con la caída de la lluvia.

Entretanto, el mundo ha ido creciendo gracias a los árabes, los italianos y los portugueses por requerimiento del comercio, pues la historia de la conquista del espacio terrestre y marítimo está estrechamente ligada a la necesidad de ganar tiempo. Ya la aventura económica moderna ha comenzado; pero el hombre que viene con Colón en busca de nueva ruta hacia las Indias, en una embarcación totalmente medieval llamada carabela, pertenece por la imaginación al Medievo y viene en busca de esa prolongación medieval que es la Edad de Oro, como si tal ensueño no estuviese en el tiempo sino en el espacio. Busca unas islas libres que están en su mapa imaginario, en su sangre ansiosa de libertad sexual, de riqueza, de vida muelle. Prestando oídos sordos a quienes predican el desprecio del mundo, aun persignándose y rezando la *salven* Regina, quieren establecer contacto con lo maravilloso que saben los aguarda en alguna parte.

Traían los ojos ansiosos de mirar maravillas, y las miraron. En la Edad Media el hombre del bosque era lo contrario del caballero: representaba lo salvaje, lo agresivo, lo feo; era peludo y reforzaba su hirsuto aspecto recubriéndose con pieles de animales como en alguna novela de Chretién de Troyes. En cambio, los habitantes de América son de hermosos cuerpos, lampiños, sonríen con mansedumbre (algunos hasta llevan el pelo cortado a la manera de Castilla) y no tienen sentido de "lo tuyo y lo mío", ni siquiera respecto a sus mujeres tan desnudas como ellos, y que ofrecen graciosamente al extranjero sin que las esposas tengan nada que objetar.

La selva medieval era sitio de meditación y retiro para los eremitas; pero, también, como el desierto, lugar proclive a las tentaciones de los demonios; y en Europa está poblada por todos los monstruos imaginables. Aquí son "las tierras y árboles muy verdes y tan hermosos como en abril en las huertas de Valencia".

El océano, en vez de ser *mare tenebrosum,* es como un río, los aires dulces y suavísimos y dice Colón que "no falta sino oír el ruiseñor". En Paria, el mar es dulce. Aquí debe estar el Paraíso terrenal y el almirante lo halla. En este Nuevo Mundo tiene que estar la Fuente de la Eterna Juventud, y Ponce de León sale a buscarla; tienen que suceder las cosas del libro de Amadís, y Bernal Díaz del Castillo se topa con ellas.

Cuando el indio descubre que los españoles no son dioses ni centauros, deja de ser el buen salvaje e inicia una extendida y desigual batalla por los suyos, sus tierras y sus dioses. Para enfrentarlo va a nacer una nueva caballería y la relación de sus hechos hace uso varias veces de lo milagroso: la caballería de los desharrapados: sin el concepto tradicional del honor y la galantería, pero con un coraje que aún nos deja estupefactos.

El relato vivo y caliente de esa epopeya que cambiaba a medida que fluía el vino, nos hubiera resultado mucho más revelador de la intimidad espiritual europea en la primera aproximación hispano-americana (el guión es intencional), de aquella sorpresa que luego destiñó la costumbre y que comienza a revelarse en las *Cartas* y en el *Diario* de Colón, en cuyo énfasis, nostalgia y desvalimiento hallamos más temblor humano, más cercanía a la emoción original que en la prosa admirativa de su amigo Andrés Bernáldez, en el terso latín de Pedro Mártir de Anglería, o en la ampulosa historia a la manera clásica de Francisco López de Gómara, cuyo mayor mérito es el de haber incurrido en las iras de un antiguo soldado de Cortés que en "Las Guatemalas", con los dientes perdidos de tanto comer maíz, con tantos hijos como achaques, decide contar la *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España.* Se llama Bernal Díaz del Castillo y por fortuna no tiene maneras de escritor, sino una memoria prodigiosa y un hambre de hacerle justicia a la plebe, de poner las cosas en su santo lugar. Bernal escribe la más humana y fascinante historia de cuantas se escribieron durante la Conquista, y cuyo tono apasionado sólo es comparable con el énfasis que pone Fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias y en la brevísima relación de la destrucción de las Indias.*

Pero quien capta lueñes tierras con mirada detenida y admirativa es Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, quien recoge con deslumbrada y admirable minuciosidad, en el lenguaje natural de su Castilla, etnografía, flora, fauna, costumbres e instituciones. Su historia es el trasunto de las experiencias de un hombre que no sale de su asombro, tanto que a veces sus descripciones más parecen acertijos, desafíos a la más aguda capacidad de imaginar.

La nostalgia de un paraíso perdido, de una Edad de Oro americana, será revelada por el primer escritor hispanoamericano: el Inca Garcilaso de la Vega. "Por su pluma habla con elocuencia por vez primera el alma criolla: ideas europeas y sentimiento americano", dice Angel del Río.

A partir de Colón va a ver lo más nuevo del mundo con los ojos nublados del mundo viejo; y se van a tratar de ajustar en una sola toda una serie de imágenes superpuestas: Colón, a las de Catay y Cipango; los hombres del pueblo, al sentimiento mágico de todo cuanto habían venido

escuchando; los bachilleres y letrados, a las novelas de Chretién de Troyes, a los romances viejos y a los poemas caballerescos.

De aquí que la primera beneficiaria del Descubrimiento fuera la imaginación: como si el sentimiento de cruzada, la exaltación del riesgo y del valor hubieran resucitado con la aventura ultramarina, el *Amadís de Gaula* se publica en 1508, y tiene tanto éxito que da lugar a una larga teoría de Amadises y Palmerines cuyas aventuras desmesuradas transcurren a la luz incierta de lo maravilloso.

Tampoco se había apagado en los espíritus el nostálgico modelo de felicidad que había abrigado la Edad Media: aquella idea necesaria de una Edad de Oro. Será la pluma de Pedro Mártir de Anglería, al trazar con generoso entusiasmo la imagen de nuestros indígenas, especialmente en los tres primeros tomos de sus *Décadas de Orbo Novo,* la que estimule en Tomás Moro la idea de su *Utopía* y, por él, a Montaigne, y en Rousseau su concepción del *buen salvaje.* El escritor Ezequiel Martínez Estrada, en un brillante estudio comparativo sobre la Utopía, establece un esclarecedor paralelo con las descripciones que hace Pedro Mártir de la isla de Cuba y de sus habitantes, los taínos. Martínez Estrada ha partido de un hallazgo de Jesús Silva Herzog, quien logró la identificación de ambas islas. Dice Martínez Estrada "obras como la *Utopía,* de Tomás Moro, nacen de una conciencia clara del trastorno que en el mundo viejo de prejuicios e ideas limitadas, escolásticas y coercitivas, significaba esa apertura del horizonte mental y terrestre. El paisaje, con su flora y su fauna diferentes a las conocidas, con sus habitantes, creencias y costumbres exóticos inquietó al humanista y al naturalista, forjándose casi de inmediato una mitología y una leyenda que recubriera todo el territorio todavía inexplorado como región de seres y acontecimientos fabulosos".

En los albores del siglo XVII llega a las costas venezolanas sir Walter Raleigh. En el delta de su alma confluyen las aguas de lo maravilloso europeo y de lo maravilloso americano: mientras persigue las postreras luces del Dorado; encuentra en Guayana nueva patria para los más fabulosos seres de su imaginación, hijos quizá del *Liber Monstruorum,* Libro de los Monstruos, aparecido en Inglaterra en el siglo VIII. Coincidencia que también señala Germán Arciniegas.

DE LO MARAVILLOSO CONTEMPORANEO

En 1941, Alfonso Reyes, en su *Ultima Tule,* dice: "América fue la invención de los poetas". En 1968, Gabriel García Márquez, en conversación con Armando Durán, le recuerda que "la mayoría de las cosas de este

mundo, desde las cucharas hasta los trasplantes de corazón estuvieron en la imaginación de los hombres antes de estar en la realidad".

Y Alejo Carpentier, de vuelta de lo maravilloso prefabricado por el surrealismo, traza en el prólogo de su novela *El reino de este mundo* los primeros rasgos de lo que serán las claves del hechizo americano: "Después de sentir el nada mentido sortilegio de las tierras de Haití (...) me vi llevado a acercar la maravillosa realidad recién vivida a la agotante pretensión de suscitar lo maravilloso que caracterizó ciertas literaturas europeas de los últimos años". Notemos que habla de suscitar, con lo cual, y volviendo a la referencia medieval, pareciera decir que lo maravilloso *se nos revela.* Agregaríamos que lo mágico y lo milagroso lo *invocamos.* Lo maravilloso es imprevisible; de lo mágico y lo milagroso podríamos suponer los resultados.

El citado Jacques Le Goff, señala que en el mundo medieval "lo maravilloso compensa la trivialidad y la regularidad de la vida cotidiana". En América lo cotidiano es lo maravilloso: García Márquez refiere que un día sonó el timbre de la puerta de su apartamento de México: era un hombre que venía a arreglar la plancha. "Aquí no hay plancha que arreglar", contestó Mercedes, la esposa del escritor ...Cuando fueron a usar la plancha, no funcionó. Eso no es literatura, es mágica realidad. Un poeta amigo nuestro habla de "la rebelión de los artefactos" cuando, al mismo tiempo, el carro no arranca, la nevera no enfría, la aspiradora se descompone, como si una ley de causalidad estuviese rigiéndolos. En Europa también ocurre; pero no se le da una explicación ajena a la mecánica.

En esta América nuestra, hasta cuando quiere hacerse un deslinde entre lo real y lo imaginario, se cae en lo maravilloso: García Márquez asegura que no hay una frase de sus libros que no esté inspirada en la realidad. Entre las pruebas presenta la de su personaje Remedios, la bella, quien sube al cielo una tarde mientras ayudaba a tender unas sábanas en el jardín. Explica el novelista: "Había una chica que correspondía exactamente a la descripción que hago de Remedios la bella en *Cien años de soledad.* Efectivamente se fugó de su casa con un hombre y la familia no quiso afrontar la vergüenza y dijo, con la misma cara de palo, que la habían visto doblando unas sábanas en el jardín y que después había subido al cielo..."

Parecería que con esa explicación Gabriel García Márquez estuviera atentando contra la emoción que suscita el milagro, como quien explica un poema. En realidad, lo maravilloso está replanteado y aun reforzado en la explicación que habían dado los familiares para evitar el bochorno, en la seguridad de que sería creída. Es lo maravilloso como explicación de lo maravilloso.

Emir Rodríguez Monegal halla que *Cien años de soledad* "es un anacronismo que perfora la materia novelesca y se hunde en su misma entraña mágica". Más adelante agrega: "García Márquez crea en *Cien años de soledad* un mundo a la vez al margen del tiempo, un mundo de fábula y magia, pero también un mundo totalmente real, suprarrealmente de fábula".

La presencia de lo real estaría dada por la denuncia; pero denuncia a la manera de García Márquez que no es el *regreso a lo real* que hace erizar a Carpentier. Denuncia al modo de Cervantes de una realidad padecida, vista, entrevista, con la mirada melancólica de Alonso Quijano.

También en Roa Bastos lo real es la protesta en medio de un relato alucinado y la compañía de la muerte que no llega a ser historia sino poesía, como cuando en *Hijo de hombre* habla de Gaspar, cuya guitarra, después de muerto, se escuchaba en el monte.

Nos sentimos tentados de hacer nuestras las palabras de Carlos Fuentes: "...la Historia es ficción, la realidad es apócrifa, el Nuevo Testamento fue escrito por Julio Verne". Diríamos que fue escrito por América.

En Venezuela, el dictador Juan Vicente Gómez, mientras viajaba de Maracay a Caracas, se detuvo en Los Colorados, descendió del auto, regresó a él... y se devolvió para Maracay porque un pajarito desde un árbol cercano le había dicho que lo esperaban en la carretera para matarlo. Hace pocos días, en el cuento "Los golondrinos", de Carlos González Vegas, Mariángel: la poesía hecha sexo exasperado, cree sentir que alguien le habla desde lo alto y es que Leandro se ha vuelto golondrina, como lo deseaba desde siempre.

Ricardo Herren, quien a su vez cita a Charles Hudson, dice que cuando Hernando de Soto y los restos de su expedición andaban por el territorio del Mississippi, un guerrero les gritó desde su canoa algo que uno de los nativos esclavos tradujo: "Si nosotros tuviésemos canoas tan grandes como las vuestras, os seguiríamos hasta vuestras tierras y las conquistaríamos, para demostraros que somos tan hombres como vosotros". Y sí los conquistamos al ser conquistados; y sí demostramos que éramos tan hombres como ellos: capaces de percibir y dar origen a lo maravilloso.

JOSÉ RAMÓN MEDINA

FABULACION IMAGINERA Y UTOPIA DEL NUEVO CONTINENTE

EL CONTINENTE DEL PARAISO

EN LOS MAPAS medievales se representó al Paraíso Terrenal, induciendo a los navegantes, de gran importancia en ese tiempo, a promover su búsqueda. Así en los textos primitivos de los Cronistas de Indias, casi todos hablan del Paraíso de alguna forma o con tópicos relacionados con este importante tema. El propio Cristóbal Colón, a pesar de mostrar alternativamente su visión, celebrando tocar los mares de Asia y la europeización de muchos lugares o nombres, proyecta una evidente fuerza de imaginería. Pero ese horizonte prometedor en su raíz, constituía una repetición en los libros de viajes y los descubrimientos.

El alejarse de su propia tierra, promovió, en esos hombres que estaban caminando en aguas desconocidas, la fuerte esperanza de una prodigiosa credulidad. Eran hombres que soñaban más en sus propias fantasías que en idealizaciones extrañas a las cuales se les hacía surgir rectificadas, simplificando todo un vocabulario comprometido, lleno de confusiones, derivadas de interpretaciones falsas o brotadas de una rica fantasía.

La fascinación de un Oriente lejano, de una playa desierta que fue poblándose de verdor o de arenas doradas —la constante figura del oro en todo aquello que se mirara—, como sucede con el mismo Almirante, que consideraba valioso y utilitario cuanto halló a su paso. Pero sabemos que Colón fue un ilusionado que contrastó la realidad con una fuerte dosis de secreta creatividad pictórica.

"El escenario del Nuevo Mundo parecía presentarse ante aquellos primeros conquistadores y, más tarde, ante muchos colonizadores es-

pañoles, animado por la expectativa de un *plus ultra* de maravilla, encantamiento y buenaventura, que lo inundaba con su mágica luz. Así como se presumía que un poeta se valdría de locuciones selectas y exquisitas y no de palabras llanas cuando quisiese expresar cosas sublimes, también en el mundo creado la presencia de formas insólitas sólo podía significar una promesa de lozanías y portentos mayores. De cualquier modo, los escenarios naturales en una tierra donde todo era insólito, parecían interesar no tanto por lo que aparentaban sino, sobre todo, por lo que podían anunciar u ocultar", como expone Buarque de Holanda[1].

Puede sostenerse que a partir de Colón, al mostrarnos un culto edénico, podemos situar una convención erudita que proviene enraizada de la Edad Media. El sabio Antonio de León Pinelo organizó, entre 1645 y 1650, una obra que tituló *El Paraíso en el Nuevo Mundo,* donde suponía que éste se podía encontrar en el medio de la América Meridional. Mencionaba para confirmar su posición que cuatro ríos lo regaban, como dicen las Sagradas Escrituras: el Amazonas, el Magdalena, el Orinoco y el Río de La Plata (incluyendo el Paraná y el Paraguay). Este Edén fue demarcado en un mapa complementario que se titula "Continentes Paradisi"[2]. En algunos cronistas, Vespucio, Colón, López de Gómara y otros, se establece que el lugar ideal para su emplazamiento debe estar debajo de la línea equinoccial, tal como lo afirma Joseph de Acosta: "Si algún paraíso se puede decir en la tierra es donde se goza un temple tan suave y apacible; porque para la vida humana no hay cosa de igual pesadumbre y pena, como tener un cielo y aire contrario, y pesado y enfermo, ni hay cosas más gustosa y apacible que gozar del cielo y aire suave, sano y alegre".

El padre Acosta muestra que la principal causa para templar la zona proviene de los vientos frescos que modifican el clima, sus noches donde la temperatura baja y establece el equilibrio compensatorio. El mismo Bartolomé de las Casas, consolida idéntica posición sobre "la templanza y suavidad de los aires y la frescura, verdura y lindeza de las arboledas, la disposición graciosa y alegre de las tierras, que cada pedazo y parte de ellas parece un Paraíso; la muchedumbre y grandeza impetuosa de tanta agua dulce, cosa tan nueva; la mansedumbre y bondad, simplicidad, liberalidad, humana y afable conversación, blancura y compostura de la gente..." Colón así lo interpretó al tocar la costa de Paria, como sellando la idea que estaba frente a una edad de oro, con una luz sobrenatural, con aguas dulces mezcladas e impulsadoras de las naves, observando algunos papagayos y una orientalizada configuración al hablar de ruiseñores[3]. La isla Española semeja a Castilla, es un prodigio

con "perros que jamás ladran", las maderas serán naves, la selva un verdor y las tierras antillanas empiezan a mostrarse dentro de un cuadro dispar o inventado, a una visión de España, pero aún mejor en hermosura y bondad.

Los antecedentes medievales son los que se prodigan en poetas, teólogos, viajeros, geógrafos y florecen en los iluminados cartógrafos como una sucesión incontrolada de imágenes o recuadros que multiplican la sensación de naturaleza desbordante, que está alimentada por el tema paradisíaco. Un figurado jardín mágico, poblado con una fauna antropomórfica de acuerdo con la ley divina, producto de la voluntad de Dios. Según la clasificación de San Isidoro de Sevilla, seres extraños como los *portentos,* los *ostentos,* los *monstruos* y los *prodigios.* Los mismos logran acercanos a una extensa lista de monstruosidades que han permanecido fusionadas con el descubrimiento.

Al recordar el *Viaje de las maravillas del mundo* de Marco Polo, y anteriormente la *Historia natural* de Plinio, básicamente una enciclopedia europea donde se registran o enumeran, como lo expone Angel Rosenblat, "una raza de hombres con cabeza de perro, que ladran en lugar de hablar. Plinio habla de pueblos antropófagos y de hombres extraños, hombres con un solo ojo en la frente, hombres con pies de caballo, hombres sin nariz, de cara plana; hombres sin boca, con un orificio por el que respiran, beben y comen; hombres con una sola pierna, que saltan con agilidad extraordinaria; hombres con pies invertidos, que corren a gran velocidad por los bosques; hombres que ven mejor de noche que de día, hombres de pelo blanco en la juventud y negro en la vejez, hombres con orejas enormes que les sirven para cubrirse como si fuesen vestiduras, hombres que se desvanecen como sombras, hombres sin cabeza, con ojos en las espaldas ("sine cervice, oculos humeris habentes"), y hombres sin cabeza, con boca y ojos en el pecho. Plinio atribuía estas y otras variedades de la especie humana al ingenio de la naturaleza"[4].

Frente a este resumen resulta fácil reconstruir lo expuesto por los cronistas, como los "hombres monstrudos", que le mencionan a Colón en las Antillas, la alusión a los hombres con cola, "hombres caudatos que para asentarse habían menester asiento güecos", como decía Antonio de León Pinelo existían en Chile hacia el Estrecho de Magallanes y también recogerá Mártir de Anglería, entre otros. También figuran los cinocéfalos y ello se puede asociar con lo narrado por Marco Polo, hombres que tenían "cabeza de perro y dientes y hocico semejantes a los de un gran mastín" *(Il Miline)* Los hombres con cola podrían supo-

nerse deformaciones de orangutanes o fantasías de los narradores que ampliaron los simios en forma exagerada.

Dentro de la cartografía figura un mapa de 1436 preparado por Andrea Bianco, donde se proyecta una península al oriente de Asia, con hombres sin cabeza y con la boca y ojos en el pecho (Joachim Lelewel, *Geógraphie du Moyen Age*). Dentro de las deformaciones humanas están los cinocéfalos, que Walter Raleigh detalla como los *ewaipanoma* quienes tienen los ojos en los hombros. En el libro encontramos un dibujo de los acéfalos de la América Meridional, con dos ojos en el pecho y una boca a la altura del vientre, obra del ilustrador Theodore de Bry (*Mapa de Guayana,* Frankfurt, 1599).

Estas ilustraciones comprueban la fantasía recreativa de cartógrafos y grabadores, sobre las bases mayoritariamente tomadas del relato oral, quienes sin confirmación alguna en su mayoría, las consideraron ciertas y posibles. Estas proyecciones de la realidad son testimonios como afirma Leonardo Olschki en su *Storia letteraria delle scoperte geografiche,* que "la tradición literaria se impone a la propia experiencia"[5].

La ignorancia y credulidad son características del siglo XVI, en una Europa circunscripta en lo geográfico y sólo acostumbrada a los milagros religiosos, al poder de la fe. Para sobrepasar el medio, vamos a encontrar a un Marco Polo, difundido con su libro *Viajes,* que estimulaba la preocupación por las historias sobre islas misteriosas que se poblaban de seres irreales, como gorgonas, sirenas o hidras, con una permanente fuente de la juventud. Lo extraordinario quedaba en lecturas sobre elíxires, en orientaciones magnéticas, en las cartas astrológicas, en Juan de Mandeville con su *Libro de las Maravillas del Mundo y el Viaje de la Tierra Santa de Jerusalén y de todas las provincias y ciudades de las Indias y de todos los hombres monstruos que hay en el mundo, con muchas otras cosas admirables* (Valencia, 1521).

Buen catálogo de noticias proporciona la *Suma de Geografía* (1519) de Martín Fernández de Enciso. Anotamos que "se encuentran árboles cuyas hojas cuando caen en agua se convierten en peces y cuando caen en tierra se convierten en pájaros" (en la primera ed. de 1546, fol. XXX); de una fuente milagrosa, también en Marco Polo como en el tratado medieval *De imagine mundi;* de los hombres sin cabeza, de un impreciso árbol a cuya sombra queda ciego quién se duerme y se vuelve loco; y de algunas manzanas que al comérselas lo devoran los gusanos, etc.[6]

Las lecturas de este tipo de obras y las ilustraciones dieron nueva riqueza imaginativa a los cronistas de Indias. Estos no se desligarán de las historias al enfrentarse con la realidad para superarlas en fantasía, haciéndolo con marcado propósito como lo hallamos en Walter Ra-

leigh, hablando de los *ewaipanomas,* "hombres que tienen la cabeza más baja que los hombros; de los *Monocelos,* de pies tan grandes que le sirvan de quitasol; de los *Mantécoras,* de cabeza humana con tres hileras de dientes en cada maxilar, cuerpo de oso, pata de león y cola de escorpión; de los Gigantes, de los Pigmeos, de las Amazonas, de las Mandrágoras, de los Basiliscos, de las Sirenas, y de las aguas que tienen propiedades letales a todas las horas fuera las del mediodía"[7]. Debemos agregar las viviendas palafíticas de los indios Tivitivas —gente bondadosa y valiente— con este comentario: "en el verano tienen sus casas en el suelo, como en otros lugares, pero en el invierno viven sobre árboles, donde fabrican villas y ciudades".

La abundante enumeración que aparece en las crónicas de las Indias, cuentan sobre los gigantes, enanos, amazonas, cinocéfalos, acompañados de sirenas —los famosos manatíes de Colón[8]—, los grifos "que despoblaron el valle de Auacatlán, comiéndose los hombres", como menciona Francisco López de Gómara y explica Fray Toribio de Benavente. Este sacerdote menciona un animal llamado *ocotochotli,* similar a un "león, el cual es lanudo, sino que la lana o vello tira algo a pluma; son muy fieros, y tienen tan fuertes dientes, que los venados que toman comen hasta los huesos[9].

Los gigantes, según las palabras de Pedro Mártir de Anglería —sobre las primeras noticias de Colón—, están acompañados de "lestrigones y polifemos, alimentados de carne humana". Los gigantes los encontramos en Américo Vespucio, supuestamente en una isla —que se considera Curazao—, o en Fernando de Magallanes, los cuales denominaron *patagones,* a quienes se les atribuyó una altura poco natural y fueron dibujados por varios ilustradores como hombres descomunales. Es bueno anotar que algunos dibujos que acompañan el libro de Antoine J. Dom Pernetty (1769), las figuras se ven duplicadas ante los europeos, por el solo hecho de pertenecer a este grupo de gigantes[10].

Muchos cronistas, entre ellos Fernández de Oviedo, López de Gómara y Cieza de León, van comentando sobre estos fenómenos de la naturaleza, gigantes y enanos. Fueron estos últimos recordados por Garcilaso de la Vega entre las poblaciones aledañas al palacio del Inca, como verdaderos objetos de diversión y eran obligados a mantenerse en comunidad deformada para trabajar en fiesta pública, en ruedos con carneros y pantomimas.

Los pigmeos que observa el capitán Alvarez Maldonado cuando cuenta de un pueblo con hombres "no más altos que un codo". Nicolás Federman, durante su primer viaje a Venezuela, también menciona un grupo de estos personajes de "cinco palmos de estatura y muchos sólo

de cuatro". En su libro vemos: "El cacique me dió una enana de cuatro palmos de alto, bella, bien conformada y me dijo que era mujer suya, tal es su costumbre para segurar la paz. La recibí a pesar de su llanto y de su resistencia, porque creía que la daban a demonios, no a hombres. Conduje esta enana hasta Coro, donde la dejé, no queriendo hacerla salir de su país, pues los indios no viven largo tiempo fuera de su patria, sobre todo en los climas fríos"[11]

En algunos grabados medievales están retratados hombres con orejas gigantescas que le servían de protección dentro de la serie de las deformidades que fueron agudizadas por los ilustradores de textos[12]. Estas serán las bases de supuestos habitantes americanos que marchaban con un solo pie o saltaban sorpresivamente en el bosque. Hay figuras como las detalla el padre Antonio Daza —en la cuarta crónica ordenada por Fray Pedro Simón—, diciendo: "Hay hombres que se llaman *Tutanuchas,* que quiere decir oreja, hacia la provincia de California, que tienen las orejas tan largas que les arrastran hasta el suelo y que debajo de una de ellas caben cinco o seis hombres. Y otra Provincia junto a ésta que le llaman la de *Honopueva,* cuya gente vive a las riberas de un gran lago, cuyo dormir es debajo del agua. Y que otra nación, su vecina llamada *Jomocohuicha,* que por no tener via ordinaria para expeler los excrementos del cuerpo, se sustentan con oler flores, frutas y yerbas, que guisan solo para esto. Y lo mismo refiere Gregorio García de ciertos indios de una Provincia de las del Perú y que de camino llevan flores y frutas para oler, por ser este el matalotaje de su sustento, como el de las demás comidas. Y que en oliendo malos olores mueren".

Las deformaciones en algún ejemplo se complementan con la naturaleza, así cuando narra Melchor de Barros que "llegando a un buen país, de tierra tan bien dispuesta, que tenían unos árboles raros en sus distancias y grandezas, pues la de su altura era igual con el tiro de una saeta desprendida de un buen brazo, y la grosedad del tronco tal, que seis hombres asidos de las manos apenas le podían ceñir. Caminando, pues, entre estos diformes y monstruosos árboles, hallaron echado a la sombra de uno un hombre más monstruoso en su especie que ellos eran en la suya, pues era de más de cinco varas de alto y en correspondencia todos los miembros, sólo el hocico tenía largos y salidos, con lo que lo hacían más feo de lo que era en miembros tan extraordinarios como lo era también en ambos sexos, porque era hermafrodita, cubierto de un bello algo pardo, corto y raro todo el cuerpo. Tenía en la mano un bastón tan grueso y tan alto como una antena de un mediano navío, que lo manejaba como si fuera una caña, todo tan correspondiente que

parecía se habían criado aquellos árboles para dar sombra a aquellos hombres"[13].

Otras deformaciones humanas las encontramos en los relatos del historiador jesuita Pedro Lozano (*Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba,* 1733), donde figuran por testigos que en los años de 1678 encontraron en ella, en el norte del Chaco hacia el río Pilcomayo, hombres "que se le crían cuernos en la cabeza, no crecidos, sino cuanto sobresalen al cabello, a los cuales llaman en su idioma los *Mataguayes,* que dieron esta relación *cullus,* que explicaban en la lengua Quichoa con el nombre *Suripchqui,* que en nuestro castellano es lo mismo que pies de avestruz; y los llaman así, porque tienen las piernas sin pantorrillas, y teniendo talón el pié, remata las partes del empeine con forma de pie de avestruz, y que son tan ligeros que pasan a los caballos; que son de estatura agigantada".

Se habla también de otros naturales que "tenían dos brazos y manos derechos, orejas de jumento, rostro de hombre y el pié izquierdo, más el derecho de caballo y otros semejantes monstruos, más todo eso no atrevo a dar por cierto. También dieron noticias los mismos testigos de otra Nación, que vivían en unas campiñas sin monte, y casi enterrados en tierra, con otras cosas, que por desdezir de la modestia religiosa, no las refiero. También halló el V. P. Gaspar Ossorio, en el Chaco, hacia donde estaba fundada la ciudad de Guadalcazar, una nación, cuyos indios eran tan altos, que extendiendo todo el brazo no podía llegárseles a la cabeza. Vivían a orillas del río Tarija. Su idioma era tan terso y pulido, que cedía poco en la elegancia al latino, y tan copioso justamente que para explicar el nombre de Dios tenían cuatro sinónimos"[14]. Con referencia a gigantes en tierras chaqueñas, Lozano concluye el cap. XIX de su *Historia de la conquista del Paraguay*[15], hablando de "los gigantes que hubo en estas provincias. Eran tan diformes, que el mayor castellano no alcanzaba con la cabeza su cintura, y todos sus miembros se conformaban con la grandeza desmedida de sus cuerpos, de que se ha hecho prueba con los huesos monstruosos que se han descubierto. Traían el cabello tendido, carecían de barbas y andaban vestidos de pieles de animales". Esta descripción muy cercana a los *patagones* que vieron los españoles, holandeses y franceses que navegaron por las costas de América del Sur y el estrecho de Magallanes. Con respecto a la monumentalidad ósea también comenta que al tocarlos se vuelven polvo, tal como ha sucedido al descubrir las tumbas de la ciudad de Cayastá en el litoral argentino.

Las mismas proposiciones que divulgara Cristóbal Colón al encontrarse con la Tierra de Gracia, se han mantenido en casi todas las

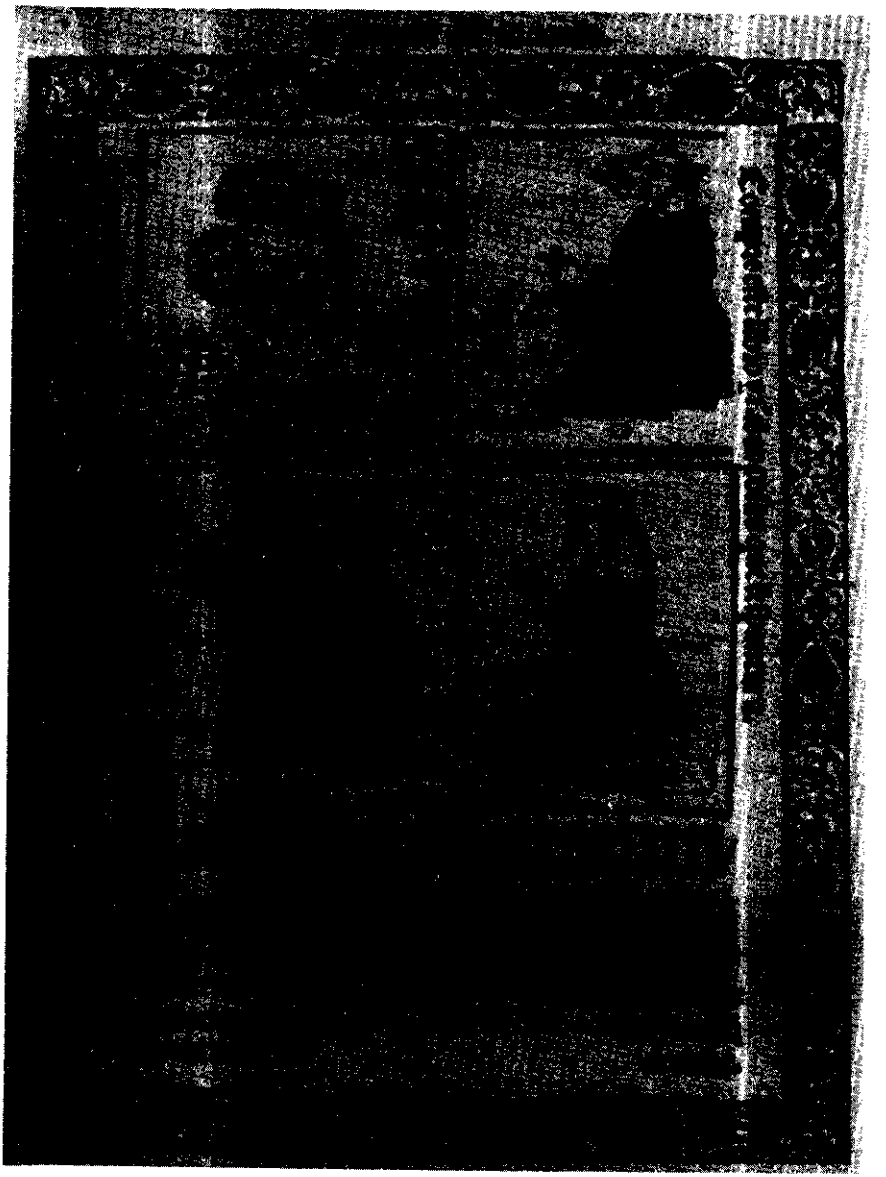
crónicas que introducen pinturas edénicas. No es de extrañar que autores del Brasil den una descripción sobre el tema tradicional del "huerto de las delicias", como esta referencia a la ciudad de Bahía. "Es muy sana y de buenos aires, de manera que, con ser la gente mucha y tener mucho trabajo y haber cambiado los alimentos conque se habían criado, son pocos los que se enferman y los que enferman pronto sanan. La tierra muy fresca, de invierno templado y donde el calor del verano no se siente mucho. Tiene muchas frutas y de diversas clases y muy buenas, y que tienen poco que envidiar a las de Portugal. Los montes parecen hermosos jardines y huertas —y por cierto yo nunca ví tapicería de Flandes tan hermosa—, donde andan animales de muy diversas clases, de los cuales Plinio ni escribió ni supo. Tiene muchas hiervas de diverso color y muy diferentes de las de España, y ciertamente bien resplandece la grandeza, hermosura y saber del Creador en tantas, tan diversas y hermosas criaturas", tal como lo escribe el padre jesuita Manuel de Nóbrega (*Cartas do Brasil e mais escritos,* Río de Janeiro, 1931). Estas cartas ordenadas hacia 1549, pueden ser un ejemplo más de los jardines medievales del Paraíso, con su temperatura uniforme, "los árboles y las hierbas están siempre verdes. Y por eso la tierra es muy fresca".

Tema que será repetido con frecuencia, tal como lo señala María Rosa Lida en su ápendice dedicado a "La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas"[16].

Tal el propósito de Américo Vespucio, en su *Mundus Novus:* el Paraíso estaba dentro de los límites americanos, era la imagen paradisíaca y el sueño del humanismo. Otros textos justifican la impresión que anota el padre Las Casas sobre "la templanza y suavidad de los aires, y la frescura, verdura y lindeza de las arboledas, la disposición graciosa y alegre de las tierras, que cada pedazo y parte de ellas parece un paraíso; la muchedumbre y grandeza impetuosa de tanta agua dulce, costa tan suave; la mansedumbre y bondad, simplicidad, liberalidad, humana y afable conversación, blancura y compostura de la gente..." (*Historia,* cap. CXL).

La tierra de la Providencia prefigura una fuente de la juventud, aguas curativas y un símbolo eterno de la inmortalidad —que Mártir de Anglería cita en sus *Décadas del Nuevo Mundo* (1530)—, como fuente fabulosa, junto con las "islas perdidas" o fantasmales que recoge la cartografía del siglo XV, como podemos constatar en los trabajos de William H. Babcock, *Legendary Islands of the Atlantic* (New York, 1975) y A.E. Nordenskiöld, *Facsimile - Atlas* (New York, 1973).

La necesidad de mantener la presunción del misterio, de localizar lugares compensatorios de amparo, riqueza y bienestar que se compar-



Juan de Mandeville, *Libro de las Maravillas del Mundo...*, Valencia, 1521.

tirían entre las almas aventureras o de mayor codicia y valor. Entonces se puede contar con las Siete Ciudades míticas o la Ciudad de los Césares, hablar de las Amazonas o de El Dorado, de un desplazamiento constante de engaños —primordiales en la invención de los aborígenes—, como pudieron reproducirse en las migraciones tras las esmeraldas, la plata del Potosí, las canteras inencontradas que parecían y desaparecían entre las palabras de hechiceros indígenas, las ciudades entre los indios *pueblos* que promovió la expedición de Vásquez de Coronado (ca. 1500-1549) en el oeste americano; las imprecisas localizaciones de la Ciudad Encantada, aquella protegida y amurallada que solía latir en campanarios, situada a orillas de un gran lago en la Cordillera de los Andes; Ciudad de los Césares, sin enfermedades, que persiguieron muchísimos aventureros y otros aseguran sin exageración haberla contemplado en las referencias de los cronistas y de algunos religiosos[17].

Las Siete Ciudades de Cíbola y Quivira, pobladas de relatos fabulosos que fueron trasladadas sobre una extensa zona geográfica, del Valle de Sonora (México) a "cuarenta o cincuenta leguas", subiendo al norte para asentarse en Nuevo México, Colorado, Arizona, la Baja California y terminar descendiendo hasta la costa del Pacífico, promoverse entre la zona lacustre austral y desaparecer en el aire patagónico. La descripción parece moderada, cierta con sus torres, casas de piedra o barro, con oro en abundancia, "calles y plazas muy concertadas", como dice el padre Las Casas en su *Apologética historia* al mencionar estos reinos.

En alguna parte vivieron también las amazonas, las mujeres guerreras, valientes y dominadoras, que permanecieron defendidas por sus flechas, apareadas anualmente, protectoras de las niñas y rechazando a los varones. Estas huidizas hembras habían aparecido en Asia Menor, fueron trasladadas por los griegos, tomaron fuerza en la Edad Media, en los remotos viajes de Marco Polo, en la conquista del Nuevo Mundo. Desde Cristóbal Colón, Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo, Herrera y Tordecillas, en la odisea de Orellana, en las afiebradas páginas de Sir Walter Raleigh, el mito renace en las islas que están en Yucatán, México, —*Cuarta carta de Cortés*—, en el valle de Bogotá, en el Orinoco y en Guayana.

Esta leyenda de las amazonas es un nuevo intento de certificar las riquezas que las mismas poseían, con armas de oro y aún dueñas de tierras auríferas, algo que resultó concomitante o inseparable del mismo nombre. Así las provincias gobernadas por mujeres —la isla en otros casos—, que originan la ansiada búsqueda de los españoles llega hasta Chile, como lo vemos en la crónica de Agustín de Zárate, quien

dice: "hay entre dos ríos una gran provincia toda poblada de mujeres que no consienten hombres consigo más del tiempo conveniente a la gestación; y si paren hijos los envían a sus padres, y si hijas, las crían".

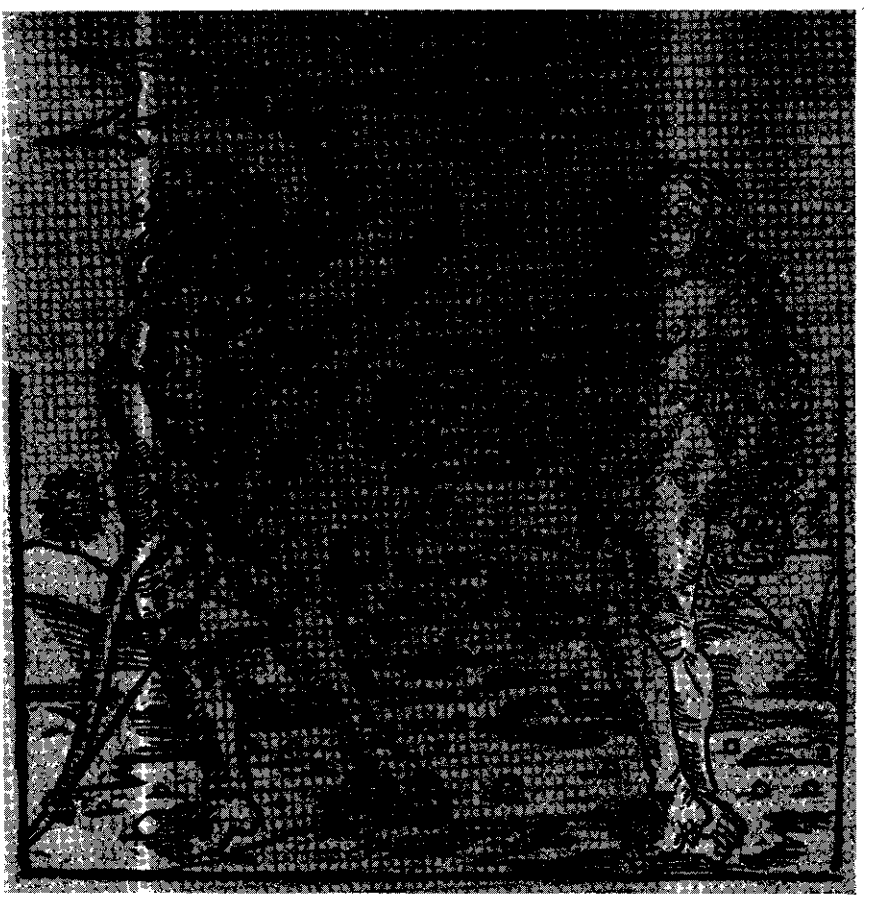
La reina de ellas se llama Guanomilla, que en su lengua quiere decir "cielo de oro", porque en aquella tierra dicen que se cría gran cantidad de oro[18]. El viejo mito se fortaleció uniendo a las mujeres sin hombres y a las riquezas metálicas dentro del siglo XVI en estas tierras dilatadas, en islas, selvas y en cualquier marco que bordeara la sugestiva multiplicidad de su paradero.

Deben unirse la lectura de las novelas de caballería con este enorme mito de la conquista, parte de los "secretos de Indias" o El Dorado. El conocido mito doradista fue una invención indígena tratando de contrarrestar a los depredadores que habían llegado de Europa. Este azaroso proyecto vino a poblar nuevamente la América, extendiéndose como también lo habían hecho la Sierra de la Plata y otros, basándose en una fábula del país de los Chibchas, hasta donde llega el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada (1497-1579).

La laguna azul de Guatavita era el lugar donde enterraban sus tesoros, donde paseaba una balsa ceremonial con el personaje dorado.

Una sintética "Historia secreta de El Dorado" en palabras de Germán Arciniegas: "El Dorado fue una invención de los aborígenes para encantar a los hombres blancos de todo el mundo, para salir de ellos y sacárselos de encima. Cayeron en esta trampa españoles, alemanes e ingleses. En su forma original, El Dorado aparece como una fábula andina. Era una laguna azul, puesta en el tope de la cordillera, que tenía en el fondo sapos, culebras y lagartijas de oro. Andando los años y, avanzando en la Conquista, esa imagen se transforma en el espejo de una Guayana traicionera, ombligo de oro del mundo americano. Así, en menos de una generación, quedó tendido el primer puente que, partiendo de la laguna de Guatavita en tierras de los caciques de Cundinamarca, terminó proyectando su cabeza en las mansiones verdes del Orinoco". El Dorado —continúa Arciniegas—, "fue la operación mágica que enloqueció a una Europa ávida de riquezas. Oyendo patrañas de los indios, perdió la cabeza la corte de Londres, echaron a andar por selvas y desiertos los agentes de los banqueros de Alemania, y los españoles creyeron que estaban viviendo en tiempos de Amadís de Gaula"[19].

Las riquezas que entregó Jiménez de Quesada en España hacia 1539 fueron asombrosas entre sacos de esmeraldas y lingotes de oro. Una secuencia de repetir que en la laguna de Guatavita, el cacique era cubierto con polvo de oro en magnífico ceremonial, tal como registran los cronistas Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Cieza de León, Fray



Frontispicio, *Carta de Vespucci*, 1505 (British Library, Londres).

Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita, José Gumilla, el poeta Juan de Castellanos o Fray Juan de Santa Gertrudis, entre tantos otros que posteriormente tomaron esta utopía, como lo hizo Voltaire en su célebre *Candide au l'optimisme*[20].

El Dorado puede considerarse en otra interpretación, la tierra misteriosa, "donde no se muere", según los textos recogidos por Alfred Métraux (*Les migrations historiques des Tupí-Guaraní*).

Otra apreciación exalta en América, que se hable del territorio brasileño con el gran río y que había una sierra resplandeciente que llamaron "sol de la tierra". La existencia de una zona esmeraldina sobre la Cordillera de los Andes, también fue enriqueciéndose con nuevos descubrimientos: brillantes, zafiros, cristales, ágatas, siempre tratando de localizar la "montaña de piedras verdes" o de las esmeraldas. Algo similar con el resplandor de una laguna fabulosa poblada de objetos como un espejismo paradisíaco. La "imaginación fue la savia de la aventura del mundo europeo en América", afirma Dardo Cúneo.

También se puede decir que los conquistadores españoles debieron conformarse con respuestas mal interpretadas de los cuestionarios intercambiados con los naturales. Estos narraban las propias leyendas o ancestrales fábulas de sus antepasados. Por ello parece posible establecer una delineación entre el dinamismo de irrealidad que conllevan los europeos, que provenía del romancero oral, de tradiciones medievales y tropezaron con los mitos locales, que doblegaron la ilusión, sometiéndolos a una transformación diferenciada por la realidad.

El mito tan difundido de El Dorado nos conlleva al desconocido reino de Paititi[21] —centralizado hoy en la confluencia de Brasil, Bolivia y Paraguay—, dentro del delirio áureo, con una ciudad enclavada frente a un lago, Manoa. Es una tierra verbal, un ilusorio mundo que ha nutrido una buena bibliografía y ha dado argumento para excelentes obras en la creación literaria.

Al revisar algunos topónimos quedan impuestos lugares de esperanza. Están pronosticando con anticipación una mentira para ser cubierta con suposiciones y están alimentadas por sacrificios, esfuerzos y muertes. Algunos ejemplos han cubierto el tiempo: Costa Rica, Río de la Plata, la Ciudad de la Plata (actualmente Sucre, en Bolivia) y Castilla del Oro en la América Septentrional, tal como se detalla en la *Charta Universal* (1529) de Diego Ribeiro o bien en el mapa de Theodore de Bry sobre Guayana (Frankfurt, 1599). El contenido es fantástico, dibuja amazonas, ewaipanomas, el lago de Parime, la ciudad de Manoa situada al sur del Orinoco; igual que el padre Felipe Salvador Gilij en su *Viaggio di Storia Americana* (Roma, 1781), que en modesta cartografía ofrece

detalles sobre la inexistente capital del imperio de Guayana, reflejando una ciudad de altas torres y murallas, llamada Manoa o El Dorado[22].

Estas pinturas medievales provienen de lecturas popularizadas, las que nos cuentan aventuras bajo el título de "crónicas" o "historias". Irving A. Leonard argumenta que "estos términos implicaban un voraz registro del pasado, su uso inducía inevitablemente a error, y de aquí que los moralistas blandieron constantemente contra semejantes ficciones el apelativo de "historias mentirosas"[23].

Aportaban elementos mágicos y caballerescos con *Amadís de Gaula* (1508) y las *Sergas de Esplandián* de Garci Rodríguez de Montalvo. El conquistador modificó su conducta y también sus actos ya en el continente americano, contando con obras de ficción, que se identificaron como resultado de la popularidad que gozaron los libros de caballería en la primera mitad del siglo XVI. Los llamados escritos históricos promovieron el espíritu aventurero en busca de acciones heroicas, de milagros y el afán de los descubrimientos. La curiosidad sirvió para que las crónicas demoraran en largas parrafadas, demostrando que se conocían "islas encantadas", la fuente de la eterna juventud, las mujeres amazonas, dentro de una extensa lista, como las lagunas sagradas (verdaderos repositorios de ofrendas y amuletos para aproximar las lluvias y las cosechas).

El Mundo Nuevo se encontró rodeado de mares —dibujadas cartografías los sembraron de animales deformes, de enormes ballenatos, de sirenas, de gruesas serpientes marinas—, tanto como las maravillas que emigraban y se transformaban en continua historia alucinante, similar a los trazados por Sebastián Müster (*Kosmographie,* Basilea, 1550).

América resulta una naturaleza desconocida, una costa sin puertos, las ciudades de importancia estaban en las montañas, pueblos como los aztecas y los incas no tenían relación entre sí, mientras quedaban extensas zonas desérticas, selvas impenetrables, tribus pintorescas con colores mágicos, campamentos de indios cazadores, de pescadores y también de antropófagos.

A los ojos europeos América asombra por su misterio. Los conmueve cuando alcanzan centros poblados como Tenochtitlán o el Cuzco, ciudades como Chichén Itzá, monumento de la cultura maya; la cerámica Nazca, los tejidos de Paracas, las culturas de Chavín, las pirámides de Palenque; las travesías fluviales en el Mississippi, el Amazonas, el Orinoco, el estuario mesopotámico argentino, la confluencia del Río de la Plata. Estupor de inmensidad viendo los verdes espacios cubiertos de árboles y neblinas, las sabanas colombianas o las pampas en horizonte permanente.

Qué fue América además de paisaje, salvajes desnudos, naturaleza indómita y desbordante. "En las primeras décadas del siglo XVI, América representaba, en la mente de muchos europeos, como un vasto espacio imaginativo, verificado y a la vez incógnito; fue una realidad observada, al mismo tiempo, con rigor excepcional, pero también con espanto y fascinación. Unos vieron lo que había en aquellas tierras, y otros contemplaron libremente lo que deseaban encontrar. Pero, por encima de las noticias y las transposiciones legendarias, América se vio, cada vez más, como la realización de un gran sueño que durante siglos había acariciado la cultura occidental", en afirmación de Enrique Pupo-Walker[24].

La europeización de América estaba enraizada en leyendas y éstas eran duplicadas en el aire renovador de la nueva tierra. La elaboración imaginativa de los hechos históricos pueden verse en la ficcionalización laboriosa en la mayoría de las crónicas. Este juego de recursos mentales fue construyendo una proyección de la realidad americana —como bien dijera Octavio Paz—, "la imaginación es la facultad que descubre las relaciones entre las cosas".

LA INVENCION DE AMERICA O LA TIERRA NUEVA

Lo maravilloso que ofrece el territorio de América es una ampliación de la mentalidad europea, una simple trasposición de lo antiguo o bien conocido en el mundo del siglo XVI, que va simbolizando en el Nuevo Continente. Es como afirma Angel Rosenblat "la visión de un sueño", cuando establece que el "conquistador es siempre, en mayor o menor medida, un alucinado que combina las experiencias y afanes cotidianos con los recuerdos y fantasías del pasado. Así también la primera visión que el europeo tuvo del mundo oriental, y es sin duda la de toda conquista y de toda colonización . El hombre que como descubridor, como conquistador, como emigrante o como viajero llega a América, al mismo tiempo que se siente sumido en la realidad nueva, que se americaniza, va revistiendo su nuevo mundo, tan extenso, con las imágenes y las voces de su mundo familiar. América es en cierto sentido un mundo nuevo, enteramente nuevo e irreductible. En otro sentido es también una nueva Europa"[25].

Ofrecer un panorama antológico, desde el descubrimiento hasta aproximadamente el año de 1760 por intentar una ordenación, puede resultar discutible desde muchos ángulos, ya nos situemos en su firme documentación cronológica, aprovechando los períodos históricos o bien por otros cánones propios del campo cultural.

Esta suma de textos permiten establecer un extenso planisferio; una superficie habitada, circunscripta, geográficamente inmensa, riquísima en fantasías y milagros. Es un cuadro que mantiene líneas alternativas, movilidad constante, sorpresivos temarios.

El programa establece estos capítulos:

I. Descubrimiento del Nuevo Mundo
II. Una naturaleza desbordante
III. Tierra sin horizonte
IV. Mesoamérica y sus grandes culturas
V. Bestiario de Indias
VI. Tierra Firme
VII. El Imperio Andino
VIII. Los grandes ríos
IX. Mirando al Pacífico y el extremo sur

Estos párametros atienden a una apreciación propuesta por el compilador, que ha mantenido un orden imaginero en base a los textos — su aparición, conocimiento, tiempo supuesto de ejecución, fechas impuestas por la historia misma, etc.—, es decir que están unificados por producción testimonial, concepción más homogénea que la acumulación rigurosa de un desarrollo cronológico.

I. DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

Por descontado que nada podría decirse al inaugurar la obra sin partir confiados en la fuente colombina, ya que la historiografía sigue basándose en el *Diario* del Almirante. El surgir del continente nuevo comienza a dibujarse en los ojos de Colón, atónito al encontrar tierra que supuso incógnita, desconocida, ya fuera del Asia o los contornos imprecisos de lo ignoto. Terminaba una travesía por el puro ideal de identificar sus mapas, de fortificar sueños demasiados atrevidos para su tiempo. Descubrir con limitado lenguaje un conjunto de islas, dar apertura a la imaginería genesíaca. Veamos su Diario del primer viaje (1492-1493): "La mar llana como un río y los aires mejores del mundo... El cantar de los pajaritos es tal, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos oscurecen el sol".

El verdor lo cautivará subordinándolo a proyectos que lo alucinan, se desborda en aprovechamientos utilitarios, maderas, medicinas, alimentos, la angustia lo hace reaccionar como en una suma de expectativas.

Algunos nombres sumamos al paraíso colombino, tomando de Américo Vespucio, *La carta del 18 de julio de 1500,* dirigida a Lorenzo de Médici, que narra: "Lo que vi que era admirable cosa fue una multitud de pájaros de diversas formas y colores, y tantos papagayos y de tan diversas clases que era maravilla: algunos color de grana, otros verdes y colorados y color de limón, otros todos verdes, otros negros y encarnados; y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles era cosa tan suave y de tanta melodía, que nos sucedió muchas veces quedarnos parados por su dulzura. Los árboles son de tanta belleza y tanta blandura que nos sentíamos estar en el paraíso terrenal, y ninguno de aquellos árboles ni sus frutas tenían semejanza con los de estas partes, y por el río vimos muchas clases de peces de variadas formas"[26].

Las "Tradiciones y creencias de la isla de Haití", proceden del libro preparado por el catalán Fray Ramón Pané, un auténtico antropólogo este ermitaño de San Jerónimo, que terminara una *Relación*[27], sobre los indios de la isla Española y sus areítos. A estos testimonios sumamos al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, con "De otras muchas particularidades, algunas de ellas notables, de la isla de Cubagua" y "El cual trata de la manera que los indios y aún los cristianos tienen para tomar y pescar las perlas".

II. UNA NATURALEZA DESBORDANTE

Condensa fragmentos escritos por Fray Bartolomé de Las Casas, Pedro Mártir de Anglería, Fray Toribio de Benavente (Motolinía), Bernardino de Sahagún, José Luis de Cisneros, Fray Pedro de Aguado, Joseph de Acosta, Juan de Cárdenas, Antonio Vázquez de Espinosa y Antonio de la Calancha.

La variabilidad descriptiva orienta al lector a renovar los dispares cuadros del mundo natural americano, penetrando en la pesca de perlas con los peligros que ofrecían los tiburones, el agotamiento físico ante una labor continua en ese agotador método para extraer las conchas perlíferas; la abundancia de anguilas, de la luz que dan los cocuyos, las culebrillas malignas y al acercarnos a las selvas el peligro del tigre y los leones.

Las variedades de árboles están enumeradas en surtida multiplicidad: citamos la canela, el plátano, los que producen la seda o el bejuco. Las hierbas que emborrachan, las orquídeas, el piciete (tabaco), numerosas frutas como el ananás, almendras, capolíes, etc. Del cardo o maguey, del cual se hacen muchísimas cosas como la bebida, su utilidad

para vestir y calzar, o la variedad de aprovechamientos que los indios mexicanos sacaban del mismo, tal como lo explica Motolinía (Fray Toribio de Benavente), planta sobre la cual se han extendido muchísimos cronistas.

Las piedras preciosas están detalladas en las páginas de Bernardino de Sahagún, como la esmeralda, chalchihuites, cristal o el ámbar, por mencionar algunas. El padre Joseph de Acosta también se detiene sobre las esmeraldas, pero la naturaleza lo impresiona con sus estaciones fuertes, con los vientos o los volcanes, explicando las diversas fuentes y manantiales[28].

III. TIERRA SIN HORIZONTE

Formado por textos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Fray Antonio Tello. Estamos ya en tierras de la actual Norteamérica, en Texas, donde los españoles sobreviven con los indios trashumantes en los desiertos poblados de venados y de bisontes, que denominaron "vacas". Estas "tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino como una bernia; unas son pardillas, y otras negras". La indumentaria proviene del cuero trabajado, haciendo calzados, baldes para portar agua o conservar comida, con un aprovechamiento máximo. "No tienen sus dueños otra riqueza ni hacienda. De ellos comen, beben, visten, calzan y hacen muchas cosas; de los cueros, casas, calzado, vestido y sogas; de los huesos, punzones; de los nervios y pelos, hilos; de los cueros, buches y vejigas, vasos; de las boñigas, lumbre, y de las terneras, odres, en que traen y tienen agua; hacen, en fin, tantas cosas de ellos, cuantas han menester o cuantas les basten para su vivencia", como apunta López de Gómara[29]. Esta es la *Tierra sin horizonte,* zona desértica de escasa alimentación, de víboras peligrosas y mosquitos que atormentan, a los cuales combaten a fuerza de humaredas, con tizones y leña mojada. Las sabandijas, arañas, hormigas, raíces, gusanos, huevos de hormigas y en temporadas propicias algunas tunas. Muchos narran detalladamente la presencia de bisontes, como lo hace Castañeda de Nácera en su *Relación de la jornada...* diciendo "...ellos tienen el rostro ancho y corto, de ojo a ojo dos palmas de frente; los ojos salidos por el lado, que yendo huyendo ven a quien los sigue; tienen barbas como cabrones, muy grandes. Cuando huyen llevan la cabeza baja, la barba arrastrando por el suelo. Del medio cuerpo para atrás son ceñidos, el pelo muy merino como de ovejas muy finas y de la cinta para adelante el pelo muy largo de faición de león rampante, y una gran corcova,

mayor que de camello. Los cuernos cortos y gordos que descubren poco por cima del pelo. Mudan el pelo de medio cuerpo atrás por mayo, en un vellón y quedan perfectos leones. Para mudarse arriman a algunos árboles pequeños que hay en algunas barranquillas y allí se refriegan hasta que dejan el vellón como la culebra el pellejo. Tienen la cola corta y un pequeño hisopo a el cabo. Llévanla, cuando corren, a manera de alacrán"[30].

Otro fragmento lo constituye la pintura que expone Fray Antonio Tello, ampliando el mismo tema con realista imagen sobre la cacería de los búfalos en el llano de las vacas, el sustento de estos indios, como beben la sangre caliente junto con la detallada descripción del aprovechamiento de un ejemplar pequeño.

IV. MESOAMERICA Y SUS GRANDES CULTURAS

Las culturas mayas y mexicanas forman el ámbito mesoamericano; aparecen los pueblos agricultores, hábiles ceramistas, tejedores, artífices trabajando en construcción de piedra. Un gran conjunto de textos penetran en las más variadas manifestaciones del hacer cultural de su tiempo, con fragmentos tomados de Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Fray Toribio de Benavente (Motolinía), Girolamo Benzoni, Pedro Cieza de León, Pedro Diego de Landa, López de Gómara, Andrés Pérez de Ribas y el cosmógrafo erudito Carlos de Sigüenza y Góngora.

La gran Tenochtitlán y el emperador Moctezuma, el gigantesco mercado de Tlatelolco, la laguna, forman parte de las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Los edificios, puentes, las paredes de piedra y sus torres, la ciudad amurallada, sembrada, cubierta de árboles, jardines, cursos de agua y la circulación ya en canoas, mediante calzadas empedradas, con sus templos o plazas trazadas con sorprendentes simetría, tamaño y esplendor. Asombro que impactó a los conquistadores y a la soldadesca española al enfrentar el orden citadino de la Nueva España. Quedan así las primeras miradas sobre Tlaxcala o Cholula como seguirán en Pedro de Alvarado las escuetas páginas sobre Guatemala y la visión del volcán "que es la más espantable cosa que se ha visto que echa por la boca piedras tan grandes como una casa, ardiendo en vivas llamas, y cuando caen, se hacen pedazos y cubren toda la sierra de fuego". También se complementa con "otro volcán que echa humo muy espantable, que sube al cielo, y de anchor de compás de media legua el bulto del humo".

Amplían esta región centroamericana, con referencia a Nicaragua, Honduras, Guatemala, Yucatán o el descubrimiento del Mar del Sur, algunos de los cronistas ya citados.

Otros elementos variantes quedan en el jesuita Andrés Pérez de Ribas (*Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe entre las gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe,* México, 1944), cuando describe los "hechizos, supersticiones y sermones", que utilizaban en sus oficios y ejercicios los médicos primitivos, sanando el cuerpo mediante embustes, chupando la ponzoña, recitando ensalmos y utilizando variadas artimañas.

V. BESTIARIO DE INDIAS

Resumido muestrario tomado de autores como Américo Vespucio, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mártir de Anglería, Bernardino de Sahagún, Joseph de Acosta, Fernão Cardim, Gutiérrez de Santa Clara, Garcilaso de la Vega (el Inca), Bernabé Cobo, Pedro Mercado y José Gumilla.

La imaginería en primer lugar se ocupa "de los hombres marinos que hay en el mar", pero también considerados como "monstruos marinos" por Mártir de Anglería y otra reminiscencia medieval, los "hombres con rabo", dentro de la serie de figuras deformadas que consideraron los europeos como los hombres con cabeza de perro, o bien los acéfalos.

Un proceso involucra los efectos descriptivos directos, con figuras de la fauna tal como fueron vistas o encontradas, algunas mejor desarrolladas que otras, quienes pareciera están identificadas con relaciones verbales, sin comprobación alguna, lejos de una descripción científica.

En suma sobresalen las páginas sobre tortugas, caimanes, tigres, vicuñas, o las aves —los alcatraces o voraces onocrótalos, tucán, colibrí, quetzal—, con mayor abundancia referidas a los peces —el peje reverso, el peje unicornio— junto con otras menores, hormigas, sabandijas entre un sumario amplio y bien documentado.

No deja de confrontarse con las figuras del agua, que ofrece el folklore en Brasil, así los hombres marinos (que los naturales llaman *Igpupiára,* según Fernão Cardim), aquellos que atacan y matan. El método narrado es como sigue: "se abrazan a las personas, bajándolas y apretándolas consigo hasta quebrarlas, quedando entera y cuando la sienten muerta dan algunos gemidos como de sentimiento y soltándola huyen. Y cuando se llevan algunos les comen solamente los ojos, las

narices, las puntas de los dedos, de los pies y de las manos y las partes genitales, y así los echan de ordinario por las playas, con esas cosas menos"[31].

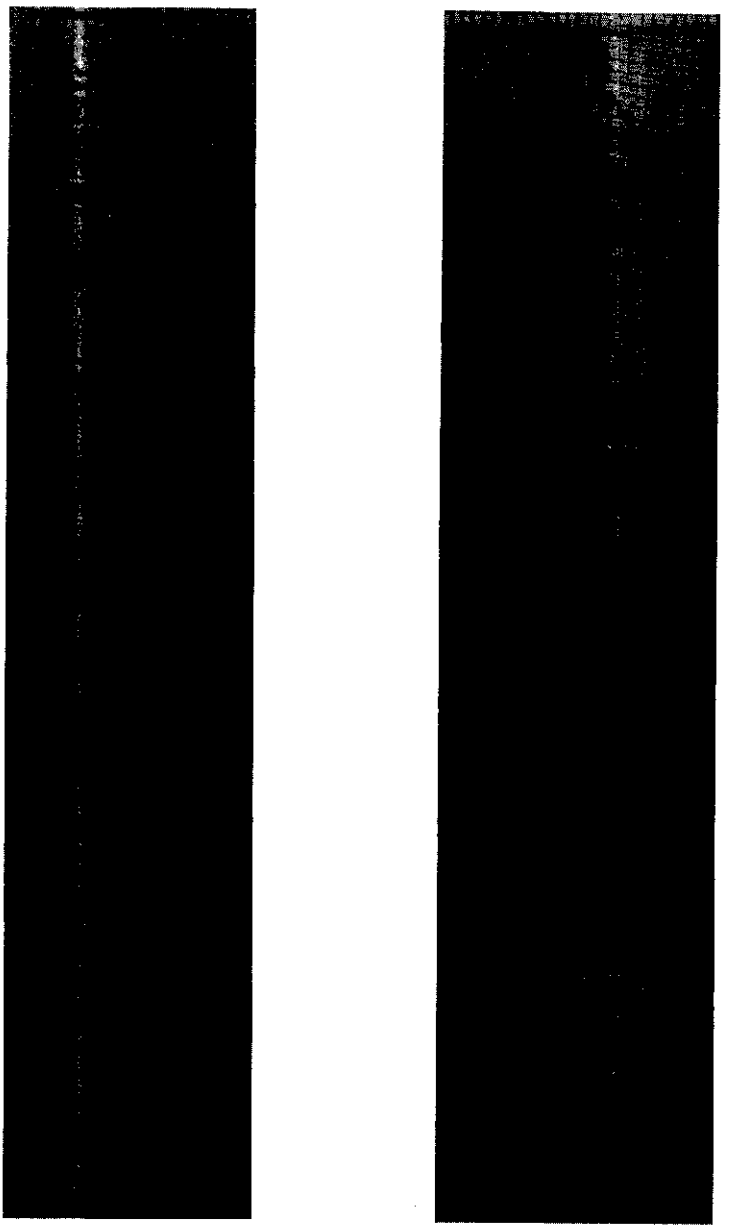
El minucioso detalle de los animales que muchos cronistas tomaron de Martín Fernández de Enciso (*Suma de geographía, que trata de todas las partidas e provincias del mundo, en especial de las Indias*, 1519), descripciones que sin duda vieron y aprovecharon al referirse a la iguana, armadillo, tapir, oso hormiguero, entre otros[32]. Esta puntualización puede consultarse en obras como Alberto M. Salas en *Para un bestiario de Indias* y en nuestras *Crónicas de la naturaleza del Nuevo Mundo*[33], donde hemos establecido múltiples observaciones dentro de una proliferación de cuadros sobre la flora y fauna del Nuevo Mundo. La necesidad de narrar lo desconocido permitió a los cronistas proponer una continua línea de novedades detallísticas, con mucho de exótico e imaginación. Alberto Salas sostiene que el conquistador habla de "estas bestias, grandes o diminutas, reales o imaginarias, bonacibles o crueles, han integrado su mundo y su vida, se han mezclado con sus sueños y ansiedades, con sus triunfos o despiadados destinos". Otro cuadro de enfrentamiento es el que aporta Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Sumario* al considerar que los animales deben verse como parecidos o iguales a los existentes en España o los otros "muy extraños a la vista de los cristianos, y muy diferentes de todos los que se han dicho o visto en España ni en otras partes" (*Historia general y natural de las Indias*).

Como se había señalado en Mártir de Anglería, "hombres con cola de animal" aquellos que vivieron en la región llamada Yuciguanim, según los indígenas.

También tiene antecedentes en Ptolomeo, Plinio, Marco Polo, hasta el Almirante Cristóbal Colón, quien cita lugares como Cibao y en otro pasaje por Anam, donde los habitantes "nacen con cola"[34].

VI. TIERRA FIRME

Las páginas sobre un amplio territorio que estaba limitado al norte por el mar Caribe, al este podría decirse que el Océano Atlántico, contenía la selva amazónica y las extensas playas del suelo brasileño, mientras al oeste también el Océano Pacífico, era su marco natural. En resumen un complejo escenario de culturas indígenas, muchas errantes y otras cobijadas en las selvas o en las laderas cordilleranas. Al sur quedaba el suelo andino, de celebradas construcciones, magnificencia, per-



Seres fabulosos, Sebastián Münster, *Cosmographie Universalis*, Basilea, 1544.

sonajes sagrados dentro del incanato culto y altivo. La Tierra Firme ha sido abreviada en textos cortos por Gonzalo Jiménez de Quesada quien habla del Nuevo Reino de Granada, de ciudades como Tunja o Santa Fe de Bogotá; Francisco López de Gómara con las "Costumbres de Cumaná"; José de Oviedo y Baños, presenta el "sitio y calidades de la Provincia de Venezuela"; Jacinto de Carvajal, detalla en las jornadas náuticas su recorrido y descubrimiento del río Apure; Sir Walter Raleigh, aporta la fantasía sobre los indios "ewaipanoma que tienen los ojos en los hombros", fragmento de su difundido libro sobre *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana,* publicado en inglés en 1596.

El sacerdote jesuita José Gumilla, resume con grata técnica descriptiva el proceso para lograr el "mortal veneno llamado curare" y las técnicas primitivas utilizadas en su fabricación, resultado de una suma de elementos que animan su ajustada historia[35].

El mito de El Dorado, se encuentra en la "Historia de Juan Quiñones" tomada de Fray Juan de Santa Gertrudis (*Maravillas de la naturaleza*) una forma repetida de lograr la riqueza de una montaña que estaba cubierta de oro y que se defendía de los intrusos mediante rayos y truenos, en medio de un hedor maloliente y una gran vocería de demonios.

Una historia que renueva la búsqueda ilusoria, tan renovada en muchas partes del suelo americano sobre un lugar incierto que surgía, tomaba fama y nunca fue posible disponer concretamente del mismo. Las fábulas y las leyendas de *El Dorado* sostienen una preeminencia de inventiva, una realidad de expediciones, jornadas y muertes, de codicias a lo largo de muchas controversias, desengaños y maledicencias indígenas. Ese inalcanzable sueño es producto de la fantasía individual, el resultado de una idealización que se transporta en los mismos protagonistas, desde una laguna, en pueblos, minas y horizontes, que servían de fronteras a una incontrolable quimera circunscripta, aceptada y perdida, dentro de la gran fantasía americana que recicla el descubrimiento.

VII. EL IMPERIO ANDINO

Mientras las culturas de Mesoamérica disponen de escritura ideográfica y ordenan sus calendarios, los pueblos del mundo incaico no tenían lenguaje representado ni contaban con simbolismos para ello. Asombraban por su monumentalidad constructiva, por un gobierno y

administración que se estructuraban en seguro ordenamiento, por la riqueza —metales preciosos, oro y plata que proyectaron una fuente de ilusión para el conquistador—, contaban con la presencia de un ganado mayor —la alpaca y la vicuña— de los cuales florecieron los tejidos.

Algunos cronistas —de la abundante nómina de autores que podría revelarse— se recogen aquí en *El Imperio Andino:* Pedro Sánchez de la Hoz, Francisco de Xerez, Pedro Cieza de León, Joseph de Acosta, Garcilaso de la Vega el Inca; Felipe Guamán Poma de Ayala, Juan Rodríguez Freyle, Alonso Carrió de la Vandera (Concolorcorvo), que se ofrecen junto con dos cronistas básicos como Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara[36].

La tierra andina nos revelará algunos temas geográficos y descriptivos. Entre las ciudades: el Cuzco, Cajamarca, el sereno Lago Titicaca, la soledad de Tiahuanaco, la meseta desolada y el Templo del Sol, las bases de enormes rocas poligonales y sus tres murallas megalíticas que ordenan la fortaleza de Sacsahuamán.

La construcción de los puentes que los indios acostumbraban hacer para pasar los ríos, que impresionaron a los viajeros y que contrastaban con los pasos de piedra que también mostraban el ingenio constructivo; el cerro de Potosí que expone Joseph de Acosta forma parte de una historiografía dedicada a la minería, la explotación de la plata y a los sacrificios humanos que conlleva dicha actividad[37]; los conocidos *quipus* en Garcilaso de la Vega (el Inca), sistema manual de contabilidad mediante nudos (de allí la voz, *quipu,* nudo en quichua), para ordenar la administración del reino en el antiguo Perú.

Estos *quipus* o ramales de cuerdas anudadas, fueron siempre atendidos por contadores (llamados los *quipus-camayos* o *quipu-camayoc*), que podrían compararse con los *carastes* utilizados en México. Algunas similitudes las recuerda Pedro Cieza de León en *Crónica del Perú* (II parte, cap. XII, Madrid, 1880).

Explica José Miguel Oviedo: "Los incas no poseyeron realmente ninguna escritura: los *quipus* configuraban un procedimiento nemotécnico, sujeto a interpretación, que les permitía guardar memoria de los hechos del pasado o registrar la cantidad de granos almacenados" (*La edad del oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú,* Barcelona, 1986, p. 32).

En otro aspecto, Juan Rodríguez Freyle nos habla de la ceremonia en la cual un cacique desnudo era recubierto de oro para navegar en una balsa por la laguna de Guatavita. Este príncipe, conocido como el hombre dorado, dio origen a la leyenda de *El Dorado,* que tanto material ha producido al historiar su mitología[38].

En este capítulo se ha incluido el reconocido "Relato de Pedro Serrano abandonado en una isla desierta", que escribiera Garcilaso de la Vega, (el Inca) en sus *Comentarios reales.*

VIII. LOS GRANDES RIOS

Sorpresivo territorio de las extensas cuencas fluviales, que fueron exploradas luego del descubrimiento del Estrecho de Magallanes, las tierras del Brasil, la cambiante ruta del Río de la Plata, la primera fundación de Buenos Aires. Desde la costa rioplatense se buscará penetrar hacia el norte, se explorarán los ríos Paraná y el Paraguay, seguirán, entre idas y retornos, la supuesta marcha hacia el Perú, que algunos logran desde tierras ligadas al Atlántico. En el suelo escarlata del Paraguay los indios guaraníes mencionan las montañas del agua, la pared que corre en turbulencia y espuma, las murmurantes Cataratas del Iguazú, rodeadas por la fuerte selva húmeda que se amplifica con la Amazonia brasileña. También desde lo alto de los Andes, quienes se animaron a seguir las corrientes fijas del Coca, del Napo, del Salimoes, en busca del Atlántico, como lo revela Fray Gaspar de Carvajal, en su diario titulado *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande,* realizado hacia 1539-1540. Las traducciones del mismo lo explican en inglés, *Expedition into the Valley of Amazonas* o en portugués, *Descobrimento do rio das Amazonas.*[39]. En este descubrimiento se repite la situación incontable y confusa del reino o imperio de las Amazonas, las mujeres guerreras, nombre que fabularon por siglos y el cual terminó por bautizar al gran río del Brasil. El jesuita Cristóbal de Acuña cumple la travesía entre Quito y la ciudad de Pará, sobre el Atlántico. Es bastante similar al recorrido de Gaspar de Carvajal, hacia 1541, pero efectuado en 1639/1640, que se publicará al año siguiente en Madrid, con el título *Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas,* buen inventario etnográfico-etnológico y un conjunto de flora y fauna, al que debemos sumarle las leyendas folklóricas que hablan del río-mar, de la influencia y de sus rayos que platean su recorrido, de las sirenas-yarás que viven en el fondo lodos, de los lagos, islas y canales, todos ellos de trágica belleza. No faltan en Acuña el señalamiento del peje buey —el manatí bien reseñado por los cronistas—, de las tortugas, del pez eléctrico, que pueden agruparse frente a las frutas, las cazas del monte, el tabaco y la yuca entre algunos detalles expositivos del libro.

Pero no sólo las aguas trazan una planimetría idealizada, sino también sus habitantes. Hablan de ellos y describen sus hábitos, Anto-

nio Pigafetta, Ulrico Schmidel, Hernando de Rivera, Hans Staden, Jean de Léry, Ruy Díaz de Guzmán, Fernão Cardim, Cristóbal de Acuña, entre otros.

Refiriéndose al Brasil está Antonio Pigafetta, el escribano Pedro Hernández —completando los escritos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca—, se refiere a los indios ribereños del Paraguay y del Pilcomayo; la permanencia sobre el Plata, el Paraná y el Paraguay, del sargento artillero Ulrico Schmidel, las primeras impresiones sobre los indios querandíes o carios, curemaguás, agaces, y scherues, con pinturas que adornan sus caras y cuerpos, las diversas armas, hábitos y formas de convivencia durante tiempos de paz o de guerra, con mucho de canibalismo.

Jean de Léry expone sobre los tupinambos en tierras de Brasil, quienes sacrifican sus prisioneros de guerra, tal como también lo sostiene Fernão Cardim. Comprometidas son las páginas de Hans Staden narrando su vida como prisionero de los indios tupinambos, visión que confronta una realidad del ambiente tribal, costumbres y modo de convivir de un extranjero que debe asimilarse y que finalmente resulta liberado, como narra detalladamente en su libro *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y caníbales* (1557).

IX. MIRANDO AL PACIFICO Y EL EXTREMO SUR

Finalmente queda aún el territorio de Chile y los araucanos. Del Pacífico al Atlántico es el continuo viaje a través del Estrecho de Magallanes, para darnos los derroteros de sus costas y los habitantes, llamados patagones. Sobre este breve perfil escriben Américo Vespucio, Antonio Pigafetta, Juan de Areizaga, Juan Ladrillero y Alonso de Ovalle. Otro elemento que se repite es el testimonio de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán —en su libro *Cautiverio feliz*— narrando sus experiencias en manos de los indios araucanos. Episodio que retrotraen los escritos de Hans Staden con los tupinambos del Brasil, por Carlos de Sigüenza y Góngora con las "Aventuras de Alonso Ramírez" capturado por piratas ingleses, que puede identificarse con el "Relato de Pedro Serrano" en una isla desierta, expuesto por Garcilaso de la Vega (el Inca).

El Estrecho y su descubrimiento, obra de don Hernando de Magallanes, será explorado detenidamente y con grandes penurias por el capitán Juan Ladrillero quién llega de mar en mar luego de nueve meses con su *Descripción de la costa del mar Océano, desde el sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes* (1557-1558); otra relación de la misma característica la expone el padre Juan de Areizaga. Los patagones serán

Indios scherues, grabado de Hulsius, para Ulrico Schmidel, ob. cit.

las figuras que describen, "aquellos gigantes" con sus caras pintadas con diversos colores, blanco, rojo, amarillo cubiertos con mantas de guanaco. Se trata, bien lo sabemos, de hombres corpulentos que daban la impresión al estar recubiertos por las pieles que le caían hasta el suelo. El nombre de patagón les fue aplicado recordando a un monstruo que figura en el *Primaleón*[40].

"El protagonista del *Primaleón* apresa al monstruo Patagón, quien se amansa en presencia de las damas. La deforme criatura anda erguida como hombre pero tiene rostro perruno: probablemente a imagen del gigante Ardan Canileo en el *Amadís de Gaula,* que une rostro de perro a su figura humana. Los indígenas observados por Magallanes no tenían a buen seguro cara de perro, pero su semblante, tal como lo describe Pigafetta, debía ser poco menos que espantable. Sin duda Pigafetta no creyó necesario glosar la designación impuesta por Magallanes, y familiar a todos por la leidísima novela", tal como lo recuerda la filóloga María Rosa Lida de Malkiel[41].

No quiero terminar sin reproducir el texto de Pigafetta, cronista de la expedición de Magallanes. Este dice: "Bien proporcionado, además, tenía cara ancha teñida de rojo, salvo los ojos con círculo amarillo, y dos manchas en forma de corazón en las mejillas. El cabello, poco abundante, parecía blanqueado con algún polvo. Su vestimenta, o mejor dicho su manta, consistía en pieles bien cosidas de un animal que abunda en el país, tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, piernas de ciervo y cola de caballo, y relincha como este último (o sea el guanaco); el calzado era hecho de la misma piel. En la mano izquierda tenía un arco corto y macizo, con cuerda, poco más gruesa que la de un laúd, hecha de tripa de dicho animal; en la otra tenía flechas cortas de junco, con plumas en un extremo, como las nuestras, y con puntas de pedernal blanco y negro en el otro. Con la misma piedra confeccionan herramientas cortantes para trabajar la madera".

Diremos también haciendo una síntesis de las expediciones que fueron documentando informaciones sobre la *Patagonia,* tierra desértica azotada por el viento del oeste, aportando un panorama más indóneo sobre el suelo y los hombres, a través de García Jofre de Loayza, Simón de Alcazaba, Francisco Camargo, Juan Ladrillero, Sarmiento de Gamboa y los piratas ingleses Francisco Drake, Tomás Cavendish, todos durante el siglo XVI.

En esta tierra inhóspita nació una quimera que ilusionó a quienes llegaron a pisarla, la Ciudad Encantada de la Patagonia, sueño, acicate, historia y fantasía que proporcionó muchas páginas escritas con sacrificios y muertes[42].

HORACIO JORGE BECCO

BREVE PERFIL DE LOS CRONISTAS. BIBLIOGRAFIA Y ANALISIS DE TEMAS BASICOS

CRISTÓBAL COLÓN, (c. 1451-1506), nació en Génova y murió en Valladolid. Hombre de mar, acostumbrado a los ejercicios de navegación, convive en un ambiente de búsqueda, con conocimientos de cartas y cartografía del momento. Alejándonos de las luchas, rivalidades y numerosos problemas que van moldeando su vida, hallamos que apoyado por la corona española, Colón llega a América desembarcando en Guanahaní, dando lugar a la descripción que recoge su "Diario del Primer Viaje (1492-1493)".

El objetivo comercial de esta primera excursión a través del océano en busca del Asia, de la India o del Catay, logró demostrar que existía una enorme posibilidad del camino occidental de las Indias. En el "Diario" que utiliza y parafrasea Fray Bartolomé de Las Casas, se conservan las primeras impresiones que produce el Nuevo Mundo, con una clara revelación ante lo desconocido, hay un enigma enfrentando ese mar, las islas y los hombres. "Las tierras feroces, la vegetación exuberante, el dulce clima, las florestas odoríferas... el paisaje de maravilla, los nuevos animales... el tabaco y las mil plantas desconocidas de los europeos eran una tangente realidad y las esperanzas fundadas del hallazgo de otras muchas maravillas no eran un sueño descabellado e imposible", como escribe A. Ballesteros Beretta.

Las noticias diferentes de la primera expedición al Nuevo Mundo cuentan con dos o tres versiones que están en el *Diario* de a bordo, la carta preparada el 14 de febrero de 1493, cuando una tempestad amenazó la llegada a puerto y fuera echada al mar en un barril encerado y otra enviada a Gabriel Sánchez y a Luis de Santángel, tesorero de Aragón y escribano de los Reyes Católicos respectivamente. Lo importante y más apropiado es el *Diario*. Las cartas tuvieron inmediata reproducción como queda estudiado en Cristóbal Colón, *La carta de... enunciando la llegada a las Indias y a la Provincia de Catayo (China),* reproducción de las 17 ediciones conocidas y comentarios por Carlos Sanz (Madrid, 1958).

Consignamos algunas ediciones: *Diario de Cristóbal Colón. Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias,* edición y comentario de Carlos Sanz, Madrid 1962; *Diario de Cristóbal Colón,* prólogo de Gregorio Marañón, estudios, ediciones y notas por Manuel Alvar, Las Palmas, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1976, 2 vols; *Textos y documentos completos,* edición y estudio de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1984; *Diario de a bordo,* edición

de Luis Arranz, Madrid, Historia 16, 1985; *Los cuatro viajes. Testamento,* edición de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Editorial, 1986, con selecta documentación bibliográfica[43].

AMÉRICO VESPUCIO, (1454-1512), nace en Florencia, cumple distintas ocupaciones en Europa, Francia y España principalmente, hasta embarcar en Cádiz con la expedición de Alonso de Hojeda y Juan de la Cosa, en 1499 y salen para las Indias recién en 1501. Es naturalizado español, luego será piloto mayor de la Casa de Contratación. Muere en Sevilla. En la obra vespuciana se dan cuenta de las observaciones, localización, descubrimiento y novedad de las tierras vistas, se aportan orientaciones destinadas a confirmar lo expuesto, proporcionar datos geográficos, astronómicos y culturales.

Ediciones principales: *Mundus Novus,* trad. del italiano al latín por Fray Giovanni del Giocondo (de Verona), edición de Jean Lambert (París 1504); edición facsimilar de las *Cartas de...* prólogo y nota estudio de Enrique Uribe White, Bogotá, 1942; *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos.* Textos en italiano, español e inglés. Estudio preliminar de Roberto Levillier, Buenos Aires, 1951; *Mundus Novus,* Anales de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1956; Luiggi, Firpo, editor, *Prime relazioni di navigatori italiani sulla scoperta dell'America: Colombo, Vespucci, Verrazzano,* (Torino, 1966); *Lettere di viaggio,* ed. de Luciano Formisano, Arnoldo Mondadori Editore, Milán 1985 y la edición española, *Cartas de viajes,* Alianza Editorial, 1986, donde señala una precisa bibliografía sobre la cuestión vespuciana[44].

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, (c. 1484-1566), nace en Sevilla y muere en Atocha. Llega a las Indias con el nuevo gobernador Nicolás Ovando a la isla Española. En 1506-1507 viaja a Roma y se ordena sacerdote, al regresar a la isla canta su primera misa cerca de Concepción de la Vega (1510). Entre 1512-1514 se encuentra en Cuba, asistiendo a Diego Velázquez, teniente de Diego Colón. Acompaña al capitán Pánfilo de Narváez como capellán, comprobando las atrocidades que se cometían con los indios. Renuncia a una encomienda y viaja a España para ver al rey Fernando V, presentando memoriales de agravios y denuncias. Es nombrado procurador general de los indios, pero encuentra la oposición de los colonos y autoridades españolas. Ingresa a la orden dominicana, donde organiza una época retirada y fundamental en su vida de estudioso. Funda en la Española, el convento dominicano de Puerto Plata (1527) y comienza su tarea historiográfica con la

Historia de las Indias, que finalizará en los últimos años de su vida. En 1542 se publica su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* pieza fundamental sobre las denuncias, atrocidades y abusos experimentados contra la población nativa en tono apasionado y virulento.

Entre 1551-1553 estará en Sevilla, Valladolid, Toledo y Madrid, acompañando los cambios de residencia de la Corte. Mantiene una constante actitud especialmente en la *Apologética Historia de las Indias,* su mayor esfuerzo panorámico sobre el Nuevo Mundo y las culturas indígenas, siempre orientado a su defensa y protección. Se le encuentra como huésped del Colegio dominicano de San Gregorio (1553) y terminará sus días en el convento de Atocha, cuando llegaba a tener ochenta y dos años de edad.

La obra del padre Las Casas es un documentado proceso al genocidio de los naturales americanos a manos de los conquistadores, cuya defensa observa que éstos como seres racionales no debían ser sometidos al castigo de la esclavitud. Su propia vida quedará comprometida en lograr una justicia que los libre de los trabajos agotadores, del tormento, de las enfermedades que les aportaron los europeos, en un confirmativo ejemplo de brutalidad y horror. En suma la enorme pasión humanitaria del dominico, testigo de la explotación implantada en las Indias, busca lograr una solución que lo acerca al gran rechazo que manifiesta de los españoles en su escrito, mostrándose contundente en la gran compasión por las víctimas.

Las ediciones más divulgadas de su obra son: *Historia de las Indias*; Madrid 1875-1876, 5 vols, con "advertencia preliminar", del Marqués de la Fuesanta del Valle y de José Sancho Rayón, con biografía de Las Casas por Manuel José Quintana, México, 1877; con prólogo de Gonzalo de Reparaz, Madrid, Aguilar, 1927; con estudio preliminar por Lewis Hanke, edición de Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1951; edición de Juan Pérez de Tudela y Emilio López Oto, estudio crítico del primero, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, t. XCV-XCVI, 1957; edición, prólogo, notas y cronología por André Saint-Lu, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986, 3 vols. *Apologética historia de las Indias,* edición de Manuel Serrano y Sanz, Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, t. XIII, 1909; edición y estudio preliminar de Edmundo O'Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967; *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* edición de André Saint-Lu, Madrid, Editorial Cátedra, 1982[45].

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, (c. 1478-1557), nace en Madrid y muere en Santo Domingo. Vinculado a la corte española fue paje del príncipe Juan y posteriormente teniente del rey Fernando. En

1514 llega a las Indias acompañando a Pedrarias Dávila, con el título de "veedor mayor de las fundiciones de oro de la Tierra Firme", también "escribano de minas y del crimen y juzgado, marcador del hierro de los indios y esclavos". Caminó y recorrió buena parte de América, en especial el Caribe, el Darién y Nicaragua, llega a ser alcalde de la fortaleza de Santo Domingo, lugar donde se ha establecido ocurrió su muerte, según lo testifica Juan Pérez de Tudela; sus restos reposan en la Catedral Primada de Santo Domingo (República Dominicana).

En 1535 publica su *Historia general y Natural de las Indias,* de inmenso valor, ya que dispuso como cronista de Indias de numerosos materiales enviados a la corona. Ese repositorio le permitió comparar y documentarse con cierta exactitud y valorar por medio de las comunicaciones y cartas la situación real que vivían los países o provincias del continente americano. Mucha imparcialidad, para evitar polémicas, aunque expone los documentos pertinentes y aclara sus puntos de vista para mayor crédito.

En 1525 presentó un *Sumario de la natural historia de las Indias,* dedicado a informar al monarca Carlos V, considerado una verdadera enciclopedia de los asuntos geográficos y naturales, con hermosas páginas dedicadas a los animales y plantas que resultaban por ese entonces desconocidos. "Su calidad y principal mérito se hallan precisamente en lo que tiene de bosquejo panorámico. Sólo eso bastaría para acreditarla como obra única en su tiempo; pues ninguna otra nos dará en tan poco espacio y de manera tan ponderada y armónica la descripción de aquello que interesaba más al europeo del medio físico americano: lo extraño y diferente, lo que más se alejaba y difería de lo propio, o con ello coincidia menos" (José Miranda p. 51).

Produjo también numerosas obras sobre distintos asuntos, examinando lo histórico, militar y genealógico. Sus años de residencia en América le permitieron reforzar los conocimientos como geógrafo y naturalista, contribuyendo con lo visto y oído a proporcionar, páginas de sus obras consideradas fundamentales y de gran valor documental.

Carmen Bravo-Villasante dice: "A diferencia de Pedro Mártir de Anglería, Oviedo lo ha visto todo, tiene la precisión de un naturalista y de un etnólogo, tanto que todavía hoy deja admirados, por sus descripciones, a los modernos zoólogos y botánicos, su lenguaje es de una riqueza extraordinaria, la novedad del vocabulario americano se incorpora a sus escritos; gracias a él sabemos hoy lo que son: *areyto, barbacoa, batey, bohío, cacique, hamaca, huracán, petaca, guayacán,* muchos de cuyos términos se han incorporado al lenguaje actual. Su libro es una mina de noticias". (*La maravilla de América,* Madrid, 1985, p. 30).

Ediciones: *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del Mar Océano, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, primer Cronista del Nuevo Mundo.* Ilustrada con la vida y el juicio de las obras, por José Amador de los Ríos, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851-1855, 4 vols; *Historia general...* con prólogo de J. Natalicio González, Asunción del Paraguay, Editorial Guarania, 1944-1945, 14 vols.; Ed. y est. prel. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, vols. CXVII-CXXI, 1955, 5 vols. *Sumario de la Natural Historia de las Indias,* edición, introducción y notas de José Miranda, México, Fondo de Cultura Económica, 1950[46].

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA, (c. 1455-1526), nace en Arona, muere en España. Formado en Roma, se traslada a la Península en 1487; estuvo como soldado en la pérdida de Granada por los moros, luego se ordenará de sacerdote, predicador, capellán de la Reina, consultor y finalmente Cronista de Indias. Conoció personalmente a los protagonistas del momento y estuvo en contacto con los documentos y las relaciones escritas. Redactó también obras de historia, pero su labor más difundida y permanente queda en la *Historia del Nuevo Mundo* o también las *Décadas,* escritas en latín y traducidas en Madrid (1892).

Con un sentido más etnográfico, Anglería se deja llevar por la imaginería y la confusión de tantos episodios narrados y no vistos, propios de una memoria gastada que lo traiciona en frecuentes ejemplos.

Sus *Décadas* muestran a un renacentista, asombrado ante la contemplación del Nuevo Mundo en la cambiante variedad de la naturaleza y enfrenta la historia de los personajes y hechos importantes, mezclados con una voz poética pero sorprendiendo con largos comentarios de anécdotas, de maravillas contaminadas con el inventario de lo imaginero. Gran acopio de noticias o de digresiones que se tornan inevitables por la prisa, la falta de cuidado estilístico. No dejó de interesarse por la botánica y es un creyente que porta milagros, atiende leyendas, disimula la carga de antigüedad erudita que le apasiona en prodigios.

Monstruos para un bestiario americano, renovando sus conocimientos europeos, le proponen un hilo comparativo que suele fatigar en algunos casos. Además rechaza las imaginerías que arroja Colón, pero marca un equilibrio con las fuentes grecolatinas. Buena parte de su trabajo deja la impresión de una feliz irrealidad que se expande singularmente por su escenografía. Anglería será censurado por otro cronista magistral, Gonzalo Fernández de Oviedo.

Las ediciones más importantes del *Orbe Novo decades...* son: *Décadas del Nuevo Mundo,* traducción de Joaquín Torres Asencio, Madrid,

1892, 4 vols.; en traducción de Joaquín Torres Asencio; prólogo de Luis A. Arocena y bibliografía de J. N. Sinclair, Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944; en traducción de Agustín Millares Caro. Estudio y apéndices de Edmundo O'Gorman, México, 1964[47].

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, (c. 1492-1580), nace en Medina del Campo y muere en Guatemala. Llega a América en 1524 con Pedro de Arias, nombrado gobernador de Tierra Firme, seguirá luego en Cuba, bajo el mando de Diego Velázquez; participa a las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba en el descubrimiento de las costas de México (1517) con la expedición de Juan de Grijalva y luego se incorporará a las fuerzas de Hernán Cortés que conquistarán México.

Cumplirá con la totalidad de la campaña en tierras aztecas, para radicarse en Guatemala, donde se casa. Será regidor de Santiago de Guatemala un buen tiempo, manteniendo una conducta ejemplar. Se le considera un auténtico relator a pesar de su educación típica de hombre de armas, influenciado por libros de caballería, poesía del romance y buen memorialista. Prefiere reconstruir los episodios históricos con sus participaciones, conversando posteriormente con los personajes y mostrando una prosa ruda con fluidez descriptiva, como lo vemos al mostrarnos la muerte de Moctezuma o la destrucción de los ídolos.

El manuscrito de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* permaneció olvidado hasta 1632 y muchos años tarda su reproducción, que realiza Genaro García en México (1904).

Apunta Rodríguez Monegal: "A partir de entonces el libro fue reconocido como el clásico que es. Bernal Díaz tenía un punto de vista europeo, creía que los españoles tenían una misión religiosa que cumplir en América y que la Corona tenía el derecho de conquistar a los indios. Contra la opinión de Las Casas, creía que las *encomiendas* habían sido inventadas para proteger y no para explotar a los indígenas. Pero también sabía de los abusos de los conquistadores y pensaba que los indios no debían ser tratados como esclavos. Aunque aprendió algunas lenguas indígenas, nunca entendió bien el verdadero sentido de su religión y costumbres. No era un Sahagún; al contrario, le gustaban las leyendas y las consejas más absurdas, y estaba pronto a creer que Moctezuma comía carne de niños. También veía con ojos censorios los sacrificios humanos, la poligamia y la sodomía; sin embargo, fue el primer español en presentar a un príncipe indígena como igual a su conquistador. Su retrato doble de Cortés y Moctezuma es una obra maestra del arte dramático. Aunque había escogido el punto de vista del hombre común, sabía (como Bernard Shaw) cómo retratar a héroes.

También fue sensible a la belleza y majestad de Tenochtitlán, la capital del imperio azteca, construida como Venecia sobre un lago y más espléndida a sus ojos de conquistador que ninguna ciudad europea que él jamás hubiera visto. A través de sus palabras, la fabulosa ciudad permanece intacta y viva". (*Noticias secretas y públicas de América,* Barcelona, 1984, p. 80).

Ediciones: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* prólogo y notas de Ramón Iglesias, México, 1943. 2 vols.; con introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, 1944, 2 vols.; otra ed. en Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, *Historiadores primitivos de Indias,* t. XXV, 1944; ed. de Carmelo Sáenz de Santamaría, Madrid, Concejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982. ed. de Miguel León-Portilla, Madrid, Historia 16, 1984[48].

HERNÁN CORTÉS, (1485-1547), nace en Medellín, Extremadura, y muere en Castilleja de la Cuesta, España. Luego de sus estudios en la Universidad de Salamanca, viene a América con las fuerzas de Nicolás de Ovando, gobernador de La Española; participa en la expedición para conquistar Cuba (1509-1510), con Diego Velásquez. La tercera intentona será para explorar la denominada Nueva España, donde la civilización azteca deslumbra al conquistador, nombrado entonces Gobernador y Capitán General de esas tierras. Cortés narra cuidadosamente su sorpresa frente al encuentro de los mayas y aztecas con gran diplomacia mostrando puntos de vista como administrador y guerrero. Las *Cartas de relación* al Emperador Carlos V, la primera perdida y las tres siguientes preparadas entre 1520 y 1524, van mostrando una defensa de sus actos, son exaltación del mundo de los naturales, la magnificencia de sus obras, construcciones, la vida comunitaria, los menores detalles del medio, de la urbanidad y señorío, de las ceremonias del gran Moctezuma y del gran territorio religioso ceremonial e imponente que había dominado por las armas.

Las informaciones que suministra han sido redactadas no como piezas para publicarse sino simples y extensos informes sólo sellados por las exigencias retóricas determinadas por el oficio o la costumbre que imponen las epístolas. Estas cartas determinan la eficiencia, el oficio del escritor que evidencia los recursos de su formación, responden a la obligación oficial, rígida y severa de pormenorizar lo hecho, cosa que hace como requisito de los gobernadores pero lo perfila como una amplia conversación, instrumento creador salpicado de imágenes que aportan detalles en particular, advirtiendo la sorpresa ante una civilización ignorada para los europeos.

La bibliografía cortesiana es abundante, por ello destacamos algunas que parten del *Códice* de la Biblioteca Imperial de Viena. Las distintas ediciones conocidas son reunidas por primera vez por González Barcia en sus *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales* (Madrid, 1749); por Francisco Antonio Lorenzana, *Historia de Nueva España, escrita por el esclarecido conquistador Hernán Cortés,* (México, 1770); las *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos Quinto,* corregidas y publicadas por don Pascual de Gayangos (París, 1868).

Ediciones modernas pueden citarse en: *Cartas y relaciones. Con otros documentos relativos a la vida y a las empresas del conquistador,* pról. y notas de Nicolás Coronado Buenos Aires. Emecé, 1946; la edición en Biblioteca de Autores Españoles (Madrid, 1946, t. XXII); con introducción y bibliografía de Carles Gibson, Verlagsanstalt, 1960; la reeditada por Espasa-Calpe (Col. Austral) desde 1945-1982; la anotada por Mario Hernández Sánchez Barba, (Madrid, Historia 16, 1985); existen traducciones latinas, italianas, francesas e inglesas[49].

ANTONIO PIGAFETTA, (ca. 1480-1534), navegante natural de Vicenza, había estado en España y acompañó la expedición comandada por Fernando de Magallanes, preparada por el Rey Carlos I. Buscaron el estrecho o paso al sur del continente americano sobre la ruta náutica de Solís y esperando encontrar el otro mar y las islas de las especias. Cinco barcos de los cuales sólo regresó la famosa "Victoria", al mando del vasco Juan Sebastián Elcano, luego de la muerte de Magallanes en Mactán, Filipinas (abril de 1521), y habiendo realizado circunnavegación del globo entre 1519-1522, finalizan en un puerto de España. Este diario de navegación preparado detenidamente por Pigafetta, ha tenido numerosas ediciones desde su versión francesa sobre el original italiano conservado en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, en 1522 y 1536, también en Gian Battista Ramusio (*Raccolta delle navigationi e viaggi* (1550); de las ediciones en castellano citaremos *Primer viaje alrededor del mundo. Relato escrito por el caballero...* Traducido directamente de la edición italiana del Dr. Carlos Amoretti y anotado por Manuel Walls y Merino, Madrid, 1899; *Primer viaje en torno al globo,* versión castellana de Federico Ruiz Morcuende, Madrid, 1941; *Relación del primer viaje alrededor del Mundo con las figuras de los países que se descubrieron reseñadas por...*, versión de Felix Ros, estudio de Bartolomé Escandell Bonet, Madrid, 1957.

Una versión inglesa fue incluida en Richard Eden's *The Decades of the New World* (Londres, 1555); otra ed. corresponde a Lord Stanley of Alderley (1874); y con el título *Magallanes Voyage Around The*

World, editada por James Alexander Robertson en Cleveland, 1906. La bibliografía podría seguir enumerando cantidad de compilaciones, adopciones y versiones en distintos idiomas, dando finalmente como sostiene P. Gobetti "(Relación del primer viaje alrededor del mundo", *Diccionario Literario de González Porto-Bompiani,* t. IX, p. 95-96, Barcelona, 1959), "...demuestra que fue un hombre de discreta cultura y enorme curiosidad y es interesantísima [*La Relación*] por la exactitud casi científica, sorprendente para su época, de las observaciones hechas por él en los países explorados, desde la fauna hasta la meteorología, desde las costumbres hasta el idioma y las instituciones políticas".

Es además un testimonio sobre el Río de La Plata, Brasil, los habitantes de la Patagonia y la descripción del Estrecho de Magallanes que llama en su texto Estrecho Patagónico, para luego enfrentar al Océano Pacífico.

PEDRO DE ALVARADO, (ca. 1485-1541), nace en Badajoz, viaja oportunamente a Santo Domingo y Cuba, forma parte de la expedición a México y figura como lugarteniente de Hernán Cortés (1485-1547). Posteriormente organiza la conquista de América Central, funda la ciudad de Santiago de los Caballeros (25 de julio de 1524), de Guatemala. Las *Relaciones* (tres escritas pero se conservan dos), fueron cartas remitidas a Cortés, dándole detalles de las guerras y batallas para pacificar las provincias de Chapotulán, Checialtenengo y Utlatá , según titula la primera de ellas. En la segunda se "refiere la conquista de muchas ciudades, las guerras batallas, traiciones y rebeliones que sucedieron, y la población que hizo de una ciudad; de dos volcanes, uno que exalaba [sic] fuego, y otro humo; de un río hirviendo y otro frío; y cómo quedó Alvarado herido de un flechazo". Estas noticias muy breves, lacónicas y similares a despachos diplomáticos, están escritas por un militar y las mismas destacan las sorpresas que lo conmueven ante la naturaleza y la tierra volcánica centroamericana. Veamos sus textos: "En esta tierra hemos hallado una sierra donde está un volcán, que es la más espantable cosa que se ha visto, que echa por la boca piedras tan grandes como una casa, ardiendo en vivas llamas, y cuando caen, se hacen pedazos y cubren toda la tierra de fuego. Adelante de ésta, sesenta lenguas, vimos otro volcán que echa humo muy espantable, que sube al cielo, y de anchor de compás de media legua el bulto del humo. Todos los ríos que de allí descienden, no hay quien beba el agua, porque sabe a azufre, y especialmente vienen de allí un río raudal muy hermoso, tan ardiendo, que no le podía pasar cierta gente de mi compañía que iba a hacer una entrada; y andando a buscar vado, hallaron otro río frío que entraba

en este y allí donde se juntaba hallaron vado templado que lo pudieron pasar". Hernán Cortés incluyó esta noticia del capitán Alvarado en su cuarta carta de *Relación* que editara en 1525.

Dos relaciones hechas al mismo Hernán Cortés por Pedro Alvarado, en Andrés González Barcia, *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales* (Madrid, 1749). *Muerte de Pedro Alvarado: Crónica de Michoacán; Crónica de Mota Padilla. Cartas de relación de Alvarado a Hernán Cortés; cartas antiguas a la ciudad de Goathemala.* Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1951. *Relación hecha por Pedro Alvarado a Hernando Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala.* México, Porrúa Hermanos, 1954, ed. José Valero Silva. Hay traducciones editadas por Sedley J. Mackie, Boston Milford House, 1972; *Cartas de la conquista de América,* editadas y revisadas por Julio Le Riverend, México, Edit. Nueva España, s.f.. *Copia de dos cartas manuscritas de don Pedro de Alvarado dirigidas a Hernán Cortés, 11 de abril y 28 de julio 1524.* Edición de A.W. Kurtz, Guatemala, 1913[50].

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE, (Motolinía), (c.1490-c.1569), nace en Paredes, Zamora, (España) y muere en México. Motolinía nombre utilizado en su gesta evangelizadora en las tierras hoy pertenecientes a México y Guatemala, llegó al continente americano en 1524. Padre franciscano dedicado a estudiar las costumbres, organización y monumentos arquitectónicos de las civilizaciones indígenas, prepara los textos de su *Historia de los indios de Nueva España,* obra extensa y confusa por sus repeticiones y que no mantiene un orden cronológico, tal como lo afirma Georges Baudot, un "extracto de urgencia, cuidadosa aunque rápidamente elegido entre borradores más amplios, aún incompletos y por ordenar definitivamente" (Véase, "Introducción biográfica y crítica" en la *Historia de los indios de Nueva España* (Madrid, 1985).

La obra histórica de Motolinía ofrece testimonios directos de gran valor descriptivo y documenta, en forma especial su defensa del indígena presionado por los conquistadores. Valora a los habitantes de la Nueva España porque "tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado, no orgulloso y derramado como otras naciones" (Cap. XII). Hemos utilizado varios fragmentos de su *Historia,* referidos a los templos (teucallis), de las supersticiones y hechicerías, de los nombres que México tuvo y del señor Moteczuma, sobre la abundancia de ríos y aguas y hermosa descripción del utilitario árbol llamado maguey[51].

JUAN DE ARÉIZAGA, (1500-1535), nace en Villarreal de Urrechua, Guipúzcoa y muere en España, hacia 1535. Este sacerdote salió en 1525

desde el puerto de San Lúcar de Barrameda, con la expedición de García Jofre de Loayza, contando como guía al navegante Juan Sebastián del Cano, piloto mayor. En la búsqueda de la especiería, llegan al Estrecho, el galeón donde iba Aréizaga termina en Bahía de la Victoria, luego el Pacífico y subiendo llegan a Nueva España. Cruzarán hasta la ciudad de México, donde estaba Hernán Cortés. Concluye su aventura en España, para informar al Consejo de Indias, para lo cual preparó una Relación que titula *Navegación en la armada del comendador Loaysa* (de 1526). Toma contacto con Gonzalo Fernández de Oviedo y éste resume lo expuesto (Libro XX, caps. VI-VII) en su *Historia General y Natural de Indias*. La descripción de los indios patagones es una interpretación grandilocuente para despertar curiosidad y dejar al lector un nuevo testimonio de su propia aventura. Estas páginas fueron preparadas en un diario de navegación con depurada síntesis y entre los autores dedicados a esta zona austral, se han destacado Juan de Ladrillero y Miguel de Goizueta, entre los muchos que recorrieron la ruta del Estrecho al sur del Continente.

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA, (ca. 1490-1564), nace en Jerez de la Frontera (Cádiz) y muere en Sevilla. Comienza su aventura de viajero participando de la expedición que Pánfilo Narváez organizó a la Florida, llegando cerca de Tampa en abril de 1528. Salen en patrulla de exploración y cuando vuelven a la costa las naves que debían esperarlos se han marchado. Comienzan la construcción de nuevos barcos, debiendo alimentarse de sus caballos. Pretenden con ellos atravesar el río Mississippi, pero son arrasados por los vientos y naufragan en la Isla de Mal Hado (hoy día, Galveston, en Texas). Demoran un año en poder cruzar a tierra firme donde son capturados por los habitantes del lugar y el grupo ya de cuatro personas queda demorado durante seis años que deben convivir con los trashumantes pobladores indios. Logran en agosto del año 1534 escapar con destino al Mar del Sur. Deben para ello atravesar territorio de Texas, cruzan el Río Bravo, llegando a Sinaloa hacia 1536, en una marcha continua completa de peligros, sufrimientos y hambre. Conocen bien la zona de las praderas inmensas, saben y han contemplado las grandes manadas de búfalos. "Entrados en lo que hoy es Chihuahua, anota Luis Nicolau D'Olwer toman sin desviarse ya la dirección del Oeste, el camino del sol, que los llevará a través de las asperezas de la Sierra Tarahumara hasta tierras feroces en las cuencas altas del Petoatlán y del Yaqui. Allí, cerca de la actual Bavícora, encuentran gente vestida y calzada, que vive en "casas de asiento"; allí tienen noticias de otros pueblos más al Norte, ricos en turquesas, en

esmeraldas y en ganados, constructores de altos edificios; allí también saben de la proximidad del deseado mar y captan noticias de otros hombres barbudos como ellos, con armas y caballos. Son las avanzadas de las gentes de Nuño de Guzmán, gobernador de la Nueva Galicia. Ya en compañía de ellos, llegarán a la recién fundada ciudad de San Miguel de Culiacán, Sinaloa, a principios de mayo de 1536" (*Cronistas de las culturas precolombinas,* México, 1981, p. 85). Esta historia fantástica de prodigiosos encuentros con una tierra desconocida llena de desengaños, innumerables tribus nómadas primitivas de variadas lenguas, dan un testimonio etnográfico bien resuelto que ha perdurado en el tiempo. Una primera versión destinada al Virrey Mendoza y a la Audiencia de Santo Domingo, durante su paso hacia España, ha quedado en el Archivo General de Indias (Sevilla) la cual utilizó Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia* (Libr. XXXV, cap. I-VI). Esta fue editada en Zamora (1542), con el título *Relación que dio... de lo ocurrido en la armada en que iba por gobernador Pánfilo de Narváez.*

Cabeza de Vaca regresará a España en 1537, donde es nombrado Gobernador y capitán general del Río de la Plata, conlleva también el título de Adelantado originado en la muerte de Pedro de Mendoza y de su lugarteniente Juan de Ayolas. Zarpa de San Lúcar de Barrameda en noviembre de 1540, con destino a su puesto pero arriba primero al Brasil, donde acampa algunos meses en la Isla de Santa Catalina y recién al año parte hacia la Asunción atravesando la meseta de Curitiba, avanza por la margen derecha del río Iguazú y cruza el río Paraguay, hasta arribar a la ciudad de Asunción. En el cargo permanece apenas dos años donde es suplantado por Irala y es remitido a España con proceso. El Consejo de Indias lo destierra por seis años en Orán, hasta recibir indulto y morir en Sevilla. Esta segunda etapa del aventurero y cronista queda ordenada por el escribano Pedro Hernández. En Valladolid se imprimen ambos textos en 1555 como *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y Comentarios del mismo Núñez, Adelantado y gobernador de la provincia del Río de la Plata.* "Los *Naufragios* —apunta Robert E. Lewis— ofrecen un testimonio vivo del proceso de iniciación que experimentaron unos europeos que no sólo llegaron a ser observadores, de una realidad extraña e incomprensible en muchas de las manifestaciones, sino que pasaron a formar parte de ella". Al respecto afirma García Márquez "no hay escritores menos creíbles y al mismo tiempo más apegados a la realidad que los cronistas de Indias, porque el problema con que tuvieron que luchar era el hacer creíble una realidad que iba más lejos que la imaginación" ("Fantasía y creación artística en América Latina y el Caribe" en *Texto Crítico,* Xalapa, México, Año V, núm. 14, Julio-Sept. de 1979).

Dentro de la historia gráfica los *Naufragios y Comentarios* se imprimieron en Madrid (1736), con un "Examen Apologético" de Antonio Ardoino, luego incluida en el volumen I, de *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales,* cuidada por Andrés González Barcia (Madrid, 1749), que reproduce la ed. de 1555; *Relación de los naufragios y Comentarios... ilustrados con varios documentos inéditos.* Con una advertencia de M. Serrano Sanz en la "Colección de libros y documentos referentes a la historia de América", vols. V y VI (Madrid, 1906); la ed. de 1749 la reproduce la Biblioteca de Autores Españoles, "Historiadores primitivos de Indias", al cuidado de Enrique de Vedia, (Madrid, 1946); a cargo de Justo García Morales la colección Austral, Madrid, España-Calpe desde 1922; con estudio preliminar y nota de Roberto Ferrando Pérez en *Biblioteca Indiana,* vol. II, Madrid, Aguilar, 1958; la de Taurus, Madrid, 1969, realizada por Dionisio Ridruejo; la de Joan Estruch, Barcelona, Fontamara, 1982; la de Roberto Ferrando en Madrid, Historia 16, 1984; la preparada por Trinidad Barrera, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

Puntualizamos algunas traducciones: la *Relación de la jornada de la Florida* al italiano por Gian Battista Ramusio, *Raccolta delle navigationi e viaggi* (Venecia, t. III, 1556) italiano edición de Pier L. Crovetto; en versión al inglés por Samuel Purchas, en *Purchas his Pilgrims* (Londres, 1913) vol. IV, libro VIII); en francés los *Comentaires,* vol. VI y las *Rélation et naufrages...* vol. VII, en *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir a l'histoire de la découverte d'Amérique,* compilada por H. Ternaoux Campas, (París, Fain, 1837). Para las editadas en los Estados Unidos, la de Thomas Buckingham Smith (Washington, 1851) reimpresa en New York, 1871; la traducción *The Journey of... and his companions from Florida to the Pacific,* de Fanny Bandelier, Chicago, 1905; la realizada por F.W. Hodge y T.H. Lewis, New York, 1946; la de Cyclone Covey, New York, 1961, por citar algunas[52].

BERNARDINO DE SAHAGÚN, 1499-1590, nace en la villa de Sahagún, en Campos, provincia de León y muere en el convento de San Francisco de la ciudad de México. Hizo estudios en la Universidad de Salamanca e ingresa en la Orden de San Francisco y es sacerdote hacia 1524. Vendrá junto con otros diecinueve sacerdotes a la Nueva España en 1529, donde comienza por evangelizar y enseñar mientras va ejerciendo los cargos naturales impuestos por su orden, guardián de templos, maestro en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, viaja por el valle de Puebla, Cholula, asciende al Popocatépetl, empieza a escribir sobre la cultura indígena. En 1565 está en San Francisco de México allí termina la

preparación de originales que deberán ser traducidos al español y terminará su *Historia general.* El manuscrito de la última redacción es llevado por el padre Fray Rodrigo de Sequera y termina en la Biblioteca Laurentina de Florencia (conocido como *Códice Florentino*). Se imprime en México, la *Psalmodio Christiana,* único libro que llega a conocer el autor. En 1586 es nombrado provincial sustituto, cargo que pronto renuncia y terminan sus días de venerable vejez en su convento de la ciudad de México.

"Sahagún es absolutamente el único de los historiadores de México en el siglo XVI cuya obra principal son textos en Náhuatl, recogidos en su mayor parte de sus informantes, y cuyo autor sabe que en su tiempo sólo podrán leer algunos indígenas letrados y algunos frailes instruidos y curiosos", tal como afirma José Luis Martínez, al prolongar la selección *El México Antiguo* (1981). "La *Historia de las cosas de la Nueva España* es una verdadera enciclopedia mexicana", escribe Luis Nicolau D'Olwer. "Tiene por su fondo, poco de historia política, algo más de historia natural y casi todo de historia moral; descripción de creencias, usos y costumbres. Por su forma, pretende ser el "tesoro" exhaustivo de la lengua náhuatl. No se trata, pues, de historia en el sentido corriente de la palabra sino de etnografía y lingüística. Conocer a fondo el lenguaje y las creencias de los mexicanos, para evangelizarlos con eficiencia, fue el primer móvil de Sahagún; pero poco a poco las cosas le van interesando por sí mismas; observa cómo, al contacto de la cultura importada, la antigua desaparece o se bastardea, cómo el lenguaje se subvierte y hasta sospecha que el hombre indio ya esta en trance de desaparecer. Fray Bernardino quiere formalizar un inventario detallado del barco que sentía zozobrar. Para ello es necesario interrogar a los naturales sobre los asuntos que afectan a su vida. Así el aspecto lingüístico de la obra se hermana a su aspecto etnográfico y folklórico". (*Cronistas de las culturas precolombinas,* México, 1981, p. 235-236).

La importantísima obra que produce Sahagún sobre la etnohistoria mexicana preparada sobre la lengua náhuatl y con la colaboración de sus informantes como dice Garibay K., "los indios mismos escribieron la historia de su propia cultura y allegando todos los materiales posibles para la refundición que él iba hacer en castellano, les dio ocasión de guardar el tesoro de su propia lengua y pensamiento" (Angel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl,* México, 1954, t. II, p. 74). El autor no olvida a sus colaboradores mencionándolos, hasta los "escribanos que sacaron de buena letra todas las obras". *La Historia General* comienza a ser divulgada gracias al *Manuscrito de Tolosa,* reproducido por Carlos María Bustamante por la imprenta de Mariano R. Gal-

ván (México, 1829); se reimprimió sobre esta y otras versiones de Bustamante, por Ireneo Paz, en la Biblioteca Mexicana, vols 22-25, entre 1890-1895; esta *Historia* la reprodujo Lord Kingsborough en sus *Antiquities of México,* London, vols. VI y VII, 1830-1831. Ediciones modernas pueden considerarse la preparada por Jiménez Moreno y Ramírez Cabañas, México, Ed. Pedro Robredo, 1938, 5 vols., como *Suma Indiana,* intr. y selec. de Mauricio Magdaleno, UNAM, 1943; la ed. de Miguel Acosta Saignes, Ed. Nuevo México 1946, 3 vols; la preparada por Angel María Garibay K., Edit. Porrúa, 1956; 2da. ed. 1969; 3a. 1975, 4 vols., otra reproducción en 1975, Col. Sepan Cuantos...; y con el título de *El México Antiguo,* selección y reordenación con prólogo y cronología, por José Luis Martínez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981, con extenso material documental y bibliográfico. Una importante labor antológica es *Hablan los aztecas. Historia general de las cosas de Nueva España. Fray Bernardino de Sahagún y los informantes aztecas,* prólogo de Juan Rulfo, edición de Claus Litterscheid, Barcelona, Tusquets/Círculo, 1985[53].

PEDRO SANCHO DE LA HOZ, (1514-1547), no se ha precisado el lugar de nacimiento, pero sabemos que muere en Santiago de Chile, decapitado. Forma parte de las fuerzas de Francisco Pizarro como escribano hacia 1533-1534, sustituyendo a Francisco de Xerez y continuando su *Relación.* Se encuentra en la acción de Cajamarca y en la toma del Inca Atahualpa bajo el poder español. Tuvo altercados con las ordenanzas dadas por Pizarro. Viaja a España y alcanza el puesto de corregidor de Toledo, se casa con una noble dama, para emprender el regreso a América en 1539. Integró la expedición de Pedro de Valdivia para conquistar Chile, pero hubo rivalidades entre ambos y Sancho de la Hoz conspira contra éste y termina finalmente decapitado por traidor a la corona. Se considera perdido el manuscrito original de su *Relación para S.M. de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla;* una versión al italiano la consigna Gian Battista Ramusio en su *Racolta delle navigationi e viaggi,* Venecia, 1550, 3 vols. Una edición moderna está consignada en la "Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú", editados por Carlos A. Romero y Horacio H. Urteaga, Lima, primera serie en doce volúmenes entre 1916-1919. Francisco Carrillo, *Cartas y cronistas del descubrimiento y la conquista.,* Lima, Ed. Horizonte, 1987 (Enciclopedia Histórica de la Literatura Peruana; t. II). Fragmentos de su *Relación* están recogidos por Eduardo Tijeras, en *Crónicas de la Frontera. Antología de primitivos historiadores de Indias,* Madrid, Ed. Jucar, 1974 y en *La edad*

del oro. Crónica y testimonios de la conquista de Perú, edición de José Miguel Oviedo; Barcelona, Tusquets Editores / Círculo de Lectores, 1986.

FRANCISCO DE XÉREZ, (1504-1539). Aparece citado también como Francisco López de Jerez. Nace en Sevilla, llegó a las Indias con la expedición de Pedrarias Dávila. Estuvo en Castilla del Oro, por algunos años y pasó como escribano al primer viaje que realizó Francisco Pizarro, en 1524. Conoció Panamá y regreso a Castilla del Oro, siendo escribano del gobernador Pedro de los Ríos. De allí retorna con las fuerzas de Pizarro, ahora como redactor y secretario en la campaña de Cajamarca. Volvió a Sevilla donde termina la impresión de su *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada Nueva Castilla,* en 1534. También se había conocido otra obra titulada, *Relación Sámano-Xerez* (1528), donde se puntualizan los dos primeros viajes de Francisco Pizarro al Perú. Poco sabemos de su vida, aumentó la fortuna en Tierra Firme y España, hasta que perdida ésta, solicitó su regreso a las Indias con sus familiares, obteniendo algunos corregimientos, pero la documentación no confirma lugar de los mismos y desconocemos la fecha y lugar de su muerte.

Consideramos que su descripción cumple lo estipulado por orden del Gobernador Pizarro, siendo una bien escrita y fluida historia oficial. En Salamanca se imprimió en 1547, en un volumen con la *Historia* de Fernández de Oviedo, logrando figurar en las ediciones de Madrid, 1740 y 1853, preparadas por Barcia y Vedia respectivamente. Hay traducción italiana, Venecia, 1565, en el vol. III de Rasmusio; traducción alemana, en Augsburgo, 1843, por Philip Kuelb; francesa, París, 1837, Ternaux, vol. IV, basada en la ed. de Salamanca, 1547; otra edición aparece como Francisco de Xerez y Miguel de Estete, *Relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandado del señor gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxanaca a Paraná* [*sic*] *y de allí a Jauja,* ed. Antonio R. Rodríguez Moñino, Badajoz, Arqueros, 1929; *Verdadera relación de la conquista del Perú.* ed. facsimilar con estudio preliminar de Marcelo Grota, Madrid, Crotalón, 1983; con ed. y est. prel. de Concepción Bravo, Madrid, Historia 16, 1985[54].

ULRICO SCHMIDEL, (c. 1510-1579), nace en la villa de Straubing, baja Baviera y a orillas del río Danubio, muere en Ratisbona. Su vida es una línea de cambios permanentes que poco importan fuera de establecerse que desde Amberes tiene noticias de los preparativos de la Expedición de don Pedro de Mendoza a las tierras americanas donde llegará en 1536. Permaneció en las Indias hasta 1554 acompañando en la fundación de

Buenos Aires (*Corpus Christi*) y Asunción, alternará bajo las órdenes de Mendoza, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Domingo Martínez de Irala, sobrellevando las guerras, calamidades, hambre e infortunios propios de un militar en escenarios nuevos. De regreso a su pueblo natal reconstruye el pasado en una relación histórica, que se supone ordenó entre 1562 y 1565.

Este texto, que ha sido ofrecido con algunas variantes, y síntesis, habla de las "*Historias verdaderas de una maravillosa navegación que Ulrico Schmidel, natural de Straubing, hizo durante los años 1534 hasta el 1554 a las Indias o Nuevo Mundo, en especial por Brasil y Río de La Plata; lo que experimentó durante estos diecinueve años, y los extraños países y gentes que vió*". Este largo título anticipa los datos, que irán aproximándonos a su autobiografía, a su "historia verdadera", expuestas sin propósitos literarios ni históricos de analista testimonial, cualidad que se evidencia en los errores o confusiones que suele aportar y que han sido puntualizados por algunos críticos y analistas (ver. ed. de Buenos Aires, 1948). Lo positivo ha sido para el lansquenete Schmidel revivir el testimonio de sus días por la América del Sur que refleja directo, agobiante y torturador, ya por las hambrunas como las narradas sobre la primitiva Buenos Aires, la antropofagia impuesta por los indios querandíes mediante el cerco sobre la rústica población. El recorrido por el río Paraná hasta la fundación del fuerte Lambaré (ciudad de Asunción), su regreso por tierra para llegar al Cabo San Vicente y por mar hasta Espíritu Santo (Brasil), finalmente Amberes sobrellevando algunas dificultades que están detalladas en el libro.

Las ediciones en alemán se conocieron en Franckfurt, 1567; Norimberges, 1602; con estudio de Valentín Langmantel, Tübingen, 1889; con presentación por Johanes Mondschein, Straubing, 1893; La primera edición al castellano figura como *Historia y descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay,* edición de Andrés González Barcia, Madrid, *Historiadores primitivos de las Indias,* 1749, vol. 3; en la *Colección de obras y documentos relativos al Río de la Plata y Paraguay*, Buenos Aires, Pedro de Angelis, 1836, con reed. en 1910; con notas de Bartolomé Mitre, pról. y trad. de S.A. Lafone Quevedo, Buenos Aires, 1903; como *Derrotero y viaje a España y las Indias,* traducido del alemán según el manuscrito original de Stuttgart, y comentado por Edmundo Wernicke, Santa Fe, Argentina, Universidad del Litoral, 1938; *Viaje al Río de la Plata,* con noticias de León Benarós, Buenos Aires, Emecé, 1942 y 1945; se repite para Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1944 y 1947 en la Colección Austral, num. 424; con anotaciones críticas, precedido todo de estudios publicados en Alemania y Argentina, V. Langmantel, J. Mondschein;

Pedro de Angelis, Mariano Pelliza, Bartolomé Mitre, S.A. Lafone Quevedo y Roberto Lehmann Nitsche, Buenos Aires, Peuser, 1948; con estudio prel. y notas aclaratorias por Matilde Moliner de Arévalo, Madrid, Aguilar, 1962, *Biblioteca Indiana*, vol. IV; entre las recientes están la titulada, *Alemanes en América*, ed. de Lorenzo E. López, Madrid, Historia 16, 1985 y los *Relatos...* con prólogo y notas de Klaus Wagner, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, (1509-1579), nace en Córdoba, España y muere en la ciudad de Mariquita. Estudió derecho en Granada, auditor de la expedición de Pedro Fernández de Lugo en 1536. Luego irá cubriendo los grados militares hasta lograr el de comandante de una Expedición al Magdalena. Es el fundador de la ciudad de Santa Fé (hoy Bogotá), ordenó poblar las de Veléz y Tunja. Será, luego de una presentación administrativa en España, mariscal del Nuevo Reino de Granada y Regidor de la ciudad de Bogotá. A él se debe el haber conquistado El Dorado o Guayana, el poblamiento de la ciudad de Santa Agueda (hoy Mariquita). Terminó su vida padeciendo lepra y empobrecido. Jiménez de Quesada es autor entre otros libros del *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* (1539). Obra que tuvo para consulta Gonzalo Fernández de Oviedo y extracta en su *Historia General y Natural de las Indias* (en especial Madrid, 1851).

El historiador contemporáneo Juan Friede dice refiriéndose a su obra principal: "*El Epítome* sobresale por su realismo y objetividad, característica de su inapreciable valor" (...) "Su descripción biogeográfica de la meseta chibcha es digna de las mejores plumas. Allí encontramos exactos datos sobre las armas indígenas, creencias religiosas, ritos mortuorios, vestidos, viviendas, alimentos, procedimientos judiciales, organización social, vida familiar, leyes de herencia, formas de trabajo, bailes y cantos, industrias, etc.". Juan Friede, *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos*, tomo I, 1509- 1550, Bogotá, Academia de Historia, 1960[55].

FRAY GASPAR DE CARVAJAL, (1504-1584), nace en Trujillo de Extremadura y muere en Lima. Sacerdote de la orden de Santo Domingo, partió de Lima con la expedición de Gonzalo Pizarro en busca del país de la canela. Estuvo con Francisco de Orellana en la navegación del río Amazonas hasta su desembocadura. Recorrió la costa norte de América del Sur, alcanzó las islas de Cubagua y Margarita, regresando al Perú. Estuvo con el cargo de vicario en Tucumán, Argentina, donde mantuvo un proceso con las autoridades locales que determinó su destierro a

Chile, donde estuvo preso. Regresó al Perú y fue predicador del convento de Huamanga hasta 1557 cuando fue promovido a provincial a la orden de San Juan Bautista del Perú, cargo que retuvo hasta el año de 1561. Murió en el Convento de Santo Domingo en Lima, según los datos del bibliógrafo chileno José Toribio Medina y de Fray Juan Meléndez. Carvajal relató las aventuras durante la conocida exploración por tierras y ríos en "Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande de las amazonas", cuyo manuscrito con introducción histórica de Medina, se publicó en Sevilla, 1894. El recorrido del sacerdote dominico es de gran sencillez, no está abultado de retórica y sólo ofrece las aventuras en forma realista producto de haber sido partícipe, pero mantiene numerosas dudas en los aportes geográficos. De todos modos la *Relación* ha mantenido importancia en modo particular por situar una leyenda permanente dentro de América, la de El Dorado y las conocidas mujeres amazonas, bravas guerreras que originaron un aporte básico a la mitología de los conquistadores. Véase: *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande que descubrió por muy gran aventura el capitán Francisco de Orellana.* Transcripciones de Fernández de Oviedo y José Toribio Medina; estudio crítico del descubrimiento, Quito, 1942, Biblioteca Amazona: I; hemos utilizado la edición con introd. y notas de Jorge Hernández Millares, México, 1955; *Descubrimiento del río de Orellana,* versión Jorge A. Garcés G., prólogo de J. Roberto Páez, Quito, Publicaciones del Archivo Municipal, 1958[56].

PEDRO CIEZA DE LEÓN, (1522-1554), nace en Llerena, Extremadura, y muere en Sevilla. Llegó a América en 1535, sirviendo en Panamá y Colombia, para asentarse en Perú durante el virreinato de Pedro de la Gasca (1458-1567). Asistió a las ejecuciones de Gonzalo Pizarro (ca. 1505-1548) y Francisco de Carvajal. Participó como soldado y como cronista en la mayoría de los acontecimientos de las guerras civiles y la conquista. Prestó atención a los sucesos diarios y viajó por todo el país pasando por numerosos lugares como Cartagena, Canú, Urabá, Popayán, Quito, El Callao, Lima, tomando noticias variadas de las ciudades, monumentos, costumbres de los indios y reconstruyendo su memorial histórico. Escribió una larga *Crónica del Perú* editada en Sevilla 1553, que trata de la demarcación de sus provincias, descripción de ellas, fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los indios, y otras cosas extrañas y dignas de ser sabidas, segunda parte de la *Crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación,* Madrid, 1880, como descripción general del país; continuó con *El señorío de los Incas;* o la historia del imperio;

las denominadas tercera y cuarta parte sobre la conquista y guerra se han conservado fragmentariamente y han sido publicadas por la Pontificia Universidad Catolica de Perú, 1984-1987. Buena parte de su obra denota la objetividad del historiador y cronista, dando un respetuoso análisis de los sucesos, marcando las vicisitudes que evidencian los acontecimientos. Defiende al indígena frente a los abusos y el trato incorrecto de los conquistadores, siendo este período una contribución al colapso del mundo incaico. Escribe con exactitud en modo especial la ambientación geográfica, equilibrado al tratar con imparcialidad los sucesos de la época, logrando una importante historia natural, civil y política del Perú.

Entre las ediciones más actualizadas podemos enumerar: *Descubrimiento y conquista del Perú,* edición e introd. de Francesca Cantú, Roma, Instituto Storico Italiano, 1979; *Descubrimiento y conquista del Perú,* Ed. M.A. Valotta, Madrid, Ed. Zero, 1984; *Obras Completas,* ed. Carmelo Sáenz de Santamaría, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984-1985, 3 vols. *Crónica del Perú, Primera parte,* introducción de Franklin Pease G.Y.; segunda parte y tercera, edición de Francesca Cantú, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1984, 1985 y 1987 respectivamente. *La Crónica del Perú,* y *El señorío de los Incas,* ambas ediciones por Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, Historia 16, 1984 y 1985[57].

GIROLAMO BENZONI, (1519. c. 1565), nace en Millán en 1519, aventurero y posteriormente cronista sobre su estada en América durante el siglo XVI. Estuvo en Cubagua, acompañó a Gerónimo de Ortal en Paria y la provincia de Venezuela, recorrió Margarita, Puerto Rico, Santo Domingo, Costa Rica, Honduras y Panamá donde embarcó hacia Colombia y por tierra viajó hasta Ecuador. Cumplirá un regreso lleno de problemas, naufragios y arribará a Sanlúcar de Barrameda en España, prosiguiendo viaje a Milán hacia 1556. Escribió *La Historia del Mundo Nuevo,* que imprimió en Venecia Francesco Rampazetto en el año 1565. Contiene las siguientes noticias de advertencias: "La cual trata de las islas y mares recientemente descubiertos y de las nuevas ciudades por él mismo vistas, en sus viajes por agua y por tierra en catorce años". No escapa a los estudiosos que Benzoni pudo conocer las obras de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias;* Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias;* Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo* y Pedro Cieza de León, *La Crónica del Perú.*

Este intento de aprovechar las páginas que transcribe textualmente ha cuestionado el auténtico valor que ofrece la obra de Benzoni,

pero aún así muchos fragmentos, en modo especial los dedicados a la naturaleza, dejan auténtica validez sobre el tema, sin considerarse un precursor. Son creíbles los lugares, muchos de los sucesos, más la flora y fauna que él contempló. Véase el estudio preliminar de León Croizat, en *La Historia del Mundo Nuevo,* en traducción y notas de Marisa Vannini de Gerulewicz (Caracas, 1967); otra edición con estudio de Manuel Carrera Díaz, Madrid, Alianza, 1989.

HERNANDO DE RIVERA (o Ribera). El escribano Pedro Hernández fue quien preparó los *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, adelantado y gobernador del Río de la Plata,* donde aparece incorporada la breve *Relación de Hernando de Ribera,* firmada en la ciudad de Asunción sobre el río Paraguay y con fecha de 3 de marzo de 1545, dentro de la iglesia y monasterio de Nuestra Señora de la Merced. El capitán Ribera o Rivera expone sobre el descubrimiento del río Iguazú y permite comprobar la idea, que sus habitantes tenían de las tierras del Perú, de sus ovejas grandes (las llamas), de las zonas desérticas del altiplano y mesetas del actual territorio boliviano. Estas sencillas páginas reconstruyen un mapa oral expuesto por el capitán español de los hombres de Pizarro y Almagro, con los conquistadores cristianos y sus caballos, las noticias transmitidas entre los naturales sobre grandes poblaciones de gente rica y que sabían de otra banda, "en el agua salada, andaban navíos muy grandes".

Utilizamos la edición de Espasa-Calpe en su Colección Austral, Madrid, 1985, que recoge el texto citado.

FRAY DIEGO DE LANDA, (1524-1579), nace en Cifuentes de la Alcarria. Tomó el hábito franciscano en el Convento de San Juan de los Reyes, en la ciudad de Toledo. Es enviado a Yucatán en 1549 junto a la misión de Fray Nicolás de Albalate. Cumple una carrera dentro de la Orden religiosa hasta llegar a Provincial de Yucatán y Guatemala.

Ante la permanencia del primer Obispo de Yucatán, Fray Francisco de Toral, se presentaron acusaciones y debió renunciar al cargo. Regresando a España a organizar sus recuerdos en la *Relación de las cosas de Yucatán* (1565) resultado de sus vivencias directas entre los mayas, reconstruccioness de sus charlas con los conquistadores, visitadores franciscanos y por el conocimiento adquirido de la lengua maya y su cultura general. Recién con la muerte de su antecesor el Obispo Toral se produce el regreso de Landa en 1573 con la misma jerarquía eclesiástica. Durante una estada en México, ordena imprimir una doctrina cristiana en la lengua maya. Falleció en su diócesis en la ciudad

de Mérida (Yucatán). El manuscrito original se perdió pero se logró conservar una refundición en la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, donde la encuentra el abate francés Brasseur de Bourbourg. Es el único documento que permite reconstruir la obra de Landa, con una exacta descripción de los monumentos, la interpretación de los jeroglílicos cronológicos y los profundos aciertos del etnógrafo franciscano.

La primera edición es de París, 1864; se completa en Madrid, 1884; como apéndice a la obra de León Rosny, *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América Central;* es traducida al francés con texto español e introducción de Jean Genet, París, 1828-1829, parcializada al folio 45; la *Relación...,* introducción y notas por Héctor Pérez Martínez, México, 1938 y precedida de una nota sobre la vida y la obra de Fray Diego de Landa escrita por el Prof. Alfredo Barrera Vásquez y seguida de un *Apéndice que contiene la reimpresión de diez relaciones de las escritas por los encomendadores de Yucatán en los años de 1579 y 1581,* Mérida, Yucatán, 1938; con edición y prólogo por Angel María Garibay K., México, 1986. Importantes han sido las traducciones que se conocen, francesas, rusas (Moscú, 1955) e inglesas, la anotada por William Gates, Baltimore, *The Maya Society,* 1937 y la versión anotada de Alfred M. Tozzer, Cambridge, Harvard University, 1941.

HANS STADEN, (1520-1557), nace en la ciudad alemana de Wetter y no se tiene noticias del lugar de su muerte ni fecha probable de la misma. Los informes más ciertos dicen que Staden se aventuró desde Holanda con una flota que tocará Portugal y luego se dirige a Pernambuco entre 1547-1548, pero fracasa en su intento y vuelve a Sevilla y es incorporado como artillero en la expedición de Juan de Salazar que tenía como destino el Río de la Plata, saliendo de Sanlúcar en febrero de 1550. Esta flota encontró contratiempos y tormentas que hunden su nave capitana, sobrevive dos años en la isla de Santa Catalina hasta llegar a la Asunción por tierra, luego será arcabucero en el fortín de Bertioga, donde es tomado prisionero por los indios tupinambás. Milagrosamente permanece con vida y posteriormente es liberado en 1555 por un barco francés. Al regresar realiza la narración de su cautiverio en *Verdadera historia y descripción de un país de Salvajes desnudos, feroces y caníbales,* es editada en Franckfurt del Mein, 1557. Traducida posteriormente al latín por Theodore de Bry, como *America Tercia Pars Memorabilem Provinciae Brasiliae Historiae,* también Franckfurt del Mein, en 1772. Luego será traducido al inglés por Richard Burton (Londres, 1874); por Malcolm Letts (Londres, 1928); al portugués por

Monteiro Lobato (São Paulo, 1945); al castellano en ed. de Luis Aznar (Buenos Aires, 1945) y Josefina Palop (Madrid, 1962), hay ediciones más recientes: Barcelona (Editorial Argos M. Vergara, 1983) y otras.

El caso de Staden podría ser similar con Alvar Núñez Cabeza de Vaca (autor de los *Naufragios,* Valladolid, 1555), la versión escrita por los vencidos, es decir, los prisioneros de los indios del Nuevo Mundo. La convivencia en cautiverio, sus aventuras (o desventuras como apunta Ballesteros Gaibrois) hasta sobrepasar el ser devorados por sus captores, le permitieron relatar con parquedad una etnografía de las costumbres, organización socioeconómica, lengua, danzas y vida comunal.

Son muy documentales los 56 grabados sobre madera que ilustraron la edición de 1557.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, (1511-1564), nace en Gómara, pueblo cercano a Soria, en Castilla la Vieja. Se supone que realizó estudios en la Universidad de Alcalá de Henares. Viaja a Italia y permanece en Roma entre 1531-1540, para luego entrar como capellán al servicio de Hernán Cortés residenciado en Valladolid. En este tiempo realiza la redacción de la *Historia general de las Indias y Conquista de México.* Ordena también la *Crónica de los Barbarrojas.* La convivencia con estancia en casa de Cortés le permitió escuchar y documentar con muchos compañeros de jornadas sobre las provincias de América, como Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría, seguros informantes que le permitieron hacer una reconstrucción certera y objetiva basada en los testimonios del propio conquistador. *La Historia* se imprimió en Zaragoza por Miguel Capila hacia 1552 que logra seis ediciones hasta 1554, a pesar de la Cédula Real de Felipe II, que bajo la influencia de Las Casas prohíbe la impresión y venta de esta obra. Pero a pesar de ello hay ediciones en Zaragoza por Pedro Bermuz y Agustín Millán y dos en Amberes por Juan Bellero y Martín Mucio. En 1556 aparece la primera edición italiana en Roma por Valerio y Luigi Dorici y al año siguiente en Venecia la editan Arribarene y Giordano Ziletti, repitiéndola en 1560 en esta ciudad por Francisco Lorenzini de Tutino; más tarde por Giovanni Bonad. Muerto López de Gómara tuvo traducciones al francés e inglés. Se incorpora a los *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales,* preparados por Andrés González Barcia, Madrid, 1749; también Enrique de Vedia en los *Historiadores primitivos de Indias* de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Rivadeneyra, 1877.

Si bien Gómara nunca estuvo en las Indias, preparó una visión de la conquista y en especial sobre Nueva España, agrupando en breves

capítulos los principales acontecimientos, dándole estilo elegante con una prosa que se convierte en original cuadro apartándose de las crónicas de su tiempo. También consultó autores conocidos como Pedro Mártir de Anglería, Hernán Cortés, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fernández de Enciso (*Suma de geografía, 1519*) y otras relaciones de cronistas y navegantes.

Su concepción del mundo americano está resumida en su dedicatoria a Carlos V, donde le expone: "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman Nuevo Mundo. Y en tanto le dicen nuevo por ser nuevamente hallado, cuanto por ser grandísimo y casi tan grande como el viejo, que contiene a Europa, Africa y Asia. También se puede llamar nuevo por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro. Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera; los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, yerbas y granos de la tierra, que no es pequeña consideración del criador, siendo los elementos una misma cosa allá y acá. Empero los hombres son como nosotros fuera del color, que de otra manera bestias y monstruos serían y no vendrían, como vienen de Adán. Más no tienen letras, ni monedas, ni bestias de carga: cosa principalísima para la policía y vivienda del hombre; que ir desnudos, siendo la tierra caliente y falta de lana y lino, no es novedad. Y como no conocen el verdadero Dios y Señor, están en grandísimos pecados de idolatría, sacrificios de hombres vivos, comida de carne humana, habla con el diablo, sodomía, muchedumbre de mujeres y otros así" (*Historia General,* t. I), dedicatoria "En muy destacable el gran esfuerzo de Francisco López de Gómara —escribe Eduardo Tijeras—, por reunir en su época tantos datos dispersos y justamente generales, esto es, no limitados a la experiencia personal, sobre el descubrimiento de América, que van desde los usuales conocimientos cosmográficos y náuticos y la personalidad de Colón hasta la coordinación de todo el embate descubridor, pasando por la descripción de la nueva geografía y los usos y costumbres de sus habitantes. La historia de Gómara se sostiene en el largo aliento de la exhaustividad y presenta el mérito grande, la síntesis y la ordenación de vastas disciplinas, sin que a esta circunstancia le pueda perjudicar los naturales azares informativos de la época, cuya depuración fidedigna aún no había tenido materialmente tiempo de producirse". (*Crónica de la frontera,* Barcelona, 1974).

La *Historia* fue editada contemporáneamente en Madrid, Espasa-Calpe, 1922; la "Vida de Hernán Cortés", traducción de Joaquín García Icazbalceta en *Colección de documentos para la Historia de Méxi-*

co, México, Porrúa, 1971; *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés,* prólogo y cronología Jorge Gurria Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979; *La conquista de México,* edición de José Luis de Rojas, Madrid, Historia 16, 1987; *Historia de la Conquista de México,* introd. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, M. Robredo, 1943; *Historia de las Indias y Conquista de México,* noticia de Edmundo O'Gorman, México, Condumex, 1978; *Historia General de las Indias.* "Hispania Vitrix". Barcelona, Editorial Iberia, 1965, 2 vols.; Walter Mignolo, *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista,* en Luis Iñigo Madrigal, coordinador, *Historia de la literatura hispanoamericana, I. Epoca colonial,* p. 57-116. Barcelona, Catedra, 1982[58].

JUAN LADRILLERO, (1504-1582), nacido en Bejar, León y muerto en Charcas, Perú. Marino y navegante que le fue encomendada la ruta del Estrecho de Magallanes, entrando desde el Pacífico o Mar del Sur, hasta llegar al Atlántico, hazaña que efectuara con grandes penurias saliendo del puerto chileno de Valdivia en 1557 y llegando al otro extremo en agosto del año 1558. Esta completa exploración le permitió redactar una *Descripción de la costa del mar Océano, desde el sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes inclusive,* en un recorrido de nueve meses. Es autor también de una *Relación de derrotas,* considerada la primera guía para la navegación del Estrecho de Magallanes.

Las observaciones de Ladrillero son correctas en su precisión y brevedad. Las poblaciones, costas, vientos, los rigores del clima y la pobreza de la zona permiten reconstruir un habitat detallado de los patagones. Sus páginas acompañan generalmente los materiales reunidos por Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XV,* Madrid, 1825-1837, 5 vols.; figura como el Documento número quince del apéndice a la obra de Pablo Pastells, *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes, en conmemoración del IV Centenario,* Madrid, 1920. p. 338-367. El original se conserva en el Archivo General de Indias en Sevilla.

El piloto Juan Fernández de Ladrillero figura en la primera colección de viajes al Mar del Sur y Australasia, que fuera compilada por Charles de Brosses, con el título de *Histoire des navigations aux terres australes...* París, Durand, 1756, 2 vols.

FRAY PEDRO DE AGUADO, (c. 1538-1609), nace en Valdemoro, España y muere en Colombia. Considerado el primer historiador de Venezuela, este misionero franciscano fue teólogo, matemático e historiador. Llega

al Nuevo Reino de Granada en 1560, donde irá cumpliendo funciones pastorales y ascendiendo dentro de la orden religiosa hasta el cargo de Provincial. Entre 1575 y 1585 permanece en Madrid. Termina sus días en un convento en Cartagena de Indias. Sus escritos *Noticias historiales relativas a Santa Marta, Nuevo Reino de Granada y Venezuela,* constituyen la base documental sobre el siglo XVI, la cual servirá a sus sucesores como Fray Simón y más tarde José de Oviedo y Baños.

Las ediciones de Aguado más actualizadas son *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada,* Madrid, Real Academia de la Historia, 1916-1917; *Historia de Venezuela,* Madrid, Real Academia de la Historia, 1918-1919; *Recopilación Historial,* Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956-1957; *Recopilación Historial de Venezuela,* Estudio preliminar de Guillermo Morón, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2a. ed. 1987. El fragmento que recogimos puede compararse con los testimonios del jesuita José Gumilla en su libro *El Orinoco ilustrado* (Cap. XII, de la 2da. parte), sobre el mortífero curare[59].

JOSÉ DE ACOSTA, (1539-1600), nace en Medina del Campo, Padre Jesuita que estudió en Alcalá, llegando al Perú hacia 1572. Predica en Arequipa y La Paz, llega a ser Provincial del Perú, con asiento en Lima, 1576. Fue historiador, naturalista y cosmógrafo, terminando sus días en Roma. Su obra dentro de la historiografía de Indias puede considerarse documental, especialmente sobre la historia natural y moral, presentada con un lenguaje elocuente y directo, acentuándose al estudiar los lugares donde vivió como Perú y México. Es prudente en sus conclusiones, demuestra libertad de razonamiento basándose en testimonios directos. La reconocida *Historia Natural y moral de las Indias,* Sevilla, 1590, es un adelanto geográfico del continente americano. Acosta escribe en el "Proemio al lector": "Del Nuevo Mundo de Indias Occidentales han escrito muchos autores diversos libros y relaciones, en que dan noticias de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se han descubierto, y de los hechos y sucesos de los españoles que les han conquistado y poblado. Mas hasta ahora, no he visto autor que trate de aclarar las causas y razones de tales novedades y extrañezas de naturaleza ni que haga discurso o inquisición en esta parte, ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos e historia de los mismos indios, antiguos y naturales habitantes del Nuevo Orbe".

Es un verdadero iniciador en el siglo XVI de estudios sobre meteorología y física del planeta, buscando en numerosos análisis comparativos una precursora metodología. Acosta ha sido considerado un obser-

vador y filósofo. Por esto agregamos que sus argumentos "realmente tienen las obras de la divina arte un no se qué de gracia y primor como escondido y secreto, con que miradas unen y otras muchas veces, causaron siempre un nuevo gusto. Al revés de las obras humanas, que aunque están fabricadas con mucho artificio, en haciendo costumbre de mirarse, no se tienen en nada y aún así causan enfado".

En el amplio estudio prologar, Edmundo O'Gorman, establece que *La Historia natural y moral de las Indias,* según lo indica el título, abraza la realidad a que se refiere en dos grandes aspectos; la naturaleza y la historia; el mundo físico y biológico y el mundo humano o moral. Al tratamiento de tan extensos temas el autor dedicó los siete primeros libros en que se divide la *Historia.* De ellos, los cuatro primeros corresponden al primer aspecto y los restantes al segundo". Con relación a la *Historia Natural,* "la primera observación —anota O'Gorman— consiste en advertir que Acosta no se propuso escribir un tratado exhaustivo". Así el análisis quedará concentrado en las propias observaciones, los testimonios que le ofrecen buena fe, especialmente referido a todo aquello que en Europa puede resultar "nuevo" o desconocido. La "Historia Moral" está limitada hacia el mundo indígena y las referencias sobre la conquista de México se basan en testimonios expuestos por los indios, olvidando los antecedentes escritos en lengua española. Véase: Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios.* Estudio preliminar de Edmundo O'Gorman, México, FCE, 1962. La obra del padre Acosta tuvo numerosas traducciones: Venecia, 1596, italiano; París, 1598, 1606 y 1661, francés; Colonia, 1598, Ursel, 1605; Francfort, 1617, alemán; Londres, 1604, inglés; Enchuysen, 1598, holandés; y latina, Theodore de Bry la incorporó en *Colectiones peregrinationum in Indiam Orientalem et Indiam Occidentalem,* Francofurti et Oppenheimii, 1590-1634[60].

JOSÉ LUIS DE CISNEROS, (c. 1710-?) escritor del siglo XVIII, del cual se desconoce su lugar de nacimiento y muerte, supuestamente en tierra venezolana. Agente comercial y viajero, autor de un solo libro titulado *Descripción exacta de la Provincia de Benezuela,* impreso en Valencia, 1764, que la investigación del historiador Pedro Grases afirma corresponde a la ciudad de San Sebastián, en Guipúzcoa, España. La obra proyecta una visión panorámica general sobre la agricultura, ganadería y comercio, detalla numerosas ciudades de importancia, marcando los recursos naturales propios con respecto a flora y fauna. Es simple en

sus páginas, que denotan apretada síntesis y pocas pretensiones literarias. "Sus impresiones —apunta Grases— están recogidas amorosamente en el libro, que es una suerte de visión del hombre que siente hondamente su actividad profesional y anota cuidadosamente sus observaciones, tanto en lo que más le llama la atención en la flora y fauna del país, cuanto en los accidentes geográficos, y asimismo en lo que atañe a las necesidades, cuantía y operaciones comerciales de cada población venezolana. En este punto es minucioso y aunque sus estimaciones no son rigurosas en cuanto a exactitud nos dan idea muy concreta de las características de cada pueblo y de las peculiaridades mercantiles de cada región del país. En las páginas del libro están verdaderamente aprovechados los 'venticinco años' que dedicó a recorrer Tierra Firme y algunas islas próximas a la costa venezolana. Entrega en este libro el fruto de su experiencia personal, llevado a un afán patriótico visible en cada frase. Cisneros entendía las actividades mercantiles como camino de progreso para la nación a la que pertenecía, y así subraya, en cada oportunidad, las enormes posibilidades de Venezuela". (*La imprenta en Venezuela I. Estudios y Monografías,* de sus *Obras,* Barcelona, Ed. Seix-Barral, 1981, p. 80).

Algunas ediciones posteriores: la segunda publicada en Madrid, 1912, "Colección de Libros raros o curiosos que tratan de América", vol. XXI, advertencia preliminar de Manuel Serrano y Sanz; la primera venezolana, reproduce las anteriores de Valencia 1764 y Madrid, 1912, con introducción de Enrique Bernardo Núñez, Caracas, Editorial Avila Gráfica, 1950; con presentación de Guillermo Morón, estudio preliminar de Pedro Grases, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981, Colección Fuentes para la historia colonial de Venezuela[61].

FRAY RAMÓN PANÉ, (1493-1502). La vida del padre Jerónimo Ramón Pané es prácticamente desconocida por los documentos que se procesan, sabiéndose que había nacido en Cataluña, "Ya que no habla del todo bien nuestra castellana lengua, como fuese catalán de nación", al decir de Fray Bartolomé de Las Casas (*Apologética historia de las Indias*).

Consta que acompañó a Cristóbal Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo saliendo de Cádiz en septiembre de 1493, llegando a la Isla Española (Haití, República Dominicana). Lego de la Orden de San Jerónimo, ermitaño que realizó su apostolado en la citada isla, donde luego conocerá al Padre Las Casas, quien arribará en 1502. Pané tuvo precisas instrucciones de lograr un acercamiento con los pobladores primitivos, debió aprender su lengua (el *taíno*), costumbres, religión y buscar todo tipo de documentación verbal sobre la antigüedad y la evo-

lución de su establecimiento original. Ello da como resultado la preparación de una *Relación acerca de las antigüedades de los indios,* que compone hacia 1498, pasando a ser el primer libro escrito en el Nuevo Mundo en un idioma europeo, como dice el maestro Arrom.

Se conoció en italiano en la *Historia del Almirante,* escrita por Fernando Colón, traducción de Alfonso de Ulloa, Venecia, 1571, pieza de la cual ha procedido la utilización del texto de Pané, considerado el primer apóstol y etnógrafo del Nuevo Mundo por su testimonio directo y científico. Pedro Mártir de Anglería aprovechó lo expuesto en sus *Décadas del Nuevo Mundo* y también en su *Epistolario,* estudio y traducción de José López de Toro, Madrid, 1953-1955, 3 vols. Fundamental es su transmisión sobre los cantos de sus *areítos* que tanto aprovechará el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo cuando se refiere a Haití y su gente.

La divulgación en castellano comienza con el primer volumen preparado por Andrés González Barcia sobre los *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales,* Madrid, 1749. Son las ediciones más conocidas: La realizada por Luis Flores Lozano, en *Anales de la Ciudad de Santo Domingo,* núm. 41-44, Ciudad Trujillo, 1947; con un nuevo título, *Relación de Indias,* 1496, prólogo y notas por Alberto Wildner-Fox, Buenos Aires, Ene Editorial, 1954; la más documentada y accesible es la *Relación acerca de las antigüedades de los indios: primer tratado escrito en América,* nueva versión con notas, mapa y apéndice por José Juan Arrom, México, Siglo XXI, Editores, 1974, que incluye los fragmentos de Cristóbal Colón, Pedro Mártir de Anglería y Bartolomé de Las Casas, junto con el texto facsimilar de la versión italiana del siglo XVI; traducido al catalán, con prólogo de Pedro Grases, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992[62].

ALONSO CARRIÓ DE LA VANDERA, (Concolorcorvo), 1715-1783; nace en Gijón y muere en Lima. Luego de una temporada en México, Nueva Vizcaya, (hoy los Estados de Sonora y Durango), pasa al Perú en 1746. Viajará hacia Chile por barco, visitando ciudades como Valparaíso y Santiago. Posteriormente recorre la pampa en viaje a Buenos Aires donde llegará hacia 1749. Será corregidor de la provincia de Chilques y Mesques, zonas cercanas al Cuzco, siendo sucesivamente lugarteniente del capitán general, alcalde mayor de minas y otros cargos. Con motivo de la expulsión de los jesuitas de los dominios hispánicos en América, sale del Callao un grupo de misioneros, que luego de tocar Valparaíso llega al Puerto de Cádiz, bajo la custodia de Carrió de la Vandera. Solicitó compensación de las Cortes y logró el nombramiento de visita-

dor de la ruta entre Buenos Aires y Lima; organiza y efectua el viaje entre estas ciudades en forma experimental y con un itinerario que durará diecinueve meses sobre 946 leguas de caminos.

Este libro de viaje se tituló *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires, hasta Lima con sus itinerarios según la mas puntual observación, con algunas noticias útiles a los nuevos comerciantes que tratan en Mulas; y otras historias. Sacado de las memorias que hizo don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado viaje y comisión que tuvo por la Corte para el arreglo de Correos y Estafetas, situación y ajuste de postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos, Inca, alias Concolorcorvo, natural del Cuzco,* Gijón, 1773. La obra fue publicada en Lima en 1775 —como afirma Carrilla— utilizando el nombre de su amanuense alias Concolorcorvo natural del Cuzco, que preparó el diario siguiendo las observaciones del visitador.

El texto resulta definitivamente un retrato vivo y testimonial de la América del Sur hacia el final del siglo XVIII, un itinerario común en los viajeros que prestaban atención ante lo desconocido que ofrecía esa ruta. La economía, cambios naturales, animales, costumbres, descripciones y críticas a las circunstancias. El largo recorrido permite ir acumulando una variedad de información que tiene paralelamente un contenido múltiple que le han permitido su permanencia documental y literaria propia de su tiempo, con algunas citas, especialmente Quevedo, Gracián y al Padre Feijoo. Los estudios sobre Carrió de la Vandera han abarcado numerosos aprovechamientos tratando de consignarle valores que no son definitivamente válidos, posibilidades dentro de la picaresca o dentro la misma narrativa como una protonovela. Lo definitivo puede resumirse en que las auténticas descripciones que reflejó el autor, fueron plagiadas y tomadas como recursos aprovechables por muchos autores, como lo confirma Borello cuando escribe: "Esto es lo que explica que la obra haya sido tantas veces traducida y plagiada por viajeros, geógrafos, ensayistas y escritores europeos e hispanoamericanos del siglo XIX y del siglo XX. Geógrafos como Malte-Brun, ensayistas como Sarmiento, pensadores como Alberdi, viajeros como Arsene Isabelle y muchos otros, aprovecharon las vivísimas descripciones y observaciones que Carrió obtuvo de primera mano en sus largos años por esta parte de América. Esa capacidad para ver y testimoniar la realidad, y sus pasajes lúdicros y coloquiales, explican la persistencia de la obra en la actualidad".

Las ediciones realizadas del *Lazarillo* pueden considerarse cronológicamente: Con notas biográficas y bibliografía, Buenos Aires, Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana, 1908; edición

prologada por Ventura García Calderón, París, Biblioteca de Cultura Peruana, 1938; con prólogo por José Luis Busaniche, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1942; selección antológica preparada por Ciriaco Pérez Bustamante, Madrid, Ed. Cisneros, 1943; con nota preliminar por Antonio Portnoy, Buenos Aires, Ed. Espasa-Calpe, Col. Austral, 1946; ed. preparada por Juan Pérez Tudela, con estudio prel. de José J. Real Díaz, Madrid, Ed. Atlas 1959, Biblioteca de Autores Españoles; edición al francés, trad. de Ivette Billod y estudio preliminar de Marcel Bataillon, París, Collection UNESCO D'Oeuvres représentatives, 1962, Série Ibero-Américaine; con edición, prólogo y notas, por Emilio Carilla, Barcelona, Ed. Labor, 1973; con est. prel., edición crítica y anotada por Antonio Lorente Medina, Madrid, Editora Nacional, 1980; con introducción, cronología y bibliografía de Antonio Lorente Medina, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985[63].

JUAN CÁRDENAS, (c. 1563-?). "Nace en Constantina, Sevilla. En 1577 va a México y allí estudia medicina y filosofía. Sus maestros son los doctores Juan de Lafuente y Fernando Ortiz de Hinojosa. Es canónigo y profesor de Teología. Muy pronto, a los veintiséis años, Juan de Cárdenas escribe sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias,* dedicado a don Luis de Velasco, Virrey de Nueva España, que sufraga los gastos de publicación de la obra en 1591, compuesta de tres libros. El cronista trata en el primer libro del clima y temple de la tierra, de sus constelaciones, de los volcanes y de las fuentes. En el segundo libro trata de los metales y de las minas, de las plantas del cacao, maíz, chile, tunas, del chocolate, del atole y del humo del piciete o tabaco. En el tercero trata de las propiedades de los hombres y de los animales nacidos en Indias, de sus cualidades, y de sus enfermedades. En la línea de Fernández de Oviedo y de Acosta, el libro de Cárdenas es una suma de historia natural de las Indias, con nueva originalidad y atractivo. El lector nota la percepción directa de los hechos y de los fenómenos que describe con gran riqueza y precisión de vocabulario, así como la actitud maravillada del cronista", como anota Carmen Bravo-Villasante, en su compilación *La maravilla de América. Los cronistas de Indias,* Madrid, Ediciones Cultural Hispánica, 1985, p. 157.

La obra de Cárdenas mantiene una mezcla de varias lecturas y digresión propias de la suma de novedades que le causan admiración, como el clima, las riquezas, la flora y fauna, los volcanes y los hombres rodeados de enfermedades propias del medio o las costumbres. Por ello buscó analizar en forma novedosa, "la explicación de tantos fenómenos y sucesos, antes poco o nada conocidos, en las enseñanzas dog-

máticas de los sabios antiguos. Por ello y aunque su afán de entretener lo redima de la pesada prosa técnica, no se debe ignorar al estudiar la historia de diversas ramas científicas", como apunta Angeles Durán.

Algunas ediciones modernas: *Problemas y secretos maravillosos de las Indias. Obra impresa por Pedro Ocharte, en 1591 y ahora editada en facsímil,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1954; con introducción y notas de Angeles Durán, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

RUY DÍAZ DE GUZMÁN, (c. 1554-1629), nace en Asunción del Paraguay y muere en la misma ciudad, hijo del capitán andaluz Alonso Riquelme de Guzmán (sobrino del adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca) y de Ursula Irala (hija mestiza de Domingo Martínez de Irala). Una vida completa de procesos históricos, iniciada en las selvas de los *tupís,* del Alto Paraná, dentro de la Provincia de Guayra; pasó a la gobernación de Córdoba del Tucumán (1580-1584); regresó a su ciudad natal, volviendo a su primer asentamiento, estuvo en Ciudad Real, en Villarrica, fundó Jeréz (1593); pasó a Buenos Aires manteniendo controversia con el gobernador Hernandarias de Saavedra; estuvo en Santiago del Estero y combatió contra los indios *chiriguanos* (1614-1619), terminó sus días como Alcalde de primer voto en Asunción. Durante su permanencia en la Ciudad de La Plata, en el Alto Perú, redactó unos *Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata,* (1612). Este título quedó reducido en *Argentina manuscrita,* para diferenciarla del poemario épico escrito por Martín del Barco Centenera, (1544-1601), *Argentina y conquista del Río de la Plata...,* Lisboa, 1602. La obra muestra la ingenuidad del cronista, quien pretendió "reducir a un breve compendio los sucesos diferentes y adversos". El lapso que logra historiar comprende desde la primera fundación de Buenos Aires hasta el nacimiento de Santa Fe (1573). Díaz de Guzmán por sus deficientes condiciones de escritor deja una minuciosa crónica de las regiones, utilizando la memoria del protagonista, por ello su perspectiva no tuvo difusión ni resonancia. La crítica historiográfica ha mostrado el poco rigor documental de esta historia, ordenada sobre una cronología errónea, sin la frialdad testimonial comprobatoria. A todo ello debe sumarse, la ignorancia de muchos sucesos que fueron importantes; páginas como leyendas, milagros (de San Blas y Santiago), la presencia de los pigmeos (los indios chiquitos), las amazonas (mitología propia de la zona), episodios novelescos que lograron desprestigiar la obra.

Escribe Emilio Carilla: "El autor de *La Argentina* está ligado a nuestra naciente nacionalidad (o, mejor, a la Argentina y el Paraguay) y aparece como punto de arranque tanto en lo propiamente histórico co-

mo en lo literario. Sirva, en esto último, la obligada referencia a Lucía Miranda y Siripo, a La Maldonada, y a diversos episodios maravillosos, fábulas y noticias poco comunes, que entran limpiamente en el ámbito de la ficción". (*Literatura Argentina. Palabra e imagen, I.* 1969).

Historia Argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835 (Colección de Obras y documentos, ordenada por Pedro de Angelis); *Argentina. Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata,* Asunción, Impr. de la República del Paraguay, 1845; *Argentina. Historia...* Montevideo, 1848 (Biblioteca del Comercio del Plata, vol. IV; *La Argentina; historia de las provincias del Río de la Plata.* Estudio por Paul Groussac, Buenos Aires, Anales de la Biblioteca, t, IX, 1914; *La Argentina,* introducción y notas de Enrique de Gandía, Buenos Aires, 1943, Colección Estrada, núm. 25; idem, noticia preliminar de Enrique de Gandía, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1945, Colección Austral; edición facsimilar con notas bibliográficas y biografías de Carlos Navarro y Lamarca, Buenos Aires, 1962; en el mismo año otra edición con introducción de Enrique Peña y estudio preliminar de Juan María Gutiérrez[64].

FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA, (1526-c.1615), nace en San Cristóbal de Suntunto, distrito de Cabana en el departamento de Ayacucho, Perú, en una fecha que continúa en discusión al igual que el lugar de su muerte. La importancia fundamental queda en su obra titulada *Primer nueva corónica y buen gobierno* (1615) cuyo manuscrito apareció en la Biblioteca Real de Copenhague, descubierto por el investigador Richard Pietschmann. Tardíamente la primera edición facsimilar estuvo a cargo de Paul Rivet, en París (1938). Esta obra, que comienza a ser eficientemente investigada en años recientes, contiene una visión del universo andino de los siglos XVI y XVII, reconstruyendo con grandes artificios, plagios y alteraciones cronológicas su visión del Tawantinsuyu de los incas del Cuzco o de los antecedentes que permiten su reconstrucción y explica cómo los españoles llegan a las tierras peruanas durante el período colonial.

Lo importante como lo acepta Rodríguez Monegal es que "la misma composición de su libro constituye un documento único de traducción intersemiótica. Dibujado como los libros de los aztecas, en imágenes que lo convierten en una tira cómica *avant la lettre,* su texto vibora entre las imágenes en lo que ha sido llamado, en un excelente ensayo de Julio Ortega, una "pre-escritura fonética y una iconografía del habla". Su discurso no está sólo en el texto, sino en el contrapunto

de lo que el texto y las imágenes dicen" (*Noticias secretas y públicas de América,* 1982, p. 144).

Este marginado juego entre los dibujos testimoniales y la escritura narrativa y documental dan en su obra un constante cambio de las observaciones del escritor indígena sobre la vida incaica. Guamán Poma, indio aculturado de los Andes peruanos, nos presenta una nueva manera de ver las Indias, primero como texto cultural y luego ilustrándolo para dominar con la palabra y la imagen un gran movimiento comunicativo. Dos facetas se estabilizan en su obra, la realidad antropológica que asume como historia o crónica y la presencia del quechua/español para proponer los derechos de la población a la reivindicación nativista. El "buen gobierno" debe aceptar que no ganaron el suelo porque no existió una conquista y por lo tanto los españoles no deberán ejercer el señorío. Sostenemos que Guamán Poma establece un diálogo en defensa del hombre americano, como lo habían propuesto anteriormente Bartolomé de Las Casas y Domingo de Santo Tomás.

Las ediciones principales son: *Nueva corónica y buen gobierno. Codex Péruvienne illustrée,* ed. de Paul Rivet, facsimilar, introducción de Richard Pietschmann, París, Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie, XXIII, 1936, reimpreso en 1968; *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno,* publicada y anotada por Arthur Posnansky, La Paz, Instituto Tihuanacu, 1944; Ed. y notas de Luis Bestíos Gálves, Lima, 1956; selección, versión paleográfica y prólogo de Franklin Pease G. Y., Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1969; antología, estudio y sel. de Joseph M. Barnadas, La Paz, Librería-Editorial Juventud, 1975; ed. y estudio preliminar de John V. Murra y Rolena Adorno, traducción, de Jorge Urioste, México, Siglo XXI, 1980, 3 vols.; transcripción, prólogo, notas y cronología de Franklin Pease G. Y., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, 2 vols.[65].

FERNÃO CARDIM, (1548?-1625), nace en Vianna de Alvirto, Portugal y muere en Abrantes, Brasil. Sacerdote Jesuita que llegó a Bahía en 1583, a visitar la provincia junto con el padre Cristóbal de Gouvés. Fue rector del colegio de Río, Procurador y Provincial de su provincia. Permaneció en Brasil por cuarenta y dos años tomando gran experiencia en el trato con los indios *carijós* y *ceará,* pero importan las notas geográficas, los datos botánicos y zoológicos, las catalogaciones de las tribus, sus naciones y lenguas. Buena parte de este material procede de informes de los misioneros de la Compañía de Jesús, durante su estada en Brasil.

Toda su obra cuenta con una espléndida observación presentada con estilo simple sin excesos eruditos, consustanciado con la tierra que

consideró sumamente productiva. Escribió una *Narrativa epistolar* (Lisboa, 1847); *Do principio e origem dos Indios* (Río de Janeiro, 1881); *Do clima e terra do Brasil* (Río de Janeiro, 1885), que fueron organizados con el título de *Tratados da terra e gente do Brasil,* con introducciones y notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolfo García, Río de Janeiro, 1925; han aparecido varias ediciones, la última conocida por nosotros en Belo Horizonte, 1980.

Su estructura clásica le permitió historiar con precisión un "retrato más humano de los indios —como escribe Emir Rodríguez Monegal—, de su amor por los hijos y su fidelidad conyugal, de sus cantos y bailes, y demás ceremonias. Incluso la antropofagia es presentada desde un punto de vista ritual. Por eso, y por su formación barroca, Cardim pudo justamente ver a ninfas y caballeros andantes en la tierra de la madera color de brasa" (*Noticias secretas y públicas de América,* Barcelona, 1984, p. 186).

Fernão Cardim encuentra, como los primeros cronistas, un país multiplicado en su naturaleza fuerte y utiliza el juego de comparaciones para presentar la superioridad del Brasil. Las costumbres indígenas están detalladas con variedades de tipo geográfico, clima, tierra; la zoología, que lo sorprende; la botánica siempre constante en los hábitos alimenticios (castañas, habas, piñones), con gran sabor y aromas. Un autor que se siente estimulado por la tierra, el clima y la convivencia paradisíaca del medio ambiente. No olvida la validez de los mitos y del folklore popular, realzándolo con la imaginería tan válida en su tiempo[66].

JEAN DE LÉRY, (1534-1677), religioso y estudiante de teología hugonote, arriba al Nuevo Mundo para instalar una colonia en tierras del Brasil, sobre las riberas de la Bahía de Guanabara, el actual Río de Janeiro. La estadía no fue como sucedió con numerosos marinos que visitaron o fueron impulsados por las tormentas hacia la llamada "Tierra de Santa Cruz", una experiencia curtida y dolorosa de convivencia directa con los indígenas. Entre ellos compartió todo tipo de vicisitudes, hasta el canibalismo, dentro de las costumbres societarias de los indios *tupinambos.*

Esta permanencia le permitió preparar sus *Memorias.* Al regresar a Europa sus textos sufrieron extravíos, principalmente por las persecusiones religiosas que involucraron a Léry. La primera edición de su *Histoire d'un voyage fait en terre du Brésil, Amérique* (La Rochelle, 1578), tuvo ediciones posteriores en Ginebra y París, como *Histoire...* con notas e introducción de P. Caffarel Lemerre (1880, 2 vols.) y con el título de *Journal de Bord de Jean de Léry en la terre de Brésil. 1557,*

présenté et commenté par J. R. Mayeux (1957). Existieron ediciones en latín (Ginebra, 1586 y 1594) y Francfurt (1598) y en portugués en Río de Janeiro (por T. Alençar Araripe, 1889 y Monteiro Lobato, 1926); Livraria Martins divulgó la traducción de Sérgio Milliet, en São Paulo, 1941.

Como sabemos la oposición a la obra de André de Thévet, *Singularidades de la Francia Antártica* (1558), comprometió a Jean de Léry a demostrar las mentiras y calumnias de esta obra. Apartándonos de la controversia religiosa, Léry asumió una comprometida visión del mundo indígena brasileño, respetó los testimonios, hasta comprender la antropofagia ritual justificándola como resultado de las guerras internas tribales; resuelve aceptar los sacrificios humanos, completa la visión de los hombres y mujeres con sus adornos, rituales, poligamia, la manera de cuidar de los hijos, el placer de los baños en ríos y lagunas, los disfraces, detallando de manera específica con una cuidadosa explicación, las características de estos habitantes de América. Léry es recogido por Luis Nicolau d'Olwer en su antología *Cronistas de las culturas precolombinas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

PEDRO GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, (1522?-1603), nace en México. Limitados los datos de su vida, solamente proporcionados por las crónicas que preparó, se ha establecido que fue un mestizo, que se profesionalizó militar. Entre 1543 ó 1544 llega al Perú, participa en las guerras civiles, donde combatió en Jaquijaguana (1548), con Gonzalo Pizarro. Dedicado a estudiar, aprendió el quechua y viajó recorriendo el país hasta cerca de 1554. Preparó una *Historia de las guerras civiles del Perú,* que fue editada por Manuel Serrano Sanz, en Madrid entre 1904 y 1929, en seis volúmenes. También conocido como los *Quinquenarios o Historias de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de los sucesos de las Indias,* edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1963-1965.

Su obra sigue despertando contradicciones a partir del maestro Marcel Bataillon en 1961, pero se han estructurado otras posibilidades para aceptar su presencia en el Perú, según nuevas investigaciones.

Recoge textos la edición de José Miguel Oviedo, *La edad del oro,* Barcelona, Tusquets-Círculo, 1986[67].

ANTONIO TELLO, (1567?-1653), nace en Guadalajara y se supone que muere en la misma ciudad. Sacerdote franciscano, según apunta Luis Nicolau d'Olwer, "en 1596, bajo el virreinato del conde de Monterrey, formó en la expedición de Sebastián Vizcaíno, que embarcó en Acapul-

co, "al descubrimiento de la isla de California", acampada por breve tiempo en el puerto de La Paz. En 1605 fue elegido guardián del convento de Zocoalco; en 1630, misionero en Amatlán y el mineral de Jora; en 1641 guardián de Tecolotlán y en 1648 de Cocula. El mismo dice que escribía en 1653, ya en su vejez (¿86 años?) y que tal vez sería aquel su "reposo final" (*Cronistas*, ob. cit., p. 336).

Se ha establecido que Fray Antonio Tello preparó en vida una obra titulada *Crónica miscelánea* para ser desarrollada en tres libros: I. Origen, religión, usos y costumbres de los pueblos de la Nueva España (manuscrito y libro que se consideran perdidos); II. Conquista espiritual y temporal de la Provincia de Xalisco en el Nuevo reino de la Galicia y Nueva Vizcaya, y descubrimiento de Nuevo México; III. Vidas de varones ejemplares de la Provincia franciscana de San Pedro y San Pablo.

De este plan se han editado: *Fragmento de una historia de la Nueva Granada,* preparado bajo el cuidado de García Icazbalceta, México, 1866; *Segunda, tercera y cuarta partes de la Crónica Miscelánea, en que se trata de la Conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México,* con introducción bibliográfica y edición de José López Portillo y Rojas, Guadalajara, 1891; se citan reediciones de la misma ciudad, años de 1942 y 1945.

Las páginas de Tello vuelven a evidenciar a un verdadero historiador que tiene información directa, ya por haber dispuesto de crónicas coetáneas o bien por exponer los acontecimientos en los cuales participa como testigo de los sucesos históricos.

GARCILASO DE LA VEGA, INCA, (1539-1616), nace en el Cuzco, Perú y muere en la ciudad de Córdoba, España. Hijo natural del capitán Garcilaso de la Vega Vargas (Badajoz, Extremadura) y de la princesa Chimpu Ocllo, sobrina nieta del último rey del Perú, Huaina Cápac Inca. Vivió los primeros veinte años en su ciudad natal y el resto de sus días permanecerá en España. Primero en Montilla, donde pasará treinta años, hasta que la muerte de su tío, el capitán Alonso de Vargas, le hace heredero de su fortuna y luego desaparecida su tía, Garcilaso queda en cómoda posición económica. Se traslada a Córdoba y comienza a publicar su obra. Traduce del italiano los *Diálogos de amor* (1586) de León Hebreo; luego la *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas* (1596); *La Florida del Inca* (Lisboa, 1605); salen posteriormente *Comentarios Reales de los Incas* en 1609, editados en Lisboa, mientras trabaja en una segunda parte como *Historia General del Perú,* que será publicada en Córdoba, luego de su muerte, en 1617.

La Florida del Inca presenta la "Historia del adelantado Hernando de Soto, Gobernador y capitán general del Reino de La Florida y de otros heroicos caballeros españoles e indios", basada en un testigo presencial y dos crónicas que constituyen el argumento organizativo del libro. Es una narración que se aleja de la historia por la reconstrucción imaginera del autor, donde la fantasía va apropiándose de la circunstancia; sin embargo, no deja de mantener un significado histórico comprobable y exacto. Garcilaso quiere convencer a la Corona a tomar posición definitiva: lograr la evangelización de los indios; también está la versión oral de Gonzalo Silvestre —soldado verdadero, sobreviviente de la expedición a La Florida que reclamó compensaciones ante la Corte de España— que aporta anécdotas y sucesos donde había participado. Pero el autor muestra un desdoblamiento del discurso histórico, permite situar sus modelos literarios y poéticos —Boyardo, Ariosto, Ercilla, Cervantes— en una nueva identidad, un punto de partida que está presente en los *Comentarios Reales*. Es una obra reconstructiva del Perú, de los incas, de sus guerras, vidas, conquistas, religión y costumbres.

Tal como lo escribe Arturo Uslar Pietri: "En 1609 aparece en Lisboa uno de los libros más extraños de su tiempo. Se llamaba los *Comentarios reales* y estaba firmado por Garcilaso de la Vega, Inca. Contaba la fabulosa historia de un inmenso y exótico imperio del todavía mal conocido continente. Lo había escrito un hombre menudo, fino y de extraña fisonomía, que era sacerdote católico, que había sido capitán de la infantería española y que era descendiente directo de los reyes Incas. Escribía en la España de Felipe III, pero había nacido en el remoto Cuzco, al día siguiente de la conquista de Pizarro". (*La otra América*, Madrid, 1974).

Es la suma de unas lejanas historias contadas como se narran las fábulas a los niños, pobladas de mitologías y leyendas, con las fuerzas de la sabiduría y la riqueza del añejamiento. A ello aportarán las lecturas, la intuición del escritor que prodiga testimonialidad del historiador para reconstruir páginas de noticias milenarias del Perú. En el profesionalismo de la ordenación, en sus aspectos íntimos, pueden en más de un sentido retrotraerse a la autobiografía del mestizo americano, que nos asombrará con una construcción histórica cercada por la fabulación literaria, o la creación verbal.

Los *Comentarios Reales* constituyen una verdadera obra literaria americana que reforma el texto antiguo, perdido u olvidado de los incas, que se transforma en un nuevo discurso más hermenéutico que rompe con los modelos históricos renacentistas.

Ediciones: *Comentarios Reales de los Incas,* ed. al cuidado de Angel Rosenblat, prólogo de Ricardo Rojas, Buenos Aires, Emecé Edito-

res, 1954; *Obras completas,* ed. y estudio preliminar de Carmelo Sáenz de Santamaría, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1960; *Historia General del Perú,* ed. al cuidado de Angel Rosenblat, elogio del autor por José de la Riva Agüero, Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, 3 vols.; *La Florida del Inca,* prólogo de Aurelio Miró Quesada, estudio bibliográfico de José Durand, ed. y notas de Emma Susana Speratti Piñero, México, Fondo de Cultura Económica, 1956; *Comentarios Reales,* prólogo, edición y cronología de Aurelio Miró Quesada, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976; *Comentarios Reales,* introducción de José de la Riva Agüero, México, Editorial Porrúa, 1984; *La Florida,* edición de C. de Mora Valcárcel, Madrid, Alianza Universidad, 1988; *Comentarios Reales de los Incas,* prólogo de Alejandro Miró Quesada; edición de C. Pacheco Vélez, bibliografía de Alberto Tauro, Lima, Biblioteca Clásicos del Perú, Ediciones del Centenario, 1985[68].

BERNABÉ COBO, (1580-1657), nace en Lopera, Jaén, y muere en Lima. Estuvo en La Española y en Santo Domingo para llegar al Perú en 1599. Entró en la Orden de los Jesuitas, estudiando en el Real Colegio de San Martín y el Real Colegio de San Carlos, hasta recibir las órdenes en el Cuzco. Fue rector en Arequipa, Pisco y Callao. Pasó luego a México, previa visita a Guatemala, pero recorrió otras ciudades importantes, para volver al Perú en 1642. Tenía un conocimiento directo de muchos lugares del continente y había viajado en forma constante por el Perú; su permanencia en México duró aproximadamente unos veinte años. Había preparado una *Historia del Nuevo Mundo* organizada en tres tomos y compuesta de 43 libros, de los cuales sólo se imprimió la primera parte en Sevilla entre 1890-1893 por Jiménez de la Espada. Un extracto de la segunda parte de la obra citada origina la *Historia de la fundación de Lima,* edición y prólogo de Manuel González de la Rosa, en *Revista Peruana,* Lima, 1879; reimpresa en la Colección Historiadores del Perú, I, Lima, 1882. En Madrid, la *Historia del Nuevo Mundo,* edición y prólogo de Marcos Jiménez de la Espada, para la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1890-1893; *Obras de Bernabé Cobo, S. J.,* edición y estudio preliminar de Francisco Mateos, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956; *History of the Inca Empire,* traducción y edición de Roland Hamilton, prólogo de John H. Rowe, Austin, University of Texas Press, 1979.

La obra del padre Cobo lo revela como un naturalista exacto, profundamente certero en sus cuadros descriptivos de geografía, mineralogía, arqueología, botánica o zoología, como parte de una paciente observación durante toda su vida. A ello debe unírsele una prosa precisa y ajustada en la exposición[69].

PEDRO MERCADO, (1620-1701), nace en Riobamba, Ecuador, y muere en Santa Fe de Bogotá. Sacerdote jesuita se ha registrado el ingreso en la Compañía de Jesús en 1636. Su primera obra se publicó en Madrid (1655), *Destrucción del ídolo;* es rector del colegio de Honda (1659) y rector y maestro de novicios en el Colegio de Tunja (1667). Publica *El cristiano virtuoso;* es nombrado rector del Colegio Máximo y Universidad Javeriana (1687); publicará en Cádiz algunos libros de espiritualidad que serán reunidos bajo el título de *Obras Espirituales, cuatro tratados,* en Amsterdam (1699).

Dos años después muere en el Colegio de Santa Fe. La vida del padre Mercado, que estuvo compartida entre Quito y Nueva Granada, merece la atención por la *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús.*

La *Historia* está dedicada a reconstruir biografías, sucesos demorados en el tiempo, escrita con detalles del medio provincial y barroco, que resurgía como los orfebres religiosos, buenos imagineros que daban libertad a la creación.

"El asunto del jesuita era historiar el establecimiento y desarrollo de su Orden en la Audiencia —escribe Rodríguez Castelo—. La vida misma de las gentes quiteñas no se le ofrecía sino como vago telón de fondo. Pero no lo fue. La escritura resultó demasiado viva y sabrosa como para que gentes y cosas, usos e instituciones, creencias y temores, sucedidos y fantasmagorías, quedasen reducidas a tan desmayado papel. Y es que no se trataba de una historia formal y libresca sino de un relato que prolongaba hasta los términos de la historia la charla de sobremesa y el chisme de sacristía... 'Dos mujeres virtuosas y pobres vivían en su casa tan acosadas de un duende que no sabían que hacerse ni de qué medio ampararse para verse libres de las repetidas vejaciones con que este enemigo las asaltaba; quitándoles la ropa que vestían, las aves que criaban, colgábalas muertas por los alares de la casa...' Así de fresco, vivo y coloquial, porque Mercado es un narrador desenfadado y hábil". (p. XXIV).

Ediciones: *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús.* Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1957; Hernán Rodríguez Castelo, *Literatura de la Audiencia de Quito. Siglo XVII,* Quito, Edición del Banco Central de Ecuador, 1980; ídem, *Letras de la Audiencia de Quito (Período Jesuítico),* selección, prólogo y cronología de H.R.C., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984[70].

ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA, (ca. 1570-1630), nace en Jérez de la Frontera y muere en Sevilla. Miembro de la orden de Carmelitas, ejerciendo su sacerdocio en tierras americanas, especialmente el Perú y

México entre los años de 1613 a 1623. Al año siguiente vuelve a España, viviendo en diversos lugares como Málaga, Sevilla y otros puntos como Censor del Santo Oficio.

Dejó escritas algunas obras como el *Viaje y navegación del año 1622 que hizo la flota de Nueva España y Honduras* (Málaga, 1623); *Circunstancias para los tratos y contratos de las Indias del Perú y Nueva España* (Málaga, 1624); pero su labor más reconocida se encontró en la Biblioteca Vaticana bajo el título de *Indiae descriptionem,* por el estudioso norteamericano Charles Upson Clark, quien lo tradujo al inglés con el título de *Compendium and Description of the West Indies,* editado por The Smithsonian Institution (Washington, 1942 y 1968); la versión castellana es *Compendio y descripción de las Indias Occidentales,* difundida por la citada institución en 1948.

En América, Vázquez de Espinosa residió y recorrió desde Chile al Perú, México y Centro América, lo que le permitió preparar un minucioso relevamiento, sumamente descriptivo y documental, sin considerarse realmente historiador sino testigo eficiente de credibilidad[71].

FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, (1607-1682), nace en Chillán, Chile y muere en Locumba, Perú. Terminó estudios en el colegio de los jesuitas de Concepción, tomando plaza como soldado en 1625.

Fue tomado prisionero por los indios *mapuches* y permaneció entre ellos cuatro años. Liberado continuó su carrera militar logrando el grado de Maestre de Campo y Gobernador de Valdivia en 1674. La obligada residencia entre feroces guerreros araucanos le permitió elaborar una obra titulada *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile,* que aparece publicada en 1863, con estudio prologal por Diego Barros Arana (Santiago de Chile, Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, tomo III). Esta obra muestra una admiración por sus captores; está escrita manteniendo un testimonio real rodeado de ficción bajo los moldes de las novelas de caballería españolas, pero mostrando línea autobiográfica.

"La obra —como aclara Rodríguez Monegal— no sería publicada hasta 1863. Aunque las aventuras que Pineda cuenta habían ocurrido realmente, cuando empezó a recordarlas por escrito la ficción se apoderó completamente de él. El protagonista es presentado de acuerdo al prototipo de las populares novelas de caballería. Los araucanos también están vaciados en el mismo molde heroico. Los diálogos están elaborados de modo literario y sin ninguna pretensión realista. La narración está más cerca de Ercilla que de las pedestres crónicas de los primeros historiadores". (*Noticias secretas y públicas de América,* Barcelona, Tusquets/Círculo, 1982, p. 216).

En las páginas de Pineda se vuelve a reproducir la aventura del otro, la impostura justificando su vivencia de la cual nace una descripción autobiográfica. Son testimonios vivenciales que suelen volcarse a lo anecdótico, en una fantasía que aporta préstamos intencionales como contribución a la historia de su tiempo, a ejemplificar hechos heroicos o ficciones[72].

ANTONIO DE LA CALANCHA, (1584-1654), nace en Chuquisaca, Bolivia y muere en Lima. Padre agustino en la Universidad de San Marcos (Lima). Ocupó el cargo de prior en los conventos de Arequipa (1618) y en Trujillo (1619). Alcanzó el cargo de cronista de la Orden de los padres agustinos en 1630. Es autor de la abultada obra *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, que fuera publicada entre los años de 1638 y 1653 en Barcelona (España) la primera parte y en Lima la segunda. Labor que, a pesar de sus contradicciones y diferencias históricas, mantiene la virtud del material directo tomado de fuentes originales y del proceso cronológico donde permanece como testigo presencial. Su obra no quedó finalizada y por ello fue continuada por Bernardo de Torres (m. ca. 1660) con el título de *Crónica de la Provincia Peruana del Orden de los Ermitaños de San Agustín* (Lima, 1657), ampliada posteriormente por el padre Juan Teodoro Vásquez, con dos nuevos tomos (Lima, 1721).

Véase: Antonio de la Calancha y Bernardo de Torres, *Crónicas agustinas del Perú,* edición y prólogo de Manuel Merino, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas, 1972; *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú,* ed. de Ignacio Prado Pastor, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1974-1981, 6 vols.; *La edad de oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú,* ed. de José Miguel Oviedo, Barcelona, Tusquets/Círculo, 1986[73].

WALTER RALEIGH (1552-1618), nace en Devon, muere decapitado en Londres. La personalidad histórica, literaria y filosófica de Raleigh muestra al militar inglés, al caballero en la corte que recibe los favores de la reina Isabel I de Inglaterra. En febrero de 1595 emprende viaje a buscar la ciudad Dorada en el Nuevo Mundo. La sorpresa al enfrentar la corriente principal del río Orinoco, al terminar su recorrido alcanzando las bocas del Caroní, fue navegar bajo cielo de árboles, verse rodeado de caimanes, sentir la fuerza extraordinaria de los raudales, vislumbrar algunas comarcas indígenas. Pero hay mucho más de imaginación enfrentando la realidad, como flechas envenenadas, pájaros gritones, guacamayos, manatíes, armadillos, mujeres con gran donaire,

perfumadas piñas, las leyendas de las amazonas, tesoros que no encuentra, pero de los cuales siente mención, oro, plata, minería sin explotar, etc. Ese breve viaje lo ilusiona con toques de fantasía, con apetencias comerciales, vislumbra el potencial económico del suelo guayanés. En esa tierra desconocida, donde el curso del Orinoco muestra una "maraña de corrientes y brazos que se cruzan y tornan a cruzar varias veces, y siempre con aguas voluminosas y tan parecidos unos ríos a otros que no hay cerebro humano capaz de acertar con el curso que conviene; y así anduvimos como un enredo de hilos, sin que nos sirvieran de mucho ni sol ni brújula". Luego el Caroní, con sus aguas que resuenan oscuras, ennegrecidas, chocando con las leonadas del Orinoco, juntas y sin confundirse durante mucho trecho; y el innumerable paisaje, de controversia entre llanuras infinitas, las casas indígenas construidas en lo alto de coposos árboles, perdices, grullas, codornices y otras aves, los peces, el armadillo comparado con un pequeño rinoceronte, las tortugas y el alimento de sus huevos, mucho pero mucho más, envuelto en la alucinación del oro no visto pero supuestamente oculto al extranjero, en el camino abierto por los relatores indígenas y una imaginación que debía acrecentar los tesoros del viejo imperio y rendirse ante una soberana inmutable y calculadora.

Para justificarse redactó *The Discoverie of the Large, Rich, and Beautiful Empire of Guiana, with a Relation of the Great and Golden Citie of Manoa, which the Spaniards call El dorado and of the Provinces of Emeria, Arromaia, Amapaia and other Countries, with their Rivers adjoyning* (Londres, 1596). El título resultó demasiado extenso frente al breve informe que explica la aventura del escritor, la cual puede valorarse por sus aportes etnográficos, históricos y geográficos. A pesar de frecuentes inexactitudes resulta una motivadora pieza de imaginería, suma de un sueño que siguió manteniéndose durante mucho tiempo bajo la común titularidad de El Dorado, un lugar supuesto y quimérico como tantos que poblaron el Nuevo Mundo. La obra de Raleigh reeditada en Frankfurt, 1612, contó con los grabados de Theodore de Bry (Alemania, 1528-1598). Presenta un grupo de ilustraciones tan fuera de la realidad como el propio texto. Estas imágenes gráficas dan un nuevo concepto del mismo relato, llevan explicaciones convincentes y líricas, por ello han perdurado a través del tiempo y aún hoy resultan sorprendentes y se repiten en múltiples ejemplos. Manoa o El Dorado a orillas del Lago Parima, los indios descabezados y las amazonas, el gran mapa que recoge los temas principales, con detalles de animales y las notas explicativas que resumen o valoran el relato de Raleigh. En esta edición se fundirán la imaginación del relator y del grabador alemán, ambos con vivencias anticipadas a su tiempo.

Entre las ediciones en castellano mencionamos: *The Discovery de Walter Raleigh,* traducido por la profesora Betty Moore, con notas críticas al texto por Demetrio Ramos, en su *El mito del dorado, su génesis y proceso,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1973 (Fuentes para la historia colonial de Venezuela); *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana,* traducción de Antonio Requena, Caracas, Ediciones Juvenal Herrera, 1986.

Para las publicaciones en inglés de W. Raleigh, *The Discovery...*, con introducción, notas y apéndices de T.V. Harlow, Londres, 1928; con introducción de John Masefield, en Richard Hakluyt, *Voyages,* Londres, Everyman's Library, 1962, vol. 7[74].

JUAN RODRÍGUEZ FREYLE, (1566-1642), nace en Santa Fe del Nuevo Reino de Granada. Permanece en España entre 1585 y 1591. "Estuvo en Sevilla, Alcalá de Henares y Cuenca. Las noticias que disponemos —escribe Enrique Pupo-Walker— indican que durante su estadía en la Península logró ampliar considerablemente sus lecturas. Al regresar a su tierra —quizá sin otras opciones lucrativas— se dedicó a la agricultura.

Fue en su vejez cuando se apartó de casi todo, para entregarse de lleno a las tareas histórico-literarias. Acaso él —como muchos de los cronistas que le precedieron— comprendió que ese texto postrero y escrito en la penuria sería, en fin de cuentas, la única posesión valiosa que alcanzaría. Contaba ya setenta y dos años cuando terminó la primera mitad de su pintoresca y a veces escandalosa narración; narración que elaboró empeñosamente, deseoso tal vez de que su libro le permitiera ingresar de algún modo en la historia, entonces incipiente, de las letras y la historiografía de aquel virreinato".

El estudioso uruguayo Emir Rodríguez Monegal sostiene que "los historiadores se complacen en encontrarle errores, aunque es a veces la única fuente de mucha de la información que tienen sobre ese período. Pero lo que realmente importa es que su reputación actual de narrador supera anchamente al cronista. Pertenece realmente a la literatura, y especialmente al desarrollo del cuento en la América hispánica. Es uno de los primeros y mejores cronistas regionales: aquellos que supieron dejar un inventario preciso y algo ingenuo de cómo era la vida en esos pueblos marginales del Imperio español" (*Noticias secretas y públicas de América,* Barcelona Tusquets/Círculo, 1984, p. 201).

Las pequeñas historias se mantienen vibrantes en un ordenamiento cronológico, sin escapar a la imaginería coloquial e ilustrativa que le impone el narrador, un anciano molesto dentro de la sátira que maneja con

soltura, imponiendo los resultados de alternar episodios, personajes, historietas parroquiales, intrigas, secretos, reiteraciones superficiales. Acompañados por citas de clásicos como Séneca o *La Celestina,* resultante de una crónica mordaz, leyendas o historias verdaderas con muertes, alzamientos, rebeliones, introduciendo al lector dentro de los oidores, guardianes comenderos, arzobispos y toda una larga lista de personajes que habitan sus historias o ficciones de *El Carnero.* Su extenso título explica el contenido, en la primera edición de 1859. Vale la pena referirlo completo: *Conquista i descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano i fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá primera de este Reino donde se fundó la Real Audiencia y Cancillería, siendo la cabeza, se hizo Arzobispado. Cuéntase en ella su descubrimiento, algunas guerras civiles que había entre sus naturales; sus costumbres i gente, i de qué procedió este nombre tan celebrado de El Dorado, los jenerales, capitanes y soldados que vinieron a su conquista, que todos los Presidentes, Oidores y Visitadores que han sido de la Real Audiencia. Los Arzobispos, prebendados i dignidades que han sido de esta santa iglesia catedral, desde el año 1539, que se fundó, hasta el de 1636, que esto se escribe; con algunos casos sucedidos en este Reino, que van en la historia para ejemplo, i no para imitarlos, por el daño de la conciencia. Compuesto por Juan Rodríguez Fresle, Natural de esta ciudad y de los Fresles de Alcalá de Henares en los Reinos de España, cuyo padre fue uno de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino. Dirigido a la S.R.M. de Felipe IV, Rei de España, Nuestro Rei i Señor Natural.*

Los múltiples relatos, cuentos, episodios, dan el margen a la chismografía que reconstruye un clima decadente de la sociedad colonial neogranadina, afirma el antecedente que Freyle no se dejó llevar por la creación literaria y permaneció en el campo historiográfico.

El Carnero muestra un procesamiento de intención poética, los sucesos neogranadinos tienen una metamorfosis, elaboración y verdad comprobable o aproximadamente real. Acierta Leonard al precisar que es una "chismorrería de la Bogotá del siglo XVII" (*Los libros del conquistador,* México, 1953).

Ediciones: *El Carnero. Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano,* prólogo, notas y cronología de Darío Achury Valenzuela. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979; *El Carnero según el manuscrito de Yerbabuena,* ed., introducción y notas de Mario Germán Romero. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1984 (Biblioteca Colombiana, núm. 21); *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada,* edición de Jaime Delgado. Madrid, Historia 16, 1986 (Crónicas de América)[75].

CRISTÓBAL DE ACUÑA, (1597-1670), nace en Burgos (Castilla) y muere en el Colegio de San Pablo en Perú. Miembro de la Compañía de Jesús, enseñó teología y fue rector del Colegio de Cuenca, en la provincia de Quito. Formó parte de la expedición que bajo el mando del capitán mayor Pedro Texeira, fue enviada para explorar el río Amazonas e informar al Consejo de Indias sobre este recorrido, los productos naturales y las costumbres de los indígenas asentados en sus costas.

Estas severas observaciones se publicaron bajo el título de *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* en Madrid (1641).

Es obra dominada por las ventajas económicas de la región, prefigurando la instalación que para la corona de Castilla pudieran tener como nueva provincia. Sus páginas están salpicadas de un barroquismo admirativo por lo que encuentra, sin prestarse a fantasías propicias con el ambiente explorado. Las noticias que le transmitieron los indios tupinambos, las varoniles mujeres llamadas amazonas y los tesoros que encierran estas comarcas. Tomemos un fragmento: "el río es abundante en pesca, los montes de caza, los aires de aves, los árboles de frutas, los campos de mieses, la tierra de minas, y los naturales que le habitan de grandes habilidades, y agudos ingenios, para todo lo que les importe". (Cap. XVIII).

Algunas ediciones: *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas,* Madrid, 1641 y 1659, en la "Colección de libros que tratan de América raros o curiosos", vol. II, Madrid, 1891; en el Vol. IV de la Colección Amazonas. Quito, 1942; como *Descubrimiento del Amazonas,* con noticia prologal por Newton Freitas, Buenos Aires, Emecé Editores, 1942; *Letras de la Audiencia de Quito (Período jesuítico),* selección, prólogo y cronología por Hernán Rodríguez Castelo, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.

ALONSO DE OVALLE, (1601-c. 1652), nace en Santiago de Chile y se desconoce el lugar donde muere. Sacerdote jesuita que estudió en su ciudad natal y en Córdoba del Tucumán. Estará como procurador de la Provincia de Chile en Roma en 1635, donde escribirá su libro *Histórica relación del Reino de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en él la Compañía de Jesús* (Roma, 1646).

La primera parte del mismo está dedicada a presentar *"De la naturaleza y propiedades del Reino de Chile"*, y el libro segundo comprende *"De la segunda y tercera parte del Reino de Chile"*, donde expondrá sus noticias sobre las islas, de la Tierra del Fuego, de los estrechos y una visión de la provincia de Cuyo; el libro tercero habla de los habitantes del Reino de Chile y luego el libro cuarto al séptimo, es

una historia de la presencia de los españoles, de sus guerras y las gobernaciones.

Reimpresas con una introducción biográfica y algunas noticias de José Toribio Medina, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1888, 2 vols.; existe una edición actualizada por la Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1974, del Instituto de Literatura Chilena[76].

ANDRÉS PÉREZ DE RIBAS, (1576-1655), sacerdote jesuita que nace en Córdoba, España y muere en México. Cuando llega a la Nueva España es comisionado para propagar la doctrina cristiana en tierras denominadas "las más bárbaras e indómitas del Nuevo Orbe", en la zona del río Zuaque (hoy día Río del Fuerte), para alcanzar hacia el norte a los indios *yaquis,* donde permaneció hasta cerca de 1617. Se le encuentra luego de su excursión misional en la ciudad de México cumpliendo numerosos cargos para su Orden: en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo como rector en 1631; la Casa de la Profesa, como director y alcanza a ser nombrado provincial de la Nueva España en 1640. Viaja a Roma para participar en la VIII Congregación General de la Compañía y terminará su libro *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe* en Madrid donde lo publica en 1645. Regresó a México, donde muere. Se sabe que el padre Ribas escribió otros trabajos de carácter histórico a saber: la *Historia de Sinaloa,* manuscrito que se considera perdido; una *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús en México,* publicada en México (1892) y la obra más significativa que ha perdurado su nombre, la *Historia* dedicada a testimoniar su presencia en tierras mexicanas de indios *ahomes, zuaques* y *yaquis.*

En la introducción de la misma afirma: que "es testigo de vista de mucho de lo que en ella se refiere y lo tocó con las manos, porque estuvo por tiempo de diez y seis años empleado en estas misiones y doctrinas de algunas gentilidades de ellas; acompañó a los capitanes y soldados de presidios que entraron a pacificarlas y trató a muchos de los primeros Padres que las fundaron, y aprendió y trató en sus lenguas a muchos caciques e indios más entendidos de las dichas misiones; y lo demás de que no fue testigo de vista, sacó de muy fieles originales".

La crónica es significativa y puede considerarse bien argumentada, plena de informaciones útiles, detalladas en sus cuadros costumbristas, las formas de utilizar la agricultura, el intercambio de productos, las raíces o frutillas silvestres, el aprovechamiento de la pitahaya o de las iguanas, etc.

El título de su obra más destacada dice: *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo*

Orbe; conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Provincia de Nueva España. Refiriéndose asimismo las costumbres, ritos y supersticiones que usaban estas gentes... (Madrid, 1645, 3 vols.); fue reimpresa por Luis Alvarez y Alvarez de la Cadena, con prólogo de Raúl Cervantes Ahumada, México, 1944, en la colección "Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora". Fragmentos de la misma figuran en *Cronistas de las Culturas precolombinas,* de Luis Nicolau d'Olwer, México, Fondo de Cultura Económica, reimpresión de 1981.

JACINTO DE CARVAJAL, (c. 1567-?), nace en Extremadura, España, y se desconoce el lugar donde muere. Religioso de la Orden de Santo Domingo que viene a América hacia la isla de Santo Domingo (República Dominicana), siendo capellán de presidio, pasará a Cartagena de Indias, como capellán mayor de galeras, de allí llega a Río de Acha como Prior, permanece catorce años en la población de Mariquita y luego en Santa Fe.

En tierra venezolana se establece en la ciudad de Barinas, participa de una entrada a los llanos hacia 1644 y luego acompañará al capitán Miguel de Ochogavia en la expedición descubridora del río Apure como capellán, partiendo en 1647, y dividida en dos grupos, unos por tierra y otro remontando el río Santo Domingo hasta el Apure. Un diario que comprende 62 días constituyen las *Jornadas náuticas,* como titula Carvajal su cronicón, dando detalladamente los pormenores de cada jornada con descripciones de flora y fauna, de los habitantes, aldeas y costumbres, alimentos, caza y pesca, las distintas naciones étnicas que va anotando y puntualizando como en el grupo caribe, citando las ceremonias funerarias, el *piache* (curandero o *shamán*), el mando y derecho de usar la *macana.* Los aspectos geográficos y de historia natural sirven de testimonios, junto a otros escritores del llamado Ciclo del Orinoco, en una región que debe recorrer dentro de sus obligaciones religiosas.

Esta obra de Fray Jacinto de Carvajal está situada dentro del "Ciclo del Orinoco", según la acertada clasificación de Acosta Saignes, es decir que puede colocarse paralelamente con la *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta (1730-1736),* del padre Juan Rivero (Bogotá, 1883); *El Orinoco ilustrado y defendido* de José Gumilla; la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús, del Nuevo Reino de Granada,* del padre José Cassani (Madrid, 1741); *Ensayo de Historia Americana,* del padre Felipe Salvador Gilij (Roma, 1780-1784); y *Apuntes sobre la Provincia Misionera de Orinoco e indígenas de su territorio,* de Fray Salvador Bueno (Caracas, 1933).

"El caso de la obra de Fray Jacinto de Carvajal constituye, —como apunta José Alcina Franch— en realidad, uno de los más primitivos

antecedentes de esta serie de tratadistas, ya que se anticipa en casi un siglo a la mayor parte de ellos en su interés por esa región, realizando con brevedad, pero con gran acierto una buena descripción geográfica y etnográfica de un sector importante del área del Orinoco". En efecto, diversos méritos: es la única crónica de la expedición de Ochogavia por el Apure; contiene descripciones geográficas de interés; Carvajal incluye en su obra "toda clase de reflexiones marginales; aporta datos para la historia económica de los Llanos; refiere episodios sobre contactos culturales y contiene numerosos datos etnográficos" (Miguel Acosta Saignes, *Prólogo*, en Carvajal, 1956, p. 12).

Este relato escrito en 1648 fue publicado originalmente como *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco,* Imprenta de la Diputación Provincial, León, 1892; la segunda edición con el título de *Descubrimiento del Río Apure,* con prólogo y notas de Miguel Acosta Saignes, Caracas, Ediciones Edime, 1956; la tercera conservando el mismo título, a cargo de José Alcina Franch, Madrid, Historia 16, 1985[77].

CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA, (1645-1700), nace y muere en su tierra natal la Nueva España del siglo XVII. Educado por los jesuitas en el Colegio del Espíritu Santo, de Puebla. Fue expulsado de la Compañía de Jesús, emprendiendo estudios de teología en la Universidad de México, donde posteriormente mereció la cátedra de astrología y matemáticas en 1672. Capellán en el Hospital del Amor de Dios, puesto que mantuvo hasta su muerte. Dedicado a numerosos campos culturales, se destacó como historiador, cosmógrafo, ingeniero, matemático, bibliófilo y literato, donde fue reconocido como poeta y narrador. Algunos títulos son: *Libra astronómica y filosófica; Primavera indiana* (1668); *Triunfo parténico* (1683); *Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento* (1691); *Mercurio volante* (1695), dentro de una mayor variedad de publicaciones y de algunos manuscritos hoy perdidos. Ha permanecido por la fabulación impuesta en *Infortunios de Alonso Ramírez,* historia de un marinero náufrago que cae prisionero de piratas ingleses y posteriormente consigue regresar a su tierra (Nueva España). Libro de ficción, ha sido catalogado como pieza histórica —quizás porque el autor lo incluye en las "relaciones históricas" o bien se lo presentó en una "Colección de Libros que Tratan de América" (Madrid, 1902)— pero se trata de una narración escrita por Sigüenza y Góngora sobre lo expuesto o el discurso que realiza Alonso Ramírez. Para una mayor precisión el título es completo y esclarecedor: *Infortunios de Alonso Ramírez, natural de la ciudad de San Juan de Puerto Rico padeció así*

en poder de Piratas ingleses que lo apresaron en las Islas Filipinas como navegando por si solo y sin derrota hasta parar en la costa de Yucatán, consiguiendo por este medio dar vuelta al mundo (México, Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, 1690).

"Alonso Ramírez existió y contó su vida a Sigüenza y Góngora, tal vez con la intención de que él la escribiese. Al hacerlo, el escritor mexicano consiguió ser a la vez directo y elegante. Publicada originalmente en 1690, cuando el autor tenía cuarenta y ocho años, el libro pronto fue reconocido como uno de los mejores ejemplos de la narrativa colonial. Con este texto Singüenza coronó inesperadamente una carrera científica y literaria que había sido larga y (para el gusto de su tiempo) muy exitosa". (Emir Rodríguez Monegal, *Noticias secretas y públicas de América,* Barcelona, Tusquets, 1982, p. 29).

Una autobiografía de ficción basada en la narración de Alonso Ramírez que escribe o narra el autor, tal como ocurre con Garcilaso en *La Florida,* historia más acertada en el campo literario que le brinda una narración creadora. Son obras que acercan la realidad —*Cautiverio feliz* (1663) de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán o *El Carnero* (1636) de Juan Rodríguez Freyle, hasta el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773) de Alonso Carrió de la Vandera, alias Concolorcorvo—, con sus vivencias parcializadas reales o impuestas por los firmantes, dentro del género histórico pero complejas por sus propias individualidades creativas.

Esta aventura, que recuerda las peripecias de tantos náufragos en casos similares al tradicional Robinson Crusoe, ha sido considerada por algunos historiadores literarios como precursora de la novela mexicana.

Para sus textos: *Infortunios de Alonso Ramírez...*, introducción, notas y recopilación bibliográfica de Alba Valles Formosa, San Juan de Puerto Rico, Editorial Cordillera, 1967; *Obras* con una biografía, edición de Francisco Pérez Salazar, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928; *Obras históricas,* ed. y prólogo de José Rojas Garcidueñas, México, Editorial Porrúa, 1960; *Seis Obras,* prólogo de Irving A. Leonard, ed. de William G. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984[78].

JOSÉ GUMILLA, (1686-1750), nace en Cárcer, Valencia, y muere en San Ignacio de Betoyes, Colombia. Sacerdote de la Compañía de Jesús, donde ingresó en junio de 1704, se encuentra en el Nuevo Reino de Granada al año siguiente y estudia en la Universidad Javeriana de Bogotá, luego permanece en Tunja, para comenzar su estada en los llanos en 1716, donde recorrerá la zona orinoquense hasta 1737.

Es llamado a ejercer distintos cargos dentro de su orden, como Rector del Colegio de Cartagena (1737); Viceprovincial del Nuevo Reino (1738) y Procurador ante las Cortes de Madrid y Roma (1739-1743). Año que regresará a su primera fundación llanera San Ignacio de Betoyes en Colombia hasta su muerte.

El historiador Germán Posada afirma en Gumilla "una preocupación científica por la naturaleza y su aprovechamiento; un estudio sistemático de las razas aborígenes; una lección literaria de sencillez y equilibrio, aunque muy en consonancia con el desmayado prosaísmo que dominaba entonces la mejor literatura hispánica. La historiografía pugna por adquirir en ellas categoría de ciencia. El criterio de razón se antepone al criterio de autoridad" (*Nuestra América*, Bogotá, 1959, p. 80-81).

En la obra gumillana se aprecia la trayectoria histórica, la ingenuidad al no desconocer el Dorado o Manoa, acentúa la presencia del paisaje, el valor humano de los venezolanos nativos, la aclimatación a los conocimientos geográficos y científicos; la definitiva conquista de las misiones en los llanos; explorador del gran río Orinoco con sus abundantes novedades botánicas, zoológicas, singularidades de costumbres ceremoniales, de lenguaje, en suma un valioso análisis de la zona orinoquense. Este descriptivo título puntualiza certeramente el contenido del historiador: *El Orinoco Ilustrado, historia natural, civil, geográfica de este gran río, de sus caudalosas vertientes: gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitadores, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceites, resinas, yerbas y raíces medicinales; y sobre todo, se hallarán conversiones muy singulares a nuestra Santa Fe y casos de mucha edificación* (Madrid, 1741).

El padre Gumilla mantuvo en su obra algunas líneas definidas y ampliamente documentadas como son la inmigración, la colonización y el mestizaje, tal como en sentido sociológico lo constata el estudioso jesuita José del Rey Fajardo.

Ediciones: José Gumilla, *El Orinoco Ilustrado y defendido,* comentario preliminar de José Nucete Sardi, estudio de Demetrio Ramos y prólogo de Constantino Bayle, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1971; *Escritos varios,* estudio preliminar y compilación del P. José del Rey, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1970[79].

JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS, (1671-1738), nace en Bogotá y muere en Caracas. Con nacimiento casual en Colombia, su infancia transcurre en Lima y en Caracas (1686), a cargo de su tío Diego de Baños y Sotomayor, Obispo de Caracas, de quien recibe educación esmerada. Fue Alcal-

de de segundo voto en 1699, luego Regidor Perpetuo de Caracas, por breve tiempo, pero llega a ser en dos oportunidades Alcalde de primer voto (1710 y 1722).

Escribió su *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela,* publicada en su primera parte en Madrid año de 1723, y comprende desde el descubrimiento hasta el año de 1600. La continuación permanece perdida. Es autor también de un *Tesoro de noticias,* Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1971; hay otra edición con noticia preliminar de J. M. Siso Martínez (Ministerio de Educación, 1977).

Entre el historiador y el literato hay crítica adversa a muchas de sus páginas, pero existen otros comentaristas que valoran el trabajo de Oviedo y Baños, así como lo confirma Tomás Eloy Martínez diciendo: "Conviene saltar ya sobre todas las distinciones académicas entre los géneros y señalar que Oviedo y Baños fue el primer novelista verdadero de América y uno de los poetas más iluminados. No conocía otros límites que los de la imaginación. Redujo el tamaño natural de Venezuela al de una provincia de doscientas leguas, situada entre el morro de Unare y el cabo de la Vela; pero acrecentó la estatura de los personajes reales, sumiendo a Lope de Aguirre en los desgarramientos de un amor filicida y adornando a las imágenes de los templos con aureolas de avispas y tinturas de polen" (*Los testigos de afuera,* comp., pról. y notas de T. E. Martínez, Caracas, Edición de Miguel Neumann, 1978, p. 16).

"Obra muy notable —escribe Pedro Grases— por la especial disposición de ánimo con que fue elaborada, por la documentación histórica, por las observaciones vividas y por el ritmo y donaire con que fluye su excelente prosa, siempre elegante y bien medida, en la que a veces, cuando el tema le brinda oportunidad, logra páginas de fina tersura, que han hecho escribir a pluma tan exigente como lo fue la de Mariano Picón Salas que la de Oviedo «es una de las historias particulares de más encanto literario escritas en nuestra época barroca»". (*Introducción* a la edición de Caracas, 1967).

Ediciones: *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela,* Madrid, Impr. Gregorio Hermosillo, 1723; Caracas, Impr. Domingo Navas Spínola, 1824; con notas y documentos por Cesáreo Fernández Duro, Madrid, Luis Navarro Editor, 1885, Biblioteca de los Americanistas, t. III y IV. En: *Analectas de Historia Patria,* prólogo de Caracciolo Parra, Caracas, Editorial Sur-América, 1935; Nueva York, introducción por Paul Adams, 1940 (reproducción facsimilar de Caracas, 1824); con el título general de *Venezuela,* estudio preliminar y edición de Guillermo Morón, Madrid, 1958, Historiadores de Indias; Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, Vol. 107; introducción de Pedro

Grases, Caracas, 1967, Edición homenaje al Cuatricentenario de Caracas; Caracas, Fundación CADAFE, 1982, 2 vols., Colección Caura[80].

FRAY JUAN DE SANTA GERTRUDIS, (m. 1779), pocos datos se han obtenido del sacerdote mallorquín, quién llegó a Cartagena de Indias en 1756. Expone sobre su personalidad J. G. Cobo Borda: "Hombre de empresa y buen orador, quien recorrió los ásperos caminos de la región andina y se internó en la selva amazónica, a lo largo del río Putumayo, donde fue puesta bajo su cuidado una de las cinco fundaciones que su Orden tenía allí para evangelizar a los indígenas de la región. Oz, Zenzeguajes, Escabellados, Amaguajes, Huaques, Murciélagos, Macaguajes: tales eran los nombres de algunas de aquellas tribus. Dos siglos permanecieron traspapelados, en la Biblioteca Pública de Palma de Mallorca, los cuatro volúmenes manuscritos donde se relatan sus andanzas de viajero durante cerca de once años (1756-1767) por tierras del Nuevo Reino de Granada, desde Cartagena hasta el Alto Putumayo, que concluirían luego por las provincias de Quito y Lima, antes de su regreso a España, donde moriría en 1779. Este clérigo, 'pintoresco y trotamundos', como lo llama Luis Duque Gómez en la introducción de sus *Maravillas de la naturaleza* —tal el título de la obra— es un cabal ejemplo del siglo XVIII por su afán de aventuras y su valor frente a los peligros que corrió, en abundancia". (*Fábulas y leyendas de El Dorado,* Barcelona, Tusquets, 1987, p. 232).

La expresión fresca del predicador que buscaba acrecentar su fortuna personal, tiene un sumario de mundanería que se trasluce en forma permanente, ya que no sólo está palpando la realidad del medio, aludiendo la crueldad sobre los negros, los mineros y aun los campesinos, todos ellos doblegados por las autoridades impuestas. Así lo testifica su obra, al margen de los conocimientos que en sus correrías logró adquirir sobre botánica, zoología, costumbres, que van perfilándose en la exposición detallada de la misma.

"Mallorquín pero colombiano por su obra, —escribe Javier Arango Ferrer— este jocundo escritor es un empresario de cosquillas y de carcajadas literarias. En su obra, las cosas se llaman por sus nombres y todo se dice con regocijada naturalidad". Agrega también justamente "las *Maravillas* de fray Juan tienen ese valor de selvas y caseríos de Colombia en el estilo de la picaresca española. Hay allí lazarillos y guzmanes, clérigos tahúres, falsos curas que engañan y desmonjan clarisas, y falsos médicos que engañan a enfermos imaginarios para vaciarles el bolsillo". (*Horas de literatura colombiana,* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 92-93).

Una edición actualizada de su obra *Maravillas de la naturaleza*, con ensayos introductorios de Luis Duque Gómez y Jesús García Pastor, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1970, 4 vols.

H. J. B.

NOTAS

1. Es importante el sustantivo libro de Sergio Buarque de Holanda *Misión del Paraíso. Motivos edénicos en el descubrimiento y colonización del Brasil,* prólogo de Francisco de Assis Barbosa. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987, p. 304; Mircea Eliade, "Paradise and Utopia: Mythical Geography and Eschatology", en *Utopia and Utopian Thought,* edited by Frank E. Manuel, Boston, 1966.

2. La obra de Antonio de León Pinelo, *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano.* Publícalo con prólogo, Raúl Porras Barrenechea, Lima, 1943, 2 vols. Lo estudia el maestro Angel Rosenblat, *El nombre de la Argentina,* Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965, p. 36-37 y reproduce el mapa citado; Richard Konetzke, *Descubridores y conquistadores de América,* Madrid, Editorial Gredos, 1968, p. 62.

3. Leonardo Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche,* Firenze, 1937, p. 11-21. El ruiseñor y la calandria son aves mencionadas en el *Cancionero de Baena,* en los *Milagros* de Berceo, como transformaciones del jardín edénico, mientras que los papagayos eran famosos por su longevidad y parloteo, pero también fueron considerados "aves del Paraíso". Pedro Mártir de Anglería se muestra sorprendido ante los conocidos psitacídeos por considerarlos originarios de la India. Este argumento fue válido durante algún tiempo para confundir a los exploradores recién desembarcados en América. Estudia el tema con ejemplos clásicos Howard Rollin Patch, *The Other World according to Descriptions in Medieval Litterature,* refiriéndose a los "viajes al Paraíso". También desarrolla lo mismo, Buarque de Holanda en su *Misión del Paraíso,* cit.. ant., p. 196-236, bajo el capítulo "Visión del Paraíso".

4. Según Angel Rosenblat, *La primera visión de América y otros estudios,* Caracas, Ministerio de Educación, 1969, p. 25; la obra de Plinio el Viejo, *Naturales historia,* edition et traduction d'Emile Littré, París, 1883, 2 vols.

5. Leonardo Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche,* Firenze, 1937. Las lecturas fueron las bases mentales que cada cronista profesa en sus textos, lo cual da origen a las deformaciones inconscientes de lo visto. Así lo sostiene este autor, incluyendo a Marco Polo y Cristóbal Colón. La forma inverosímil se repetirá en varios tópicos entre los que pueden considerarse a los gigantes que encuentra Américo Vespucio en Curazao. Véase al respecto lo que aporta Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 58-59, recordando lecturas del Dante, cuyo *Purgatorio* se menciona varias veces o la utilización numérica. La isla de los gigantes en Vespucio, *Cartas de viaje,* Madrid, Alianza Editorial, 1986.

6. Importante análisis es el realizado por Antonello Gerbi, en su obra. cit., p. 96-112. Muchas definiciones de Enciso, consideradas ejemplares, en Wilma George, *Animals and Maps,* London, 1969.

7. Véase Antonio Requena, "Prólogo", p. 30, en su edición de Sir Walter Raleigh, *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana,* Caracas, 1986.

8. Los manatíes fueron confundidos por el Almirante Cristóbal Colón con supuestas sirenas envueltas en plena fábula marina, "no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara". La literatura ha realizado buenos aportes sobre este corpulento animal que se rebautiza en vaca-marina, pez-buey, o también como pez-mujer, con mayor identidad femenina al utilizar los mitos relacionados con el mar o los ríos. El erudito peruano José Durand domina plenamente la revisión con su libro *Ocaso de sirenas. Manatíes en el siglo XVI,* México, Editorial Tezontlé, 1950, donde reúne páginas de Colón, José Gumilla, Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de Las Casas, Juan Salinas de Loyola, Fray Toribio de Motolinía, José de Acosta y otros.

9. En cap. VII del Tratado Tercero, Fray Toribio de Benavente (Motolinía), *Historia de los indios de la Nueva España,* Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 242-243.

10. Antoine Joseph Pernetty, *The history of a voyage to the Malouine (or Falkland) Islands, made in 1763 and 1764, under the command of M. de Bugainville, in order to form a settlement there and two voyages to the streight of Magellan, with an account of the Patagonian. Translated from Dom Pernetty's historial journal written in French,* London, T. Jeffreys, 1771. Las ilustraciones han sido muy explotadas en numerosas obras de referencia sobre la Patagonia.

11. En Nicolás Federmann, *Narración del primer viaje de Federmann a Venezuela,* traducida y anotada por Pedro Manuel Arcaya, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1916, p. 43. La cita pertenece al trabajo de Gustavo Pereyra, "El espíritu de caballería en el Nuevo Mundo", en revista *Imagen,* Caracas, núm. 100-75, p. 10-11, marzo de 1991. En el territorio de los ayamanes, Federmann encuentra más que enanos, pigmeos, consecuencia de la selección aborígen en cierta cantidad que sorprendieron a los europeos. Sobre las serranías de Perijá sobrevivieron grupos humanos de pequeña talla, es decir indios afectados que los hacían aparecer como pigmeos, como también los hubo entre los yukpas y los guaharibos en el río Ventuari. Véase: Isaac J. Pardo, *Esta tierra de gracia,* Caracas, Monte Avila Editores, 1986, p. 108; cita estudios científicos de Eduardo Fleury-Cuello. *Über Zwergindianer in Venezuela* (Sobre indios enanos en Venezuela), Zeitschr. f. Morphol. W. Antropol, 45, 259, 1953, estudia los pigmeos de Perijá y Sergio Arias C., "Etiología múltiple del enanismo entre los indios yukpa (Irapa) de la Sierra de Perijá llamados *Pigmoides" Boletín Indígena Venezolano,* Caracas, t. XVII, núm. 13, p. 40-70, 1976.

12. Algunos detalles ilustrativos pueden encontrarse en obras de Conrad von Megenberg, *Puch der natur,* Augsburgo, 1478; Sebastián Münster, *Cosmografía Universalis,* Basilea, 1544 ; Ulysses Aldrovandi, *Monstrurum Historia,* Bolonia, 1642; Heinz Mode, *Animales fabulosos y demonios,* México, 1980, con excelente iconografía y referencias.

13. En el citado trabajo de Gustavo Pereira, la referencia a Fray Pedro Simón está tomada del *Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela,* antología y selec-

ción de Joaquín Gabaldón Márquez, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1948, p. 158-161.

14. Pedro Lozano, *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba,* reedición con prólogo e índice por Radamés A. Altieri, Tucumán, Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán, 1941. La primera edición fue publicada en Córdoba (España), bajo el nombre *Descripción chorographica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco, Gualamba y de los ritos y costumbres...*, en 1733.

15. Pedro Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.* Ilustrada con noticias del autor y con notas suplementarias por Andrés Lamas, Buenos Aires, Impr. Popular, 1873-1875, 5 vols. En especial en cap. XIX; Guillermo Furlong, *Historia social cultural del Río de la Plata,* Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1969, 3 vols.

16. En el importante ensayo de Rollin Patch, *El otro mundo en la literatura medieval,* con un apéndice de María Rosa Lida, "La visión del trasmundo en las literaturas hispánicas", México, Fondo de Cultura Económica, s.f.

17. Resulta de utilidad el aporte del estudioso Ernesto Morales, *La Ciudad Encantada de la Patagonia,* Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, estableciendo una historia sumaria de las expediciones en los siglos XVI y XVII: *Derroteros y viajes a la Ciudad encantada o de los Césares que se creía, existiese en la Cordillera, al Sud de Valdivia,* Buenos Aires, 1836; *Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares por el Tandil y el Volcán, rumbo al sudoeste, comunicado a la corte de Madrid en 1707, por Silvestre de Roxas, que vivió muchos años entre los indios Peguenches;* ambos memoriales están recogidos en la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata,* ilustradas con notas y disertaciones por Pedro de Angelis, Buenos Aires, 1836-1837, 6 vols.

18. Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú,* Libro III, capítulo 11, en Enrique de Vedia, *Historiadores primitivos de Indias,* p. 486 (Biblioteca de Autores Españoles, vol. 26). Citado por Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 370.

19. Germán Arciniegas, *Nueva imagen del Caribe,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1972, p. 278-279; también puede consultarse su obra, *El Continente de los siete colores. Historia de la cultura en América Latina,* Bogotá, Editorial Santillana, 1989.

20. Voltaire y Diderot, *Obras escogidas,* selección y estudio preliminar de José Bianco, Buenos Aires, Clásicos Jackson, vol. XXXIII, 1949.

21. Roberto Levillier, *El Paititi, El Dorado y las amazonas,* Buenos Aires, Emecé Editores, 1976.

22. El amplio margen bibliográfico nos permite citar: *Fábulas y leyendas de El Dorado,* prólogo de Arturo Uslar Pietri, edición de Juan Gustavo Cobo Borda, Barce-

lona, Tusquets/Círculo de Lectores, 1987; Enrique de Gandía, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana,* Buenos Aires, Centro Difusor del Libro, 1946; Constantino Bayle, *El Dorado fantasma,* Madrid, Editorial Razón y Fe, 1930; Liborio Zerda, *El Dorado,* Bogotá, 1972; Demetrio Ramos Pérez, *El mito de El Dorado: su génesis y proceso,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1973; Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la conquista de América,* La Habana, Casa de las Américas, 1983; John Hemming, *En busca de El Dorado,* Barcelona, Ediciones de Serbal, 1984.

23. Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 36-44; Para ampliar este autor cita una lista de libros de caballería del siglo XVI, tomada de Henry Thomas, *Spanish and Portuguese romances of chivarlry,* Chambridge University Press, 1920, p. 147-148, con obras entre 1508 y 1602.

24. Enrique Pupo-Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX,* Madrid, Editorial Gredos, 1982, p. 47-48. Dice: "En general, muchos cronistas del siglo XVI se empeñaban en imponer los mitos clásicos a lo que ven en América. Agustín de Zárate, por ejemplo, se inspira en el *Timeo* platónico, y en los comentarios que sobre el mismo hace Marsilio Ficino, para corroborar el mito de la Atlántida. Ver "Hernán Cortés y los héroes de la antigüedad", de W. A. Reynolds, *Revista de Filología Española,* XLV, 1962, p. 450, (Ob. cit., p. 48, nota núm. 50).

25. Angel Rosenblat, *La primera visión de América y otros estudios,* Caracas, Ministerio de Educación, 1969, p. 38.

26. Américo Vespucci, *Cartas de viaje,* introducción y notas de Luciano Formisano, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

27. Fray Ramón Pané, *Relación acerca de las antigüedades de los indios: el primer tratado escrito en América,* nueva versión, con notas, mapas y apéndices por José Juan Arrom, México, Editorial Siglo XXI, 1987.

28. Material tomado de su obra *Historia natural y moral de las Indias,* edición preparada por Edmundo O'Gorman, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

29. Francisco López de Gómara, *Hispania victrix. Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551; con la conquista de México y de la Nueva España,* Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1877.

30. Pedro de Castañeda de Nácera, *Relación de la jornada de Caribe compuesta por... Donde se trata de todos aquellos poblados y ritos, y costumbres, la cual fue el año de 1540.* Washington, Smithsonian Institution, 14th Annual Report, 1892-1893, parte I, p. 414-459, 1896.

31. Véase, Fernão Cardim, *Tratados de Terra e gente do Brasil,* edición de J. Leite, introducción y notas de Baptista Caetano, Capistrano de Abreu y Rodolfo García,

Río de Janeiro, 1925. También en Luis Nicolau d'Olwer, *Cronistas de las culturas precolombinas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

32. Existe una tercera edición en Sevilla, 1546; debe verse *Descripción de las Indias Occidentales, por Mártin Fernández de Enciso, sacada de la "Suma de geografía" de este autor, y reimpresa con un prólogo bibliográfico por José Toribio Medina,* Santiago de Chile, 1897; es importante consultar a Wilma George, *Animals and Maps,* London, 1969.

33. Han estudiado el temario: Alberto M. Salas, *Para un bestiario de Indias,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1968; Martha Paley de Francescato, *Bestiarios y otras jaulas,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977; Horacio Jorge Becco, *Crónicas de la naturaleza del Nuevo Mundo,* Caracas, Cuadernos Lagovén, 1991.

34. Pedro Martín de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo,* Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944, p. 508; Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XVI,* Madrid, Impr. Real, 1825, vol. I, p. 171 y 189; John Ashton, *Curious Creatures in Zoology,* New York, Cassel Publishing Co., s.f.

35. En las conocidas páginas de Gumilla (*El Orinoco ilustrado y defendido,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1963, p. 360-369), se detalla sobre el veneno fabricado de una raíz llamada *curare,* pero mezclada con víboras, hormigas, alacranes, sapos, etc. Otra receta o procedimiento para su fabricación la encontramos en Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada,* Madrid, 1917, libro X, cap. XXI, tomo II, p. 189. Véase, *Venezuela imágenes de cuatro siglos: testimonios de viajeros,* selección, prólogo y notas de Horacio Jorge Becco, Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1983, p. 53, donde se encuentra esta yerba mortífera según lo escrito por Aguado en 1560.

36. Consideramos fundamental el estudio de Franklin Pease G. Y., "Las crónicas y los Andes", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, año XIV, núm. 28, 2do semestre de 1988, p. 158-177, de apropiada documentación y fuentes.

37. Puede ampliarse en Bartolomé Arzáns de Orzúa y Vela, *Historia de la Villa Imperial de Potosí,* edición de Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, Providence, Rhode Island, Brown University, 1965, 3 vols.

38. El poeta y crítico colombiano, Juan Gustavo Borda ha preparado una memorable selección bajo el título de *Fábulas y leyendas de El Dorado,* Barcelona, Tusquets/ Círculo de Lectores, 1987, con prólogo de Arturo Uslar Pietri.

39. La versión inglesa del libro de Gaspar de Carvajal fue realizada por Clemente R. Markhan, *Expedition into the Valley of Amazonas, 1539, 1540, 1541,* London, Hakluyt Society, 1859. Versión sobre el texto que ofrece Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia...* Madrid, 1855, vol. IV; la traducción al portugués, como *Descobrimento do río das Amazonas,* São Paulo, 1941. Es interesante lo expuesto para la American Geographical Society, por Bertram I. Lee y H. C. Heaton, *The discovery of the Amazonan according to the account Friar Gaspar de Carvajal,* New York, 1934.

40. *Primaleón,* libro de caballería publicado en 1512, de donde surgió "Patagón". Escribe el maestro Angel Rosenblat al respecto: "El monstruo Patagón, uno de los personajes del *Primaleón,* la popular novela de caballería de la época. El monstruo Patagón, de rostro como de can, y orejas que le llegaban hasta los hombros, y dientes agudos y grandes, y los pies a la manera de ciervo que le permitían correr sin que nadie le diese alcance". (*La primera visión de América y otros estudios,* 2a. ed. Caracas, Ministerio de Educación, 1969, p. 31-32). Tesis que sostiene María Rosa Lida en su artículo "Para la toponimia argentina: Patagonia", en *Hispanic Review,* Philadelphia, XX, p. 321-322, 1952.

41. Véase su artículo, "Patagonia, datos para la investigación etimológica" en *La Nación,* Buenos Aires, 11 de octubre de 1953.

42. La documentación bibliográfica sobre la Patagonia dispone de una copiosa información que escapa de una síntesis, donde tan solo mencionaremos dos antologías: *Patagonia,* selección y prólogo de Teodoro Caillet-Bois, Buenos Aires, Emecé Editores, 1944 y Ernesto Morales, *La ciudad encantada de la Patagonia,* Buenos Aires, Emecé Editores, 1944.

43. La prolífera documentación colombina nos impone una reducción y sólo enumeraremos algunas obras: A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* Barcelona, 1947; Noé Jitrik, *Los dos ejes de la cruz. La escritura de aprobación en el diario, el memorial, las cartas y el testamento del enviado real Cristóbal Colón,* Puebla, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1983; Demetrio Ramos, *La carta de Colón sobre el descubrimiento,* Granada, 1983; P.E. Taviani, *Cristóbal Colón: génesis del gran descubrimiento,* Barcelona, 1983; ídem, *I viaggi di Colombo, la grande scoperta,* Novara, 1984.

44. Estudios: José A. Aboal Amaro, *Amerigho Vespucci. Ensayo de bibliografía crítica,* Madrid, 1962; Germán Arciniegas, *Amerigo y el Nuevo Mundo,* Buenos Aires, 1955; Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas,* México, 1978; Antonello Gerbi y Roberto Levillier, *Américo Vespucio,* Madrid, Cultura Hispánica, 1966; Rolando A. Laguarda Trías, *El hallazgo del Río de la Plata por Américo Vespucci,* Montevideo, Academia Nacional de las Letras, 1982; Angelina Lemmo, *Etnografía y fuentes históricas,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970; Roberto Levillier, *América la bien llamada,* Buenos Aires, 1948; Vicente D. Sierra, *El epistolario de Américo Vespucci y sus supuestos descubrimientos,* Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1954; ídem, *Américo Vespucci. El enigma de la Historia de América,* Madrid, Editora Nacional, 1969.

45. Estudios: Marcel Bataillon, *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas,* Barcelona, Península, 1976; *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas* (Actas del Coloquio sobre Bartolomé de Las Casas), Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1974; "Homenaje a Las Casas" en *Revista de Occidente,* Madrid, núm. 141, 1974; Marianne Mahn-Lot, *Bartolomé de Las Casas et le droit des Indiens.* París, Payot, 1982; Roberto Mesa y José Manuel Pérez-Prendes, coord., *En el quinto centenario de Bartolomé de Las Casas,* Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986; Isacio Pérez Fernández, *Inventario documentado de los escritos de Fray Bartolomé de Las Casas,* Puerto Rico, 1981; André Saint-Lu, *Las Casas indigéniste. Etudes*

sur la vie et l'ouvre du Défensseur des Indiens, Paris, L'Harmattan, 1982; Ph. André Vincent, *Bartolomé de Las Casas, prophète du Nouveau-Monde,* París, Tallandier, 1980.

46. Estudios: José Juan Arrom, "Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios", en *Ideologies and Literature,* Minneapolis, september-october, 1983; Manuel Ballesteros Gaibrois, *Gonzalo Fernández de Oviedo,* Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981; Juan Gustavo Cobo Borda, *Letras de esta América,* Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986; Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas, de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1978; Ramón Iglesias, *Cronista e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés,* prólogo de Juan A. Ortega y Medina. México, Sepsetentas, 1972; Edmundo O'Gorman, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI,* México, Sepsetentas, 1972; Alberto M. Salas, *Tres cronistas de Indias: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de Las Casas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

47. Estudios: Ramón Iglesias, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés,* prólogo de Juan A. Ortega y Medina. México, Sepsetentas, 1972: Angelina Lemmo, *Etnografía y fuentes históricas,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970; Edmundo O'Gorman, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI,* México, Sepsetentas, 1972; María de las Nieves Olmedillas de Pereiras, *Pedro Martire de Anglería y la mentalidad exoticista,* prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid, Editorial Gredos, 1974 ; *Pietro Martire d'Anghiera nella Storia e nella Cultura.* Secondo Covegno Internazionale di Studi Americanistici. Atti, Génova, 1980; Alberto A. Salas, *Tres cronistas de Indias: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de Las Casas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986; José Torre Revello, Pedro Mártir de Anglería y su obra "De orbe novo", en *Thesaurus,* Bogotá, 1957; p. 133-153.

48. Estudios: Manuel Alvar, Bernal Díaz del Castillo, en Luis Iñigo Madrigal, coord. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Epoca colonial,* t. I, p. 127-134. Madrid, Editorial Cátedra, 1982; Juan Carlos Ghiano, "Veracidad y naturalidad de Bernal Díaz del Castillo", en *Revista de literatura argentina e iberoamericana,* Mendoza, 1959, p. 83-110; Stephen Gilman, "Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula", en *Studia Philologica (Homenaje a Dámaso Alonso),* t. II, p. 99-113. Madrid, Editorial Gredos, 1961; Ramón Iglesias, "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su Verdadera Historia", en *Filosofía y Letras,* México, 1941, p. 127-140; Antonio F. Romer, "La falacia antirretórica" en Bernal Díaz del Castillo", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, núm. 28, p. 337-344, 2do. semestre de 1988; Carmelo Sáenz de Santa María, *Introducción crítica de la "Historia verdadera" de Bernal Díaz del Castillo,* Madrid, C.S.I.C., 1967; Ciro Villarino, "Encuentros culturales y transculturación en la obra de Bernal Díaz del Castillo: historia verdadera de la conquista de la Nueva España", en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana,* México, 38:47, p. 83-100, 1976.

49. Estudios: Manuel Alcalá Amaya, *César y Cortés,* México, Sociedad de Estudios Cortesianos, 1950; Julio Caillet-Bois, "La primera carta de relación de Hernán Cortés", en *Revista de Filología Hispánica,* Buenos Aires, III, p. 50-54, 1941; J. E.

Elliot, "The Mental World of Hernán Cortés", en *Transactions of the Royal Historical Society,* London, XVII, p. 41-58, 1967; *Estudios Cortesianos. IV Centenario de Hernán Cortés,* Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1948; Ramón Iglesias, *Cronistas e historiadores de la conquista de México,* México, El Colegio de México, 1942; Oldrich Kaspar, "La imagen de la civilización azteca en la literatura de los siglos XVI y XVII conservada en bibliotecas checoslovacas", en *Ibero-Americana Pragensia,* Prague, 10, p. 179-185, 1976; Enriqueta López Lira, "La conquista de México y su problema historiográfico", en *Revista de Historia de América,* México, núm. 18, p. 307-333, 1944; Rafael Heliodoro Valle, *Bibliografía de Hernán Cortés,* New York, Burt Franklin, 1970.

50. Estudios: Rodolfo Barón Castro, *Pedro de Alvarado,* Madrid, 1943; Enrique del Cid Fernández, *Del retrato de don Pedro de Alvarado,* Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1960; Francisco Fernández del Castillo, *Don Pedro de Alvarado,* México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1945; John Eoghen Kelly, *Pedro Alvarado, conquistador,* Princeton, Princeton University Press, 1932, Sidney David Markman, *Colonial Central America: A Bibliography,* Tempe, Arizona State University, 1977; Adrián Recinos, *Pedro Alvarado, conquistador de México y Guatemala,* México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

51. Estudios: La vida y obra de Motolinía están incluidas como prólogos de las edíciones citadas: también Georges Baudot, *Utopía e historia en México,* Madrid, Espasa-Calpe, 1983; Lina Gómez Canedo, "Motolinía, enigma historiográfico", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas,* México, núm. 4, 1970; Edmundo O'Gorman, *La incógnita de la llamada "Historia de los indios de la Nueva España" atribuida a Fray Toribio de Motolinía,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982; José F. Ramírez, *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios,* México, Editorial Porrúa, 1957.

52. Estudios: T. Barrera y C. Mora, Los *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca:* entre la crónica y la novela, en *II Jornadas de Andalucía y América,* II, Sevilla, 1984, p. 331-364; A. Bellogin García, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca,* Madrid, 1928; M. Bishop, *The Odyssey of Cabeza de Vaca,* 2a. ed., Connecticut, 1971; Antonio Carreño, *"Naufragios,* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: Una retórica de la crónica colonial", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 140, p. 499-516 , julio-setiembre de 1987; Carlos La Calle, *Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca: hazañas americanas de un caballero andaluz,* Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1961; David Lagmanovich, "Los *Naufragios* de Alvar Núñez como construcción narrativa", en *Kentucky Romance Quarterly,* Lexington, XXV, p. 23-28, 1978; R.E. Lewis, "Los *Naufragios* de Alvar Núñez; historia y ficción", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 120-121, p. 681-694, 1982; Enrique Pupo-Walker, "Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufragios,* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 140, p. 517-539, julio-setiembre de 1987; H. Sancho de Sopranis, "Datos para el estudio de Alvar Núñez Cabeza de Vaca", en *Revista de Indias,* Madrid, núm. 27, p. 69-100, 1947; ídem, "Notas y documentos sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca", en *Revista de Indias,* Madrid, núm. 91-92, p. 207-241, 1963.

53. Textos: *Códices Matritenses de la "Historia de las Cosas de la Nueva España",* edición de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, Eds. Porrúa Turanzas, 1964,

2 vols.; *El Códice Florentino, manuscrito de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Lurenziana,* México, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación, 1979, ed. facs., 3 vols. Este *Códice* contiene alrededor de mil ochocientos dibujos y viñetas que sirvieron para ornamentarlo, hoy día constituye el mayor documento etnohistórico del período prehispánico. *Florentine Codex, General History of the Things of New Spain,* ilustrado y la versión en español de la Historia con textos en náhuatl y traducción al inglés, notas e ilustraciones en Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, Santa Fe, New Mexico, University of Utah, 1950-1970, en doce volúmenes.
La obra de Sahagún ha sido traducida a otras lenguas: al francés, 1880; al inglés, Nashville, 1932; en alemán ha sido estudiado por Eduard Seler, recogidos en sus *Gesammelte Abhandlungen,* Berlín, 1902-1923, 5 vols.; Graz, 1960-1966; al mismo idioma por Leonard Schultza-Jena, Stuttgart, 1950; traducidos al inglés por Daniel G. Brinton, *Rig-Veda americanus. Sacred songs of the ancient mexicans,* Filadelfia, 1890, veinte himnos retomados de la obra sahaguaniana.
Estudios: W. Arens, *The Man-Eating* Myth, Nueva York, 1979; Manuel Ballesteros Gaibrois, *Vida y obra de Fray Bernardino de Sahagún,* León, 1973; Renete Bartl, et al., "Los calendarios aztecas de Sahagún", en *Estudios de Cultura Náhuatl,* México, 1989; Munro Edmondson, ed., *16th Century Mexico: The Work of Sahagún,* Alburquerque, University of New Mexico, 1974; Ch. Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule,* Stanford, 1964; *Handbook of Middle American Indians,* ed. por Wauchope, Austin, Texas, vol. 13, con los siguientes ensayos: L. Nicolau D'Olwer y H. F. Cline, "Sahagún and his Work", p. 186- 207; H. B. Nicholson, "Sahagún's Primeros Memoriales", p. 207-218; H. F. Cline, "Sahagún's Materials and Studies 1948-71", p. 218-239; B. C. Hedrick, *Bernardino de Sahagún,* Gainesville, Florida, 1959; L. Nicolau D'Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún,* México, 1952; T. Todorov, *La Conquéte de l'Amérique. La question de l'autre,* París, 1982; T. Todorov y G. Baudot, *Récits Aztéques de la Conquéte,* París, 1983; St. West, The Mexican Aztec Society, Nueva York, 1976.

54. Estudios: Concepción Bravo, "¿Fue Francisco de Xerez el autor de la Relación Sámano?, anotaciones al viaje del descubrimiento del Perú", en *Anuario de Estudios Americanos,* Sevilla, XXXIII; Francisco Carrillo, *Cartas y crónicas del descubrimiento y la conquista,* Lima, Editorial Horizonte, 1987 (Enciclopedia histórica de la literatura peruana, t. II); A. Jiménez Placer, *Vida de Francisco López de Xerez,* Madrid, Instituto de Investigaciones, 1911; Franklin Pease G. Y., "Las crónicas y los Andes", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, núm. 28, p. 117-158, 2do. semestre de 1988.

55. Estudios: Para una mayor ampliación véase en Rafael Torres Quintero, "Bibliografía de Gonzalo Jiménez de Quesada",. en Jiménez de Quesada, *El antijovio,* con estudio preliminar de Manuel Ballesteros Gaibrois, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952. Juan Gustavo Cobo Borda, *Fábulas y leyendas de El Dorado,* Barcelona, 1987; *Crónica Grande del Río de la Magdalena,* recop., notas y advertencias de Aníbal Noguera, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1980; Demetrio Ramos, *Ximénez de Quesada, cronista,* Bogotá, 1972.

56. Estudios: Aspectos biográficos Fray Juan Meléndez, "Tesoros verdaderos de las Indias (1681-1682)", con la *Vida de Carvajal,* a su vez reproducida en el Apéndice

al *Diccionario Histórico-biográfico del Perú,* por Evaristo San Cristóbal, t. I, p. 339-352, Lima, 1935; C. A. del Real, *Realidades y leyendas de las amazonas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1967.

57. Estudios: Franklin Pease G. Y. "Cieza de León y la Tercera parte de la *Crónica del Perú",* en *Revista Interamericana de Bibliografía,* Washington, D.C., vol. XXXIV, p. 403-418, 1984; Raúl Porras Barrenechea, *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos,* ed., pról. y notas de Franklin Pease G. Y., Lima, Banco del Crédito del Perú, 1986, Carmelo Sáenz de Santa María, "Los manuscritos de Pedro Cieza de León", en *Revista de Indias,* Madrid, núm. 145-146, p. 181-215, diciembre de 1976.

58. Estudios: Juan Canter, "Notas sobre la edición príncipe de la *Historia* de López de Gómara", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas,* Buenos Aires, I, p. 128-145, 1922; Jorge Gurria Lacroix, "Andrés de Tapia y la *Historia de la Conquista de México,* escrita por Francisco López de Gómara", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* México, t. XVIII, núm. 4, 1969; Ramón Iglesias, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés,* prólogo de Juan A. Ortega y Medina. México, Sepsetentas, 1972; Demetrio Ramos, *Pérez, Ximénez de Quesada, cronista,* Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972; M. Wagner, *Francisco López de Gómara and his work,* Worcester, American Anticuary, 1949.

59. Estudios: Guillermo Morón, *Biografía de Fray Pedro de Aguado,* Madrid, Instituto Gonzalo de Oviedo, 1954; ídem, *Los cronistas y la historia,* Caracas, Ministerio de Educación, 1957; Demetrio Ramos Pérez, *Consideraciones acerca de Fray Pedro de Aguado a propósito de una réplica poco meditada del Sr. Friede,* Madrid, Sucesores de J. Sánchez de Ocaña, 1968; María T. Vaquero de Ramírez, *Fray Pedro de Aguado: lengua y etnografía,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981.

60. Estudios: José Juan Arrom, "Precursores coloniales de la narrativa hispanoamericana: José de Acosta o la ficción como biografía", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 104-105, p. 369-407, 1978; Felipe Barrera y Laos, *Vida intelectual del Virreinato del Perú,* Buenos Aires, 1937; Edmundo O'Gorman, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI,* México, Secretaría de Educación Pública, 1972; Fermín del Pino, "Contribución del Padre Acosta a la constitución de la etnología: su evolucionismo", en *Primer Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia,* Madrid, 1979; ídem, "Los Reinos de México y Cuzco en la obra del P. Acosta", en *Revista de la Universidad Complutense,* Madrid, XXVIII, núm. 117, 1979; ídem, *Cultura clásica y americana en la obra del padre Acosta,* en F. de Solano y F. del Pino, eds. *América y la España del Siglo XVI,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982; María Luisa Rivera de Tuesta, *José de Acosta, un humanista reformista,* Lima, Editorial Universo, 1970; Francisco Zambrano, *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México,* México, 1961.

61. Estudios: Julio Febres Cordero G., *Historia del periodismo y de la imprenta en Venezuela,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983; Pedro Grases, *Temas de bibliografía y cultura venezolanas,* Buenos Aires, Editorial Nova, 1943; ídem, *Orígenes de la imprenta en Venezuela y primeras editoriales de Caracas,* compi-

lación, prólogo y notas por Pedro Grases. Caracas, Edición de *El Nacional,* 1958; ídem, *La imprenta en Venezuela. I. Estudios y monografías,* Barcelona, Editorial Seix Barral, 1981; Agustín Millares Carlo, *Ensayo de una bibliografía de la imprenta y el periodismo en Venezuela,* Washington, D. C., Organización de los Estados Americanos, 1971; Enrique Bernardo Núñez, "La Descripción de Venezuela por Cisneros", en *El Nacional,* Caracas, 11 de diciembre de 1949; Manuel Segundo Sánchez, *Bibliografía venezolanista,* Caracas, Empresa El Cojo, 1914.

62. Estudios: *200 catalans a les Amériques (1493-1987); Mostra del Diccionari de Catalunya i América,* prólogo de Pedro Grases, Barcelona, Comissió Catalana del Cinque Centenari del Descobriment d'América, 1988; Angelina Lemmo, *Etnografía y fuentes históricas,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.

63. Estudios: John Beverley, *Del Lazarillo al sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana,* Minneapolis, Prisma Institute, 1987; Rodolfo A. Borello, "Alonso Carrió de la Vandera", en Luis Iñigo Madrigal, dir., *Historia de la literatura hispanoamericana,* I, Madrid, Ediciones Cátedra, 1982, p. 151-157; ídem, El *"Lazarillo de ciegos caminantes* dentro de la literatura hispanoamericana del siglo XVIII", en *Revista de Historia de las Ideas,* Quito, núm. 10, 1990; Emilio Carilla, *El libro de los "misterios". El "Lazarillo de ciegos caminantes",* Madrid, Editorial Gredos, 1976; Richard A. Mazzara, "Some picaresque elements in Concolorcorvo's *El Lazarillo de ciegos caminantes",* en *Hispania,* Appleton, Wisconsin, XLVI, núm. 2, p. 323-327; J. L. Pérez de Castro, "El viaje a América de Carrió de la Vandera con otras aportaciones bibliográficas", en *Archivum,* Oviedo, t. XV, p. 358-379, 1965; Segismundo Woyski, "El léxico americano en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Concolorcorvo", en *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras,* Madrid, 1979, p. 1013-1030.

64. Estudios: Pedro de Angelis, comp. *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata,* con prólogo y nota de Andrés M. Carretero. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1969-1972, 8 vols.; Julio Caillet-Bois, "Ruy Díaz de Guzmán", en *Enciclopedia de la literatura argentina,* dir. Pedro Orgambide y Roberto Yahni, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1972, p. 187-189; Emilio Carilla, *Literatura argentina. Palabra e imagen (Parte I),* Buenos Aires, EUDEBA, 1969; Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina. Los coloniales,* I, Buenos Aires, 1948, p. 219-240.
Martín del Barco Centenera (1544-1601) Obra: *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los reynos del Perú, Tucumán y estado del Brasil,* Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1602; *La Argentina, o La conquista del Río de la Plata;* poema histórico, Buenos Aires, Impr. del Estado, 1836; *La Argentina;* poema histórico. Precedida de un estudio de Juan María Gutiérrez y de unos apuntes bio-bibliográficos de Enrique Peña. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1912 (Edición de la Junta de Historia de Buenos Aires); *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos...* Notas bibliográficas y biográficas de Carlos Navarro y Lamarca. Buenos Aires, Angel Estrada, 1912; ambas ediciones de 1912 se reeditaron en 1962; *The Argentina and the conquest of the River Plate,* introduction and notes of Walter Owen. Buenos Aires, Instituto Cultural Walter Owen, 1965. Estudios: Julio Caillet-Bois, "Martín del Barco Centenera" en *Enciclopedia de la literatura argentina,* dir. Pedro Orgambide y Pedro Yahni, Buenos Aires, Editorial

Sudamericana, 1972, p. 75-77; Angel Rosenblat, *El nombre de la Argentina,* Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

65. Estudios: Rolena Adorno, "Bartolomé de Las Casas y Domingo de Santo Tomás en la obra de Felipe Waman Puma", *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 120-121, p. 673-679, julio-diciembre de 1982; ídem, Guamán Poma, *Writing and Resistance in Colonial Perú,* Austin, University of Texas Press, 1986; Raquel Chang Rodríguez, "Sobre los cronistas indígenas del Perú y los comienzos de una escritura hispanoamericana", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 120-121, p. 533-548, julio-diciembre de 1982; ídem, *La apropiación del signo: tres Cronistas indígenas del Perú,* Tempe, Center for Latin American Studies, 1988; ídem, "Rebelión y religión en dos crónicas indígenas del Perú de ayer", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, núm. 28, p. 175-193, 2do. semestre de 1988; Pierre Duviold, "Periodificación y política: la historia prehispánica del Perú según Guamán Poma de Ayala", en *Boletín del Instituto de Estudios Andinos,* Lima, IX, núm. 3-4, 1980; Mercedes López Baralt, "Guamán Poma de Ayala y el arte de la memoria de una crónica ilustrada del siglo XVII", en *Cuadernos Americanos,* México, vol. III, p. 119-151, 1979; ídem, "La crónica de Indias como texto cultural: articulación de los códigos icónico y lingüístico en los dibujos de la *Nueva Corónica* de Guamán Poma", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 120-121, p. 461-531, julio-diciembre de 1982; Julio Ortega, "Guamán Poma de Ayala y la conciencia cultural pluralista", en *Lexis,* Lima, núm. 10, p. 203-213, 1986; Franklin Pease G. Y., "Felipe Guamán Poma de Ayala: mitos andinos e historia occidental", en *Caravelle,* Toulouse, núm. 37, p. 19-36, 1981; Jan Szeminski, "Las generaciones del mundo según don Felipe Guamán Poma de Ayala", en *Histórica,* Lima, VII, núm. 1, 1983.

66. Estudios: Luis Nicolau d'Olwer, *Cronistas de las culturas precolombinas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

67. Estudios: Marcel Bataillon, "Gutiérrez de Santa Clara: escritor mexicano", en *Nueva Revista de Filología Hispánica,* México, vol. XV, núm. 3-4, p. 405-440, 1961; Aurelio Miró Quesada, "Un cronista mexicano del siglo XVI", en *Mercurio Peruano,* Lima, XXXI, núm. 275, 1950; Raúl Porras Barrenechea, *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos,* ed., prólogo y notas de Franklin Pease G. Y., Lima, Banco de Crédito del Perú, 1986.

68. Estudios: José Juan Arrom, *Certidumbre de América,* Madrid, Editorial Gredos, 1971; Juan Bautista Avalle-Arce, *El Inca Garcilaso en sus "Comentarios",* Madrid, Editorial Gredos, 1964; Manuel Burga, *Nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los incas,* Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1988; José Durand, *El Inca Garcilaso: clásico de América,* México, Editorial Sepsetentas, 1976; Alberto Escobar, *Patio de letras,* Lima, Editorial Caballo de Troya, 1965; A. Iniesta, *El valor literario en la obra del Inca Garcilaso de la Vega,* Madrid, Universidad Complutense, 1982; Susana Jákfalvi-Leiva, *Traducción, escritura y violencia colonizadora: un estudio de la obra del Inca Garcilaso,* Syracuse, Maxwell School of Citizenship and Public Affairs, 1984; Aurelio Miró Quesada, *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas,* Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1971; Aurelio Miró Quesada et al., "Inca Garcilaso de la Vega", en *Cuadernos Americanos,* Mé-

xico, noviembre-diciembre de 1989; *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega,* Lima, Centro de Estudios Histórico-militares del Perú, 1955; Raúl Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso de la Vega,* Lima, San Marcos, 1946; Enrique Pupo-Walker, *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega,* Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982; ídem, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América,* Madrid, Editorial Gredos, 1982; Arturo Uslar Pietri, *La otra América,* Madrid, Alianza Editorial, 1974; Nicolás Wey-Gómez, "¿Dónde está Garcilaso?: La oscilación del sujeto colonial en la formación de un discurso transcultural", en *Revista de Crítica Literaria latinoamericana,* Lima, núm. 34, p. 7-31, 2do. semestre en 1991.

69. Estudios: Franklin Pease G. Y., "Las crónicas y los Andes", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, núm. 28, p. 117-158, 2do. semestre de 1988; Raúl Porras Barrenechea, *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos,* edición, prólogo y notas de Franklin Pease G. Y., bibliografía de Félix Alvarez Brun, Graciela Sánchez Cerro y Oswaldo Holguín, Lima, Banco de Crédito del Perú, 1986.

70. Véase: *Textos de catedráticos Jesuitas en Quito colonial,* estudio y bibliografía por Miguel Sánchez Astudillo, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959.

71. Estudios: Carmen Bravo-Villasante, *La maravilla de América. Los cronistas de Indias,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985; *Córdoba, ciudad y provincia (XVI-XX), según relatos de viajeros y otros testimonios,* selección y advertencias de Carlos S. A. Secreti. Córdoba, Junta Provincial de Historia de Córdóba, 1973; *Venezuela, imágenes de cuatro siglos (Testimonios de viajeros),* selección, prólogo y notas de Horacio Jorge Becco, Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1983; B. F. Zimdars, *A Study in Seventeenth Century Peruvian Historiography: The Monastic Chronicles of Antonio de la Calancha, Diego de Córdova Salinas y el "Compendio y Descripción" de Antonio Vázquez de Espinosa,* Austin, University of Texas, 1965.
Algunos extractos tomados de su *Compendio* son: *La audiencia de Guatemala. Primera parte, libro quinto del Compendio y descripción de las Indias Occidentales, por Antonio Vázquez de Espinosa, año de 1629,* Guatemala, La Tipografía Sánchez y De Guise, 1943; *Descripción de la Nueva España en el siglo XVII por el padre Fray Antonio Vázquez de Espinosa y otros documentos del siglo XVII,* México, Editorial Patria, 1944.

72. Estudios: José Anadón, *Pineda y Bascuñán, defensor del araucano,* Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1977; Horacio Jorge Becco, *Poesía colonial hispanoamericana,* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990; Sergio Correa Bello, *"Cautiverio feliz" en la vida política chilena del siglo XVII,* Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1965; Raquel Chang Rodríguez, "El *Cautiverio feliz* y la narrativa histórico-literaria de Indias", en *XVIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, t. III, p. 1361-1370, 1978; Cedomic Goic, "La novela hispanoamericana colonial", en Luis Iñigo Madrigal, coord. *Historia de la literatura hispanoamericana, I. Epoca colonial,* p. 369-406. Madrid, Ediciones Cátedra, 1982; Angel C. González, "Pineda y Bascuñán, el poeta cautivo", en *Estudios,* Santiago de Chile, núm. 140, p. 36-60, setiembre 1944; Luis Leal, "El *Cauti-*

verio feliz y la crónica novelesca", en *Prosa hispanoamericana virreinal,* edición de Raquel Chang Rodríguez, p. 113-140. Barcelona, Borras Ediciones, 1978.

73. Estudios: Irving A. Leonard, *Los Libros del Conquistador,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953; Sabine Mac Cormack, "Antonio de la Calancha. Un agustino del siglo XVII en el Nuevo Mundo", en *Bulletin Hispanique,* Burdeos, LXXXIV, 1-2; Franklin Pease G. Y. "Las crónica y los Andes", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, núm. 28, p. 117-158, 2do. semestre de 1988; B.F. Zimdars, *A Study in Seventeenth Century Peruvian Historiography: The Monastic Chronicles of Antonio de la Calancha, Diego de Córdova y el "Compendio y Descripción de Antonio Vázquez de Espinosa,* Austin, University of Texas, 1965.

74. Estudios: Angelina Lemmo, *Historiografía colonial de Venezuela,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977; ídem; *Notas acerca de la historiografía inglesa sobre Venezuela, siglos XVI-XVII-XVIII,* Caracas, Universidad de Oxford; Universidad Central de Venezuela, 1986; Luis Ramón Oromás, *En pos del Dorado (Odisea de Sir Walter Raleigh: el gran imperio de oro de la Guayana Venezolana),* Caracas, Tipografía Garrido, 1947; Rafael Pineda, *Retrato hablado de Venezuela,* Caracas, Cuadernos Lagoven, 1980, 2 vols., David B. Quinn, *Raleigh and the British Empire,* Londres, 1962.

75. Estudios: Silvia Benso, "La técnica narrativa de Juan Rodríguez Freyle", en *Thesaurus,* Bogotá, XXXII, p. 95-165, 1977; Eduardo Camacho Guizado, "Juan Rodríguez Freyle" en *Historia de la literatura hispanoamericana. I. Epoca colonial,* coord. Luis Iñigo Madrigal. Madrid, Ediciones Cátedra, 1982, p. 145-150; Raquel Chang Rodríguez, "El prólogo al lector de *El Carnero"* en *Thesaurus,* Bogotá, XXIX, p. 177- 181, 1974; ídem, "Fantasía y realidad en *El Carnero",* en *Memorias del XVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana,* 1975, p. 73-76; Pedro Lastra, "Sobre Juan Rodríguez Freyle (Notas de lecturas), en *University of Dayton Review,* 16, núm. 2, p. 35-43, 1983; Alejandro Martinengo, "La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle", en *Thesaurus,* Bogotá, XIX, p. 274-297, 1964; Enrique Pupo-Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América,* Madrid, Editorial Gredos, 1982; Karen Stolley, "Jorge Voto, el maestro del danzar. La teatralidad en el caso de *El Carnero",* en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* Lima, núm. 28, p. 291-304, 2do. semestre de 1988.

76. Estudios: O. Bulnes, "Alonso de Ovalle, clásico de las letras chilenas", en *Boletín de la Academia Chilena de Historia,* núm. 35, p. 23-41, 1946; Ricardo O. Latcham, "Un clásico colonial: el padre Alonso de Ovalle", en *Bolívar,* Bogotá, núm. 45, p. 853-864, 1955; Pedro Lira Urquieta, *El padre Alonso de Ovalle. El hombre, la obra,* Santiago de Chile, 1944; E. Matte Alessandri, "El padre Alonso de Ovalle y su *Histórica relación del reino de Chile",* en *Atenea,* Santiago de Chile, núm. 269-270, p. 474-484, 1947; E. Solar Correa, "Un gran poeta en prosa: Alonso de Ovalle" en *Atenea,* Santiago de Chile, 1930; ídem, *Semblanzas literarias de la colonia,* Santiago de Chile, 1926, p. 99-161; José Durand, "De bibliografía indiana" en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 86, p. 105-110, enero-marzo de 1974.

77. Estudios: Lourdes Fierro Bustillos, *Realidad e imagen de Venezuela, en las "Jornadas náuticas" de Fray Jacinto de Carvajal,* Caracas, Universidad Central de Ve-

nezuela, 1983; Demetrio Ramos Pérez, *El trabajo de límite de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946; Marco Aurelio Vila, "El viaje de Fray Jacinto de Carvajal (1647) visto por la Geografía", en su *Por los espacios llaneros,* Caracas, Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967.

78. Estudios: José Juan Arrom, "Carlos de Sigüenza y Góngora, Reelectura criolla de los *Infortunios de Alonso Ramírez",* en *Thesaurus,* Bogotá, XLII, p. 386-409, 1987; José Balza, "Sigüenza y Góngora: habitante de una era imaginaria", en *Escritos,* Caracas, núm. 1, p. 7-18, julio de 1989; Willebaldo Bazarte Cerdón, "La primera novela mexicana", en *Humanismo,* México, núm. 7, p. 3-22, julio-octubre de 1958; Raúl H. Castagnino, *Escritores hispanoamericanos desde otros ángulos de simpatía,* Buenos Aires, Editorial Nova, 1971, p. 91-101; Antonio Castro Leal, "Carlos Sigüenza y Góngora, primer novelista mexicano", en *El Heraldo Cultural,* México, núm. 12, 30 de enero de 1966; Connie Janiga, "Los *Infortunios de Alonso Ramírez;* la primera novela moderna en Latinoamérica", en *VII Annual Hispanic Literature Conference,* Indiana University, Indiana Penn., 1981; David Lagmanovich, "Para una caracterización de *Infortunios de Alonso Ramírez",* en *Sin Nombre,* San Juan de Puerto Rico, 5, p. 7-14, 1974; J. Martínez Gómez, "Los *Infortunios de Alonso Ramírez,* ¿novela de aventuras?", en *Caravelle,* Toulouse, núm. 41, 1983; L. Pérez Blanco, "Novela ilustrada y desmitificación de América", en *Cuadernos Americanos,* México, setiembre-octubre de 1982; José Rojas Garcidueñas, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco,* México, Editorial Xoxhitl, 1945; Baltazar Santillán González, *Don Carlos de Singüenza y Góngora,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956; Saúl Sibirski, "Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). La Transición hacia el iluminismo criollo en una figura excepcional", en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, núm. 60, p. 196-207, julio-diciembre de 1965.

79. Estudios: José Rafael Fortique, *Aspectos médicos en la obra de Gumilla,* Caracas, 1971; Angelina Lemmo, *Historiografía colonial de Venezuela,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977; José del Rey Fajardo, "El padre José Gumilla, S. J.: un sociólogo audaz y un americano olvidado", en *Revista Javeriana,* Bogotá, núm. 246, p. 5-22, 1958; ídem, *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela colonial,* Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974; ídem, "José Gumilla", en *Diccionario Histórico de Venezuela* (E-O), Caracas, Fundación Polar, 1988, p. 398.

80. Estudios: Pedro Grases, *Ensayo y reflexiones, II,* Barcelona, Editorial Seix Barral, 1983, (*Obras,* núm. 14); Angelina Lemmo, *Historiografía colonial de Venezuela,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977; Guillermo Morón, *Los cronistas y la historia,* Caracas, Ministerio de Educación, 1957; ídem, *José Oviedo y Baños (1671-1738),* Caracas, Ministerio de Educación, 1974; Julio Planchart, *Oviedo y Baños y su "Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela",* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1941; Susana Romero de Febres, *Aproximación al sentido de la historia de Oviedo y Baños,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1984.

CRITERIO DE ESTA EDICION

En esta selección se han incluido las obras más significativas —crónicas, cartas, relatos—, de descubridores, conquistadores, colonizadores y viajeros, que expresan el impacto, la sorpresa y el deslumbramiento ante el descubrimiento del Nuevo Mundo. No ha sido el propósito abarcar exhaustivamente los innumerables temas tratados, sino que se ha intentado que estén representadas las distintas regiones americanas, su naturaleza, su cultura y costumbres.

Se ofrecen sucintas fichas biobibliográficas de los autores seleccionados y un breve análisis de los temas y la bibliografía básica.

H. J. B.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

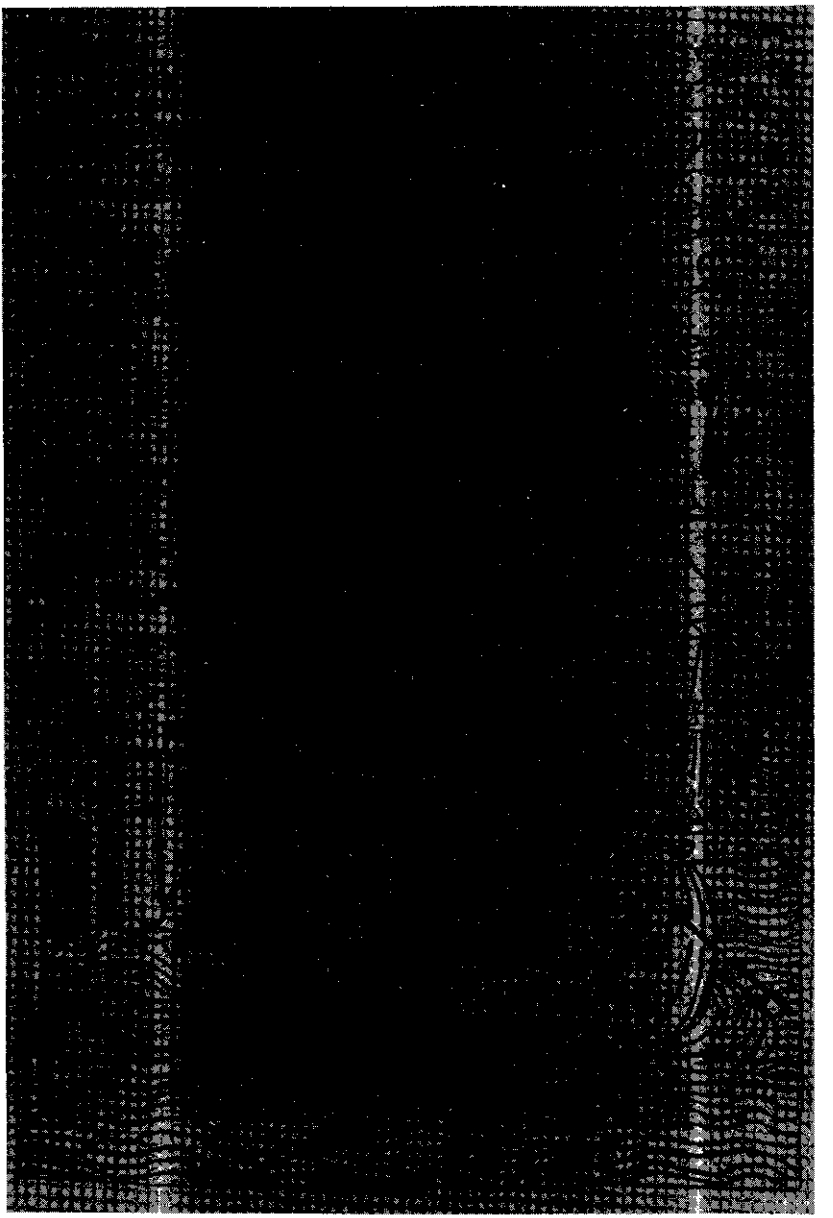
CRISTOBAL COLON

DIARIO DEL PRIMER VIAJE (1492)

JUEVES, 11 DE OCTUBRE

NAVEGÓ al Güesudueste. Tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la caravela "Pinta" una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra y una tablilla. Los de la caravela "Niña" también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, veintisiete leguas. Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Güeste. Andarían doce millas cada hora, y hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas, que son veintidós leguas y media. Y porque la caravela "Pinta" era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra e hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vio primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vio lumbre: aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del Rey y díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo, y vióla. Díjolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reina enviaban en el armada por veedor, el cual no vio nada porque no estaba en el lugar do la pudiese ver. Después que el Almirante lo dijo, se vio una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra: pero al Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dijeron la "Salve", que la acostumbran a decir y cantar a su manera todos los marineros y se hallan todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiciesen buena guarda al castillo de proa y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que veía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes habían prometido, que eran diez mil maravedíes de juro a quien primero la viese. A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas y quedaron con el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a

la corda temporizando hasta el día viernes en que llegaron a una isleta de los lucayos que se llamaba en lengua de indios Guanahaní. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Anés, su hermano, que era capitán de la "Niña". Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una I, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra, vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda el armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen fe y testimonio cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias. "Yo", dice él, "porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio, que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que tuvieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras muchas cosas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, mas que pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vi más de una harto moza, y todos los que vi eran todos mancebos, que ninguno vi de edad de más de XXX años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballos y cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. De ellos se pintan de prieto, y de ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y de ellos se pintan de blanco y de ellos de colorado y de ellos de lo que fallan; y de ellos se pintan las caras, y de ellos todo el cuerpo, y de ellos solos los ojos, y de ellos sólo el nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tiene algún hierro; sus azagayas son unas



Islas descubiertas por Cristóbal Colón, grabado en madera
de la *Epístola Christofori Columbi* de 1494.

varas sin hierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para que aprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vi salvo papagayos en esta isla." Todas son palabras del Almirante.

SABADO, 13 DE OCTUBRE

Luego que amaneció, vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy hermosa; los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que hasta aquí haya visto; y los ojos muy hermosos y no pequeños; y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Lestegüeste con la Isla de Fierro en Canaria, so una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol como un barco luengo y todo de un pedazo y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunas venían cuarenta y cinco hombres, y de otras más pequeñas, hasta haber de ellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero, y anda a maravilla, y, si se les trastorna, luego se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón hilado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquier cosa que se los diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgando en un agujero que tienen a la nariz. Y por señas pude entender que, yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos de ello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vi que no entendían en la ida. Determiné de aguardar hasta mañana en la tarde y después partir para el Sudueste —que según muchos de ellos

me enseñaron decían que había tierra al Sur y al Sudueste y al Noruestе; y de éstas del Norueste les venían a combatir muchas veces—, así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla. Y esta gente harto mansa, y por la gana de saber de nuestras cosas, y temiendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; más todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den, que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban, hasta que vi dar dieciséis ovillos de algodón por tres ceotís de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón hilado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie salvo que yo lo mandara tomar todo para vuestras Altezas, si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe. Y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz, mas, por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango. Ahora como fue noche todos se fueron a tierra con sus almadías.

LUNES, 15 DE OCTUBRE

Había temporejado esta noche con temor de no llegar a tierra a surgir antes de la mañana, por no saber si la costa era limpia de bajas y, en amaneciendo, cargar velas. Y como la isla fuese más lejos de cinco leguas, antes será siete, y la marca me detuvo. Sería mediodía cuando llegué a la dicha isla y hallé que aquella haz, que es de la parte de la Isla de San Salvador, se corre Norte Sur y hay en ella cinco leguas, y la otra, que yo seguí, corría Leste Güeste, y hay en ella más de diez leguas. Y como de isla vi otra mayor al Güeste, cargué las velas por andar todo aquel día hasta la noche, porque aún no pudiera haber andado al cabo del Güeste, a la cual puse nombre de Isla de Santa María de la Concepción; y casi al poner del sol, surgí cerca del dicho cabo por saber si había allí oro, porque éstos que yo había hecho tomar en la Isla de San Salvador me decían que allí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se fugir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomase posesión, puesto que, tomado de una, se puede decir de todas. Y surgí y estuve hasta hoy martes que, en amaneciendo, fue a tierra con las barcas armadas, y salí; y ellos, que eran muchos, así desnudos y de la misma condición de la otra Isla de

San Salvador, nos dejaron ir por la isla y nos daban lo que les pedía. Y porque el viento cargaba a la traviesa Sudeste, no me quise detener y partí para la nao. Y una almadía grande estaba a bordo de la caravela "Niña", y uno de los hombres de la Isla de San Salvador, que en ella era, se echó a la mar y se fue en ella y la noche de antes, a medio echado el otro, fue tras la almadía, la cual fugió que jamás fue barca que le pudiese alcanzar; puesto que le teníamos grande avante, con todo, dio en tierra y dejaron la almadía; y algunos de los de mi compañía salieron en tierra tras ellos, y todos fugeron como gallinas, y la almadía que habían dejado la llevamos a bordo de la caravela "Niña", adonde ya, de otro cabo, venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón; y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la caravela, y le tomaron. Y, que estaba a la popa de la nao, que vi todo, envié por él y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes, pequeñas, que le puse al brazo, y dos cascabeles que les puse a las orejas, y le mandé volver a su almadía que también tenía en la barca, y le envié a tierra. Y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo veía al Güeste, y mandé largar también la otra almadía que traía la caravela "Niña" por popa. Y vi después en tierra, al tiempo de la llegada del otro a quien yo había dado las cosas susodichas y no le había querido tomar el ovillo de algodón, puesto que él me lo quería dar, y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla, y bien le pareció que éramos buena gente y que el otro que se había fugido nos había hecho algún daño, y que por esto lo llevábamos. Y a esta razón usé esto con él de le mandar alargar, y le di las dichas cosas, porque nos tuviese en esta estima, porque otra vez, cuando Vuestras Altezas aquí tornen a enviar, no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedíes. Y así partí, que serían las diez horas, con el viento Sudeste, y tocaba de Sur, para pasar a estotra isla, la cual es grandísima y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hacen señas que hay mucho oro y que lo traen los brazos en manillas y a las piernas y a las orejas y al nariz y al pescuezo. Y había de esta isla de Santa María a esta otra nueve leguas Leste Güeste, y se corre toda esta parte de la isla Norueste Sudeste. Y se parece que bien habría en esta costa más de veinte y ocho leguas en esta faz. Y es muy llana, sin montaña ninguna, así como aquella de San Salvador y de Santa María, y todas playas sin roquedos, salvo que a todas hay algunas peñas cerca de tierra debajo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere surgir, y no surgir mucho cerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda, hay

en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para hallar oro. Y pues éstas dan así señas, que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro, porque les mostré algunos pedazos del que yo tengo, no puedo errar con el ayuda de Nuestro Señor que yo no le falle adonde nace. Y estando a medio golfo de estas dos islas, es de saber, de aquella Santa María y de esta grande, a la cual pongo nombre la Fernandina, hallé un hombre solo en una almadía que se pasaba de la Isla de Santa María a la Fernandina y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño y una calabaza de agua y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trajeron en San Salvador de ellas en presente; y traían un cestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de cuentecillas de vidrio y dos blancas, por las cuales conocí que el venía de la Isla de San Salvador, y había pasado a aquella de Santa María y se pasaba a la Fernandina. El cual se llegó a la nao; yo le hice entrar, que así lo demandaba él, y le hice poner su almadía en la nao y guardar todo lo que él traía. y le mandé dar de comer pan y miel y de beber. Y así le pasaré a la Fernandina y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos, por Nuestro Señor placiendo, cuando Vuestras Altezas envíen acá, que aquellos que vinieren reciban honra y nos den de todo lo que hubiere.

MARTES Y MIERCOLES, 16 DE OCTUBRE

Partí de las islas de Santa María de Concepción, que sería ya cerca de mediodía, para la Isla Fernandina, la cual muestra ser grandísima al Güeste, y navegué todo aquel día con calmería. No pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de haber gran diligencia por no perder las anclas; y así temporicé toda esta noche hasta el día en que vine a una población, adonde yo surgí y adonde había venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual había dado tantas buenas nuevas de nos que toda esta noche no faltó almadías a bordo de la nao que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba algo, es a saber algunas contecillas, diez o doce de ellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón de estas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también les mandaba dar para que comiesen cuando venían en la nao miel de azú-

car. Y después, a horas de tercia, envié el batel de la nao a tierra por agua; y ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente adónde estaba el agua, y ellos mismos traían los barriles llenos al batel y se folgaban mucho de nos hacer placer. Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear porque, según puedo entender, en ella o cerca de ella, hay mina de oro. Esta isla está desviada de la de Santa María ocho leguas casi Leste Güeste, y este cabo adonde yo vine y toda esta costa se corre Norueste y Sursudueste, y vi bien viente leguas de ella, mas allí no acababa. Ahora, escribiendo esto, di la vela con el viento Sur para pasar a rodear toda la isla y trabajar hasta que halle Samaet, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos que aquí vienen en la nao, y nos lo decían los de la Isla de San Salvador y de Santa María. Esta gente es semejante a aquella de las dichas islas, con una habla y unas costumbres, salvo que éstos ya me parecen algún tanto más domésticos, gente y de trato y más sutiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas, que saben mejor refetar el pagamento que no hacían los otros. Y aun en esta isla vi paños de algodón hechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mujeres traen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura. Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y recogen, y así todas otras cosas. Y vi muchos árboles muy disformes de los nuestros, de ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pié, y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disformes que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra. Verbigracia un ramo tenía las hojas de manera de cañas, y otro de manera de lantisco y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras, y todos tan diversos; ni éstos son enrejidos porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes, ni cura de ellos esta gente. No le conozco secta ninguna y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también hay ballenas. Bestias en tierra no vi ninguna de ninguna manera salvo papagayos y lagartos. Un mozo me dijo que vio una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vi, aunque yo he estado aquí muy poco, que es medio día; más, si las hubiese, no pudiera errar de ver alguna. El cerco de esta isla escribiré después que yo la hubiere inrodeada.

Combate entre españoles, según Theodore de Bry.

MIERCOLES, 17 DE OCTUBRE

A mediodía partí de la población adonde yo estaba surgido y adonde tomé agua para ir a rodear esta Isla Fernandina y el viento era Sudueste y Sur. Y como mi voluntad fuese de seguir esta costa de esta isla adonde yo estaba al Sudueste, porque así se corre toda la Nornorueste y Sursudueste, y quería llevar el dicho camino del Sur y Sudueste, porque aquella parte parten todos estos indios que traigo y otro de quien tuve señas en esta parte del sur a la isla que ellos llaman Samoet, adonde es el oro, Martín Alonso Pinzón, capitán de la caravela "Pinta", en la cual yo mandé a tres de estos indios, vino a mí y me dijo que uno de ellos muy certificadamente le había dado a entender que por la parte del Nornorueste muy más presto arrodearía la isla. Yo vi que el viento no me ayudaba por el camino que yo quería llevar y era bueno por el otro. Di la vela al Nornorueste y, cuando fui cerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede decir, porque tiene un isleo en medio, y con ambas muy angostas, y dentro muy ancho para cien navíos, si fuera ondo y limpio y ondo a la entrada. Parecióme razón de lo ver bien y sondear, y así surgí fuera de él y fui en él con todas las barcas de los navíos y vimos que no había fondo. Y porque pensé cuando yo le vi que era boca de algún río, había mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que luego vinieron a nos y nos mostraron allí cerca la población, adonde yo envié la gente por agua, una parte con armas, otros con barriles; y así la tomaron. Y porque era lejuelos me detuve por espacio de dos horas; en este tiempo anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más hermosa de ver que otra que se haya visto, viendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche, y así las frutas y así las yerbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla; por ende había muy gran diferencia; y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay personas que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de la misma estatura, y daban de lo que tenían por cualquier cosa que les diesen, y aquí vi que unos mozos de los navíos les trocaron pór azagayas unos pedazuelos de escudillas rotas y de vidrio. Y los otros que fueron por el agua me dijeron cómo habían estado en sus casas, y que eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón; ellas, las casas,

son todas a manera de alfaneques y muy altas y buenas chimeneas, mas no vi entre muchas poblaciones que yo vi ninguna que pasase de doce hasta quince casas. Aquí hallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran de edad de dieciocho años. Y allí había perros mastines y branchetes, y allí hallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras. Reñí yo con ellos porque no se lo resgataron y dieron cuanto pedía, por ver qué era y cuya esta moneda era, y ellos me respondieron que nunca se lo osó resgatar. Después de tomada la agua, volví a la nao y di la vela y salí al Norueste, tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Leste Güeste. Y después todos estos indios tornaron a decir que esta isla era más pequeña que no la Isla Samoet y que sería bien volver atrás por ser en ella más presto. El viento allí luego nos calmó y comenzó a ventar Güesnorueste, el cual era contrario para donde habíamos venido, y así tomé la vuelta y navegué toda esta noche pasada al Leste Sudeste, y cuando al Leste todo, cuando al Sudeste, y esto para apartarme de la tierra, porque hacía muy gran cerrazón y el tiempo muy cargado; él era poco y no me dejó llegar a tierra a surgir. Así que esta noche llovió muy fuerte después de medianoche hasta casi el día, y aún está nublado para llover, y nos, al cabo de la isla de la parte Sudeste, adonde espero surgir hasta que aclarezca para ver las otras islas adonde tengo de ir. Y así todos estos días, después que en estas Indias estoy, ha llovido poco mucho. Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor y más fértil y temperada y llana que haya en el mundo.

JUEVES, 18 DE OCTUBRE

Después que esclareció, seguí el viento y fui en derredor de la isla cuanto pude, y surgí al tiempo que ya no era de navegar, mas no fui en tierra y, en amaneciendo, di la vela.

VIERNES, 19 DE OCTUBRE

En amaneciendo levanté las anclas y envié la caravela "Pinta" al Leste y Sudeste, y la caravela "Niña" al Sursudeste, y yo con la nao fui al Sudeste, y dando orden que llevasen aquella vuelta hasta mediodía, y después que ambas se mudasen las derrotas y se recogieron para mí. Y luego, antes que andásemos tres horas, vimos una isla al Leste sobre la

cual descargamos, y llegamos a ella todos tres los navíos antes de mediodía a la punta del Norte, adonde hace un isleo y un restringe de piedra fuera de él al Norte y otro entre él y la isla grande, la cual nombraron estos hombres de San Salvador que yo traigo la isla Saomete, a la cual puse el nombre de la Isabela. El viento era Norte, y quedaba el dicho isleo en derrota de la Isla Fernandina, de adonde yo había partido Leste Güeste, y se corría después la costa desde el isleo al Güeste, y había en ella doce leguas hasta un cabo, aquí yo llamé el cabo Hermoso, que es de la parte del Güeste. Y así es, hermoso, redondo y muy fondo, sin bajas fuera de él, y al comienzo es de piedra y bajo y más adentro es la playa de arena como casi la dicha costa es. Y allí surgí esta noche viernes hasta la mañana. Esta costa toda y la parte de la isla que yo vi es toda casi playa, y la isla la más hermosa cosa que yo vi, que si las otras son muy hermosas, ésta es más. Es de muchos árboles y muy verdes y muy grandes, y esta tierra es más alta que las otras islas halladas, y en ella algún altillo, no que se le puede llamar montaña, mas cosa que hermosea lo otro, y parece de muchas aguas. Allá, al medio de la isla, de esta parte al Nordeste hace una grande angla, y ha muchos arboledos y muy espesos y muy grandes. Yo quise ir a surgir en ella para salir a tierra y ver tanta hermosura, mas era el fondo y bajo y no podía surgir salvo largo de tierra, y el viento era muy bueno para venir a este cabo, adonde yo surgí agora, al cual puse nombre Cabo Hermoso, porque así lo es. Y así no surgí en aquella angla, y aun porque vi este cabo de allá tan verde y tan hermoso, y así como todas las otras cosas y tierras de estas islas que yo no sé adónde me vaya primero, ni me se cansan los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aun creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería, mas yo no los conozco, de que llevo grande pena. Y llegando yo aquí a este cabo, vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra que era la cosa más dulce del mundo. De mañana, antes que yo de aquí vaya, iré a tierra a ver qué es; aquí en el cabo no es la población salvo allá más adentro, adonde dicen estos hombres que yo traigo que está el rey y que trae mucho oro, y yo de mañana quiero ir tanto avante que halle la población y vea o haya lengua con este rey que, según éstos dan las señas, él señorea todas estas islas comarcanas, y va vestido y trae sobre sí mucho oro, aunque no doy mucha fe a sus decires, así por no los entender yo bien como en conocer que ellos son tan pobres de oro que cualquiera poco que este rey traiga los parece a ellos mucho. Este, al que yo digo Cabo Hermoso, creo que es isla apartada de Samoeto y aun hay otra entremedias pequeña. Yo no curo así

de ver tanto por menudo, porque no lo podría hacer en cincuenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere para volver a Vuestras Altezas en abril. Verdad es que hallando adonde haya oro o especería en cantidad, me deterné hasta que yo haya de ello cuanto pudiere, y por esto no hago sino andar para ver de topar en ello.

DOMINGO, 21 DE OCTUBRE

A las diez horas llegué aquí a este cabo del Isleo y surgí, y asimismo las caravelas. Y después de haber comido fui en tierra, adonde aquí no había otra población que una casa, en la cual no hallé a nadie, que creo que con temor se habían fugido, porque en ella estaban todos sus aderezos de casa. Yo no les dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla, que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yerbas como en abril en el Andalucía y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol, y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla. Y después ha árboles de mil maneras y todos dan de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los conocer, porque soy bien cierto que todos son cosas de valía y de ellos traigo la muestra, y asimismo de las yerbas. Andando así en cerco de una de estas lagunas, vi una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a Vuestras Altezas. Ella como nos vio se echó en la laguna, y nos le seguimos dentro, porque no era muy honda, hasta que con lanzas la matamos; es de siete palmos en largo; creo que de éstas semejantes hay aquí en estas lagunas muchas. Aquí conocí del lignáloe y mañana he determinado de hacer traer a la nao diez quintales, porque me dicen que vale mucho. También andando en busca de muy buena agua, fuimos a una población aquí cerca, adonde estoy surto media legua, y la gente de ella, como nos sintieron, dieron todos a fugir y dejaron las casas y escondieron sus ropas y lo que tenían por el monte. Yo no dejé tomar nada ni la valía de un alfilel. Después se llegaron a nos unos hombres de ellos, y uno se llegó a quien yo di unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio y quedó muy contento y muy alegre; y porque la amistad creciese más y los requiriese algo, le hice pedir agua, y ellos, después que fui en la nao, vinieron luego a la playa con sus calabazas llenas y holgaron

mucho de dárnosla. Y yo les mandé dar otro ramalejo de cuentecillas de vidrio y dijeron que de mañana vendrían acá. Yo quería hinchar aquí todas las vasijas de los navíos de agua; por ende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla hasta que yo haya lengua con este rey y ver si puedo haber del oro que oyo que trae, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman Colba, en la cual dicen que naos y mareantes muchos y muy grandes, y de esta isla a otra que llaman Bofío, que también dicen que es muy grande. Y a las otras que son entremedio veré así de pasada, y según yo hallaré recaudo de oro o especería, determinaré lo que he de hacer. Más todavía, tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella.

LUNES, 22 DE OCTUBRE

Toda esta noche y hoy estuve aquí aguardando si el rey de aquí o otras personas traerían oro u otra cosa de sustancia, y vinieron muchos de esta gente, semejantes a los otros de las otras islas, así desnudos y así pintados, de ellos de blanco, de ellos de colorado, de ellos de prieto y así de muchas maneras. Traían azagayas y algunos ovillos de algodón a resgatar, el cual trocaban aquí con algunos marineros por pedazos de vidrio, de tazas quebradas, y por pedazos de escudillas de barro. Algunos de ellos traían algunos pedazos de oro colgado al nariz, el cual de buena gana daban por un cascabel de éstos de pie de gavilano y por cuentecillas de vidrio, mas es tan poco que no es nada, que es verdad que cualquier poca cosa que se les dé. Ellos también tenían a gran maravilla nuestra venida y creían que éramos venidos del cielo. Tomamos agua para los navíos en una laguna que aquí está cerca del Cabo del Isleo, que así nombré, y en la dicha laguna Martín Alonso Pinzón, capitán de la "Pinta" mató otra sierpe, tal como la otra de ayer de siete palmos. E hice tomar aquí del liñáloe cuanto se halló.

LA PRIMERA VISION DE LA TIERRA FIRME

"PARTÍ, en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles treinta de mayo, de la villa de San Lúcar, bien fatigado de mi viaje, que, adonde esperaba descanso cuando yo partí de estas Indias, se me doblo la

pena. Y navegué a la isla de la Madera por camino no acostumbrado, por evitar escándalo que pudiera nacer con un armada de Francia, que me aguardaba al cabo de San Vicente, y de allí a las islas de Canaria, de donde me partí con una nao y dos caravelas; y envié los otros navíos a derecho camino a las Indias, a la isla Española, y yo navegué al austro, con propósito de llegar a la línea equinoccial, y de allí seguir al poniente hasta que la isla Española me quedase al septentrión. Y llegado a las islas de Cabo Verde, falso nombre, porque son tan secas que no vi cosa verde en ellas, y toda la gente enferma, que no osé detenerme en ellas, y navegué al sudeste cuatrocientas y ochenta millas, que son ciento y veinte leguas, adonde, en anocheciendo tenía la estrella del norte en cinco grados. Allí me desamparó el viento, y entré en tanto ardor y tan grande, que creí que se me quemasen los navíos y gente, que, todo de un golpe vino tan desordenado, que no había persona que osase descender debajo de cubierta a remediar la vasija y mantenimientos. Duró este ardor ocho días, al primer día fue claro, y los siete días siguientes llovió e hizo nublado; y con todo, no hallamos remedio que, cierto, si así fuera de sol como el primero, yo creo que no pudiera escapar en ninguna manera. Acordome que, navegando a las Indias, siempre que yo paso al poniente de las islas de los Azores cien leguas, allí hallo mudar la temperanza y esto es todo de septentrión en austro. Y determiné que, si a Nuestro Señor le pluguiese de me dar viento y buen tiempo que pudiese salir de donde estaba, de dejar de ir más al austro ni volver tampoco atrás, salvo de navegar al poniente, a tanto que yo llegase a estar con esta raya, con esperanza que yo hallaría allí así temperamiento, como había hallado cuando navegaba en el paralelo de Canaria, y que, si así fuese, que entonces yo podría ir más al austro. Y plugo a Nuestro Señor que, al cabo de estos ocho días, de me dar buen viento levante, y yo seguí al poniente, más no osé declinar abajo al austro, porque hallé grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas, mas no hallé mudamiento en la temperancia. Así, acordé proseguir adelante, siempre justo al poniente, en aquel derecho de la sierra Lioa, con propósito de no mudar derrota hasta adonde yo había pensado que hallaría tierra, y allí adobar los navíos y remediar, si pudiese, los mantenimientos, y tomar agua que no tenía.

Al cabo de 17 días, los cuales Nuestro Señor me dio de próspero viento, martes, treinta y uno de julio, a medio día, nos mostró tierra; y yo la esperaba el lunes antes, y tuve aquel camino hasta entonces, que, saliendo el sol, por defecto del agua que no tenía determiné de andar a las islas de los Caníbales, y tomé esa vuelta. Y como su Alta Majestad

haya siempre usado de misericordia conmigo, por acierto subió un marinero a la gavia, y vió al poniente tres montañas juntas. Dijimos la Salve Reina y otras prosas, y dimos todos muchas gracias a Nuestro Señor. Y después dejé el camino del septentrión y volví hacia la tierra, adonde yo llegué, a hora de completas, a un cabo a que dije de la Galea, después de haber nombrado a la isla de la Trinidad, y allí hubiera muy buen puerto, si fuera hondo, y había casas y gente, y muy lindas tierras, a tan hermosas y verdes como las huertas de Valencia en marzo. Pesóme cuando no pude entrar en el puerto, y corrí la costa desta tierra, del luengo hasta el poniente, y, andadas cinco leguas, hallé muy buen fondo y surgí. Y en el otro día vela a este camino, buscando puerto para adobar los navíos y tomar agua y remediar el trigo y los bastimientos que llevaba, solamente. Allí tomé una pipa de agua y con ella anduve así hasta llegar al cabo, y allí hallé abrigo de levanta y buen fondo, y así mandé surgir y adobar la vasija y tomar agua y leña, y descender la gente a descansar de tanto tiempo que andaban penando. A esta punta llamé del Arenal y allí se halló toda la tierra hollada de unas animalías que tenían la pata como de cabra, y bien que, según parece ser, allí haya muchas, no se vió sino una muerta.

El día siguiente vino de hacia oriente una grande canoa con veinte y cuatro hombres, todos mancebos y muy ataviados de armas, arcos, y flechas y tablachinas, y ellos, como dije, todos mancebos de buena disposición, y no negros, salvo más blancos que otros que haya visto en las Indias, y de muy lindo gesto y hermosos cuerpos, y los cabellos largos y llanos, cortados a la guisa de Castilla, y traían la cabeza atada con un pañuelo de algodón, tejido a labores y colores, el cual creía yo que era almaizar. Otro de estos pañuelos traían ceñido y se cobijaban con él en lugar de pañetes. Cuando llegó esta canoa, habló de muy lejos, y yo ni otro ninguno no los entendíamos, salvo que yo les mandaba hacer señas que se allegasen, y en esto se pasó más de dos horas, y si se llegaban un poco, luego se desviaban. Yo les hacía mostrar bacines y otras cosas que lucían, por enamorarlos por que viniesen, y a cabo de buen rato se allegaron más que hasta entonces no habían. Y yo deseaba mucho haber lengua y no tenía ya cosa que me pareciese que era de mostrarles para que viniesen, salvo que hice subir un tamborín en el castillo de popa, que tañesen, y unos mancebos que danzasen, creyendo que se allegarían a ver la fiesta. Y luego que vieron tañer y danzar, todos dejaron los remos y echaron mano a los arcos y los encordaron, y embrazó cada uno su tablachina, y comenzaron a tirarnos flechas. Cesó luego el tañer y danzar, y mandé luego sacar unas ballestas, y ellos dejáronme y fueron a más andar a otra carabela, y de golpe

se fueron debajo la popa de ella, y el piloto entró con ellos, y dio un sayo y un bonete a un hombre principal que le pareció de ellos, y quedó concertado que le iría a hablar allí en la playa, adonde ellos luego fueron con la canoa, esperándole; y él, como no quiso ir sin mi licencia, como ellos le vieron venir a la nao con la barca, tornaron a entrar en la canoa y se fueron, y nunca más los vi, ni a otros de esta isla.

Cuando yo llegué a esta punta del Arenal, allí se hace una boca grande de dos leguas de poniente a levante, la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, y que, para haber de entrar dentro para pasar al septentrión, había unos hileros de corriente que atravesaban aquella boca, y traían un rugir muy grande, y creí que sería un arrecife de bajos y peñas, por el cual no se podría entrar dentro de ella. Y detrás de este hilero había otro y otro, que todos traían un rugir grande como ola de la mar que va a romper y dar en peñas. Surgí allí a la dicha punta del Arenal, fuera de la dicha boca, y hallé que venía el agua del oriente hasta el poniente con tanta furia como hace Guadalquivir en tiempo de avenida, y esto de continuo, noche y día, y creí que no podría volver atrás, por la corriente, ni ir adelante por los bajos. Y en la noche, ya muy tarde, estando al bordo de la nao, oí un rugir terrible que venía de la parte del austro hacia la nao, y me paré a mirar, y vi levantando la mar de poniente a levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco. Y encima de ella venía un filero de corriente, que venía rugiendo con muy grande estrépito con aquella furia de aquel rugir, que de los otros hileros que yo dije que me parecían ondas de mar que daban en las peñas, que hoy en día tengo miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo de ella. Y pasó, y llegó hasta la boca, adonde allí se detuvo grande espacio.

Y el otro día siguiente envié las barcas a sondar, y hallé en el más bajo de la boca que había seis o siete brazos de fondo, y de continuo andaban aquellos hileros, unos por entrar y otros por salir. Y plugo a Nuestro Señor de me dar buen viento, y atravesé por esa boca adentro, y luego hallé tranquilidad; y por acertamiento se sacó del agua de la mar, y hallé dulce.

Navegué al septentrión hasta una sierra muy alta, adonde serían veinte y seis leguas de esta punta del Arenal, y allí había dos cabos de tierra muy alta: el uno de la parte del oriente, y era de la misma isla de la Trinidad, y el otro del occidente de la tierra que dije de Gracia; y allí hacia una boca muy angosta, más que aquella de la punta del Arenal, y allí había los mismos hileros y aquel rugir fuerte del agua, como era la punta del Arenal; y asimismo allí la mar era agua dulce. Y hasta entonces yo no había habido lengua con ninguna gente de estas tierras, y

lo deseaba en gran manera. Y por esto navegué al luengo de la costa de esta tierra hacia el poniente, y cuando más andaba hallaba el agua de la mar más dulce y más sabrosa. Y andando una gran parte llegué a un lugar donde me parecían las tierras labradas, y surgí, y envié las barcas a tierra, y hallaron que de fresco se había ido de allí gente, y hallaron todo el monte cubierto de gatos paules. Volviéronse. Y como ésta fuese sierra, me pareció que más allá, al poniente, las tierras eran más llanas, y que allí sería poblado. Y mandé levantar las anclas, y corrí esta costa hasta el cabo de esta sierra, y allí a un río surgí; y luego vino mucha gente, y me dijeron cómo llamaban a esta tierra Paria, y que de allí, más al poniente, era más poblado. Tomé de ellos cuatro, y después navegué al poniente, y andadas ocho leguas más al poniente, allende una punta, a que yo llamé de l'Aguja, hallé unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas. Llegué allí una mañana, a hora de tercia y, por ver esta verdura y esta hermosura, acordé surgir y ver esta gente, de los cuales luego vinieron en canoas a la nao a rogarme de parte de su rey, que descendiese en tierra, y cuando vieron que no curé de ellos, vinieron a la nao infinitísimos en canoas, y muchos traían piezas de oro al pescuezo, y algunos atados a los brazos algunas perlas. Holgué mucho, cuando las vi, y procuré mucho de saber dónde las hallaban, y me dijeron que allí, y de la parte del norte de aquella tierra.

Quisiera detenerme, mas estos bastimentos que yo traía, trigo y vino y carne, para esta gente que acá está, se me acababan de perder, los cuales hube allá con tanta fatiga, y por esto yo no buscaba sino, a más andar, a venir a poner en ellos cobro, y no me detener para cosa alguna. Procuré de haber de aquellas perlas, y envié las barcas a tierra. Esta gente es muy mucha, y toda de muy buen parecer, de la misma color que los otros de antes y muy tratables. La gente nuestra que fue a tierra los hallaron tan convenibles y los recibieron muy honradamente. Dicen que, luego que llegaron las barcas a tierra, que vinieron dos personas principales con todo el pueblo. Creen que el uno el padre, y el otro era su hijo, y los llevaron a una casa muy grande, hecha a dos agujas, y no redonda como tienda del campo, como son estas otras; y allí tenían muchas sillas, adonde los hicieron sentar, y otras donde ellos se sentaron, e hicieron traer pan y de muchas maneras frutas, y vino de muchas maneras, blanco y tinto, mas no de uvas. Debe él ser de diversas maneras, uno de una fruta y otro de otra; y así mismo debe de ser de ellos de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca, de que llevé yo allá y hay ya mucho en Castilla; y parece que aquel que lo tenía mejor lo traía por mayor excelencia y lo daba en gran precio. Los hombres todos estaban juntos a un cabo de la casa, y

las mujeres en otro. Recibieron ambas las partes gran pena porque no se entendían, ellos para preguntar a los otros de nuestra patria, y los nuestros por saber de la suya. Y después que hubieron recibido colación allí, en casa del más viejo, los llevó el mozo a la suya, e hizo otro tanto; y después se pusieron en las barcas, y se vinieron a la nao, y yo luego levanté las anclas, porque andaba mucho de prisa por remediar los mantenimientos que se me perdían, que yo había habido con tanta fatiga, y también por remediarme a mí, que había adolecido por el desvelar de los ojos; que, bien aquel viaje que yo fui a descubrir la tierra firme, estuviese treinta y tres días sin concebir sueño, y estuviese tanto tiempo sin vista, no se me dañaron los ojos ni se me rompieron de sangre y con tantos dolores como ahora.

Esta gente, como ya dije, son todos de muy linda estatura, altos de cuerpos y de muy lindos gestos, los cabellos muy largos y llanos, y traen las cabezas atadas con unos pañuelos labrados, como ya dije, hermosos, que parecen de lejos de seda y almaizares. Otro traen ceñido, más largo, que se cobijan con él en lugar de pañetes, así hombres como mujeres. La color de esta gente es más blanca que otra que haya visto en las Indias. Todos traían al pescuezo y a los brazos algo, a la guisa de estas tierras, y muchos traían piezas de oro bajo colgado al pescuezo. Las canoas de ellos son muy grandes y de mejor hechura que no son estas otras, y más livianas, y en el medio de cada una tienen un apartamiento como cámara, en que vi que andaban los principales con sus mujeres.

Llamé allí a este lugar Jardines, porque así conforman por el nombre. Procuré mucho de saber dónde cogían aquel oro, y todos me señalaban una tierra frontera de ellos, al poniente, que era muy alta, mas no lejos. Mas todos me decían que no fuese allá, porque allí comían los hombres, y entendí entonces que decían que eran hombres caníbales y que serían como los otros, y después de pensado que podría ser que lo decían porque allí habría animalías. También les pregunté adónde cogían las perlas, y me señalaron también que al poniente y al norte, detrás de esta tierra donde estaban. Dejéle de probar por esto de los mantenimientos y del mal de mis ojos, y por una nao grande que traigo, que no es para semejante hecho. Y como el tiempo fue breve, se pasó todo en preguntas, y se volvieron a los navíos que sería hora de vísperas, como ya dije. Y luego levanté las anclas y navegué al poniente.

Y asimismo el día siguiente, hasta que me hallé que no había sino tres brazos de fondo, con creencia que todavía ésta sería isla y que yo podría salir al norte. Y así visto envié una carabela sotil adelante a ver

si había salida o si estaba cerrado; y así anduve mucho camino hasta un golfo muy grande, en el cual parecía que había otros cuatro medianos, y del uno salía un río grandísimo. Hallaron siempre cinco brazos de fondo, y el agua muy dulce, en tanta cantidad que yo jamás bebíla pareja de ella. Fui yo muy descontento de ella, cuando vi que no podía salir al norte ni podía ya andar al austro ni al poniente, porque yo estaba cercado por todas partes de la tierra. Y así levanté las anclas y torné atrás para salir al norte por la boca que yo arriba dije, y no pude volver por la población adonde yo había estado, por causa de las corrientes que me habían desviado de ella. Y siempre en todo cabo hallaba el agua dulce y clara, que me llevaba al oriente, muy recio, hacia las dos bocas que arriba dije, y entonces conjeturé que los hilos de la corriente y aquellas lomas que salían y entraban en estas bocas con aquel rugir tan fuerte, que era pelea del agua dulce con la salada. La dulce empujaba a la otra porque no entrase, y la salada porque la otra no saliese, y conjeturé que allí donde son estas dos bocas que algún tiempo sería tierra continua a la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, como podrán ver Vuestras Altezas por la pintura de lo que con ésta les envío. Salí yo por esta boca del norte, y hallé que el agua dulce siempre vencía; y cuando pasé, que fue con fuerza de viento, estando en una de aquellas lomas, hallé en aquellos hilos, de la parte de dentro, el agua dulce y, de fuera, la salada".

AMERICO VESPUCIO

CARTA DEL 18 DE JULIO DE 1500. DIRIGIDA DESDE SEVILLA A LORENZO DI PIERFRANCESCO DE MEDICI, EN FLORENCIA

VUESTRA MAGNIFICENCIA sabrá como por comisión de la Alteza de estos Reyes de España partí con dos carabelas a 18 de mayo de 1499, para ir a descubrir hacia la parte del occidente por la vía del mar Océano; y tomé mi camino a lo largo de la costa de Africa, tanto que navegué a las islas Afortunadas, que hoy se llaman las islas de Canaria; y después de haberme abastecido de todas las cosas necesarias, hechas nuestras oraciones y plegarias, nos hicimos a la vela de una isla, que se llama la Gomera, y pusimos proa hacia el lebeche, y navegamos 24 días con viento fresco, sin ver tierra ninguna, y al cabo de 24 días avistamos tierra, y encontramos haber navegado al pie de 1300 leguas desde la ciudad de Cádiz, por el rumbo de lebeche. Y avistada la tierra, dimos gracias a Dios, y echamos al agua los botes, y con 16 hombres fuimos a tierra, y la encontramos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa no sólo su tamaño, sino su verdor, que nunca pierden las hojas; y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos, daban tanto deleite al olfato, que nos producía gran placer. Y andando con los botes a lo largo de la tierra para ver si encontrábamos disposición para saltar a tierra, y como era tierra baja, trabajamos todo el día hasta la noche, y en ninguna ocasión encontramos camino ni facilidad para entrar tierra adentro, porque no solamente nos lo impedía la tierra baja, sino la espesura de los árboles; de modo que acordamos volver a los navíos e ir a tentar la tierra en otra parte. Y vimos en este mar una cosa maravillosa, que fue que antes de que llegáramos a tierra, a 15 leguas encontramos el agua dulce como de río, y sacamos de ella, y llenamos todos los barriles vacíos que teníamos. Y cuando estuvimos en los navíos, levamos anclas, y nos hicimos a la vela, y pusimos proa hacia el mediodía; porque mi intención era ver si podía dar vuelta a un cabo de tierra, que Tolomeo llama el Cabo de Cattegara, que está unido con el Gran Golfo, ya que, según mi opinión, no estaba muy lejos de ello, según los grados de la longitud y latitud, como se dará cuenta más abajo.

Navegando hacia el mediodía a lo largo de la costa vimos salir de la tierra dos grandísimos ríos, que uno venía del poniente y corría

hacia levante y tenía cuatro leguas de anchura, que son 16 millas, y el otro corría del mediodía hacia el septentrión y era de tres leguas de ancho; y estos dos ríos creo que eran la causa de ser dulce el mar, debido a su grandeza. Y visto que la costa de la tierra seguía siendo baja, acordamos entrar en uno de estos ríos con los botes y navegar por él hasta encontrar u ocasión de saltar a tierra o población de gente. Y preparados nuestros botes y aprovisionados para 4 días, con 20 hombres bien armados nos metimos en el río, y a fuerza de remos navegamos por él, al pie de dos días, obra de 15 leguas, tentando la tierra en muchas partes, y de continuo la encontramos que seguía siendo tierra baja y tan espesa de árboles que apenas un pájaro podía volar por ella. Y así navegando por el río, vimos señales certísimas de que el interior de la tierra estaba habitado; y porque las carabelas habían quedado en lugar peligroso, cuando el viento saltase de travesía, acordamos al cabo de dos días volvernos a las carabelas, y así lo pusimos por obra.

Lo que aquí vi fue que vimos una infinitísima cosa de pájaros de diversas formas y colores, y tantos papagayos, y de tan diversas suertes, que era maravilla: algunos colorados como grana, otros verdes y colorados y limonados, y otros todos verdes, y otros negros y encarnados; y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles, era cosa tan suave y de tanta melodía que nos ocurrió muchas veces quedarnos parados por su dulzura. Los árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensábamos estar en el Paraíso Terrenal, y ninguno de aquellos árboles ni sus frutas se parecían a los nuestros de estas partes. Por el río vimos muchas especies de pescados y de diversos aspectos.

Y llegados que fuimos a los navíos, partimos haciéndonos a la vela, teniendo de continuo la proa hacia el mediodía; y navegando en este rumbo, y estando lejos en el mar al pie de 40 leguas, encontramos una corriente marina, que corría del siroco al maestral, que era tan grande y corría con tanta furia, que nos causó gran pavor, y corrimos por aquélla grandísimo peligro: la corriente era tal, que la del estrecho de Gibraltar y la del faro de Mesina son un estanque en comparación de aquélla, de manera que, como nos tomaba de proa, no podíamos adelantar camino alguno, aunque tuviéramos viento fresco; de modo que, visto el poco camino que hacíamos y el peligro grande en que estábamos, acordamos volver la proa hacia el maestral y navegar hacia la parte del septentrión...

...Digo que después que dirigimos nuestra navegación hacia el septentrión, la primera tierra que encontramos habitada fue una isla, que distaba 10 grados de la línea equinoccial, y cuando estuvimos cerca de ella, vimos mucha gente en la orilla del mar, que nos estaba mirando

como cosa de maravilla; y surgimos junto a la tierra obra de una milla, y equipamos los botes, y fuimos a tierra 22 hombres bien armados; y la gente como nos vio saltar a tierra, y conoció que éramos gente diferente de su naturaleza, porque ellos no tienen barba alguna, ni visten ningún traje, así los hombres como las mujeres, que como salieron del vientre de su madre, así van, que no se cubren vergüenza ninguna, y así por la diferencia del color, porque ellos son de color como pardo o leonado y nosotros blancos, de modo que teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, y con gran trabajo por medio de señales les dimos confianza y platicamos con ellos. Y encontramos que eran de una generación que se dicen "caníbales", y que casi la mayor parte de esta generación, o todos, viven de carne humana; y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia. No se comen entre ellos, sino que navegan en ciertas embarcaciones que tienen, que se llaman "canoas", y van a traer presa de las islas o tierras comarcanas, de una generación enemiga de ellos y de otra generación que no es la suya. No comen mujer ninguna, salvo que las tengan como esclavas, y de esto tuvimos la certeza en muchas partes donde encontramos tal gente, porque nos ocurrió muchas veces ver los huesos y cabezas de algunos que se habían comido, y ellos no lo niegan, y además lo afirmaban sus enemigos, que están continuamente atemorizados por ellos. Son gente de gentil disposición y de buena estatura: van del todo desnudos; sus armas son arcos con saetas, y éstas tiran, y rodelas, y son gente esforzada y de grande ánimo; son grandísimos flecheros. En conclusión tratamos con ellos, y nos llevaron a una población suya, que se hallaba obra de dos leguas tierra adentro, y nos dieron colación, y cualquier cosa que se les pedía, a la hora la daban, creo más por medio que por buena voluntad. Y después de haber estado con ellos un día entero, volvimos a los navíos quedando amigos con ellos.

Navegamos a lo largo de la costa de esta isla y vimos una población muy grande a la orilla del mar; fuimos a tierra con el batel y encontramos que nos estaban esperando, y todos cargados con mantenimientos, y nos dieron colación muy buena de acuerdo con sus viandas. Y visto tan buena gente y tratarnos tan bien, no nos atrevimos a tomar nada de lo de ellos, y nos hicimos a la vela y fuimos a meternos en un golfo , que se llama el golfo de Parias, y fuimos a surgir frente a un grandísimo río, que es la causa de ser dulce el agua de este golfo; y vimos una gran población que se hallaba junto al mar, donde había tanta gente que era maravilla, y todos estaban sin armas. Y en son de paz, fuimos a tierra con los botes, y nos recibieron con gran amor y nos llevaron a sus casas, donde tenían muy bien aparejadas cosas de

comer. Aquí nos dieron de beber tres suertes de vino, no de uvas, sino hecho con frutas como la cerveza, y era muy bueno; aquí comimos muchos mirabolanos frescos, que es una muy real fruta, y nos dieron muchas otras frutas, todas diferentes de las nuestras, y de muy buen sabor, y todas de sabor y olor aromáticos. Nos dieron algunas perlas pequeñas y 11 grandes, y por señas nos dijeron que si queríamos esperar algunos días, que irían a pescarlas y nos traerían muchas de ellas: no nos quisimos detener. Nos dieron muchos papagayos y de varios colores, y amistosamente nos separamos de ellos. De esta gente supimos cómo los de la isla antes nombrada eran "caníbales", y cómo comían carne humana.

Salimos de este golfo, y fuimos a lo largo de la tierra, y siempre veíamos muchísima gente, y cuando teníamos oportunidad tratábamos con ellos, y nos daban de lo que tenían y todo lo que les pedíamos. Todos van desnudos como nacieron sin tener ninguna vergüenza; que si yo hubiese de contar cumplidamente cuan poca vergüenza tienen, sería entrar en cosa deshonesta, y es mejor callarla...

...Y navegando así, llegamos a una isla, que estaba lejos de la tierra firme a 15 leguas, y como al llegar no vimos gente y pareciéndonos la isla de buena disposición, acordamos ir a tentarla; y bajamos a tierra 11 hombres, y encontramos un camino y nos pusimos a andar por él 2 leguas y media tierra adentro, y hallamos una población de obra de 12 casas, en donde no encontramos más que 7 mujeres de tan gran estatura que no había ninguna de ellas que no fuese más alta que yo un palmo y medio. Y como nos vieron, tuvieron gran miedo de nosotros, y la principal de ellas, que por cierto era una mujer discreta, con señales nos llevó a una casa y nos hizo dar algo para refrescar; y nosotros, viendo a mujeres tan grandes, acordamos raptar dos de ellas, que eran jóvenes de 15 años, para hacer un regalo a estos Reyes, pues sin duda eran criaturas que excedían la estatura de los hombres comunes. Y mientras que estábamos en esto, llegaron 36 hombres y entraron en la casa donde estábamos bebiendo, y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie: en conclusión eran de estatura gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Pentesiles, y los hombres Anteos; y al entrar, algunos de los nuestros tuvieron tanto miedo que aún hoy día no se sienten seguros. Tenían arcos y flechas y palos grandísimos en forma de espadas, y como nos vieron de estatura pequeña, comenzaron a hablar con nosotros para saber quiénes éramos y de dónde veníamos, y nosotros manteniéndonos tranquilos por amor de la paz, contestábamos por señales

que éramos gente de paz, y que íbamos a ver el mundo. En conclusión, estimamos oportuno separarnos de ellos sin querella, y nos fuimos por el mismo camino que habíamos venido, y nos acompañaron hasta el mar, y fuimos a los navíos. Casi la mayor parte de los árboles de esta isla son de brasil y tan bueno como aquel de Levante.

Desde esta isla fuimos a otra isla comarcana de aquella a 10 leguas, y encontramos una grandísima población que tenía sus casas edificadas en el mar como Venecia, con mucho arte; y maravillados de tal cosa, acordamos ir a verlas, y al llegar a sus casas, quisieron impedir que entrásemos en ellas. Probaron como cortaban las espadas y estimaron oportuno dejarnos entrar, y encontramos que tenían colmadas las casas con finísimo algodón, y las vigas de sus casas eran todas de brasil; y les quitamos mucho algodón y brasil, y volvimos luego a nuestros navíos...

EL NUEVO MUNDO (¿1503?)
NATURALEZA Y COSTUMBRES DE AQUELLA GENTE

Primeramente pues, en cuanto a las gentes. En aquellos países hemos encontrado tal multitud de gente que nadie podría enumerarla, como se lee en el Apocalipsis: gente, digo, mansa y tratable; y todos de uno y otro sexo van desnudos, no se cubren ninguna parte del cuerpo, y así como salieron del vientre de su madre, así hasta la muerte van. Tienen cuerpos grandes, membrudos, bien dispuestos y proporcionados y de color tirando a rojo, lo cual pienso les acontece porque andando desnudos son teñidos por el sol; y tienen los cabellos abundantes y negros. Son ágiles en el andar y en los juegos y de una franca y venusta cara, que ellos mismos destruyen, pues de agujerean las mejillas y los labios y las narices y las orejas, y no se crea que aquellos agujeros sean pequeños, o bien que tuvieran uno sólo, pues he visto muchos, los cuales tienen, en la cara solamente, 7 agujeros, cada uno de los cuales tenía el tamaño de una ciruela; y cierran ellos estos agujeros con piedras cerúleas, marmóreas, cristalinas y de alabastro, bellísimas y con huesos blanquísimos y otras cosas artificiosamente labradas según su costumbre y si vieses cosa tan insólita y a un monstruo semejante, esto es un hombre que tiene sólo en las mejillas y en los labios 7 piedras, de las cuales muchas son del tamaño de medio palmo, no dejarías de admirarte, pues muchas veces he considerado y señalado el peso de estas siete piedras en 16 onzas, sin contar que en cada oreja tienen otras piedras pendientes en anillo de 3 orificios; y esta costumbre es sólo de los hombres, pues las mujeres no se agujerean la cara sino sólo las

orejas. Otra costumbre hay entre ellos muy atroz y fuera de toda credulidad humana, pues, siendo sus mujeres lujuriosas, hacen hinchar los miembros de sus maridos de tal modo que parecen deformes y brutales, y esto con un cierto artificio suyo y la mordedura de ciertos animales venenosos; y por causa de esto muchos de ellos lo pierden y quedan eunucos. No tienen paños de lana ni de lino ni aún de bombasí porque nada de ello necesitan; ni tampoco tienen bienes propios, pero todas las cosas son comunes. Viven juntos sin rey, sin autoridad y cada uno es señor de sí mismo.

Toman tantas mujeres cuantas quieren, y el hijo se mezcla con la madre, y el hermano con la hermana, y el primero con la primera, y el viandante con cualquiera que se encuentra. Cada vez que quieren deshacen el matrimonio y en esto ninguno observa orden. Además no tienen ninguna iglesia, ni tienen ninguna ley ni siquiera son idólatras. ¿Qué otra cosa diré? Viven según la naturaleza, y pueden llamarse más justamente epicúreos que estoicos. No son entre ellos comerciantes ni mercan cosa alguna. Los pueblos pelean entre sí sin arte y sin orden. Los viejos con ciertas peroraciones suyas inclinan a los jóvenes a lo que ellos quieren, y los incitan a la batalla, en la cual cruelmente juntos se matan: y aquellos que en la batalla resultan cautivos, no vivos sino para su alimento les sirven para que sean matados, pues que unos se comen a otros y los vencedores a los vencidos y, de la carne, la humana es entre ellos alimento común. Esta es cosa verdaderamente cierta, pues se ha visto al padre comerse a los hijos y a las mujeres, y yo he conocido a un hombre, con el cual he hablado, del que se decía que había comido más de 300 cuerpos humanos, y aún estuve 27 días en una cierta ciudad, donde vi en las casas la carne humana salada y colgada de las vigas, como entre nosotros se usa colgar el tocino y la carne de cerdo. Digo mucho más: que ellos se maravillan porque nosotros no matamos a nuestros enemigos y no usamos su carne en las comidas, la cual dicen ser sabrosísima. Sus armas son el arco y las flechas, y cuando se enfrentan en batalla, no se cubren ninguna parte del cuerpo para defenderse, de modo que aún en esto son semejantes a las bestias. Nosotros, cuanto nos ha sido posible, nos hemos esforzado en disuadirlos y en cambiar estas costumbres perversas, que nos prometieron abandonar. Aunque, como te he dicho, las mujeres andan desnudas y son libidinosas, a pesar de ello sus cuerpos son hermosos y limpios, ni tampoco son tan feas como alguno quizá podría suponer, porque aunque son carnosas, sin embargo no se aparece la "fealdad", la cual en la mayor parte está disimulada por la buena complexión. Una cosa nos ha parecido milagrosa, que entre ellas ninguna tuviera los pechos caí-

dos, y las que habían parido, por la forma y estrechura del vientre no se diferenciaban en nada de las vírgenes, y en las otras partes del cuerpo, las cuales por honestidad no menciono, parecían lo mismo. Cuando con los cristianos podían unirse, llevadas de su mucha lujuria, todo el pudor manchaban y abatían. Viven 150 años y pocas veces se enferman, y si caen en una mala enfermedad a sí mismos se sanan con ciertas raíces de hierbas. Estas son las cosas más notables que conocí acerca de aquéllos. El aire allí es muy templado y bueno y según pude saber por relación de ellos mismos, nunca /hubo/ allí peste o enfermedad alguna, producida por el aire corrompido, y si no se mueren de muerte violenta, viven una larga vida, creo porque allí siempre soplan vientos australes y máxime aquel que nosotros llamamos euro, el cual es para ellos lo que para nosotros el aquilón. Se deleitan pescando, y aquel mar es muy apto para pescar, porque es abundante de toda especie de pescados. No son cazadores, pienso porque habiendo allí muchas generaciones de animales silvestres, y máxime leones y osos e innumerables serpientes y horribles y deformes bestias, *etiam* selvas grandísimas y árboles de inmenso tamaño, no se atreven a exponerse desnudos, y sin defensa algunas ni armas, a tantos peligros.

FERTILIDAD DE LA TIERRA Y CALIDAD DEL CIELO

La tierra de aquellos países es muy fértil y amena, y abundante de muchas colinas, montes e infinitos valles, y regada por grandísimos ríos y salubérrimas fontes, y copiosamente llena de dilatadísimas selvas densas, y apenas penetrables, y de toda generación de fieras. Arboles grandes arraigan allí sin cultivador, de los cuales muchos frutos son deleitables al gusto y útiles a los humanos cuerpos, otros verdaderamente al contrario, y ningún fruto es allí semejante a los nuestros. Se producen allí innumerables especies de yerbas y raíces, de las cuales hacen pan y óptimas viandas, y tienen muchas simientes absolutamente disímiles de éstas nuestras. Ninguna especie de metal allí se encuentra, excepto oro, el cual en aquellos países abunda, aunque nada de ello hemos traídos nosotros en esta nuestra primera navegación; y de esto nos dieron noticia los habitantes, los cuales nos afirmaban que allá tierra adentro había grandísima abundancia de oro y que entre ellos no es estimado en nada ni tenido en aprecio. Abundan las perlas, como otras veces te he escrito: si quisiera recordar todas las cosas que allí hay y escribir sobre las varias generaciones y multitud de animales, sería cosa de todos modos prolija y considerable. Y creo ciertamente que

nuestro Plinio no haya tocado la milésima parte de la generación de los papagayos y del resto de los otros pájaros e igualmente animales que están en aquellos mismos países con tanta diversidad de figuras y de colores, que Policleto, el artífice de la perfecta pintura, habría fracasado en pintarlos. Todos los árboles allí son olorosos y mana de cada uno goma, o bien aceite, o bien cualquier otro licor, de los cuales, si las propiedades nos fueran conocidas, no dudo que a los humanos cuerpos serían saludables. Y ciertamente si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países. De los cuales el lugar, como te he dicho, está al mediodía, en tanta templanza de aire que allí nunca se conocen ni los inviernos helados ni los veranos cálidos.

LA AVENTURA

Los habitantes de esta población apenas nos divisaron concibieron tal temor de nosotros, que inmediatamente levantaron todos sus puentes para precaverse, encerrándose en sus casas; y mientras nosotros estábamos con grande admiración viendo esto, reparamos que al mismo tiempo venían por el mar doce barcas suyas, poco más o menos, cada una de ellas abierta en un tronco de árbol, que es el género de embarcaciones de que usan, y maravillándose sus marinos de nuestros rostros y traje, y dando vuelta a nuestro rededor, nos miraban y registraban desde lejos, y mirándolos nosotros por nuestra parte de la misma manera, les dábamos muchas señas de amistad, animándolos a que sin temor ninguno se acercasen a nosotros, cosa que no quisieron hacer, por lo cual comenzamos a remar hacia ellos, aunque de modo ninguno quisieron aguardarnos; antes bien, todos huyeron inmediatamente a tierra, habiéndonos antes hecho señas que los esperáramos un poco, pues inmediatamente iban a volver. Fuéronse, pues, apresuradamente a un monte inmediato, y habiendo sacado de él diez y seis mozuelas, metiéndolas consigo en sus barcos, volvieron hacia nosotros, poniendo en cada una de nuestras naves cuatro de aquellas jóvenes, cosa que nos causó no poca admiración, como fácilmente puede conocer Vuestra Majestad. Después comenzaron a andar con sus barcos entre nuestras naves y a hablarnos con tales muestras de paz, que los tuvimos por amigos muy fieles nuestros. Entre tanto, una porción considerable de gente, saliendo de las casas arriba referidas, comenzaron a venir nadando hacia nosotros, y aunque los vimos venir y que se iban acercando a nuestras naves, no por esto sospechábamos todavía de ellos mal alguno;

pero a ese tiempo vimos a la entrada de las mismas casas algunas mujeres viejas que, dando descompasados gritos y llenando el aire de alaridos, en señal de grande pesadumbre, se arrancaban los cabellos, lo cual nos hizo sospechar alguna maldad; y, en efecto, a la sazón las jóvenes que habían puesto en nuestras naves se arrojaron repentinamente al mar, y los que estaban en los barcos, alejándose de nosotros, armaron súbitamente sus arcos y comenzaron a saetearnos con mucha viveza. Otros que venían nadando por el mar desde las casas traían consigo cada uno su lanza ocultándola en el agua, con lo cual manifiestamente conocimos su traición; por lo cual comenzamos desde luego, no sólo a defendernos valerosamente, sino también a ofenderlos con rigor, en tales términos que desbaratamos y echamos a pique muchos de sus barcos, con no poco estrago suyo. Los demás, abandonadas con grave daño de ellos las barcas, escaparon a nado, quedando muertos veinte y heridos muchísimos más, sin que por nuestra parte tuviésemos más que cinco heridos levemente, los cuales, con el favor de Dios, todos sanaron. Apresamos además dos de las referidas mozuelas y tres hombres, y después visitamos sus casas y entramos en ellas; pero no encontramos cosa ninguna ni más gente que dos viejas y un hombre enfermo; y no quisimos poner fuego a las casas porque hicimos escrúpulo de ello. En seguida nos volvimos a las naves con los cautivos referidos, poniendo grillos a los tres hombres; pero uno de ellos y las jóvenes se nos escaparon con mucha destreza aquella misma noche.

FRAY RAMON PANE

TRADICIONES Y CREENCIAS DE LA ISLA DE HAITI

DE DONDE PROCEDEN LOS INDIOS Y DE QUE MANERA

LA ISLA ESPAÑOLA tiene una provincia llamada Caonao, en la que hay una montaña de nombre Canta, y en ella dos grutas denominadas Cacibayagua y Amayauba. De Cacibayagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando vivían en aquella gruta, ponían guardia de noche, y se encomendaba este cuidado a uno que se llamaba Marocael, el cual, porque un día tardó en ir a la puerta, dicen que lo arrebató el sol. Viendo, pues, que el sol se había llevado a éste por su mala guardia, le cerraron la puerta, y fue transformado en piedra, cerca de la entrada. Dicen también que otros, habiendo ido a pescar, fueron cogidos por el sol y se convirtieron en árboles llamados *jobos,* y de otro modo mirobalanos. El motivo por que Marocael velaba y hacía guardia era para ver a qué parte enviaría la gente o la repartiría, y no parece sino que tardó para su mayor mal.

Sucedió que uno que se llamaba Guayugona dijo a otro, de nombre Yadruvava, que fuese a coger una hierba llamada *digo,* con la que se limpian el cuerpo cuando van a bañarse; éste fue delante de ellos, mas lo arrebató el sol en el camino y se convirtió en pájaro que canta por la mañana como el ruiseñor, y se llama Yahuva Bayael. Guayugona, viendo que éste no volvía cuando lo envió a coger el digo, resolvió salir de la gruta Cacibayagua.

Entonces, Guayugona, indignado, resolvió marcharse viendo que no volvían aquellos que había enviado a coger el digo para bañarse, y dijo a las mujeres: dejad a vuestros maridos, vámonos a otras tierras y llevemos mucho digo. Dejad a vuestros hijos, y llevemos solamente dicha hierba con nosotros, que después volveremos por ellos.

Guayugona salió con todas las mujeres, anduvo buscando otros países y llegó a Matinino, donde muy luego dejó las mujeres y se fue a otra región llamada Guanín; habían dejado los hijos pequeños junto a un arroyo. Después, cuando el hambre empezó a molestarles, dícese que lloraban y llamaban a sus madres que se habían ido. Los padres no podían dar consuelo a los hijos, que llamaban con hambre a sus madres, diciendo *mamá,* indudablemente para demandar la teta. Llorando así al

pedir la teta y diciendo *too, too,* como quien demanda una cosa con gran deseo y mucho ahínco, fueron transformados en animalitos a modo de ranas, que se llaman *tona,* por la petición que hacían de la teta, y de esta manera quedaron todos los hombres sin mujeres.

Digo que un día fueron a bañarse los hombres; estando en el agua llovía recio, y sentían mucho deseo de tener mujeres; muchas veces, cuando llovía habían ido a buscar las huellas de sus mujeres, pero no podían encontrar alguna noticia de éstas; mas aquel día, bañándose, dicen que vieron echarse de encima de algunos árboles, por medio de las ramas, cierta forma de personas que no eran ni hombres, ni mujeres, pues no tenían sexo de varón, ni de hembra; procuraron cogerlas, pero ellas se escurrían como si fuesen anguilas: por esto llamaron a dos o tres hombres, por mandato de su cacique, para que, pues ellos no podían cogerlas, esperasen cuantas fuesen, y buscasen para cada una un hombre que fuese *caracaracol,* esto es, que tuviera las manos ásperas, y así las sujetarían fuertemente. Dijeron al cacique que había cuatro, y llevaron estos cuatro hombres que eran caracaracoles; caracaracol es una enfermedad como roña, que hace el cuerpo muy áspero. Después que las hubieron cogido, deliberaron cómo podían convertirlas en mujeres, pues no tenían sexo de varón, ni de hembra.

Buscaron un pájaro que se llama *inriri,* y antiguamente *inrire cahuvayal,* que vive en los árboles, y en nuestro idioma se llama pico. Juntamente tomaron aquellas personas sin sexo de varón, ni de hembra, les ataron los pies y las manos, cogieron el ave mencionada y se la ataron al cuerpo; el pico, creyendo que aquéllas eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando, en el lugar donde ordinariamente suele estar la naturaleza de las mujeres. De este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según contaban los muy viejos.

Como yo escribí con presura y no tenía papel bastante, no podré poner en un lugar lo que por error llevé a otro; pero con todo ello no me he equivocado, porque ellos lo creen como lo llevo escrito. Volvamos ahora a lo que habíamos de colocar antes; esto es, acerca de la opinión de los indios en punto al origen y principio del mar.

COMO CUENTAN QUE FUE HECHO EL MAR

Hubo un hombre llamado Yaya, del que no saben su nombre; el hijo de éste llamábase Yayael, que quiere decir hijo de Yaya; queriendo Yayael matar a su padre, éste lo desterró, y así estuvo ausente cuatro meses; después su padre lo mató, puso los huesos en una calabaza y la

colgó en el techo de su casa, donde estuvo pendiente algún tiempo. Sucedió un día que con un deseo de ver a su hijo, Yaya dijo a su mujer: quiero ver a nuestro hijo Yayael. Ella se alegró con esto y tomando la calabaza la volcó para ver los huesos de su hijo; de ella salieron muchos peces grandes y pequeños, por lo que viendo que aquellos huesos se habían transformado en peces resolvió comérselos. Dicen que, un día, habiendo ido Yaya a sus *conucos,* que quiere decir posesiones, que eran de una herencia, llegaron cuatro hijos de una mujer llamada Itiba Yauvava, todos de un vientre y gemelos, pues esta mujer, habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron los cuatro dichos hijos. El primero que extrajeron fue Caracaracol, que quiere decir lleno de roña; Caracaracol fue llamado; los otros no tenían nombre.

Mientras comían sintieron que venía Yaya de sus posesiones, y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien, de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que fue tanta el agua que salió de aquella calabaza que llenó toda la tierra, y con ella murieron muchos peces. Entonces dicen que tuvo origen el mar. Salidos después de allí hallaron un hombre al que llamaron Conel, que era mudo.

DE LA FORMA QUE DICEN TENER LOS MUERTOS

Dicen que durante el día están recluidos, y por la noche salen a pasearse, y que comen de un cierto fruto, que se llama guayaba, que tiene sabor de membrillo, que se decía son... y por la noche se convertían en fruta, y que hacen fiesta, y van juntos con los vivos. Y para conocerlos observan esta regla: que con la mano les tocan el vientre, y si no les encuentran el ombligo, dicen que es operito, que quiere decir muerto: por esto dicen que los muertos no tienen ombligo. Y así quedan engañados algunas veces, que no reparan en esto, y yacen con alguna mujer de las de Coaybay, y cuando piensan tenerlas en los brazos, no tienen nada, porque desaparecen en un instante. Esto lo creen hasta hoy. Estando viva la persona, llaman al espíritu goeíza, y después de muerta, le llaman opía; la cual goeíza dicen que se les aparece muchas veces tanto en forma de hombre como de mujer, y dicen que ha habido hombre que ha querido combatir con ella, y que, viniendo a las manos, desaparecía, y que el hombre metía los brazos en otra parte sobre algunos árboles, de los cuales quedaba colgado. Y esto lo creen todos en general, tanto chicos como grandes; y que se les aparece en forma de padre, madre, hermanos o parientes, y en otras formas. El fruto del cual dicen que comen los muertos es del tamaño de un mem-

brillo. Y los sobredichos muertos no se les aparecen de día, sino siempre de noche; y por eso con gran miedo se atreve alguno a andar solo de noche.

DE LAS OBSERVACIONES DE ESTOS INDIOS BEHIQUES, Y COMO PROFESAN LA MEDICINA, Y ENSEÑAN A LAS GENTES, Y EN SUS CURAS MEDICINALES MUCHAS VECES SE ENGAÑAN

Todos, o la mayor parte de los de la isla Española, tienen muchos cemíes de diversas suertes. Unos contienen los huesos de su padre, y de su madre, y parientes, y de sus antepasados; los cuales están hechos de piedra o de madera. Y de ambas clases tienen muchos; algunos que hablan, y otros que hacen nacer las cosas que comen, y otros que hacen llover, y otros que hacen soplar los vientos. Las cuales cosas creen aquellos simples ignorantes que hacen aquellos ídolos, o por hablar más propiamente, aquellos demonios, no teniendo conocimiento de nuestra santa fe. Cuando alguno está enfermo, le llevan el behique, que es el médico sobredicho. El médico está obligado a guardar dieta, lo mismo que el paciente, y a poner cara de enfermo. Lo cual se hace de este modo que ahora sabréis. Es preciso que también se purgue como el enfermo; y para purgarse toman cierto polvo, llamado cohoba, aspirándolo por la nariz, el cual les embriaga de tal modo que no saben lo que hacen; y así dicen muchas cosas fuera de juicio, en las cuales afirman que hablan con los cemíes, y que éstos les dicen que de ellos les ha venido la enfermedad.

DE LO QUE HACEN DICHOS BEHIQUES

Cuando van a visitar a algún enfermo, antes de salir de casa toman hollín de las ollas o carbón molido, y se ponen la cara toda negra, para hacer cree al enfermo lo que les parece acerca de su enfermedad; y luego cogen algunos huesecillos y un poco de carne. Y envolviendo todo esto en alguna cosa para que no se caigan, se los meten en la boca, estando ya el enfermo purgado con el polvo que hemos dicho. Entrado el médico en casa del enfermo, se sienta y callan todos; y si hay niños los mandan fuera, para que no impidan su oficio al behique, ni queda en la casa sino uno o dos de los más principales. Y estando así solos, toman algunas hierbas del güeyo... anchas, y otra hierba, envuelta en una hoja de cebolla, media cuarta de larga; y una de los di-

chos güeyos es la que toman todos comúnmente, y trituradas con las manos las amasan; y luego se la ponen en la boca para vomitar lo que han comido, a fin de que no les haga daño. Entonces comienzan a entonar el canto susodicho; y encendiendo una antorcha toman aquel jugo. Hecho esto primero, después de estar algún tiempo quieto, se levanta el behique, y va hacia el enfermo que está sentado solo en medio de la casa, como se ha dicho, y da dos vueltas alrededor de él, como le parece; y luego se le pone delante, y lo toma por las piernas, palpándolo por los muslos y siguiendo hasta los pies; después tira de él fuertemente, como si quisiera arrancar alguna cosa. De ahí va a la salida de la casa y cierra la puerta, y le habla diciendo: "Vete a la montaña, o al mar, o adonde quieras". Y con un soplo, como quien sopla una paja, se vuelve una vez más, junta las manos y cierra la boca; y le tiemblan las manos, como cuando se tiene mucho frío, y se sopla las manos, y aspira el aliento, como cuando se sorbe el tuétano de un hueso, u chupa al enfermo por el cuello, o por el estómago, o por la espalda, o por las mejillas, o por el pecho, o por el vientre o por muchas partes del cuerpo. Hecho esto, comienza a toser y a hacer feos visajes, como si hubiese comido alguna cosa amarga, y escupe en la mano y saca lo que ya hemos dicho que en su casa, o por el camino, se había metido en la boca, sea piedra, hueso, o carne, como ya se ha dicho. Y si es cosa de comer, le dice al enfermo: "Has de saber que has comido una cosa que te ha producido el mal que padeces, mira cómo te lo he sacado del cuerpo, que tu cemí te lo había puesto en el cuerpo porque no le hiciste oración, o no le fabricaste algún templo, o no le diste alguna heredad". Y si es piedra, le dice: "Guárdala muy bien". Y algunas veces tienen por cierto que aquellas piedras son buenas, y ayudan a hacer parir a las mujeres, y las guardan con mucho cuidado, envueltas en algodón, metiéndolas en pequeñas cestas, y les dan de comer de lo que ellos comen; y lo mismo hacen con los cemíes que tienen en casa. Algún día solemne, en que llevan mucho de comer, pescado, carne, o pan, o cualquier otra cosa, ponen de todo en la casa del cemí, para que coma de aquello el dicho ídolo. Al día siguiente llevan todas estas viandas a sus casas, después que ha comido el cemí. Y así les ayuda Dios como el cemí come de aquello, ni de otra cosa, siendo el cemí cosa muerta, formada de piedra o hecha de madera.

[c. 1571]

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO

DE OTRAS MUCHAS PARTICULARIDADES, Y ALGUNAS DE ELLAS MUY NOTABLES, DE LA ISLA DE CUBAGUA; Y DE UNA FUENTE DE BETUN QUE ALLI HAY DE UN LICOR NATURAL, QUE ALGUNOS LLAMAN PETROLEO, Y OTROS LE DICEN *STERCUS DEMONIS* Y LOS INDIOS LE DAN OTROS NOMBRES

LA ISLA DE CUBAGUA, como tengo dicho, es pequeña, y puede bojar tres leguas, poco más o menos. Es llana y el terreno en sí es salitral, y por tanto estéril de todo género de buenas hierbas: ni tampoco hay árboles en ella, sino algunos de guayacán, pequeños o enanos al respecto de los que en otras partes de estas Indias hay. Otros arbolecillos hay bajos, a manera de zarzales o acebuches, sin algún fruto, y la mayor parte de la isla es un boscaje cerrado de unos cardones altos de estado y medio o dos tan gruesos como la pantorrilla de la pierna. Estos en cierto tiempo del año llevan la fruta de dos maneras, a manera de higos, los unos colorados o rojos y los otros blancos: los colorados tienen la simiente muy menuda, como de mostaza, y llaman los indios a esta fruta yaguaraha. Es muy buena fruta al gusto y fresca, y en el árbol, o mejor diciendo cardón, está cubierta de espinas a manera de castañas, y cuando madura cáense las espinas y ábrense y quedan como higos. El otro género de fruta en cardones, de la misma manera es de fuera verde, y quieren parecer dátiles; pero son más gordos, y lo de dentro es blanco, y la simiente como granillos de higos; y cuando se comen, que están bien sazonados, sale o sube a las narices un olor de almizcle o más suave. A esta fruta llaman los indios agoreros.

Hay conejos en aquella isla, de buen sabor y muchos, como los de Castilla, aunque el pelo es más montesino o áspero. Hay muchas yuanas y buenas. Hay unas aves que los españoles llaman flamencos, porque en España llaman así a ciertas aves; pero estas de acá no lo son: antes la diferencia es ésta. Son las de Cubagua tan grandes como un pavo; el plumaje es de color como encarnado: las piernas delgadas y de cuatro palmos de altura: el cuello de otros cuatro palmos luengo, y delgado, como el dedo pulgar de la mano de un hombre: el pico de la hechura que le tienen los papagayos. Aliméntanse estas aves de pescado chiquito y marisco que andan buscando por las lagunas y estaños, y al rebalaje

de la mar metidas en el agua lo que pueden apear por la costa. Graznan como ánsares y crían cerca de los lagos. Hay de los alcatraces grandes del papo y de otros de otras maneras. Otras aves hay pequeñas de agua y muchas de ellas.

En cierto tiempo del año van a aquellas isla de paso algunos halcones neblíes y otras aves de rapiña de otras raleas, y alcotanes, y otros que llaman acá guaraguaos, que son como milanos y de aquel oficio de hurtar y tomar pollos donde los pueden haber, y por falta de ellos se ceban en lagartijas. De los neblíes se toman algunos armándolos y se amansan presto, y se han llevado a España y han probado allá muy bien y los estiman.

Entre las otras cosas que he notado de esta isla diré aquí de dos animales en alguna manera y aún mucho semejantes en su ponzoña: el uno es de tierra y el otro del mar, cosa maravillosa y extraña y son éstos. Hay unas arañas muy chiquitas en su tamaño, pero el dolor es tan grande que no tiene otra comparación igual sino la que se dirá aquí de otro animal del agua, y si durase la pasión que causan estas arañas al que pican, no sería mucho que el que está picado de ella desesperase o muriese cruda muerte; pero no hay en este peligro mayor consuelo que la esperanza y la experiencia que ya se tiene de llegar al término en que cesa su fatiga para ser libre el que así está lastimado. Resulta de tal picadura que el ofendido hace muchas bascas y sufre gran trabajo, sin aflojársele ni ser mitigado por cosa alguna, sin dejar comer ni beber ni reposar al paciente hasta el día siguiente a la propia hora que fue picado; y cuando ha cesado el dolor queda tal el que ha padecido, que en dos ni tres días no puede volver en sí ni a su primer estado, puesto que de este mal ninguno muere. Hay un pescado o animal en el mar, que no es mayor que un dedo pulgar, y al que pica en el agua, como acaece algunas veces picar algún indio, el que está herido hace las mismas bascas y siente tamaños e insoportables dolores, como lo que se ha dicho que sienten los picados de la araña que se dijo antes, sin cesar tal pasión hasta otro día siguiente que el agua del mar está en el mismo ser menguante o creciente que estaba al tiempo que picó este animal. De forma que dura aquella pasión y dolor de un animal y del otro veinticuatro horas naturales, y el pescado que es dicho se llama tatara, y es pintadillo de rayas y pecas blancas y amarillas, cada una de su color distintas.

Hay en la isla de Cubagua y en las otras islas comarcanas muchas y grandes tortugas, tanto que de algunas de ellas se saca tanta cantidad o más de pescado como tiene carne una ternera o becerro de seis meses. Estas tortugas salen del mar a tierra a desovar en su tiempo, y hacen

un hoyo en la arena con las manos bien grande, y ponen allí mil y mil quinientos huevos, y más o menos, tamaños como limones buenos, y la cáscara de ellos es delgada como una telica y después que han desovado, cubren los huevos con la misma arena; y cuando son convertidos y animados, salen los tortuguitos como de un hormiguero, y vanse a la mar, que está ahí cerca de donde nacieron, y críanse en ella. Matan los indios estas tortugas con unos harponcillos de un clavo, pequeños, que ligan a un buen volantín o cordel recio; y aunque son grandes animales y la herida es poca, porque les entra poco y no bastaría a danificar ni ser presa la tortuga por tal causa, ella da más armas a su ofensor para su daño, porque así como se siente herida, aprieta tanto la concha que fortifica el harpón tan firme que no se puede soltar; entonces el indio se echa al agua y trastorna la tortuga hacia arriba, y como está puesta de espaldas, no es para huir ni puede, y tirando de la cuerda del harpón y ayudando el que la trastornó, la meten los indios en la canoa.

Tiene la isla de Cubagua buen puerto a la parte del Norte, y por delante de ella a una legua está la isla Margarita, la cual la cerca desde el Este hasta el Noroeste, y por la otra parte la Tierra-Firme a cuatro leguas, y cércala desde el Este hasta casi el Sur la tierra que se dice Araya.

Tiene en la punta del Oeste una fuente o manadero de un licor, como aceite, junto al mar, en tanta manera abundante que corre aquel betún o licor por encima del agua del mar, haciendo señal más de dos y tres leguas de la isla, y aún da olor de sí este aceite.

Algunos de los que lo han visto dicen ser llamado por los naturales *stercus demonis,* y otros le llaman *petrolio,* y otros asfalto; y los que este postrero dictado le dan, es queriendo decir que este licor es del género de aquel lago Aspháltide, de quien en conformidad muchos autores escriben. A que este licor de Cubagua hallan que es utilísimo en muchas cosas y para diversas enfermedades, y de España lo envían a pedir con mucha instancia por la experiencia que de esto se tiene por los médicos y personas que lo han esperimentado, a cuya relación me remito. Verdad es que he oído decir que es muy provechoso remedio para la gota y otras enfermedades que proceden de frío, porque este olio o lo que es, todos dicen que es calidísimo. Yo no lo sé, ni lo contradigo ni apruebo en más de aquello que fuere visto que aprovecha y testificaren los que lo supieren, que será en breve, según la diligencia con que es buscado este petrolio. Pasemos a las otras cosas de esta isla de Cubagua.

En aquella isla han metido los españoles algunos puercos de los que han llevado de esta Isla Española y otras partes de la raza o casta de Castilla, y también de los que llaman báquiras de la Tierra-Firme; y a los unos y los otros les crecen allí tanto las uñas de los pies y manos que se les vuelven para arriba hasta llegar a ser tan largas en algunos

de ellos como un geme o casi, de forma que se mancan que no pueden andar sino con pena y cayéndose a cada paso. Los que en aquella isla viven llevan el agua para beber de la Tierra-Firme del río de Cumaná, que está siete leguas de la isla, y la leña llevan de la isla Margarita.

A la redonda de Cubagua y por delante de ella, a la parte del Levante es todo placeres, y en ellos se crían las perlas en las ostras o pescados así llamados que las producen. Las cuales son allí naturales y desovan y crían en gran cantidad, y por tanto se debe creer que serán perpetuas, aunque es necesario que sean esperadas y las dejen llegar a perfección de poderse coger, para que sean más provechosas y mejores; porque de la manera que la viña produce la uva, es a saber, en el principio cuando cierne, así en estas ostras o conchas comienzan las perlas en el seno del pescado que dentro de ellas se cría, y en aquella sazón y después está el grano tierno, como en leche, y por su discurso va endureciendo y engrandeciéndose la perla, puesto que muchas tan menudas, como arena o poco mayores, estén duras. Ha sido esta granjería muy rica cosa, en tanta manera que el quinto que se paga a Sus Majestades de las perlas y aljófar ha valido cada año quince mil ducados y más, no hablando en lo que se habrá hurtado por algunos: que su poca conciencia y mucha codicia los hace determinar a su peligro para haber llevado encubiertos muchos marcos de perlas, y puédese creer que no de las peores, sino de las más escogidas y preciosas. Cosa es, en que hasta el presente tiempo no se sabe en todo el mundo ni se halla escrito que puntualmente en tan poco espacio o cantidad de mar tanta multitud de perlas se hayan visto ni se hallen. El pescado de las cuales, aunque es algo duro y de recia digestión, es bueno; pero mejor es escabeche: y sin ese, hay mucha abundancia de pescados buenos en Cubagua y aún se traen salados en cantidad a esta Isla Española en algunas carabelas. Nunca fue aquella isla de Cubagua poblada de indios por su esterilidad y falta de agua, y por eso venían a ella de otras islas y de la Tierra-Firme a pescar las perlas. A fama de lo cual después los cristianos desde esta Isla Española y desde la de San Juan fueron a poblar allí algunos y a rescatar perlas a trueque de vino y cazabí y otras cosas, y se comenzaron a hacer bohíos, que fueron el principio de la población de aquella isla.

EL CUAL TRATA DE LA MANERA QUE LOS INDIOS Y AUN LOS CRISTIANOS TIENEN PARA TOMAR Y PESCAR LAS PERLAS

En esta isla de Cubagua, de quien aquí principalmente se trata, es donde en estas partes e Indias más se ejercita la pesquería de las perlas,

y hácese de esta manera. Los cristianos que en esta granjería entienden, tienen esclavos indios, grandes nadadores, y envíalos su señor con una canoa, y en cada canoa de estas van seis o siete o más o menos nadadores donde les parece o saben ya que es la cantidad de las perlas; y allí se paran en el agua, y échanse para abajo a nado los pescadores hasta que llegan al suelo, y queda en la barca o canoa uno que la tiene quieta todo lo que él puede, atendiendo que salgan los que han entrado debajo del agua. Y después que grande espacio ha estado el indio así debajo, sale fuera encima del agua, y nadando se recoge a la canoa, y presenta y pone en ella las ostras o veneras o conchas así llamadas en que se hallan las perlas, o en los nacarones. Las ostras traen en una bolsa de red, hecha para aquello, que el nadador lleva atada a la cintura o al cuello. Y así entrado en la canoa, descansa un poco y come algún bocado, si quiere, y torna a entrar en el agua, y está allá lo que puede, y torna a salir con más ostras que ha tornado a hallar, y hace lo que primero se dijo, y de esta manera todos los otros indios nadadores puestos a este ejercicio hacen lo mismo. Y cuando viene la noche o les parece que es tiempo de descansar, recógense a la isla a sus casas, y entregan las ostras de todo su jornal al señor, cuyos son estos pescadores o a su mayordomo, y aquel háceles dar de cenar, y pone en cobro las ostras. Y cuando tiene copia o cantidad asaz, hace que las abran, y en cada una halla las perlas o aljófar; un grano o perla en algunas conchas sola, y en otras dos y tres y cuatro y cinco y seis y diez y más o menos granos, según natura allí los puso, y guárdanse las perlas y aljófar que en las ostras se han hallado, y cómense el pescado de ellas si quieren o échanlo a mal; porque hay tantas que aborrece tal manjar, y todo lo que sobra de semejantes pescados enoja. Cuanto más que, como tengo dicho, son muy duras de digestión y no de tan buen sabor como las ostras de nuestra España. Algunas veces que el mar anda más alto de lo que los pescadores y ministros de esta granjería querrían, y también porque naturalmente cuando un hombre está en mucha hondura debajo del agua, los pies se levantan para arriba y con dificultad pueden estar en tierra debajo del agua largo espacio, en esto proveen los indios de esta manera. Echanse sobre los lomos dos piedras, una a un costado y otra al otro, asidas de una cuerda, de forma que de la una a la otra queda un palmo o lo que les parece de intervalo, y el indio queda en medio, y déjase ir para abajo; y como las piedras son pesadas, hácele estar en el suelo quedo, pero cuando le parece y quiere subirse, fácilmente puede desechar las piedras y salirse. Y tienen tanta habilidad algunos de los indios que andan en este oficio en su nadar, que se están debajo del agua un cuarto de hora de reloj y algunos hay que más tiempo y menos,

según que cada uno es apto y suficiente en el arte que traen en esta hacienda.

Otra cosa grande y muy notable me ocurre de esta isla, y es que preguntando yo algunas veces a señores particulares de los indios que andan en esta pesquería si se acaban o agotan estas perlas, pues que es pequeño el sitio o término donde se toman y muchos los que las buscan, decíanme que se acababan en una parte y se pasaban los nadadores a pescar en otra al otro costado de la misma isla o viento contrario y que después que también allá se acababan, se tornaban al primer lugar o a alguna de aquellas partes, donde primero habían pescado y lo habían dejado agotado de perlas, y que lo hallaban tan lleno, como si nunca allí hubieran sacado cosa alguna: de que se infiere y puede sospecharse que son de paso, como Plinio quiere decir, así como lo son otros pescados, o nacen y se aumentan y producen en lugares señalados. Pero caso que esto sea así, hánse dado tanta prisa los cristianos a buscar estas perlas, que no contentándose con los nadadores en sacarlas, han hallado otros artificios de rastro o redes, y han sacado tanta cantidad, que se ha comenzado a haber penuria y faltaban ya y no las hallaban en abundancia, como primero; pero en poco espacio de tiempo que repose la gente, tornan a hallar muchas ostras en cantidad. Esta pesquería en Cubagua es en cuatro brazas o menos, y en pocos lugares de aquella isla más hondo. Pero es la isla de Terarequi del mar austral en diez y doce brazas, y en las cosas de la Tierra-Firme. Dije anteriormente que son de paso, porque en el lugar alegado dice el Plinio que algunos dicen que las perlas tienen rey como el enjambre de las abejas: el cual rey o guía siguen las otras. Y que esta tal concha principal es mayor que las otras, y más hermosa, y de gran industria en guardarse, y que todo el ingenio de los pescadores se endereza a tomar la tal guía, porque tomada aquellal es fácil cosa meter en la red las otras que han perdido, o son privadas de la guía, rey suyo. Digo yo que si esto que dice Plinio acaece y pasa así en otras partes, que en estas nuestras Indias ninguna noticia se tiene hasta ahora de tales guías entre los indios ni los cristianos. Es la perla tierna en el agua donde anda; pero en saliendo fuera, súbito se endurece, según el mismo autor lo dice. Esto no se puede negar, porque en estas partes se ha visto lo mismo, y por esto piensan algunos que poco a poco se endurecen o se van haciendo de la manera que se dijo en el capítulo segundo, lo cual se ha alcanzado con la experiencia. Pero otra cosa grande y para notar se me ofrece que aceptarán todos los que algún tiempo han residido en esta isla de Cubagua; y es que en cierto tiempo producen las ostras de las perlas un cierto humor rojo o sanguino en tanta abundancia, que tiñen el agua y

la turban en el mismo color; por lo cual algunos dicen que les viene el menstruo, como a las mujeres su costumbre, cuando dicen que tienen su camisa. Todas las más perlas que se crían entre peñas son mayores que las que se toman en placeres y arenales, y tienen en la juntura de la cabeza de la venera unos hilos a manera de ovas y algo verdes y de otros colores, con que están como por los cabellos tiradas o muy asidas con las peñas, y algunas de ellas tan apretadas, que es menester que el indio tenga buena fuerza para despegarlas, o que lleve alguna cosa con que las arranque. Hállanse de muchas maneras y talle diferentes: unas de hechura de peras, y otras redondas, que es mejor, y otras que la mitad tienen redondo y la otra mitad llano; y estas llaman en estas partes asientos, y algunos las nombran panecillos: a estas tales llama Plinio lipanie. Otras hay torcidas y de todas las diferencias que puede haber en las piedras, y a las tales llaman acá piedras y pedrería. Otras hay que por una parte tienen buen lustre y parecen como si fuesen muchas juntas y de otras figuras, y por el revés están huecas como vejigas. Esta manera dice Plinio que procede del tronar, porque se encogen y hacen en lugar de perla casi como vejiga vacía de dentro, y que esta tal se llama phisemata.

Es conclusión de todos los lapidarios y de los que escriben de estas margaritas o perlas, y más apuntadamente así determinado por Plinio, que son de muchas hojas las perlas y que se rozan y gastan: lo cual nuestros ojos enseñan a quien lo quiere ver, que son así como los ojos de los besugos, o como una cebolla, hojaldradas y una camisa sobre otra, disminuyéndose su grosor hasta un punto en su mitad, un lecho o corteza sobre otra, y así por esta propiedad ha lugar el arte de algunos expertos para labrarlas y pulir, cuando en las primeras hojas hay algún vicio o pelo u otra dificultad en la perla, si tiene cuerpo para ello y en la parte interior es capaz y limpia o menos viciosa. Pero pocas veces la mano del más sutil hombre que en esto puede entender la deja tal como la que sale perfeccionada de las manos o artificio de la natura; y lo mismo digo del oro, porque nunca lo vi jamás tan bien labrado que tuviere tal color como aquella, con que se saca de las minas. Verdad es que a las perlas conviene lavarlas de cuando en cuando, porque se empañan trayéndolas, y quieren estar muy bien tratadas.

[c. 1514]

UNA NATURALEZA DESBORDANTE

BARTOLOME DE LAS CASAS

MUERTE INFERNAL

LA VIDA DE LOS INDIOS que se traen para pescar perlas, no es vida, sino muerte infernal (algo dijimos de ella) y es ésta. Llévanlos en las canoas, que son sus barquillos, y va con ellos un verdugo español que los manda; llegados en la mar alta, tres y cuatro estados de hondo, mandan que se echen al agua; hinchen dellas unas redecillas que llevan al pescuezo, o asidas a un cordel que llevan ceñido, y con ellas o sin ellas suben arriba a resollar, porque no siempre donde se zambullen las hallan; y si se tardan en mucho resollar, dales prisa el verdugo que se tornen a zambullir, y a las veces les dan de varazos que se zambullan, y siempre todo este tiempo nadando y sosteniéndose sobre sus brazos. Están en esto todo el día, desde que sale hasta que se pone el sol, y así todo el año se llegan allá. La comida es algún pescado, y el pescado que tienen las mismas ostias donde están las perlas y pan cazabí, hecho de raíces y maíz, que son los panes de allá: el uno de muy poca sustancia, que es el cazabí, y el otro que se hace con mucho trabajo; y déstos no muchas veces quizá se hartan. Las camas que les dan a la noche son el suelo con unas hojas de árboles o hierba, los pies en el cepo, porque no se les vayan. Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir, o porque se ahogan de cansados y sin fuerzas y por no poder resollar, o porque algunas bestias marinas los matan o tragan. Hay dos especies de bestias comúnmente, y aun tres, crudelísimas, que comen los hombres y aun caballos hacen pedazos; la una es tiburones, y la segunda marrajos, la tercera cocodrilos que llaman los que no saben lagartos. Los tiburones y lagartos, que tienen los dientes admirables, asen del hombre o del caballo por la pierna o por el brazo o por otra cualquiera parte, y llévanlo hondo y allí lo matan y después de su espacio lo comen. Los marrajos son muy más grandes y tienen grandes bocas, y del primer bocado lo tragan.

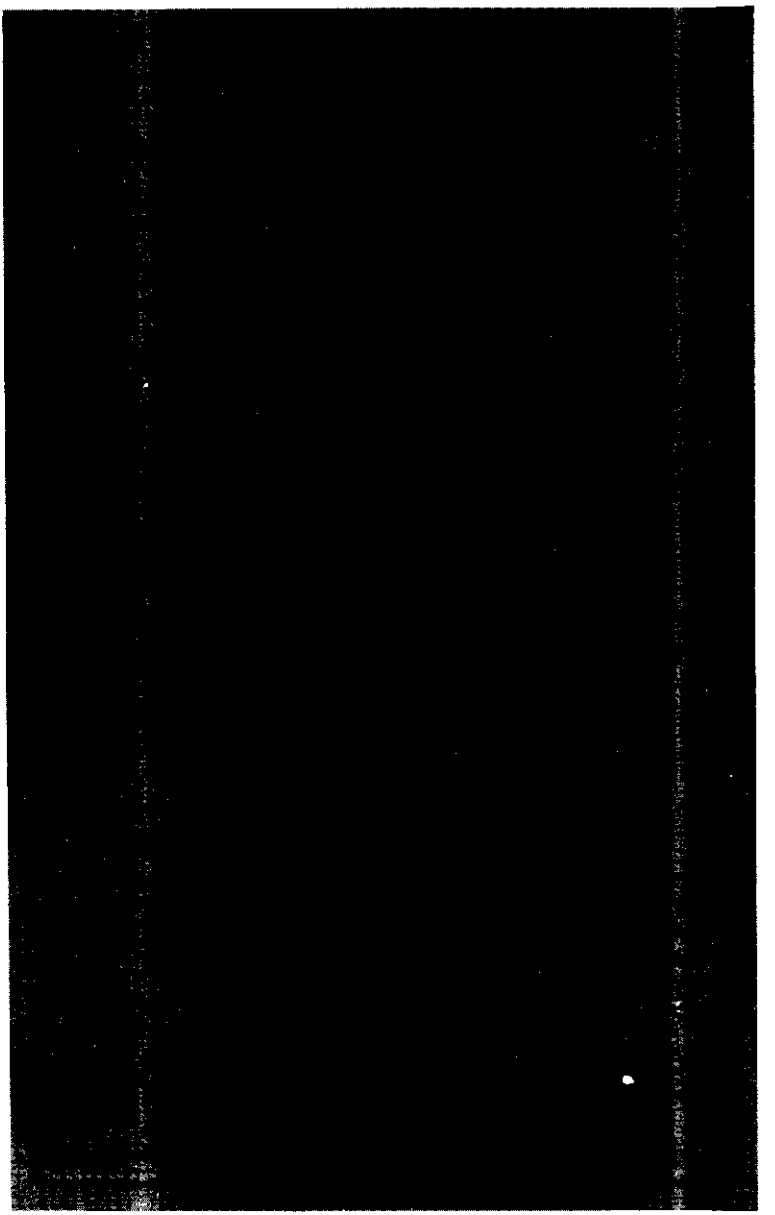
Una vez acaesció que un indio, zambulléndose, vio cerca de sí un marrajo; subióse luego huyendo a lo alto; el español verdugo riñe con él porque se subió tan presto sin sacar algo; dijo que estaba por allí un gran pescado y que tuvo temor dél no le matase; fuérzalo a que tornase a se zambullir, y, por ventura, le dio de varazos. Zambúllese el triste, y el marrajo, que lo estaba aguardando, arremete con él y trágalo. Parece

que al principio peleó el indio con el pescado y hubo cierto remolino en el agua por un rato; entendió el español que el pescado había acometido al indio, y como vio que el indio se tardaba, mató un perrillo que allí tenía y púsolo en un anzuelo de cadena grande, que para estos pescados comúnmente traen, y echólo al agua; y luego lo asió el marrajo, que aún no estaba contento, y el anzuelo prendió dél de manera que no pudo escaparse.

Sentido por el español que estaba preso, lárgale soga, y poco a poco vase hacia la playa en su canoa o barco. Salta en tierra, llama gente que le ayuden, sacan la bestia, danle con hachas y piedras o con lo que pudieron y mátanla; ábrenle el vientre y hallan al desdichado indio y sácanlo, y da dos o tres resuellos, y allí acabó de expirar.

De aquí se puede conocer si con esta granjería de sacar o pescar perlas nuestra gente guarda los mandamientos divinos del amor de Dios y del prójimo, poniendo en peligro de muerte corporal y también del ánima, por morir sin fe y sin sacramentos, a sus prójimos, por anteponer su propia codicia e interés temporal; y esto allende la tiranía con que los oprimen, trayéndolos allí por fuerza y contra su voluntad. Item, allende la infernal vida que les dan hasta que los acaban y consumen por la mayor parte en breves días; porque ¿cómo es posible los hombres vivir, estando la mayor parte de la vida sin resuello debajo del agua? Y allende la frialdad del agua que los corrompe, mueren comúnmente de echar sangre por la boca y de cámaras de sangre por el apretamiento del pecho, por causa de estar casi la mitad de la vida sin resuello. Conviértenseles los cabellos, siendo ellos de su naturaleza negros, quemados como pelos de lobos marinos, y sáleles por las espaldas salitre, que parecen otra especia de hombres o de monstruos.

[c. 1516]



Arbol del cacao, grabado fechado en París, 1558.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

ABUNDANCIA DE ANGUILAS. PRECOCIDAD DE LOS ANIMALES. ARBOL DE LA CANELA. PLATANOS

HAY EN LA ESPAÑOLA una colonia con puerto, que se llama Zavana porque está en una planicie pantanosa y de mucha hierba, a propósito para criar bueyes y caballos, pues los españoles llaman Zavana a semejante llanura. La colonia tiene un buen río: en ciertas temporadas del año recibe en su álveo tantas aguas llovedizas que se llena toda la llanura, y eso que es anchísima, por estorbar los collados y los límites de ella que las aguas corran libremente al puerto.

Aquel aluvión arrastra semejante cantidad de anguilas que, cuando el río vuelve a su cauce entre las algas palustres y la espesura de las cañas que allí nacen naturalmente, se quedan las anguilas en seco como enzarzadas. Al saber ésto los marineros, si alguna vez les plugo ir en tiempo oportuno, con consentimiento de los vecinos pudieron cargar las naves de esa pesca; pero si adelantándose la inundación, como muchas veces acontece por la varia disposición del cielo, retardaron el ir a buscar las anguilas, o si no teniendo paciencia para esperar por haber ido antes pensaron en marcharse, para que la abundancia exuberante de anguilas pudriéndose no corrompa el aire, echan al llano las piaras de cerdos y dan opíparo convite a los marranos, de que hay multitud increíble en las islas de los pocos que se llevaron de aquí.

Por la naturaleza de aquel clima, todos los cuadrúpedos o están preñados o lactando todo el año, y no es raro que hagan ambas cosas a la vez: las becerras y las pollinas conciben a los diez meses, y frecuentemente paren dos de una vez; y que viven más tiempo que en otras partes con el aire de nuestros climas, lo prueban con un ejemplo. El Deán arriba nombrado llevó a la Española, hace veintiséis años, una vaca que aún vive y pare cada año, según testimonio de los vecinos, y en mi presencia se ha jactado (pues está todavía ante nosotros) que con los nietos de tal vaca sola y la prole sucesiva, juntó un rebaño de más de ochocientas cabezas; de todas las aves cuentan lo mismo, que apenas salidas del nido se hacen adultas y tienden a engendrar nueva prole.

También merece otra alabanza entre los colonos de la episcopal de la Concepción, que es la sede de su deanato, y es que fue de los primeros que sembraron el *árbol de la canela,* aunque con semillas lo

hizo otro antes, y después él por medio de plantaciones; y es tanta la abundancia de esos árboles, de grandes como el moral, en la Española, Cuba y Jamaica, que opinamos que de aquí a pocos años una libra ha de valer lo mismo que ahora nos llevan por una onza los farmacéuticos. Pero en las cosas humanas no nace nunca el regaliz sin que vaya junto algo de cizaña. Al olor de estos árboles acuden tantas hormigas, que se comen cuanto se siembra junto a ellos y en sus cercanías, y ya ocasionan a los colonos graves molestias.

De las bellotas de este árbol y de lo largo de sus vainas, se refieren cosas sabrosas. Al soplar los vientos, principalmente cuando maduran, es tal el choque de ellas, que parece que hay bandadas de patos y ánades graznando entre aquellos árboles. Cuentan que de este choque, según que el jugo esté verde o maduro, y según lo que pesa en la bellota la almendra y la médula, se producen varias modulaciones de sonidos no desagradables.

Acerca del árbol, que yo mejor llamaría col, porque es como un cardo esponjoso, no sólido aunque se hace tan alto como el laurel, hay que repetir muchas cosas: en las primeras Décadas se hizo mención de él. Los que lo disfrutan le llaman plátano, aunque se diferencia muchísimo del plátano, y no tiene parentesco ninguno con él: como que el plátano es un árbol sólido y ramoso, más frondoso que los demás árboles, estéril, alto, recio, vivaz, como es de creer que Vuestra Excelencia lo habrá oído alguna vez; pero este otro, conforme lo he dicho, es casi inútil aunque de fruta, poco frondoso, muere cada año (*hebes*) es frágil, tiene sólo un tallo, sin ramas, echa pocas hojas, que de largas tienen cuando más brazo y medio, y de anchas dos palmos, agudas por abajo y muy parecidas a las hojas de la caña.

Cuando por el frío del invierno se ponen lánguidas, inclinan la cabeza y por su propio peso miran a la tierra; es tan pródigo este árbol de su vida vegetal, que a los nueve meses, o cuando más a los diez de haber nacido, se pasa, envejece y muere. Crece de repente, y cuando es adulto cría pocos racimos de su seno. Cada racimo procrea treinta frutas, y a veces algunas más: éstas tienen en las islas la figura y el tamaño de un cohombro cortado; en el continente crían más grandes racimos y crecen más. Antes de sazonar son verdes: cuando maduran se ponen blancos. La pulpa se asemeja mucho a la manteca fresca en lo blanda y en el sabor. La primera vez que se prueba no agrada, pero a los que se han acostumbrado les sabe muy bien.

El vulgo de Egipto charla que ésta es la fruta de nuestro primer padre Adán con que manchó al género humano. Los extranjeros traficantes en inútiles aromas y perfumes y olores de la Arabia que afemi-

nan, y en inútiles perlas, que fueron a aquellas tierras en busca de ganancias, llaman a esas frutas musas; pero a mí no se me ocurre con qué nombre pueda llamar en latín a ese árbol o col. He consultado varios autores latinos, y entre los modernos los que se tienen por latinísimos: ninguno me da norma. Plinio hace mención de cierta fruta que llaman mixa; cierto literato no mediocre dice que debe llamarse *mixa*, porque esa palabra dista poco de musa. No me ha parecido bien, por cuanto Plinio afirma que de la mixa se hace vino; pero de ésta es un disparate decir que pueda hacerse.

Vi yo muchas de éstas, y comí no pocas en Alejandría de Egipto, cuando en nombre de mis reyes católicos, Fernando e Isabel, desempeñaba mi embajada para con el Sultán; yo no creo que de aquélla pueda sacarse vino. Ahora contemos de dónde les fue esta fruta a los españoles que habitan en aquellas tierras, y por qué ya no les gusta.

Cuentan que primero la llevaron de aquella parte de la Etiopía que se dice vulgarmente Guinea, donde es común y nace espontáneamente. Una vez sembrada, se aumenta tanto, que muchos están arrepentidos de haberla plantado y criado en sus predios. Dondequiera que se siembra una vez, deja la tierra inútil para los demás productos, con perjuicio de la liberalidad de los altramuces, que benefician los campos: cría y extiende sus raíces con más fecundidad que la enredada grama o la piedra de una montaña, de suerte que el campo en que entra ya no se puede limpiar ni con arado ni con azadón, sin que, renaciendo perpetuamente de cualquier raicilla delgada y capilar oculta entre los terrones, vuelvan a pulular nuevos hijos, que cuando salen de hondo trondo de tal manera chupan a su madre viva que apuran toda su virtud y la matan antes de tiempo. Lo mismo les sucede después a los mismos hijos, como en castigo de la poca piedad filial que con su madre tuvieron, que en dando el fruto en seguida perecen. Es tan frágil, que, aun cuando se hace tan recia como el muslo de un hombre y tan alta como un laurel, según se ha dicho con un golpe mediano de una espada o de un bastón se troncha cual planta de cañaheja o de cardo.

ARBOLES SEDOSOS. UTILIDADES DEL BEJUCO. PLAGAS DE MOSQUITOS. REMEDIO EN LOS CUCUYOS

Hay en la Española, en el territorio del cacique Viejo, un árbol que se llama mocarix, cuyo nombre conserva todavía la región, y tiene el tamaño del moral copudo. En las puntas de las ramas cría algodón no menos útil que el de semillas que se siembra cada año. Otro árbol

cría lana, como en la Escitia, buena para hilada y tejida; pero no la aprovechan porque ya la de carnero les es inmensamente más ventajosa y no tienen operarios del arte de la lana hasta el día de hoy. Se aumentarán poco a poco las artes mecánicas a medida que crezcan los pueblos.

No debe omitirse cómo la naturaleza les suministra espontáneamente cuerdas y maromas. No hay apenas árbol de cuyas raíces no pulule cierta hierba parecida a la verbena: llámanla bejuco, y es como los altramuces. Trepa por el tronco del árbol que le sirve de madre, más fuertemente agarrada que la yedra. Cuando llega a las últimas puntas se vuelve y rodea al árbol madre con tantas vueltas, que le cubre a modo de capota o sombrilla y le defiende del demasiado calor. A propósito para atar cualesquier grandes costales y para llevar peso, así como para unir las vigas y junteras de las casas, dicen que sujetándolas con bejuco se mantienen más seguramente apretadas que clavándolas con clavos de hierro, porque ni se pudre nunca por la lluvia, ni se pone seco con las sales, y desgajándose un poco cede si la violencia de los huracanes conmueve la casa, pues las casas son de madera. Los indígenas llaman huracanes a los furiosos torbellinos de viento que solían arrancar de raíz grandes árboles, y muchas veces destruirles las casas. Las que estaban engalabernadas con clavos, saltando éstos, se desbarataban; pero las que estaban sujetas con numerosas ataduras de bejuco, en la sacudida no hacían más que vacilar, y luego volvían a su sitio, arreglando el engañaberno. Al principio de ocupar los nuestros la Española se veían molestados de estos furiosos huracanes.

Durante ellos, afirman que con frecuencia se dejaron ver los demonios del infierno, pero que cesó aquella horrenda calamidad desde que se presentó en la isla el sacramento de la Eucaristía, y qué ya no volvieron a verse más los demonios, que solían aparecerse familiarmente a los antiguos, de noche. Por eso a semejanza de tales espectros hacían sus zemes, o sea, simulacros adorables de madera, o de tela de algodón, rellena también de algodón hasta darle la dureza de la piedra, a la manera que los pintores dibujan vestigios en las paredes para aterrorizar a los hombres y apartarlos de maldades. A tu tío Ascanio, cuando la fortuna era para él una madre, le envié con otras cosas dos zemes de los que trajo Colón, primer descubridor de los arcanos del océano.

Bejuco puede cualquiera cortar como a tajo cuantos brazados necesite para cualquier cosa que se le ocurra.

Atendamos ahora a otro beneficio admirable de la naturaleza. En la Española y en otras islas del océano hay lugares pantanosos muy a propósito para apacentar rebaños. Las colonias levantadas en sus orillas se ven terriblemente atacadas de varias especies de mosquitos que cría

aquel calor húmedo, y eso no solamente de noche como en las demás regiones; por eso los habitantes edifican las casas bajas, y dejan en ellas puertas pequeñas, por donde apenas puede entrar el amo y sin agujeros para que no puedan entrar los mosquitos. Por lo mismo se abstienen también de encender teas, porque los mosquitos tienen instinto natural de ir a la luz, y sin embargo, muchas veces encuentran por donde meterse.

La naturaleza envía aquella peste, y la misma da también el remedio. Así como a nosotros nos ha dado gatos para extirpar la fea raza de los ratones, les ha dado a ellos astutos cazadores de los mosquitos, que les son por varios títulos ventajosos: les llaman cucuyos. Estos son unos gusanos con alas, inocentes, poco más pequeños que los murciélagos. Yo les llamaría mejor una clase de escarabajos, porque en la misma disposición que ellos, debajo del ala que sirve de dura vaina, tienen otras alas que esconden debajo de aquélla cuando no vuelan.

A este animal, al modo que de noche vemos relucir las moscas nocturnas, y entre la espesura de las cercas a ciertos gusanos perezosos la próvida madre naturaleza les dió cuatro espejos muy brillantes: dos en el sitio de los ojos, y dos en los ijares ocultos bajo la cáscara, los cuales manifiesta cuando sacando sus alas finas, como lo hacen los escarabajos, se echa a volar, y así cada cucuyo lleva consigo cuatro luces. Pero da gusto oír de qué manera son remedio de un mal tan grande como es el verse acosado de los aguijones de los mosquitos, que en algunas partes son pocos menores que las abejas.

El que advierte que tiene en su casa estos tan malos huéspedes (como son los mosquitos) o teme que se le entren, procura coger cucuyos, a los que engaña con esta industria inventada por la admirable maestra la necesidad. El que necesita cucuyos, sale de casa en el primer crepúsculo de la noche llevando en la mano un tizón encendido; se sube a cualquier altura próxima donde puedan verle los cucuyos, y, llamándolos a voces, da vueltas al tizón gritando fuerte: cucuyo, cucuyo. Piensan sencillamente algunos que, gustándoles el sonido de la voz que les llama, acuden volando los cucuyos; más yo creo que van al resplandor del tizón porque a cualquier luz acude un enjambre de mosquitos, que los cucuyos se comen en el aire mismo, como los vencejos y las golondrinas.

Cuando ha venido el deseado número de cucuyos, el cazador suelta de la mano el tizón: a veces algún cucuyo se va tras el tizón y se deja caer al suelo. Entonces puede cogerle fácilmente el que lo necesita, como el caminante coge al escarabajo cuando lleva cerrada la cáscara. Otros niegan que suelan cogerse así los cucuyos, sino que dicen que los

que van a cazarlos tienen preparadas unas ramas muy frondosas, o anchas telas con las que le pegan al cucuyo cuando va volando alrededor, y le echan al suelo, donde caído está torpe y se deja coger, o, según otros dicen, cuando se deja caer, échanle encima la dicha rama frondosa o la tela y le cogen.

Como quiera que sea, el que ha ido a cazar al cucuyo, cuando ha cogido a este cazador se vuelve a su casa, y cerrando la portezuela de ella le suelta. El cucuyo, volando precipitadamente, da vuelta a la casa en busca de mosquitos; debajo de las camas colgadizas y en torno de la cara de los que duermen, que suelen atacarla los mosquitos, parece que está de guardia para que puedan dormir los allí encerrados.

DE LA LUZ QUE DAN LOS CUCUYOS, Y COMO SE APROVECHABA. CULEBRILLAS MALIGNAS. LAS AMAZONAS

Otra ventaja útil y graciosa proviene de los cucuyos. Cuantos ojos abre cada cucuyo, tantas luces disfruta su huésped. A la luz del cucuyo, que va revoloteando, hilan, cosen y tejen los indígenas y tienen sus danzas: éstos creen que le gustan las armonías de los que cantan, y que él también ejecuta en el aire los movimientos de los que bailan; pero es que él, siguiendo las varias vueltas de los mosquitos, por necesidad describe muchos círculos volando arrebatadamente por comer. También los nuestros leen y escriben a la luz, que brilla siempre en el cucuyo mientras tiene aquélla su regalada vianda; pero en habiendo apurado los mosquitos, o ahuyentándose ellos, él comienza a tener hambre y su luz va faltando; por eso, cuando observan ésto, abriéndole la portezuela, le dejan ir libre para que se busque la comida.

Por entretenimiento, o por hacer miedo a los que temen cualquiera sombra, cuentan que muchos maleantes a veces se frotan la cara de noche con la carnecilla de un cucuyo muerto para salir con la cara reluciente al encuentro de sus vecinos, que han espiado por dónde irían, como a veces entre nosotros los jóvenes traviesos, poniéndose una careta con la boca abierta y grandes dientes, procuran asustar a los niños o a las mujeres, que se espantan de poco, pues la cara restregada con la masa del cuerpo reluce cual llama de fuego; pero luego se debilita aquella virtud luminosa y se extingue, no siendo más que cierto humor luciente que hay en una poca materia.

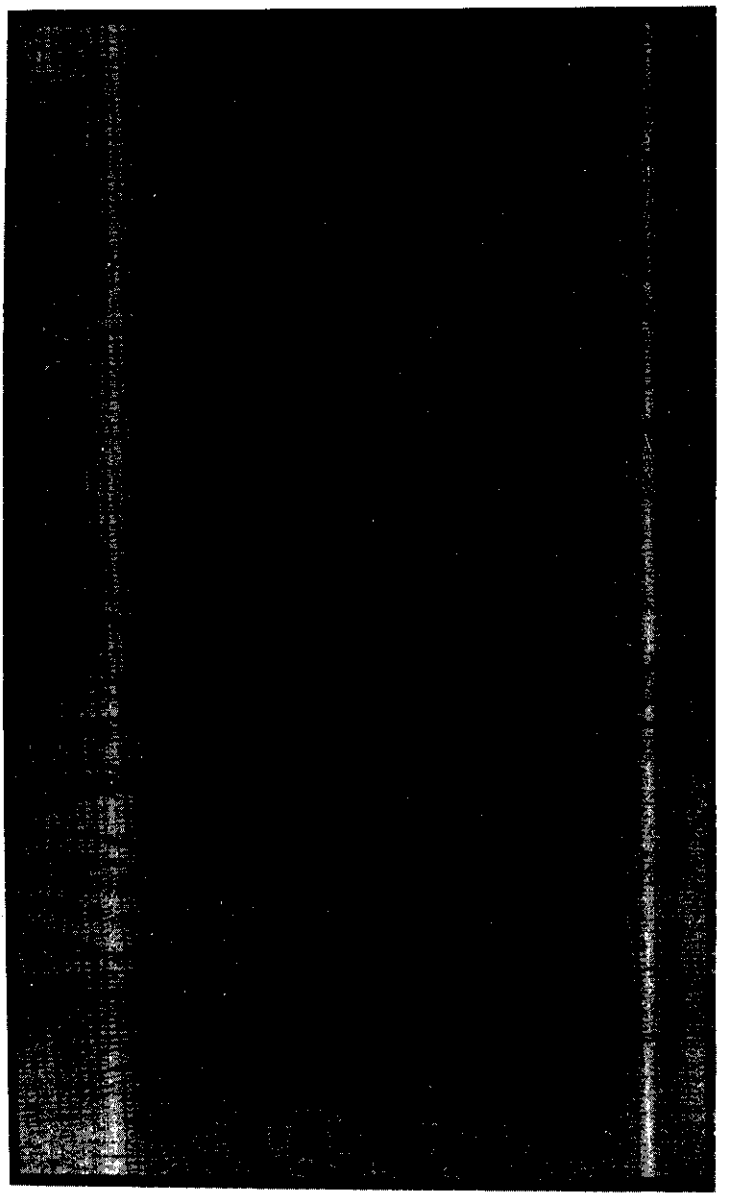
Otra ventaja maravillosa se saca del cucuyo. Los isleños enviados de noche por los nuestros, caminan más a gusto atándose dos cucuyos

en los pulgares de los pies; guiándose por su luz, andan tan bien como si llevaran consigo tantas candelas cuantas luces llevan descubiertas los cucuyos, y aun toman otro en la mano para buscar uthias de noche. Son las uthias cierta clase de conejos poco mayores que los ratones, y eran el único cuadrúpedo que conocían y comían hasta que llegaron los nuestros.

También pescan a la luz de los cucuyos, a la cual arte se dedican muchísimo, ejercitándose desde niños: de modo que al uno y al otro sexo lo mismo les da nadar que andar por tierra. Y no es esto maravilla si se tiene en cuenta el parto de las mujeres, que cuando conocen que se cumple el tiempo de dar a luz se salen al bosque vecino, y allí, agarrando con ambas manos las ramas de algún árbol, paren sin auxilio de ninguna comadre; y corriendo, la misma madre lleva en brazos la criatura al próximo río. Allí, una y otra vez, ella misma se lava y lava al hijo, y lo restrega y le sumerge, y se vuelve a casa sin quejarse, sin hacer ruido, y le da de mamar. Después todos los días, según costumbre, se lavan muchas veces y lavan al hijo. Esto lo hacen todas de igual manera. No falta quien diga que en algunas partes las que van a parir se van a donde hay agua, y allí esperan el parto, poniéndose en disposición (*cruribus apertis*) para que caiga al agua. Cuéntase por muchos cosas varias respecto a esto.

Cuando poco antes de medio día estaba yo escribiendo esto del gracioso cucuyo, se me ha presentado de improviso, acompañado de Camilo Gilino, a quien tengo siempre en mi casa, ya porque es servidor de Vuecencia, ya porque me gustan sus costumbres, el portero de la cámara del César, Santiago Cañizares, que desde los primeros comienzos de estas cosas, con no pocos amigos jóvenes amantes de las novedades, palaciegos de los reyes católicos Fernando e Isabel, había marchado con el propio Colón, cuando, obtenida la segunda armada de diecisiete naves, se fue a la empresa del océano, de la cual escribí con bastante extensión a Ascanio.

Este (Cañizares), durante la comida, contó muchas cosas en presencia de Gilino. Al ver que yo había hecho mención del cucuyo, dijo que vio el primero en cierta isla de los caníbales, entre las tinieblas de una noche obscurísima, cuando, habiendo desembarcado, estaban tendidos en la arena, un sólo cucuyo que, saliendo del bosque próximo, relucía tanto sobre sus cabezas, que los compañeros podían verse y conocerse perfectamente unos a otros, y jura que podían leerse fácilmente las cartas con su luz. Lo mismo declara un varón de peso, ciudadano de Sevilla, que se llama P. Fernández de las Varas, uno de los primeros habitantes de la Española, y el primero que en ella edificó desde los cimientos una casa de piedra; afirma que leyó cartas muy largas a la luz del cucuyo.



Hojas de plátano, en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés,
en *Libro secondo delle Indie occidentali. Summario de la naturale et generale historie de l' Indie occidentali* (Venecia, 1534).

Y no pasaré por alto lo que éste contó de unas pequeñas culebrillas delgadas y malísimas. De ellas refiere que se suben rápidamente a los árboles próximos a los caminos, y cuando advierten que va a pasar por allí algún caminante con la cola se cuelgan de una rama, y soltándose de ella embisten al incauto pasajero y se le tiran a la cara para herirle en el ojo, y que no se propone herirle en otra parte más que donde el ojo brilla (*en la niña*); pero pocos incurren en esta desgracia, porque una larga experiencia les ha enseñado la cautela de pasar apartándose de los árboles sospechosos. Cuenta medio espantado, este varón distinguido, que se le tiró a él una, y que le habría herido si no hubiera sido que, avisado por un isleño que le acompañaba, levantó la mano izquierda contra el animal que se arrojaba. Dicen que es terrible su aguijón. Añaden también éstos que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres que a flechazos defienden con bravura sus costas, y que en ciertas temporadas del año pasan allá los caníbales para engendrar, y que desde que están encintas ya no aguantan a los hombres, y que a los niños (que les nacen) los echan fuera y se guardan las hembras, de lo cual hice mención en las primeras Décadas, y lo dije así como por fábula. Poco más arriba referí que el secretario Alfonso Argollo dijo lo mismo que Cañizares. Me he enterado muy bien de este punto, que se pasó cuando se hizo larga mención de los ritos de los isleños; pues ni el jinete salta a la meta de un solo salto del caballo, ni las aves cruzan todo el mar con un sólo soplo de los vientos.

[c. 1516]

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE "MOTOLINIA"

DE LA ABUNDANCIA DE RIOS Y AGUAS QUE HAY EN ESTOS MONTES, EN ESPECIAL DE DOS MUY NOTABLES FUENTES; Y DE OTRAS PARTICULARIDADES Y CALIDADES DE ESTOS MONTES Y DE COMO LOS TIGRES Y LEONES HAN MUERTO MUCHA GENTE

LA MAYOR NECESIDAD que la tierra tiene y lo que la hace ser buena, es tener abundancia de agua, de la cual hay mucha en estos montes, así de la que llueve del cielo, de la cual muy a menudo es regada, como de fuentes y manantiales, que de todo es abundantísima, digo a la parte del norte y mediodía, que son tantos los arroyos y ríos que por todas partes corren de estos montes, que en la verdad me aconteció en espacio de dos leguas contar veinte y cinco ríos y arroyos. Y esto no es en la tierra adonde más agua había, sino así acaso, yendo de camino, se me antojó de contar los ríos y arroyos que podría haber en dos leguas, para dar testimonio de la verdad, y hallé estos veinte y cinco ríos y arroyos que digo, y por otras muchas partes de estos montes se hallará ésto que digo y mucho más, porque es la tierra muy doblada.

Hay en toda esta Nueva España muy grandes y muy hermosas fuentes, y algunas de ellas tan grandes, que luego como nacen de una fuente se hacen un río. Y esto he yo visto en muchas partes, entre las cuales dos me parecen dignas de memoria, y para dar gloria y alabar al Señor que las crió, porque todos los españoles que las han visto les ha sido mucha materia de alabar y bendecir a Dios que tal crió, y todos dicen y confiesan no haber visto semejante cosa en todas las partidas que han andado. Ambas nacen al pie de estos montes y son de muy gentil y clara agua. La una llaman los españoles la fuente de Aulizapa porque nace en un pueblo que se llama de aquel nombre, que en nuestra lengua quiere decir agua blanca, y así lo es muy clara, y sale con mucho ímpetu. La otra fuente está en un pueblo que se llama Aticpac, esta es una fuente redonda, tan grande, que una persona tendrá que hacer con un arco echar un bodoque de la una parte a la otra. Es en el medio muy honda, y por las orillas tiene siete u ocho estados de agua, y está en toda ella la agua tan clara, que en todas partes se ve el suelo, o por mejor decir las piedras, porque nace de entre unas grandes piedras y peñas, y vese todo tan claro como si fuese a medio estado. Luego des-

de la fuente sale tanta agua, que se hace un grande río ancho y lleno de pescado, y en el mismo nacimiento hay muchos peces y buenos. Esta fuente que digo nace al pie de dos sierras, y tiene encima de sí un muy notable y hermosísimo peñón de muy graciosa arboleda, que ni pintado ni como dicen hecho de cera no podría ser más lindo, ni más entallado ni mejor proporcionado; es por debajo muy redondo, y va subiendo y ensangostándose igualmente por todas partes. Tendrá de altura más de cien estados, y así en el peñón como en la fuente había antiguamente grandes sacrificios, como en lugares notables.

Es cierto cosa muy de mirar y de grande admiración ver algo desviado unos montes tan altos y tan grandes, que parece cosa imposible que por allí pueda pasar río, y allá en lo profundo da Dios a los ríos sus canales y cursos, ya anchos, ya llanos, angostos, y apretados. En partes corren con gran mansedumbre, y por otras partes corren con tanta furia, que ponen temor y espanto a los que los miran, de verlos ir por entre altas y grandes rocas de peña tajada, y ver entrar un gran río por muy estrecha canal. Otras veces hace caer los ríos de tan grande altura, que apenas se ve lo profundo, ni hay quien se ose acercar a lo mirar, y si algún monte se le pone delante, con su furia lo mina y barrena, y hace paso por donde pueda colar y pasar su furia a la otra parte, dejando encima hecha puente firme y segura del mismo monte, por donde sin peligro se pueda pasar. En lo alto de estos montes y en lo bajo todo es tierra poblada, y también en las riberas de los ríos, y por las laderas hay poblaciones vistosas de lejos, que adornan y hermosean en gran manera toda aquella comarca.

Cuando los frailes salen de sus monasterios y van a predicar y a bautizar por los pueblos que están en estos montes, que están desviados de los monasterios, luego como por la tierra se sabe salen al camino los señores de los pueblos, o envían a ellos sus mensajeros de treinta y cuarenta leguas, a rogarles que vayan a sus pueblos a bautizar a mucha gente que los están esperando, para que les enseñen la palabra de Dios. Los unos pueblos están en lo alto de los montes, otros están en lo profundo de los valles, y por esto los frailes es menester que suban a las nubes, que por ser tan altos los montes, están siempre llenos de nubes, y otras veces tienen de abajar a los abismos, y como la tierra es muy doblada, y con la humedad por muchas partes llena de lodo y resbaladeros aparejados para caer, no pueden los pobres frailes hacer estos caminos sin padecer en ellos grandísimos trabajos y fatigas. Yo soy cierto que los que esta tierra anduvieron, que se les acuerde bien de lo que digo, y confiesen y digan ser todo esto verdad. Con todo esto los frailes los van a buscar, y a administrar los sacramentos y predicarles

la palabra y Evangelio de Jesucristo, porque viendo la fe y necesidad con que lo demandan, ¿a qué trabajo no se pondrán por Dios y por las ánimas que El crió a su imagen y semejanza, y redimió con su preciosa sangre, por los cuales El mismo dice haber pasado días de dolor y de mucho trabajo?

Los pueblos que están más abajo de la costa, en sabiendo que los frailes andan visitando, luego van a los recibir y a llevar en *acales* o barcas, en que vengan a sus pueblos, que la tierra hacia la costa en muchas partes se manda por los ríos, por estar perdidos los caminos por la falta de la gente, porque está muy despoblada, según lo que solía ser bien poblada y abundante de gente, que por una parte los grandes tributos y servicios, y casas que hacían a los españoles lejos de sus pueblos, y esclavos que sacaron y los hicieron sin lo ser, y en otras partes guerras y entradas que los españoles hicieron, han quedado poco indios. Y por otra parte los tigres y leones han comido mucha gente, lo cual no solían hacer antes que los españoles viniesen. La causa de esto se cree que es, que cuando la gente era mucha, los tigres y leones no osaban salir ni bajar de las montañas altas a lo bajo, y después encarnizándose en los indios que morían por los caminos, o fue por permisión de Dios, porque cuando todos los otros pueblos de la tierra recibían la fue y el bautismo, entonces también fuera razón que ellos despertaran y buscaran al verdadero Dios, y no hicieron. Acontecióles a éstos como a los gentiles advenedizos que poblaron a Samaria, que porque no temieron a Dios ni lo adoraron, mandó Dios a los leones que descendiesen de las montañas y los matasen y comiesen. De esta manera acá, en este tiempo que digo, los leones y tigres salían a los pueblos de las costas y mataron y comieron muchos indios, y algunos españoles a vueltas, tanto, que casi se despoblaron muchos pueblos, y a los indios les fue forzado a desamparar la tierra, y los que quedaron en ella morar juntos, y hacer cercados y palenques, y aún con todo esto si de noche no se velaban no estaban seguros.

Otros pueblos vi yo mismo que los moradores de ellos cada noche se acogían a dormir en alto, que ellos tienen sus casillas de paja armadas sobre cuatro pilares de palo, y en aquella concavidad que cubre la paja se hace un desván o barbacoa cerrado por todas partes, y cada noche se suben allí a dormir, y allí meten consigo sus gallinas y perrillos y gatos, y si algo se les olvida de encerrar, son tan ciertos los tigres y leones que comen todo cuanto abajo se olvida. Pero están ya tan diestros los perros y aves y gatos, que venida la tarde todos se ponen en cobro, sin que sea menester tañer la queda, porque todos tienen cuidado de ponerse en cobro con tiempo, so pena de la vida y de ser

comido de los leones y tigres. Después que se han bautizado y se confiesan y han hecho iglesias, ha cesado mucho la crueldad de aquellas animalías.

Los españoles, para defender y conservar a sus indios, buscaron buenos perros que trajeron de Castilla, con los cuales han muerto muchos tigres y leones. En un pueblo que se dice Chocamán, se han muerto por cuenta ciento y diez tigres y leones, y en otro pueblo que se dice Amatlán, el indio señor de este pueblo hubo dos perros de los de España, el uno de ellos era muy bueno, con los cuales ha muerto ciento y veinte leones y tigres. Yo vi muchos de los pellejos. Cuando los matan es menester ayudar a los perros, porque en estas partes los tigres y los leones en viéndose acosados, luego se encaraman por los árboles; y para echarlos abajo es menester flecharlos, porque muchas veces no alcanzan con una larga lanza adonde ellos se encaraman, porque suben por un árbol como un gato. Cuando algunos caminan en compañía por estas tierras y duermen en el campo, hacen a la redonda de sí muchos fuegos, porque los leones y tigres tienen mucho temor al fuego y huyen de él. Por estas causas dichas lo más del trato y camino de los indios en aquella tierra es por *acales* o barcas por el agua. *Acale* en esta lengua quiere decir casa hecha sobre el agua; con éstas navegan por los grandes ríos, como son los de la costa, y para sus pesquerías y contrataciones; y con éstas salen a la mar; y con las grandes de estas *acales* navegan de una isla a otra, y se atreven a atravesar algún golfo pequeño. Estas *acales* o barcas de cada una es de una sola pieza, de un árbol tan grande y tan grueso como lo demanda la longitud, y conforme al ancho que le pueden dar, que es de lo grueso del árbol de que se hacen. Y para esto hay sus maestros, como en Vizcaya los hay de los navíos. Y como los ríos se van haciendo mayores cuanto más se allegan a la costa, son mayores estos *acales* o barcas. En todos los ríos grandes de la costa, y muchas leguas la tierra adentro, hay tiburones y lagartos, que son bestias marinas. Algunos quieren decir que estos lagartos sean de los cocodrilos. Son algunos de tres brazas en largo, y aun me dicen que en algunas partes los hay mayores y son casi el grueso y cuerpo de un caballo; otros hay harto menores. Adonde estos o los tiburones andan encarnizados nadie osa sacar la mano fuera de la barca, porque estas bestias son muy prestas en el agua, y cuanto alcanzan tanto cortan, y llévanse un hombre atravesado en la boca. También éstos han muerto muchos indios y algunos pocos españoles. Los lagartos salen fuera del agua y están muy armados de su mismo cuero, el cual es tan duro, que no es más dar en él con una lanza o con una saeta que dar en una peña. Las noches que los indios duermen en el agua en aquellos *acales*, no se

tienen que descuidar por temor de las bestias marinas. Y por temor de los tigres y leones no osan salir a tierra.

DEL ARBOL O CARDO LLAMADO MAGUEY, Y DE MUCHAS COSAS QUE DE EL SE HACEN, ASI DE COMER COMO DE BEBER, CALZAR Y VESTIR, Y DE SUS PROPIEDADES

Methl es un árbol o cardo que en lengua de las Islas se llama *maguey,* del cual se hacen y salen tantas cosas, que es como lo que dicen que hacen del hierro. Es verdad que la primera vez que yo le vi sin saber ninguna de sus propiedades dije: "Gran virtud sale de este cardo". El es un árbol o cardón a manera de una yerba que se llama zábila, sino que es mucho mayor. Tiene sus ramas o pencas verdes, tan largas como vara y media de medir; van seguidas como una teja, del medio gruesa, y adelgazando los lados del nacimiento. Es gorda y tendrá casi un palmo de grueso; va acanalada, y adelgázase tanto la punta, que la tiene tan delgada como una púa o como un punzón; de estas pencas tienen cada maguey treinta o cuarenta, pocas más o menos, según su tamaño, porque en unas tierras se hacen mejores y mayores que en otras. Después que el *methl* o *maguey* está hecho y tiene su cepa crecida, córtanle el cogollo con cinco o seis púas, que allí las tiene tiernas. La cepa que hace encima de la tierra, de donde proceden aquellas pencas, será del tamaño de un buen cántaro, y allí dentro de aquella cepa le van cavando y haciendo una concavidad tan grande como una buena olla; y hasta gastarle del todo y hacerle aquella concavidad tardarán dos meses, más o menos según el grueso del maguey; y cada día de éstos van cogiendo un licor de aquella olla, en la cual se recoge lo que destila. Este licor luego como de allí se coge, es como aguamiel; cocido y hervido al fuego, hácese un vino dulcete limpio, lo cual beben los españoles, y dicen que es muy bueno y de mucha sustancia y saludable. Cocido este licor en tinajas como se cuece el vino, y echándole unas raíces que los indios llaman *ocpatl,* que quiere decir medicina o adobo de vino, hácese un vino tan fuerte, que a los que beben en cantidad embeoda reciamente. De este vino usaban los indios en su gentilidad para embeodarse reciamente, y para se hacer más crueles y bestiales. Tiene este vino mal olor, y peor el aliento de los que beben mucho de él. Y en la verdad, bebido templadamente es saludable y de mucha fuerza. Todas las medicinas que se han de beber se dan a los enfermos con este vino; puesto en su taza o copa echan sobre él la medicina que aplican para la cura y la salud del enfermo. De este mismo licor hacen buen arrope y

miel, aunque la miel no es tan de buen sabor como la de las abejas; pero para guisar de comer dicen que es ésta mejor y es muy sana. También sacan de este licor unos panes pequeños de azúcar, pero ni es tan blanco ni tan dulce como el nuestro. Asimismo hacen de este licor vinagre bueno; unos lo aciertan o saben hacer mejor que otros. Sácase de aquellas pencas hilo para coser. También se hacen cordeles y sogas, maromas, cinchas y jáquimas, y todo lo demás que se hace del cáñamo. Sacan también de él vestido y calzado; porque el calzado de los indios es muy al propio del que traían los apóstoles, porque son propiamente sandalias. Hacen también alpargatas como los del Andalucía, y hacen mantas y capas, todo de este *methl* o *maguey*.

Las púas en que se rematan las hojas sirven de punzones, porque son agudas y muy recias, tanto, que sirven algunas veces de clavos, porque entran por una pared y por un madero razonablemente, aunque su propio oficio es servir de tachuelas cortándolas pequeñas. En cosa que se haya de volver o doblar no valen nada, porque luego saltan; y puédenlas hacer que una púa pequeña al sacarla saquen con su hebra, y servirá de hilo y aguja.

Las pencas también por sí aprovechan para muchas cosas. Cortan estas pencas, porque son largas, y en un pedazo ponen las indias el maíz que muelen, y cae allí; que como lo muelen con agua y el mismo maíz ha estado en mojo, ha menester cosa limpia en que caiga. Y en otro pedazo de la penca lo echan después de hecho masa. De estas pencas hechas pedazos se sirven mucho los maestros que llaman *amantecas*, que labran de pluma y oro, y encima de estas pencas hacen un papel de algodón engrudado, tan delgado como una muy delgada toca, y sobre aquel papel y encima de la penca labran todos sus dibujos, y es de los principales instrumentos de su oficio. Los pintores y otros oficiales se aprovechan mucho de estas hojas, hasta los que hacen casas toman un pedazo y en él llevan el barro. Sirven también de canales y son buenas para ello.

Si a este *methl* o *maguey* no le cortan para coger vino, sino que le dejan espigar, como de hecho muchos espigan, echa un pimpollo tan grueso como la pierna de un hombre, y crece dos y tres brazas, y echada su flor y simiente sécase. Y adonde hay falta de madera sirve para hacer casas, porque de él salen buenas latas, y las pencas de los verdes suplen por teja. Cuando ha echado su árbol, luego se seca todo hasta la raíz, y lo mismo hace después que le han cogido el vino. Las pencas secas aprovechan para hacer lumbre, y en las más partes es ésta la leña de los pobres; hace muy buen fuego y la ceniza es muy buena para hacer lejía.

Es muy saludable para una cuchilla o para una llaga fresca, tomada una penca y echada en las brasas, y sacar el zumo así caliente es mucho bueno. Para la mordedura de la víbora han de tomar de estos magueyes chiquitos, del tamaño de un palmo y la raíz que es tierna y blanca, y sacar el zumo, y mezclado con zumo de ajenjos de los de esta tierra, y lavar la mordedura, luego sana. Esto yo lo he visto experimentar y ser verdadera medicina: esto se entiende siendo fresca la mordedura.

Hay otro género de estos cardos o árboles de la misma manera, sino que el color es algo más blanquecino, aunque es tan poca la diferencia, que pocos miran en ellos, y las hojas o pencas son un poco más delgadas. De éste que digo sale mejor el vino que dije que bebían algunos españoles, y yo lo he bebido. El vinagre de éste también es mejor. Este cuecen en tierra, las pencas por sí y la cabeza por sí, y sale de tan buen sabor como un diacitrón no bien adobado o no muy bien hecho. Lo de las pencas está tan lleno de hilos que no se sufre tragarlos, sino mascar y chupar aquel zumo que es dulce. Más si las cabezas están cocidas de buen maestro, tiene tan buenas tajadas que muchos españoles los quieren tanto como buen diacitrón. Y lo que es de tener en más es que toda la tierra está llena de estos *metheles,* salvo la tierra caliente. La que es templada tiene más de estos postreros. Estas eran las viñas de los indios, y así tienen ahora todas las linderas y valladares llenas de ellos.

Hácese del *methl* buen papel; el pliego es tan grande como dos pliegos del nuestro; y de esto se hace mucho en Tlaxcala, que corre con gran parte de la Nueva España. Otros árboles hay de que se hace en tierra caliente, y de éstos se solía gastar gran cantidad; el árbol y el papel se llaman *amathl* y de este nombre llaman a las cartas, y a los libros y al papel *amathl,* aunque el libro su nombre tiene.

En este *methl* o *maguey* hacia la raíz se crían unos gusanos blanquecinos, tan gruesos como un cañon de una avutarda y tan largos como medio dedo, los cuales tostados y con sal son muy buenos de comer. Yo los he comido muchas veces en días de ayuno a falta de peces. Con el vino de este *methl* se hacen muy buenas carnadas para los caballos, y es más fuerte y más cálido y más apropiado para esto que no el vino que los españoles hacen de uvas.

En las pencas u hojas de este *maguey* hallan los caminantes agua, porque como tiene muchas pencas y cada una como he dicho tiene vara y media de largo, cuando llueve, algunas de ellas retienen en sí el agua, lo cual como ya los caminantes lo sepan y tengan experiencia de ello, vanlo a buscar y muchas veces les es mucha consolación.

[c. 1524]

BERNARDINO DE SAHAGUN

HIERBAS QUE EMBORRACHAN

HAY UNA HIERBA que se llama *cóatl xoxouhqui,* y cría una semilla que se llama *ololiuhqui;* esta semilla emborracha y enloquece. Danla por bebedizos para hacer daño a los que quieren mal, y los que la comen paréceles que ven visiones y cosas espantables; danla a comer con la comida, o a beber con la bebida los hechiceros, o los que aborrecen a algunos para hacerlos mal. Esta hierba es medicinal, y su semilla es buena para la gota, moliéndola en el lugar donde está la gota.

Hay otra hierba, como tunas de tierra, que se llama *péyotl;* es blanca, hácese hacia la parte del norte. Los que la comen o beben ven visiones espantosas, o de risas; dura esta borrachera dos o tres días, y después se quita. Es como un manjar de los *chichimecas,* que los mantiene y da ánimo para pelear y no tener miedo, ni sed, ni hambre, y dicen que los guarda de todo peligro.

Hay otra hierba que se llama *tlápatl,* (y) es como mata; cría unas cabezuelas sin espinas, como limones; tiene la cáscara verde, tiene las hojas anchuelas, las flores blancas, tiene la semilla negra y hedionda, y quita la gana de comer a los que la comen, y emborracha y enloquece perpetuamente. Esta semilla es buena contra la gota, untando con ella a donde está el dolor; el olor también de ella es dañoso como la misma semilla.

Hay unos honguillos en esta tierra que se llama *teonanácatl* (que) se crían debajo del heno en los campos o páramos; son redondos, y tienen el pie altillo y delgado y redondo. Comidos son de mal sabor, dañan la garganta y emborrachan. Son medicinales contra las calenturas y la gota; hanse de comer dos o tres, no más, (y) los que lo ven visiones y sienten bascas en el corazón; a los que comen muchos de ellos provocan a lujuria, y aunque sean pocos.

LA ESMERALDA

Las esmeraldas que se llaman *quetzalitztli,* las hay en esta tierra muy buenas; son preciosas, de mucho valor, llámanse así porque *quetzalli* quiere decir pluma muy verde, y *itztli* piedra de navaja, la cual es muy pulida y sin mancha ninguna, y estas dos cosas tiene la buena

esmeralda, que es muy verde, no tiene mancha, y muy pulida y transparente, es resplandeciente.

LOS CHALCHIHUITES

Hay otras piedras que se llaman *chalchihuites;* son verdes y no transparentes, mezcladas de blanco; úsanlas mucho los principales, trayéndolas en las muñecas, atándolas en hilo y aquello es señal de que es persona noble el que la trae; a los *maceguales* no les era lícito traerla.

EL CRISTAL Y EL AMBAR

El cristal de esta tierra se llama *teuílotl,* es piedra que se halla en minas en las montañas; y también entre éstas se crían las amatistas, que son piedras moradas claras.

El ámbar de esta tierra se llama *aponzonalli,* dícese de esta manera porque el ámbar de esta tierra, o estas piedras así llamadas, son semejantes a las campanillas o ampollas del agua, cuando las da el sol en saliendo, que parece que son amarillas claras como oro. Estas piedras hállanse en mineros, en las montañas. Hay tres maneras de estas piedras: la una manera de ellas se llama ámbar amarillo; de estas parecen que tienen dentro de sí una centella de fuego (y) son muy hermosas; la segunda manera se llama *tzalapozonalli,* (y) dícese así porque son amarillas con una mezcla de verde claro; la tercera se llama *iztacapozonalli,* dícese así porque son amarillas blanquecinas, no son transparentes, ni son muy preciosas.

LA PIEDRA DE NAVAJAS

Hay otras piedras en esta tierra, negras, que se llaman *íztetl;* de éstas sacan las navajas, y a las navajas sacadas de ellas llaman *itztli;* con éstas raspan las cabezas y cortan cosas que no sean muy duras; hay muchas y grandes piezas; cuando están en piedra son muy negras y muy lisas y resplandecientes, cuando se labran, y (si) se hacen navajas son transparentes y muy lisas, sin otra mezcla de color ninguno; algunas de ellas son rojas, otras blanquecinas.

Estas piedras creo que son esmeraldas negras, por la virtud que de ellas he experimentado. Molidas como harina y echadas en llagas re-

cientes, o heridas, las sana muy en breve, y no las dejan criar materia; molidas como se dijo, y mezcladas con carne de membrillo, o con cualquiera otra conserva muy amasada, de manera que la conserva tome la arena, o harina en cantidad, comida tanto como una píldora, o dos o tres, son muy provechosas para las reumas y dan gran sonoridad a la voz, mitigan cualquiera calor interior. Esto sé por experiencia de muchos días.

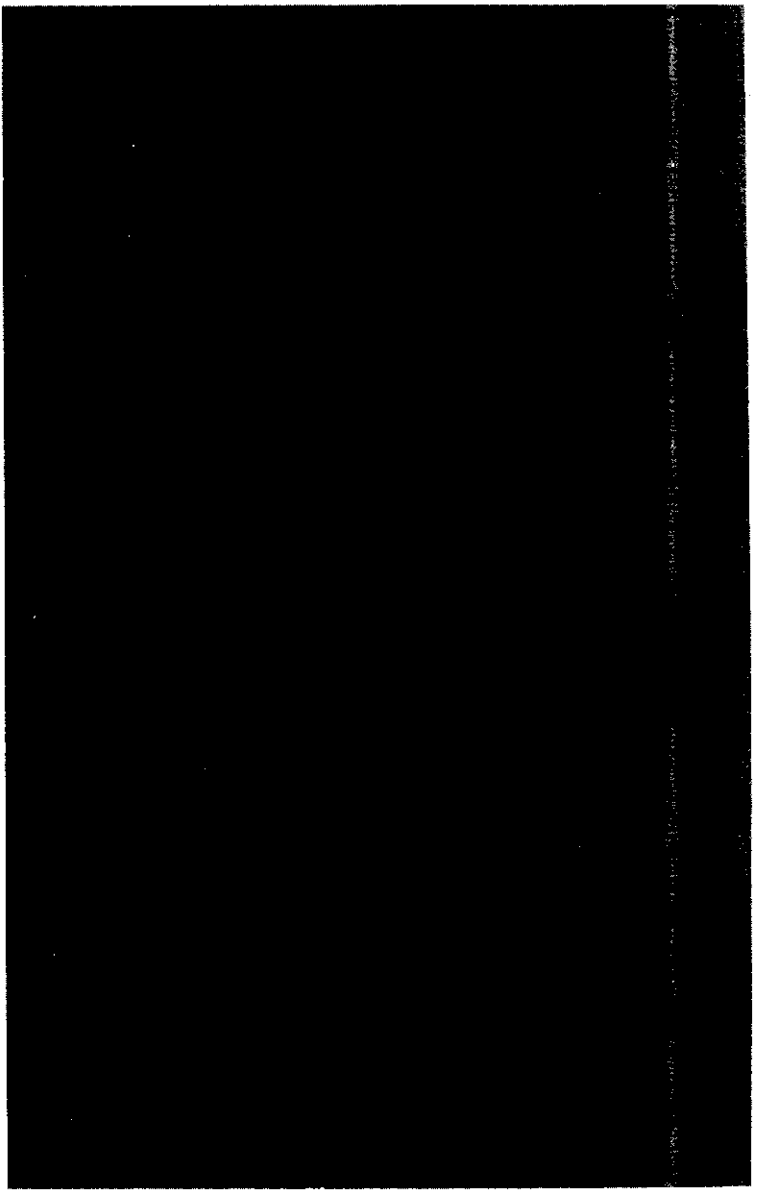
LA PIEDRA DE SANGRE

Hay también unas piedras que se llama *éztetl,* quiere decir piedra de sangre; es piedra parda y sembrada de muchas gotas de colorado, como de sangre, y otras verdecitas entre las coloradas; esta piedra tiene virtud de restañar la sangre que sale de las narices. Yo tengo experiencia de la virtud de esta piedra, porque tengo una tan grande como un puño, o poco menos; es tosca como la quebraron de la roca, la cual en este año de 1576, en esta pestilencia, ha dado la vida a muchos que se les salía la sangre y la vida por las narices; y tomándola en la mano y teniéndola algún rato apuñada, cesaba de salir la sangre y sanaban de esta enfermedad de que han muerto y mueren muchos en toda esta Nueva España; de esto hay muchos testigos en este pueblo de *Tlatilulco de Santiago.*

LAS PIEDRAS DE QUE SE HACEN LOS ESPEJOS

Hay en esta tierra piedras de que se hacen espejos; hay venas de estas piedras y minas de donde se sacan. Unas de éstas son blancas, y de ellas se hacen buenos espejos, (y) son estos espejos de señores y señoras; cuando están en piedras parecen pedazos de metal; cuando las labran y pulen son muy hermosos, muy lisos, sin raya ninguna, son preciosos y hacen la cara muy al propio.

Hay otras piedras de este metal que son negras cuando las labran y pulen; hácense unos espejos de ellas que representan la cara muy al revés de lo que es: hacen la cara grande y disforme, y todas las particularidades del rostro muy disformes. Lábranse estos espejos de muchas figuras, unos redondos y otros triangulados, etc.



Plantas y frutos, plancha en Gonzalo Fernández de Oviedo, ob. cit.

LA PIEDRA LUCIERNAGA

Hay unas piedras preciosas que se llaman *huitzitzíltetl,* que quiere decir, piedras que parece al *tzinzon;* ésta es piedra pequeñuela y blanca, pero la luz hácela parecer de diversos colores, como también hace parecer de diversos colores a la pluma del *tzinzon* esta piedra, según la diversidad de la luz que le da, parece de diversos colores. Está dicho y bien explicado en la letra; tiene hechura como la hormiga; hállase esta piedra a las orillas de la mar entre la arena, y también se halla en un río que corre por la tierra de *Totonacapan;* venla de noche porque resplandece a manera de luciérnaga, o como una candelita pequeña que está ardiendo, y de lejos no parece sino luciérnaga, y conocen ser la piedra dicha en que está queda aquella luz y no se mueve. Es rara y preciosa, no la usan sino los señores; es transparente, o a lo menos del color de una perla muy fina.

[c. 1530]

JOSE LUIS DE CISNEROS

DESCRIPCION DE UNAS ORQUIDEAS

CRÍASE ENTRE encuadradas entre peñas o en los troncos de los palos, una especie de cebolla, que por el extremo hecha raíces con que se agarra y por el otro produce algunas hojas verdes y gruesas, y en el pimpollo una vara de donde sale un botón, que estando en disposición de abrir, va con gran pausa desgajando sus hojas, hasta quedar enteramente abierta, manifestando perfectamente la figura de una mariposa matizada de amarillo, encarnado y tal cual rango morado; tiene cabeza con ojos y toda su perfección. Tiene alas, colas y dos chifles que le nacen de la cabeza, con tal perfección, que sin duda se conoce clara que es una *mariposa.*

La segunda maravilla con que quiso la naturaleza hermosear el propio terreno, es la flor que llaman *pelícano* cuya rara y especial figura no me atrevo a pintar, sólo digo que es otra especie de cebolla, como la primera, sale una vara y en ella se produce una flor, que abierta, tiene la figura de un pelícano, con cabeza, pico, cuello, las alas abiertas, el cuello torcido, el pico inclinado al pecho, de donde salen unos rasgos encarnados, como propiamente sangre, a manera de la flor que llaman de la pasión. Otra cebolla hay que se cría en el propio paraje y de la misma forma que la primera; hecha su flor también en vara, es pequeña y de diversos colores, forma una figura que parece un angelito, que es de donde toma la denominación de llamarse *angelito.* Todas estas no tienen olor.

[c. 1540]

FRAY PEDRO DE AGUADO

LA PONZOÑOSA YERBA DE NUEVA GRANADA

PARÉCEME QUE PUES he dado cuenta de las ponzoñas y de sus fuentes, que también la debo dar de la forma y manera cómo se hace della la ponzoñosa *yerba,* a quien impropiamente han dado este nombre de yerba, pues en toda la mezcla que de estas ponzoñas sabandijas y animales se hace no lleva ninguna yerba ni zumo de ella; pero el nombre le vino de la que los ballesteros usan en España con que matan la caza. Esta ponzoña o yerba para untar las flechas en cada provincia se hace de diferentes maneras, y por eso la orden que aquí refiero es la que se tiene entre estos palenques o patagoros.

Es un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber, y muy grande cantidad de unas hormigas bermejas, que por su ponzoñosa picada son llamadas caribees, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay que son grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas... y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe; y después de esto toman algunos sapos, y tiénenles ciertos días encerrados en alguna vasija, sin que coman cosa alguna, después de lo cual los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto, atado con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en medio de la cazuela tirante, sin que se pueda menear de una a otra; y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar; de suerte que el sudor caiga en la cazuela; y por este orden van pasando todos los sapos que para este efecto tienen recogidos, y desde que se ha recogido el sudor de los sapos que les pareció bastantes, júntanlo o échanlo en el vaso donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí echan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto; y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño. Y cuando por el discurso del tiempo acierta esta yerba a estar feble, échanle un poco de leche de ceibas o de manzanillas, y con aquesta solamente cobra su fuerza y vigor.

[c. 1569]

JOSE DE ACOSTA

QUE DENTRO DE LOS TROPICOS, LAS AGUAS SON EN EL ESTIO O TIEMPO DE CALOR, Y DE LA CUENTA DEL VERANO E INVIERNO

EN RESOLUCIÓN, en las dos regiones o zonas templadas, el Verano se concierta con el calor y la sequedad; el Invierno se concerta con el frío y humedad. Mas dentro de la Tórrida zona no se conciertan entre sí de ese modo las dichas cualidades; porque al calor siguen las lluvias, al frío (frío llamo falta de calor excesivo) sigue la serenidad. De aquí procede que siendo verdad que en Europa el Invierno se entiende por el frío y por las lluvias, y el Verano por la calor y por la serenidad, nuestros españoles en el Perú y Nueva España, viendo que aquellas, dos cualidades no se aparean ni andan juntas como en España, llaman Invierno al tiempo de muchas aguas, y llaman Verano al tiempo de pocas o ningunas, en lo cual llanamente se engañan; porque esta regla dice que el Verano es en la sierra del Perú desde abril hasta septiembre, porque se alzan entonces las aguas, y de septiembre a abril dicen que es Invierno, porque vuelven las aguas; y así afirman que en la sierra del Perú, es Verano al mismo tiempo que en España, e Invierno, ni más ni menos. Y cuando el sol anda por el Zenit de sus cabezas, entonces creen que es finísimo Invierno, porque son las mayores lluvias; pero esto es cosa de risa, como de quien habla sin letras. Porque así como el día se diferencia de la noche por la presencia del sol y por la ausencia en nuestro hemisferio, según el movimiento del primer móbil, y esa es la definición del día y de la noche, así ni más ni menos se diferencia el Verano del Invierno por la vecindad del sol o por su apartamiento, según el movimiento propio del mismo sol, y esa es su definición. Luego entonces, en realidad de verdad es Verano cuando el sol está en la suma propincuidad, y entonces Invierno cuando está en el sumo apartamiento. Al apartamiento y allegamiento del sol síguese el calor y el frío o templanza necesariamente; mas el llover o no llover, que es humedad y sequedad, no se siguen necesariamente. Y así se colige contra el vulgar parecer de muchos, que en el Perú el Invierno es sereno y sin lluvias, y el verano es lluvioso, y no al revés, como el vulgo piensa, que el Invierno es caliente y el Verano frío.

DE ALGUNOS EFECTOS MARAVILLOSOS DE VIENTOS EN PARTES DE INDIAS

Gran saber sería explicar por menudo los efectos admirables que hacen diversos vientos en diversas partes, y dar razón de tales obras. Hay vientos que naturalmente enturbian el agua de la mar y la ponen verdinegra; otros la paran clara como un espejo. Unos alegran de suyo y recrean; otros entristecen y ahogan. Los que crían gusanos de seda tienen gran cuenta con cerrar las ventanas cuando corren esos Vendavales, y cuando corren los contrarios las abren; y por cierta experiencia hallan que con los unos se les muere su ganado o desmedra; con los otros mejora y engorda. Y aun en sí mismo lo probará el que advirtiere en ello que hacen notables impresiones y mudanzas en la disposición del cuerpo, las variedades de vientos que andan, mayormente en las partes afectas o indispuestas, y tanto más cuanto delicadas. La Escritura llama a un viento abrasador, y a otro le llama viento de rocío suave. Y no es maravilla que en las yerbas, y en los animales y hombres, se sientan tan notables efectos del viento, pues en el mismo hierro, que es el más duro de los metales, se sienten visiblemente. En diversas partes de Indias vi rejas de hierro molidas y deshechas, y que apretando el hierro entre los dedos se desmenuzaba como si fuera heno o paja seca, y todo esto causado de sólo el viento, que todo lo gastaba y corrompía sin remedio; pero dejando otros efectos grandes y maravillosos, solamente quiero referir dos; uno, que con dar angustias más que de muerte, no empece; otro que sin sentirse corta la vida. El marearse los hombres que comienzan a navegar, es cosa muy ordinaria y si como lo es tanto y tan sabido su propio daño, no se supiera, pensaran los hombres que era aquel el mal de muerte, según corta, y congoja y aflije el tiempo que dura, con fuertes bascas de estómago y dolor de cabeza y otros mil accidentes molestos. Este tan conocido y usado efecto hace en los hombres la novedad del aire de la mar, porque aunque es así, que el movimiento de navío y sus vaivenes hacen mucho al caso para marearse más o menos, y asimismo la infección y mal olor de cosas de naos; pero la propia y radical causa es el aire y vahos del mar, lo cual extraña tanto el cuerpo y el estómago que no está hecho a ello, que se altera y congoja terriblemente, porque el aire en fin es con el que vivimos y respiramos, y le metemos en las mismas entrañas, y las bañamos con él. Y así no hay cosa que más presto ni más poderosamente altere que la mudanza del aire que respiramos, como se ve en los que mueren de peste. Y que sea el aire de mar el principal movedor de aquella extraña indisposición y náusea, pruébase con muchas experiencias. Una es que

corriendo cierto aire de la mar, fuerte, acaece marearse los que están en tierra, como a mí me ha acaecido ya veces. Otra que cuanto más se entra en mar y se apartan de tierra, más se marean. Otra, que yendo cubiertos de alguna isla, en emboscando aire de gruesa mar se siente mucho más aquel accidente, aunque no se niega, que el movimiento y agitación también causa mareamiento; pues vemos que hay hombres que pasando ríos en barcas, se marean, y otros que sienten lo mismo andando en carros o carrozas, según son las diversas complexiones de estómagos; como al contrario hay otros que por gruesas mares que haga, no saben jamás qué es marearse. Pero en fin, llano y averiguado negocio es que el aire de la mar causa de ordinario ese efecto en los que de nuevo entran en ella. He querido decir todo esto para declarar un efecto extraño que hace en ciertas tierras de Indias el aire o viento que corre, que es marearse los hombres con él, no menos sino mucho más que en la mar. Algunos lo tienen por fábula y otros dicen que es encarecimiento esto; yo diré lo que pasó por mí. Hay en el Perú una sierra altísima que llaman Pariacaca; yo había oído decir esta mudanza que causaba, e iba prepafado lo mejor que pude conforme a los documentos que dan allá, los que llaman vaquianos o prácticos, y con toda mi preparación, cuando subí las Escaleras, que llaman, que es lo más alto de aquella sierra, casi súbito me dió una congoja tan mortal, que estuve con pensamientos de arrojarme de la cabalgadura en el suelo, y porque aunque íbamos muchos, cada uno apresuraba el paso, sin aguardar compañero por salir presto de aquel mal paraje, solo me hallé con un indio, al cual le rogué me ayudase a tener en la bestia; y con esto, luego tantas arcadas y vómitos, que pensé dar el alma porque tras la comida y flemas, cólera y más cólera, y una amarilla y otra verde, llegué a echar sangre de la violencia que el estómago sentía. Finalmente digo que si aquello durara, entendiera ser cierto el morir, mas no duró sino obra de tres o cuatro horas, hasta que bajamos bien abajo y llegamos a temple más conveniente, donde todos los compañeros, que serían catorce o quince, estaban muy fatigados; algunos caminando pedían confesión pensando realmente morir; otros se apeaban, y de vómitos y cámaras estaban perdidos; a algunos me dijeron que les había sucedido acabar la vida de aquel accidente; otro vi yo, que se echaba en el suelo y daba gritos, del rabioso dolor que le había causado la pasada de Pariacaca. Pero lo ordinario es no hacer daño de importancia, sino aquel fastidio y disgusto penoso que da mientras dura...

DE DIVERSAS FUENTES Y MANANTIALES

Como en otras partes del mundo, así en las Indias hay gran diversidad de manantiales, y fuentes y ríos, y algunos de propiedades extrañas. En Guancavelica del Perú, donde están las minas de azogue, hay una fuente que mana agua caliente, y como va manando el agua se va convirtiendo en peña. De esta peña o piedra tienen edificadas casi todas las casas de aquel pueblo. Es piedra blanda y suave de cortar, y con hierro la cortan y labran con la facilidad que si fuese madera, y es liviana y durable. De esta agua, si beben hombres o animales, mueren, porque se les congela en el vientre y se hace piedra, y así han muerto algunos caballos. Como se va convirtiendo en piedra, el agua que va manando tapa el camino a la demás, y así es forzoso mudar la corriente, por lo cual mana por diversas partes como va creciendo la peña. En la punta o cabo de Santa Elena hay un manantial o fuente de un betún, que en el Perú llaman copey. Debe de ser a este modo lo que la Escritura refiere de aquel valle silvestre donde se hallaban pozos de betún. Aprovéchanse los marineros de aquella fuente o pozo de copey, para brear las jarcias y aparejos, porque les sirve como pez y brea de España para aquel efecto. Viniendo navegando para la Nueva España por la costa del Perú, me mostró el piloto la isla que llaman de Lobos, donde nace otra fuente o pozo del copey o betún que he dicho, con que así mismo brean las jarcias. Y hay otra fuente o manantial de alquitrán. Díjome el sobredicho piloto, hombre excelente en su ministerio, que le había acaecido navegando por allí algunas veces estando tan metido a la mar que no había vista de tierra, saber por el olor del copey, dónde se hallaba, tan cierto como si hubiera reconocido tierra; tanto es el olor que perpetuamente se esparce de aquel manantial. En los baños que llaman del Inga, hay un canal de agua que sale hirviendo, y junto al otro de agua tan fría como de nieve. Usaba el Inga templar la una con la otra como quería, y es de notar que tan cerca uno de otro haya manantiales de tan contrarias cualidades. Otros innumerables hay, en especial en la provincia de los Charcas, en cuya agua no se puede sufrir tener la mano por espacio de un Ave María, como yo lo vi sobre apuesta. En el Cuzco tienen una heredad, donde mana una fuente de sal, que así como va manando se va tornando sal, y es blanca y buena a maravilla, que si en otras partes fuera, no fuera poca riqueza; allí no lo es por la abundancia que hay de sal. Las aguas que corren en Guayaquil, que es en el Perú, casi debajo de la Equinoccial, las tienen por saludables para el mal francés y otros semejantes, y así van allí a cobrar salud de partes muy remotas; dicen ser la causa, que hay por aquella tierra infi-

nita cosa de la raíz que llaman zarzaparrilla, cuya virtud y operación es tan notoria, y que las aguas toman de aquella virtud para sanar. Bilcanota es un cerro que según la opinión de la gente, está en el lugar más alto del Perú. Por lo alto está cubierto de nieve y por partes, todo negro como carbón. Salen de él dos manantiales a parte contrarias, que en breve rato se hacen arroyos grandes y poco después ríos muy caudalosos; va el uno al Collao, a la gran laguna de Titicaca, el otro va a los Andes, y es el que llaman Yucay, que juntándose con otros sale a la mar del Norte con excesiva corriente. Este manantial, cuando sale de la peña Bilcanota que he dicho, es de la misma manera que agua de lejía, la color cenicienta, y todo él vahedando un humo de cosa quemada, y así corre largo trecho hasta que la multitud de aguas que entran en él, le apagan aquel fuego y humo que saca de su principio. En la Nueva España vi un manantial como de tinta, algo azul, otro en el Perú de color rojo de sangre, por donde le llaman el río Bermejo.

DE LOS VOLCANES O BOCAS DE FUEGO

Son los volcanes de ordinario cerros muy altos, que se señalan entre las cumbres de los otros montes. Tienen en lo alto una llanura, y en medio una hoya o boca grande que baja hasta el profundo, que es cosa temerosa de mirarlos. De estas bocas echan humo y algunas veces fuego. Algunos hay que es muy poco el humo que echan y casi no tienen más de la forma de volcanes, como es el de Arequipa, que es de inmensa altura y casi todo de arena, en cuya subida gastan dos días, pero no han hallado cosa notable de fuego sino rastros de los sacrificios que allí hacían los indios, en tiempo de su gentilidad, y algún poco de humo alguna vez. El volcán de México, que está cerca de la Puebla de los Angeles, es también de admirable altura, que sube de treinta leguas alrededor. Sale de este volcán no continuamente sino a tiempos, casi cada día, un gran golpe de humo, y sale derecho en alto como una vira, después se va haciendo como un plumaje muy grande hasta que cesa del todo y luego se convierte en una como nube negra. Lo más ordinario es salir por la mañana, salido el sol, y a la noche cuando se pone, aunque también lo he visto a otras horas. Sale a vueltas del humo también mucha ceniza; fuego no se ha visto salir hasta ahora; hay recelo que salga y abrase la tierra, que es la mejor de aquel reino la que tiene en su contorno. Tienen por averiguado que de este volcán y de la sierra de Tlaxcala, que está vecina, se hace cierta correspondencia, por donde son tantos los truenos y relámpagos, y aun rayos que de ordinario se

sienten por allí. A este volcán han subido y entrado en él españoles, y sacado alcrebite o piedrazufre para hacer pólvora. Cortés cuenta la diligencia que él hizo para descubrir lo que allí había. Los volcanes de Guatemala son más famosos, así por su grandeza, que los navegantes de la mar del Sur descubren de muy lejos, como por la braveza de fuego que echan de sí. En veintitrés de diciembre del año de ochenta y seis pasado, sucedió caer casi toda la ciudad de Guatemala de un temblor, y morir algunas personas. Había ya seis meses que de noche ni de día no cesó el volcán de echar de sí por lo alto, y como vomitar un río de fuego, cuya materia, cayendo por las faldas del volcán se convertía en ceniza y cantería quemada. Excede el juicio humano cómo pudiese sacar de su centro tanta materia como por todos aquellos meses lanzaba de sí. Este volcán no solía echar sino humo, y eso no siempre, y algunas veces también hacía algunas llamaradas. Tuve yo esta relación estando en México por una carta de un secretario del Audiencia de Guatemala, fidedigna, y aun entonces no había cesado el echar el fuego que se ha dicho, de aquel volcán. En Quito, los años pasados, hallándome en la Ciudad de los Reyes, el volcán que tienen vecino, echó de sí tanta ceniza, que por muchas leguas llovió ceniza tanta, que oscureció del todo el día, y en Quito cayó de modo que no era posible andar por las calles...

DE LAS ESMERALDAS

Antiguamente fue la esmeralda estimada en mucho, y como el dicho autor escribe, tenía el tercer lugar entre las joyas después del diamante y de la margarita. Hoy día, ni la esmeralda se tiene en tanto, ni la margarita, por la abundancia que las Indias han dado de ambas cosas; sólo el diamante se queda con su reinado, que no se lo quitará nadie; tras él los rubíes finos, y otras piedras se precian en más que las esmeraldas. Son amigos los hombres de singularidad, y lo que ven ya común, no lo precian. De un español cuentan que en Italia al principio que se hallaron en Indias, mostró una esmeralda a un lapidario y preguntó el precio, vista por el otro que era de excelente cualidad y tamaño, respondió que cien escudos; mostróle otra mayor; dijo que trescientos. Engolosinado del negocio, llevóle a su casa y mostróle un cajón lleno de ellas; en viendo tantas, dijo el italiano: señor, estas valen a escudo. Así ha pasado en Indias y España, que el haber hallado tanta riqueza de estas piedras les ha quitado el valor. Plinio dice excelencias de ellas, y que no tiene cosa más agradable ni mas saludable a la vista, y

tiene razón; pero importa poco su autoridad mientras hubiere tantas. La otra Lollia romana, de quien cuenta que en un tocado y vestido labrado de perlas y esmeraldas, echó cuatrocientos mil ducados de valor, pudiera hoy día con menos de cuarenta mil hacer dos pares como aquél. En diversas partes de Indias se han hallado. Los reyes mexicanos las preciaban y aun usaban algunos horadar las narices y poner allí una excelente esmeralda. En los rostros de sus ídolos también las ponían; mas donde se ha hallado y hoy en día se halla más abundancia, es en el Nuevo Reino de Granada y en el Perú, cerca de Manta y Puerto Viejo. Hay por allí dentro una tierra que llaman de las esmeraldas por la noticia que hay de haber muchas, aunque no ha sido hasta ahora conquistada aquella tierra. Las esmeraldas nacen en piedras a modo de cristales, y yo he visto en la misma piedra que van haciendo como veta, y según parece poco a poco se van cuajando y afinando; porque vi unas medio blancas, medio verdes: otras casi blancas; otras ya verdes y perfectas del todo. Algunas he visto de grandeza de una nuez, y mayores las hay...

DEL CHICOZAPOTE, Y DE LAS ANONAS Y DE LOS CAPOLIES

Algunos encarecedores de cosas de Indias, dijeron que había una fruta que era carne de membrillo, y otra que era manjar blanco, porque les pareció el sabor digno de estos nombres. La carne de membrillo o mermelada (si no estoy mal en el cuento), eran los que llaman zapotes o Chicozapotes, que son de comida muy dulce y la color tira a la de conserva de membrillo. Esta fruta decían algunos criollos (como allá llaman a los nacidos de españoles en Indias), que excedía a todas las frutas de España. A mí no me lo parece: de gustos dicen que no hay que disputar, y aunque lo hubiera, no es digna disputa para escribir. Dánse en partes calientes de la Nueva España estos chicozapotes. Zapotes no que no creo difieren mucho he yo visto de Tierrafirme; en el Perú no sé que haya tal fruta. Allá el manjar blanco es la anona o guanábana, que se da en Tierrafirme. Es la anona del tamaño de pera muy grande, y así algo ahusada y abierta; todo lo de dentro es blando y tierno como manteca, y blanco y dulce, y de muy escogido gusto. No es manjar blanco, aunque es blanco manjar, ni aún el encarecimiento deja de ser largo, bien que tiene delicado y sabroso gusto, y a juicio de algunos es la mejor fruta de Indias. Tiene unas pepitas negras en cantidad. Las mejores de éstas que he visto, son en la Nueva España, donde también se dan los capolíes, que son como guindas, y tienen su hueso,

aunque algo mayor, y la forma y tamaño es de guindas, y el sabor bueno, y un dulce agrete. No he visto capolíes en otra parte.

DE DIVERSOS GENEROS DE FRUTALES, Y DE LOS COCOS Y ALMENDRAS DE ANDES Y ALMENDRAS CHACHAPOYAS

No es posible relatar todas las frutas y árboles de Indias, pues de muchas no tengo memoria, y de muchas más tampoco tengo noticia, y aún de las que me ocurren, parece cosa de cansancio discurrir por todas, pues se hallan otros géneros de frutales y frutas más groseras, como las que llaman lucumas, de cuya fruta dicen por refrán que es madera disimulada; también los pacayes o guabas, y hobos y nueces que llaman encarceladas, que a muchos les parece ser nogales de la misma especie que son los de España, y aún dicen que si los traspusiesen de unas partes a otras a menudo, que venían a dar las nueces al mismo modo que las de España, porque por ser silvestres dan la fruta así, que apenas se puede gozar. En fin, es bien considerar la providencia y riqueza del Creador, que repartió a tan diversas partes del mundo tanta variedad de árboles y frutales, todo para servicio de los hombres que habitan la tierra; y es cosa admirable ver tantas diferencias de hechuras, y gustos y operaciones no conocidas ni oídas en el mundo, antes que se descubriesen las Indias, de que Plinio y Dioscórides, y Teofrasto, y los más curiosos, ninguna noticia alcanzaron con toda su diligencia y curiosidad. En nuestro tiempo no han faltado hombres curiosos que han hecho tratados de estas plantas de Indias, y de yerbas y raíces, y de sus operaciones y medicinas, a los cuales podrá acudir quien deseare más cumplido conocimiento de estas materias. Yo sólo pretendo decir superficial y sumariamente, lo que me ocurre de esta historia; y todavía no me parece pasar en silencio los cocos o palmas de Indias, por ser notable su propiedad. Palmas digo, no propiamente ni de dátiles, sino semejantes en ser árboles altos y muy recios, e ir echando mayores ramas cuanto más van subiendo. Estas palmas o cocos dan un fruto que también se llama coco, de que suelen hacer vasos para beber, y de algunos dicen que tienen virtud contra ponzoña, y para mal de hijada. El núcleo o médula de éstos, cuando está cuajada y seca, es de comer y tira algo al sabor de castañas verdes. Cuando está en el árbol tierno el coco, es lechoso todo lo que está dentro, y bebénlo por regalo y para refrescar en tiempo de calores. Vi estos árboles en San Juan de Puerto Rico, y en otros lugares de Indias, y dijéronme una cosa notable; que cada luna o

mes echaba este árbol un racimo nuevo de estos cocos, de manera que da doce frutos al año, como lo que se escribe en el Apocalipsis; y a la verdad así parecía, porque los racimos eran todos de diferentes edades: unos que comenzaban; otros hechos a medio hacer, etc. Estos cocos que digo, serán del tamaño de un meloncete pequeño; otros hay que llaman coquillos, y es de mejor fruta y la hay en Chile. Son algo menores que nueces, pero más redondos. Hay otro género de cocos que no dejan esta médula así cuajada, sino que tiene cantidad de unas como almendras, que están dentro como los granos en la granada; son estas almendras mayores tres tantos que las almendras de Castilla; en el sabor se parecen; aunque son un poco más recias, son también jugosas o aceitosas; son de un buen comer y sírvense de ellas a falta de almendras para regalos, como mazapanes y otras cosas tales. Llámanlas almendras de los Andes, porque se dan estos cocos copiosamente en los Andes del Perú. Y son tan recios, que para abrir uno es menester darle con piedra muy grande, y buena fuerza. Cuando se caen del árbol, si aciertan con alguna cabeza, la descalabran muy bien. Parece increíble que en el tamaño que tienen, que no son mayores que estos otros cocos, a lo menos no mucho, tengan tanta multitud de aquellas almendras. Pero en razón de almendras y aún de frutas cualquiera, todos los árboles pueden callar con las almendras de Chachapoyas, que no sé de otro nombre. Es la fruta más delicada y regalada, y más sana de cuantas yo he visto en Indias. Y aún un médico docto afirmaba que entre cuantas frutas había en Indias y España, ninguna llegaba a la excelencia de estas almendras. Son menores que la de los Andes que dije, y mayores, a lo menos más gruesas, que las de Castilla. Son muy tiernas de comer, de mucho jugo y sustancia, y como mantecosas y muy suaves. Críanse en unos árboles altísimos y de grande copa, y como a cosa preciada, la naturaleza les dió buena guarda. Están en unos erizos algo mayores y de más puntas que los de castañas. Cuando están estos erizos secos, se abren con facilidad y se saca el grano. Cuentan que los micos, que son muy golosos de esta fruta y hay copia de ellos en los lugares de Chachapoyas del Perú (donde solamente sé que haya estos árboles) para no espinarse en el erizo y sacarle la almendra, arrójanlas desde lo alto del árbol, recio, en las piedras, y quebrándolas así las acaban de abrir, y comen así de lo que quieren.

[c. 1570]

JUAN DE CARDENAS

PROBLEMAS Y SECRETOS MARAVILLOSOS DE LAS INDIAS

QUIEN OYERE, decir por cosa cierta y averiguada que la piedra del águila atada al muslo llama y arranca tan de veras la criatura del vientre que hace salir la matriz de su lugar afuera, y quien a sí mismo oyera decir que el carbunco en medio de las tinieblas da lumbre y resplandor; que la aguja de marear, ella de su propia virtud, se endereza y mira al norte; que la yerba llamada de los judíos baaras lanzaba los demonios, y que el hombre o animal que la arrancaba primero al punto moría; pues quien discurriendo por otras cosas supiese y endendiese cómo el animal llamado hiena, con sólo su nombre, adormece a todos los demás animales, y el pescadillo llamado rémora, con sólo arrimarse a un navío llendo a la vela, lo detiene, sin dejarlo mover un punto; la tremielga (*torpedo,*) que con sólo tocar el anzuelo o sedal del pescador, totalmente lo vuelve atónito y sin sentido; la celidonia, que restaura la vista a los golondrinillos ciegos; la peonía, que sana y preserva las criaturas de gota coral; las almendras amargas, que quitan la embriaguez y que el cuerno del unicornio, puesto delante de cualquier veneno, suda y otras mil extrañas propiedades, que por no ser enfadoso dejo de decir; quien, como digo, oye y oyendo tiene por cierto ser así estas extrañas propiedades, que los antiguos autores nos escriben de muchas cosas, no comprendo cómo dejar de dar crédito a las maravillosas y ocultos secretos, que con tanto testimonio de verdad y aún dando razón bastante de todo podemos escribir de este Nuevo Mundo de las Indias; todo lo cual si por ventura no se sabe ni de ello se tiene noticia, es por falta, según entiendo, de escritores que saquen y desentierren del abismo del olvido tan peregrinos y excelentes efectos como todas estas occidentales provincias en sí contienen y encierran; y vuelvo a decir que se puede con justa razón lamentar toda esta indiana tierra de que, sobrándole materia y copia de extrañas y excelentes grandezas, les falta quien las predique y saque a la luz, de que no tendrá Asia, Africa y Europa que quejarse, pues tiene y ha tenido más escritores que de ellas escriban que cosas poderse escribir. ¿Qué pudo decir ni encarecer Plinio del cocodrilo que no escriba el filósofo indiano del caimán de estas tierras? Pues cotejadas sus propiedades con las del cocodrilo, son las del caimán muy notables

y excelentes. ¿Qué se cuentan del elefante que no haya mucho más en el rinoceronte de la India Oriental? ¿Qué dijo Avicena de las tortugas, que no exista mucho más en nuestras indianas icoteas, pues hay algunas en cuya concha suelen caber seis hombres? ¿Qué se pudo decir del víbaro o castóreo que no cuentan los peruleros de la cervicabra o de las vicuñas? ¿Qué escriben los autores del lagarto que no digamos en las Indias de las iguanas? ¿Qué escribió Dioscórides del erizo que no se oscurezca con las propiedades del armadillo de la Nueva España? ¿Qué se cuenta de la raposa o comadreja que iguale a las calidades del *tlacuazi (Zarigüeya)*, a quien la naturaleza por sellar de su mano, dió y formó por la parte de afuera, en medio del vientre, un seno o bolsa, donde trayendo sus hijos encerrados, puede correr y saltar por doquiera y andar todos ellos mamando? Pues sí en el mundo hubo sierpes y culebras ¿dónde las pudo haber mayores que en esta tierra de las Indias? Pues yerbas, frutas, pescados y animales ¿qué libros serían bastantes para ponerlo todo en suma? He dicho todo esto y usado de este preámbulo para que con razón se entienda la lástima de esta tierra, pues a ella sólo le faltaron escritores que ilustraran y engrandecieran sus cosas.

En este capítulo me viene a cuento decir algunas de ellas, nombraré de pasada parte de las que, como dicen, sabemos todos: del sumo de la yuca, que es una raíz de que hacen el pan del cazabe, es cosa pública y notoria que, si el dicho sumo se toma por la boca crudo, en cualquier cantidad que se tome, mata y, si a este mismo se le da un hervor o simple cocimiento, es sano y da loable mantenimiento al cuerpo. A este modo de veneno se quieren parecer ciertos frisoles mayores que los ordinarios, que se cogen en esa costa de Colima, en el Mar del Sur; los cuales tienen esta propiedad, que si se comen crudos, por bien maduros y sazonados que estén, despachan al que los come, y si a estos mismos les cuecen y forman el pan, que llaman los indios tamales, son de muy buen sustento; y no cesa aquí el misterio, que ellos mismos formados en este pan sirven de contraveneno al primero que los comió crudos. Otra cosa, en muchas tierras calientes de la Nueva España se cogen ciertas manzanillas, que la pulpa de afuera es de comer (y no poco sabrosa), siendo lo interior veneno mortífero. Cuéntase con verdad del peyote, del poyomate y del hololisque que, si se toman por boca, sacan tan de veras de juicio al miserable que las toma, que, entre otras terribles y espantosas fantasías, se les presenta el demonio y aún les da noticia, según dicen, de cosas por venir y deben ser todo embustes de Satanás, cuya propiedad es engañar con perversión divina al miserable que en semejantes ocasiones le busca. Sobre esto, personas fidedignas cuentan que esta provincia de Honduras y Tierra Firme se

cría cierto género de culebras que tienen un cornezuelo en la frente, y es éste de tal virtud que, si por un cuarto de hora lo hechan en un poco de vino y lo beben, provoca tan poderosamente a lujuria que sucede algunas veces morir el que lo toma puro por desaire. También sabemos que en el río de Toluca se cría cierta especie de ranas que, si se aciertan a comer sus huesecillos, es muy cierto dar mal de ijada y de orina.

Bien sé que algunos o muchos no creerán lo que aquí digo, pero podré decir lo que Pedro Mexías en su *Silva,* que quien esto no creyere, menos creerá lo que todo el mundo cuenta del árbol que está en la isla del Hierro, de cuyas hojas llueve cada mañana tanta agua que da abasto a toda la isla; menos creerán lo que todos en las Indias sabemos, de que sobre el cerro del Potosí, en el Pirú, está una nube que, desde que el mundo es mundo, jamás ha faltado de sobre aquel cerro. Menos creerán los antiguos si les dijeran que dentro de la tórrida zona (y aún junto a la propia equinoccial) se helaban los hombres de frío, como sucede en los páramos, bajando en el Nuevo Reino de Granada a la Margarita, y que así mismo hay árboles en el Perú, que la mitad de un mismo árbol lleva hoja, flor y fruta por tiempo de invierno, y la otra mitad en verano, y cuando la una lleva fruta, está seca y deshojada la otra; lo cual sucede y se vé en una higuera que está en Mala, trece leguas de Lima.

LA EXCELENTE Y FAMOSA PLANTA DEL PICIETE

La excelente y famosa planta del Piciete, famosa digo, pues su nombre es ya celebrado, así por las Españas, como por este nuevo mundo de las Indias, comienza desde su nacimiento a mostrar sus virtudes y grandezas, pues naciendo de una semilla menor que el grano de la mostaza, crece tanto que olvidada de su naturaleza, se levanta y encumbra sobre las demás yerbas y plantas hortenses: son sus hojas largas, anchas y vellosas, muy semejantes a las del gordolobo o branca visiva, el tronco o vástago de la planta es alto, áspero, y tan grueso a veces como el de la mostaza, en cuyo remate nacen unas rosadas flores no mayores que la flor del jazmín: florece esta planta por tiempo de verano, y echa su semilla allá por el otoño, y esta es unos granitos pardos metidos en unas cabezuelas como las de las amapolas.

Es yerro notable el que algunos tienen en pensar que el tabaco es el que comúnmente llaman en España beleño, y por otro nombre jusquiamo, engáñanse en tanto grado, cuanto se engañaría el que juzgase ser el día noche, y la luz clara obscura tinieblas: porque el beleño es una

planta, que aunque en su figura se parece algo al tabaco, tiene o es tanta su frialdad que Galeno, Dioscórides, y toda la escuela de los médicos le cuenta entre los venenos que matan por frío, siendo el tabaco caliente en tercer grado, y esto baste para refutar este yerro.

Querer ahora contar las virtudes y grandezas de esta santa yerba, las enfermedades que con ella se curan y han curado, los males de que a millones de hombres preserva, será proceder en infinito: solo baste para encarecimiento, que si el tabaco por su mal olor non fuera aborrecido de muchos, ni la genciana, ni la atistolochia, ni el muy preciado eupario, llegaran a competir con él, porque es esta preciosa yerba tan general en todas las humanas necesidades, que a sanos y a enfermos, en bailes, y regocijos, en trabajos, y enfermedades, causadas de frialdad, ahora se aplique por la boca, ahora en ayuda, ahora se tome por de fuera, ahora por la parte de dentro, en hoja, en zumo, en polvo, en cocimiento, en forma de ünguento de untura, o de emplasto, de todas suertes, y en todas coyunturas nos socorre...

Contar quiero del piciete el más extraño modo de medicina, que en toda el arte médica jamás se imagina, y este sólo he visto usar a los naturales de esta tierra, de quien los negros y muchos españoles, y aún las mujeres lo han deprendido, y es que toman esta yerba, y después de seca y molida la envuelven en una otra hoja o cañutillo, y encendiéndola por una parte, chupan el humo por la otra, a fin de tragarlo, que diré ahora de los admirables efectos que de tomar este humo se siguen, díganlo los enfermos de reumas, los flacos de estómago, los sujetos y dispuestos a hidropesía, los asmáticos, los que padecen dolores antiguos, mayormente causados del mal francés por humor frío, los soldados y gente del campo, que duermen por esos suelos, sujetos a fríos y aguaceros y malas venturas, mediante el cual se alivian y descansan de sus trabajos, sufriendo con él, no digo yo las malas noches, pero la sed, hambre y cansancio, díganlo los Indios y negros mineros, pues mediante el descansan, y se preservan de que la frialdad de los metales no les engrase y penetre, díganlo por concluir toda esa gente que habita por todas estas costas: y tierras calientes de las Indias, donde desde el menor hasta el mayor apenas puede vivir sin él, y es realmente importantísimo en tales calurosas tierras, porque como con el calor del aire se debilita el calor natural del estómago, padecen los hombres indigestión y empacho del estómago, y por el consiguiente engendran muchas flemas y crudezas, todas las cuales se corrigen, y despiden, y evacuan con el humo de esta bendita y medicinal hierba: y así vemos a muchos, que con él echan témpanos de frialdad, que mal año para haber tomado las unciones, y suele quedar un hombre después de haberle tomado tan

descansado y aliviado de sus males, que con aquello parece que descansa, reposa y queda contento, y así con justa razón hay millones de gentes, que se olvidaran de lo que hay de comer y beber, y no de traer consigo la santa yerba, que no sé yo por cierto de que yerba ni medicina del mundo se puede con verdad decir la mitad o se ve y experimenta de esta.

Cuando me pongo a imaginar quién haya sido el inventor de chupar este humo del piciete, supuesto que hasta hoy autor ninguno lo ha escrito ni hecho mención de él, sospecho que algún ángel lo aconsejó a los indios, o algún demonio que sea ángel está puesto en razón, porque él nos libra de tantas enfermedades, que verdaderamente parece medicina de ángeles, que parezca ser remedio de demonios también lo está, porque si nos ponemos a mirar al que lo está chupando, le veremos echar por la boca y narices bocanadas de un hediondo humo, que parece un volcán, o boca de infierno, pero invéntelo quien quisieren, que él me parece sabiéndose bien usar y aplicar a nuestras enfermedades remedio del cielo tanto cuanto es dañoso, pernicioso y pestilencial, si no se sabe usar de él, y así me acuerdo haber visto a muchos, que de sólo usarle sin orden, medida ni discreción, les ha sobrevenido no solamente inflamación de hígado, riñones, y flema salada, pero muy finos tabardetes, por lo cual respecto me pareció poner aquí algunas reglas, que sirvan de aviso al que con seguridad, y aumento de su salud quisiere usar dicho humo...

[c. 1577]

ANTONIO VAZQUEZ DE ESPINOSA

DE LAS EXTRAORDINARIAS FRUTAS QUE HAY EN LAS INDIAS, Y DE LAS QUE HAY EN LA ISLA TRINIDAD

LA TIERRA de las Indias en general es muy fértil y abundante, particularmente las tierras calientes, en las cuales de ordinario se crían muchas diferencias de frutas regaladas, que todo el año las hay en los árboles, como irán declaradas en los notables siguientes.

El plátano es un árbol fofo muy diferente de los demás árboles, es del grosor de un muslo de un hombre poco mas, solo una vez da fruto echando en el pimpollo o cogollo un racimo de cuarenta o cincuenta plátanos poco mas o menos, y estando de sazón se corta el racimo y el árbol, y no es más de provecho, y con no dar fruto este árbol más de una vez, como dicen, en la vida, es la fruta mas abundante y ordinaria que la hay en todo tiempo, y es socorro de pobres; la hoja que echa el plátano es a modo de la de caña, mas suave, y tan grande que sola una cubre a un hombre, y los platanares son a modo de cañaverales; están sembrados cerca de los ríos o arroyos, como dice el Espíritu Santo: Sicut platanus sum iuxta aquas, y aunque el árbol no da fruto más de una vez, siempre está echando hijos: hay plátanos de muchas suertes, mayores de una tercia y mas de largo, cuando están verdes tienen la cáscara de fuera verde, cuando maduros, amarilla, y pasados negra; son de hechura de un rábano parejo, desuéllase la cáscara, que es blanda, y la médula de dentro blanca, sin hueso ni otro impedimento, blanca como manjar blanco, hay los medianos, pequeños, y de muchas suertes: los de Guinea son más sabrosos, pequeños, fríos, y algo enfermos: por donde quiera que los cortan tienen hechura de un Cristo, solo se crían en tierras calientes; hay la fruta todo el año en el árbol, de ordinario los cogen cuando están de sazón, y se maduran cogidos.

El Mamei es árbol grande, frondoso y acopado a modo de nogal, aunque mayores las hojas, la fruta es como un grande membrillo, la corteza o cáscara parda y áspera; la carne, color y sabor parecido al melocotón; tiene dos o tres huesos mayores que castañas, que les parecen en el color de la cáscara, y ser lisa.

Los Jocotes o jobos son las ciruelas de las Indias, del tamaño de las nuestras, hay las de muchas suertes, aunque las mas ordinarias son casi como las sanmigueleñas; hay las amarillas, moradas, coloradas, el árbol

es como un almendro, la hoja le parece, aunque es más gruesa y de jugo: hácese de sus cogollos muy buen perejil, tienen el sabor de un pampano de cepa tierno, la fruta es amarilla lisa, la carne dulce con algo que tira a agrio, muy jugosa, el hueso es fofo, en Jocotenango de Guatemala y en otras partes las pasan y son de mucho regalo.

El Aguacate, que en el Perú llaman Palta, es árbol grande, fresco, frondoso, las hojas mayores y más verdes que de manzano, la fruta es mayor que una grande pera de Rey, hay las de muchas suertes y hechuras largas como calabaza, y redondas, la cáscara de ordinario es verde lisa, aunque las hay como la camuesa de dos colores: la médula es entre blanca y amarilla, cerca de la cáscara algo verde: es fruta muy sana y regalada, de ordinario se come con sal o azúcar, y de esta suerte tiene excelente sabor, y es de mucho sustento.

El sapote es a modo de árbol Mamei, y la fruta se parece en lo grande, cáscara parda y áspera, aunque la carne es muy colorada y encarnada de buen sabor como conserva, tiene un hueso mayor y más largo que una castaña, parécele en el color y lisura, la pepita de dentro es excelente purga, la hoja parece a la del camueso, críanse de ordinario en tierras calientes, hay los por los montes sin cultivar.

La Piña es como una mata de cardo, críase como alcausi, o alcachofa, la fruta es como un gran piña, móndase la cáscara con cuchillo, y se corta a ruedas, el color es como un melocotón, el sabor mejor y más jugoso agriodulce suave: dase esta fruta solo en tierras calientes.

La Anona se cría en un árbol mediano como un almendro, la fruta es como piña, su color de alcachofa, madura es tierna, su médula de adentro, color y sabor como un manjar blanco, entre la cual hay muchas pepitas negras y lisas, casi como las de algarrobo: el Sapote blanco es parecido a la Anona, pero es mas excelente fruta de gusto y estimación.

El Guayabo es como un granado, la madera pesada y recia, la hoja como de ciruelo aunque algo mayor y mas tosca, la fruta es como una pera, hay la de muchas especies, madura se pone amarilla, hay las blancas, la carne en unas colorada, y en otras amarilla y blanca con muchas pepitas, hay la en todas las Indias en abundancia, así cultivadas como por los montes: las que llaman Dematos, es fruta muy buena y regalada, a los recién llegados de España a los principios cuando las comen les parece que tienen olor de chinches.

EN QUE PROSIGUE LA DESCRIPCION DE LAS FRUTAS, Y DE OTRAS COSAS

El Chiquisapote es el árbol como de laurel, parecido en la hoja al camueso, la fruta es del tamaño de una camuesa, la cáscara es delgada, blanca y parda, la carne de color de conserva de durazno; es fruta excelente y regalada, tiene algunas pepitas, algo mayores que las del algarrobo, en la Nueva España la estiman por de las mejores.

La Pitahaya se da en un árbol mediano, tiene sus hojas a modo de la de yerbabuena, la fruta es como piña pequeña puntiaguda, es agridulce, de buen sabor, tiene pepitas a modo de las de la Anona.

Guamuchí, guabo y cuxinicuil es una misma cosa, echan una misma fruta, aunque con diferencia, en unas vainas como habas, la médula de adentro es blanda, dulce y fofa, de buen sabor; dentro de esta médula tiene una pepita del tamaño de una haba verde mondada: esta fruta se da en tierras calientes, en Honduras y tierra de Guatemala, son pequeñas, y les llaman coxinicuiles, en el Perú Guabos: son de notable grandeza: el árbol es a modo de un árbol de pero grande, las hojas como de algarrobo.

En la Isla Trinidad, y por aquella tierra se da una raíz que se dice Guapo, blanca, del tamaño de un huevo, la hoja crece como una tercia, parece en el anchor y lisura de nogal, aunque es mas larga: esta raíz es de gran sustento y socorro para los pobres, cuécese para comerse, su sabor es de castaña cocida, de ella hacen pan, mazamorra, y otros guisados.

Caro, es un árbol que lleva la fruta mayor que Platillos, retorcida como oreja, cuando esta madura se cae del árbol, y es de color de castañas; para sacarle la pepita se echa en remojo, y despues se saca de cada una un puño de pepitas, como almendras; cuécese y despide una cáscara que tiene, y quedan como almendras peladas de su color y sabor; de ellas se hacen excelentes guisados: el árbol es muy alto y liso, y mas grueso que cuatro pipas, muy recio y duro, que no hay hacha que lo pueda partir, ni romper; el corazón es amarillo, sirve de tinta como gualda, la madera es muy preciada; cría este árbol alrededor de sí tantas raíces sobre la tierra, que se pueden esconder en ellas cien hombres, como si fueran trincheras, como ha sucedido en aquellas partes en ocasiones de enemigos en emboscadas.

El árbol Charo es de la misma grandeza que el pasado, cría una fruta redonda como madroños, cuando esta madura y se cae vienen todos los animales a comerlas: la cáscara es amarilla y melosa; de ella cocida se hace buen arrope, como si fuera de uvas; la pepita es como

una avellana, cocida es sabrosa, sabe a castañas cocida, y es de mucho sustento.

Purbo es un árbol grande como cedro, cría una fruta llamada Purba, del sabor, color y olor de cermeñas de España, es regalada fruta, de ella se hace bebida purba, que es buena y cordial.

Icaco es un arbolito o mata, que se cría en las costas del mar, que echa fruta colorada y blanca, del grandor de ciruelas amacenas; su sabor es dulce, su hueso, fofo. Cometure es un árbol pequeño, echa la fruta negra, que sabe a murtas de arrayan. El árbol Paují es como un almendro, la fruta como ciruelas grandes, su sabor agridulce de mucho regalo.

El Papayo es árbol liso y fofo, que sirve en las Indias de lo que en España el corcho, y para las balsas, echa en el pimpollo todas las hojas, y debajo de ellas toda la fruta alrededor, todo el año la tiene, porque nunca maduran por igual; la fruta es de tamaño de buenos melones, su color de fuera cuando maduras es amarillo, la carne colorado, el sabor como de buen melón; tiene dentro muchas pepitas como granos de pimienta negra, el sabor de ellas es de mastuerzo, son buenas para la digestión, y para otras enfermedades.

En el valle de Esquibo, donde habita la nación Aruaca, hay unos árboles de tan notable grandeza, que es increíble a los que no hubieren visto las cosas de aquesta tierra; el tronco es mas grueso que seis pipas, su altura mas que la de una alta torre; echa una fruta grande en vaina mayor que la cabeza de un hombre, redonda y parda, estando madura y sazonada se abre aquella vaina, y cae la fruta de dentro, que cada una es mas gruesa que el puño, del mismo color y hechura que la almendra; salvo que ésta respecto de la otra es gigante, la cáscara es algo mas áspera; la almendra es mayor que una grande castaña injerta, mas sabrosa y suave que las nuestras: donde se da este árbol es cuatro leguas de la mar.

Hay también un palo gateado de que hacen las macanas; es tan recio, que si no es aserrándolo con mucho trabajo, no hay hacha que le pueda entrar; es la madera mas peregrina que se halla en el mundo, el corazón del palo es cristalino, que no hay jaspe que le iguale, y es incorruptible.

En la isla Trinidad, y en las demas tierras calientes y de montañas hay unos pájaros que los Indios llaman Conotos, del tamaño de una paloma, muy galanes, de plumas negras y amarillas, el pico largo y amarillo, de buen canto. A estos les dio el cielo tal instinto natural, que huyendo de los monos y culebras porque no les coman los huevos o hijuelos, buscan el árbol mas alto y apartado, y muchos pájaros de

estos hacen en él sus poblaciones de nidos en las ramas mas delgadas y apartadas del tronco, y ramas gruesas, para que los monos y culebras no puedan ir a ellos menos que despeñándose, o matándose: hacen sus nidos de tres cuartas de largo, y mas, y tan entretejidos de palitos y barro, que aunque llueva, no se mojan, con solo un agujero por un lado, por donde ellos entran; de suerte, que sea difícil entrar a sus enemigos sino es con riesgo de la vida, por estar muy altos, y de esta suerte crían y guardan sus hijos de semejantes sabandijas.

[c. 1628]

ANTONIO DE LA CALANCHA

MARAVILLOSOS SECRETOS

EL OTRO maravilloso secreto está junto al Lamellín, pueblo de los Conchucos: hay un manantial que los indios llaman Puquio, que hace una alberca, poza, o fuente donde en todo el año no hay ni se ve pescado, y, desde el Miércoles de Cenizas hasta el Sábado Santo, se crían muchos bagrecillos, peces de apetito que cuajan la poza; y desde el día de Resurrección no se vuelven a ver hasta otro día de Ceniza. Curas doctrinales me lo han afirmado, y muchas que han sido o justicias o tratantes lo testifican, y por cosa vulgar y sabida de todos la cuentan. No es singular esto en aquel manantial, pues Marco Paulo Veneto escribe en el libro de su navegación que, en la provincia Zarzanta, está un lago de aguas que descienden en fuentes de montes, en el cual no se hallan pescados en todo el año sino por tiempo de Cuaresma y, siendo el día de Pascua de Resurrección, no hay cómo hallar un solo pescado.

La piedra llamada de Huancabamba (...) es admirable: tiene el color blanco y es negra la peña en que se cría; crece como si fuese viviente y es único remedio para las llagas, heridas y ulceraciones, tanto en los hombres como en las bestias; cura disenterías y flujos de vientre, así los de humor como los de sangre; sana todo mal de orina y remedia otros achaques de mujeres; creó Dios al frente otra peña, que es pernicioso veneno, tanto al que bebe como al que toca, pues a todos mata, y sus polvos hacen el mismo efecto tocado por la ropa o en las bebidas, y su contagio no tiene otro antídoto que aplicar la piedra Huancabamba, con lo que ni muere el infectado ni le atosiga el veneno; aplícase molida y se bebe con vino o chicha.

[c. 1630]

TIERRA SIN HORIZONTE

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA

COMO LLEGAMOS A APALACHE

LLEGADOS que fuimos a vista de Apalache, el gobernador mandó que yo tomase nueve de caballo y cincuenta peones, y entrase en el pueblo, y ansí lo acometimos el veedor y yo; y entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos, que los hombres a la sazón no estaban en el pueblo; mas de ahí a poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron a pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; mas al fin huyeron y nos dejaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos para moler maíz. En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.

DE LA MANERA QUE ES LA TIERRA

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo, de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los animales que en ellas vimos, son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas, entre los cua-

les vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ánsares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos alcones, neblís, gavilanes, esmerejones y otras muchas aves. Dos horas después que llegamos a Apalache, los indios que de allí habían huido vinieron a nosotros de paz, pidiéndonos a sus mujeres y hijos, y nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron que llegaron a nos poner fuego a las casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogiéronse a las lagunas, que tenían muy cerca; y por esto, y por los grandes maizales que había, no les podimos hacer daño, salvo a uno que matamos. Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron a nosotros y acometiéronos de la misma arte que los primeros, y de la misma manera escaparon, y también murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinte y cinco días, en que hecimos tres entradas por la tierra y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenía. Preguntamos al cacique que les habíamos detenido, y a los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y población de la tierra, y la calidad de la gente, y por los sentimientos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que adelante había menos gente y muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntámosles luego por la tierra que estaba hacia el sur, qué pueblos y mantenimientos tenía. Dijeron que por aquella vía, yendo a la mar nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenían mucho maíz, y que tenían frísoles y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que éstos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y como los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos a tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan a salvo, que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron un se-

ñor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, y ir a buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos habían dicho: y ansí, nos partimos a cabo de veinte y cinco días que allí habíamos llegado. El primero día pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno; mas al segundo día llegamos a una laguna de muy mal paso, porque daba el agua a los pechos y había en ella muchos árboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella nos acometieron muchos indios que estaban escondidos detrás de los árboles porque no los viésemos ; otros estaban sobre los caídos, y comenzáronnos a flechar de manera, que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron la guía que llevábamos, antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella, nos tornaron a seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salirnos afuera ni hacernos más fuertes y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna, y desde allí nos herían la gente y caballos. Visto esto, el gobernador mandó a los de caballo que se apeasen y les acometiesen a pie. El contador se apeó con ellos, y ansí los acometieron, y todos entraron a vueltas en una laguna, y ansí les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pie de un álamo, que entraba por él un geme. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí a una legua llegamos a otro de la misma manera, salvo que por ser tan larga, que duraba media legua, era muy peor: éste pasamos libremente y sin estorbo de indios; que, como habían gastado en el primero toda la munición que de flechas tenían, no quedó con que osarnos acometer. Otro día siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba delante, y di aviso de ello al gobernador, que venía en la retaguardia: y ansí, aunque los indios salieron a nosotros, como íbamos apercibidos, no nos pudieron ofender; y salidos a lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos a ellos por dos partes, y matámosles dos indios, y hiriéronme a mí y dos o tres cristianos; y por acogérsenos al monte no les pudimos hacer más mal ni daño.

De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso que he contado, no salieron más indios a nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos, dieron en la retaguardia, y a los gritos que dio un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fue a socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las corazas, y fue tal la herida, que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la gente de él, ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frísoles, que ya todo estaba para empezar a coger. Descansamos allí dos días, y éstos pasados, el gobernador me rogó que fuese a descubrir la mar, pues los indios decían que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habíamos descubierto por un río muy grande que en él hallamos, a quien habíamos puesto por nombre el río de la Magdalena. Visto esto, otro día siguiente yo me partí a descubrirla, juntamente con el comisario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos a un ancón o entrada de la mar, donde hallamos ostiones, con que la gente holgó; y dimos muchas gracias a Dios por habernos traído allí.

Otro día de mañana envié veinte hombres a que conociesen la costa y mirasen la disposición de ella, los cuales volvieron otro día en la noche, diciendo que aquellos ancones y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaba muy lejos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí había, yo me volví al gobernador, y cuando llegamos, hallámosle enfermo con otros muchos, y la noche pasada los indios habían dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobre venido; también les habían muerto un caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

DE LA REFRIEGA QUE NOS DIERON LOS INDIOS

Venida la mañana; vinieron a nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos los dos compañeros que en la barca habían quedado por rehenes. El gobernador dijo que se los daría con que trajesen los dos cristianos que habían llevado. Con esta gente venían cinco o seis seño-

res, y nos pareció ser la gente más bien dispuesta y de más autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quien habemos contado. Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de martas, de la suerte de las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ella había unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parecían muy bien. Rogábannos que nos fuésemos con ellos y que nos darían los cristianos y agua y otras muchas cosas; y continuo acudían sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada; y así por esto, como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos a la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos. Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáronnos a tirar piedras con hondas, y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres o cuatro arcos.

Estando en esta contienda el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así navegamos aquel día, hasta ahora de vísperas, que mi barca, que iba adelante, descubrió una punta que la tierra hacía, y del otro cabo se veía un río muy grande, y en una isleta que hacía la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas. El gobernador no quiso llegar; antes se metió por una bahía muy cerca de allí, en que había muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el río entraba en la mar de avenida, y por tostar algún maíz que traíamos, porque ya había dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña, acordamos de ir al río que estaba detrás de la punta, una legua de allí; y yendo, era tanta la corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla. El norte que venía de la tierra comenzó a crecer tanto, que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y a media legua que fuimos metidos en ella, sondamos, y hallamos que con treinta brazas no podimos tomar hondo, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar; y ansí navegamos dos días todavía, trabajando por tomar tierra, y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros por la costa; y trabajando por llegar allá, nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra, porque como habíamos visto tantos humeros, creíamos que se nos podía recrecer algún peligro sin nosotros poder ver, por la mucha oscuridad, lo que habíamos de hacer, y por esto determinamos de esperar a la mañana; y como amaneció, cada barca se halló por sí perdida de las otras; yo me hallé en treinta brazas,

y siguiendo mi viaje, a hora de vísperas vi dos barcas, y como fui a ellas, vi que la primera a que llegué era la del gobernador, el cual me preguntó qué me parecía que debíamos hacer. Yo le dije que debía recobrar aquella barca que iba adelante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas, siguiésemos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. El me respondió que aquello no se podía hacer, porque la barca iba muy metida en la mar y él quería tomar la tierra, y que si la quería yo seguir, que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se había de tomar la tierra, y esto le aconsejaba un capitán que consigo llevaba, que se llamaba Pantoja, diciéndole que si aquel día no tomaba la tierra, que en otros seis no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre. Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el gobernador llevaba la más sana y recia gente que entre toda había, en ninguna manera lo podimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedile que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barca, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar a tierra. Yo le dije que, pues vía la poca posibilidad que en nosotros había para poder seguirle y hacer lo que había mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros, que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida; que él ansí lo entendía de hacer, y diciendo esto, se alargó con su barca, y como no le pude seguir, arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado a ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Téllez; y ansí, navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo. A cabo de estos cuatro días nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hacía; y con ser invierno, y el frío muy grande, y tantos días que padecíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho a desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido, y entre todos ellos a esta hora no había cinco hombres en pié; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marear la barca, y a dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir; y ansí, yo tomé el leme, y pasada media noche, yo llegué por ver si era muerto el maestre,

y él me respondió que él antes estaba mejor y que él gobernaría hasta el día. Yo cierto aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte, que no ver tanta gente delante de mí de tal manera.

Y después que el maestre tomó cargo de la barca, yo reposé un poco muy sin reposo, ni había cosa más lejos de mí entonces que el sueño. Y cerca del alba parecióme que oía el tumbo de la mar, porque, como la costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto llamé al maestre, el cual me respondió que creía que éramos cerca de la tierra, y tentamos y hallámonos en siete brazas, y parecióle que nos debíamos tener a la mar hasta que amaneciese; y así, yo tomé un remo y bogué de la banda de la tierra, que nos hallamos una legua della, y dimos la popa a la mar; y cerca de tierra nos tomó una ola, que echó la barca fuera del agua un juego de herradura, y con el gran golpe que dio, casi toda la gente que en ella estaba como muerta, tornó en sí, y como se vieron cerca de la tierra se comenzaron a descolgar, y con manos y pies andando. y como salieron a tierra a unos barrancos, hicimos lumbre y tostamos del maíz que traíamos, y hallamos agua de la que había llovido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí y comenzaron algo a esforzarse. El día que aquí llegamos era sexto del mes de noviembre.

DE LO QUE ACAECIO A LOPE DE OVIEDO CON UNOS INDIOS

Desque la gente hubo comido, mandé a Lope de Oviedo, que tenía más fuerza y estaba más recio que todos, se llegase a unos árboles que cerca de allí estaban, y subido en uno de ellos, descubriese la tierra en que estábamos y procurase de haber alguna noticia de ella. El lo hizo ansí y entendió que estábamos en isla, y vio que la tierra estaba cavada a la manera que suele estar tierra donde anda ganado, y parecióle por esto que debía ser tierra de cristianos, y ansí nos lo dijo.

Yo le mandé que la tornase a mirar muy más particularmente y viese si en ella había algunos caminos que fuesen seguidos, y esto sin alargarse mucho por el peligro que podía haber. El fue, y topando con una vereda se fue por ella adelante hasta espacio de media legua, y halló unas chozas de unos indios que estaban solas, porque los indios eran idos al campo, y tomó una olla de ellos, y un perrillo pequeño y unas pocas de lizas, y ansí se volvió a nosotros; y pareciéndonos que se tardaba, envié otros dos cristianos para que le buscasen y viesen qué le había sucedido; y ellos le toparon cerca de allí y vieron que tres indios, con arcos y flechas, venían tras él llamándole, y él asimismo llamaba a ellos por señas; y así llegó donde estábamos, y los indios se quedaron

un poco atrás asentados en la misma ribera; y dende a media hora acudieron otros cien indios flecheros, que agora ellos fuesen grandes o no, nuestro miedo les hacía parecer gigantes, y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban.

Entre nosotros excusado era pensar que había quien se defendiese, porque difícilmente se hallaron seis que del suelo se pudiesen levantar. El veedor y yo salimos a ellos y llamámosles, y ellos se llegaron a nosotros; y lo mejor que podímos, procuramos de asegurarlos y asegurarnos, y dímosles cuentas y cascabeles, y cada uno de ellos me dio una flecha, que es señal de amistad, y por señas nos dijeron que a la mañana volverían y nos traerían de comer, porque entonces no lo tenían.

COMO LOS INDIOS NOS TRAJERON DE COMER

Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habían dicho, vinieron a nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores o menores; la mayor parte de ellas se sacan de bajo del agua y con mucho trabajo. A la tarde volvieron y nos trajeron más pescado y de las mismas raíces, y hicieron venir sus mujeres e hijos para que nos viesen, y ansí, se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos, y otros días nos tornaron a visitar con lo mismo que estotras veces. Como nosotros veíamos que estábamos proveídos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos a embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida, y fue menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy más livianas bastaban para ponernos en él; y ansí embarcados, a dos tiros de ballesta dentro en la mar, nos dio tal golpe de agua que nos mojó a todos; y como íbamos desnudos y el frío que hacía era muy grande, soltamos los remos de las manos, y a otro golpe que la mar nos dio, trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; más sucedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron.

Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos, y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros

tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propia figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los caballos entretanto que las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos.

Y sobre todo lo dicho había sobrevenido viento norte, de suerte que más estábamos cerca de la muerte que de la vida. Plugo a nuestro señor que, buscando los tizones del fuego que allí habíamos hecho, hallamos lumbre, con que hicimos grandes fuegos; y ansí, estuvimos pidiendo a nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no sólo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado vían. Y a hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron a buscar y a traernos de comer; mas cuando ellos nos vieron ansí en tan diferente hábito del primero y en manera tan extraña, espantáronse tanto que se volvieron atrás. Yo salí a ellos y llamélos, y vinieron muy espantados; hícelos entender por señas cómo se nos había hundido una barca y se habían ahogado tres de nosotros, y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos, y los que quedábamos íbamos aquel camino.

Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha.

Sosegado ya este llanto, yo pregunté a los cristianos, y dije que, si a ellos parecía, rogaría a aquellos indios que nos llevasen a sus casas; y algunos de ellos que habían estado en la Nueva España respondieron que no se debía hablar en ello, porque si a sus casas nos llevaban, nos sacrificarían a sus ídolos; mas visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, ante rogué a los indios que nos llevasen a sus casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello, y que esperásemos un poco, que ellos harían lo que queríamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña, y se fueron a sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron,

y llevándonos asidos y con mucha prisa, fuimos a sus casas; y por el gran frío que hacía, y temiendo que en el camino alguno no muriese o desmayase, proveyeron que hubiese cuatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada uno de ellos nos calentaban; y desque vían que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan aprisa, que casi los pies no nos dejaban poner en el suelo; y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella; y desde a un hora que habíamos llegado, comenzaron a bailar y hcer grande fiesta, que duró toda la noche, aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuándo nos habían de sacrificar; y la mañana nos tornaron a dar pescados y raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo y perdimos algo de miedo del sacrificio.

DE COMO NOS HUIMOS

Después de habernos mudado, desde a dos días nos encomendamos a Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiando que, aunque era ya tarde y las tunas se acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos habían de seguir, vimos unos humos, y yendo a ellos, después de vísperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vio que íbamos a él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras él, y como vio que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos a buscar aquella gente que hacía aquellos humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaría allá; y ansí, lo fuimos siguiendo; y él corrió a dar aviso de cómo íbamos, y a puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos a ella hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos recibieron bien. Dijímosles en lengua de mareames que íbamos a buscallos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y ansí, nos llevaron a sus casas, y a Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y a mí y a Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámanse avavares, y son aquellos que solían llevar los arcos a los nuestros y iban a contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofreció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por

tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la había, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazón que nos tratasen bien, como adelante diremos.

DE COMO CURAMOS AQUI UNOS DOLIENTES

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios a Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado a Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron a sus casas y trajeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado, cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche a que los sanase, y cada uno traía un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias a Dios porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron a bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella hallaríamos, y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos a sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno y tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con éstos. A cabo de cinco días que allí habíamos llegado se partieron a buscar otras tunas adonde había otra gente de otras naciones y lenguas; y andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, allegamos a un río, donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas, fuimos a buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla: la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días. Siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el

frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nací; y para las noches yo tenía este remedio, que me iba a las matas del monte, que estaba cerca de los ríos, y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cría en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches; y unas de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo, comenzó a arder muy recio, y por mucha prisa que yo me di a salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado.

En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía los pies descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el norte, porque de otra manera ningún remedio había de yo vivir; y a cabo de cinco días llegué a una ribera de un río, donde yo hallé a mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creían que alguna víbora me había mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habían caminado con mucha hambre, que ésta era la causa que no me habían buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenían, y otro día partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisfacieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias a nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

COMO OTRO DIA NOS TRAJERON OTROS ENFERMOS

Otro día de mañana vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estaban tullidos y muy malos, y venían en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofreció su arco y flechas, y él los recibió, y a puesta del sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les enviase salud, pues él vía que no había otro remedio para que aquella gente nos ayudase y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana, todos amanecieron tan buenos y sanos, y se fueron tan recios como si nunca hubieran tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiración, y a nosotros despertó que diésemos muchas gracias a nuestro Señor, a que

más enteramente conociésemos su bondad y tuviésemos firme esperanza que nos había de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia que me había de sacar de aquella cautividad, y así yo lo hablé siempre a mis compañeros. Como los indios fueron idos y llevaron sus indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y éstos se llaman cutalches y maliacones, que son otras lenguas, y junto con ellos había otros que se llamaban coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos, y éstos tenían guerra con los susolas, con quien se flechaban cada día; y como por toda la tierra no se hablase sino de los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venían de muchas partes a buscarnos para que los curásemos; y a cabo de dos días que allí llegaron, vinieron a nosotros unos indios de los susolas y rogaron a Castillo que fuese a curar un herido y otros enfermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creía que sus pecados habían de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar.

Los indios me dijeron que yo fuese a curarlos, porque ellos me querían bien y se acordaban que les había curado en las nueces, y por aquello nos habían dado nueces y cueros; y esto había pasado cuando yo vine a juntarme con los cristianos; y así, hube de ir con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían, yo vi el enfermo que íbamos a curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño está muerto; y ansí, cuando yo llegué hallé al indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según a mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué a nuestro Señor fuese servido de dar salud a aquél y a todos los otros que de ella tenían necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y llevároнme a curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales di a nuestros indios, que con nosotros habían venido; y hecho esto, nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, a quien di las tunas, se quedaron allá; y a la noche se volvieron a sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos, se había levantado bueno y se había paseado, y comido, y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres.

Esto causó muy gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba de otra cosa. Todos aquellos a quien esta fama llegaba nos

venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hubieron de ir a su tierra, antes que se partiesen nos ofrecieron todas las tunas que para su camino tenían, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos a Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los más contentos hombres del mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenían.

Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente nosotros éramos hijos del sol. Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían que habían de sanar si nosotros los curásemos, que creían que en tanto que allí nosotros estuviésemos, ninguno de ellos había de morir. Estos y los de más atrás nos contaron unas cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que había quince o diez y seis años que había acontecido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parecía a la puerta de la casa un tizón ardiendo; y luego, aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas; y que cortaba de una tripa poco más o menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él quería, tomaba el bohío o casa y subíala en alto, y dende a un poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venía y a qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendedura

de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo. De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas, y como ellos vieron que no lo creíamos, trajeron muchos de aquellos que decían que el había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquel era un malo, y de la mejor manera que pudimos les dábamos a entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no tendrían miedo de aquél, ni él osaría venir a hacelles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaría parecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían.

Estos indios nos dijeron que habían visto al asturiano y a Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, a quien nosotros llamábamos de los higos. Toda esta gente no conocían los tiempos por el Sol ni la Luna, ni tienen cuenta del mes y año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con éstos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Su casa y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre que, no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padecimos mucha hambre, que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban a madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos a otros que adelante estaban, llamados maliacones; éstos estaban una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos.

A cabo de los tres días envié que trajese a Castillo y a Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos con los indios, que iban a comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez o doce días, entretanto que las tunas vienen; y allí se juntaron con estos otros indios que se llamaban arbadaos, y a éstos hallamos muy enfermos y flacos y hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho, y los indios con quien habíamos venido se volvieron por el mismo camino; y nosotros les dijimos que nos queríamos quedar con aquéllos, de que ellos mostraron pesar; y así, nos quedamos en el campo con aquéllos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos sirvieron, juntáronse después de haber hablado entre sí, y cada uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron a sus casas. Con éstos padecimos más hambre que con los otros, porque

en todo el día no comíamos más de dos puños de aquella fruta, la cual estaba verde; tenía tanta leche, que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua daba mucha sed a quien la comía; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros, y a trueco de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubría. Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y como no estábamos acostumbrados a ello, a manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces al año, y con el sol y el aire hacíansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que recibíamos muy gran pena por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas; y hacían que las cuerdas se nos metían por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces hacíamos leña en montes, que cuando la acabábamos de sacar nos corrían por muchas partes sangre, de las espinas y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban.

A las veces me aconteció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podía sacar ni a cuestas ni arrastrando. No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redentor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padeció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Hacíamos esteras, que son cosas de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse en nada, por buscar entretanto que comer, y cuando entienden en esto pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban raer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el día que me daban para raer alguno, porque yo lo raía muy mucho y comía de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos o tres días. También nos aconteció con éstos y con los que atrás habemos dejado, darnos un pedazo de carne y comérnoslo así crudo, porque si lo pusiéramos a asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comía; parecíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estábamos tales, que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podíamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los rescates que por nuestras manos hicimos.

[c. 1527]

FRAY ANTONIO TELLO

DE LOS INDIOS DE LOS LLANOS DE LAS VACAS

EN ESTOS llanos de las Vacas hay unos indios que no tienen pueblos, ni estancias, ni siembran, sino que se sustentan de las vacas que matan, adobando los cueros para cubrirse con ellos, y los venden a los comarcanos por rescate, y en algunas partes hay muchos bien adobados, y con pinturas, pero se entendió que no eran nuestros indios los que los aderezaban, sino los que los rescataban de ellos.

No vieron los nuestros más de una cuadrilla de indios, de hasta cincuenta gandules con sus mujeres, los cuales dijeron había otras cuadrillas mayores. Y nuestros españoles fueron corriendo tras las primeras vacas que vieron, porque así que los sintieron echaron a huir y alancearon algunas, aunque los más de los caballos rehusaban en gran manera llegar a ellas. Determinaron, así por esto como porque después de cansadas arremetían volviendo y haciendo rostro, e inventaron algunos dellos arrojadizos con que las mataban; y yendo caminando cada día encontraban muchas por aquellos campos, donde había unas neblinas que no se veía sierra, árbol ni otra cosa sino llanos cubiertos de las boñigas de las vacas, y esto era lo que servía de leña al ejército, y se comenzó a abrir camino con amontonar a trechos gran golpe de ellas, y vez hubo que, viendo algún montón, les pareció a algunos que era montaña, y dijeron: "¡gracias a Dios, que ya vemos árboles!" y andando y llegando cerca desaparecía, porque era golpe de ganado, que como los sentía llegar huía.

Habiendo, pues, andando de esta manera cuatro o cinco días, vieron en aquellos caminos de las vacas muchos rastros como de varas delgadas que iban arrastrando, y no cayendo en lo que pudiese ser, se dieron prisa siguiendo aquellos rastros, alcanzaron aquella cuadrilla de los cincuenta gandules que dije vieron los nuestros, los cuales iban con sus mujeres y llevaban unos perrillos cargados, no grandes sino medianos, y un soldado fue tras uno de ellos, le quitó la carga, y vio que llevaba las siete varas, que son las que sirven de armar su choza o tienda, y un cuero sin pelo para poner encima de ellas, y otro con pelo con que se debían de cubrir, y otro pedazo de cuero en que traían envuelto un buen pedazo de carne, que pesaría bien arroba y media o más, y todo el cuero era adobado, y unas medias calzas de cuero de

venado y dos buches de vacas, que les servían como de cántaro para acarrear agua; y las varas llevaban porque como en todos aquellos llanos no se halla ni cría árbol ni sombra ninguna, hacen su toldo sobre ellos, que les sirve de sombra, en que se ranchean y mudan de un lugar a otro cuando les parece. Iba todo bien atado, con correas de cuero pelado y bien adobado, que era de ver.

Son estos indios de buena estatura y andan gordos y lucios con sus mujeres, y no se sabe qué ejercicio tengan o si son haraganes y por no trabajar se vienen allí de los pueblos. A ninguna de las mujeres se vio criar, ni muchacho alguno entre ellos; andan vestidos de la cintura para abajo con unos a manera de faldellines de cuero de venado adobado, hasta los pies y unos como capotes vizcaínos y mangas por encima, y medias calzas de venado y sandalias de cuero crudo. Ellos andan en carnes, y cuando el frío los aflige, traen unos cueros adobados por capa; y todos trasquilados a navaja, desde la mitad de la cabeza hasta la frente, y lo demás como sobre peine; y las mujeres andan también trasquiladas. Ellos llevan consigo muy buenos arcos y flechas; y el principal y mejor adobo para curtir los cueros dicen ser los sesos de las vacas.

El sustento y comida de estos indios es la carne cruda de las vacas, y en ello se han como los perros, porque así beben la sangre caliente de todo género como si fuese el mejor vino, sin tener asco ni temor de que los mate, como se dice de aquel griego, que porque Xerxes le mandó ir contra su patria, se mató bebiendo sangre de un toro, por no ir contra ella.

Estando, pues, el real y campo asentado adonde estos indios se habían rancheado, junto a un arroyuelo que se hacía de otros manantiales que de allí manaban, salieron dos soldados a matar una vaca, si la vían, para su comida; y pasando junto al rancho de los indios, les dijeron por señas si querían ir a matar alguna res, y ellos salieron luego a ello tomando sus arcos y flechas; y no lejos del real toparon una manadilla pequeña de ganado, de la cual se apartó un torillo nuevezuelo, y tras él fueron los soldados a caballo y también los indios, y uno de ellos, corriendo se fue emparejando al codillo del toro, y le dio un flechazo que le hizo echar mucha sangre por la boca y luego todos arremetieron a la cola, y dieron tantas vueltas con él que le derribaron, y como el más diestro vaquero le volvieron, los cuernos abajo; y lo primero que hicieron fue sacarle la gordura de los párpados de los ojos, y comérsela así caliente, y luego con unos pedernales, como si fueran cien hachas, lo fueron cortando por sus coyunturas y lo desollaron, habiéndole abierto por el lomo y sacándole el redaño y gordura de los

riñones, que luego se lo comieron, y después las criadillas; y sacándole las tripas, la sangre que había quedado en el cuerpo la bebieron, cogiéndola con dos manos, como quien bebe agua de arroyo. Llevaban un tizón de boñiga ardiendo, y luego juntaron otras boñigas e hicieron lumbre y luego cogieron las tripas y fueron vaciando la basura y humor que tenían, exprimiéndolas con las manos, y aquellas revueltas a la lumbre se las comieron. Luego un indio dio una cuchillada pequeña en el buche del torillo, y puso hierbezuelas porque no saliese sino el agua, y la bebió como si fuese del más claro río y tomando un pedazo de carne, metían en la boca lo que cabía, y partiendo con un pedernal lo que quedaba, medio mascado lo tragaban.

Los soldados tomaron lo que quisieron de la carne, y se volvieron al real, y los indios hicieron un buen montoncillo de cueros adobados y los dieron a los soldados, y habiendo tomado cada uno lo que quiso, habiéndoles dado algunas cosas de rescate, quedaron muy contentos.

[c. 1596]

MESOAMERICA
Y SUS GRANDES CULTURAS

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

MEXICO Y LA LAGUNA DESDE EL GRAN TEMPLO DE TLALTELOLCO

Y ASÍ dejamos la gran plaza sin más la ver y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran cu; y tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y desque llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán, y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él. Y desque subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio con andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, y allí había un gran bulto de como dragón, y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. Y así como llegamos salió el Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que eran en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron a Cortés a todos nosotros, le dijo: "Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo". Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna. Y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro del agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor, y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, ques la de Istapalapa, que fue por la que entramos cuatro días hacía, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlavaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad,

como adelante diremos, y la de Tepeaquilla. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades questaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerando todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí sonaba más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.

PERFIL DE MOCTEZUMA

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño, y pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas prietas y bien puestas y ralas, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por una cabo de amor y cuando era menester gravedad; era muy pulido y limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde. Tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían.

Era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía un día no se las ponía sino después de cuatro días; tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas

habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no miralle a la cara, y con tres reverencias que le hacían y le decían en ellas: "Señor, mi señor, mi gran señor", primero que a él llegasen; y desque le daban relación a lo que iban, con pocas palabras les despachaba; no le volvían las espaldas al despedirse dél sino la cara y ojos bajos, en tierra, hacia donde estaba, y no vueltas las espaldas hasta que salían de la sala. Y otra cosa vi: que cuando otros grandes señores venían de lejos tierra a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Montezuma habían de venir descalzos y con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por un lado de la puerta del palacio, que entrar de rota batida teníanlo por desacato.

[c. 1517]

Del *Códice Florentino,* manuscrito de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Reproducido por Archivo General de la Nación, México, 1979.

HERNAN CORTES

ESTA GRAN CIUDAD DE TEMIXTITAN

ESTA GRAN ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras y, en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra. Luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa en hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas.

Venden conejos, liebres, venados, y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas, y ciruelas, que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es muy mejor que arrope, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de hilados de algodón de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores, cuantos se pueden hallar en España y de tan excelentes matices, cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos blancos y de diversos colores. Venden mucha loza en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más, vidriadas y pintadas.

Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescados. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares, y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercaduría se venden en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo se vende por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.

Hay en esta gran plaza una gran casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas que son jueces y libran to-

dos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colocaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas, para los cuales, demás de las casas donde tienen los ídolos, hay buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desde que entran en la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete u ocho años hasta que los sacan para los casar, y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas, que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella, porque es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas y corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos, es de imaginería y zaquizamíes, y el maderamiento es todo de masonería y muy pintado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a quien tienen devoción.

Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos, y dentro de éstas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos

más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Mutezuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar, se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cielo y la tierra y todas las cosas, y que hizo a ellos y a nosotros, y que Este era sin principio e inmortal, y que a El habían de adorar y creer y a no a otra criatura ni cosa alguna, y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Mutezuma, me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales de esta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podrían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría las cosas que debían tener y creer mejor que no ellos; que se las dijese e hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad dicha, estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban, porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe, y manda que el que matare lo maten. Y de ahí adelante se apartaron de ello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad, nunca se vió matar ni sacrificar criatura alguna.

Los bultos y los cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen, son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos, vivos, y les sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él, amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para hacer aquellas estatuas grandes. Y también, después de hechas, les ofrecían más corazones, que asimismo les sacrificaban, y los untaban las caras con la

sangre. Y a cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban sus dioses. Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro, y así para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven.

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra, vasallos del dicho Mutezuma, tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año, y demás de esto hay en ella muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy grandes y buenos aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entran vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y el agua ha de pasar por las puentes a causa de las quebradas por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve la ciudad.

Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes, por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchen las canoas, y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad, y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas donde están personas por guardas y que reciben *certum quid* de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad, porque hasta ahora no lo he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto aquel derecho para el señor de ellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas, trabajadoras y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales.

La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestir y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Mutezuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ellas más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las

cosas de esta gran ciudad, aunque no acabaría tan aína, no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

En lo del servicio de Mutezuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado, hay tanto que escribir que certifico a vuestra alteza que yo no sé por do comenzar, que pueda acabar de decir alguna parte de ellas; porque, como ya he dicho, ¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste huicio comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún bordado se podría hacer tan maravillosamente? El señorío de tierras que este Mutezuma tenía no se ha podido alcanzar cuánto era, porque en ninguna parte, doscientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque había algunas provincias en medio de estas tierras con quien él tenía guerra. Pero por lo que se alcanzó, y yo de él pude comprender, era su señorío tanto casi como España, porque hasta sesenta leguas de esta parte de Putunchán, que es el río Grijalva, envió mensajeros a que se diesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatán, que había desde la gran ciudad a ella doscientas y veinte leguas, porque las ciento y cincuenta yo he hecho andar y ver a los españoles. Todos los más de los señores de estas tierras y provincias, en especial los comarcanos, residían, como ya he dicho, mucho tiempo del año en aquella gran ciudad, y todos o los más tenían sus hijos primogénitos en el servicio del dicho Mutezuma.

En todos los señoríos de estos señores tenía fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le deban, y había cuenta y razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen por donde se entienden. Cada una de estas provincias servían con su género de servicio, según la calidad de la tierra, por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las dichas provincias había. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más. Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pa-

satiempo, tan bien labradas como se podría decir, y cuales requerían ser para una gran príncipe y señor. Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas que me parecía casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas, y por tanto no me pondré en expresar cosa de ellas más de que en España no hay su semejable.

Tenía una casa poco menos buena que ésta, donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y losas de ellos eran de jaspe muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar, eran los estanques de agua salada, y para los de ríos, lagunas de agua dulce, la cual vaciaban de cierto a cierto tiempo, por la limpieza y la tornaban a henchir por sus caños, y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado, se lo daban; y las que gusanos, gusanos; y las que maíz, maíz; y las que otras semillas más menudas, por consiguiente se las daban. Y certifico a vuestra alteza que a las aves que solamente comían pescado se les daba cada día diez arrobas de él, que se toma en el agua salada. Había para tener cargo de estas aves trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres, que solamente entendían en curar las aves que adolecían. Sobre cada alberca y estanques de estas aves había corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Mutezuma se venía a recrear y a las ver. Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres y mujeres y niños blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas. Tenía otra casa muy hermosa donde tenía un gran patio losado de muy gentiles losas, todo él hecho a manera de un juego de ajedres, y las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; y la mitad de cada una de estas casas era cubierto el soterrado de losas, y la mitad que quedaba por cubrir tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una de estas casas había un ave de rapiña; comenzando de cernícalo hasta águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más raleas que allá no se han visto. Y de cada una de esas raleas había mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una de estas casas había un palo como alcándara, y otro fuera debajo de la red, que en el uno estaban de noche y cuando llovía, y en el otro se podían salir al sol y al aire a curarse. Y a todas estas aves daban todos los días de comer ga-

llinas, y no otro mantenimiento. Había en esta casa ciertas salas grandes y bajas, todas llenas de jaulas grandes de muy gruesos maderos muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones, tigres. lobos, zorras, y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad, a los cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves había otros trescientos hombres que tenían cargo de ellos.

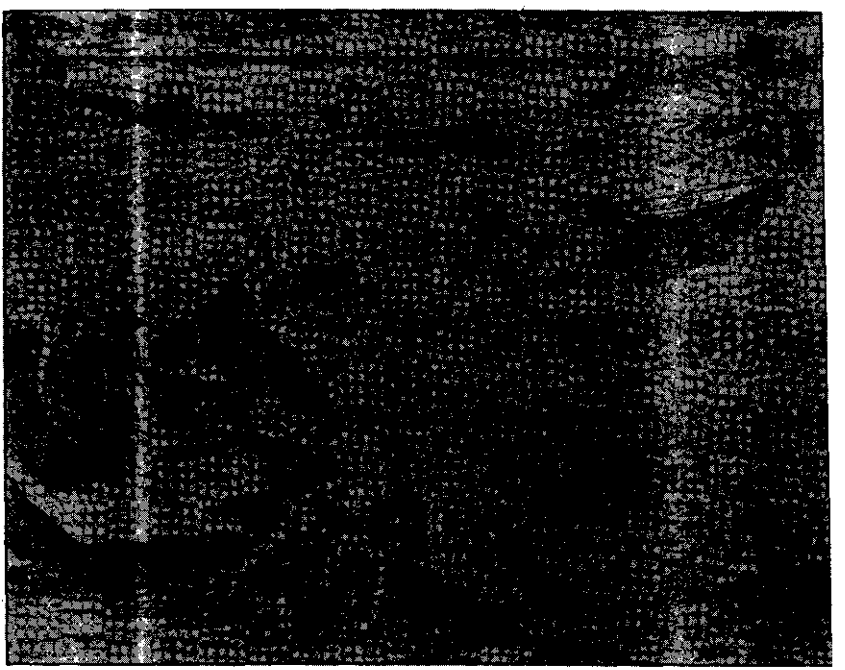
Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y mujeres monstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí; y también había para éstos, personas dedicadas para tener cargo de ellos, y las otras cosas de placer que tenía en su ciudad dejo de decir, por ser muchas y de muchas calidades.

La manera de su servicio era que todos los días, luego en amaneciendo, eran en su casa más de seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que había en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores de éstos y personas de quien se acompañaban henchían dos o tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y todos estaban sin salir de allí todo el día hasta la noche. Y al tiempo que traían de comer al dicho Mutezuma, asimismo lo traían a todos aquellos señores tan cumplidamente cuanto a su persona, y también a los servidores y gentes de éstos les daban sus raciones. Había cotidianamente la despensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber. La manera de cómo le daban de comer, es que venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba la traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa para que no se enfriase. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se henchía, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia, y él estaba sentado en una almohada de cuero, pequeña, muy bien hecha, Al tiempo que comía, estaban allí desviados de él cinco o seis señores ancianos, a los cuales él daba de lo que comía, y estaba en pie uno de aquellos servidores, que le ponía y alzaba los manjares, y pedía a los otros que estaban más afuera lo que era necesario para el servicio. Y al principio y fin de la comida y cena, siempre le daban agua a manos y con la toalla que una vez se limpiaba nunca se limpiaba más, ni tampoco los platos y escudillas en que le traían una vez el manjar se los tornaban a traer, sino siempre nuevos, y así lo hacían de los brasericos.

Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante de él algunos que él enviaba a llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban a la cara, lo cual habían por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacían por este respeto, porque ciertos señores reprehendían a los españoles diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos, mirándome la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza. Cuando salía fuera el dicho Mutezuma, que era pocas veces, todos lo que iban con él y los que topaban por las calles le volvían el rostro, y en ninguna manera le miraban, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante de sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas, que creo se hacía porque se supiese que iba allí su persona. Y cuando lo descendían de las andas, tomaban la una en la mano y llevábanla hasta donde iba. Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenía en su servicio, que era necesario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar, y aun mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldanes ni otro ningún señor infiel de los que hasta ahora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en su servicio tengan.

TLAXCALA

La ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado que cuotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado, como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España, venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y



Pesca de ballenas, en José Miguel Oviedo, *La edad de oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú*, Barcelona, Tusquets Editores, 1986.

medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto; y tal, que lo mejor de Africa no se le iguala.

Es esta provincia de muchos valles llanos y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ella cosa vacua; tiene en torno la provincia noventa leguas y más; la orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente della tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque hay señor general de todos. Hay muchos señores y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labradores y son vasallos destos señores, y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos más que otros, y para sus guerras que han de ordenar júntanse todos, y todos juntos las ordenan y conciertan.

Créese que deben de tener alguna manera de justicia para castigar los malos, porque uno de los naturales desta provincia hurtó cierto oro a un español, y yo le dije a aquel Magiscazin, que es el señor de todos, e hicieron su pesquisa, y siguiéronlo hasta una ciudad que está cerca de allí, que se dice Churultecal, y de allí lo trajeron preso, y me lo entregaron con el oro y me dijeron que yo le hiciese castigar: yo les agradecí la diligencia que en ello pusieron, y les dije que, pues estaba en su tierra, que ellos lo castigasen como lo acostumbraban, y que yo no me quería entrometer en castigar a los suyos estando en su tierra; de lo cual me dieron gracias, y lo tomaron, y con pregón público, que manifestaba su delito, le hicieron llevar por aquel gran mercado, y de allí le pusieron al pie de uno como teatro que está en medio del dicho mercado, y encima del teatro subió el pregonero, y en altas voces tornó a decir el delito de aquél, y viéndolo todos, le dieron con unas porras en la cabeza hasta que lo mataron. Y muchos otros hemos visto en prisiones, que dicen que los tienen por hurtos y cosas que han hecho.

Hay en esta provincia, por visitación que yo en ella mandé hacer, quinientos mil vecinos, que con otra provincia pequeña que está junto con ésta, que se dice Guazincango, que viven a la manera destos, sin señor natural; los cuales no menos están por vasallos de vuestra alteza que estos de Tascaltecal.

CHOLULA

Esta ciudad de Churultecal está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil casas dentro del cuerpo de la ciudad, y tiene de arrabales

otras tantas. Es señorío por sí, y tiene sus términos conocidos; no obedecen a señor ninguno, excepto que se gobiernan como estotros de Tascaltecal. La gente desta ciudad es más vestida que los de Tascaltecal, en alguna manera; porque los honrados ciudadanos della todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de Africa, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos son muy semejables. Todos estos han sido y son, después deste trance pasado, muy ciertos vasallos de vuestra majestad, y muy obedientes a lo que yo en su real nombre les he requerido y dicho; y creo lo serán de aquí en adelante.

Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte della, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. Y certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas. Es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene alguno baldíos y aguas para criar ganados lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que pide entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente de razón.

LLEGADA A MEXICO

Y así seguí la dicha calzada, y a media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme a esta otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos Estados, con su pretil almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas, y no tiene más de dos puertas, una por do entran y otra por do salen. Aquí me salieron a ver y hablar hasta mil hombres principales, ciudadanos de la dicha ciudad, todos vestidos de una manera y hábito y según su costumbre, bien rico; y llegados a me hablar, cada uno por sí lo hacía, en llegando a mí, una ceremonia que entre ellos se usa mucho, que ponía cada uno la mano en la tierra y la besaba; y así estuve esperando casi una hora hasta que cada uno hiciese su ceremonia. Y ya junto a la ciudad está una puente de madera de diez pasos de anchura, y por allí está abierta la calzada, porque tenga lugar el agua de entrar y salir, porque crece y mengua, y

también por fortaleza de la ciudad, porque quitan y ponen unas vigas muy luengas y anchas, de que la dicha puente está hecha, todas las veces que quieren, y destas hay muchas por toda la ciudad, como adelante, en la relación que de las cosas della haré, vuestra alteza verá.

Pasada esta puente, nos salió a recibir aquel señor Muctezuma con hasta doscientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa, asimismo bien rico a su uso, y más que la de los otros; y venían en dos procesiones, muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy hermosa y derecho, que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas; y el dicho Muteczuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda; de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a hablar en las andas, y el otro era su hermano del dicho Muctezuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel día había partido; todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos: cada uno le llevaba de su brazo; y como nos juntamos, yo me apeé, y le fui a abrazar solo: y aquellos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase; y ellos y él hicieron asimismo ceremonia de besar la tierra; y hecha, mandó a aquel su hermano que venía con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mí poquito trecho; y después de me haber él hablado, vinieron asimismo a me hablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en orden en pos de otro, y luego se tornaban a su procesión. Y al tiempo que yo llegué a hablar al dicho Muteczuma quitéme un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello; y después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un jeme; y como se los trajeron, se volvió a mí y me los echó al cuello, y tornó a seguir por la calle en la forma dicha, hasta llegar a una muy grande y hermosa casa, que él tenía para nos aposentar, bien aderezada. Y allí me tomó por la mano y me llevó a una gran sala, que estaba frontero de un patio por do entramos. Y allí me hizo sentar en un estrado muy rico, que para él lo tenía mandado hacer, y me dijo que le esperase allí, y el se fue; y dende a poco rato la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió muchas y diversas joyas de oro y plata, y plumajes, y hasta con cinco o seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas de diversas mane-

ras tejidas y labradas. Y después de me las haber dado, se sentó en otro estrado, que luego le hicieron allí junto con el otro donde yo estaba.

[c. 1519]

PEDRO DE ALVARADO

GUATEMALA

QUE YO, Señor, partí de la ciudad de Utlatan, y vine en dos días á esta ciudad de Guatemala, donde fuí muy bien recibido de los señores de ella, que no pudiera ser más en casa de nuestros padres; y fuimos tan proveídos de todo lo necesario, que ninguna cosa hubo falta; y dende á ocho días que estaba en esta ciudad, supe de los señores, cómo á siete leguas de aquí estaba otra ciudad sobre una laguna muy grande, y que aquella hacia guerra á esta y á Utlantan y á todas las demás á ella comarcanas, por las fuerzas del agua y canoas que tenían, y que de allí salían a hacer salto de noche en la tierra de estos; y como los de esta ciudad viesen el daño que de allí recibían, me dijeron cómo ellos eran buenos, y que estaban en el servicio de su majestad, y que no querían hacerle guerra, ni darla sin mi licencia, y rogándome que los remediase; y yo les respondí que yo los enviaría á llamar de parte del Emperador nuestro señor; y que si viniesen, que yo les mandaría que no les diesen guerra ni le hiciesen mal en su tierra, como hasta entonces lo habían hecho; donde no, que yo iría juntamente con ellos a hacerles guerra y castigarlos. Por manera que luego les envié dos mensajeros naturales de esta ciudad, á los cuales mataron sin temor ninguno. Y como yo lo supe, viendo su mal propósito, me partí de esta ciudad contra ellos con sesenta de caballo y ciento y cincuenta peones los señores y naturales de esta tierra, y anduve tanto, que aquel día llegué á su tierra, y no me salió a recibir gente ninguna de paz ni de otra manera; y como esto vi, me metí con treinta de caballo, por la tierra, á la costa de la laguna. Ya que llegamos cerca de un peñol poblado, que estaba en el agua, vimos un escuadrón de gente muy cerca de nosotros, y yo les acometí con aquellos de caballos que llevaba, y siguiendo el alcance de ellos, se metieron por una calzada angosta que entraba al dicho peñol, por donde no podían andar de caballo; y allí me apeé con mis compañeros, y á pie juntamente y á las vueltas de los indios nos entramos en el peñol, de manera que no tuvieron lugar de romper puentes; que á quitarlas, no pudiéramos entrar. En este medio tiempo llegó mucha gente de la mía, que venía atrás, y ganamos el dicho peñol, que estaba muy poblado, y toda la gente de él se nos echó a nado á otra isla, y se escapó mucha gente de ella, por causa de no llegar tan presto trescientas ca-

noas de amigos que traían por el agua; y yo me salí aquella tarde fuera del peñol con toda mi gente, y asenté real en un llano de maizales, donde dormí aquella noche; y otro día de mañana nos encomendamos a nuestro Señor, y fuimos por la población adelante, que estaba muy fuerte, á causa de muchas peñas y ceberucos que tenía, y hallámosla despoblada; que como perdieron la fuerza que en el agua tenían, no osaron esperar en la tierra, aunque todavía esperó alguna poca de gente allá al cabo del pueblo; y por la mucha agrura de la tierra, como digo, no se mató más gente; y allí asenté real real á mediodía, y les comencé á correr la tierra, y tomamos ciertos indios naturales de ella, á tres de los cuales yo envié por mensajeros a los señores de ella, amonestándoles que viniesen á dar la obediencia á sus majestades y á someterse á su corona imperial, y á mí en su nombre y dende no, que todavía seguiría la guerra, y los correría y buscaría por los montes; los cuales me respondieron que hasta entonces que nunca su tierra había sido rota, ni gentes por fuerza de armas les habían entrado en ella; y que pues yo había entrado, que ellos holgaban de servir a su majestad, así como yo les mandaba; y luego vinieron y se pusieron en mi poder; y yo les hice saber la grandeza y poderío del Emperador nuestro señor, y que mirasen que por lo pasado yo en su real nombre lo perdonaba, y que de allí adelante fuesen buenos, y que no hiciesen guerra á nadie de los comarcanos, pues que eran todos ya vasallos de su majestad; y los envié, y dejé seguros y pacíficos, y me volví á esta ciudad; y dende á tres días que llegué a ella, vinieron todos los señores y principales y capitanes de la dicha laguna á mi con presente, y me dijeron que ya ellos eran nuestros amigos y se hallaban dichosos de ser vasallos de su majestad, por quitarse de trabajos y guerras y diferencias que entre ellos habían; y yo les hice muy buen recibimiento, y les dí de mis joyas, y los torné á enviar á su tierra con mucho amor, y son los más pacíficos que en esta tierra hay.

FUNDACION DE GUATEMALA O SANTIAGO

Aquí supe de muy grandes tierras, la tierra adentro, ciudades de cal y canto, y supe de los naturales cómo esta tierra no tiene cabo, y para conquistarse, según es grande y de muy grandísimas poblaciones, es menester mucho espacio de tiempo, y por el recio invierno que entra no paso más adelante á conquistar; antes acordé me volver á esta ciudad de Guatemala, y de pacificar de vuelta la tierra que atrás dejaba, y por cuanto hice y en ello trabajé, nunca los pude atraer al servicio de

su majestad; porque toda esta costa del sur, por donde fuí, es muy montosa, y las sierras cerca, donde tienen el acogida; así que yo soy venido á esta ciudad por las muchas aguas, adonde para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente, hice y edifiqué en nombre de su majestad una ciudad de españoles, que se dice la ciudad del Señor Santiago, porque desde aquí está en el riñón de toda la tierra, y hay mas y mejor aparejo para la dicha conquista y pacificación, y para poblarlo de adelante; y elegí dos alcaldes ordinarios y cuatro regidores, según vuestra merced allá verá por la elección.

[c. 1524]

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE "MOTOLINIA"

DE LA FORMA Y MANERA DE LOS TEUCALES Y DE SU MUCHEDUMBRE Y DE UNO QUE HABIA MAS PRINCIPAL

LA MANERA de los templos de esta tierra de Anáhuac, o Nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere tener gran cimiento; y de esta manera eran los templos y altares de esta tierra, de los cuales había infinitos, de ellos se hace aquí memoria para los que a esta tierra vinieren de aquí en adelante, que lo sepan, porque ya va casi pereciendo la memoria de todos ellos. Llámanse estos templos teucallis, y hallamos en toda esta tierra, que en lo mejor del pueblo hacían un gran patio cuadrado; en los grandes pueblos tenían de esquina a esquina un tiro de ballesta y en los menores pueblos menores los patios. Este patio cercábanle de pared, y muchos de ellos eran almenados; guardaban sus puertas a las calles y caminos principales, que todos los hacían que fuesen a dar al patio, y por honrar más sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas, que era cosa harto de ver desde lo alto del principal templo, cómo venían de todos los pueblos menores y barrios: salían los caminos muy derechos e iban a dar al patio de los teucallis. En lo más eminente de este patio hacían una gran cepa cuadrada y esquinada, que para escribir esto medí una de un pueblo mediano que se dice Tenayuca y hallé que tenía cuarenta brazas de esquina a esquina, lo cual todo henchían de pared maciza, y por la parte de fuera iba su pared de piedra: lo de dentro henchíanlo de piedra, lodo o de barro y adobe; otros de tierra bien tapiada; y como la obra iba subiendo, íbanse metiendo adentro, y de braza y media o de dos brazas en alto iban haciendo y guardando unos relejes metiéndose adentro, porque no labraban a nivel; y por más firme labraban siempre para adentro, esto es, el cimiento ancho, y yendo subiendo la pared iban ensangostando; de manera que cuando iban en lo alto del teucalli habían ensagostándose y metiéndose adentro, así por los relejes como por la pared, hasta siete u ocho brazas de cada parte. Quedaba la cepa en lo alto de treinta y cuatro o treinta y cinco brazas. A la parte de occidente dejaban las gradas, y subida, y arriba en lo alto hacían dos altares grandes allegándolos hacia oriente, que no quedaba más espacio

detrás de cuanto se podían andar. El uno de los altares a mano derecha y el otro a mano izquierda, y cada uno por sí tenía sus paredes y casa cubierta como capilla. En los grandes teucallis tenían dos altares, y en los otros uno, y cada uno de estos altares tenían sus sobrados encima de los altares, todos de terrados y bien altos, y la cepa también era muy alta; parecíanse desde muy lejos. Cada capilla de éstas se andaba a la redonda y tenía sus paredes por sí. Delante de estos altares dejaban grande espacio, donde se hacían los sacrificios, y sola aquella cepa era tan alta, como una gran torre, sin los sobrados que cubrían los altares. Tenía el teucalli de México, según me han dicho algunos que lo vieron, más de cien gradas; yo bien las vi y las conté de una vez, mas no me acuerdo. El de Tezcuco tenía cinco o seis gradas mas que el de México. La capilla de San Francisco de México que es de bóveda y razonable de alta, subiendo encima y mirando a México, hacíale mucha ventaja el templo del demonio en altura, y era muy de ver desde allí a todo México y a los pueblos de la redonda.

En los mismos patios de los pueblos principales había otros cada doce o quince teucallis harto grandes, unos mayores que otros; pero no allegaban al principal con mucho. Unos tenían el rostro y gradas hacia otros; otros las tenían a oriente, otros a mediodía, y en cada uno de éstos no había más de un altar con su capilla, y para cada uno había sus salas y aposentos adonde estaban aquellos tlamacazques o ministros, y que eran muchos, y los que servían de traer agua y leña; porque delante de todos estos altares había braseros que toda la noche ardían, y en las salas también tenían sus fuegos. Tenían todos aquellos teucallis muy blancos y bruñidos y limpios, y en algunos había huertecillos con flores y árboles. Había en todos los más de estos grandes patios un otro templo, que después de levantada aquella cepa cuadrada, hecho su altar, cubríanlo con una pared redonda, alta y cubierta con su chapitel; éste era del dios del aire, del cual dijimos tener su principal silla en Cholollan, y en toda esta provincia había muchos de éstos. A este dios del aire llamaban en su lengua Quezalcoatlch, y decían que era hijo de aquel dios de la grande estatua y natural de Tula, y que de allí había salido a edificar ciertas provincias adonde desapareció y siempre le esperaban que había de volver; y cuando parecieron los navíos del marqués del Valle don Hernando Cortés, que esta Nueva España conquistó, viéndolos venir a la vela de lejos, decían que ya venía su dios; y por las velas blancas y altas decían que traía por la mar teucallis; mas cuando después desembarcaron decían que no era su dios, sino que eran muchos dioses.

No se contentaba el demonio con los teucallis ya dichos, sino que en cada pueblo, en cada barrio, y a cuarto de legua, tenían otros patios

pequeños adonde había tres o cuatro teucallis, en algunos más, en otras partes sólo uno, y en cada mogote o cerrejón uno o dos; y por los caminos y entre los maizales había otros muchos pequeños, y todos estaban blancos y encalados, que parecían y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecía que todo estaba lleno de casas, en especial de los patios del demonio, que eran muy de ver, y había harto que mirar entrando dentro de ellos, y sobre todos hacían ventaja los de Tezocuco y México.

Los Chololas comenzaron un teucalli extremadísimo de grande, que sólo la cepa de él que ahora parece tendrá esquina a esquina un buen tiro de ballesta, y desde el pie a lo alto ha de ser buena la ballesta que echare un pasador, y aun los indios naturales de Chalola señalan que tenía de cepa mucho más, y que era mucho más alto que ahora parece; el cual comenzaron para le hacer más alto que la más alta sierra de esta tierra, aunque están a vista las más altas sierras que hay en toda la Nueva España, que son el volcán y la sierra blanca, que siempre tienen nieve. Y como éstos porfiasen a salir con su locura, confundiólos Dios, como a los que edificiaban la torre de Babel, con una gran piedra que en figura de sapo cayó con una terrible tempestad que sobre aquel lugar vino y desde allí cesaron de más labrar en él. Y hoy día es tan de ver este edificio, que si no pareciese la obra de ser piedra y barro, y a partes de cal y canto, y de adobes, nadie creería sino que era alguna sierra pequeña. Andan en él muchos conejos y víboras, y en algunas partes están sementeras de maizales.

DE LAS MUCHAS SUPERSTICIONES Y HECHICERIAS QUE TENIAN LOS INDIOS, Y DE CUAN APROVECHADOS ESTAN EN LA FE

No se contentaba el demonio con el servicio que esta gente le hacía adorándole en los ídolos, sino que también los tenía ciegos en mil maneras de hechicerías y ceremonias supersticiosas. Creían en mil agüeros y señales, y mayormente tenían gran agüero en el búho, y si le oían graznir o aullar sobre la casa que se asentaba, decían que muy presto había de morir alguno de aquella casa; y casi lo mismo tenían de las lechuzas y mochuelos y otras aves nocturnas; también si oían graznir un animalejo que ellos llaman cuzatlh tenían por señal de muerte de alguno. Tenían también agüero en encuentros de culebras y alacranes, y de otras muchas sabandijas que se mueven sobre la tierra. Tenían también que la mujer que paría dos de un vientre, lo cual en esta tierra

acontece muchas veces, que el padre o la madre de los tales había de morir. Y el remedio que el cruel demonio les daba era que mataban uno de los mielgos, y con esto creían que ni moriría el padre ni la madre y muchas veces lo hacían. Cuando temblaba la tierra a donde había alguna mujer preñada, cubrían de presto las ollas o quebránbanlas porque no moviese, y decían que el temblor de la tierra era señal que se habían presto de gastar y acabar el maíz de las trojes. En muchas partes de esta tierra tiembla muy a menudo la tierra, como es en Tecoatepec, que en medio año que allí estuve tembló muchas veces, y mucho más me dicen que tiembla en Cuautimala. Si alguna persona enfermaba de calenturas recias, tomaban por remedio hacer un perrillo de masa de maíz, y poníanle sobre una penca de maguey y luego de mañanica sácanle a un camino; y dicen que el primero que pasa lleva el mal apegado en los zancajos, y con esto quedaba el paciente muy consolado.

Tenían también libros de sueños y de lo que significaban, todo puesto por figuras y caracteres, y había maestros que los interpretaban, y lo mismo tenían de los casamientos.

Cuando alguna persona perdía alguna cosa hacían ciertas hechicerías, con unos granos de maíz, y miraban en un lebrillo o vasija de agua, y allí decían que veían al que lo tenía, y la casa donde estaba, y allí también decían que veían si el que estaba ausente era muerto o vivo. Para saber si los enfermos eran de vida tomaban un puñado de maíz de lo más grueso que podían haber y echábanlo como quien echa unos dados, y si algún grano quedaba enhiesto, tenían por cierta la muerte del enfermo. Tenían otras muchas y endiabladas hechicerías e ilusiones con que el demonio los traía engañados, las cuales han ya dejado, en tanta manera, que a quien no lo viere no lo podrá creer la gran cristiandad y devoción que mora en todos estos naturales, que no parece sino que a cada uno le va la vida en procurar de ser mejor que su vecino ni conocido; y verdaderamente hay tanto que decir y tanto que contar de la buena cristiandad de estos indios, que de sólo ello se podría hacer un buen libro.

DE LOS NOMBRES QUE MEXICO TUVO, Y DE QUIEN DICEN QUE FUERON SUS FUNDADORES; Y DEL ESTADO Y GRANDEZA DEL SEÑOR DE ELLA, LLAMADO MOTECZUMA

México, según la etimología de esta lengua, algunos la interpretan fuente o manadero. Y en la verdad, en ella y a la redonda hay muchos manantiales, por lo cual la interpretación no parece ir muy fuera de

propósito. Pero los naturales dicen, que aquel nombre de México trajeron sus primeros fundadores, los cuales dicen que se llamaban *mexitli,* y aún después de algún tiempo los moradores de ella se llamaron mexitis; el cual nombre ellos tomaron de su principal dios o ídolo, porque al sitio en que poblaron y a la población que hicieron llamaron *Timixtitan,* por causa de un árbol que allí hallaron, que se llamaba *michtli,* el cual salía de una piedra, a la cual llamaba *tetl,* de manera que se diría "fruta que sale de piedra". Después andando el tiempo y multiplicándose el pueblo y creciendo la vecindad, hízose esta ciudad dos barrios o dos ciudades. Al más principal barrio llamaron mexicanos. Estos mexicanos fueron en esta tierra como en otro tiempo los romanos. En este barrio llamado México residía el gran señor de esta tierra, que se llamaba Moteczuma, y nombrado con mejor crianza y más cortesía y acatamiento le decían Moteczumatzi, que quiere decir "hombre que está enojado o grave". Aquí en esta parte, como más principal, fundaron los españoles su ciudad, y este solo barrio es muy grande, y también hay en él muchas casas de indios, aunque fuera de la traza de los españoles.

Al otro barrio llaman Tlatelulco, que en su lengua quiere decir isleta, porque allí estaba un pedazo de tierra más alto y más seco que lo otro todo, que era manantiales y carrizales. Todo este barrio está poblado de indios; son muchas las casas y muchos más los moradores. En cada ciudad o barrio de éstos hay una muy gran plaza, adonde cada día ordinariamente se hace un mercado grande en el cual se ayunta infinita gente a comprar y vender; y en estos mercados que los indios llaman *tianguez* se venden de todas cuantas cosas hay en la tierra, desde oro y plata hasta cañas y hornija. Llaman los indios a este barrio San Francisco de México, porque fue la primera iglesia de esta ciudad y de toda la Nueva España. Al otro barrio llaman Santiago de Tlatelulco, y aunque en este barrio hay muchas iglesias, la más principal es Santiago, porque es una iglesia de tres naves, y a la misa que se dice a los indios de mañana siempre se hinche de ellos, y por la mañana que abren la puerta, ya los indios están esperando, porque como no tienen mucho que ataviarse ni que se componer, en esclareciendo tiran para la iglesia. Aquí en esta iglesia está el colegio de los indios, con frailes que los enseñan y doctrinan en lo que tiene de hacer. En toda la tierra nombran los indios primero el santo que tienen en su principal iglesia y después el pueblo, y así nombran: Santa María de Tlaxcala, San Miguel de Huexuzinco, San Antonio de Tezcuco, etc.

Ni piense nadie que me he alargado en contar el blasón de México, porque en la verdad muy brevemente he tocado una pequeña parte de lo mucho que de ella se podría decir, porque creo que en toda nuestra

Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos de la redonda de sí, y tan bien asentados; y aún más digo y me afirmo, que dudo si haya alguna tan buena y tan opulenta cosa como Timistitlan; y tan llena de gente, porque tiene esta gran ciudad Temultichan de frente de sí, a la parte de oriente, la laguna en medio, el pueblo de Tezcuco, que habrá cuatro o cinco leguas de traviesa, que la laguna tiene de ancho, y de largo tiene ocho, esto es la salada, y casi otro tanto tendrá la laguna dulce. Esta ciudad de Tezcuco era la segunda cosa principal de la tierra, y asimismo el señor de ella era el segundo señor de la tierra. Sujetaba debajo de sí quince provincias hasta la provincia de Tuzapan, que está a la costa del Mar del Norte, y así había en Tezcuco muy grandes edificios de templos del demonio, y muy gentiles casas y aposentos de señores, entre los cuales fue cosa muy de ver la casa del señor principal, así la vieja con su huerta cerrada de más de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy día están los más en pie, aunque la casa está asolada; otra casa tenía que se podrá aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque, que por debajo de la tierra solía entrar a él con barcas. Es tan grande la población de Tezcuco, que toma más de una legua en ancho y más de seis en largo, en la cual hay muchas parroquias e innumerables moradores. A la parte de oriente tiene México-Temistitlan a una legua la ciudad o pueblo de Tlacuba, adonde residía el tercero señor de la tierra, al cual estaban sujetas diez provincias. Estos dos señores ya dichos se podían llamar reyes, porque no les faltaba nada para lo ser.

A la parte del norte o septentrión, a cuatro leguas de Temistitlan, está el pueblo de Cuauntitlan, adonde residía el cuarto señor de la tierra, el cual era señor de otros muchos pueblos. Entre este pueblo y México hay otros grandes pueblos, que por causa de brevedad y por ser nombres extraños no los nombro.

Tiene México a la parte de mediodía, a dos leguas, el pueblo de Coyoacán. El señor de él era el quinto señor, y tenía muchos vasallos. Es pueblo muy fresco. Aquí estuvieron los españoles después que ganaron a Temistitlan, hasta que tuvieron edificado en México adonde pudiesen estar, porque de la conquista había quedado todo lo más y mejor de la ciudad destruido. Dos leguas más adelante, también hacia el mediodía, que son cuatro de México, está la gran población de Xuchimilco, y desde allí hacia a do sale el sol, están los pueblos que llaman de la laguna dulce, y Tlalamanalco con su provincia de Chalco, do hay infinidad de gente. De la otra parte de Tezcuco, hacia el norte, está lo muy poblado de Otumba y Tepepulco.

Estos pueblos ya dichos y otros muchos tiene Temistitlan a la redonda de sí dentro aquella corona de sierras, y otros muy muchos que están pasados los montes, porque por la parte más ancha de los poblados hacia México, a los de las aguas vertientes afuera, hay seis leguas, y a todas las partes a la redonda va muy poblada y muy hermosa tierra. Los de las provincias y principales pueblos eran como señores de salva o de dictado, y sobre todos eran los más principales los dos, el de Tezcuco y el de Tlacuba; y éstos son todos los otros todo lo más del tiempo residían en México, y tenían corte a Moteczuma, el cual servía como rey, y era muy temido y en extremo obedecido. Celebraba sus fiestas con tanta solemnidad y triunfo, que los españoles que a ella se hallaron presentes estaban espantados, así de como de ver la ciudad y los templos y los pueblos a la redonda, el servicio que tenía, y el aparato con que se servía y las suntuosas casas que tenía Moteczuma, y las de los otros señores, la solicitud y multitud de los servidores, y la muchedumbre de la gente, que era como yerba en el campo. Visto esto estaban tan admirados, que uno a otros se decían: "¿Qué es aquesto que vemos? ¿Esta es ilusión o encantamiento? ¡Tan grandes cosas y tan admirables han estado tanto tiempo encubiertas a los hombres que pensaban tener entera noticia del mundo!".

Tenía Moteczuma en esta ciudad de todos los géneros de animales, así brutos y reptiles, como de aves de todas maneras, hasta aves de agua que se mantienen de pescado, y hasta pajaritos de los que se ceban de moscas, y para todas tenía personas que les daban sus raciones, y les buscaban sus mantenimientos, porque tenía en ellos tanta curiosidad, que si Moteczuma veía ir por el aire volando una ave que le agradase, mandábala tomar, y aquella misma le traían. Un español digno de crédito, estando delante Moteczuma, vio que le había parecido bien un gavilán, que iba por el aire volando, o fue para mostrar su grandeza delante de los españoles, mandó que se le trajesen, y fue tanta la diligencia y los que tras él salieron, que el mismo gavilán bravo le trajeron a las manos.

Asimismo tenía muchos jardines y vergeles y en ellos sus aposentos; tenía peñones cercados de agua, y en ellos mucha caza; tenía bosques y montañas cercadas, y en ellas muy buenas casas y frescos aposentos, muy barridos y limpios, porque de gente de servicio tenía tanta como el mayor señor del mundo. Estaban tan limpias y tan barridas todas las calles y calzadas de esta gran ciudad, que no había cosa en qué tropezar, y por doquiera que salía Moteczuma, así en ésta como por do había de pasar, eran tan barrido y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano, no

recibiera el pie detrimento ninguno en andar descalzo. ¿Pues qué diré de la limpieza de los templos del demonio, y de sus gradas y patios, y las casas de Moteczuma y de los otros señores, que no sólo estaban muy encalados, sino muy bruñidos, y cada fiesta los renovaban y bruñían?

Para entrar en su palacio, a que ellos llaman *tecpan,* todos se descalzaban, y los que entraban a negociar con él habían de llevar mantas groseras encima de sí; y si eran grandes señores o en tiempo de frío, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas ponían una manta grosera y pobre; y para hablarle estaban muy humillados y sin levantar los ojos; y cuando él respondía era con tan baja voz y con tanta autoridad, que no parecía menear los labios, y esto era pocas veces, porque la más respondía por sus privados y familiares, que siempre estaban a su lado para aquel efecto, que eran como secretarios. Y esta costumbre no la había solamente en Moteczuma, sino en otros de los señores principales lo vi yo mismo usar al principio, y esta gravedad tenían más los mayores señores. Lo que los señores hablaban y la palabra que más ordinariamente decían, al fin de las pláticas y negocios que se les comunicaban, era decir con muy baja voz *Tlaa,* que quiere decir "sí", o "bien, bien".

Cuando Moteczuma salía de su palacio, salían con él muchos señores y personas principales, y toda la gente que estaba en las calles por donde había de pasar se le humillaban y hacían profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos a le mirar, sino que todos estaban hasta que era pasado, tan inclinados como frailes en *gloria patri.* Teníanle todos sus vasallos, así grandes como pequeños, gran temor y respeto, porque era cruel y severo en castigar. Cuando el marqués del Valle entró en la tierra, hablando con un señor de una provincia le preguntó: "¿Si reconocía señorío o vasallaje?" y el indio le respondió "¿Quién hay que no sea vasallo y esclavo de Moteczuma? ¿Quién tan grande señor como Moteczumazi?". Queriendo sentir que en toda la tierra no había superior suyo ni aun igual.

Tenía Moteczumazi en su palacio enanos y corcovadillos, que de industria siendo niños los hacían jibosos, y los quebraban y descoyuntaban, porque de estos se servían los señores en esta tierra como ahora hace el Gran Turco, de eunucos.

Tenía águilas reales que las de esta Nueva España se pueden con verdad decir reales, porque son en extremo grandes. Las jaulas en que estaban eran grandes y hechas de unos maderos rollizos tan gruesos como el muslo de un hombre. Cuando el águila se allegaba a la red adonde estaba metida, así se apartaban y huían de ella como si fuera un

león u otra bestia fiera. Tienen muy fuertes presas, la mano y los dedos tienen tan gruesa como un hombre, y lo mismo el brazo; tienen muy gran cuerpo y el pico muy fiero. De sola una comida come un gallo de papada, que es tan grande y mayor que un buen pavo español. Y este gallo que digo tiene más de pavo que de otra ave, porque hace la rueda como de pavo, aunque no tiene tantas ni tan hermosas plumas, y en la voz es tan feo como es el pavo. En esta tierra he tenido noticias de grifos, los cuales dicen que hay en unas sierras grandes, que están cuatro o cinco leguas de un pueblo que se dice Teocán, que es hacia el norte, y de allí bajaban a un valle llamado Auacatlan, que se hace entre dos sierras de muchos árboles, los cuales bajaban y se llevaban en las uñas a los hombres hasta las sierras, adonde se los comían, y fue de tal manera, que el valle se vino a despoblar por el temor que de los grifos tenían. Dicen los indios que tenían las uñas como de hierro fortísimas. También dicen que hay en estas sierras un animal que es como león, el cual es lanudo, sino que la lana o vello tira algo a pluma; son muy fieros, y tienen tan fuertes dientes, que los venados que toman comen hasta los huesos. Llámase este animal *ocotochotli.* De estos animales he yo visto uno de ellos; de los grifos ha más de ochenta años que no parecen ni hay memoria de ellos. Tornemos al propósito de Temistitlan y de sus fundadores y fundamento. Los fundadores fueron extranjeros, porque los que primero estaban en la tierra llámanse chichimecas y otomís. Estos no tenían ídolos, ni casas de piedra, ni de adobes, sino chozas pajizas; manteníanse de caza, no todas veces asada, sino cruda y seca al sol; comían alguna poca de fruta que la tierra de suyo producía, y raíces y yerbas; en fin, vivían como brutos animales. Fueron los señores en esta tierra como ahora son y han sido los españoles, porque se enseñorearon de la tierra, no de la manera que los españoles, sino muy poco a poco y en algunos años. Y como los españoles, han traído tras sí muchas cosas de las de España, como son caballos, vacas, ganados, vestidos, trajes, aves, trigo, plantas y muchos géneros de semillas, así de flores como de hortalizas, bien así en su manera los mexicanos trajeron muchas cosas que antes no las había, y enriquecieron esta tierra con su industria y diligencia, desmontáronla y cultiváronla, que antes estaba hecha toda bravas montañas, y los que antes la habitaban vivían como salvajes. Trajeron estos mexicanos los primeros ídolos, y los trajes de vestir y calzar; el maíz y algunas aves; comenzaron los edificios, así de adobes como de piedra, y así hoy día casi todos los canteros de la tierra son de Temistitlan o de Tezcuco, y éstos salen a edificar y a labrar por sus jornales por toda la tierra, como en España

vienen los vizcaínos y montañeses. Hay entre todos los indios muchos oficios, y de todos dicen que fueron inventores los mexicanos.

[c. 1524]

M. GIROLAMO BENZONI

HACIA EL DESAGUADERO DE NICARAGUA

CUANDO EL MAR se calmó partimos, y nos dirigimos al desaguadero de Nicaragua a buscar a un portugués llamado Francisco Calato, que había sido nombrado lugarteniente de aquella región por haberle prestado a nuestro Gobernador tres mil quinientos ducados de oro. Debido a los vientos contrarios que impedían navegar hacia Nombre de Dios, demoramos en aquel lugar más de dos meses, en medio de grandes penalidades a causa del hambre, y si no hubiese sido por la abundancia de huevos de cocodrilo que encontramos por toda aquella playa, seguramente la mayoría de nosotros habría muerto.

LOS HUEVOS DE COCODRILO, LAS IGUANAS Y EL MANATI

Estos huevos son del tamaño de los de las ocas, y batiéndolos contra una piedra se magullan, mas no se rompen, de manera que es necesario abrirlos con un cuchillo. Saben a almizcle medio podrido, y yo al principio no los podía comer de ninguna manera; pero la necesidad me obligó a hacer como los demás.

Cogimos también unos animales de cuatro patas llamados iguanas, de forma parecida a la de nuestros lagartos, que tienen barba debajo de la cabeza y encima una cresta como la de un gallo, con algunas puntas en el medio parecidas a espinas. Las hembras son mejores que los machos, y sus huevos más sabrosos que su carne; viven tanto en el agua como en la tierra.

En el desaguadero de Nicaragua hay muchos peces grandes, y entre otros uno que en la lengua de los nativos de La Española es llamado "manatí", pero no sabría decir como lo llaman los indios de este lugar, puesto que todos se han internado en los bosques, por el mal trato de los españoles. La forma de este pez es casi como la de la lutra; tiene unos veinticinco pies de largo, doce de grueso, la cabeza y la cola a manera de buey, los ojos pequeños, la piel dura y peluda, de color grisáceo, las dos patas parecidas en su forma a las del elefante. Las hembras paren como las vacas y tienen dos mamas con las cuales crían a los hijos. Yo he visto algunos en unas pequeñas islas, entre las hier-

bas de este río grande y en Nombre de Dios, y he comido varias veces su carne, es decir, la he comido salada, y su sabor es como la de ternera; pero esto quiero yo atribuirlo a una de estas dos causas: o aquel español la comía con grandísimo gusto por el hambre, o bien nunca había probado carne de ternera.

COSTUMBRES, LENGUA Y FAUNA DE LA PROVINCIA DE SUERE

En cuanto a las costumbres de los habitantes de la provincia de Suere, son casi iguales a las antedichas, con excepción de que no comen carne humana. Su lengua es fácil de aprender; llaman a la tierra "Isca", a los hombres "chichi", a la enfermedad "stasa", al oro "quiarucla". En esta Provincia y gran cantidad de puercos de monte, tigres ferocísimos y algunos leones, más tímidos, que viendo al hombre huyen, hay también serpientes de magnitud increíble pero no venenosas, y muchos simios. Existe otro animal que por los nativos es llamado "cascuy", y tiene el aspecto de un cochino negro y peludo, la piel muy dura, los ojos pequeños, las orejas grandes, las uñas hendidas y una pequeña trompa como el elefante; da un grito tan terrible que ensordece a la gente; su carne es sabrosa. Hay también otro animal monstruoso que tiene una bolsa debajo del vientre y cuando quiere ir de un lugar a otro mete dentro a los hijos; tiene el cuerpo y el hocico de zorro, las manos y los pies de gato, pero los mueve, y las orejas como el murciélago. Hay también pavos, faisanes, perdices y otras clases de pájaros, pero todos diferentes de los nuestros.

MURCIELAGOS

Hay muchos murciélagos, los cuales durante la noche pican a la gente, se encuentran en toda esta costa hasta el Golfo de Paria y en otros sitios, pero en ninguna parte son tan pestíferos como en esta provincia; a mí me ha sucedido en algunos lugares de esta costa y especialmente en Nombre de Dios, que mientras estaba durmiendo me picaban los dedos de los pies tan delicadamente que no sentía nada, y por la mañana encontraba las sábanas y los colchones con tanta sangre que parecía que me hubiesen hecho alguna gran herida. Pero en este lugar no me picaron nunca sin que yo lo sintiese y me doliese la llaga por dos o tres horas; a veces me batían sus alas en la cara y si yo tenía

los pies calzados me mordían las manos; no me quedaba otro remedio que tener siempre unas vendas donde dormía, de manera que al sentirme picar me ligaba la herida, que sanaba en tres o cuatro días. Con esto pongo fin a lo relativo a la gobernación de Diego Gutiérrez.

BENZONI REGRESA A NOMBRE DE DIOS

Partimos del desaguadero acompañados por dos fragatas que habían venido de Nicaragua provistas de vituallas, y al cabo de quince días llegamos a Nombre de Dios. Desde esta ciudad, navegando a lo largo de la costa, que está completamente deshabitada, mil millas hacia el poniente, se entra en la provincia de Honduras; y trescientas millas más abajo por la misma costa, se llega al país de Yucatán. El primer capitán español que descubrió esta provincia se llamaba Francisco Hernández de Córdoba; al desembarcar fue muy mal recibido por los indígenas, por lo que con veintidós heridas y con pérdida de muchos españoles, volvió a Santiago de Cuba.

DE COMO FRANCISCO MONTEJO POBLO A YUCATAN

No mucho después, el año veintisiete, Francisco Montejo, habiendo oído que el país de Yucatán era riquísimo, salió de Nueva España con el título de Gobernador y desembarcó con más de quinientos españoles, muchos caballos y abastecimientos, vinieron a visitarlo algunos caciques, fingiendo querer su amistad, y estuvieron en su compañía largo rato, tanto que al ver la oportunidad que se le ofrecía, uno de ellos trató de matarlo con una cimitarra que había quitado a un negro. Pero se dio cuenta el Gobernador, y en seguida puso mano a la espada y se defendió; así pudo salvarse, mas ellos huyeron. Entonces puso en orden de batalla a toda su gente, asaltó a los nativos por diversos lugares, y destruyó a sangre y fuego todo lo que le caía entre manos. Los indios se defendieron valerosamente, pero por fin, después de nueve años de continuo guerrear, viéndose destruidos, arruinados, muertos casi todos sus caciques y capitanes, ya sin fuerzas para defenderse, se sometieron al arbitrio y voluntad de los españoles. Montejo repartió el país de conformidad con la provisión real, dando a cada conquistador un pueblo de indios. Luego edificó algunas ciudades, es decir Sevilla, Mérida, Salamanca y otras, la mayor de las cuales tiene de veinticinco a treinta casas.

DESCRIPCION DE YUCATAN

Este país es muy pedregoso, pero fértil y abundante en pescado, frutas, maíz; sus habitantes sacrifican a los hombres pero no comen su carne; no se ha encontrado entre ellos mina alguna de oro ni de plata; crían muchas abejas, tienen en abundancia algodón, del que hacen mantas que son como sábanas, y camisetas sin mangas. Es éste el principal tributo que dan a sus amos, y que los españoles distribuyen en México, en la isla de Cuba, en el Cabo de Honduras y en otros lugares.

DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE HONDURAS

Esta provincia de Honduras, para resumir brevemente, cuando los españoles llegaron a conquistarla, tenía más de cuatrocientos mil indios, pero cuando yo fui había menos de ocho mil, porque los españoles los han destruido implacablemente matándolos en la guerra, vendiéndolos como esclavos, consumiéndolos en las minas y obligándolos a insoportables trabajos y fatigas. Y aquellos pocos que quedan en el presente, si han encontrado una posibilidad de refugiarse en algún lugar abrupto se han ido a vivir allá, aunque de mal grado, como lo han hecho todos los indios de las naciones sometidas a los españoles, para verlos lo menos posible, tanto es el amor y la benevolencia que les han tomado. En esta provincia hay cinco ciudades edificadas por los españoles, que cuanto más llegan a veinte casas, en su mayor parte de cañas, cubiertas de paja y poco habitadas por estar las minas de oro casi agotadas. La principal es Trujillo, sede del Obispado, que está situada en una pequeña colina próxima al mar hacia Tramontana. Cien millas más abajo está Puerto Caballos, y de este puerto en una jornada se llega a la ciudad de San Pedro, que ha sido edificada en una llanura cerca de las montañas, no muy lejos de río Ulua y de un lago dentro del cual hay ciertos montones de tierra a manera de isletas llenos de hierbas y de arbustos, que van ya en una, ya en otra dirección, según los vientos que soplan. Ochenta millas más adelante se encuentran Comayagua y Gracias a Dios; estas dos ciudades distan más de cien millas una de otra; por ser el país algo frío produce mucho trigo. Luego se penetra en el hermosísimo y muy ameno, pero ya destruido, Valle de Olancho, donde los españoles han edificado una ciudad llamada Santiago que tiene unas veinte casas cubiertas de paja, poco habitadas.

DESCRIPCION DE NICARAGUA. PRODUCTOS

El país de Nicaragua no es muy grande, pero es fértil y agradable. Es tan cálido que en tiempos de verano no se puede caminar sino de noche, por ser el terreno arenoso. Llueve seis meses al año, empezando en mayo, y los otros seis no llueve nunca; la noche es igual al día. Produce bastante miel, cera, bálsamo, algodón, muchas frutas propias del lugar, de las que hay una clase que no se encuentra en La Española ni en ninguna otra parte de Indias: de la forma de nuestras peras, tienen dentro un hueso redondo de una vez y media más grueso que una nuez, y son de sabor muy bueno. El árbol que las produce es muy grande, y de hoja pequeña.

Hay pocas vacas y muchos cochinos de los de España; se encuentran muchos pueblos indios pequeños; las casas son de cañas cubiertas de paja, y no muy grandes. No tienen minas de metal de ninguna clase, a pesar de que cuando llegaron los españoles poseían gran cantidad de oro bajo traído de otras provincias; hay una cantidad increíble de papagayos que causan mucho daño en las siembras, y causarían mucho más si los indios no los espantasen desde algunas plataformas de cañas, con piedras tiradas con hondas. Los españoles, cuando sometieron por primera vez esta provincia, por la abundancia de todo cuanto encontraron, la llamaron el Paraíso de Mahoma.

EL CACAO

Dos cosas produce este país, que no se han encontrado en ninguna otra parte de Indias, con excepción de los territorios de Guatemala, Cabo de Honduras, México y los demás lugares que se hallan en la costa de Nueva España: la una es cierta clase de pavos que han sido llevados a Europa y que comúnmente se llaman gallinas de Indias, y la otra es el cacao, que es su moneda; lo produce un árbol muy grande que no vive sino en un lugar cálido y umbroso y que de tocarlo el sol se moriría. Por lo tanto se planta en la humedad de los bosques, y como ni siquiera esto es suficiente, siembran a su lado un árbol que lo aventaja en tamaño; cuando el cacao empieza a crecer le doblan la cima, de manera que una vez grande, lo cubre todo; así el uno al otro da sombra, y el sol no le causa ninguna molestia.

Su fruto es parecido a la almendra, y nace en ciertas calabazas grandes y gruesas casi como sandías; madura en el lapso de un año; cuando es tiempo lo recogen, sacan el fruto, y lo dejan secar al sol

sobre algunas esteras. Para beberlo lo tuestan al fuego en un tiesto, luego con las mismas piedras con que hacen el pan lo muelen, lo colocan en sus tazas que son una especie de calabazas producidas por unos árboles corrientes en todas partes de Indias, lo disuelven poco a poco en agua, algunas veces añadiéndole un poco de su pimienta, y luego lo toman. Más bien parece un brebaje para puercos que para hombres.

Yo recorrí este país durante más de un año, y nunca hubo manera de que quisiese probarlo. Al pasar por los pueblos, a veces algún indio quería dármelo a beber, mas yo no lo aceptaba, y él muy maravillado se retiraba riendo. Pero luego faltó el vino, y para no tomar siempre agua, empecé yo también a hacer como los demás. Su sabor es algo amargo, sacia y refresca el cuerpo, pero no embriaga; es ésta la mercancía más cara y estimada por los indios, en los lugares donde la usan.

COSTUMBRES

Las costumbres de esta gente son casi todas similares a las de los mejicanos: comen carne humana, llevan mantos y camisetas sin mangas encienden el fuego con dos maderos, lo cual es uso común en todas las Indias; aun cuando tienen mucha cera, no la saben utilizar en cosa alguna, y se alumbran con estacas de pino silvestre. Hablan cuatro lenguas, pero la mejor es la mejicana que se extiende por más de mil quinientas millas, y es la más fácil de aprender. Llaman a los caciques "Tutruane", al pan "tocal", a las gallinas "totoli"; "occomaya" quiere decir: espera un poco; la enfermedad es "mococova" y el baile "mitote". Bailan en esta forma: se reúnen doscientos o trescientos y aun tres y cuatro mil, según la mayor o menor población de la provincia; limpian muy bien el sitio donde van a bailar; uno de ellos se pone adelante para conducir la danza, yendo casi siempre hacia atrás y volviéndose de cuando en cuando; los otros le siguen en orden, de tres en tres y de cuatro en cuatro. Aquellos que tocan los tambores entonan algunas canciones, y el conductor de la danza es el primero en contestar; luego lo mismo hacen a su vez todos los demás. Quien lleva en la mano un abanico, quien una calabaza con algunas piedritas adentro, quien plumajes en la cabeza, quien sartas de conchas marinas alrededor de los brazos y de las piernas; algunos giran de una manera y otros de otra, unos levantan las piernas, otros los brazos, hay quien hace el ciego, el cojo, quien ríe, quien llora, y así con muchos gestos, siempre tomando de aquel cacao de ellos, bailan todo el día y a veces parte de la noche.

CIUDADES

Los barcos que van a Nicaragua por el mar Austral, entran por un canal veinticinco millas aguas arriba hasta un pueblo llamado Realejo, que tiene cerca de doce casas de caña habitadas por españoles; allí fabrican los barcos por ser sitio adecuado y con abundancia de madera. A una jornada de este lugar hacia levante, se encuentra la ciudad de León, sede episcopal, construida a orillas del lago; fue edificada por un cierto Francisco Hernández, así como Granada, que se encuentra cincuenta millas más adelante a orillas del mismo lago, cerca del desaguadero que desemboca en el Mar de Tramontana. Estas dos ciudades no llegan a ochenta casas, fabricadas en parte de madera y en parte de ladrillos.

UN VOLCAN DE ORO

A treinticinco millas de León hay una montaña con una boca muy grande por la cual a menudo lanza llamaradas tan altas, que por las noches se ven a más de cien millas de distancia. Pensando alguien que adentro hubiese oro derretido, un fraile de la orden de Santo Domingo determinó hacer la prueba. Hizo fabricar una cadena y un cubo de hierro, y junto con otros cuatro españoles fue a aquel lugar. Arrojado al fondo, el cubo con un pedazo de cadena quedó allá, consumido por el fuego. El fraile, muy disgustado, regresó a León y se quejó muchísimo con el forjador, aduciendo que había hecho la cadena más delgada de lo que le había sido encomendado. Encargó otra mucho más gruesa, y con ella regresó a la montaña y la arrojó adentro con el mismo resultado; mientras esto hacían, poco faltó para que una gran llamarada absorbiese al fraile y a sus compañeros. Asustados, regresaron y nunca más volvieron a pensar en tal empresa. Mas yo he conocido en aquella ciudad a un sacerdote que por intercesión del Tesorero escribió al Rey de España pidiéndole doscientos esclavos para abrir la montaña, con la promesa de sacar un grandísimo tesoro. Pero el Rey le contestó que la abriese a sus expensas, pues no tenían esclavos que mandar, y así se quedó la cosa.

GUATEMALA

Al oeste de Nicaragua, a trescientas millas de distancia de León, caminando a todo lo largo de la costa, se encuentra la ciudad de Guatemala. Cuando Don Pedro de Alvarado conquistó esta provincia, la edificó

entre dos montañas de las cuales siempre sale humo, con otras dos ciudades, San Miguel y San Salvador, distantes cien millas la una de la otra.

Después de que Alvarado hubo conquistado y repartido este país y edificado las ciudades, mientras estaba disfrutando tranquilidad y descanso en su estado tuvo noticias de que Francisco Pizarro y Diego de Almagro habían entrado al Perú, y hallado una riqueza increíble. Solicitó entonces una provisión del Emperador para pasar a aquel reino a conquistar y poblar cualquier región en la cual no hubiese otros españoles.

DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE GUATEMALA

El clima de esta región es templado y por lo tanto se cosecha bastante trigo. De todos los árboles que han llevado allá de España no se han dado sino la higuera y el albaricoque; pero como empiezan a madurar al entrar el invierno, son desabridos. A dos jornadas de Guatemala, en un lugar llamado los Izalcos, cercano a la playa, se recoge una grandísima cantidad de cacao; ésta es hoy día la riqueza de los españoles residente en la provincia. La mayor parte la distribuyen por el país de Nueva España, que por ser en muchas partes más frío que caliente, no cosecha suficientemente. Los guatemaltecos participan tanto de las costumbres de los nicaragüenses como de las de los mejicanos; por tanto, tratan y contratan continuamente; muchos han aprendido algún oficio como el de herrero, zapatero, pintor, orfebre y otros similares; éstos generalmente eran esclavos de los españoles que los habían comprado y adiestrado, mas cuando pensaban sacar de ellos algún beneficio, les fue restituida la libertad. Diariamente tienen sus mercados, y la mayor parte de sus mercancías son cosas para comer y beber, tales como sal, pescado, frutas, calabazas, batatas, ramas de sus higos cocidos y aderezados en una bebida, tan mal dispuestos que solamente al verlos me daban ganas de vomitar. Trafican con algodón, mantas, camisetas, plumajes y otras cosas parecidas.

[c. 1540]

PEDRO CIEZA DE LEON

DE LA CIUDAD DE PANAMA Y DE SU FUNDACION

DIGO PUES que la ciudad de Panamá es fundada junto a la mar del Sur y diez y ocho leguas del Nombre de Dios, que está poblado junto a la mar del Norte. Tiene poco circuito donde está situada, por causa de una palude o laguna que por la una parte la ciñe; la cual, por los malos vapores que de esta laguna salen, se tiene por enferma. Está trazada y edificada de levante a poniente, en tal manera, que saliendo el sol no hay quien pueda andar por ninguna calle de ella, porque no hace sombra ninguna. Y esto siéntese tanto porque hace grandísimo calor, y porque el sol es tan enfermo, que si un hombre acostumbra andar por él, aunque no sea sino pocas horas, le dará tales enfermedades que muera; que así ha acontecido a muchos. Media legua de la mar había buenos sitios y sanos, y adonde pudieran al principio poblar esta ciudad. Mas, como las casas tienen gran precio, porque cuestan mucho hacerse, aunque ven el notorio daño que todos reciben en vivir en tan mal sitio, no se han mudado; y principalmente porque los antiguos conquistadores son ya todos muertos, y los vecinos que ahora hay son contratantes, y no piensan estar en ella más tiempo de cuanto puedan hacerse ricos; y así, idos unos, vienen otros; y pocos o ninguno miran por el bien público. Cerca de esta ciudad corre un río que nace de unas sierras. Tiene asimismo muchos términos y corren otros muchos ríos, donde en algunos de ellos tienen los españoles sus estancias y granjerías, y han plantado muchas cosas de España, como son naranjos, cidras, higueras. Sin esto hay otras frutas de la tierra, que son piñas olorosas y plátanos, muchos y buenos guayabas, caimitos, aguacates y otras frutas de las que suele haber de la misma tierra. Por los campos hay grandes hatos de vacas, porque la tierra es dispuesta para que se críen en ella. Los ríos llevan mucho oro; y así, luego que se fundó esta ciudad se sacó mucha cantidad. Es bien proveída de mantenimiento, por tener refresco de entrambas mares; digo de entrambas mares, entiéndase la del Norte, por donde vienen las naos de España a Nombre de Dios; y la mar del Sur, por donde se navega de Panamá a todos los puertos del Perú. En el término de esta ciudad no se da trigo ni cebada. Los señores de las estancias cogen mucho maíz, y del Perú y de España traen siempre harina. En todos los ríos hay pescado, y en la mar lo pescan bueno, aun-

que diferente de lo que se cría en la mar de España; por la costa, junto a las casas de la ciudad, hallan entre la arena unas almejas muy menudas que llaman chucha, de la cual hay gran cantidad; y creo yo que al principio de la población de esta ciudad, por causa de estas almejas se quedó la ciudad en aquesta parte poblada, porque con ellas estaban seguros de no pasar hambre los españoles. En los ríos hay gran cantidad de lagartos, que son tan grandes y fieros, que es admiración verlos; en el río del Cenu he yo visto muchos y muy grandes, y comido hartos huevos de los que ponen en las playas; un lagarto de estos hallamos en seco en el río que dicen de San Jorge, yendo a descubrir con el capitán Alonso de Cáceres las provincias de Urute, tan grande y disforme, que tenía más de veinte y cinco pies en largo, y allí le matamos con las lanzas, y era cosa grande la braveza que tenía; y después de muerto lo comimos, con el hambre que llevábamos; es mala carne y de un olor muy en hastioso; estos lagartos o caimanes han comido a muchos españoles y caballos e indios, pasando de una parte a otra, atrevesando estos ríos. En el término de esta ciudad hay poca gente de los naturales, porque todos se han consumido por malos tratamientos que recibieron de los españoles, y con enfermedades que tuvieron. Toda la más de esta ciudad está poblada, como ya dije, de muchos y muy honrados mercaderes de todas partes; tratan en ella y en el Nombre de Dios; porque el trato es tan grande, que casi se puede comparar con la ciudad de Venecia; porque muchas veces acaece venir navíos por la mar del Sur a desembarcar a esta ciudad, cargados de oro y plata; y por la mar del Norte es muy grande el número de las flotas que allegan al Nombre de Dios, de las cuales gran parte de las mercaderías vienen a este reino por el río que llaman de Chagre, en barcos, y del que está cinco leguas de Panamá los traen en grandes y muchas recuas que los mercaderes tienen para este efecto. Junto a la ciudad hace la mar un ancón grande, donde cerca de él las naos, y con la marea entran en el puerto, que es muy bueno para pequeños navíos. Esta ciudad de Panamá fundó y pobló Pedrarias de Avila, gobernador que fue de Tierra Firme en nombre del invictísimo césar don Carlos Augusto, rey de España, nuestro señor, año del Señor de 1520; y está casi ocho grados de la Equinoccial a la parte del norte; tiene un buen puerto, donde entran las naos con la menguante hasta quedar en seco. El flujo y reflujo de esta mar es grande, y mengua tanto, que queda la playa más de media legua descubierta del agua, y con la creciente se torna a henchir; y quedar tanto creo yo que lo causa tener poco fondo, pues quedan las naos de baja mar en tres brazas, y cuando la mar es crecida están en siete. Y pues en este capítulo he tratado de la ciudad de Panamá y de su asiento, en el

siguiente diré los puertos y ríos que hay por la costa hasta llegar a Chile; porque será gran claridad para esta obra.

[c. 1541]

FRAY DIEGO DE LANDA

OFICIOS DE LOS SACERDOTES

LOS MÁS IDOLATRAS eran los sacerdotes, *chilanes,* hechiceros y médicos, *chaces* y *nacones.* El oficio de los sacerdotes era tratar y enseñar sus ciencias y declarar las necesidades y sus remedios, predicar y echar las fiestas, hacer sacrificios y administrar sus sacramentos. El oficio de los *chilanes* era dar al pueblo las respuestas de los demonios y eran tenidos en tanto que acontecía llevarlos en hombros. Los hechiceros y médicos curaban con sangrías hechas en la parte donde dolía al enfermo y echaban suertes para adivinar en sus oficios y otras cosas. Los *chaces* eran cuatro hombres ancianos elegidos siempre de nuevo para ayudar al sacerdote a hacer bien y cumplidamente las fiestas. *Nacones* eran dos oficios: el uno perpetuo y poco honroso porque era el que abría los pechos a las personas que sacrificaban; el otro era una elección hecha de un capitán para la guerra y otras fiestas, que duraba tres años. Este era de mucha honra.

VESTIDOS Y ADORNOS DE LAS INDIAS DE YUCATAN

Que las indias de Yucatán son en general de mejor disposición que las españolas y más grandes y bien hechas, que no son de tantos riñones como las negras. Précianse de hermosas las que lo son y a una mano no son feas; no son blancas sino de color moreno causado más por el sol y del continuo bañarse, que de su natural. No se adoban los rostros como nuestra nación, que eso lo tienen por liviandad. Tenían por costumbre aserrarse los dientes dejándolos como dientes de sierra y esto tenían por galantería y hacían este oficio unas viejas limándolos con ciertas piedras y agua.

Agujerábanse las narices por la ternilla que divide las ventanas por enmedio, para ponerse en el agujero una piedra de ámbar y teníanlo por gala. Horadábanse las orejas para ponerse zarcillos al modo de sus maridos; lábranse el cuerpo de la cintura para arriba —salvo los pechos por el criar—, de labores más delicadas y hermosas que los hombres. Bañábanse muy a menudo con agua fría, como los hombres, y no lo hacían con sobrada honestidad porque acaecía desnudarse en

cueros en el pozo donde iban por agua para ello. Acostumbraban, además, bañarse con agua caliente y fuego, y de éste poco, y más por causa de salud que por limpieza.

Acostumbraban untarse, como sus maridos, con cierto ungüento colorado, y las que tenían posibilidad, echábanse cierta confección de una goma olorosa y muy pegajosa que creo es liquidámbar que en su lengua llaman *iztah-te* y con esta confección untaban cierto ladrillo como de jabón que tenían labrado de galanas labores y con aquel se untaban los pechos y brazos y espaldas y quedaban galanas y olorosas según les parecía; y durábales mucho sin quitarse según era bueno el ungüento.

Traían cabellos muy largos y hacían y hacen de ellos muy galán tocado partido en dos partes y trenzábanselos para otro modo de tocado. A las mozas por casar, suelen las madres curiosas curárselos con tanto cuidado que he visto muchas indias de tan curiosos cabellos como curiosas españolas. A las muchachas hasta que son grandecitas se los trenzan en cuatro cuernos y en dos, que les parecen muy bien.

Las indias de la costa y de las provincias de Bacalar y Campeche son muy honestas en su traje, porque allende de la cobertura que traían de la mitad para abajo, se cubrían los pechos atándoselos por debajo de los sobacos con una manta doblada; todas las demás no traían de vestidura más que un como saco largo y ancho, abierto por ambas partes y metidas en él hasta los cuadriles, donde se los apretaban con el mismo anchor y no tenían más vestidura salvo que la manta con que siempre duermen que, cuando iban en camino, usaban llevar cubierta, doblada o enrollada, y así andaban.

[c. 1549]

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

DESCUBRIMIENTO DE LA MAR DEL SUR

ERA VASCO NÚÑEZ DE BALBOA hombre que no sabía estar parado, y aunque tenía pocos españoles para los muchos que meneste eran, según don Carlos Panquiaco decía, se determinó ir a descubrir la mar del Sur, porque no se adelantase otro y le hurtase la bendición de aquella famosa empresa, y por servir y agradar al rey, que de él estaba enojado. Aderezó un galeoncillo que poco antes llegara de Santo Domingo, y diez barcas de una pieza. Embarcóse con ciento noventa españoles escogidos, y dejando los demás bien proveídos se partió del Darién, 1º de setiembre año de 13. Fue a Careta; dejó allí las barcas y navío y algunos compañeros. Tomó ciertos indios para guía y lengua, y el camino de las sierras que Panquiaco le mostrara. Entró en tierra de Ponca, que huyó como otras veces solía. Siguiéronle dos españoles con otros tantos caretanos, y trajéronle con salvoconducto. Venido, hizo paz y amistad con Balboa y cristianos, y en señal de firmeza dióles ciento y diez pesos de oro en joyuelas, tomando por ellas hachas de hierro, cuentezuelas de vidrio, cascabeles y cosas de menor valor, empero preciosas para él. Dio también muchos hombres de carga y para que abriesen camino; porque, como no tienen contratación con serranos, no hay sino unas sendillas como de ovejas. Con ayuda, pues, de aquellos hombres hicieron camino los nuestros, a fuerza de brazos y hierro, por montes y sierras, y en los ríos puentes, no sin grandísima soledad y hambre.

Llegó en fin a Cuareca, donde era señor Torecha, que salió con mucha gente no mal armada a defender la entrada en su tierra si no le contentasen los extranjeros, barbudos. Preguntó quiénes eran, qué buscaban y dónde iban. Como oyó ser cristianos, que venían de España y que andaban predicando nueva religión y buscando oro, y que iban a la mar del Sur, díjoles que se tornasen atrás sin tocar a cosa suya, so pena de muerte. Y visto que hacer no lo querían, peleó con ellos animosamente. Mas al cabo murió peleando, con otros seiscientos de los suyos. Los otros huyeron a más correr, pensando que las escopetas eran truenos, y rayos las pelotas; y espantados de ver tantos muertos en tan poco tiempo, y los cuerpos unos sin brazos, otros sin piernas, otros hendidos por medio, de fieras cuchilladas.

En esta batalla se tomó preso a un hermano de Torecha en hábito real de mujer, que no solamente en el traje, pero en todo, salvo en parir, era hembra. Entró Balboa en Cuareca; no halló pan ni oro, que lo habían alzado antes de pelear. Empero halló algunos negros esclavos del señor. Preguntó de dónde los habían, y no le supieron decir o entender más de que había hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenían guerra muy ordinaria. Estos fueron los primeros negros que se vieron en Indias, y aun pienso que no se han visto más. Aperreó Balboa cincuenta putos que halló allí, y luego quemólos, informado primero de su abominable y sucio pecado. Sabida por la comarca esta victoria y justicia, le traían muchos hombres de sodomía que los matase. Y según dicen, los señores y cortesanos usan aquel vicio, y no el común; y regalaban a los alanos, pensando que de justicieros mordían los pecadores; y tenían por más que hombres a los españoles, pues habían vencido y muerto tan presto a Torecha y a los suyos.

Dejó Balboa allí en Cuareca los enfermos y cansados, y con sesenta y siete que recios estaban subió una gran sierra, de cuya cumbre se parecía la mar austral, según las guías decían. Un poco antes de llegar arriba mandó parar el escuadrón y corrió a lo alto. Miró hacia mediodía, vió la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor, que le hacía tal merced. Llamó los compañeros, mostróles la mar, y díjoles: "Veis allí, amigos míos, lo que mucho deseábamos. Demos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guíe a conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vio, para predicar en ella el santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que soléis, y seguidme; que con favor de Cristo seréis los más ricos españoles que a Indias han pasado, haréis el mayor servicio a vuestro rey que nunca vasallo hizo a señor, y habréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere y convirtiere a nuestra fe católica". Todos los otros españoles que con él iban hicieron oración a Dios, dándole muchas gracias. Abrazaron a Balboa, prometiendo de no faltarle. No cabían de gozo por haber hallado aquel mar. Y a la verdad, ellos tenían razón de gozarse mucho, por ser los primeros que lo descubrían y que hacían tan señalado servicio a su príncipe, y por abrir camino para traer a España tanto oro y riquezas cuantas después acá se han traído del Perú. Quedaron maravillados los indios de aquella alegre novedad, y más cuando vieron los muchos montones de piedras que hacían con su ayuda, en señal de posesión y memoria. Vio Balboa la mar del Sur a los 25 de setiembre del año de 13, antes de mediodía. Bajó la sierra muy en ordenanza; llegó a un lugar de Chiape, cacique, rico y guerrero. Rogóle por los

farautes que le dejasen pasar adonde iba de paz y le proveyese de comida por sus dineros; y si quería su amistad, que le diría grandes secretos y haría muchas mercedes de parte del poderosísimo rey, su señor, de Castilla. Chiape respondió que ni quería darle pan ni paso ni su amistad. Burlaba oyendo decir que le harían mercedes los que las pedían; y como vio pocos españoles, amenazólos, braveando mucho, si no se volvían. Salió luego con un gran escuadrón bien armado y en concierto a pelear. Balboa soltó los alanos y escopetas, y arremetió a ellos animosamente, y a pocas vueltas los hizo huir. Siguió el alcance y prendió muchos, que, por ganar crédito de piadoso, no los mataba. Huían los indios de miedo de los perros, a lo que dijeron, y principalmente por el trueno, humo y olor de la pólvora, que les daba en las narices. Soltó Balboa casi todos los que prendió en esta escaramuza, y envió con ellos dos españoles y ciertos cuarecanos a llamar a Chiape, diciendo que si venía lo tendrían por amigo y guardaría su persona, tierra y hacienda; y si no venía, que talaría los sembrados y frutales, quemaría los pueblos, mataría los hombres.

Chiape, de miedo de aquello, y por lo que le dijeron los de Cuareca acerca de la valentía y humanidad de los españoles, vino y fue su amigo, y se dio al rey de Castilla por vasallo. Dio a Balboa cuatrocientos pesos de oro labrado, y recibió algunas cosillas de rescate, que tuvo en mucho por serle cosa nueva. Estuvo allí Balboa hasta que llegaron los españoles que dejara enfermos en Cuareca; fue luego a la marina, que aun estaba lejos. Tomó posesión de aquel mar en presencia de Chiape, con testigos y escribano, en el golfo de San Miguel, que nombró así por ser su día.

COSTUMBRES DE NICARAGUA

No son grandes los pueblos, como hay muchos; empero tienen policía en el sitio y edificio, y mucha diferencia en las casas de los señores a las de vasallos. En lugares de behetría, que hay muchos, son iguales. Los palacios y templos tienen grandes plazas, y las plazas están cerradas de las casas de los nobles, y tienen en medio de ella una casa para los plateros, que a maravilla labran y vacían oro. En algunas islas y ríos hacen casas sobre árboles como picazas, donde duermen y guisan de comer. Son de buena estatura, más blancos que loros, las cabezas a tolondrones, con un hoyo en medio por hermosura y por asiento para carga. Rápanse de medio adelante, y los valientes y bravosos todo, salvo la coronilla. Agujéranse narices, labios y orejas, y visten casi a la

manera de mejicanos, sino que se precian más de peinar el cabello. Ellas traen gorgueras, sartales, zapatos, y van a las ferias y mercados. Ellos barren la casa, hacen el fuego y lo demás, y aun en Duraca y en Cobiores hilan los hombres. Mean todos donde les toma la gana, ellos en cuclillas y ellas en pie. En Orotina andan los hombres desnudos y pintados en los brazos. Unos atan el cabello al cogote, otros a la coronilla, y todo lo suyo adentro por mejoría del engendrar y por honestidad, diciendo que las bestias lo traen suelto. Ellos traen solamente bragas, y el cabello largo, trenzado a dos partes. Todos toman muchas mujeres, empero una es la legítima, y aquélla con la ceremonia siguiente: ase un sacerdote los novios por los dedos meñiques, mételos en una camarilla que tiene fuego, háceles ciertas amonestaciones, y en muriéndose la lumbre quedan casados. Si la tomó por virgen y la halla corrompida, deséchala, mas no de otra manera. Muchos las daban a los caciques que las rompiesen, por honrarse más o por quitarse de sospechas y afán. No duermen con ellas estando con su costumbre, ni en tiempo de las sementeras y ayunos, ni comen entonces sal ni ají, ni beben cosas que los embriague, ni ellas entran, teniendo su camisa, en algunos templos. Destierran al que casa dos veces ceremonialmente, y dan la hacienda a la primera mujer. Si cometen adulterio, repúdianlas, volviéndoles su dote y herencia, y no se pueden más casar. Dan palos, y no muerte al adúltero. Los parientes de ellas son los afrentados y los que vengan los cuernos. A la mujer que se va con otro no la busca su marido, si no la quiere mucho, ni recibe de ello pena ni afrenta. Consiéntenlas echar con otros en ciertas fiestas del año. Antes de casar son comúnmente malas, y casadas, buenas. Pueblos de behetría hay donde las doncellas escogen marido entre muchos jóvenes que cenan juntos en fiestas. Quien fuera virgen, si quejan, es esclavo o paga el dote. Al esclavo y mozo que duerme con hija de su amo entierran vivo con ella. Hay rameras públicas a diez cacaos, que son como avellanas; y donde las hay apedrean los putos.

No dormían con sus mujeres porque no pariesen esclavos de españoles. Y Pedrarias, como en dos años no nacían niños, les prometió buen tratamiento; y así, parían o no los mataban. Preguntaron a sus ídolos cómo echarían a los españoles, y díjoles el diablo que él se los echaría con echarles encima la mar, pero que también los anegaría a ellos; y por eso cesó.

Los pobres no piden por Dios ni a todos, sino a los ricos, y diciendo: "hágolo por necesidad o dolencia". El que a vivir se va de un pueblo a otro no puede vender las tierras ni casas, sino dejarlas al pariente más cercano. Guardan justicia en muchas cosas, y traen los ministros

de ella mosqueadores y varas. Cortan los cabellos al ladrón, y queda esclavo del dueño del hurto hasta que pague. Puédense vender y jugar, mas no rescatar sin voluntad del cacique o regimiento; y si mucho tarda, muere sacrificado. No hay pena para quien mata cacique, diciendo que no puede acontecer. Tampoco pena para los que matan esclavo. Mas el que mata hombre libre paga un tanto a los hijos o parientes. No puede haber junta ni consulta ninguna, especialmente de guerra, sin el cacique o sin el capitán de la república y behetría. Emprenden guerras sobre los términos y mojones, sobre la caza y sobre quién es mejor y podrá más, que así es donde quiera, y aun por cautivar hombres para sacrificios. Cada cacique tiene para su gente propia señal en la guerra y aun en casa. Eligen los pueblos libres capitán general al más diestro y experto que hallan, el cual manda y castiga absolutamente y sin apelación a la señoría. La pena del cobarde es quitarle las armas y echarle del ejército. Cada soldado se tiene lo que a los enemigos toma, salvo que ha de sacrificar en público los que prende y no darlos por ningún rescate, so pena que lo sacrifiquen a él.

Son animosos, astutos y falsos en la guerra, por coger contrarios para sacrificar; son grandes hechiceros y brujos, que, según ellos mismos decían, se hacen perros, puercos y gimias. Curan viejas los enfermos, que así es en muchas islas y tierra firme de Indias, y echan medicinas con un cañuto, tomando la decoción en la boca y soplando. Los nuestros les hacían mil burlas, desventeando al tiempo que querían ellas soplar, o riendo del artificio.

CALIDAD DE LA TIERRA DE NICARAGUA

La provincia de Nicaragua es grande, y más sana y fértil que rica, aunque tiene algunas perlas y oro de poca ley. Era de muchos jardines y arboledas. Ahora no hay tantos. Crecen muchos árboles, y el que llaman ceiba engorda tanto, que quince hombres asidos de las manos no lo pueden abarcar. Hay otros hechura de cruz y unos que se les seca la hoja si algún hombre la toca, y una yerba con que revientan las bestias, de la cual hay mucha en el Nombre de Dios y por allí. Hay muchos árboles que llevan como ciruelas coloradas, de que hacen vino. También lo hacen de otras frutas y de maíz. Los nuestros lo hacen de miel, que hay mucha, y que los conserva en su buen color. Las calabazas vienen a maduración en cuarenta días, y es una gruesa mercadería, ca los caminantes no dan paso sin ellas por la falta de aguas, y no llueve mucho. Hay grandes culebras, y tómanse por la boca, como dicen de las

víboras. En todas las Indias se han visto y muerto muchas y muy grandes sierpes, empero las mayores son en el Perú, y no eran tan bravas ni ponzoñosas como las nuestras y las africanas. Hay unos puercos con el ombligo en el espinazo, que luego hieden en matándolos, si no se lo cortan.

Por la costa de Nicaragua suelen andar ballenas y unos monstruosos peces, que sacando el medio cuerpo fuera del agua sobrepujan los mástiles de naos: tan grandes son. Tienen la cabeza como un tonel, y los brazos como vigas, de veinte y cinco pies, con que patea y escarba. Hace tanto estruendo y hoyo en la agua, que asombra los mareantes, y no hay quien no tema su fiereza, pensando que ha de hundir o trastornar el navío. Hay también unos peces con escamas, no mayores que bogas, los cuales gruñen como puercos en la sartén, y roncan en la mar, y por eso los llaman roncadores. A Francisco Bravo y a Diego Daza, soldados de Francisco Hernández, les medio comieron lo suyo cangrejos, andando perdidos en una balsilla, en la cual navegaron o mejor diciendo nadaron nueve días o diez sin beber y sin comer otro que cangrejos, que tomaban en las ingles; y según ellos contaban en Tuenque, do aportaron, no comían ni mordían sino del miembro y sus compañeros.

EL VOLCAN DE NICARAGUA, QUE LLAMAN MASAYA

Tres leguas de Granada y diez de León está un serrejón raso y redondo, que llaman Masaya, que echa fuego y es muy de notar, si hay en el mundo. Tiene la boca media legua en redondo, por la cual bajan doscientas y cincuenta brazas, y ni dentro ni fuera hay árboles ni yerba. Crían, empero, allí pájaros y otras aves sin estorbo del fuego, que no es poco. Hay otro boquerón como brocal de pozo, ancho cuanto un tiro de arco, del cual hasta el fuego y brasa suele haber ciento y cincuenta estados más o menos, según hierve. Muchas veces se levanta aquella masa de fuego y lanza fuera tanto resplandor, que se divisa veinte leguas y aun treinta. Anda de una parte a otra, y da tan grandes bramidos de cuando en cuando, que pone miedo; mas nunca rebosa ascuas ni ceniza, sino es algún humo y llamas, que causa la claridad susodicha, cosa que no hacen otros volcanes; por lo cual, y porque jamás falta el licor ni cesa de bullir, piensan muchos ser de oro derretido. Y así, entraron dentro el primer hueco fray Blas de Iñesta, dominico, y otros dos españoles, guindados en sendos cestos. Metieron un servidor de tiro con una larga cadena de hierro para coger de aquella brasa y saber qué

metal fuese. Corrió la soga y cadena y ciento y cuarenta brazas, y como llegó al fuego, se derritió el caldero con algunos eslabones de la cadena en tan breve, que se maravillaron; y así, no supieron lo que era. Durmieron aquella noche allá sin necesidad de lumbre ni candela. Salieron en sus cestos con harto temor y trabajo, espantados de tal hondura y extrañeza de volcán. Año de 1551 se dio licencia al licenciado y deán Juan Alvarez para abrir este volcán de Masaya y sacar el metal.

LOS RITOS DE CHICORANOS

Los de Chicora son de color loro o tiriciado, altos de cuerpo, de muy pocas barbas; traen ellos los cabellos negros y hasta la cinta; ellas, muy más largos, y todos los trenzan. Los de otra provincia allí cerca, que llaman Duhare, los traen hasta el talón; el rey de los cuales era como gigante y había nombre de Datha, y su mujer y veinte y cinco hijos que tenía también eran deformes; preguntados cómo crecían tanto, decían unos que con darles a comer unas como morcillas de ciertas yerbas hechas por arte de encantamiento; otros, que con estirarles los huesos cuando niños, después de bien ablandados con yerbas cocidas; así lo contaban ciertos chicoranos que se bautizaron, pero creo que decían esto por decir algo, que por aquella costa arriba hombres hay muy altos y que parecen gigantes en comparación de otros. Los sacerdotes andan vestidos distintamente de los otros y sin cabello, salvo es que dejan dos guedejas a las sienes, que atan por debajo de la barbilla. Estos mascan cierta yerba, y con el zumo rocían los soldados estando para dar batalla, como que los bendicen; curan los heridos, entierran los muertos y no comen carne. Nadie quiere otros médicos que a estos religiosos, o a viejas, ni otra cura que con yerbas, de las cuales conocen muchas para diversas enfermedades y llagas. Con una que llaman guahi reviesan la cólera y cuanto tienen en el estómago si la comen o beben, y es muy común, y tan saludable, que viven mucho tiempo por ella y muy recios y sanos. Son los sacerdotes muy hechiceros y traen la gente embaucada; hay dos idolejos que no los muestran al vulgo más de dos veces al año, y la una es al tiempo de sembrar, y aquélla con grandísima pompa. Vela el rey la noche de la vigilia delante aquellas imágenes, y la mañana de la fiesta, ya que todo el pueblo está junto, muéstrale sus dos ídolos, macho y hembra, de lugar alto; ellos los adoran de rodillas, y a voz en grita pidiendo misericordia. Baja el rey, y dalos, cubiertos con ricas mantas de algodón y joyas, a dos caballeros ancianos, que los llevan al campo donde va la procesión. No queda nadie sin ir con ellos,

so pena de malos religiosos; vístense todos lo mejor que tienen; unos se tiznan, otros se cubren de hoja y otros se ponen máscaras de pieles; hombres y mujeres cantan y bailan; ellos festejan el día y ellas la noche, con oración, cantares, danzas, ofrendas, sahumerios y tales cosas. Otro día siguiente los vuelven a su capilla con el mismo regocijo, y piensan con aquello de tener buena cogida de pan. En otra fiesta llevan también al campo una estatua de madera con la solemnidad y orden que a los ídolos, y pónenla encima de una gran viga que hincan en tierra y que cercan de palos, arcas y banquillos. Llegan todos los casados, sin faltar ninguno, a ofrecer; ponen lo que ofrecen sobre las arcas y palos; notan la ofrenda de cada uno los sacerdotes que para ello están diputados, y dicen al cabo quien hizo más y mejor presente al ídolo, para que venga a noticia de todos, y aquél es muy honrado por un año entero. Con esta honra hay muchos que ofrecen a porfía. Comen los principales y aun los demás del pan, frutas y viandas ofrecidas; lo reparten los señores y sacerdotes. Descuelgan la estatua en anocheciendo, y échanla en el río, o en el mar si está cerca, para que se vaya con los dioses del agua, en cuyo honor la fiesta se hizo. Otro día de sus fiestas desentierran los huesos de un rey o sacerdote que tuvo gran reputación y súbenlo a un cadalso que hacen en el campo; llóranlo las mujeres solamente, andando a la redonda, y ofrecen lo que pueden. Tornan luego al otro día aquellos huesos a la sepultura, y ora un sacerdote en alabanza de cuyos son disputa de la inmortalidad del alma y trata del infierno o lugar de penas que los dioses tienen en tierras muy frías, donde se purgan los males, y del paraíso, que está en tierra muy templada, que posee Quejuga, señor grandísimo, manco y cojo, el cual hacía muchos regalos a las ánimas que a su reino iban; y con tanto, quedan canonizados aquellos huesos, y el predicador despide los oyentes, dándoles humo a narices de yerbas y gomas olorosas, y soplándolos como saludador.

Creen que viven muchas gentes en el cielo y muchas debajo la tierra, como sus antípodas, y que hay dioses en el mar, y de todo esto tienen coplas los sacerdotes, los cuales cuando mueren los reyes hacen ciertos fuegos como cohetes, y dan a entender que son las almas recién salidas del cuerpo, que suben al cielo; y así, los entierran con grandes llantos. La reverencia o salutación que hacen al cacique es donosa, porque ponen las manos en las narices, chiflan, y pásanlas por la frente al colodrillo. El rey entonces tuerce la cabeza sobre el hombro izquierdo si quiere dar favor y honra al que le reverencia. La viuda, si su marido muere naturalmente, no se puede casar; si se muere por justicia, puede. No admiten las rameras entre las casadas. Juegan a la pelota, al trompo y a la ballesta con arcos, y así son certeros. Tienen plata y aljófar y

otras piedras. Hay muchos ciervos, que crían en casa y andan al pasto en el campo con pastores, y vuelven la noche al corral. De su leche hacen queso.

[c. 1552]

ANDRES PEREZ DE RIBAS

HECHIZOS, SUPERSTICIONES Y SERMONES

VINIENDO ahora a las gentes bárbaras de que trata esta historia, y habiendo estado muy atento los años que entre ellas anduve para averiguar lo que pasaba en esta materia de idolatría, lo que con puntualidad puedo decir es que, aunque en algunas de estas tales gentes no se puede negar que había rastros de idolatría formal; pero otras no tenían conocimiento alguno de Dios, ni de alguna deidad, aunque falsa, ni adoración explícita de Señor que tuviese dominio en el mundo, ni entendían había providencia de creador y gobernador de quien esperasen premios de buenas obras en la otra vida o castigo de las malas; ni usaron de comunidad culto divino. El que en ellos se hallaba, se venía a reducir a supersticiones bárbaras, o hechizos enseñados por los demonios a particulares personas, con quienes en su gentilidad tenían familiar trato y éste unos, implícito y heredado de sus mayores que se los enseñaban a la hora de su muerte, encargándoles usasen algunas ceremonias de hechizos y supersticiones que servían para curar o matar o engañar. Porque los tales ordinariamente son curanderos, y la gente entre ellos más viciosa y temida de todos, porque conocen que con sus hechizos matan cuando quieren...

El medio de curar estos endemoniados médicos es unas veces soplando la parte lesa o dolorida del cuerpo, o todo él, con tanta fuerza y conato, que se oye a muchos pasos el ruido que hacen: otras chupando la parte dolorida. Y aunque en parte pudiéramos decir, que esta acción tenía el efecto natural de la ventosa, que atrae o disgrega el humor; pero eso está envuelto en tantas supersticiones y embustes, que no nos podemos fiar que sea todo seguro y libre de engaño, o pacto con el demonio; porque a los enfermos les dan a entender, que les sacan del cuerpo palos, espinas y pedrezuelas que les causan el dolor y enfermedad, y todo es embuste, porque ellos traen ésos en la boca o en la mano con disimulación, y cuando han curado al enfermo se los muestran, vendiéndoles por verdad, lo que es patraña y mentira; y aun suelen hacer ostentación de lo que dicen sacaron del cuerpo, al modo que los sacamuelas hacen sus sartas de ellas para mostrar la destreza de su arte. También usan curar la herida de la flecha chupando la ponzoña y éste es remedio provechoso, con tal que ellos renuncien al pacto que

suelen tener en todo esto con el demonio; porque chupando la herida, juntamente se chupa la ponzoña, y la lengua es también sana, y no recibe daño considerable escupiendo luego la ponzoña que no es mortal si no toca la sangre y se incorpora con ella.

El pacto que con estos hechiceros tiene asentado el demonio, ordinariamente está ligado, y lo tienen muy guardado en unos cuerecillos de animales parecidos al hurón, de que hacen unas bolsillas y dentro de ellas unas pedrezuelas de color o chinas medio transparentes, y esta bolsilla guardan como si fuera de reliquias; y cuando para bautizar se entregan estas prendas, es buena señal de que reciben de veras la fe de Cristo, y dejan y se apartan de la familiaridad del demonio. Este muchas veces se les aparecía en tiempo de su gentilidad, hablándoles en figura de animales, pescados o serpientes, que no se ha olvidado cuán a su propósito le salió el haber derribado a nuestra primera madre en esta forma. Honrábanle mucho, o temíanlo cuando se les parecía; y por título de honra le llamaban abuelo, sin hacer discurso si era creatura o creador, y aunque la figura de animal o serpiente en que se les aparecía el demonio, la observaban y pintaban a su módo, y tal vez levantaban alguna piedra, o palo a manera de ídolo; pero claramente no parece reconocían deidad, ni suprema potestad del universo. A este género de idolatría se venía a reducir lo más que de este género se hallaba entre estas gentes. Aunque en otras que más adelante se escribe, había mayores rastros de idolatría formal, como en sus lugares se verá. Pero gracias a Dios que de toda esta ceguedad, mentiras y embustes se ven cada día salir libres estas gentes, por la gran misericordia de Dios, de que se contarán no pocos casos muy singulares en el discurso de la historia.

Pero porque uno de los oficios y ejercicios de hechicero, de quienes he hablado, era el de predicar y hacer célebres sermones y pláticas a los pueblos, y ser materia que pertenece a religión falsa o verdadera: escribiré aquí los usos y costumbres que tenían acerca de ésta. Muy usado fue en todas estas naciones el haber predicadores que ejercitaban este oficio. Estos lo más ordinario eran sus principales y caciques y más cuando eran hechiceros, cuyo oficio remedaban en algo al de sacerdotes de ídolos de la gentilidad. El tiempo y ocasión más señalada para predicar estos sermones era cuando se convocaban para alguna empresa de guerra, o para asentar paces con alguna nación o con los españoles, o de celebrar alguna victoria que hubiesen alcanzado, o cabezas de enemigos que hubiesen cortado. En tales ocasiones se juntan en la casa, o ramada del cacique, los principales viejos y hechiceros. Encendíase una candelada, y alrededor se sentaban: luego seguía el encenderse algunas

cañitas de tabaco que tenían preparadas, y con ellas convidaban a chupar esos brindis. Celebrada esa acción, luego se levantaba en pie el indio de más autoridad entre ellos, y desde allí entonaba el principio de su predicación, y comenzaba a paso lento, a dar vueltas a la plaza del pueblo, prosiguiendo su sermón, y levantando el tono y los gritos, de suerte que desde sus casas y hogueras la oían todos los del pueblo. En esta vuelta a la plaza y sermón, gastaban cual vez media hora, cual más o menos, como quería el predicador; la cual acabada, volvía a su asiento donde los compañeros le recibían con grandes aplausos que cada uno de por sí le hacía. Si era viejo el que había predicado, que ordinariamente lo son, el aplauso era éste: "Has hablado y amonestádonos muy bien, mi abuelo, yo tengo un mismo corazón con el tuyo". Si era viejo el que daba el parabién, decía: "Mi hermano mayor o menor, mi corazón siente y dice lo que tú has dicho"; y vuelven a convidarlo con otro brindis y cañita de tabaco. Habiendo acabado éste, se levanta otro predicante por la misma forma, y hacía su sermón dando la vuelta, y gastando otra media hora. Y en estos sermones sucedía gastarse lo más de la noche, principalmente si la materia de que se trataba era más célebre, de paz, o de guerra señalada. Lo que en estos sermones predican, conforme a su capacidad bárbara, lo repiten muchas veces y unas mismas razones. Si era para incitar a guerra, representando el valor de sus arcos y flechas, el defender su tierra, mujeres e hijos; y que allí tenían los hechos de sus capitanes y valientes, nombrando los que al presente eran guerreros en su nación, etc. Si se trata de asentar paces con los españoles, predicaban la conveniencia de la paz, el gozar con quietud de sus tierras y río con ella; cuán bien les estaba tener en su amparo a los españoles, añadiendo, cuando se trataba de que entrasen Padres a darles doctrinas, otras razones que en ocasiones, adelante, en esta historia se dirán. Y el ordinario epílogo del sermón para exhortar a todos los del pueblo, chicos y grandes, invocándolos con nombres de parentesco: "Mis abuelos, mis padres, mis hermanos mayores y menores, hijos e hijas de mis hermanos, tened todos mi mismo corazón a sentir": con que remataban sus sermones, que es cierto tenía grande fuerza para mover la gente al intento que pretendían; ahora fuese para lo malo, ahora para lo bueno.

[c. 1615]

CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA

INFORTUNIOS DE ALONSO RAMIREZ

QUIERO que se entretenga el curioso que esto leyere por algunas horas con las noticias de lo que a mí me causó tribulaciones de muerte por muchos años. Y aunque de sucesos que sólo subsistieron en la idea de quien lo finge se suelen reducir máximas y aforismos que, entre lo deleitable de la narración que entretiene, cultiven la razón de quien en ello se ocupa, no será esto lo que yo aquí intente, sino solicitar lástimas que, aunque posteriores a mis trabajos, harán por lo menos tolerable su memoria, trayéndolas a compañía de las que me tenía a mí mismo cuando me aquejaban. No por esto estoy tan de parte de mi dolor que quiera incurrir en la fea nota de pusilánime; y así, omitiendo menudencias que, a otros menos atribulados que yo lo estuve, pudieran dar asunto de muchas quejas, diré lo primero que me ocurriere por ser en la serie de mis sucesos lo más notable.

Es mi nombre Alonso Ramírez y mi patria la ciudad de San Juan de Puerto Rico, cabeza de la isla que, en los tiempos de ahora con este nombre y con el de Borriquén en la antigüedad, entre el Seno Mexicano y el mar Atlántico divide términos. hácenla célebre los refrescos que hallan en su deleitosa aguada cuantos desde la antigua navegan sedientos a la Nueva España, la hermosura de su bahía, lo incontrastable del Morro que la defiende, las cortinas y baluartes coronados de artillería que la aseguran, sirviendo aun no tanto esto, que en otras partes de las Indias también se halla, cuanto el espíritu que a sus hijos les reparte el genio de aquella tierra sin escasez a tenerla privilegiada de las hostilidades de corsantes. Empeño es éste en que pone a sus naturales su pundonor y fidelidad, sin otro motivo, cuando es cierto que la riqueza que le dio nombre por los veneros de oro que en ella se hallan, hoy por falta de sus originarios habitadores que los trabajen y por la vehemencia con que los huracanes procelosos rozaron los árboles de cacao que a falta de oro provisionaban de lo necesario a los que lo traficaban y, por el consiguiente, al resto de los isleños se transformó en pobreza.

Entre los que ésta había tomado muy a su cargo fueron mis padres, y así era fuerza que hubiera sido, porque no lo merecían sus procederes, pero ya es pensión de las Indias el que así sea. Llamóse mi padre Lucas de Villanueva, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento, cónstame, por-

que varias veces se le oía decir, que era andaluz; y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico, y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres sólo le pueden dar a sus hijos, que son consejos para inclinarlos a la virtud. Era mi padre carpintero de ribera, e impúsome (en cuanto permitía la edad) al propio ejercicio; pero reconociendo no ser continua la fábrica y temiéndome no vivir siempre, por esta causa, con las incomodidades que, aunque muchacho me hacían fuerza, determiné hurtarle el cuerpo a mi misma patria para buscar en las ajenas más conveniencia.

Valíme de la ocasión que me ofreció para esto una urqueta del capitán Juan del Corcho, que salía de aquel puerto para el de la Habana, en que, corriendo el año de 1675 y siendo menos de trece los de mi edad, me recibieron por paje. No me pareció trabajosa la ocupación, considerándome en libertad y sin la pensión de cortar madera; pero confieso que, tal vez presagiando lo porvenir, dudaba si podría prometerme algo que fuese bueno, habiéndome valido de un corcho para principiar mi fortuna. Mas, ¿quién podrá negarme que dudé bien, advirtiendo consiguientes mis sucesos a aquel principio? Del puerto de la Habana, célebre entre cuantos gozan las islas de Barlovento, así por las conveniencias que le debió a la naturaleza que así lo hizo como por las fortalezas con que el arte y el desvelo lo ha asegurado, apartándome de mi patrón, subí a la ciudad de la Puebla de los Angeles, habiendo pasado no pocas incomodidades en el camino, así por la aspereza de las veredas que desde Jalapa corren hasta Perote, como también por los fríos que, por no experimentados hasta allí, me parecieron intensos. Dicen los que la habitan ser aquella ciudad inmediata a México en la amplitud que coge, en el desembarazo de sus calles, en la magnificiencia de sus templos y en cuantas otras cosas hay que la asemejan a aquélla. Y ofreciéndoseme (por no haber visto hasta entonces otra mayor) que en ciudad tan grande me sería muy fácil el conseguir conveniencia grande, determiné, sin más discurso que éste, el quedarme en ella, aplicándome a servir a un carpintero para granjear el sustento en el ínterin que se me ofrecía otro modo para ser rico.

En la demora de seis meses que allí perdí, experimenté mayor hambre que en Puerto Rico, y abominando la resolución indiscreta de abandonar mi patria por tierra a donde no siempre se da acogida a la liberalidad generosa, haciendo mayor el número de unos arrieros, sin considerable trabajo me puse en México. Lástima es grande el que no corran por el mundo grabadas a punta de diamante en láminas de oro las grandezas magníficas de tan soberbia ciudad. Borróse de mi memoria lo que de la Puebla aprendí como grande desde que pisé la calzada en

que, por parte de mediodía (a pesar de la gran laguna sobre que está fundada), se franquea a los forasteros. Y siendo uno de los primeros elogios de esta metrópoli la magnanimidad de los que la habitan, a que ayuda la abundancia de cuanto se necesita para pasar la vida con descanso que en ella se halla, atribuyo a fatalidad de mi estrella haber sido necesario ejercitar mi oficio para sustentarme. Ocupóme Cristóbal de Medina, maestro de alarife y de arquitectura, con competente salario en obras que le ocurrían, y se gastaría en ello cosa de un año.

El motivo que tuve para salir de México a la ciudad de Oaxaca fue la noticia de que asistía en ella con el título y ejercicio honroso de regidor don Luis Ramírez, en quien, por parentesco que con mi madre tiene, afiancé ya que no ascensos desproporcionados a los fundamentos tales cuales en que estribaran, por lo menos alguna mano para subir un poco; pero conseguí después de un viaje de ochenta leguas el que, negándome con muy malas palabras el parentesco, tuviese necesidad de valerme de los extraños por no poder sufrir despegos sensibilísimos por no esperados, y así me apliqué a servir a un mercader trajinante que se llamaba Juan López. Ocupábase en permutar con los indios mixes, chontales y cuicatecas por géneros de Castilla que les faltaban, los que son propios de aquella tierra y se reducen a algodón, mantas, vainillas, cacao y grana. Lo que se experimenta en la fragosidad de la sierra que, para conseguir esto se atraviesa y huella continuamente, no es otra cosa sino repetidos sustos de derrumbarse por lo acantilado de las veredas, profundidad horrorosa de las barrancas, aguas continuas, atolladeros penosos, a que se añaden en los pequeños calidísimos valles que allí se hacen muchos mosquitos y en cualquier parte sabandijas abominables a todo viviente por su mortal veneno.

Con todo esto atropella la gana de enriquecer, y todo esto experimenté acompañando a mi amo, persuadido a que sería a medida del trabajo la recompensa. Hicimos viaje a Chiapa de Indios y de allí a diferentes lugares de las provincias de Soconusco y de Guatemala; pero siendo pensión de los sucesos humanos interpolarse con el día alegre de la prosperidad la noche pesada y triste del sinsabor, estando de vuelta para Oaxaca enfermó mi amo en el pueblo de Talistaca con tanto extremo que se le administraron los sacramentos para morir. Sentía yo su trabajo y en igual contrapeso sentía el mío, gastando el tiempo en idear ocupaciones en que pasar la vida con más descanso; pero con la mejoría de Juan López se sosegó mi borrasca, a que se siguió tranquilidad, aunque momentánea supuesto que en el siguiente viaje, sin que le valiese remedio alguno, acometiéndole el mismo achaque en el pueblo de Ciucatlan, le faltó la vida. Cobré de sus herederos

lo que quisieron darme por mi asistencia, y despechado de mí mismo y de mi fortuna, me volví a México; y queriendo entrar en aquesta ciudad con algunos reales, intenté trabajar en la Puebla para conseguirlos, pero no hallé acogida en maestro alguno, y temiéndome de lo que experimenté de hambre cuando allí estuve, aceleré mi viaje.

Debíle a la aplicación que tuve al trabajo cuando le asistí al maestro Cristóbal de Medina por el discurso de un año y a la que volvieron a ver en mí cuantos me conocían el que tratasen de avencindarme en México, y conseguílo mediante el matrimonio que contraje con Francisca Xavier, doncella huérfana de doña María de Poblete, hermana del venerable señor don Juan de Poblete, deán de la Iglesia Metropolitana, quien, renunciando la mitra arzobispal de Manila por morir, como Fénix, en su patrio nido, vivió para ejemplar de cuantos aspiraran a eternizar su memoria con la rectitud de sus procederes. Sé muy bien que expresar su nombre es compendiar cuanto puede hallarse en la mayor nobleza y en la más sobresaliente virtud, y así callo, aunque con repugnancia, por no ser largo en mi narración, cuanto me está sugiriendo la gratitud.

Hallé en mi esposa mucha virtud y merecíle en mi asistencia cariñoso amor, pero fue esta dicha como soñada, teniendo solos once meses de duración, supuesto que en el primer parto le faltó la vida. Quedé casi sin ella a tan no esperado y sensible golpe, y para errarlo todo me volví a la Puebla. Acomodóme por oficial de Estéban Gutiérrez, maestro de carpintero; y sustentándome el tal mi maestro con escasez, ¿cómo lo pasaría el pobre de su oficial? desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia, no sólo acusado sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México a lo que son delincuentes, que es enviarlos desterrados a las Filipinas. Pasé, pues, a ellas en el galeón Santa Rosa, que (a cargo del general Antonio Nieto, y de quien el almirante Leandro Coello era piloto) salió del puerto de Acapulco para el de Cavite el año 1682).

Está este puerto en altura de 16 grados 40 minutos a la banda del Septentrión, y cuanto tiene de hermoso y seguro para las naos que en él se encierran tiene de desacomodado y penoso para los que lo habitan, que son muy pocos, así por su mal temple y esterilidad del paraje como por falta de agua dulce y aun del sustento que siempre se le conduce de la comarca, y añadiéndose lo que se experimenta de calores intolerables, barrancas y precipicios por el camino, todo ello estimula a solicitar la salida del puerto.

PONENSE EN COMPENDIO LOS ROBOS Y CRUELDADES QUE HICIERON ESTOS PIRATAS EN MAR Y TIERRA HASTA LLEGAR A AMERICA

Sabiendo ser yo la persona a cuyo cargo venía la embarcación, cambiándome a la mayor de las suyas, me recibió el capitán con fingido agrado. Prometióme a las primeras palabras la libertad si le noticiaba cuáles lugares de las islas eran más ricos y si podría hallar en ellos gran resistencia. Respondíle no haber salido de Cavite sino para la provincia de Ilocos, de donde venía, y que así no podía satisfacerle a lo que preguntaba. Instóme si en la isla de Caponiz, que a distancia de catorce leguas está Noroeste Sueste con Mariveles, podría aliñar sus embarcaciones y si había gente que se lo estorbase; díjele no haber allí población alguna y que sabía de una bahía donde conseguiría fácilmente ló que deseaba. Era mi intento el que, si así lo hiciesen, los cogiesen presidio en aquella isla y los apresasen. Como a las diez de la noche surgieron donde les pareció a propósito, y en estas y otras preguntas que se me hicieron se pasó la noche.

Antes de levarse, pasaron a bordo de la capitana mis veinte y cinco hombres. Gobernábala un inglés a quien nombraban maestre Bel; tenía ochenta hombres, veinte y cuatro piezas de artillería y ocho pedreros, todos de bronce. Era dueño de la segunda el capitán Donkin; tenía setenta hombres, veinte piezas de artillería y ocho pedreros, y en una y otra había sobradísimo número de escopetas, alfanjes, hachas, arpeos, granadas y ollas llenas de varios ingredientes de olor pestífero. Jamás alcancé por diligencia que hice el lugar donde se armaron para salir al mar; sólo sí supe habían pasado al del Sur por el estrecho de Mayre, y que, imposibilitados de poder robar las costas del Perú y Chile que era su intento, porque con ocasión de un tiempo que entrándoles con notable vehemencia y tesón por el Leste les duró once días, se apartaron de aquel meridiano más de quinientas leguas, y no siéndoles fácil volver a él, determinaron valerse de lo andado, pasando a robar a la India, que era más pingüe. Supe también habían estado en islas Marianas y que, batallando con tiempos desechos y muchos mares, montando los cabos del Engaño y del Bojeador, y habiendo antes apresado algunos juncos y champanes de indios y chinos, llegaron a la boca de Mariveles, a donde dieron conmigo. Puestas las proas de sus fragatas (llevaban la mía a remolque) para Caponiz, comenzaron con pistolas y alfanjes en las manos a examinarme de nuevo y aun a atormentarme. Amarráronme a mí y a un compañero mío al árbol mayor; y como no se les respondía a propósito acerca de los parajes donde podían hallar

la plata y oro por que nos preguntaban, echando mano de Francisco de la Cruz, sangley mestizo, mi compañero, con cruelísimos tratos de cuerda que le dieron, quedó desmayado en el combés y casi sin vida. Metiéronme a mí y a los míos en la bodega, desde donde percibí grandes voces y un trabucazo; pasado un rato y habiéndome hecho salir afuera, vi mucha sangre, y mostrándomela, me dijeron ser de uno de los míos, a quien habían muerto y que lo mismo sería de mí si no respondía a propósito de lo que preguntaban. Díjeles con humildad que hiciesen de mí lo que les pareciese, porque no tenía que añadir cosa alguna a mis primeras respuestas. Cuidadoso desde entonces de saber quién era de mis compañeros el que había muerto, hice diligencias por conseguirlo, y hallando cabal el número, me quedé confuso. Supe mucho después era sangre de un perro la que había visto, y no pasó del engaño.

No satisfechos de lo que yo había dicho, repreguntando con cariño a mi contramaestre, de quien por indio jamás se podía prometer cosa que buena fuese, supieron de él haber población y presidio en la isla de Caponiz, que yo había afirmado ser despoblada. Con esta noticia y mucho más, por haber visto estando ya sobre ella ir por el largo de la costa dos hombres montados, a que se añadía la mentira de que nunca había salido de Cavite sino para Ilocos, y dar razón de la bahía de Caponiz, en que, aunque lo disimularon, me habían cogido, desenvainados los alfanjes con muy grandes voces y vituperios, dieron en mí. Jamás me recelé de la muerte con mayor susto que en este instante, pero conmutáronla en tantas patadas y pescozones que descargaron en mí que me dejaron incapaz de movimientos por muchos días. Surgieron en parte de donde no podían recelar insulto alguno de los isleños, y dejando en tierra a los indios dueños de un junco de que se habían apoderado el antecedente día al aciago y triste en que me cogieron, hicieron su derrota a Pulicóndor, isla poblada de cochinchinas en la costa de Cambodia, donde, tomando puerto, cambiaron a sus dos fragatas cuanto en la mía se halló, y le pegaron fuego.

Armadas las piraguas con suficientes hombres, fueron a tierra y hallaron los esperaban los moradores de ella sin repugnancia; propusiéronles no querían más que proveerse allí de lo necesario, dándoles lado a sus navíos y rescatarles también frutos de la tierra por lo que les faltaba. O de miedo, o por otros motivos que yo no supe, asintieron a ello los pobres bárbaros; recibían ropa de la que traían hurtada, y correspondían con brea, grasa y carne salada de tortuga y con otras cosas. Debe ser la falta que hay de abrigo en aquella isla o el deseo que tienen de lo que en otras partes se hace en extremo mucho, pues les forzaba la desnudez o curiosidad a cometer la más desvergonzada vileza que ja-

más vi. Traían las madres a las hijas y los mismos maridos a sus mujeres, y se las entregaban con la recomendación de hermosas a los ingleses por el vilísimo precio de una manta o equivalente cosa.

Hízoseles tolerable la estada de cuatro meses en aquel paraje con conveniencia tan fea, pero pareciéndoles no vivían mientras no hurtaban, estando sus navíos para navegar, se bastimentaron de cuanto pudieron para salir de allí. Consultaron primero la paga que se les daría a los pulicóndores por el hospedaje; y remitiéndola al mismo día en que saliesen al mar, acometieron aquella madrugada a los que dormían incautos, y pasando a cuchillo aun a las que dejaban encintas y poniendo fuego en lo más del pueblo. Tremolando sus banderas y con grande regocijo, vinieron a bordo. No me hallé presente a tan nefanda crueldad, pero con temores que en algún tiempo pasaría yo por lo mismo, desde la capitana, en que siempre estuve, oí el ruido de la escopetería y vi el incendio.

Si hubieran celebrado esta abominable victoria agotando frasqueras de aguardiente, como siempre usan, poco importara encomendarla al silencio; pero habiendo intervenido en ello lo que yo vi, ¿cómo pudiera dejar de expresarlo, si no es quedándome dolor y escrúpulo de no decirlo? Entre los despojos con que vinieron del pueblo, y fueron cuanto por sus mujeres y bastimentos les habían dado, estaba un brazo humano de los que perecieron en el incendio; de éste cortó cada uno una pequeña presa, y alabando el gusto de tan linda carne, entre repetidas saludes le dieron fin. Miraba yo con escándalo y congoja tan bestial acción, y llegándose a mí uno con un pedazo me instó con importunaciones molestas a que lo comiese. A la debida repulsa que yo le hice, me dijo que, siendo español y por el consiguiente cobarde, bien podía para igualarlos a ellos en el valor, no ser melindroso. No me instó más por responder a un brindis.

Avistaron la costa de la tierra firme de Cambodia al tercero día y, andando continuamente de un bordo a otro, apresaron un champán lleno de pimienta. Hicieron con los que lo llevaban lo que conmigo, y sacándole la plata y cosas de valor que en él se llevaban sin hacer caso alguno de la pimienta, quitándole timón y velas y abriéndole un rumbo, le dejaron ir al garete para que se perdiese. Echada la gente de este champán en la tierra firme y pasándose a la isla despoblada de Puliubi, en donde se hallan cocos y ñame con abundancia, con la seguridad de que no tenía yo ni los míos por dónde huir, nos sacaron de las embarcaciones para colchar un cable. Era la materia de que se hizo bejuco verde, y quedamos casi sin uso de las manos por muchos días por acabarlo en pocos.

Fueron las presas que en este paraje hicieron de mucha monta, aunque no pasaran de tres, y de ellas pertenecía la una al rey de Siam y las otras dos a los portugueses de Macao y Goa. Iba en la primera un embajador de aquel para el gobernador de Manila, y llevaba para éste un regalo de preseas de mucha estima, muchos frutos y géneros preciosos de aquella tierra. Era el interés de la segunda mucho mayor, porque se reducía a solo tejidos de seda de la China en extremo ricos y a cantidad de oro en piezas de filigrana que por vía de Goa se remitía a Europa. Era la tercera del virrey de Goa, e iba a cargo de un embajador que enviaba al rey de Siam por este motivo.

Consiguió un ginovés (no sé las circunstancias con que vino allí) no sólo la privanza con aquel rey sino el que lo hiciese su lugarteniente en el principal de sus puertos. Ensoberbecido éste con tanto cargo, les cortó las manos a dos caballeros portugueses que allí asistían por leves causas. Noticiado de ello el virrey de Goa, enviaba a pedirle satisfacción y aun a solicitar se le entregase el ginovés para castigarle. A empeño que parece no cabía en la esfera de lo asequible correspondió el regalo que para granjearle la voluntad al rey se le remitía. Vi y toqué con mis manos una como torre o castillo de vara en alto de puro oro, sembrada de diamantes y otras preciosas piedras, y aunque no de tanto valor, le igualaban en lo curioso muchas alhajas de plata, cantidad de canfora, ámbar y almizcle, sin el resto de lo que para comerciar y vender en aquel reino había en la embarcación.

Desembarazada ésta y las dos primeras de lo que llevaban, les dieron fuego, y dejando así a portugueses como a siameses y a ocho de los míos en aquella isla sin gente, tiraron la vuelta de las de Ciantán habitadas de malayos, cuya vestimenta no pasa de la cintura y cuyas armas son crises. Rescataron de ellos algunas cabras, cocos y aceite de éstos para la lantía y otros refrescos; y dándoles un albazo a los pobres bárbaros, después de matar algunos y de robarlos a todos, en demanda de la isla de Tambelán viraron afuera. Viven en ella macazares; y sentidos los ingleses de no haber hallado allí lo que en otras partes, poniendo fuego a la población en ocasión que dormían sus habitadores, navegaron a la grande isla de Borneo y, por haber barloventeado catorce días su costa occidental sin haber pillaje, se acercaron al puerto de Cicudana en la misma isla.

Hállanse en el territorio de este lugar muchas preciosas piedras, y en especial diamantes de rico fondo; y la codicia de rescatarlos y poseerlos, no muchos meses antes que allí llegásemos, estimuló a los ingleses que en la India viven pidiesen al rey de Borneo (valiéndose para eso del gobernador que en Cicudana tenía) les permitiese factoría

en aquel paraje. Pusiéronse los piratas a sondar en las piraguas la barra del río, no sólo para entrar en él con las embarcaciones mayores sino para hacerse capaces de aquellos puestos. Interrumpióles este ejercicio un champán de los de la tierra en que se venía de parte de quien la gobernaba a reconocerlos. Fue su respuesta ser de nación ingleses y que venían cargados de géneros nobles y exquisitos para contratar y rescatarles diamantes. Como ya antes habían experimentado en los de esta nación amigable trato y vieron ricas muestras de los que en los navíos que apresaron en Puliubi les pusieron luego a la vista, se les facilitó la licencia para comerciar. Hiciéronle al gobernador un regalo considerable y consiguieron el que por el río subiesen al pueblo (que dista un cuarto de legua de la marina) cuando gustasen.

En tres días que allí estuvimos reconocieron estar indefenso y abierto por todas partes; y proponiendo a los sicudanes no poder detenerse por mucho tiempo y que así se recogiesen los diamantes en casa del gobernador, donde se haría la feria, dejándonos aprisionados a bordo y con bastante guarda, subiendo al punto de medianoche por el río arriba muy bien armados, dieron de improviso en el pueblo, y fue la casa del gobernador la que primero avanzaron. Saquearon cuantos diamantes y otras piedras preciosas ya estaban juntas, y lo propio consiguieron en otras muchas a que pegaron fuego, como también a algunas embarcaciones que allí se hallaron. Oíase a bordo el clamor del pueblo y la escopetería, y fue la mortandad (como blasonaron después) muy considerable. Cometida muy a su salvo tan execrable traición, trayendo preso al gobernador y a otros principales, se vinieron a bordo con gran presteza, y con la misma se levaron, saliendo afuera.

No hubo pillaje que a este se comparase por lo poco que ocupaba y su excesivo precio. ¿Quién será el que sepa lo que importaba? Víle al capitán Bel tender a granel llena la copa de su sombrero de solos diamantes. Aportamos a la isla de Baturiñán dentro de seis días y, dejándola por inútil, se dio fondo en la de Pulitimán, donde hicieron aguada y tomaron leña; y poniendo en tierra (después de muy maltratados y muertos de hambre) al gobernador y principales de Cicudana, viraron para la costa de Bengala por ser más cursada de embarcaciones; y en pocos días apresaron dos bien grandes de moros negros, cargados de rasos, elefantes, garzas y sarampures; y habiéndolas desvalijado de lo más precioso les dieron fuego, quitándoles entonces la vida a muchos de aquellos moros a sangre fría y dándoles a los que quedaron las pequeñas lanchas que ellos mismos traían para que se fuesen.

Hasta este tiempo no habían encontrado con navío alguno que se les pudiera oponer, y en este paraje, o por casualidad de la contingencia

porque ya se tendría noticia de tan famosos ladrones en algunas partes, de donde creo había ya salido gente para castigarlos, se descubrieron cuatro navíos de guerra bien artillados, y todos de holandeses a lo que parecía. Estaban éstos a sotavento, y teniéndose de 100 los piratas cuanto les fue posible, ayudados de la obscuridad de la noche mudaron rumbo hasta dar en Pulilaor, y se rehicieron de bastimentos y de agua, pero no teniéndose ya por seguros en parte alguna y temerosos de perder las inestimables riquezas con que se hallaban, determinaron dejar aquel archipiélago.

Dudando de si desembocarían por el estrecho de Sunda o de Singapur, eligieron éste por más cercano, aunque más prolijo y dificultoso, desechando el otro, aunque más breve y limpio, por más distante o, lo más cierto, por más frecuentado de los muchos navíos que van y vienen de la Nueva Batavia, como arriba dije. Fiándose, pues, en un práctico de aquel estrecho que iba con ellos, ayudándoles la brisa y corrientes cuanto no es decible, con banderas holandesas y bien prevenidas las armas para cualquier caso, esperando una noche que fuese lóbrega, se entraron por él con desesperada resolución y lo corrieron casi hasta el fin sin encontrar sino una sola embarcación al segundo día. Era ésta una fragata de treinta y tres codos de quilla, cargada de arroz y de una fruta que llaman bonga, y al mismo tiempo de acometerla (por no perder la costumbre de robar aun cuando huían); dejándola sola los que la llevaban, y eran malayos, se echaron al mar y de allí salieron a tierra para salvar las vidas.

Alegres de haber hallado embarcación en qué poder aliviarse de la mucha carga con que se hallaban, pasaban a ella de cada uno de sus navíos siete personas con todas armas y diez piezas de artillería con sus pertrechos, y prosiguiendo con su viaje, como a las cinco de la tarde de este mismo día desembocaron. En esta ocasión se desaparecieron cinco de los míos, y presumo que, valiéndose de la cercanía a la tierra, lograron la libertad con echarse a nado. A los veinte y cinco días de navegación avistamos una isla (no sé su nombre) de que, por habitada de portugueses según decían o presumían, nos apartamos; y desde allí se tiró la vuelta de la Nueva Holanda, tierra aún no bastamente descubierta de los europeos y poseída, a lo que parece, de gentes bárbaras, y al fin de más de tres meses dimos con ella.

Desembarcados en la costa los que se enviaron a tierra con las piraguas, hallaron rastros antiguos de haber estado gente en aquel paraje; pero siendo allí los vientos contrarios y vehementes y el surgidero malo, solicitando lugar más cómodo, se consiguió en una isla de tierra llana, y no hallando sólo resguardo y abrigo a las embarcaciones sino

un arroyo de agua dulce, mucha tortuga y ninguna gente, se determinaron dar allí carena para volverse a sus casas. Ocupáronse ellos en hacer esto, y yo y los míos en remendarles las velas y en hacer carne. A costa de cuatro meses o poco más, estábamos ya para salir a viaje; y poniendo las proas a la isla de Madagascar, o de San Lorenzo, con Lestes a popa, llegamos a ella en veinte y ocho días. Rescatáronse de los negros que la habitaban muchas gallinas, cabras y vacas, y noticiados de que un navío inglés mercantil estaba para entrar en aquel puerto a contratar con los negros, determinaron esperarlo, y así lo hicieron.

No era esto como yo infería de sus acciones y pláticas, sino por el ver si lograban el apresarlo; pero reconociendo cuando llegó a surgir que venía muy bien artillado y con bastante gente, hubo de la una a la otra parte repetidas salvas y amistad recíproca. Diéronles los mercaderes a los piratas aguardiente y vino, y retornáronles éstos de lo que traían hurtado con abundancia. Ya que no por fuerza (que era imposible) no omitía el capitán Bel para hacerse dueño de aquel navío como pudiese; pero lo que tenía éste de ladrón y de codicioso, tenía el capitán de los mercaderes de vigilante y sagaz, y así, sin pasar jamás a bordo nuestro (aunque con grande instancia y con convites que le hicieron, y que él no admitía, le procuraban), procedió en las acciones con gran recato. No fue menor el que pusieron Bel y Donkin para que no supiesen los mercaderes el ejercicio en que andaban, y para conseguirlo con más seguridad nos mandaron a mí y a los míos, de quienes únicamente se recelaban, el que bajo pena de la vida no hablásemos con ellos palabra alguna y que dijésemos éramos marineros voluntarios suyos y que nos pagaban. Contravinieron a este mandato dos de mis compañeros, hablándole a un portugés que venía con ellos; y mostrándose piadosos en no quitarles la vida luego al instante, los condenaron a recibir seis azotes de cada uno. Por ser ellos ciento cincuenta, llegaron los azotes a novecientos, y fue tal el rebenque y tan violento el impulso con que los daban que amanecieron muertos los pobres al siguiente día.

Trataron de dejarme a mí y a los pocos compañeros que habían quedado en aquella isla, pero considerando la barbaridad de los negros moros que allí vivían, hincado de rodillas y besándoles los pies con gran rendimiento, después de reconvenirles con lo mucho que les había servido y ofreciéndome a asistirles en su viaje como si fuese esclavo, conseguí el que me llevasen consigo. Propusiéronme entonces, como ya otras veces me lo habían dicho, el que jurase de acompañarlos siempre y me darían armas. Agradecíles la merced, y haciendo refleja a las obligaciones con que nací, les respondí con afectada humildad el que más me acomodaba a servirlos a ellos que a pelear con otros por ser

grande el temor que les tenía a las balas, tratándome de español cobarde y gallina y por eso indigno de estar en su compañía, que me honraba y valiera mucho, no me instaron más.

Despedidos de los mercaderes y bien provisionados de bastimentos, salieron en demanda del Cabo de Buena Esperanza en la costa de Africa, y después de dos meses de navegación, estando primero cinco días barloventeándolo, lo montaron. Desde allí, por espacio de un mes y medio, se costeó un muy extendido pedazo de tierra firme hasta llegar a una isla que nombran "de piedras", de donde, después de tomar agua y proveerse de leña, con las proas al Oeste y con brisas largas dimos en la costa del Brasil en veinte y cinco días. En el tiempo de dos semanas en que fuimos al luengo de la costa y sus vueltas disminuyendo altura, en dos ocasiones echaron seis hombres a tierra en una canoa; y habiendo hablado con no sé qué portugueses y comprándoles algún refresco, se pasó adelante hasta llegar finalmente a un río dilatadísimo, sobre cuya boca surgieron en cinco brazas, y presumo fue el de las Amazonas, si no me engaño.

SED, HAMBRE, ENFERMEDADES, MUERTES CON QUE FUERON ATRIBULADOS EN ESTA COSTA; HALLAN INOPINADAMENTE GENTE CATOLICA Y SABEN ESTAR EN TIERRA FIRME DE YUCATAN EN LA SEPTENTRIONAL AMERICA

Tendría de ámbito la peña que terminaba esta punta como doscientos pasos y por todas partes la cercaba el mar y, aun tal vez por la violencia con que la hería, se derramaba por toda ella con grande ímpetu. No tenía árbol ni cosa alguna a cuyo abrigo pudiésemos repararnos contra el viento que soplaba vehementísimo destemplado; pero haciéndole a Dios nuestro Señor repetidas súplicas y promesas, y persuadidos a que estábamos en parte donde jamás saldríamos, se pasó la noche. Perseveró el viento y, por el consiguiente, no se sosegó el mar hasta de allí a tres días; pero, no obstante, después de haber amanecido, reconociendo su cercanía nos cambiamos a tierra firme, que distaría de nosotros como cien pasos y no pasaba de la cintura el agua donde más hondo. Estando todos muertos de sed y no habiendo agua dulce en cuanto se pudo reconocer en algún espacio, posponiendo mi riesgo al alivio y conveniencia de aquellos míseros, determiné ir a bordo, y encomendándome con todo afecto a María Santísima de Guadalupe, me arrojé al mar y llegué al navío, de donde saqué un hacha para cortar y

cuanto me pareció necesario para hacer fuego. Hice segundo viaje y a empellones o, por mejor decir, milagrosamente puse un barrilete de agua en la misma playa, y no atreviéndome aquel día a tercer viaje, después que apagamos todos nuestra ardiente sed, hice que comenzasen los más fuertes a destrozar palmas de las muchas que allí había para comer los cogollos, y encendiendo candela, se pasó la noche.

Halláronse el día siguiente unos charcos de agua (aunque algo salobre) entre aquellas palmas, y mientras se congratulaban los compañeros por este hallazgo, acompañándome Juan de Casas, pasé al navío, de donde en el cayuco que allí traíamos (siempre con el riesgo por el mucho mar y la vehemencia del viento) sacamos a tierra el velacho, las dos velas del trinquete y gavia y pedazos de otras. Sacamos también escopetas, pólvora y municiones y cuanto nos pareció por entonces más necesario para cualquier accidente.

Dispuesta una barraca en que cómodamente cabíamos todos, no sabiendo qué parte de la costa se había de caminar para buscar gente, elegí sin motivo especial la que corre al Sur. Yendo conmigo Juan de Casas, y después de haber caminado aquel día como cuatro leguas, matamos dos puercos monteses, y escrupulizando el que se perdiese aquella carne en tanta necesidad, cargamos con ellos para los lograsen los compañeros. Repetimos lo andado a la mañana siguiente hasta llegar a un río de agua salada, cuya ancha y profunda boca nos atajó los pasos, y aunque por haber descubierto unos ranchos antiquísimos hechos de paja, estábamos persuadidos a que dentro de breve se hallaría gente; con la imposibilidad de pasar adelante, después de cuatro días de trabajo nos volvimos tristes.

Hallé a los compañeros con mucho mayores aflicciones que las que yo traía, porque los charcos de donde se proveían de agua se iban secando, y todos estaban tan hinchados que parecían hidrópicos. Al segundo día de mi llegada se acabó el agua, y aunque por el término de cinco se hicieron cuantas diligencias nos dictó la necesidad para conseguirla, excedía a la de la mar en amargura la que se hallaba. A la noche del quinto día, postrados todos en tierra y más con los afectos que con las voces, por sernos imposible el articularlas, le pedimos a la Santísima Virgen de Guadalupe el que, pues era fuente de aguas vivas para sus devotos, compadeciéndose de los que ya casi agonizábamos en la muerte, nos socorriese como a hijos, protestando no apartar jamás de nuestra memoria, para agradecérselo, beneficio tanto. Bien sabéis, Madre y Señora mía amantísima, el que así pasó. Antes que se acabase la súplica, viniendo por el Sueste la turbonada, cayó un aguacero tan copioso sobre

nosotros que, refrigerando los cuerpos y dejándonos en el cayuco y en cuantas vasijas allí teníamos provisión bastante, nos dió las vidas.

Era aquel sitio no sólo estéril y falto de agua sino muy enfermo, y aunque así lo reconocían los compañeros, temiendo morir en el camino, no había modo de convencerlos para que lo dejásemos; pero quiso Dios que lo que no recabaron mis súplicas lo consiguieron los mosquitos (que también allí había) con su molestia, y ellos eran, sin duda alguna, los que en parte les habían causado las hinchazones que he dicho con sus picadas. Treinta días se pasaron en aquel puesto comiendo chachalacas, palmitos y algún marisco; y antes de salir de él por no omitir diligencia pasé al navío que hasta entonces no se había escatimado, y cargando con bala toda la artillería, la disparé dos veces.

Fue mi intento el que si acaso había gente la tierra adentro, podía ser que les moviese el estruendo a saber la causa y que, acudiendo allí se acabasen nuestros trabajos con su venida. Con esta esperanza me mantuve hasta el siguiente día, en cuya noche (no sé cómo), tomando fuego un cartucho de a diez que tenía en la mano no sólo me la abrasó sino que me maltrató un muslo, parte del pecho, toda la cara y me voló el cabello. Curado como mejor se pudo con ungüento blanco que en la caja de medicina que dejó el condestable se había hallado, y a la subsecuente mañana, dándoles a los compañeros al aliento de que yo más que ellos necesitaba, salí de allí.

Quedóse (ojalá la pudiéramos haber traído con nosotros, aunque fuera a cuestas, por lo que en adelante diré), quedóse, digo, la fragata que en pago de lo mucho que yo y los míos servimos a los ingleses nos dieron graciosamente. Era (y no sé si todavía lo es) de treinta y tres codos de quilla y con tres aforros, los palos y vergas de excelentísimo pino, la fábrica toda de lindo galibo, y tanto que corría ochenta leguas por singladura con viento fresco; quedáronse en ella y en las playas nueve piezas de artillería de hierro con más de dos mil balas de a cuatro, de a seis y de a diez, y todas de plomo; cien quintales, por lo menos, de este metal, cincuenta barras de estaño, sesenta arrobas de hierro, ochenta barras de cobre del Japón, muchas tinajas de la China, siete colmillos de elefante, tres barriles de pólvora, cuarenta cañones de escopeta, diez llaves, una caja de medicinas y muchas herramientas del cirujano.

Bien provisionados de pólvora y municiones, y no otra cosa, y cada uno de nosotros con escopeta, comenzamos a caminar por la misma marina la vuelta del Norte, pero con mucho espacio por la debilidad y flaqueza de los compañeros; y en llegar a un arroyo de agua dulce,

pero bermeja, que distaría del primero sitio menos de cuatro leguas, se pasaron dos días. La consideración de que a este paso sólo podíamos acercanos a la muerte, y con mucha prisa, me obligó a que, valiéndome de las más suaves palabras que me dictó el cariño, les propusiese el que, pues ya no les podía faltar el agua y como veíamos acudía allí mucha volatería que les aseguraba el sustento, tuviesen a bien el que, acompañado de Juan de Casas, me adelantase hasta hallar poblado de donde protestaba volvería cargado de refresco para sacarlos de allí.

Respondieron a esta proposición con tan lastimeras voces y copiosas lágrimas que me las sacaron de lo más tierno del corazón en mayor raudal. Abrazándose de mí, me pedían con mil amores y ternuras que no les desamparase y que, pareciendo imposible en lo natural poder vivir el más robusto ni aun cuatro días, siendo la demora tan corta, quisiese, como padre que era de todos, darles mi bendición en sus postreras boqueadas y que después prosiguiese muy enhorabuena a buscar lo que a ellos les negaba su infelicidad y desventura en tan extraños climas. Convenciéronme sus lágrimas a que así lo hiciese, pero pasados seis días sin que mejorasen, reconociendo el que yo me iba hinchando y que mi falta les aceleraría la muerte, temiendo ante todas cosas la mía, conseguí el que, aunque fuese muy poco a poco, se prosiguiese el viaje.

Iba yo y Juan de Casas descubriendo lo que habían de caminar los que me seguían y era el último, como más enfermo, Francisco de la Cruz, sangley, a quien desde el trato de cuerda que le dieron los ingleses antes de llegar a Caponiz le sobrevinieron mil males, siendo el que ahora le quitó la vida dos hinchazones en los pechos y otra en el medio de las espaldas que le llegaba al cerebro. Habiendo caminado como una legua, hicimos un alto, y siendo la llegada de cada uno según sus fuerzas, a más de las nueve de la noche no estaban juntos, porque este Francisco de la Cruz aún no había llegado. En espera suya se pasó la noche, y dándole orden a Juan de Casas que prosiguiera el camino antes que amaneciese, volví en su busca; hallélo a cosa de media legua ya casi boqueando, pero en su sentido. Deshecho en lágrimas y con mal articuladas razones, porque me las embargaba el sentimiento, le dije lo que para que muriese conformándose con la voluntad de Dios y en gracia suya me pareció a propósito, y poco antes del mediodía rindió el espíritu. Pasadas como dos horas, hice un profundo hoyo en la misma arena, y pidiéndole a la Divina Magestad el descanso de su alma, lo sepulté, y levantando una cruz (hecha de dos toscos maderos) en aquel lugar, me volví a los míos.

Hallélos alojados delante de donde habían salido como otra legua

y a Antonio Gónzalez, el otro sangley, casi moribundo; y no habiendo regalo qué poder hacerle ni medicina alguna con qué esforzarlo, estando consolado, o de triste o de cansado, me quedé dormido, y despertándome el cuidado a muy breve rato, lo hallé difunto. Dímosle sepultura entre todos el siguiente día, y tomando por asunto una y otra muerte, los exhorté a que caminásemos cuanto más pudiésemos, persuadidos a que así sólo se salvarían las vidas. Anduviéronse aquel día como tres leguas, y en los tres siguientes se granjearon quince, y fue la causa que con el ejercicio del caminar, al paso que se sudaba, se resolvían las hinchazones y se nos aumentaban las fuerzas. Hallóse aquí un río de agua salada muy poco ancho y en extremo hondo, y aunque retardó por todo un día un manglar muy espeso el llegar a él, reconocido después de sondarlo faltarle vado, con palmas que se cortaron se le hizo puente y se fue adelante, sin que el hallarme en esta ocasión con calentura fuese estorbo.

Al segundo día que allí salimos, yendo yo y Juan de Casas precediendo a todos, atravesó por el camino que llevábamos un disforme oso y, no obstante el haberlo herido con la escopeta, se vino para mí; y aunque me defendía yo con el mocho como mejor podía, siendo pocas mis fuerzas y las suyas muchas, a no acudir ayudarme mi compañero, me hubiera muerto. Dejámoslo allí tendido, y se pasó de largo. Después de cinco días de este suceso, llegamos a una punta de piedra, de donde me parecía imposible pasar con vida por lo mucho que me había postrado la calentura, y ya entonces estaban notablemente recobrados todos o, mejor decir, con salud perfecta. Hecha mansión y mientras entraban en el monte adentro a buscar comida, me recogí a un rancho que, con una manta que llevábamos, al abrigo de una peña me habían hecho, y quedó en guardia mi esclavo Pedro. Entre las muchas imaginaciones que me ofreció el desconsuelo en esta ocasión fue la más molesta el que sin duda estaba en las costas de la Florida en la América y que, siendo cruelísimos en extremo sus habitadores, por último habíamos de rendir las vidas en sus sangrientas manos.

Interrumpióme estos discursos mi muchacho con grandes gritos, diciéndome que descubría gente por la costa y que venía desnuda. Levantéme asustado, y tomando en la mano la escopeta, me salí fuera y, encubierto de la peña a cuyo abrigo estaba, reconocí dos hombres desnudos con cargas pequeñas a las espaldas; y haciendo ademanes con la cabeza como quien busca algo, no me pasó de que viniesen sin armas y, por estar ya a tiro mío, les salí al encuentro. Turbados ellos mucho más sin comparación que lo que yo lo estaba, lo mismo fue verme que arrodillarse y, puestas las manos, comenzaron a dar voces en castellano

y a pedir cuartel. Arrojé yo la escopeta y, llegándome a ellos, los abracé; y respondiéronme a las preguntas que inmediatamente hice. Dijéronme que eran católicos y que, acompañando a su amo que venía atrás y se llamaba Juan González y era vecino del pueblo de Tihosuco, andaban por aquellas playas buscando ámbar, dijeron también que era aquella costa la que llamaban de Bacalar en la provincia de Yucatán.

Siguióse a estas noticias tan en extremo alegres, y más en ocasión en que la vehemencia de mi tristeza me ideaba muerto entre gentes bárbaras, el darle a Dios y a su santísima Madre repetidas gracias; y disparando tres veces, que era contraseña para que acudiesen los compañeros, con su venida, que fue inmediata y acelerada, fue común entre todos el regocijo. No satisfechos de nosotros los yucateros, dudando si seríamos de los piratas ingleses y franceses que por allí discurren, sacaron de lo que llevaban en sus mochilas para que comiésemos; y dándoles (no tanto por retorno cuanto porque depusiesen el miedo que en ellos veíamos) dos de nuestras escopetas, no las quisieron. A breve rato nos avistó su amo, porque venía siguiendo a sus indios con pasos lentos; y reconociendo el que quería volver aceleradamente atrás para meterse en lo más espeso del monte donde no sería fácil el que lo hallásemos, quedando en rehenes uno de sus dos indios, fue el otro a persuasiones y súplicas y nuestras a asegurarlo.

Después de una larga plática que entre sí tuvieron, vino, aunque con sobresalto y recelo según por el rostro se le advertía y en sus palabras se denotaba, a nuestra presencia; y hablándole yo con grande benevolencia y cariño y haciéndole una relación pequeña de mis trabajos grandes, entregándole todas nuestras armas para que depusiese el miedo con que lo veíamos, conseguí el que se quedase con nosotros aquella noche para salir a la mañana siguiente donde quisiese llevarnos. Díjonos, entre varias cosas que se parlaron, le agradeciésemos a Dios por merced muy suya que no me hubiesen visto sus indios primero y a largo trecho, porque si teniéndonos por piratas se retiraran al monte para guarecerse en su espesura, jamás saldríamos de aquel paraje inculto y solitario, porque nos faltaba embarcación para conseguirlo.

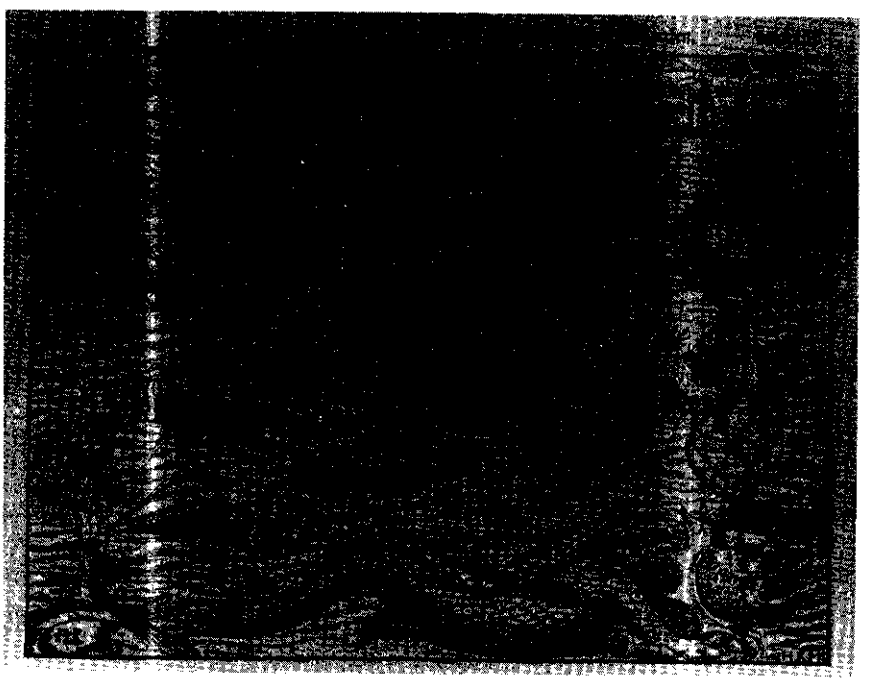
[c. 1678]

BESTIARIO DE INDIAS

AMERICO VESPUCIO

LA IGUANA

NOS LLAMÓ la atención un animal que estaban asando, muy semejante a una serpiente, sólo que no tenía alas, y al parecer tan rústico y silvestre que causaba espanto. Caminando adelante a lo largo de aquellas mismas barracas hallamos muchísimas de estas serpientes vivas, atados los pies y con una especie de bozales a la boca para que no pudiesen abrirla, como se suele hacer con los perros y otros animales para que no muerdan; pero es tan feroz el aspecto de semejantes serpientes, que teniéndolas por venenosas no nos atrevíamos a tocarlas; son tan grandes como un cabrito montés y de braza y media longitud. Tienen los pies largos, muy fornidos y armados de fuertes uñas; la piel de diversísimos colores; el hocico y el aspecto de verdadera serpiente; desde las narices hasta la extremidad de la cola les corre por toda la espalda una especie de cerda o pelo grueso, en términos que verdaderamente parecen serpientes aquellos animales; y, sin embargo eso, los comen aquellas gentes.



Seres marinos. En Sebastian Münster, *Kosmographie*, Basilea, 1550.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO

LOS PECES VOLADORES

QUÉDAME de decir de una volatería de pescados, que es cosa decir, y es así: cuando los navíos van en aquel grande mar Océano siguiendo su camino, levántanse de una parte y otra muchas manadas de unos pescados, como sardinas el mayor, y de aquesta grandeza para abajo, disminuyendo hasta ser muy pequeños algunos de ellos, que se llaman peces voladores, y levántanse a manadas en bandas o lechigadas, y en tanta muchedumbre, que es cosa de admiración, y a veces se levantan pocos; y como acaece, de un vuelo van a caer cien pasos, y a veces algo más y menos, y algunas veces caen dentro de los navíos. Yo me acuerdo de una noche, estando la gente toda del navío cantando la salve, hincados de rodillas en la más alta cubierta de la nao, en la popa, atravesó cierta banda de estos pescados voladores, y íbamos con mucho tiempo corriendo, y quedaron muchos de ellos por la nao, y dos o tres cayeron a par de mí, que yo tuve en las manos vivos, y los pude muy bien ver, y eran luengos del tamaño de sardinas, y de aquella groseza, y de las quijadas les salían sendas cosas, como aquellas con que nadan los pescados acá en los ríos, tan luengas como era todo el pescado, y éstas son sus alas; y en tanto que éstas tardan de se enjugar con aire cuando saltan del agua a hacer aquel vuelo, tanto se puede sostener en el aire; pero aquellas enjutas, que es lo más en el espacio o trecho que es dicho, caen en el agua, y tórnanse a levantar y hacer lo mismo, o se quedan y lo dejan.

Vi un contraste de estos peces voladores y de las doradas y de las gaviotas, que en verdad me parece que era la cosa de mayor placer que en mar se podía ver de semejantes cosas. Las doradas iban sobre aguadas, y a veces mostrando los lomos, y levantaban estos pescadillos voladores, a los cuales seguían por los comer, lo cual huían con el vuelo suyo, y las doradas proseguían corriendo tras ellos a do caían; por otra parte, las gaviotas o gavinas en el aire tomaban mucho de los peces voladores; de manera que ni arriba ni abajo no tenían seguridad.

EL PEJE REVERSO

Hay unos pescados tan grandes como un palmo, o algo más, que se llama peje reverso, feo al parecer, pero de grandísimo ánimo y entendimiento; el cual acaece que algunas veces, entre otros pescados, los toman en redes (de los cuales yo he comido muchos). Los indios, cuando quieren guardar y criar algunos de estos, tiénenlo en agua de la mar y allí dánle de comer, y cuando quieren pescar con él, llévanle a la mar en su canoa o barca, y tiénenlo allí en agua y átanle una cuerda delgada, pero recia, y cuando ven algún pescado grande, así como tortuga o sábalo, que los hay grandes en aquellos mares, o otro cualquier que sea, que acaesce andar sobre aguados o de manera que se pueden ver, el indio toma en la mano este pescado reverso y halágalo con la otra, diciéndole en su lengua que sea animoso y de buen corazón y diligente, y otras palabras exhortatorias a esfuerzo, y que mire que sea osado y afierre con el pescado mayor y mejor que allí viere; y cuando le parece, le suelta y lanza hacia donde los pescados andan, y el dicho reverso va como una saeta, y afierra por un costado con una tortuga, o en el vientre, o donde puede, y pégase con ella o con otro pescado grande, o con el que quiere. El cual, como siente estar asido de aquel pequeño pescado, huye por la mar a una parte y a otra, y en tanto el indio no hace sino dar y alargar la cuerda de todo punto, la cual es de muchas brazas, y en el fin de ella va atado un corcho o un palo, o cosa ligera, por señal y que esté sobre el agua, y en poco proceso de tiempo, el pescado o tortuga grande con quien el dicho reverso se aferró, cansado, viene hacia la costa de tierra, y el indio comienza a coger su cordel en su canoa o barca, y cuando tiene pocas brazas por coger, comienza a tirar con tiento poco a poco, y tirar guiando el reverso y el pescado con quien está asido, hasta que se lleguen a la tierra, y como está medio estado o uno, las ondas mismas de la mar lo echan por fuera, y el indio asimismo le afierra y saca hasta lo poner en seco; y cuando ya está fuera del agua el pescado preso, con mucho tiento, poco a poco, y dando por muchas palabras las gracias al reverso de lo que ha hecho y trabajado, lo despega del otro grande que así tomó y viene tan apretado y fijo con él, que si con fuerza lo despegase, lo rompería o despedazaría el dicho reverso; y es una tortuga de estas tan grande de las que así se toman, que dos indios y aun seis tienen harto que hacer en la llevar a cuestas hasta el pueblo, o otro pescado que tamaño o mayor sea, de los cuales el dicho reverso es verdugo o hurón para los tomar por la forma que es dicha. Este pescado reverso tiene unas escamas hechas a manera de gradas, o como es el paladar o mandíbula alta por de dentro de la bo-

ca del hombre o de un caballo, y por allí unas espinicas delgadísimas y ásperas y recias, con que se afierra con los pescados que él quiere, y estas escamas de espinicas tiene en la mayor parte del cuerpo por de fuera.

EL TUCAN O PICUDO

Una ave hay en Tierra-Firme, que los cristianos llaman picudo, y tiene un pico muy grande, según la pequeñez del cuerpo, el cual pico pesa mucho más que todo el cuerpo. Este pájaro no es mayor que una codorniz o poco más, pero el bulto es muy mayor, porque tiene mucha más pluma que carne. Su plumaje es muy lindo y de muchos colores, y el pico es tan grande como un geme o más, revuelto para abajo, y al principio, a par de la cabeza, tan ancho como tres dedos o casi; y la lengua que tiene es una pluma, y da grandes silbos, y hace agujeros con el pico en los árboles, por donde se mete, y cría allí dentro; y cierto es ave muy extraña y para ver, porque es diferente de todas cuantas aves yo he visto, así por la lengua, que, como es dicho, es una pluma, como por su vista y desproporción del gran pico, a respeto del cuerpo. Ninguna ave hay que cuando cría esté más segura y sin temor de los gatos, así porque ellos no pueden entrar a tomarles los huevos o los hijos, por la manera del nido, como porque en sintiendo que hay gatos se meten en su nido y tienen el pico hacia afuera, y dan tales picadas, que el gato ha por bien de no curar de ellos.

DE TRES ANIMALES NOTABLES QUE SE HAN VISTO EN LA TIERRA-FIRME, LOS DOS DE ELLOS EN LA PROVINCIA DE PARIA, Y EL TERCERO EN LA MISMA TIERRA Y OTRAS PARTES

Estando en esta ciudad de Santo Domingo de la Isla Española el gobernador Jerónimo Dortal, cuando se vino a quejar de Antonio Sedeño, me certificó en presencia de algunos hombres principales que se tomó en el río de Huyapari un pescado como morena, pintado, tan grueso como la muñeca del brazo de un hombre, y tan largo como cuatro palmos: el cual se tomó en una red, y en tanto que estuvo vivo, tocándole con una lanza o espada o un palo, cuanto quiera que apartado estuviese el hombre que le tocaba, enseguida daba tanto dolor en el bra-

zo, y lo adormecía en tanta manera y con tanto dolor, que convenía pronto soltarle.

Esto probaron todos cuantos españoles allí se hallaron, porque aunque el que hacía la experiencia se quejaba de la prueba y lo decía, los que lo miraban lo dudaban hasta que lo experimentaron una y más veces; y tantos se quisieron certificar de esto, que como unos más que otros alargaban la lanza o espada sobre el pescado, lo mataron: y después que fue muerto, no hacía aquello ni daba algún dolor o empacho. Esto fue en la provincia de acribano Guaramental.

Con este gobernador Jerónimo Dortal testificaban de vista lo mismo Alvaro de Ordaz y otros cinco o seis que presentes estaban, cuando me lo dijeron. Pero si los que vieron este pescado hubieran leído a Plinio, tuvieran noticias de este animal o pescado, y no me lo hubieran contado con tanta maravilla o por cosa nunca vista ni oída, como ellos pensaban; porque este autor dice en su *Natural historia,* hablando de los animales de agua, que la torpedine, tocada aunque sea de largo o lejos de ella con una asta o verga, hace atormentar cualquier fuerte o valido brazo, y a todo veloz pie para correr. La cual animalía creo yo que debe ser la misma que Jerónimo Dortal y Alvaro Ordaz y otros me dijeron haber experimentado en la forma que he dicho, quiero decir, otra tal torpedine, como la que Plinio escribe. El otro animal es común en muchas partes de la Tierra-Firme, y también he sabido que los hay en la provincia y costa de Paria; pero donde yo le he visto es en la provincia de Nicaragua, en la costa del mar del Sur. Y es una zorrilla que a mi parecer se conforma con el pescado que he dicho en alguna manera, puesto que la diferencia es la que hay de dolor a hedor, que se pega de la misma manera, tocando la zorrilla o el animal que ahora diré. Este animal es de color bermejo y de mal pelo y de cuatro pies, tamaño como una raposa, muy pequeño, y garduña, el hocico largo y las orejas agudas y la cola larga y rasa; y si este animal pasa a barlovento que el viento pase primero por él, aunque esté el hombre a un tiro o dos de ballesta o mas desviado a sotavento de él, hiede mucho a monte, de un tal olor aborrecible que da mucha pena y parece que se entra a la persona en las entrañas por una octava parte del tiempo de una hora y más y menos, según que este animal pasa arredrado. Y acaece que en el campo los cazadores y otras personas topan acaso con este animal, el cual puesto en huída, le alcanzan los perros; pero pocas veces le matan, porque en dándole un alcance o tocándole, dá de sí aquel hedor tan grande, y de tal manera, que el perro en el instante se aparta de él y queda como atónito, aborrecido y espantado y mal contento mirándole. Y revuélcase muchas veces, por desechar aquel pesti-

lente hedor que se le ha pegado, y váse al agua a lavar, si la hay por allí y hace extremos tendiéndose y echándose muy a menudo todo el día y la noche y aún dos o tres días. Y por consiguiente muchas veces se ha visto darle el caballero con la lanza, y subir enseguida el mismo hedor por el asta y comprender la mano y el brazo y la persona y la ropa, y soltar luego la lanza y escupir y estornudar muchas veces y no quitarse de las narices aquel hedor con extremado asco y tal descontento, que aquel día ni otros dos y tres no lo pueden olvidar ni desechar, ni sabe bien cosa alguna que comen, aunque se laven y sahumen a menudo; y la lanza queda tal y tan inficionada hediendo, que es menester lavarla y fregarla mucho con arena y sahumarla a ella y al caballo y la silla y al hombre que en esto se ha acertado y el caballo aborrece el comer hasta que ha perdido aquel asco y mal hastío. Todo esto he visto yo de este animal, y es muy notorio en muchas partes de la Tierra-Firme: al cual llaman en la costa de Cumaná y Araya y por allí *Mapurite,* y en otras partes dan otro nombre. Pasemos ahora al tercer animal.

En esta gobernación de Paria, de quien principalmente trata este libro XXIV, se tomó un animal pequeño y de buen parecer, apacible y manso cuando yo lo vi, tamaño como un gato de estos caseros de Castilla, corto de piernas y brazos; pero bonito, la cabeza pequeña y el hocico agudo y negro, las orejas avivadas y alertas, los ojos negros, la cola larga y más gruesa que la de los gatos y más poblada, pero redonda igual hasta el cabo de ella; las manecitas y los pies con cada cinco dedos corticos, y las uñas negras y como de ave, pero no fieras ni de presa, pero hábiles sí para escarbar. Es cosa de ver y de contemplar este animal, especialmente que la corriente del pelo la tiene al revés de todos los animales de pelo que yo he visto; porque pasando la mano por encima desde la cabeza hasta el fin de la cola es a contrapelo y se le levanta, y llevando la mano sobre él desde la punta de la cola hasta el hocico, se le allana el pelo. Tiene forma de un lobito pequeño, pero es más lindo animal, y quiérele parecer algo: el color de él es como aquellas manchas que a las mujeres descuidadas les hace el fuego en los zamarros, cuando se los chamusca y queda aquello quemado como entre bermejo y amarillo, o color de un león, sino que el pelo de este animal es muy delgado en mucho y blando, como lana cardada; pero en el lomo este color se va declinando a lo pardillo, y lo demás de él es del color que dije primero. Todo el día duerme, sin despertar, si no le recuerdan para darle de comer, y la noche toda vela, y no cesa de andar y buscar de comer, y anda silbando. Llámanle los indios de Paria y en aquella costa bivana. Cuando el licenciado Castañeda fue a atender las diferencias de estos dos gobernadores, halló uno de estos animales en

la isla de Cubagua, que lo habían traído de la Tierra-Firme, y lo envió a esta ciudad de Santo Domingo al señor presidente de esta Audiencia Real, en cuyo poder yo le vi, y sin duda es cosa notable por las particularidades que de él tengo dichas. Y yo le tuve en las manos, y como es animal nocturno, en soltándole en tierra, trabaja por esconderse entre las faldas de la ropa o dondequiera que él puede por huir de la luz.

DE LOS HOMBRES MARINOS QUE HAY EN LA MAR

Tengo memoria que he oído decir a algunos hombres de nuestros marinos, cursados en la navegación, que han visto algunos de estos hombres, o pescados que parecen hombres, y en especial he visto dos hombres de crédito, uno llamado el piloto Diego Martín, natural de Palos de Moguer, y otro llamado Juan Farfan de Gaona, natural de Sevilla. El uno me lo contó en Panamá, año mil quinientos veintisiete, y otro en Nicaragua, año de mil quinientos veintinueve, y ambos decían que en la isla de Cubagua salió uno de estos hombres marinos a dormir fuera del agua en la playa, y que viniendo ciertos españoles por la costa traían dos o tres perros que iban adelante, y como el hombre marino los sintió, se levantó y se fue corriendo en dos pies al agua y se lanzó al mar y se escondió y fueron los perros tras él hasta el agua, lo cual vieron estos cristianos que he dicho, de quien lo escuché. Lo he creído después que escuché al segundo; porqué como he dicho, conformaban testigos en lo que deponían, y me lo contaron de la misma forma, estando trescientas leguas desviado el uno del otro, y en diferentes tiempos.

Al mismo Juan Farfan de Gaona y a un tal Juan Gallego oí afirmar, además de lo que está dicho, que en la punta de Tierra-Firme, que está en el ancón que entra a Cumaná, de donde se lleva el agua a la isla de las Perlas, dicha Cubagua, acaeció que un hombre de estos marinos estaba en el arenal de la costa durmiendo en tierra, y ciertos españoles e indios mansos subían la costa arriba, siguiendo una barca, y dieron sobre él, y con los remos a palos lo mataron.

Era del tamaño de un hombre de mediana estatura de la cintura abajo, de forma que era de la mitad del altor de un hombre poco más o menos, decíanme estos que lo vieron y que su color era como entre pardo y bermejo, la tez no escamosa ni de carne, sino lisa y con un vello de pelos largos y ralos, y en la cabeza poco pelo y negro; las narices remachadas y anchas, como hombre guineo o negro, la boca algo grande y las orejas pequeñas y todo cuando en él había, miembro

por miembro considerado, era ni más ni menos que un hombre humano, excepto que los dedos de los pies y de las manos estaban juntos, pero distintos, de manera que, aunque estaban pegados, se determinaban, muy bien sus coyunturas y las uñas muy reconocibles. Cuando le golpeaban, se quejaba de aquella manera que se siente gemir o gruñir las puercas soñando, o cuando las maman los lechones y algunas veces era aquel sonido como el que hacen los monos grandes o gatos simios, cuando tocan contra el que quieren morder, con aquel su murmurar o ruido.

Y a este propósito diré lo que oí a Alonso de Santa Cruz, del cual se ha hecho mención, como de hombre principal en esta armada de Gaboto, y lo mismo entendí a otros hombres de los que se hallaron en los trabajos que se han dicho de este tema y separados interrogándolos yo en el caso, supe de ellos en conformidad, que en el río de las Piedras, el cual está a siete grados de la otra parte de la línea equinoccial, hay en él unos juncales a manera de espadañas o lilios, cerca de tierra, entre aquellas piedras, y allí vieron ciertos pescados u hombres marinos, que se mostraban fuera del agua desde la cintura arriba, que parecía que tenían forma humana de hombres como nosotros en todo, y así la cara e ojos, narices y boca, y hombros y brazos, y todo aquello que fuera del agua mostraban. Y de estos vieron diez o doce de ellos todos aquellos españoles, que se hallaban en aquel río con el dicho Alonso de Santa Cruz (al cual se dá entero crédito, porque es hombre de honra, y tal persona como he dicho en otra parte); y todos los tuvieron por hombres marinos.

Entre este río de las Piedras y el puerto de Fernanbuco, está otro río que se llama de los *Monstruos* y llámanlo así, porque allí hay unos caballos marinos y hombres marinos como los que se ha dicho.

[c. 1514]

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

FABULA DE HOMBRES CON RABO

OTRA región hay que se llama Yuciguanim. A ésta, dicen los indígenas por relación de sus antepasados, que arribó en otro tiempo, por el mar, una gente con cola, larga de un palmo y recia como el brazo, que no era movible como la de los cuadrúpedos, sino tiesa en redondo, como la vemos en los peces y en los cocodrilos, y que se extiende en duros huesos; por el cual, cuando querían sentarse, empleaban asientos con agujeros, o a falta de ellos, excavando el suelo hasta hacer un hoyo de un palmo o poco más, tenían que meter allí la cola para descansar; charlan que la gente aquella tenía los dedos tan anchos como largos, y el pellejo áspero casi como escamas; que solamente solían comer pescado crudo, y que, faltándoles, se murieron todos sin quedar uno, ni dejar prole ninguna.

MONSTRUOS MARINOS

Alguna vez hemos dicho que Maya es una región vecina de Chiribichí, notable por sus salinas. Recorrían sus costas los españoles extendiendo la vista por el mar, mientras los demás jugaban o se estaban sin hacer nada: echaron de ver algo desconocido que nadaba en la superficie: fijando la vista y pensando qué sería, declararon haber visto una cabeza humana con pelo, barba poblada y brazos. Mientras lo miraban en silencio, el monstruo admirado iba nadando a vista de la nave. Dando grandes gritos despertaron a sus compañeros, y al oír las voces el monstruo, se espantó y se zambulló. Dejó ver que la parte del cuerpo cubierta bajo el agua terminaba en pez, habiéndosele visto la cola, con cuya sacudida enturbió el agua del sitio aquel estando el mar tranquilo. Nos parece que serán los Tritones que la antigua fábula llama los hijos (rubicines?) de Neptuno.

Muchos han referido que se vió otro monstruo de esa clase junto a la isla de Cubagua, famosa por la pesca de perlas y vecina de la Margarita. Se dice que en nuestro mar Cantábrico se han oído en ciertos tiempos del año, voces de doncellas que cantaban con armonía; piensan que es el canto de éstas cuando, por el apetito de procrear prole, están en celo.

CUEVA MISTERIOSA. VEGETALES MEDICINALES. MAS SOBRE EL PEZ PESCADOR Y SOBRE LA ISLA DE AMAZONAS

En las primeras décadas se hizo mención de una cueva grande del mar que hay en la Española en la región Guacayarima, que se extiende algunos estadios dentro de altas montañas mirando al Occidente: ahora se navega por dentro de aquella cueva. En su último rincón, obscuro porque los rayos del sol aún en su ocaso apenas penetran por sus entradas, dicen con horror los que entraron que les hacían temblar las entrañas el formidable estrépito de las aguas que caen desde alto a la cueva.

Es gracioso oír lo que los indígenas creen acerca del misterio de aquel antro, según se lo han transmitido sus antepasados. Piensan que la isla tiene espíritu vital, y que aspira y respira, y come y digiere cual vivo animal monstruoso de sexo femenino. Juzgan que la caverna de aquel antro es la natura femenina de la isla y el ano por donde expele sus excrementos y echa sus inmundicias: prueba es el nombre que la región tiene de la cueva, pues guaca es región o cercanía y yarima es ano, o lugar de limpiar.

Cuando oigo estas cosas, me acuerdo de lo que creía la ruda antigüedad acerca del fabuloso Demogorgón, que respiraba en el útero del mundo, y así causaba el flujo y reflujo del mar. Con estas cosas fabulosas mezclemos algunas verdaderas.

Cuán feliz es por varios conceptos la Española, y cuán feraz de muchas cosas preciosas, lo dije muchas veces en mis (*libros*) anteriores a Ascanio y a los Pontífices León y Adriano; encuentran en ella gran variedad de materiales medicinales, cada día más.

Del árbol de cuyos troncos, cortados y reducidos a polvo, cociéndolos se hace una bebida para quitar de los huesos y las medulas la infeliz enfermedad de las pupas, por una parte yo he dicho bastante, y, por otra parte, los pedazos de esa madera que corren por toda Europa hacen formar juicio. Cría también innumerables especies de cosas aromáticas, así hierbas como árboles, y abundancia y variedad de goma destilada, en cuyo número está la que los boticarios llaman eneldo, conveniente para aliviar la pesadez de cabeza y los vértigos. También el licor mahate de ciertos árboles, casi aceitoso. Cierto italiano sabio llamado Codro, que para investigar las cualidades de las cosas recorrió aquellos lugares con permiso que obtuvo (pues de otra manera no puede hacerlo ningún extranjero), persuadió a los españoles de que aquel licor tiene la virtud del bálsamo.

Ahora repitamos algo acerca del pez cazador, que me incomodó un poco en alguna ocasión. En los primeros libros de las Décadas a Ascanio, no me equivoco entre otras cosas admirables por lo nuevas y desusadas, dije que los indígenas tenían un pez que cazaba los otros peces. Al modo que nosotros cogemos al cuadrúpedo con otro cuadrúpedo y las aves con otras aves, así ellos se acostumbraron a coger unos peces con otros.

Riéronse de mí en Roma, sobre ésto y otras varias cosas semejantes los que tienen propensión a la maledicencia, en tiempo del Papa León, hasta que, regresando allá de su legación de catorce años en España, por los Pontífices Julio y León, Juan Rulfo de Forli, arzobispo de Cosenza, que conocía cuanto yo escribí, les tapó la boca a muchos con su testimonio en auxilio de mi buena fama.

También a mí al principio me pareció duro de creer. Por eso investigué de los antedichos varones autorizados y de otros muchos qué es lo que hay de ese pez, y dicen que eso lo vieron en los pescadores como cosa tan común como lo es entre nosotros el perseguir las liebres con galgos, o el jabalí estrechado entre cercas con mastines, y que ese pez es sabroso de comer; y teniendo la figura de anguila, y no siendo mayor, se atreve a embestir a los peces más grandes y a las tortugas mayores que un escudo, al modo que la comadreja embiste a la paloma y a otro animal más grande si puede llegar a él, y saltando sobre la cerviz lo acosa hasta matarlo.

Este pez los pescadores lo tienen atado con una cuerda en el casco de su lancha; el pez está poco distante del casco para no ver el fulgor del aire, que no sufre de modo alguno. Y lo que es más admirable: visto nadando cerca de sí otro pez, con su movimiento dá la señal de coger la presa; alargándole la cuerda cual perro suelto de la cadena, se echa sobre la presa y, volviendo el occipucio, echa la bolsa aquella de piel a la cabeza y salta sobre la presa si es un pez grande; pero si es enorme tortuga, (la agarra) donde se deja ver fuera de la concha, y no la suelta jamás hasta que, tirando poco a poco de la cuerda, le arriman al lado de la lancha. Entonces los pescadores, si es un pez grande (que de los pequeños no cuidan), echándole garfios tenaces le matan; después le acercan hasta que vea el aire y entonces suelta la presa; pero si es una tortuga, se tiran al mar los pescadores (indios), y en hombros la levantan hasta que sus compañeros la agarran con las manos.

Una vez suelta la presa, el pez se vuelve a su sitio, y allí permanece fijo hasta que le dan de comer de la presa, como al halcón de la codorniz cogida o hasta que otra vez le suelten para cazar. De cómo los cría el amo, se dijo bastante en su lugar. Los españoles llaman a aquel

pez revuelto (*reversum*), porque embiste a la presa y la coge con su bolsa de piel, revolviéndose.

Mas, acerca de la isla Matininó, de la cual no dije yo, sino que referí haber oído, que la habitan mujeres solas a estilo de amazonas, lo dejan en duda estos testigos, como yo entonces; sin embargo, Alfonso Argollo, secretario del César para las cosas de Castilla y cuestor para recaudar aquí las rentas de la Ilustrísima Margarita, tía del César, el cual ha recorrido aquellas regiones, afirma que es historia y no fábula. Yo doy lo que me dan.

ISLA ABUNDANTE DE SAL Y DE PECES. AGUAS DE RIO MEDICINALES. SITIOS DE MUCHA PESCA. ONOCROTALOS

El Deán aquel me refirió otras cosas no indígenas de saberse y confirmadas por otros muchos. Hay una isla que dista de la Española como setecientas leguas, próxima al continente, llamada Margarita por cogerse allí perlas de las conchas en número muy grande; dista de la Margarita treinta millas un golfo del continente con figura de arco como la luna menguante o la herradura de las mulas. Los españoles llaman a este golfo *anchón*.

Tiene en circuito unas treinta millas, y le distinguen dos cualidades que tiene. Toda la parte de su playa que se baña con el flujo o las procelosas tempestades, está llena de sal; pero en todas aquellas regiones que miran al Septentrión, hay poco flujo y reflujo: en las meridionales, al revés.

La otra cualidad es de peces, principalmente los róbalos y mujoles. Se junta en aquel golfo tal muchedumbre, que las naves no pueden navegar en él fácilmente por las grandes bandadas que, dando en ellos las proas, se retardan: los pescadores, extendiendo las redes, con fácil impulso echan la bandada a la orilla. Allí hay tres clases de ayudantes: los que a pie, metidos en el agua de la playa hasta la rodilla, cogen a mano los pescados y se los dan a los que, dentro de la nave, los abren y destripan; éstos se los tiran a la mano a la tercera clase de compañeros, que salan el pescado con la sal que con este fin han recogido en la playa. Así salados, los extienden al sol en la llanura arenosa, y en un sólo día se curan. Porque allí tienen mucho ardor los rayos del sol, ya porque están próximos al equinoccio y rodeada de montes la planicie, a la cual caen rodando los rayos, ya porque naturalmente el sol, dando en la arena, la calienta más que no a la tierra de meollo. Cuando se han

secado, los cogen hasta llenar la nave. De la sal lo mismo: le es lícito a cualquiera cargar las naves de ambos productos. Llenan toda la comarca de aquellos peces; la misma Española, madre común de aquellas tierras, apenas usa otro pescado salado, en particular de aquella clase.

Acerca de las perlas, cómo se crían y crecen y se cogen, se ha explicado latísimamente en las primeras Décadas.

Los mismos varones graves que trato frecuentemente en mi casa con motivo de los negocios que tienen en nuestro Senado, dicen que hay en la Española en la ciudad episcopal de la Concepción, dos ríos pequeños, vadeables cuando no hay aluviones repentinos de lluvias extraordinarias, de los cuales el uno se llama Baho y el otro Zate, guardándoles los antiguos nombres de la tierra. Ahora los españoles, por las dotes que diré, al sitio donde se juntan le llaman confluencia.

De tanta distancia de mar como hay desde el estrecho gaditano hasta el principio de la Española, que son, poco más o menos, cinco mil millas de mar, que se navegan sin ver más que cielo y agua, por el cambio también de las comidas y las bebidas, y en particular del aire, por estar la Española y Jamaica muchos grados más allá del trópico de Cáncer, hacia el equinoccio y Cuba, en la misma línea del trópico, que casi todos los filósofos juzgaron inhabitable y tostada por el sol, dicen éstos que los recién idos caen por lo regular en varias enfermedades. Y cuentan que si van a las aguas de los ríos Baho y Zate, ya mezcladas en un álveo, bebiéndolas y lavándose en ellas, quedan limpios en el sólo espacio de quince días, y dentro de otros tantos se curan de los dolores de nervios y médulas, y que también han sanado los que se consumían de fiebres y los que padecían tumor en los pulmones; pero que si se empeñaban en bañarse o usar de aquellas aguas por más tiempo, les entraba disentería.

Por eso los que se dedican a recoger oro de sus arenas, pues no hay río que no lo tenga, ni tampoco parte alguna de tierra, se atreven a hacer bañar en el álveo de aquellos ríos a los operarios hacia el medio día, y no les permiten beber aquellas aguas, aunque sean dulces y de buen gusto, porque fácilmente causan la disentería, principalmente en los que están buenos.

Dicen los mismos que en la punta septentrional de Guacayarima de la región española, en corto trecho hay muchas islas de pequeño ámbito, que piensan estuvieron juntas en otro tiempo. Una de éstas se aventaja a las demás como excelente pescadería, y se llama Jabáque, con acento en la penúltima sílaba. Por algunas partes se puede vadear el mar entre aquellas islas, pero de trecho en trecho hay pozos profundos, y vastos y frecuentes remolinos. Cuentan que los pozos están llenos

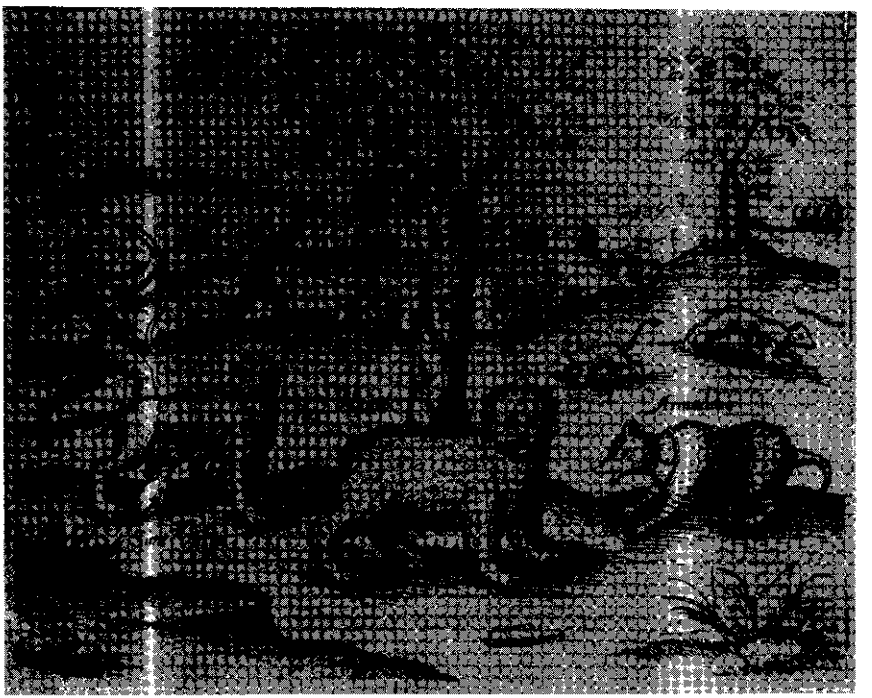
todo el año de varias clases de peces, que se juntan como en un refugio seguro: como en la era puede el amo barrer el trigo amontonado, así dicen que pueden con poco trabajo llenar de peces las naves los que a eso van.

Es gracioso oír lo que cuentan de ciertas aves marinas, mayores que águilas y buitres; por lo que dicen, conjeturo que son los voraces onocrótalos, pues dicen que tienen una garganta muy ancha, tanto que a la vista de todos se tragó sin romperlo medio capote con que se cubría un soldado, que se lo tiró al ave cuando ésta le embestía con rabioso chillido, y después que la mataron se lo sacaron del buche sin que lo hubiera roto. Dicen que de un bocado se tragó vivos peces de cinco libras o más.

Y como se alimentan de peces, no es fuera de propósito decir cómo cogen su presa nadando ésta bajo las aguas del mar, aunque ellos no se sumergen como otras aves marítimas, patos, ánades y cuervos marinos. Elevándose a lo alto, a modo de milanos y alcotanes, dan vueltas en el aire y esperan que el pez salga a la orilla; al resplandor del aire, vuela alrededor gran bandada, y a veces se tiran a la presa muchos de una vez con rapidísimo descenso, de modo que el mar mismo se abre en espacio de medio brazo. Con aquel estruendo se queda atontado el pez y se deja coger. Las más veces cogen un pez grande entre dos compañeras; entonces dá gusto ver desde las naves, si las hay, o desde la playa, cómo riñen; ninguna suelta la presa, hasta que, partida en pedazos, cada una se lleva el suyo.

Dicen que esa ave tiene palmo y medio de pico, más encorvado que el de cualquier otra ave de rapiña, y el cuello muy largo, y las alas más largas que el águila o el buitre, pero que es tan flaca que apenas tiene tanta carne como las palomas. Por eso, para sostener el gran peso de su ancho buche, la próvida naturaleza le ha dado grandes alas, puesto que no eran menester para llevar el ligero cuerpo. A estas aves les llaman los españoles alcatraces. Abundan además en aquellas regiones otras muchas aves que nosotros no conocemos, y en particular loros de varios colores y tamaños, como gallos, y mayores, y otros menores que pajaritos, y no son menos comunes allí las bandadas de loros que entre nosotros las codornices y grajos. También ellos comúnmente comen tordos y tórtolas como nosotros, y en las casas crían por gusto papagayos en vez de jilgueros y picazas.

[c. 1516]



Fauna del Orinoco, según Theodore de Bry, Frankfurt, 1599.

BERNARDINO DE SAHAGUN

LOS COLIBRIS

HAY UNAS avecitas en esta tierra que son muy pequeñitas, que parecen más moscardones que aves; hay muchas maneras de ellas, tienen el pico chiquito, negro y delgadito, así como aguja; hacen su nido en los arbustos, allí ponen sus huevos y los empollan y sacan sus pollos; no ponen más de dos huevos. Comen y mantiénense del rocío de las flores, como las abejas, son muy ligeras, vuelan como saeta; son de color pardillo. Renuévanse cada año: en el tiempo del invierno cuélganse de los árboles por el pico, allí colgados se secan y se les cae la pluma; y cuando el árbol torna a reverdecer él torna a revivir, y tórnale a nacer la pluma, y cuando comienza a tronar para llover entonces despierta y vuela y resucita. Es medicinal, para las bubas, comido, y el que los come nunca tendrá bubas; pero hace estéril al que los come.

Hay unas de estas avecitas que se llaman *quetzalhuitzitzilin,* (que) tienen las gargantas muy coloradas y los codillos de las alas bermejos, el pecho verde y también las alas y la cola; parecen a los finos *quetzales.* Otras de estas avecitas son todas azules, de muy fino azul claro, a manera de turquesa resplandeciente. Hay otras verdes claras, a manera de hierba. Hay otras que son de color morado. Hay otras que son coloradas, y mezcladas con pardo. Hay otras que son de color morado claro. Hay otras que son resplandecientes como brasa. Hay otras que son leonadas con amarillo. Hay otras que son larguillas, unas de ellas son cenicientas, otras son negras; estas cenicientas tienen una raya de negro por los ojos, y las negras tienen una raya blanca por los ojos.

Hay otras que tienen la garganta colorada y resplandeciente como una brasa; son cenicientas en el cuerpo, y la corona de la cabeza y la garganta resplandeciente como una brasa.

Hay otras que son redondillas, cenicientas, con motas blancas.

UNA CULEBRA O SERPIENTE DEL AGUA MUY MONSTRUOSA EN FEROCIDAD Y OBRAS

Hay una culebra en esta tierra que se llama *acóatl,* o *tlilcóatl,* que anda en el agua y en el cieno; es tan gruesa cuanto un hombre puede

abrazar, y muy larga; tiene grande cabeza, tiene barbas tras de la cabeza, como barbas de barbo muy grande; es muy negra, reluce de negra, tiene los ojos como brasas; tiene horcajada la cola; mora en las cuevas o manantiales que hay debajo del agua; come peces y trae con el anhélito desde lejos hacia sí, y ahoga en el agua lo que atrae, ora sea persona o animal.

Para cazar personas tiene esta culebra una astucia notable, hace un hoyo cerca del agua, de tamaño de un lebrillo grande, y toma peces grandes de las cuevas, como barbos u otros de otra manera, y tráelos en la boca y échalos en el hoyo que tiene hecho, y antes que los eche levanta el cuello en alto y mira a todas partes, y luego echa los peces en la lagunilla, y vuelve otra vez por otros; y algunos indios atrevidos, entretanto que sale otra vez, tómanle los peces de la lagunilla y echan a huir con ellos. De que sale otra vez la culebra luego ve que le han tomado los peces, y luego se levanta en alto sobre la cola, y mira a todas partes, y aunque vaya lejos el que lleva los peces, vele, y si no le ve por el olor le va rastreando, y echa tras él y tan recio como una saeta, que parece que vuela por encima de los zacates y de las matas, y como llega al que le lleva los peces, enróscasele al cuello y apriétale reciamente, y la cola, como la tiene hendida, métesela por las narices cada punta por cada ventana, o se las mete por el sieso; hecho esto apriétase reciamente al cuerpo de aquel que le hurtó los peces, y mátale. Mas si aquel es avisado, antes que acometa a tomar los peces hace una concavidad en algún árbol que esté por allí cerca, y cuando huye vase a acoger al árbol, a la concavidad que hizo, y la culebra enróscase al árbol, y apriétase con él reciamente pensando que está enroscada con el hombre, y tan reciamente se aprieta que allí muere enroscada al árbol, y el que lleva los peces escápase.

De otra manera mata esta culebra a los que pasan por donde ella mora; sale a la orilla del agua y arroja como escupiendo la ponzoña a aquel que pasa, y luego cae tendido como borracho, y luego le atrae a sí con el anhélito por fuerza, y va perneando al que así es llevado y méteselo en la boca y ahógale en el agua, y allí le come.

LA ZOLCOATL

Hay otra culebra que se llama *zolcóatl,* quiere decir, la culebra enemiga de las codornices, porque las engaña con su canto y las come. Es mediana, ni muy gruesa ni muy larga; es pintada como las codornices, tiene el pecho blanco y la boca amarilla. Es muy ponzoñosa, a quien

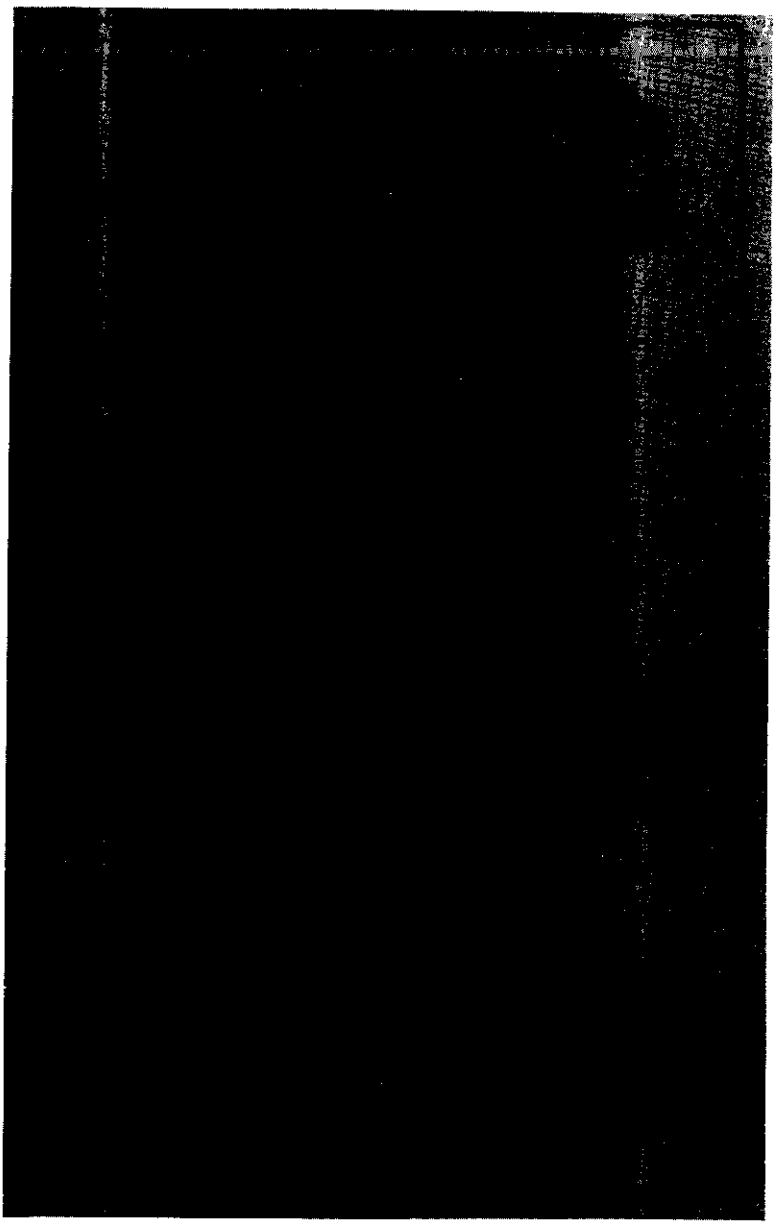
pica no tiene remedio; es fraudulenta, engaña con su canto a las codornices y a las personas; canta como codorniz, y las codornices que la oyen piensan que es codorniz y vanse a ella, y entonces arrebátalas y cómelas; y algunos indios bobos, como oyen su canto, piensan que es codorniz, y van hacia donde está ella y pícalos, y mátalos. Los que son avisados, cuando oyen que canta esta culebra escuchan si la responde otra codorniz, y si no la responde otra, ella torna a silbar o cantar en el mismo lugar que de antes; entiende que es esta culebra *zolcóatl*, y guárdanse de ella; dicen que vuela esta culebra.

LA CULEBRA DE DOS CABEZAS

Hay una culebra en esta tierra que tiene dos cabezas: una en lugar de cabeza, otra en lugar de la cola, y llámanse *maquizcóatl*; tiene dos cabezas (y) en cada una de ellas tiene ojos, boca y dientes y lengua; no tiene cola ninguna. No es grande, ni es larga, sino pequeña; tiene cuatro rayas negras por el lomo, y otras cuatro coloradas en el un lado y otras cuatro amarillas en el otro. Anda hacia ambas partes, a las veces guía la una cabeza, y a las veces la otra; y esta culebra se llama culebra espantosa, raramente parece; tienen ciertos agüeros acerca de esta culebra, como están en la letra. A los chismosos llámanlos por el nombre de esta culebra, que dicen tienen dos lenguas y dos cabezas.

EL QUETZAL

Hay una ave en esta tierra que se llama *quetzaltótotl*; tiene plumas muy ricas y de diversos colores; tiene el pico agudo y amarillo, y los pies amarillos; tiene un tocado en la cabeza, de pluma, como cresta de gallo; es tan grande como una ave que se llama tzánatl, que es tamaña como una urraca, o pega de España... Las plumas que cría en la cola se llaman quezalli y son muy verdes y resplandecientes, son anchas, como unas hojas de espadaña, dobléganse cuando las toca el aire y resplandecen muy hermosamente. Tiene esta ave unas plumas negras en la cola, con que cubre estas plumas ricas, las cuales están en el medio de estas negras. Estas plumas negras, de la parte de fuera son muy negras, y de la parte de dentro que es lo que está junto con las plumas ricas, es algo verde oscuro y no muy ancho ni largo. El tocado que tiene en la cabeza esta ave es muy hermoso y resplandeciente; llaman a estas plumas tzinitzcan; tiene esta ave el cuello y el pecho colorado y resplandecien-



En Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1851.

te; es preciosa esta pluma y llámanla tzinitzcan; el pescuezo por la parte de atrás y todas las espaldas tiene las plumas verdes muy resplandecientes; debajo de la cola y entre las piernas tiene una pluma delicada, verde clara, resplandeciente y blanda; en los codillos de las alas tiene plumas verdes, y debajo negro, y las plumas más de adentro de las alas tiene de color de uña, y un poco encorvadas, son anchuelas y agudas, y están sobre los cañones de las plumas delgadas del ala que se llaman quetzaluitztli, son verdes claras, largas, derechas y agudas de las puntas, y resplandece su verdura. Habitan estas aves en la provincia que se llama Tecolotlan, que es hacia Honduras, o cerca. Viven en las arboledas, y hacen su nido en los árboles para criar sus hijos.

[c. 1530]

JOSE DE ACOSTA

DE LOS MICOS O MONOS DE INDIAS

MICOS hay innumerables por todas esas montañas de islas, y Tierrafirme y Andes. Son de la casta de monas, pero diferentes en tener cola y muy larga, y haber entre ellos algunos linajes de tres tanto, y cuatro tanto más cuerpo que monas ordinarias. Unos son negros del todo; otros bayos, otros pardos; otros manchados y varios. La ligereza y maña de éstos, admira, porque parece que tienen discurso y razón; y en el andar por árboles, parece que quieren casi imitar las aves. En Capira, pasando de Nombre de Dios a Panamá, vi saltar un mico de éstos de un árbol a otro que estaba a la otra banda del río, que me admiró. Asense con la cola a un ramo y arrójanse a donde quieren, y cuando el espacio es muy grande, que no puede con un salto alcanzarle, usan una maña graciosa: de asirse uno a la cola del otro, y hacer de esta suerte una como cadena de muchos; después, ondeándose todos o columpiándose, el primero ayudado de la fuerza de los otros, salta y alcanza, y se ase al ramo, y sustenta a los demás hasta que llegan asidos como dije, uno a la cola de otro. Las burlas y embustes, y travesuras que éstos hacen, es negocio de mucho espacio; las habilidades que alcanzan cuando los imponen, no parecen de animales brutos, sino de entendimiento humano. Uno vi en Cartagena, en casa del Gobernador, que las cosas que de él me refería apenas parecían creíbles, como en enviarle a la taberna por vino, y poniéndole en la una mano el dinero y en la otra el pichel, no haber orden de sacarle el dinero hasta que le daban el pichel con vino. Si los muchachos en el camino le daban grita o le tiraban, poner el pichel a un lado y apañar piedras, y tirarlas a los muchachos hasta que dejaba el camino seguro, y así volvía a llevar su pichel. Y lo que es más, con ser muy buen bebedor de vino (como yo se lo ví beber echándoselo su amo de alto) sin dárselo o darle licencia, no había tocar el jarro. Dijéronme también que si veía mujeres afeitadas, iba y les tiraba del tocado, y las descomponía y trataba mal. Podrá ser algo de esto, encarecimiento, que yo no lo ví; mas en efecto no pienso que hay animal que así perciba y se acomode a la conversación humana, como esta casta de micos. Cuentan tantas cosas, que yo por no parecer que doy crédito a fábulas, o porque otros no las tengan por tales, tengo por mejor dejar esta materia con sólo bendecir al Autor de toda criatura,

pues para sola recreación de los hombres y entretenimiento donoso parece haber hecho un género de animales que todo es reír, o para mover a risa. Algunos han escrito que a Salomón se le llevaban estos micos de Indias Occidentales; yo tengo para mí que iban de la India Oriental.

DE DIVERSOS PESCADOS Y MODOS DE PESCAR DE LOS INDIOS

Hay en el océano innumerable multitud de pescados, que sólo el Hacedor puede declarar sus especies y propiedades. Muchos de ellos son del mismo género que en la mar de Europa se hallan, como lizas, sábalos que suben de la mar a los ríos, dorados, sardinas y otros muchos. Otros hay que no sé que los haya por acá, como los que llaman cabrillas, y tienen alguna semejanza con truchas, y los que en Nueva España llaman bobos, que suben de la mar a los ríos. Besugos ni truchas no las he yo visto; dicen que en tierra de Chile las hay. Atunes hay algunos, aunque raros, en la costa del Perú, y es de opinión que a tiempos suben a desovar al Estrecho de Magallanes, como en España al Estrecho de Gibraltar, y por eso se hallan más en la costa de Chile, aunque el atún que yo he visto traído de allá, no es tal como lo de España. En las islas que llaman de Barlovento, que son Cuba, la Española, Puerto Rico, Jamaica, se halla el que llaman manatí, extraño género de pescado, si pescado se puede llamar animal que pare vivos sus hijos, y tiene tetas y leche con que los cría, y pace yerba en el campo, pero en efecto habita de ordinario en el agua, y por eso le comen por pescado, aunque yo cuando en Santo Domingo lo comí un viernes, casi tenía escrúpulo, no tanto por lo dicho, como porque en color y sabor no parecían sino tajadas de ternera, y en parte pernil, las postas de este pescado; es grande como una vaca. De los tiburones y de su increíble voracidad me maravillé con razón, cuando vi que de uno que habían tomado en el puerto que he dicho le sacaron del buche un cuchillo grande carnicero y un anzuelo grande de hierro, y un pedazo grande de la cabeza de una vaca, con su cuerno entero, y aun no sé si ambos a dos. Yo vi por pasatiempo echar colgado de muy alto en una poza que hace la mar, un cuarto de un rocín, y venir a él al momento una cuadrilla de tiburones tras el olor, y porque se gozase mejor la fiesta, no llegaba al agua la carne del rocín, sino levantada no sé cuántos palmos, tenía en derredor esta gentecilla que digo, que daban saltos, y de una arremetida en el aire cortaban carne y hueso con extraña presteza, y

así cercenaban el mismo jarrete del rocín como si fuera un troncho de lechuga, pero tales navajas tienen en aquella su dentadura. Asidos a estos fieros tiburones, andan unos pececillos que llaman romeros, y por más que hagan no los pueden echar de sí; estos se mantienen de lo que a los tiburones se les escapa por los lados. Voladores son otros pececillos que se hallan en la mar dentro de los trópicos, y no sé que se hallen fuera. A éstos persiguen los dorados, y por escapar de ellos, saltan de la mar y van buen pedazo por el aire; por eso los llaman voladores, tienen unas aletas como de telilla o pergamino que les sustentan un rato en el aire. En el navío en que yo iba, voló o saltó uno, y vi la facción que digo de alas. De los largatos o caimanes que llaman, hay mucho escrito en historias de Indias; son verdaderamente los que Plinio y los antiguos llaman cocodrilos. Hállanse en las playas y ríos calientes; en playas o ríos fríos no se hallan. Por eso en toda la costa del Perú no los hay hasta Paita, y de allí adelante son frecuentísimos en los ríos. Es animal ferocísimo, aunque muy torpe; la presa hace fuera del agua y en ella ahoga lo que toma vivo, pero no lo traga sino fuera del agua, porque tiene el tragadero de suerte que fácilmente se ahogaría entrandole agua. Es maravillosa la pelea del caimán con el tigre, que los hay ferocísimos en Indias. Un religioso nuestro me refirió, haber visto a estas bestias pelear cruelísimamente a la orilla de la mar. El caimán, con su cola, daba recios golpes al tigre, y procuraba con su gran fuerza llevarle al agua; el tigre hacía fuerte presa en el caimán, con las garras, tirándole a tierra. Al fin prevaleció el tigre y abrió al lagarto, debió de ser por la barriga, que la tiene blanda, que todo lo demás no hay lanza y aun apenas arcabuz que lo pase. Más excelente fue la victoria que tuvo de otro caimán un indio, al cual le arrebató un hijuelo y se lo metió debajo del agua, de que el indio, lastimado y sañudo, se echó luego tras él con un cuchillo, y como son excelentes buzos y el caimán no prende sino fuera del agua, por debajo de la barriga lo hirió, de suerte que el caimán se salió herido a la ribera, y soltó al muchacho, aunque ya muerto y ahogado. Pero más maravillosa es la pelea que tienen los indios con las ballenas, que cierto es una grandeza del Hacedor de todo, dar a gente tan flaca como indios habilidad y osadía para tomarse con la más fiera y disforme bestia de cuantas hay en el universo; y no sólo pelear, pero vencer y triunfar tan gallardamente. Viendo este me he acordado muchas veces de aquello del Salmo, que se dice de la ballena: *Draco iste, quem formasti ad illudendum ei.* ¿Qué más burla que llevar un indio sólo con un cordel, vencida y atada, una ballena tan grande como un monte? El estilo que tienen (según me refirieron personas expertas) los indios de la Florida,

donde hay gran cantidad de ballenas, es meterse en una canoa o barquilla, que es como una artesa, y bogando, llegarse al costado de la ballena, y con gran ligereza salta y sube sobre su cerviz, y allí caballero, aguardando tiempo, mete un palo agudo y recio que trae consigo por la ventana de la nariz de la ballena; llamo nariz aquella fístula por donde respiran las ballenas; luego le golpea con otro palo muy bien y le hace entrar bien profundo. Brama la ballena y da golpes en la mar, y levanta montes de agua, y húndese dentro con furia y torna a saltar, no sabiendo qué hacerse de rabia. Estáse quedo el indio y muy caballero y la enmienda que hace del mal hecho es hincarle otro palo semejante en la otra ventana, y golpealle de modo que le tapa del todo y le quita la respiración, y con esto se vuelve a su canoa, que tiene asida al lado de la ballena, con una cuerda, pero deja primero bien atada su cuerda a la ballena, y haciéndose a un lado con su canoa, va así dando cuerda a la ballena, la cual mientras está en mucha agua, da vueltas a una parte y a otra como loca de enojo, y al fin se va acercando a tierra, donde con la enormidad de su cuerpo presto encala, sin poder ir ni volver. Aquí acuden gran copia de indios al vencido, para coger sus despojos. En efecto, la acaban de matar y la parten y hacen trozos, y de su carne harto pervesa, secándola y moliéndola, hacen ciertos polvos que usan para su comida, y les dura largo tiempo. No deja de ser digna de referirse también otra pesquería que usan de ordinario los indios en la mar. Hacen unos como manojos de juncia o espadañas secas bien atadas, que allá llaman balsas, y llévanlas a cuestas hasta la mar, donde arrojándolas con presteza, suben en ellas, y así caballeros se entran la mar adentro, y bogando con unos canaletes de un lado y de otro se van una o dos leguas en alta mar a pescar; llevan en los dichos manojos sus redes y cuerdas, y sustentándose sobre las balsas lanzan su red y están pescando gran parte de la noche o del día, hasta que hinchen su medida, con que dan la vuelta muy contentos. Cierto verlos ir a pescar en el Callao de Lima, era para mí cosa de gran recreación, porque eran muchos y cada uno en su balsilla caballero, o sentado a porfía cortando las olas del mar, que es bravo allí donde pescan, parecían los tritones o neptunos, que pintan sobre el agua. En llegando a tierra sacan su barco a cuestas y luego le deshacen, y tienden por aquella playa las espadañas para que se enjuguen y sequen...

DE LAS VICUÑAS Y TARUGAS DEL PERU

Entre las cosas que tienen las Indias del Perú, notables, son las vicuñas y carneros que llaman de la tierra, que son animales mansos y de mucho provecho. Las vicuñas son silvestres y los carneros son ganado doméstico. Algunos han pensado que las vicuñas sean las que Aristóteles y Plinio, y otros autores, tratan cuando escriben de las que dicen *capreas,* que son cabras silvestres; y tienen sin duda similitud por la ligereza, por andar en los montes, por parecerse algo a cabras. Mas en efecto no son aquellas, pues las vicuñas no tienen cuernos y aquellas los tienen, según Aristóteles refiere. Tampoco son las cabras de la India Oriental, de donde traen la piedra bezaar, o si son de aquel género, serán especies diversas, como en el linaje de perros es diversa especie la del mastín y la del lebrel. Tampoco son las vicuñas del Perú, los animales que en la provincia de la Nueva España tienen las piedras que allá llaman bezaares, porque aquello son de especie de ciervos o venados. Así que no sé que en otra parte del mundo haya este género de animales, sino en el Perú y Chile, que se continúa con él. Son las vicuñas mayores que cabras y menores que becerros; tienen la color que tira a leonado, algo más clara; no tienen cuernos, como los tienen ciervos y *capreas*; apaciéntanse y viven en sierras altísimas, en las partes más frías y despobladas, que allá llaman punas. Las nieves y el hielo no les ofende, antes parece que las recrea; andan a manadas y corren ligerísimamente; cuando topan caminantes o bestias, luego huyen como muy tímidas; al huir, echan delante de sí sus hijuelos. No se entiende que multipliquen mucho, por donde los reyes ingas tenían prohibida la caza de vicuñas, si no era para fiestas con órden suyo. Algunos se quejan que después que entraron españoles, se ha concedido demasiada licencia a los chacos o cazas de vicuñas, y que se han disminuído. La manera de cazar de los indios, es chaco, que es juntarse muchos de ellos, que a veces son mil, y tres mil y más, y cercar un gran espacio de monte, e ir ojendo la caza, hasta juntarse por todas partes, donde se toman trescientas, y cuatrocientas y más y menos, como ellos quieren, y dejar ir las demás, especialmente las hembras, para el multiplico. Suelen trasquilar estos animales, y de la lana de ellos hacen cubiertas o frazadas de mucha estima, porque la lana es como de seda blanda y duran mucho, y como el color es natural y no de tinte, es perpetuo. Son frescas y muy buenas para en tiempo de calores; para inflamaciones de riñones y otras partes las tienen por muy sanas, y que templan el calor demasiado, y lo mismo hace la lana en colchones, que algunos usan por salud, por la experiencia que de ello tienen. Para

otras indisposiciones, como gota, dicen también que es buena esta lana, o frazadas hechas de ella; no sé en esto experiencia cierta. La carne de las vicuñas no es buena, aunque los indios la comen y hacen cushequi o cecina de ella. Para medicina podré yo contar lo que vi: Caminando por la sierra del Perú, llegué a un tambo o venta una tarde con tan terrible dolor de ojos, que me parecía se me querían saltar, el cual accidente suele acaecer de pasar por mucha nieve y mirarla. Estando echado con tanto dolor que casi perdí la paciencia, llegó una india y me dijo: "ponte padre, esto en los ojos, y estarás bueno". Era una poca carne de vicuña recién muerta y corriendo sangre. En poniéndome aquella medicina, se aplacó el dolor, y dentro de muy breve tiempo se me quitó del todo, que no le sentí más. Fuera de los chacos que he dicho, que son cazas generales, usan los indios particularmente para coger estas vicuñas, cuando llegan a tiro, arrojarles unos cordelejos con ciertos plomos, que se les traban envuelven entre los pies, y embarazan para que no puedan correr; y así llegan y toman la vicuña. Lo principal porque este animal es digno de precio son las piedras bezaares que hallan en él, de que diremos luego. Hay otro género que llaman tarugas, que también son silvestres, y son de mayor ligereza que las vicuñas; son también de mayor cuerpo, y la color más tostada; tienen las orejas blandas y caídas. Estas no andan en manadas como las vicuñas, a lo menos yo no las vi sino a solas y de ordinario por riscos altísimos. De las tarugas sacan también piedras bezaares, y son mayores y de mayor eficacia y virtud.

DE LOS PACOS Y GUANACOS, Y CARNEROS DEL PERU

Ninguna cosa tiene el Perú de mayor riqueza ventaja que es el ganado de la tierra, que los nuestros llaman carneros de las Indias, y los indios, en lengua general, los llaman llama; porque bien mirado es el animal de mayores provechos y de menos gasto de cuantos se conocen. De este ganado sacan comida y vestido, como en Europa del ganado ovejuno; y sacan más el trajín a acarreto de cuanto han menester, pues les sirve de traer y llevar sus cargas. Y por otra parte no le han menester gastar en herraje ni en sillas o jalmas, ni tampoco en cebada, sino que de balde sirve a sus amos, contentándose con la yerba que halla en el campo. De manera que les proveyó Dios de ovejas y de jumentos en un mismo animal, y como a gente pobre, quiso que ninguna costa les hiciese, porque los pastos en la sierra son muchos, y otros gastos, ni los pide ni los ha menester este género de ganado. Son estos carneros o llamas, en dos especies: unos son pacos o carneros lanudos;

otros son rasos y de poca lana, y son mejores para carga; son mayores que carneros grandes y menores que becerros; tienen el cuello muy largo a semejanza de camello, y hanlo menester porque como son altos y levantados de cuerpo, para pacer requieren tener cuello largo. Son de varios colores: unos blancos del todo; otros negros del todo; otros pardos; otros varios que llaman moromoro. Para los sacrificios tenían los indios grandes advertencias: de qué color habían de ser para diferentes tiempos y efectos. La carne de éstos es buena, aunque recia; la de sus corderos es de las mejores y más regaladas que se comen; pero gástanse poco en esto, porque el principal fruto es la lana para hacer ropa, y el servicio de traer y llevar cargas. La lana labran los indios y hacen ropa de que se visten; una grosera y común que llaman hauasca; otra delicada y fina que llaman cumbi. De este cumbi labran sobremesas y cubiertas, y reposteros y otros paños de muy escogida labor, que dura mucho tiempo y tiene un lustre bueno casi de media seda, y lo que es particular de su modo de tejer lana. Labran a dos haces todas las labores que quieren, sin que se vea hilo ni cabo de él en toda una pieza. Tenía el Inga, rey del Perú, grandes maestros de labrar esta ropa de cumbi, y los principales residían en el repartimiento de Capachica, junto a la laguna grande de Titicaca. Dan con yerbas diversas diversos colores y muy finos a esta lana, con que hacen varias labores. Y de labor basta y grosera, o de pulida y sutil, todos los indios e indias son oficiales en la sierra, teniendo sus telares en su casa, sin que hayan de ir a comprar ni a dar a hacer la ropa que han menester para su casa. De la carne de este ganado hacen cusharqui o cecina, que les dura largo tiempo, y se gasta por mucha cuenta; usan llevar manadas de estos carneros cargados como recua, y van en una recua de estas, trescientos o quinientos, y aún mil carneros, que trajinan vino, coca, maíz, chuño y azogue, y otra cualquier mercadería, y lo mejor de ella, que es la plata, porque las barras de plata las llevan el camino de Potosí a Arica, setenta leguas, y a Arequipa, otro tiempo solían ciento y cincuenta. Y es cosa que muchas veces me admiré de ver que iban estas manadas de carneros con mil y dos mil barras, y mucho más, que son más de trescientos mil ducados, sin otra guarda ni reparo más que unos pocos indios para sólo guiar los carneros y cargarlos, y cuando mucho algún español, y todas las noches dormían en medio del campo, sin más recato que el dicho. Y en tan largo camino y con tan poca guarda, jamás faltaba cosa entre tanta plata; tan grande es la seguridad con que se camina en el Perú. La carga que lleva de ordinario un carnero de estos, será de cuatro o seis arrobas, y siendo viaje largo, no caminan sino dos o tres leguas, o cuatro lo largo. Tienen sus paradas sabidas los carnereros, que llaman

(que son los que llevan estas recuas) donde hay pasto, y agua allí descargan y arman sus toldos, y hacen fuego y comida, y no lo pasan mal, aunque es modo de caminar harto flemático. Cuando no es más de una jornada, bien lleva un carnero de estos ocho arrobas y más, y anda con su carga, jornada entera de ocho o diez leguas, como lo han usado soldados pobres que caminan por el Perú. Es todo este ganado, amigo de temple frío, y por eso se da en la sierra y muere en los llanos con el calor. Acaece estar todo cubierto de escarcha y hielo este ganado, y con eso muy contento y sano. Los carneros rasos tienen un mirar muy donoso, porque se paran en el camino y alzan el cuello, y miran una persona muy atentos, y estánse así tanto rato sin moverse, ni hacer semblante de miedo ni de contento, que pone gana de reir ver su serenidad, aunque a veces se espantan súbito y corren con la carga hasta los más altos riscos, que acaece no pudiendo alcanzarlos porque no se pierdan las barras que llevan, tirarles con arcabuz y matarlos. Los pacos a veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella sin remedio de hacerlos levantar; antes se dejarán hacer mil piezas que moverse, cuando les da este enojo. Por donde vino el refrán que usan en el Perú, de decir de uno que se ha empacado, para significar que ha tomado tirria, o porfía o despecho, porque los pacos hacen este extremo cuando se enojan. El remedio que tienen los indios entonces, es parar y sentarse junto al paco, y hacerle muchas caricias, y regalarle hasta que se desenoja y se alza, y acaece esperarle bien dos o tres horas a que se desempaque y desenoje. Dales un mal como sarna, que llaman carache, de que suele morir este ganado. El remedio que los antiguos usaban era enterrar viva la res que tenía carache, porque no se pegase a las demás, como mal muy pegajoso. Un carnero o dos que tenga un indio, no lo tiene por pequeño caudal. Vale un carnero de estos de la tierra, seis y siete pesos ensayados, y más, según que son tiempos y lugares.

[c. 1570]

FERNÃO CARDIM

LOS "HOMBRES MARINOS", MONSTRUOS DEL MAR

ESTOS hombres marinos se llaman en su idioma *Igpupiára*; los naturales les tienen un miedo tan grande que solamente de pensar en ellos mueren muchos, y ninguno que los ve escapa. Al preguntar a algunos moribundos la causa, dicen que por haber visto ese monstruo. Parecen propiamente hombres de buena estatura, pero tienen los ojos muy hundidos. Las hembras parecen mujeres, tienen los cabellos largos y son hermosas. Estos monstruos se hallan en las ensenadas de los ríos de agua dulce. En Jagoarigpe, a siete u ocho leguas de Bahía se han hallado muchos; en el año de ochenta y dos, yendo un indio a pescar fue perseguido por uno de ellos, y acudiendo a su embarcación lo contó a su patrón. El señor, para animar el indio quiso ir a ver el monstruo. Y estando descuidado con una mano fuera de la canoa, lo jaló de ella y se lo llevó sin que volviera a aparecer. En el mismo año murió otro indio de Francisco Loureco Caeiro. En Porto Seguro se ven algunos y ya han causado la muerte de algunos indios. El modo que tienen para matar es el siguiente: se abrazan a las personas, bajándolas y apretándolas consigo hasta quebrarlas, quedando entera. Y cuando la sienten muerta dan algunos gemidos como de sentimiento y soltándola huyen. Y cuando se llevan algunos les comen solamente los ojos, las narices, las puntas de los dedos, de los pies y de las manos y las partes genitales, y así los echan de ordinario por las playas, con esas cosas menos.

[c. 1585]

GUTIERREZ DE SANTA CLARA

PESCA REAL

ESTOS indios pescan de otra manera muy extraña, que ellos llaman pesca real. Entran muchos grandes nadadores bien adentro de la mar y, estando ya bien alongados, se ponen en fila, como cuando van a buscar la caza acá en la tierra, y vienen hacia la costa en ala gritando y braceando y haciendo gran ruido en el agua, y con esto se vienen acercando y traen antecogidos mucha diversidad de pescados a la lengua del agua. Están muchos indios aguardando en tierra con redes muy largas y con muchas mantas delgadas y cuando los nadadores llegan cerca, se meten estos otros de refresco en el agua y tienden sus redes largas y mantas grandes, y toman grandísima cantidad de pescados que después llevan a sus casas; se podrían cargar dos navíos del pescado que sacan de una vez. Peligran muchos indios con esta manera de pesca, porque, o se los comen los tiburones, o los destripan otros pescados grandes, por huir, o se punzan con algunas espinas de pescados ponzoñosos. También se ahogan muchos de ellos faltándoles el aliento y las fuerzas para nadar, y los parientes de los indios muertos lo dan por bien empleado y no se les da cosa alguna, especialmente si aquel día han tomado mucho pescado.

Otra manera hay de pesca más segura y sin peligro y, como ellos dicen, caballerosa: van de noche mucha cantidad de indios por la mar adelante en muchas balsas y llevan grandes luminarias y lumbres encendidas de tea o pino. Y como éstos van de esta manera, encandilan los pescados que, abobados y atónitos, se paran a mirar la lumbre como cosa nunca vista por ellos y luego se vienen allegando a las balsas, y allí los arponean y flechan, o los toman a mano, y en esta forma toman grandísima cantidad de diversos pescados.

AVES SIN PLUMAS

Asimismo hay unas aves muy grandes sin pluma, ni sin alas, las cuales por maravilla salen a la mar, aunque siempre andan encima del agua; empero tienen un vello muy delgado y blando que en el tiempo de los Ingas hacían de él muy ricas mantas, y los señores las traían por

gran fiesta y gala, que parecían bien con ellas en su manera y talle; crían en peñascos que están a la lengua de la mar. Yo tuve dos mantas de éstas, bien grandes, hechas de este vello, y un colchón con pelos de liebre por lana, que me dio un curaca amigo mío que era gran señor del pueblo de Chinchas, que es de Su Majestad, y cierto son muy calientes, que me aprovecharon mucho en las tierras frías que anduve.

[1595-1603]

INCA GARCILASO DE LA VEGA

DEL GANADO BRAVO Y DE OTRAS SABANDIJAS

NO TUVIERON los indios del Perú, antes de los españoles, más diferencias de doméstico ganado que las dos que hemos dicho, *paco* y *huanacu;* de ganado bravo tuvieron más, pero usaban de él como del manso, según dijimos en las cacerías que hacían a sus tiempos. A una especie de las bravas llamaron al ganado mayor manso con el mismo nombre; porque es de su tamaño de la misma forma y lana. La carne es buena, aunque no tan buena como la del manso; en fin, en todo se asemejan; los machos están siempre atalayando en los collados altos, mientras las hembras pacen en lo bajo, y cuando ven gente dan relinchos a semejanza de los caballos, para advertirlas; y cuando la gente va hacia ellos, huyen antecogiendo las hembras por delante: la lana de estos huanacus es corta y áspera; pero también la aprovechaban los indios para su vestir; con galgos los corrían en mis tiempos y mataban muchos.

A semejanza del ganado menor, que llaman *paco,* hay otro ganado bravo que llaman *vicuña*; es animal delicado, de pocas carnes; tienen mucha lana y muy fina; de cuyas virtudes medicinales escribe el Padre Acosta muchas y muy buenas; lo mismo hace de otros muchos animales y aves que se hallan en las Indias; mas como Su Paternidad escribe de todo el Nuevo Orbe, es menester mirar con advertencia lo que en particular dice de las cosas del Perú, a quien me remito en muchas de las que vamos diciendo. La vicuña es más alta de cuerpo que una cabra, por grande que sea: el color de su lana tira a castaño muy claro, que por otro nombre llaman leonado; son ligerísimas, no hay galgo que las alcance; mátanlas con arcabuces y con atajarlas, como hacían en tiempo de los Incas, apaciéntanse en los desiertos más altos, cerca de la nieve; la carne es de comer, aunque no tan buena como la del huanacu; los indios la estimaban porque eran pobres de carne.

Venados o ciervos hubo en el Perú, aunque mucho menores que los de España; los indios les llaman *taruca;* en tiempo de los Reyes Incas había tanta cantidad de ellos, que se les entraban por los pueblos. También hay corzos y gamos. De todos estos animales bravos sacan piedra bezar en estos tiempos; en los míos no se imaginaban tal. Hay gatos cervales que llaman *ozcollo*; son de dos o tres diferencias. Hay zorras mucho menores de las de España: llámanles *átoc.* Otros anima-

lejos hay pequeños, menores que gatos caseros; los indios les llaman *añas* y los españoles *zorrina;* son tan hediondos, que si como hieden olieran fueran más estimados que el ámbar y el almizcle, andan de noche por los pueblos, y no basta que estén las puertas y ventanas cerradas para que deje de sentirse su hedor, aunque estén lejos cien pasos y más; hay muy pocos, que si hubiera muchos, atosigaran al mundo. Hay conejos caseros y campestres, diferentes los unos de los otros en color y sabor. Llámanles *coy*; también se diferencian de los de España. De los caseros han traído a España, pero danse poco por ellos; los indios, como gente pobre de carne, los tienen en mucho y los comen por gran fiesta. Otra diferencia de conejos hay, que llaman *vizcacha;* tienen cola larga, como gato; críanse en los desiertos donde hay nieve, y no les vale, que allá van a matarlos. En tiempo de los Reyes Incas y muchos años después (que aun yo lo alcancé), aprovechaban el pelo de la vizcacha y lo hilaban de por sí, para variar de colores la ropa fina que tejían. El color que tiene es pardo claro, color de ceniza, y él es de suyo blando y suave; era cosa muy estimada entre los indios; no se echaba sino en la ropa de los nobles.

DE CUATRO RIOS FAMOSOS Y DEL PESCADO QUE EN LOS DEL PERU SE CRIA

Olvidado se me había hacer relación del pescado que los indios del Perú tienen de agua dulce en los ríos que poseen, que, como es notorio, son muchos y muy grandes, de los cuales nombraremos cuatro, los mayores y no más, para no causar hastío al que lo oyere. El que llaman Río Grande, y por otro nombre el de la Magdalena, que entra en la mar entre Cartagena y Santa Marta, tiene de boca, según la carta de marear, ocho leguas; nace en las sierras y cordilleras del Perú. Por la furia con que corre, entra diez o doce leguas la mar adentro, rompiendo sus aguas, que no basta la inmensidad de ellas a resistir la ferocidad del río.

El de Orellana, que le llamamos así a diferencia del río Marañón, tiene, según la misma carta, cincuenta y cuatro leguas de boca, antes más que menos; y aunque algunos autores le dan treinta leguas de boca, y otros menos y otros cuarenta y otros setenta, me pareció poner la opinión de los mareantes, que no es opinión sino experiencia, porque a aquella república que anda sobre aguas de la mar le conviene no fiarse de opiniones, sino traer en las manos la verdad sacada en limpio; los que le dan las setenta leguas de boca la miden al sesgo, de la una punta de tierra a la otra, que están desiguales; porque la punta de la

mano izquierda del río entra en la mar mucho más que la punta de la mano derecha; y así, midiendo de punta a punta, porque están al sesgo, hay setenta leguas que algunos dicen con verdad; mas por derecho de cuadrado no hay más de cincuenta y cuatro leguas, como lo saben los pilotos. Las primeras fuentes de aquel famoso río nacen en el distrito llamado Cuntisuyu, entre el mediodía del Cuzco, que los marineros llaman sudoeste; pasa once leguas al poniente de aquella ciudad. Desde muy cerca de su nacimiento se deja vadear, porque lleva mucha agua y es muy raudo y va recogido entre altísimas sierras, que tienen, desde lo bajo hasta lo alto de sus nieves, trece, catorce y quince leguas y más de altura, casi a plomo. Es el mayor río que hay en el Perú; los indios le llaman Apurímac; quiere decir: el principal, o el capitán que habla, que el nombre *apu* tiene ambas significaciones, que comprende los principales de la paz y los de la guerra. También le dan otro nombre, por ensalzarle más, que es Cápac Mayu: *mayu* quiere decir río; *Cápac* es renombre que daban a sus Reyes; diéronselo a este río por decir que era el príncipe de todos los ríos del mundo. Retiene estos nombres hasta salir de los términos del Perú; si los sustenta hasta entrar en la mar, o si las naciones que viven en las montañas por do pasa le dan otro nombre, no lo sé. El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, por las muchas aguas del invierno, cayó sobre aquel río un pedazo de sierra tan grande, y con tanta cantidad de riscos, piedras y tierra, que le atravesó de una parte a otra y le atajó de manera que en tres días naturales no corrió gota de agua; hasta que la represa de ella sobrepujó la montaña que le cayó encima. Los que habitaban de allí abajo, viendo que un río tan caudaloso se había secado tan súbitamente, entendieron que se acababa el mundo. La represa subió catorce leguas el río arriba, hasta el puente que está en el camino real que va del Cuzco a la ciudad de Los Reyes.

Este río Apurímac corre del mediodía al norte más de quinientas leguas que hay por tierra, desde su nacimiento hasta la equinoccial; de allí revuelve al oriente y corre casi debajo de la equinoccial otras seiscientas y cincuenta leguas, medidas por derecho, hasta que entra en la mar, que con sus vueltas y revueltas más son de mil y quinientas leguas las que corre al oriente, según lo dijo Francisco de Orellana, que fue el que las navegó por aquel río abajo cuando fue con Gonzalo Pizarro al descubrimiento que llamaron de la Canela, como en su lugar diremos; las seiscientas y cincuenta leguas de poniente a oriente, sin las vueltas y revueltas del río, se las da la carta de marear, que, aunque no suelen los mareantes entremeterse en pintar las cosas de la tierra adentro, sino las del mar y sus riberas, quisieron salir de sus términos con este

río, por ser el mayor que hay en el mundo y por decir que no sin causa entra en la mar con la grandeza de setenta leguas de boca, y hace que con más de cien leguas en contorno sea mar dulce aquel golfo donde va a parar; de manera que conforme a la relación de Orellana (como lo atestigua Gómara, capítulo ochenta y seis), con las quinientas leguas que nosotros decimos, corre dos mil leguas con las vueltas que va haciendo a una mano y a otra; entra en la mar debajo de la equinoccial a plomo. Llámase Río de Orellana por este caballero que lo navegó, año de mil y quinientos y cuarenta y tres, aunque los que se llamaron Pinzones, naturales de Sevilla, lo descubrieron año de mil y quinientos.

El nombre que le pusieron, Río de las Amazonas, fue porque Orellana y los suyos vieron que las mujeres por aquellas riberas peleaban con ellos tan varonilmente como los hombres —que lo vimos en algunos pasos de nuestra historia de la *Florida*—, mas no porque haya amazonas en aquel río, que por valentía de las mujeres dijeron que las había. Hay muchas islas en aquel río, grandes y chicas; la marea de la mar sube por él más de cien leguas, y esto baste de aquel famoso emperador de los ríos.

El que llaman Marañón entra en la mar poco más de setenta leguas al mediodía del río de Orellana; está en tres grados al sur; tiene más de veinte leguas de boca; nace de los grandes lagos que hay a las espaldas del Perú, que es el oriente, y los lagos se hacen de las muchas aguas que salen de la gran cordillera de sierra nevada que hay en el Perú. Pues como estos dos ríos tan caudalosos entren en la mar tan cerca el uno del otro, se juntan las aguas de ellos, que no las divide el mar, y hacen que sea mayor el Mar Dulce y el Río Orellana quede más famoso, porque se las atribuyen a él todas; por esta junta de aguas sospecho yo que llaman Marañón al de Orellana, aplicándole el nombre también como las aguas; y de ambos ríos hacen uno solo.

Resta decir del río que los españoles llaman el Río de la Plata y los indios Parahuay. En otra parte dijimos cómo se impuso el nombre castellano y lo que significa el nombre indiano; sus primeras aguas nacen, como las del Marañón, en la increíble cordillera de sierra nevada que corre todo el Perú a la larga; tiene grandísimas crecientes, con que aniega los campos y los pueblos y fuerza a sus moradores que por tres meses del año vivan en balsas y canoas atadas a los pimpollos de los árboles, hasta que las crecientes se hayan acabado; porque no hay dónde parar. Entra en la mar en treinta y cinco grados con más de treinta leguas de boca; aunque la tierra se la estrecha a la entrada de la mar, porque ochenta leguas arriba tiene el río cincuenta leguas de ancho. De manera que juntando el espacio y anchura de estos cuatro ríos, se puede

decir que entran en la mar con ciento y treinta leguas de ancho, que no deja de ser una de las muchas grandezas que el Perú tiene. Sin estos cuatro ríos tan grandes, hay otra multitud de ellos, que por todas partes entran en la mar a cada paso, como se podrán ver en las cartas de marear, a que me remito, que, si juntasen, harían otros ríos mayores que los dichos.

Con haber tantas aguas en aquella tierra, que eran argumento de que hubiera mucho pescado, se cría muy poco, a lo menos en lo que es el Perú, de quien pretendo dar cuenta en todo lo que voy hablando, y no de otras partes. Créese que se cría tan poco por la furia con que aquellos ríos corren y por los pocos charcos que hacen. Pues ahora es de saber que eso poco que se cría es muy diferente del pescado de que se cría en los ríos de España; parece todo de una especie; no tiene escama, sino hollejo; la cabeza es ancha y llana como la del sapo, y por tanto tiene la boca muy ancha. Es muy sabroso de comer; cómenlo con su hollejo, que es tan delicado que no hay que quitarle. Llámanle *challua*, que quiere decir pescado. En los ríos que por la costa del Perú entran en la mar, entra muy poco pescado de ella, porque los más de ellos son medianos y muy raudos, aunque de invierno no se dejan vadear y corren con mucha furia.

En la gran laguna Titicaca se cría mucho pescado, que, aunque parece que es de la misma forma del pescado de los ríos, le llaman los indios *suchi*, por diferenciarle del otro. Es muy gordo, que para freírle no es menester otro graso que el suyo; también se cría en aquel lago otro pescadillo que los castellanos llaman *bogas*; el nombre de los indios se me ha olvidado; es muy chico y ruin, de mal gusto y poco talle y, si no me acuerdo mal, tiene escama; mejor se llamara *harrihuelas*, según es menudo. Del un pescado y del otro se cría en abundancia en aquel gran lago, porque hay dónde extenderse y mucho que comer en las horruras que llevan cinco ríos caudalosos que entran en él, sin otros de menos cuenta y muchos arroyos. Y esto baste de los ríos y pescados que en aquella tierra se crían.

[1605]

BERNABE COBO

EL PEJE-UNICORNIO

EN LA TRAVESÍA de mar que se pasa navegando de Panamá a este reinado del Perú sucedió, hacia los años de 1610, que, viniendo navegando un navío, le dio tan terrible golpe un pez extraño y de grandeza descomunal que, pensando los que venían en él que había topado en algún bajío, se tuvieron por perdidos. Vieron luego ensangrentada el agua de la mar, y el pez que se había encontrado con el navío, muerto y sobreaguado. No supieron por entonces lo que era hasta que, acabado el viaje, al descargar la nao, hallaron un cuerno fortísimo clavado en su costado, que lo había pasado todo y entraba dentro un palmo, que también había clavado en un barril de herraje que estaba arrimado al costado del navío. El cual cuerno se le tronchó al pescado cuando lo clavó en el navío, y fue gran providencia de Dios y misericordia que usó con aquella gente, porque, si el pez sacara el cuerno, no hay duda sino de por el horado que hizo se anegara el navío y se ahogaran cuantos en él venían.

No se sabe qué especie de bestia marina sea ésta, y por la semejanza en el cuerno al *unicornio,* le damos este nombre.

[c. 1610]

PEDRO MERCADO

VARIOS GENEROS DE HORMIGAS, UNAS QUE CAUSAN GUSTO Y OTRAS QUE DAN PESADUMBRE

CUANDO RESUENAN muchos truenos por el aire (que en estas tierras es ordinariamente por noviembre) parece que tocan a que salgan de debajo de la tierra volando al aire unas hormigas grandes, algo mayores que avellanas. Estas hormigas son gustosas tanto al paladar de los indios que nacieron en las montañas, como a los españoles forasteros que se han avecindado en ellas. La prevención para comerlas es tostarlas al fuego. Para este efecto, cuando al anochecer las ven revolotear las derriban a golpes de ramas en el suelo y luego las van recogiendo. Usan también ardid para cazarlas, y es hacer cerca de la madriguera de donde salen una barbacoa baja donde e encaraman para huir de otras hormigas bravas y de las víboras que también acuden a buscar las hormigas para tener que comer. Los que se ponen encima de la barbacoa encienden mechones de paja, a cuya luz vuelan las hormigas y su llama les quema las alas, y así van cayendo sobre unas mantas que tienen tendidas en el suelo para recoger y llevar a su casa la presa. En las cogidas y muertas se verifica nuestro refrán castellano: *que a la hormiga por su mal nacen alas para volar;* pero no así en otras que habiendo volado espantadas hacia lo bajo les da más alas el temor, y cogiendo un vuelo alto se huyen a otra parte distante del lugar donde las persiguen, y abriendo en la tierra una nueva madriguera se entran a desovar escondidas y a hacer fecundas y diligentes una nueva cría de innumerables hormigas.

A estas hormigas y diligentes que son útiles a los montañeses, exceden muchas especies e individuos de otras hormigas dañosas conque se ve que es verdad que abunda más lo malo que lo bueno así en este valle de lágrimas como en aquellas montañas de aflicciones. Unas hormigas hay grandes a quienes los mainan tienen puesto este nombre: Rey. El dolor que con su picada dejan, dura por espacio de veinticuatro horas, y en algunos de los mordidos suelen causar una grande calentura. Otras hay casi invisibles por pequeñas, pero son muy sensibles porque dejándose rodar por los cuerpos dejan un ardor conque se abrasan por un rato. Las hormigas que llaman Arrieras, no dejan de morder tal vez, pero más daño hacen con sus acarreos. Son sin cuento las que salen de

sus cuevecillas y van pelando todos los géneros de plantas, quitándoles las hojas conque vuelven cargadas de esta provisión para sus trojes. Y si estas hormigas son dañosas a las sementeras del campo, también hay otras muy perjudiciales a las fábricas de las casas: llámense comejenes, porque van comiendo los maderos en que estriban los techos, no contentándose con sólo comer los panales que se crían en ellos con que suelen dar al traste y en el suelo con las casas o chozas de las viviendas, y lo peor es que suelen roerse los libros y hacer pedazos la ropa. Otras hormigas hay blancas que son más voraces que los mismos comejenes.

[c. 1.610]

JOSE GUMILLA

LOS CAIMANES

AQUELLA trompa feroz y berrugosa, toda negra y de duro hueso, con quijadas, que las he medido, de cuatro palmos, y algunas algo más; aquel laberinto de muelas, duplicadas las filas arriba y abajo, y tantas, no sé si diga navajas aceradas, dientes o colmillos; aquellos ojos, resaltados del casco, perspicaces y maliciosos, con tal maña, que sumida toda la corpulenta bestia bajo del agua, saca únicamente la superficie de ellos para registrarlo todo sin ser visto; aquel dragón de cuatro pies horribles, espantoso en tierra y formidable en el agua, cuyas duras conchas rechazan a las balas, frustrándoles el ímpetu, y cuyo cerro de broncas y desiguales puntas, que le afea el lomo y la cola de alto abajo, publica que todo él es ferocidad, saña y furor; por lo cual no hallo términos que expliquen la realidad de las especies que de este infernal monstruo retengo concebidas.

La dicha de los hombres es que no todos los caimanes son carniceros ni de suyo se alimentan de otra cosa que con pescado, y no siempre le tienen a mano; porque, pesado el caimán, de tardo movimiento, y temerosos y aún escarmentados de su ferocidad los peces, se le pasan los días sin pillar alguno; digo ésto, porque, desentrañando algunos después de muertos, rara y casi ninguna vez les hallé en el estómago comida alguna; lo que todos, sí tienen en el fondo del ventrículo es un gran canasto de piedras menudas muy lisas y lustrosas, amolándose con la agitación unas a otras. Procuré averiguar este secreto y las causas de este lastre, y hallé que cada nación de indios tiene su opinión en la materia, y que todos tiran a adivinar, sin saberse quién acierta. El parecer que más me cuadró es el de los indios otomacos, mortales enemigos de los caimanes por muy amigos de su carne, de que luego hablaremos. Dicen aquellos indios que, cuando va creciendo el caimán, va reconociendo dificultad en dejarse aplomar al fondo del río, sobre cuyas arenas duerme cubierto de todo el peso de las aguas que sobre él corren; y que guiado de su instinto recurre a la playa y traga tantas piedras cuantas necesita para que con su peso le ayuden a irse al fondo, que busca para su descanso; de lo que se infiere que cuanto más crece, de más piedras necesita para su lastre y contrapeso, por lo que en los caimanes grandes se halla, como dije, su vientre recargado con un canasto de piedras.

LOS CARIBES

Otra plaga fatal que voy a referir es la de los guacaritos, a quienes los indios llaman muddé, y los españoles, escarmentados de sus mortales y sangrientos dientes, llamaron y llaman hasta hoy caribes. Contra éstos el único remedio es apartarse con todo cuidado y vigilancia de su voracidad y de su increíble multitud; tanta aquélla y tal ésta, que antes que pueda el desgraciado hombre que cayó entre ellos hacer diligencia para escaparse, se lo han comido por entero, sin dejar más que el esqueleto limpio. Y es cosa digna de saberse que el que está sano y sin llaga o herida alguna bien puede entrar y nadar entre innumerables guacaritos (si sabe espantar las sardinas bravas), seguro y sin el menor sobresalto; pero si llega a tener algún rasguño de espina o de otra cosa por donde se asome una sola gota de sangre, va perdido sin remedio; tal es su olfato para conocer y hallar la sangre.

Esta mala casta abunda en el Orinoco, en todos los ríos que a él bajan y en todos los arroyos y lagunas; y porque ellos, como queda dicho, no saben abrir brecha, si no la hallan, hay con ellos otra multitud innumerable de sardinitas de cola colorada, sumamente atrevidas y golosas, las cuales lo mismo es poner el pie en el agua que ponerse a ellas a dar mordiscos y abrir camino a los voraces guacaritos, sus compañeros. Esta es la causa por la cual los indios, cuando se ven precisados a vadear por falta de canoa algún río mediano, pasan dando brincos y aporreando el agua con un garrote, a fin de que se espanten y aparten así las sardinas y rayas como los guacaritos, cuyos dientes son tan afilados, que los indios quirrubas y otros que andan sin pelo, se lo cortan, sirviéndose, en lugar de tijeras, de las quijadas de los guacaritos, cuya extremidad, afianzada con una amarra que ajusta la quijada de arriba con la de abajo, forma las tijeras de que usan.

LAS TORTUGAS

Luego que, al bajar el río Orinoco, empieza a descubrir sus primeras playas por el mes de febrero, empiezan a salir también las tortugas a enterrar en ellas sus nidadas de huevos. Primero salen las que se llaman *terecayas,* pequeñas, que apenas tienen una arroba de peso; ponen éstas veintidós y, a veces, veinticuatro huevos, como los de gallina, pero sin cáscara; en lugar de ésta, están cubiertos con dos membranas, una tierna y otra más doble. Entre estas terecayas salen a poner también todas aquellas tortugas que el año antecedente no hallaron playa

para esconder la nidada, o no les dieron lugar las otras tortugas por su multitud. Estas tortugas grandes, que en llegando a tener tres años pesan dos arrobas sin falta, como lo he experimentado yo con la romana, ponen cada una sesenta y dos, y de ordinario sesenta y cuatro huevos redondos, mayores que los de las terecayas, de membrana tan fuerte, que los indios juegan con ellos a la pelota en las playas, también se apedrean con ellos por modo de juego; en cada nidada de éstas se halla un huevo mayor que los otros, y de él sale el macho, y el resto de la nidada son hembras.

Las tortugas, temerosas del sol, que las suele su calor dejar muertas en las playas, salen a los principios de noche a poner sus nidadas; pero entrando el tiempo, es tanto el concurso de ellas, que una multitud que salió impide el paso a que salgan otras innumerables, que, con sola la cabeza fuera del agua, están esperando oportunidad para salir; y así luego que ven paso, salen a descargar de un golpe todos los huevos, cuya carga no pueden tolerar sin gran trabajo, sin reparar en el sol y calor, que les cuesta a muchas la vida.

Tres cosas curiosas tengo reparadas en las nidadas de las tortugas: la primera, que después de cavar con gran trabajo el hoyo en que dejan de una vez todos los huevos, tienen grande industria en taparlos, de modo que por ninguna seña se pueda conocer que allí hay nidada; para esto dejan el suelo igual con lo restante de la playa; y para que la huella y señales que con los pies dejan en la arena no sirva de guía, pasan una y muchas veces por encima del sitio de la nidada, y dan muchas vueltas al contorno, para confundir la señal; pero en vano, porque donde hay huevos, como la arena quedó fofa, al pasar, se hunde el pie, y por esta seña se hallan los huevos a los principios; pero después, en la fuerza del poner todas, ya no hay que andar buscando; porque en los mismos arenales en que pusieron las primeras ponen las segundas y terceras, y más; tantas y tanto, que, al cavar estas últimas e intermedias para poner los huevos, ya entre la arena sacan otros, y así todo queda inundado de huevos a montones. Donde quiera que los indios escarben, hallan con toda abundancia cuantos quieren.

La segunda curiosidad que tengo observada, poniendo un palo clavado junto a la nidada recién puesta, es que a los tres días cabales ya están no sólo avivados y empollados los huevos, sino también se hallan los tortuguillos fuera de los cascarones; ¡Tanta es la fuerza del sol y la intensión del calor que por sus rayos reciben aquellos arenales!

La tercera cosa que noté es que, ya salidas de sus cáscaras las tortuguitas, que son por entonces del tamaño de un peso duro, no salen

de día fuera de su cueva; ya les avisó la naturaleza que si salen de día, el calor del sol las ha de matar, y las aves de rapiña se las han de llevar; salen, pues, con el silencio y fresco de la noche; y lo que me causó más admiración es que, aunque la cuevecilla de donde salen esté media legua, o más, distante del río, no yerran el camino, sino que vía recta se van al agua.

PECES PONZOÑOSOS

Fuera de esto, nadie debe vadear el río ni laguna de poca agua, ni andar por las orillas de río grande, dentro del agua, sin llevar en la mano un bastón, picando con él la arena donde se han de sentar los pies; porque todos los ríos, arroyos y lagunas de tierra caliente tienen *rayas,* cubiertas con arena; éstas son unos animales redondos y planos al modo de un plato grande, y llegan a crecer disformemente; tienen el pecho contra el suelo y en medio de él tienen la boca, pegada siempre contra la arena o tierra, de cuyo jugo se mantienen; en la parte inferior tienen cola, bastante larga y armada con tres o cuatro púas o aguijones de hueso firme y de punta muy aguda; y lo restante hasta la raíz con dientecillos de sierra muy sutiles y firmes.

Estas púas venenosas buscan los indios y las encajan con firmeza en las puntas de sus flechas de guerra, y la herida es fatal y difícil de curarse por el veneno de la púa. Luego que la raya siente ruido, juega su cola y la encorva al modo que con la suya lo ejecuta el alacrán, y sin perder la púa hiere a quien la va a pisar sin saberlo, por estar ella siempre oculta entre la arena. El que va caminando con su bastón, picando el terreno por donde ha de pasar, va seguro, porque si hay rayas al sentir el palo se apartan.

Ahora es de saber que por recia que sea la herida de la raya no arroja gota alguna de sangre; porque el frío de aquella púa venenosa la cuaja, o porque la misma sangre, a vista de su contrario, velozmente se retira.

Otra plaga fatal que voy a referir es la de los guacaritos, a quienes los indios llaman muddé, y los españoles, escarmentados de sus mortales y sangrientos dientes, llamaron y llaman hasta hoy caribes. Contra éstos el único remedio es apartarse con todo cuidado y vigilancia de su voracidad y de su increíble multitud; tanta aquélla y tal ésta, que antes que pueda el desgraciado hombre que cayó entre ellos hacer diligencia para escaparse, se lo han comido por entero, sin dejar más que el esqueleto limpio. Y es cosa digna de saberse que el que está sano y sin llaga o herida alguna bien puede entrar y nadar entre innumerables guacari-

tos (si sabe espantar las sardinas bravas), seguro y sin el menor sobresalto; pero si llega a tener algún rasguño de espina o de otra cosa por donde se asome una sola gota de sangre, va perdido sin remedio; tal es su olfato para conocer y hallar la sangre.

Esta mala casta abunda en el Orinoco, en todos los ríos que a él bajan y en todos los arroyos y lagunas; y porque ellos, como queda dicho, no saben abrir brecha, si no la hallan, hay con ellos otra multitud innumerable de sardinitas de cola colorada, sumamente atrevidas y golosas, las cuales lo mismo es poner el pie en el agua que ponerse ellas a dar mordiscos y abrir camino a los voraces guacaritos, sus compañeros. Esta es la causa por la cual los indios, cuando se ven precisados a vadear por falta de canoa algún río mediano, pasan dando brincos y aporreando el agua con un garrote, a fin de que se espanten y aparten así las sardinas y rayas como los guacaritos, cuyos dientes son tan afilados, que los indios quirrubas y otros que andan sin pelo, se lo cortan, sirviéndose, en lugar de tijeras, de las quijadas de los guacaritos, cuya extremidad, afianzada con una amarra que ajusta la quijada de arriba con la de abajo, forma las tijeras de que usan.

Otro pez hay en las bocas del Orinoco y costas de la isla de la Trinidad y en las del golfo Triste, que llaman *tamborete*. A éste, cuando cae en la red, luego le arrojan otra vez los pescadores, porque a algunos que incautos le han comido luego se les ha hinchado horriblemente el vientre y han muerto. Doy las señas de él para que sea conocido: no crece mucho; el mayor no llega a ocho onzas de peso; no es pez de escama, sino de pellejo, más grueso de lo que pedía su longitud; el lomo casi morado, y la barriga blanca.

El pez *espada* piensa neciamente que la canoa que pasa navegando es algún animal que va en su alcance, y luego saca la cabeza y en ella su espada, no de dos filos, sino de dos sierras, y da tal tajo a la débil canoa que la pone a pique de trabucarse. Si es la canoa vieja, le suele sacar una buena astilla, y si es nueva suele dejar la mitad de su espada encajada en el bordo y se va medio desarmado. El se hace respetar de todo el vulgo de los peces por su espada, y hasta los caimanes, manatíes y bagres procuran evitar su encuentro. ¡Mucho más cuidado deben tener los hombres para librarse de su furiosa ira y fatal golpe!

Desde las bocas del Orinoco, por todo el golfo Triste, hasta las bocas de los Dragos, se cría el pez *manta*, de quien huyen a remo y a vela así las piraguas de los pescadores como las de los pasajeros. Se cree que es pez, aunque no tiene trazas de ello; es un témpano cuajado, tan ancho, que luego que se arrime a la canoa la cubre en gran parte y con la canoa y gente de ella se va a pique de ordinario.

No he visto este monstruo; pero navegando por dicho golfo Triste el año de 1731 y 1732, vi y oí el sobresalto de los marineros y el miedo grande que tenían de dar con una de estas mantas, que tan fieramente arropan y abarcan tanto buque cuanto parece increíble. De los buzos o pescadores de los pesqueros de perlas he oído a personas fidedignas que entran al fondo con un puñal en la mano para defenderse de dichas mantas, que al primer piquete se retiran.

Bagre armado se llama otro pez de que abundan mucho aquellos ríos, a distinción de otros bagres, de muy buen sabor al paladar, que no tienen armas ni ofensivas ni defensivas. Dicho bagre armado, desde los huesos en que se ajustan contra el cuerpo sus agallas hasta la extremidad de la cola, tiene por cada costado una fila de uñas de hueso muy agudas y parecidas a las uñas del águila real; nada con la velocidad de un rayo, y a los peces, caimanes, hombres o a cualquiera animal a que se arrima de paso, le deja destruido e incapaz de vivir. Sus carnes no se pueden comer por estar todas penetradas de almizcle intolerable.

El pez *temblador* se llama así porque hace temblar a cuantos le tocan, aunque no sea inmediatamente, sino mediante una lanza o caña de pescar, por otro nombre torpedo, por el torpor que causa. Se parece en la hechura a las anguilas y crece mucho más que ellas; los he visto del grueso de un muslo y de más de una brazada de largo; sólo en los lomos tiene carne muy gustosa, pero muy llena de espinas que rematan en horqueta; el resto de su cuerpo todo es manteca muy blanca; no tiene agallas y en su lugar tiene dos como orejas de color rosado, y en ellas reside la mayor actividad para entorpecer; tanto, que después de muerto le manosean y cortan los indios para poner en la olla o para asar, sin sentir ya temblor; pero si le tocan las orejas, todavía tiemblan y se entorpecen. Todo su cuerpo es sólido, menos un corto jeme más abajo de la boca, donde no se halla tripa alguna, sino sólo el buche e inmediatamente el desaguadero de las heces. En el charco o remanso del río donde ellos andan no paran ni caimanes ni otros peces grandes por el miedo que tienen a los tembladores. El modo para pescar los peces medianos es arrimarse a ellos de paso, los atonta y se los traga a su gusto; pero más gustan de las sardinas menudas, y es curioso el modo con que las pescan y es que, en reconociéndolas, las va siguiendo hasta cerca de la barranca, y al punto hace de su cuerpo un semicírculo, fijando la cabeza y la punta de la cola contra la barranca; y todas aquellas sardinas que tocó al formarse, y las que, pretendiendo salir del semicírculo, tocan con él, todas se quedan entorpecidas y boca arriba tanto tiempo cuanto ha menester para engullírselas todas; digo engullir, porque no tiene dientes.

La *payara* es de los peces más hermosos de aquellos ríos, y de buen sabor, y algunos llegan a crecer tanto que pesan veinticinco y más libras; pero por más que crezcan dan unos brincos de más de una vara fuera del agua, y si alguno de los que van en canoa tiene jubón, ceñidor o ropa colorada en el cuerpo, da la payara el salto, y queda colgando de la ropa que mordió. Estos pescan sin anzuelo; su golosina es la soga, y sus largos y agudos colmillos el anzuelo con que pierden su vida. El modo de pescarlos es: atan en la punta de un palo un retazo de bayeta o sarga colorada y se la van mostrando o desde la orilla del río o desde la canoa, y van saltando y prendiéndose, como dije; porque fuera de su dentadura, que es larga y sutil, los colmillos de la quijada inferior son tan largos, que por los conductos que Dios les hizo por entre la cabeza les van a salir las puntas junto a los ojos, por lo cual cierran como con llave, y siendo la ropa lo que muerde, como no puede cortarla del todo, queda aprisionado con sus propias armas. Al contrario sucede cuando de repente da un salto y al pobre indio que va remando o pescando desnudo (según su costumbre) de improviso le arranca un pedazo de carne de la pierna o de un muslo, lo que sucede muchas veces.

[c. 1716]

TIERRA FIRME

GONZALO JIMENEZ DE QUESADA

EL NUEVO REINO DE GRANADA

LOS DEL NUEVO REINO, que son las dos provincias de Bogotá y Tunja, es gente menos belicosa, pelean con gran grita y voces. Las armas con que pelean son unas flechas tiradas con unas tiraderas como a viento sobre brazo: otros pelean también con macanas, que son unas espadas de palmas pesadas, juéganlas a dos manos y dan gran golpe. También pelean con lanzas, así mismo de palma de hasta dieciséis o diecisiete palmas tostadas, agudas a la punta. En sus batallas tienen cuna, cosa extraña que a los que han sido hombres afamados en la guerra y son ya muertos les confeccionan el cuerpo con ciertas unturas que queda todo el armazón entero sin despegarse; a éstos los traen después en las guerras, así muertos, cargados a las espaldas de algunos indios para dar a entender a los otros qué pelean como aquéllos pelearon en su tiempo, pareciéndoles que la vista de aquellos les ha de poner vergüenza para hacer su deber. Así, cuando las batallas primeras que con los españoles hubieron, venían a pelear con muchos de aquellos muertos a cuestas. Los panches es gente muy valiente, andan desnudos en carnes si no son sus vergüenzas. Pelean con más fuertes armas que los otros, porque pelean con arcos y flechas y lanzas muy mayores que las de los moscas. Pelean asimismo con hondas, pelean con paveses y macanas, que son sus espadas, y con todo este género de armas pelea cada uno de ellos de esta manera. Tienen unos grandes paveses que los cubren de pies a cabeza de pellejos de animales forrados, y el forro está hueco y en aquel hueco del forro traen todas las armas ya dichas y, si quieren pelear con lanza, sácanla del hueco del pavés donde la tiene atravesada; si se cansan de aquella arma, sacan del mismo hueco el arco las flechas o lo que quieren y échanse el pavés a las espaldas, que es liviano por ser de cuero; otras en lo delante para defenderse, cuando es menester, pelean callando, al revés de los otros. Tienen estos panches una costumbre en la guerra también extraña, que nunca envían a pedir paz, ni tratan acuerdo con sus enemigos sino por vía de mujeres, pareciéndoles que ellas no se les puede negar cosa, y que para poner en paz los hombres tienen ellas más fuerzas para que se hagan sus ruegos.

Cuanto a la vida, costumbres, religión y las otras cosas de estos indios del dicho Nuevo Reino, digo que la disposición de esta gente es

la mejor que se ha visto en Indias, especialmente las mujeres tienen buena hechura de rostros y bien figurados, no tienen aquella manera y desgracia de otras indias que habemos visto, ni aun son en el color tan morenos ellos y ellas, como los de las otras partes de Indias. Sus vestidos de ellos y de ellas son mantas blancas y negras y de diversos colores, ceñidas al cuerpo que las cubren desde los pechos hasta los pies y otras encima de los hombros en lugar de capas y mantos, y así andan cubiertos todos. En las cabezas traen comúnmente unas guirnaldas hechas de algodón con unas rosas de diferentes colores de lo mismo, que les viene a dar enderezo de la frente. Algunos caciques principales traen unas cofias de red algunas veces. Esta tierra, como está dicho, es fría pero tan templadamente que no da el frío enojo alguno, ni deja de saber bien la lumbre cuando se llega a ella; todo el año es de esta manera uniforme, porque, aunque hay verano y se agosta la tierra, no es para que se haga notablemente diferencia del verano al invierno. Los días son iguales de las noches por todo el año por estar tan cerca de la Línea. Es tierra en extremo sana sobre todas cuantas se han visto. Las maneras de estas casas y edificios, aunque son de manera cubierta de un heno largo que allá hay, son de la más extraña hechura y labor que se ha visto, especialmente la de los caciques y hombres principales, porque son a manera de alcázares, con muchas cercas alrededor, de la manera que acá suelen pintar el Laberinto de Troya. Tienen grandes patios las casas de muy grandes molduras y de bulto y también pinturas por toda ella. Las comidas de estas gentes son las de otras partes de Indias y algunas más, porque su principal mantenimiento es maíz y yuca; sin esto, tienen otras dos o tres maneras de plantas de que se aprovechan mucho para sus mantenimientos que son unas a manera de turmas de tierra que llaman *yomas* y otras maneras de nabos que llaman *cubias,* que echan en sus guisados y les es gran mantenimiento. Sal infinita, porque se hace allí en la misma tierra de Bogotá de unos pozos que hay salados en aquella tierra donde se hacen grandes panes de sal, y en grandes cantidades, la cual, por contratación, por muchas partes, especialmente por las sierras de Opón va a a dar al Río Grande, como ya está dicho. Las carnes que comen los indios en aquesta tierra son venados de que hay infinidad, en tanta abundancia que los basta a mantener como acá los ganados. Así mismo comen unos animales a manera de conejos, de que también hay muy gran cantidad que llaman ellos *fucos*. Y en Santa Marta y en la costa de la mar también hay y los llaman *curíes*. Aves hay pocas tórtolas, hay algunos ánades de agua, hay mediana copia de ellas que se crían en las lagunas, que hay por allí muchas. Pescado se cría en los ríos y lagunas, que hay en aquel reino.

Y aunque no es en gran abundancia, es lo mejor que se ha visto sólo un género de pescado, y no grande, sino de un palmo y de dos y de aquí no pasan, pero es admirable cosa de comer.

...En lo de los muertos, entiérranles de dos maneras: métenlos entre unas mantas, muy liados, sacándoles primero las tripas y lo demás de las barrigas, y hinchándoselas de su oro y esmeraldas y sin esto les ponen, también, mucho oro por de fuera a raíz del cuerpo; encima, todas las mantas liadas y hacen unas como camas grandes un poco altas del suelo y en unos santuarios que sólo para esto de muertos tienen dedicados, los ponen y se los dejan allí encima de aquellas camas sin entierra para siempre, de lo cual después no han habido poco provecho los españoles. La otra manera de enterrar muertos es en el agua, en lagunas muy grandes, metidos los muertos en ataúdes de oro, si tal es el indio muerto, y dentro del ataúd el oro que puede caber y más las esmeraldas que tienen puestas allí dentro del ataúd con el muerto, lo echan en aquellas lagunas muy hondas en lo más hondo de ellas. Cuanto a la inmortalidad del alma, créenla tan bárbara y confusamente que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que acá no ha sido malo sino bueno, que después de muerto tienen muy gran descanso y placer, y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo porque le están dando azotes. Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra dicen que éstos, aunque han sido malos, por sólo aquello, están con los buenos descansando y holgando, y así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto se van derecho a descansar y a holgar, por sólo aquella voluntad que han tenido de ensancharse y acrescentar la *res pública,* aunque antes hayan sido malos y ruines.

[c. 1536]

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

COSTUMBRES DE CUMANA

LOS DE ESTA TIERRA son de su color; van desnudos, si no es el miembro, que atan por dentro o que cubren con cuellos de calabazas, caracoles, cañas, listas de algodón y canutillos de oro. En tiempo de guerra se ponen mantas y penachos; en las fiestas y bailes se pintan o tiznan o se untan con cierta goma o ungüento pegajoso como liga, y después se empluman de muchos colores, y no parecen mal los tales emplumados. Córtanse los cabellos por empar del oído; si en la barba les nace algún pelo, arráncanselo con espinzas, que no quieren allí ni en medio del cuerpo pelos, aunque de suyo son desbarbados y lampiños. Précianse de tener muy negros los dientes, y llaman mujer al que los tiene blancos, como en Curiana, y al que sufre barba, como español, animal. Hacen negros los dientes con zumo o polvo de hojas de árbol, que llaman ahí, las cuales son blandas como de terebinto y hechura de arrayán. A los quince años, cuando comienzan a levantar la cresta, toman estas yerbas en la boca, y tráenlas hasta ennegrecer los dientes como el carbón; dura después la negrura toda la vida, y ni se pudren con ella ni duelen. Mezclan este polvo con otro de cierto palo y con caracoles quemados, que parece cal, y así abrasa la lengua y labios al principio. Guárdanlo en espuertas y cestas de caña y verga, para vender y contratar en los mercados, que de muy lejos vienen por ello con oro, esclavos, algodón y otras mercaderías. Las doncellas van de todo punto desnudas; traen senogiles muy apretados por debajo y encima de las rodillas, para que los muslos y pantorrillas engorden mucho, que lo tienen por hermosura; no se les da nada por la virginidad. Las casadas traen zaragüelles o delantales; viven honestamente; si cometen adulterio, llevan repudio; el cornudo castiga a quien lo hizo. Los señores y ricos hombres toman cuantas mujeres quieren; dan al huésped que a su casa viene la más hermosa; los otros toman una o pocas. Los caballeros encierran sus hijas dos años antes que las casen, y ni salen fuera, ni se cortan el cabello durante aquel encerramiento. Convidan a las bodas a sus deudos, vecinos y amigos. De los convidados, ellas traen la comida, y ellos la casa. Digo que presentan ellas tantas aves, pescado, frutas, vino y pan a la novia, que basta y sobra para la fiesta; y ellos traen tanta madera y paja, que hacen una casa donde meter los novios. Bailan

y cantan a la novia mujeres, y al novio hombres; corta uno los cabellos a él, y una a ella, por delante solamente, que por detrás no les tocan. Atavíanlos muy bien, según su traje; comen y beben hasta emborrachar. En siendo noche dan al novio su esposa por la mano, y así quedan velados; éstas deben ser las mujeres legítimas, pues las demás que su marido tiene las acatan y reconocen. Con éstas no duermen los sacerdotes, que llaman piaches, hombres santos y religiosos, como después diré, a quien dan las novias a desvirgar, que lo tienen por honrosa costumbre. Los reverendos padres toman aquel trabajo por no perder su preminencia y devoción, y los novios se quitan de sospecha, queja y pena. Hombres y mujeres traen a jorcas, collares, arracadas de oro y perlas si las tienen, y si no, de caracoles, huesos y tierra, y muchos se ponen coronas de oro o guirnaldas de flores y conchas. Ellos traen unos anillos en las narices, y ellas bronchas en los pechos, con que a prima vista se diferencian. Corren, saltan, nadan y tiran un arco las mujeres tan bien como los hombres, que son en todo diestros y sueltos. Al parir no hacen aquellos extremos que otras, ni se quejan tanto; aprietan a los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodón para ensancharles la cara, que lo tienen por hermosura. Ellas labran la tierra y tienen cuidado de la casa; ellos cazan o pescan cuando no hay guerra, aunque a la verdad son muy holgazanes, vanagloriosos, vengativos y traidores; su principal arma es flecha enherbolada. Aprenden de niños, hombres y mujeres a tirar al blanco con bodoques de tierra, madera y cera. Comen erizos, comadrejas, murciélagos, langostas, arañas, gusanos, orugas, abejas y piojos crudos, cocidos y fritos. No perdonan cosa viva por satisfacer a la gula, y tanto más es de maravillas que coman semejantes sabandijas y animales sucios cuando tiene buen pan y vino, frutas, peces y carne.

El agua del río Cumaná engendra nubes en los ojos; y así ven poco los de aquella ribera, o que lo haga lo que comen. Cierran los huertos y heredades con un solo hilo de algodón, o bejuco que llaman, no en más alto que a la cintura. Es grandísimo pecado entrar en tal cercado por encima o por debajo de aquella pared, y tienen creído que muere presto quien la quebranta.

[c. 1552]

SIR WALTER RALEIGH

LOS EWAIPANOMA QUE TIENEN LOS OJOS EN LOS HOMBROS

TAMBIÉN mandé al capitán Whiddon, a W. Connocke y a unos ocho arcabuceros a ver si encontraban algún mineral en las orillas del río. Una vez alcanzadas las cimas de las primeras colinas que se elevaban en la llanura que bordeaba al río, contemplamos aquella asombrosa brecha por donde corría el *Caroní*. Desde allí pudimos ver cómo el río se dividía en tres brazos en una longitud de más de veinte millas; y aparecieron ante nuestra vista unas diez o doce cataratas, escalonadas unas tras otras y cada una tan alta como la torre de una iglesia. Sus aguas caían con tal furia que sus salpicaduras cubrían todo el paraje de una fina lluvia que al principio nos pareció una inmensa humareda que subía desde algún pueblo grande.

Por mi gusto, siendo como soy tan mal caminante, hubiéramos vuelto al barco; pero los demás sentían tantas ganas de acercarse al lugar donde se producían los extraños truenos del agua que me convencieron poco a poco; y así llegamos al valle siguiente, donde lo pudimos ver mejor. Nunca he contemplado un paisaje más hermoso ni vistas más alegres: colinas que se levantaban aquí y allá sobre el valle; el río serpenteado en diversos brazos, con las planicies contiguas desprovistas de matas y de maleza; todo cubierto de hierba verde y fina y con un suelo de arena dura, cómodo para caminar a caballo o a pie; venados que cruzaban cada sendero; pájaros que al atardecer cantaban en todos los árboles sus mil canciones distintas; grullas y garzas blancas, rojas y carmesí, que parloteaban en las orillas. El aire fresco soplaba en forma de una ligera brisa del Este, y cada piedra que cogíamos semejaba, por su color, ser de oro o de plata. Su Señoría verá muchas variedades y espero que haya algunas que no tendrán igual bajo el Sol. Para arrancarlas sólo disponíamos de nuestros cuchillos y dedos. Las rocas son como las de aquel mineral que antes mencioné y tan duras o más que el pedernal. Sus vetas se encuentran a una o dos brazas en el interior de las rocas. Pero carecíamos de todas las cosas necesarias, salvo nuestro gran deseo y nuestra buena voluntad, para haber obtenido más. En resumen, cuando las otras dos partidas volvieron, cada una trajo varias piedras que parecían prometedoras, pero las hallaron es-

parcidas por el suelo. Eran por lo general solamente doradas, sin ninguna cantidad de oro en su interior; pero los que no tenían conocimiento ni experiencia guardaban todo lo que brillaba, y era imposible convencerles de que únicamente por el lustre que tenían, no eran valiosas. Las trajeron, junto con las *Marquesite de Trinidad,* dándolas a ensayar en muchos sitios, extendiéndose así la creencia de que todo lo demás que había en la Guayana era igual. Sin embargo, más tarde, enseñé algunas de las mías a un español de *Caracas* y me dijo que eran la *madre del oro* y que la mina estaría en la tierra a más profundidad. No es mi deseo engañarme a mí mismo o a mí país con fantasías, ni tampoco estoy tan enamorado de aquellos alojamientos, vigilias, atenciones, peligros, enfermedades, pestilencias y comidas y otras mil calamidades que acompañan a estos viajes, como para pretender mandar una nueva expedición, si no estuviera convencido de que en ningún otro lugar del mundo brilla el sol sobre tantas riquezas. El capitán Whiddon y nuestro cirujano Nicholas Millechap me trajeron unas piedras que parecían zafiros; no sé lo que resultaría ser. Cuando se las enseñé a algunos *Orenoqueponi,* prometieron llevarme a una montaña que contenía muy grandes piezas, donde aparecían de la misma manera que sucede con los diamantes. Que sean cristal de roca, diamantes de Bristol o zafiros no lo sé todavía; pero espero lo mejor, puesto que estoy convencido de que el lugar es tan propicio a ello por su semejanza con aquellas donde se extraen todas las piedras preciosas. Y además está a la misma latitud o muy cerca.

En la margen izquierda del río *Caroní* está asentada la nación de los *Iwarawaqueri,* enemigos de los *Epumerei,* de quienes hablé antes; y en la cabecera, junto al gran lago *Cassipa,* están situadas las otras naciones que también son hostiles al *Inga* y a los *Epumerei,* llamados *Cassepagotos, Eparegotos y Arrawotos.* Además tengo entendido que este lago *Cassipa* es tan grande que se tarda más de un día en cruzarlo en una de sus canoas, acaso tenga unas 40 millas. Varios ríos desaguan en él y se encuentran gran cantidad de pepitas de oro en sus riberas en el verano, cuando las aguas del lago descienden. Existe también otro gran río, más allá del *Caroní,* llamado *Arui.* Este también atraviesa el lago *Cassipa* para desembocar en el *Orinoco* más hacia el Oeste; y todo el terreno comprendido entre ambos queda convertido en una hermosa isla. Cerca de *Arui* existen otros dos ríos: *Atoica* y el *Caora.*

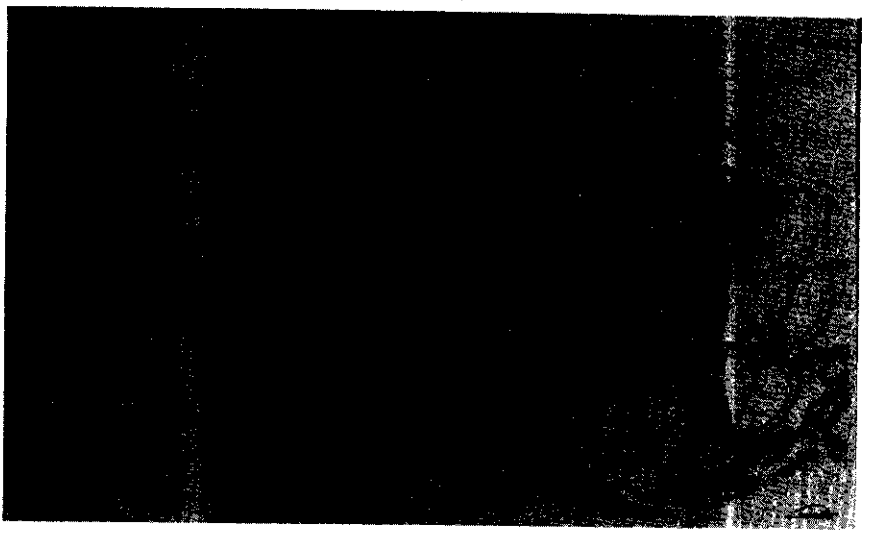
En las orillas del segundo vive una nación de gentes cuyas cabezas no asoman por encima de sus hombros. Se puede pensar que esto sea una mera fábula; pero estoy convencido de que es verdad, pues hasta los niños de las provincias de *Arromaia* y *Canuri* así lo afirman. Se

llaman *Ewaipanoma* y se dice que tienen los ojos en los hombros y la boca en medio del pecho y que un gran mechón de pelo les crece hacia atrás entre los hombros.

El hijo de *Topiawari,* a quien llevé conmigo a Inglaterra, me dijo que aquellos son los hombres más fuertes de toda la Tierra, y que sus arcos, flechas y macanas tienen tres veces el tamaño de los de la *Guayana* o de los *Orenoqueponi;* y que un *Iwarawaqueri* cogió prisionero a uno de ellos el año anterior a nuestra llegada y lo llevó a las proximidades de *Arromaia,* el país de su padre. Además, como parecía que lo dudaba, me dijo que no los consideraban como cosa rara entre ellos: era simplemente una más de las naciones fuertes, tan corriente como cualquier otra de aquellas provincias; y que en los últimos años habían matado a muchos centenares de gentes de su padre y de otras naciones vecinas. Añadió que era una pena que yo no hubiera tenido ocasión de oír hablar de ellos antes de mi regreso, pues con sólo haberlo mencionado estando él allí, podía haberme traído uno para dejar desvanecidas todas las dudas. Una nación parecida fue descrita por *Maundevile,* cuyos relatos fueron considerados como fábulas durante muchos años; sin embargo, a partir del descubrimiento de las Indias Orientales, vemos la verdad de muchas cosas que hasta entonces se habían tenido por increíbles. Que sea verdad o no, el asunto no tiene gran importancia; tampoco ganaremos nada con especulaciones; yo no los vi personalmente, pero me parece difícil que tanta gente pueda ponerse de acuerdo para inventar esta especie.

Más tarde, cuando llegué a *Cumaná,* en las Indias Orientales, hablé por casualidad con un español que vivía cerca de allí, un hombre que había viajado mucho; y en cuanto supo que había estado en la *Guayana* y llegando hasta el *Caroní,* tan al Oeste, su primera pregunta fue si había visto algún *Ewaipanoma,* es decir, uno de los acéfalos. Este hombre, que tiene fama de ser honrado en sus palabras como en todo lo demás, me dijo que había visto muchos.

[c. 1595]



Personajes trazados por Theodore de Bry, Frankfurt, 1599.

JACINTO DE CARVAJAL

JORNADA DECIMOTERCERA EN LA CUAL SE PROSIGUE CON EL DESCUBRIMIENTO DEL CELEBRADO RIO DE APURE

...CELEBRÁBANSE nuestras rancherías con dos horas de sol cada tarde, porque los soldados se divirtiesen en dos pesquerías, los soldados con sus guarales y anzuelos y los indios bogas con sus fisgas. Trayendo éstos muy pronto sus arcos y flechas, de que se aprovechan también acciones tan de su agrado y en favor del real todo, a quien regalaban con abundancia de pescados diferentes, cuales son: sardinetas, dentones, cachamas, paciones, palometas, boquichicos, caharos y caribes, y otros muchos pescados diversos con tanta abundancia que la había en el real todo de este género que casi fastidiaba a los más afectos a él, si bien lo celebraban mucho algunos soldados y gente de servicio, que después de haber gozado todos del buen logro de su pesca con regalo nuestro, nos entregamos a los brazos del sueño y al cuidado vigilante de las postas que reducidas todas a unos Argos, ostentaban serlo juntas y cada una de por sí en el cuarto de su desvelo y cuidado.

Con más quietud de lo que la presunción nuestra nos prometía experimentamos el silencio de la noche, hasta que el alba y sus músicos, éstos con sus dulces gorjeos como ella con sus plateadas trenzas, sirviendo de amorosos rebenques, apresuraron nuestra prisa al dejar las camas, y puestos en pie todos, dispuso nuestro capitán a que se sondasen los dos brazos del río para hacer elección del que fuese más capaz para la navegación nuestra. La diligencia se hizo puntual y advertida y se halló poco profundo en el siniestro brazo, con que se dispuso a que siguiésemos el diestro y correspondiente a los llanos de la otra banda de Apure, de cual brazo se desliza el tercero que, como ya he dicho, va en busca del río del de la Portuguesa y ambos del explayado Orinoco, como después vimos. Por este brazo derecho encaminamos nuestra vía y a breve espacio se nos opusieron unos bajíos y bancos de arena, que se necesitó de que a fuerza de brazos se encaminasen a la madre legítima de las corrientes algunas canoas que encallaron, con que por el espacio del día todo nos fueron muy favorables las corrientes, hasta que a nuestra ordinaria hora aproamos las canoas en una espaciosa playa de la isla grande que íbamos orillando. En ella pasamos la noche

muy sazonada, y a reír del alba se continuó nuestra boga, si bien no penosa por la ayuda que nos suministraron las corrientes, válidas mucho por aquel paraje, cuando en lo más silencioso de ella oímos los ladridos de un perro en la margen del río correspondiente a los llanos y a nuestra mano diestra, que continuó en la repetición de ellos nos motivó a que las canoas con prisa que la ocasión pedía solicitasen su busca.

Hallamos la ranchería sin gente por el retiro que había hecho toda ella: halláronse muchos embaques, que son unas ollas muy grandes y de boca anchas, llenos de pescado cocido, mucha cantidad de maíz cariaco, muchos ovillos de primoroso hilo de algodón, inmensas madejuelas de cabuya delgada y torcida, muy parecida a la guita de España e hilo de carreta, mochilas tejidas, paños de lienzo tejidos con primores, arcos muy primorosos con muchos mazos de flechas, cataures y manares muy labrados, maures que son a fuer de fajas mujeriles muy curiosos por extremo, chonchones de que usan en sus pescas, mucho ají y pájaros, y entre éstos una garza tan mansa que la llevé en mi canoa siempre, y aunque suelta no salía de ella si no era cuando nos rancheábamos, y entonces andaba pescando entre las canoas por la margen del río, y conclusa su pesca se volvía al bajel sin apremio. Hállose mucha y lucidísima loza, embaques nuevos y grandes que le servían para el sazono de sus pescados, múcuras muy pintadas y nuevas, mucho ají, y en la margen del río dos canoas de muy crecidos buques: de estas se aprovecharon los soldados para su mejor avío, si bien el capitán mandó que se le dejasen tres pequeñas por las dos, para que no le hiciesen falta las dos que se llevaban a sus pescas y navegaciones, porque al fin las canoas son las postas suyas con que corren lo explayado del río y de ellas se valen para el ingreso suyo en los zanjones, caños, esteros y ciénagas, como diversas veces ví.

Tenían constituida la ranchería suya en una montaña empinada, guarnecida de muy frondosos como crecidos árboles, cuyos pimpollos y ramas tendidas se abrazaban con tan repetidos lazos que no permitían que los rayos del sol bañasen el interior de la ranchería suya, con cuyas opacas sombras, bañadas de una continuada brisa, se ostentaba la ranchería toda un amenísimo Aranjuez o Pardo muy regalado, y aunque situada a la margen del río sobre una barranca altiva, lo espeso del arcabuco continuado a ella no permitía registros de ajenos ojos y para aprovecharse del río para su uso tenían profundos hoyos para el seguro de sus plantas al bajar el río y subir, reforzados unos bejucos para valerse con las manos y asegurar sus descensos y ascensos aún en los más pequeñuelos niños.

Había muchísimos fogones ocupados todos con sus embarques de pescado, que indicaban muy crecido número de índico gentío, y dábalo a entender así una muy continuada si prolongada roza, prevenida ya para la siembra de sus raíces, cortados en ella árboles de grandeza suma, cuyos troncos tan gruesos que admiraban, y entre éstos reparé en dos que cuatro hombres juntos dadas las manos no pudieran abrazarles, y siendo esto lo menos hizo reparo mi advertir en los más, y era que para cortarles les servían de hachas unas piedras con el corte parecido al de nuestro español uso: de éstas traje algunas, y suspendían la más advertida atención.

Hallé en la ranchería de que voy hablando un cercado muy redondo, capaz para más de 600 almas, guarnecido a lo primoroso con cañas muy sutiles, formando de las mismas una labores muy vistosas, y entre ellas, demoníacas figuras representativas de sus ídolos, que reverencian por dioses. Lo alto de la cerca en esférica figura muy nivelada representa ser de dos estados y por la exterior parte muy cubierta, de suerta que no pudieran registrarse los ejercicios en que se divertían los que ocupaban el interior de ella, limpia como un cristal la superficie suya, y la puerta de pequeñez tal que necesité yo de incluinarme mucho para su ingreso y dentro ya me admiraron las circunstancias que en ella ví y contemplé.

Llevé al intérprete conmigo y dentro de aquel circo que tanto me admiraba le persuadí a que me insinuase la representación cierta de aquel puesto, y me respondió que en él no entraban las mujeres ni guarichas, éstas son como entre nosotros doncellas, y que solo le ocupaban los gandules, ya he dicho que este nombre dan a los indios de pelea, en sus fiestas y aretos, así dicen cuando han de consultar con el demonio sus guerras y peleas que tienen entre sí unas naciones con otras por sus pescas y otros accidentes que le sobreviven.

Usan para sus músicas en los bailes que celebran de unas guaduas o montesinas cañas huecas, del grosor de una muñeca, unas más y otras menos, a fuer de las gaitas zamoranas que vemos en nuestra España, agujereadas por la inferior parte y en la superficie una pluma guarnecida con cera, que de esta como de miel de abejas hay abundancia mucha, con que a su moda forman una concertada música con sus tenores, bajos, tiples y tercerillas, mudando cadencias como diferencias en sus bailes que, si bien no allí por la fuga que hicieron, en otras varias partes los he visto con mucha diversión mía, en los cuales sin cesar pasan insomnes la noche entera, en la cual las indias en los fogones suyos no tienen quietud, porque les están previniendo bebidas a sus maridos, hijos o hermanos, que para que se las lleven al cercado pre-

viene cada rancho dos o tres gandules, conforme es la parcialidad que cada una tiene en el circo dicho, en el cual vi unas ropas grandes, cuyos tejidos eran muy vistosos, con un prolongado herbaje y muy tupido que llegándoles a las plantas de los pies los extremos de ellas, rematándose a fuer de flecos o repacejos, componían la superior parte de la cabeza con unas figuras de tigres, de leones y otros animales, variadas éstas con matices negros y colorados que llaman bija y onoto, y de éste traje yo unas masas, reducidas a bollos y a pelotas, de que me ha aprovechado para indicación de algunas partes en el tratadillo presente. Finalmente no hallé mejor informe en la presente ranchería, porque antes que nuestras plantas la hollasen ya se había retirado toda. No diligenció nuestro capitán el hallazgo de alguna gente de ella, porque no íbamos solicitando la conquista suya, sino su reducción a la paz y a que abrazasen nuestra santa y católica fe, que era el principal fin de nuestra jornada.

Por la loza, trastes y alhajas índicas que se hallaron y disposición de roza para la siembra de sus maíces se presumió que ocupaban indios ajaguas aquella tan espaciosa como bien dispuesta ranchería, en la cual nos pareció celebrar la noche muy en vela, si bien nos previno cena sazonada la muchedumbre del pescado que en ella hallamos.

[c. 1647]

JOSE DE OVIEDO Y BAÑOS

DEL SITIO Y CALIDADES DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA

ENTRE LAS PROVINCIAS que componen el dilatado imperio de la América tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de su descubrimiento, con alusión muy propia (como adelante veremos) se llamó Venezuela, aunque después, tomando el nombre de su metrópoli, es comúnmente llamada, provincia de Caracas, cuya historia ofrece asunto a mi pluma para sacar de las cenizas del olvido las memorias de aquellos valerosos españoles que la conquistaron, con quienes se ha mostrado tan tirana la fortuna, que mereciendo sus heroicos hechos haber sido fatiga de los buriles, solo consiguieron, en premio de sus trabajos, la ofensa del desprecio con que los ha tenido escondidos el descuido: fatalidad común de este hemisferio, pues los mármoles que deparó la fama para materia de sus trofeos, en las Indias solo sirven de losas para el sepulcro donde se sepultan las hazañas, y nombres de sus dueños; desgracia, que en esta provincia ha calificado con mas veras la experiencia, pues apenas conserva la tradición confusas noticias de las acciones ilustres de sus conquistadores, por no haber habido curiosidad que se haya dedicado a escribirlas: motivo que me obliga a tomar por mi cuenta este trabajo, aun asistiéndome el conocimiento de que ha de ser poco agradecido de los que debía ser más estimado.

En la parte que llamamos Tierra-Firme de las Indias tiene su situación la provincia de Venezuela, gozando de longitud doscientas leguas, comprendidas entre el morro de Unare, por donde parte límites al Oriente con la provincia de Cumaná, y el Cabo de la Vela en que se divide al Occidente de la Gobernación de Santa Marta; de latitud tiene mas de ciento y veinte leguas, bañando al Septentrión todas sus costas el Océano, y demorándole al Sudueste el nuevo reino de Granada, sirven al Mediodía de lindero a su demarcación las caudalosas corrientes del río Orinoco; su terreno es vario, porque en la grande capacidad de su distancia contiene sierras inaccesibles, montañas asperísimas, tierras altas, limpias y alegres vegas tan fértiles, como hermosas, y valles tan deleitosos, que en continuada primavera divirtiendo con su amenidad, convidan con su frescura, dehesas y pastos, tan adecuados para cría de ganados de todas especies, principalmente del vacuno, que es excesivo

su multiplico; y el cabrío abunda tanto en las jurisdicciones de Maracaibo, Coro, Carora y el Tocuyo, que beneficiadas las pieles, enriquece a sus vecinos el trato de los cordobanes; críanse caballos de razas tan excelentes, que pueden competir con los chilenos y andaluces, y mulas, cuantas bastan para el trajín de toda la provincia, sin mendigar socorro en las extrañas.

Sus aguas son muchas, claras y saludables, pues no hay amagamiento de serranía, ni ceja de montaña, que no brote cristalinos arroyos, que cruzando la tierra con la frescura de sus raudales, la fecundan de calidad, que no hay cosa que en ella se siembre, que con admiración no produzca, ayudando a su fertilidad la variación de su temperamento, pues a cortas distancias, según la altura, o bajío que hace la tierra, se experimenta frío, cálido o templado, y de esta variedad de temples se origina su mayor excelencia, pues lo que en un sitio no produce, en otro se multiplica, y lo que en una parte se esteriliza, en otra se fecunda, y así abunda de trigo, maíz, arroz, algodón, tabaco y azúcar, de que se fabrican regaladas y exquisitas conservas; cacao, en cuyo trato tienen sus vecinos asegurada su mayor riqueza; frutas, así indianas, como europeas; legumbres de todos géneros, y finalmente, de todo cuanto puede apetecer la necesidad para el sustento, o desear el apetito para el regalo.

Sus montes crían maderas preciosas y de estimación, como son, granadillos, gateados de diversos colores, caobas, dividibes, guayacanes, palo de brasil, tan conocido por lo fino de sus tintas, chacaranday, tan hermoso por la variedad de sus visos, que asimila al carey metiéndolo en el torno; y el cedro en tanta abundancia, y tan común, que sirve de materia a las obras mas ordinarias, siendo singular el árbol que no destila dulzuras, pues abrigando enjambres de silvestres abejas, forman en los troncos colmenas a sus rubios panales; críanse vainillas, mas aromáticas y fragantes que las de Zoconuzco; y en la jurisdicción de la ciudad de Carora, grana silvestre, tan fina como la de Misteca, que si se dedicaran a su beneficio, fuera de grande aumento a los caudales; la zarzaparrilla, y el añil son plantas tan comunes en los barzales que más sirven de embarazo que provecho, por la poca aplicación a su cultivo.

Los bosques mantienen en abundancia diversas especies de animales, siendo los más frecuentes leones, osos, dantas, venados, váquiras, conejos y tigres, los más feroces que produce la América, habiendo enseñado la experiencia, que mantiene más ferocidad mientras más pequeñas son las manchas con que esmaltan la piel; sus mares y sus ríos abundan de variedad de peces, unos plebeyos por lo común, y otros estimados por lo exquisito; sus costas proveen de admirables

salinas, así por la facilidad con que cuajan, como por lo apetitoso de la sal que crían.

Los campos estan siempre poblados de varios pájaros, y distintas aves, sirviendo aquellos de deleite con la hermosura de sus plumajes, y suavidad de sus cantos; y estos de regalo, con lo sabroso y apetecible de sus carnes, siendo los más comunes para este efecto, la guacharaca, el paují, la uquira o gallina de monte, la tórtola, la perdiz, y otras muchas de diferentes especies, que son materia para el divertimiento de los aficionados a la caza.

Produce esta provincia singulares simples, de los que usa para su aplicación la medicina, como son, la caña-fístola, los tamarindos, la raíz de china, la tacamajaca, eficaz y confortativo para la cabeza, el bálsamo de Carora, y el aceite que llaman de María o Cumaná, antídotos para todo pasmo.

Tiene minas de estaño en diferentes partes, y en el sitio de Cocorote unas de cobre, que descubrió Don Alonso de Oviedo, vecino de Barquisimeto, de grande opulencia, y rendimiento; beneficiólas su Majestad de su cuenta mucho tiempo, sacando porciones muy considerables de metal, que se llevaban a España para fundición de artillería, y después habiéndolas empeñado en cantidad de cuarenta mil pesos (con ciertas condiciones) a D. Francisco Martín, vecino de Caracas, este las despobló, aplicando los esclavos, y aperos de su labor a otras fundaciones de mayor conveniencia propia.

Fue en lo primitivo rica de minerales de oro, que con facilidad tributaban las arenas de sus quebradas, y hoy, aunque se hallan muestras en las mas de ellos, no se benefician, o porque acabados los veneros principales, no corresponde lo que rinden al trabajo de quien lo saca; o porque aplicados sus moradores (que es lo mas cierto) a las labores del cacao, atienden mas a las cosechas de este, que los enriquece con certeza, que al beneficio de aquellos, que lo pudieran hacer con contingencia; críanse cristales muy transparentes, sólidos y tersos, y veneros de azul tan fino que iguala al ultramarino; palos para tintas de diferentes colores; y finalmente produce, y se halla en ella cuanto puede desearse para la manutención de la vida humana, sin necesitar de que la socorran con sus frutos las provincias vecinas; y si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la mas abastecida y rica, que tuviera la América.

Al tiempo de su conquista era habitada esta provincia de innumerable gentío de diversas naciones, que sin reconocer monarca superior que las dominase todas, vivían rindiendo vasallaje cada pueblo a su

particular cacique; pero después de las mudanzas del tiempo, y la continuada extracción de indios, que por espacio de mas de veinte años se hizo para las islas de Barlovento, y otras partes, la consumieron de suerte, que el día de hoy en ochenta y dos pueblos, de bien corta vecindad cada uno, apenas mantienen entre las cenizas de su destrucción la memoria de lo que fueron.

Sus costumbres en la gentilidad fueron bárbaras, sin política, gobierno, ni religión, que los acreditase racionales, pues aunque convenían todos en ser idólatras, valiéndose de piaches y mohanes para consultar al demonio, y observar sus agüeros, y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias del culto; pues no teniendo Dios general a quien adorase una nación entera, cada indio de por sí rendía veneración, atribuyendo divinidad al objeto que más le inclinaba su afición, y así era muy raro el animal, sabandija, cerro o peñasco, que no tuviese algún devoto, que con obsequio de sumisión le consagrase aras de rendimiento, sus adoratorios más ordinarios eran en profundas quebradas, o montes encumbrados, sirviéndoles los cóncavos de las peñas, o huecos de los árboles de templos para colocar sus ídolos, que labraban de oro, barro, o madera, de figuras extrañas, y diversas, aunque en algunas partes usaban casas grandes de paja, que llamaban caneyes, donde se montaban los mohanes, y al son de sus roncos fotutos invocaban al demonio, a quien ofrecían ovillos de hilo de algodón por víctima, y manteca de cacao, que quemaba en braserillos de barro, servía de holocausto al sacrificio; pero ya reducidos al gremio de nuestra sagrada religión, viven ajenos de toda idolatría, aunque con algunos resabios en la observación de agüeros, y supersticiones a que es naturalmente inclinada esta nación.

Comprende hoy la provincia en su distrito las ciudades de Santiago de León de Caracas, la de Santa Ana de Coro, la nueva Zamora de Maracaibo, la de Trujillo, la del Tocuyo, la nueva Segovia de Barquisimeto, la nueva Valencia del Rey, la del Portillo de Carora, San Sebastián de los Reyes, la de Guanaguanare, y la de Nirgua; las villas de San Carlos de Austria, y del Pilar de Araure, y el Puerto de la Guaira, de cuyos temperamentos, sitios y calidades iremos dando razón en el discurso de esta historia, según los tiempos en que se ejecutaron sus fundaciones.

JOSE GUMILLA

DEL MORTAL VENENO LLAMADO CURARE: RARO MODO DE FABRICARLO

LA NACIÓN caverre, la más inhumana, bruta y carnicera de cuantas mantiene el Orinoco, es la maestra, y ella tiene el estanco del más violento veneno que a mi ver hay en la redondez de la tierra. Sólo esta nación tiene el secreto y lo fabrica y logra la renta pingüe del resto de todas aquellas naciones que por sí o por terceras personas concurren a la compra del curare, que así se llama. Véndese en unas ollitas nuevas o botecillos de barro, que el que más tendrá cuatro onzas de aquel veneno, muy parecido en su color al arrope subido de punto. No tiene sabor ni acrimonia especial, se pone en la boca y se traga sin riesgo ni peligro alguno, con tal que ni en las encías ni en la otra parte de la boca haya herida con sangre, porque toda su actividad y fuerza es contra ella, en tanto grado que tocar una gota de sangre y cuajarse toda la del cuerpo con la velocidad de un rayo todo es uno. Es maravilla ver que herido el hombre levemente con una punta de flecha de curare, aunque no haga más rasguño que el que hiciera un alfiler, se le cuaja toda la sangre y muere tan instantáneamente que apenas puede decir tres veces Jesús.

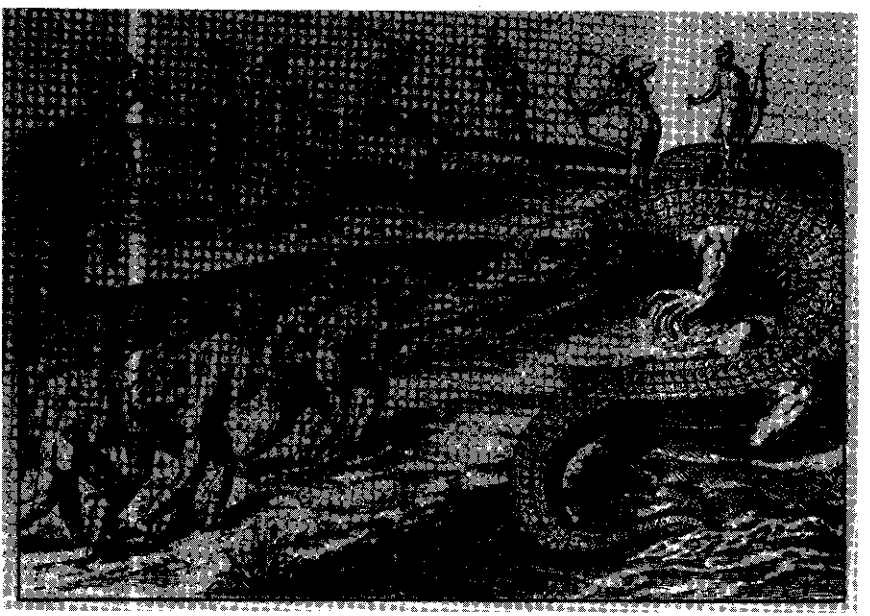
...Es de saber que toda la ponzoña del curare se origina de una raíz del mismo nombre, raíz tan singular y única, que sólo es raíz de sí misma, sin arrojar jamás hojas ni retoños, y aunque crece, siempre va escondida, digámoslo así, temerosa de manifestar su oculta malignidad, y para esconderse más buscó o le señaló el Autor de la Naturaleza, no la tierra común al resto de las plantas, sino el cieno podrido y corrupto de aquellas lagunas que no tienen desagüe, por ser gruesas, de mal olor, peor sabor y de hedor correspondiente. Entre el cieno corrupto sobre que descansan aquellas aguas pestíferas nace y crece la raíz del curare, parto legítimo de todo aquel conjunto de inmundicias; extraen los indios caverres esta raíces, cuyo color es pardo, y después de lavadas y hechas pedazos, las machacan y ponen en ollas grandes a fuego manso; buscan para esta faena la vieja más inútil de la población, y cuando ésta cae muerta a violencias del vaho de las ollas, como de ordinario acontece, luego sustituyen otra vieja del mismo calibre en su lugar, sin que ellas repugnen este empleo, ni el vecindario ni parentela lo lleve a

mal, pues ellas y ellos saben que éste es el paradero de las viejas. Como se va entibiando el agua, va la pobre anciana amasando su muerte, mientras de olla en olla va estregando aquella raíz machacada para que con más facilidad vaya expeliendo su tóxico con el jugo de que se va tinturando el agua, que no pasa de tibia, hasta tomar el color de arrope claro; entonces la maestra exprime con todas aquellas pocas fuerzas que su edad le permite, y estruja el caldo dentro de la olla, y arroja ya como inútiles aquellas raíces sin jugo; luego añade leña y empieza de recio el cocimiento, y a poco rato de hervir las ollas, ya atosigada, cae muerta; y entra la segunda, que a veces escapa y a veces no.

Cobra finalmente punto el cocimiento, merma la tercera parte del caldo, y condensado ya, grita la desventurada cocinera, y acude al punto el cacique con los capitanes y el resto de la gente del pueblo al examen del curare, a ver si está o no en su debido punto; y aquí entra la mayor admiración de toda esta rara maniobra. Moja el cacique la punta de una vara en el curare y al mismo tiempo uno de los mocetones con la punta de un hueso se hace una herida en las piernas, muslo o brazo, donde le da la gana, y al mismo tiempo de asomarse la sangre por la boca de la herida, acerca el cacique la punta de la vara con el curare, pero no toca ni arrima el curare a la sangre, porque si la tocara y retrocediera inficionara todas las venas y muriera luego el paciente. Si la sangre que iba a salir retrocede, ya está el veneno en su punto; si se queda asomada y no retrocede, le falta ya poco para su punto, pero si la sangre corre por fuera, como naturalmente debe correr, le falta mucho fuego, y así mandan a la triste anciana que prosiga su peligro próximo de muerte, hasta que, hechas después las pruebas necesarias, aquella natural antipatía con que la sangre se retira violentamente de su contrario les manifiesta que ya el curare subió a su debida y suma actividad.

Si algún botánico hubiese encontrado esta raíz y conocido su oculta malignidad, no había de qué admirarnos. Si el famoso Tritemio o Borri, o alguno de aquellos sabios inventores de la química, a fuerza de experimentos y discursos, hubiera finalmente dado en esta singular maniobra, fueran dignos de grande alabanza, y nada extrañara este efecto, como parto de entendimiento, tan cultivados; pero que todo esto sea invención de la nación más tosca y bárbara del río Orinoco, ¿quién lo creerá, si no confesando de todo ello, desde el hallazgo de la raíz hasta el fin, fue dictado por el demonio?

[c. 1716]



Indígenas cazando caimanes, en José Miguel Oviedo, ob. cit.

FRAY JUAN DE SANTA GERTRUDIS

HISTORIA DE JUAN QUIÑONES

UN DÍA me contó don Juan Quiñones, el tiempo que estuve en su mina, que un indio hacía tiempo que le prometía que le enseñaría El Dorado. Es tradición que entre Barbacoas y Panamá hay un cerro que lo llaman El Dorado, porque, siendo mineral de oro de veta, abortó con tanta fuerza allí el metal que empezó a liquidarse y a chorrear oro acendrado por todas partes, que la mayor parte de este cerro lo fue tapando el oro derretido. Esta tradición que es de los indios antiguos, en toda la provincia de Barbacoas se tiene por verídica y constante.

Su padre un día oyó la conversación que tenía el indio con su hijo don Juan sobre El Dorado, de donde sospechó el caballero que aquel indio podía saber en qué parte caía este El Dorado y, deseoso de oro, procuró a congraciar al indio con regalitos y, ya que le tuvo la voluntad ganada, se estrechó con él para que le enseñase El Dorado. El indio le dijo: Mi amo, yo te lo enseñaré. De lejos lo verás, pero no podrás llegar allá, porque está encantado de los antiguos. Con todo porfió con el indio que se fue con tres negros y el indio que los guiaba con una canoita mediana, aperados de víveres para quince días. Bajáronse por el río Gualí hasta el dique y de allí pasaron arrastrando la canoa a Maguí, y por este río se fueron tres días hasta la cabecera en que ya era menester arrastrar la canoa por la poca agua que allí tenía el río. El cuarto día dejaron la madre del río y se fueron arrastrando la canoa por dentro de un monte cosa de media legua y toparon una quebrada medianita. Todo esto está doblando de Maguí a la mano derecha. Por esta quebrada se subieron quebrada arriba cosa de media legua y de allí se dividía en dos brazos, y tomaron el de la mano derecha y por él subieron cosa de otra media legua y, para pasar adelante, volvieron a arrastrar la canoa por el monte cosa de un cuarto de legua y, de allí, de encima de una lomita, descubrieron El Dorado, que es un cerro que tendrá cosa de media legua de largo, siendo él de mediana altura, no es muy piramidal, sino con una subida descansada y con bastante llano en lo superior a lo que descubría la vista.

Está de arriba hasta abajo todo lleno de chorreras de oro y, como relucen tanto a la vista, parece que está todo cubierto de oro, no porque así sea en realidad, porque, atendido de espacio, no son más que chorros

que han ido chorreando por varias bocas. Volvieron a bajar de la lomita y tomaron la quebrada de abajo y por ella andando a poco rato ya toda la arena y cascajo de la quebrada, la mayor parte era oro en polvo y pedazos de oro; pero cosa de un cuarto de legua de quebrada arriba se conmovió tal tempestad de relámpagos, truenos y rayos que todos se amedrentaron y determinaron no pasar adelante, antes de revolver atrás a toda prisa. Con todo, el caballero cogió y cogieron los negros muchos pedazos de oro de aquella quebrada; pero presto lo hubieron de dejar, porque de aquellos mismos pedazos de oro y arenilla de oro en polvo empezaron a salir humos verdes, y éstos reventaban en rayos espantosos que los cruzaban por entre las manos y por delante la vista reventando en hedor pestífero, con que todos se quedaron tan azorados que volvieron a lanzar todo el oro a la quebrada, porque les parecía que les venía en alcance una gran vocería de diablos que se venían corriendo ya por la quebrada, llegando ya cerca el rumor de sus movimientos. Llegaron al puesto donde se habían embarcado y, tomando la canoa, la volvieron a arrastrar por donde la habían traído y, al llegar a embarcarse en el brazo de la otra quebrada abajo, hasta que les cerró del todo la noche, que ni se acordaron de comer ni beber, y cerca de las nueve cesó la tempestad, pero los bramidos que salían del cerro duraron hasta que llegaron a la cabecera del río Maguí. Toda esta historia me contó don Juan, así como su padre la contó cuando volvió a la mina.

[c. 1756]

EL IMPERIO ANDINO

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO

EL CACIQUE O REY DORADO

PREGUNTANDO yo por qué causa llaman a aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado, y aquí a Santo Domingo han venido (y al presente hay en esta ciudad más de diez de ellos), que lo que esto se ha entendido de los indios es que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido tan menudo como sal molida; porque le parece a él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso y que ponerse piezas o armas de oro labradas de martillo o estampadas o por otra manera es grosería y cosa común, pues otros señores y príncipes rocos las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada, nueva y más costosa, pues que lo que se pone un día por la mañana se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra; y esto hace todos los días del mundo. Y es sabido que, andando como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición natural, de que él mucho se precia, sin ponerse encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Perú o que puede haber en ninguna parte del mundo. Así que, este cacique o rey dicen los indios que es riquísimo y gran señor; con cierta goma o licor que huele muy bien se unta cada mañana y se pega el oro molido o tan menudo como conviene para lo que es dicho, y queda toda su persona cubierta de oro desde la plata del pie hasta la cabeza, y tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de gran artífice. Y creo yo que, si ese cacique aquello usa, que debe tener muy ricas minas de semejante calidad de oro, porque yo he visto harto en la Tierra Firme.

[c. 1514]

Grabado en madera sobre el encuentro entre Francisco Pizarro
con el Inca Atahualpa en Cajamarca, año de 1534.

PEDRO SANCHO DE LA HOZ

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DEL CUZCO Y DE SU ADMIRABLE FORTALEZA Y DE LAS COSTUMBRES DE SUS HABITANTES

LA CIUDAD DE CUZCO, por ser la principal de todas donde tenían su residencia los señores, es tan grande y tan hermosa que sería digna de verse aún en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre, y cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los caciques, aunque éstos no habitaban en ella de continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y las otras tienen la mitad de la fachada de piedra; hay muchas casas de adobe, y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua revestido de piedra. La falta que tienen es ser angostas, porque de un lado de un caño sólo puede andar un hombre a caballo y otro del otro lado.

Está colocada esta ciudad en lo alto de un monte, y muchas casas hay en la ladera y otras abajo en el llano. La plaza es cuadrada y en su mayor parte llana y empedrada de guijas; alrededor de ella hay cuatro casas de señores que son las principales de la ciudad, pintadas y labradas de piedra, y la mejor de ellas es la casa de Guaynacaba, cacique viejo, y la puerta es de mármol blanco y encarnado y de otros colores, y tiene otros edificios de azoteas, muy dignos de verse. Hay en dicha ciudad otros muchos aposentos y grandezas; pasan por ambos lados dos ríos que nacen una legua más arriba del Cuzco, y desde allí hasta que llegan a la ciudad y dos leguas más abajo, todos van enlosados para que el agua corra limpia y clara y aunque crezca no se desborde; tienen sus puentes por los que se entra a la ciudad. Sobre el cerro que da la parte de la ciudad es redondo y muy áspero, hay una fortaleza de tierra y de piedra muy hermosa, con sus ventanas grandes que miran a la ciudad y la hacen parecer más hermosa. Hay dentro de ella muchos aposentos y una torre principal en medio, hecha a modo de cubo con cuatro o cinco cuerpos encima de otro; los aposentos y estancias de adentro son pequeños, y las piedras de que está hecha están muy bien labradas y tan bien ajustadas unas a otras que no parece que tenga mezcla, y las piedras están tan lisas que parecen tablas cepilladas, con la trabazón en orden al uso de España, una juntura en contra de otra.

Tiene tantas estancias y torres que una persona no la podría ver toda en un día; y muchos españoles que la han visto y han andado en Lombardía y en otros reinos extraños dicen que no han visto otro edificio como esta fortaleza ni castillo más fuerte. Podrían estar dentro cinco mil españoles; no se le puede dar batería ni se le puede minar porque está colocada en una peña. De la parte de la ciudad que es un cerro muy áspero no hay más que una cerca; de la otra parte que es menos áspera hay tres, una más alta que otra, y la última de más adentro es la más alta de todas.

La más linda cosa que puede verse de edificios en aquella tierra son estas cercas, porque son de piedras tan grandes que nadie que las vea no dirá que han sido puestas allí por manos de hombres humanos, que son tan grandes como trozos de montañas y peñascos, que las hay de altura de treinta palmos y otros tantos de largo, y otras veinticinco y otras quince, pero no hay ninguna de ellas tan pequeña que la puedan llevar tres carretas; éstas no son piedras lisas, pero harto bien encajadas y trabadas unas con otras. Los españoles que las ven dicen que ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los romanos no son cosa tan digna de verse como esto. La ciudad de Tarragona tiene algunas obras en sus murallas hechas por este estilo, pero no tan fuerte ni de piedras tan grandes; estas cercas van dando vueltas, que si se les diera batería no se les podría dar de frente sino al sesgo de las de afuera. Estas cercas son de esta misma piedra, y entre muralla y muralla hay tierra y tanta que por encima pueden andar tres carretas juntas. Están hechas a modo de tres gradas, que la una comienza donde acaba la otra y la otra donde acaba la otra. Toda esta fortaleza era un depósito de armas, porras, lanzas, arcos, flechas, hachas, rodelas, jubones fuertes acojinados de algodón y otras armas de diversas maneras, y vestidos para los soldados, recogidos aquí de todos los rumbos de la tierra sujeta a los señores del Cuzco. Tenían muchos colores, azules, amarillos y pardos y muchos otros para pintar ropas y mucho estaño y plomo, con otros metales, y mucha plata y algo de oro, muchas mantas y jubones acolchados para los hombres de guerra. La causa porque esta fortaleza tiene tanto artificio es porque cuando se fundó la ciudad, que fue edificada por un señor orejón que vino de la parte de Condisuyo hacia el mar, grande hombre de guerra, conquistó esta tierra hasta Bilcas, y visto ser éste el mejor lugar para fijar su domicilio, fundó aquella ciudad con su fortaleza; y todos los demás señores que le sucedieron después hicieron algunas mejoras en esta fortaleza con lo que siempre se fue aumentando y engrandeciendo. Desde esta fortaleza se ven en torno de la ciudad muchas casas a un

cuarto de legua y media legua y una legua, y en el valle que está en medio rodeadas de cerros hay más de cien mil casas, y muchas de ellas son de placer y recreo de los señores pasados y otras de los caciques de toda la tierra que residen de continuo en la ciudad; las otras son casas o almacenes llenos de mantas, lana, armas, metales y ropas de todas las cosas que se crían y fabrican en esta tierra. Hay casas donde se conservan los tributos que traen los vasallos a los caciques; y casas hay en que se guardan más de cien mil pájaros secos, porque de sus plumas que son de muchos colores se hacen vestiduras y hay muchas casas para esto. Hay rodelas, adargas, vigas para cubrir la casa, cuchillos y otras herramientas; alpargatas y petos para provisión de la gente de guerra en tanta cantidad que ni cabe en el juicio cómo han podido dar tan gran tributo de tantas y tan diversas cosas. Cada señor difunto tiene aquí su casa de todo lo que le tributaron en vida, porque ningún señor que sucede (y ésta es la ley entre ellos) puede después de la muerte del pasado tomar posesión de su herencia. Cada uno tiene su vajilla de oro y de plata y sus cosas y ropas aparte, y el que le sucede nada le quita. Los caciques y señores muertos mantienen sus casas de recreo con la correspondiente servidumbre de criados y mujeres, y les siembran sus campos de maíz y se les pone un poco en sus sepulturas. Adoran el sol y le tienen hechos muchos templos, y de todas las cosas que tienen, así de ropa como de maíz y de otras cosas, ofrecen al sol, de lo que después se aprovecha la gente de guerra.

DESCRIPCION DE LOS PUENTES QUE LOS INDIOS ACOSTUMBRABAN HACER PARA PASAR LOS RIOS

Se partió este capitán con los que habían de seguirle, y el gobernador con la demás gente, y Chilichuchima y su guarda el lunes siguiente; de mañana estuvieron todos a punto de armas y de todas las cosas necesarias, por ser largo el viaje que habían de hacer y quedarse todas las cargas en Jauja, por no ser conveniente llevarlas consigo en esta jornada. Caminó el gobernador dos días por un valle abajo, a la orilla del río Jauja que era muy deleitable y poblada de muchos lugares, y al tercer día llegó a un puente de redes que estaba sobre el dicho río, el cual habían quemado los soldados indios después que hubieron pasado, pero ya el capitán que había ido por delante había hecho que los naturales lo repusieran.

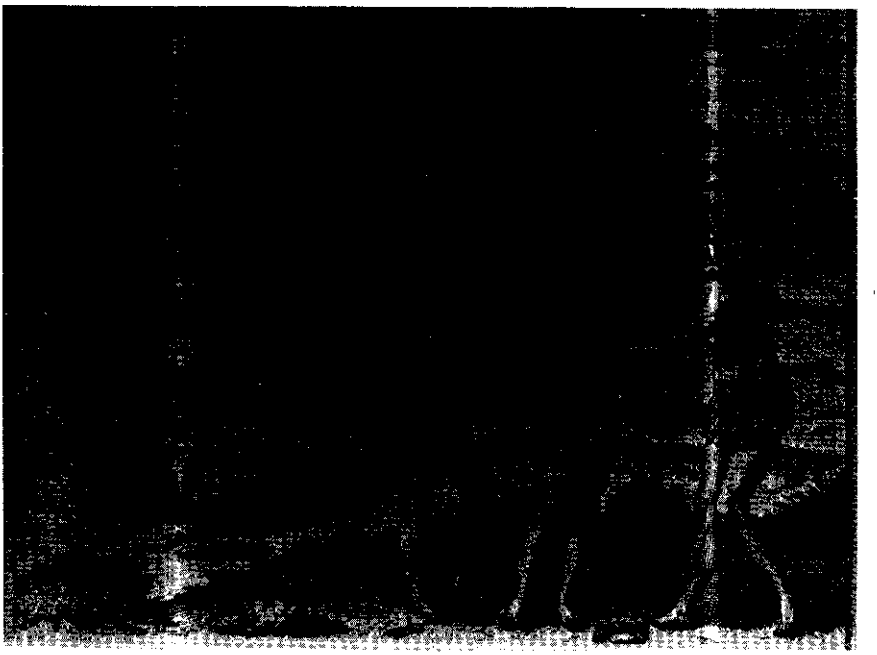
Y en las partes en que hacen estos puentes de redes, donde los ríos son crecidos, por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no hay indio alguno que sepa nadar; y por esta causa, aunque los ríos

sean pequeños y se pueden vadear, no obstante les echan puentes, de este modo: que si las orillas del río son pedregosas levantan en ellas una pared grande y después ponen cuatro bejucos que atraviesan el río, gruesos de dos palmos o poco menos, y en el medio a manera de zarzo entretejen mimbres verdes gruesos como dos dedos, bien tejidos, de suerte que unos se quedan más flojos que otros atados en buena forma, y sobre éstos ponen ramas atravesadas de modo que no se ve el agua y de esta manera es el piso del puente. Y de la misma suerte tejen una barandilla en el borde del puente con estos mismos mimbres, para que nadie pueda caer en el agua, de lo cual no hay a la verdad ningún peligro, bien que al que no es práctico parece cosa peligrosa el haberlo de pasar, porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo hasta que acaba de pasar a la otra orilla, cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está a ello acostumbrado se le va la cabeza. Hacen de ordinario dos puentes juntos porque dicen que por el uno pasan los señores y por el otro la gente común.

Tienen en ellos sus guardas, y el cacique señor de todas las tierras las tiene allí de continuo para que si alguno le hurtara o plata u otra cosa, a él o a otro señor de la tierra, no le pudiera pasar, los que guardan estos puentes tienen cerca sus casas y de continuo tienen a la mano mimbres y zarzo y cuerda para componer los puentes cuando se van estropeando y hacerlos de nuevo si menester fuera. Pues las guardas que estaban en este puente cuando pasaron los indios que lo quemaron, escondieron los materiales que tenían para reponerlo, porque de otra manera los hubieran asimismo quemado, y por esta razón lo hicieron en tan poco espacio para que pasaran los españoles.

Los caballos españoles y el gobernador pasaron por el uno de estos puentes, aunque por estar fresco y no bien ordenado tuvieron mucho trabajo, porque por haber pasado por allí el capitán que iba delante con los sesenta caballos, se habían hecho muchos agujeros y estaba medio desbaratado. Todavía pasaron los caballos sin que peligrase ninguno, aunque todos cayeron porque se movía el puente y temblaba todo, pero como se ha dicho estaba el puente hecho de manera que aunque doblasen los cuatro pies no podían caer abajo al agua. Pasados que fueron todos, el gobernador acampó en unas arboledas que había allí, por donde pasaban muchos hermosos arroyos de agua hermosa y limpia.

[c. 1530]



Indio cubierto por el curtay, espolvoreado en oro fino, según De Bry, Frankfurt, 1599. Tomado de *América,* parte VIII.

FRANCISCO DE XEREZ

CAJAMARCA

ESTE PUEBLO que es el principal de este valle está asentado en la falda de una sierra: tiene una legua de tierra llana. Pasan por este valle dos ríos, este valle va llano, mucha tierra poblada, de una parte y de otra cercada de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos: a la entrada de él hay dos puentes, porque por allí pasan dos ríos. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas que salen a las calles del pueblo. Las casas de ella son de más de doscientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro de éstas unos aposentos repartidos en ocho cuartos, mucho mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes de ellos son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por sí, con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro, en los patios, sus pilas de agua traída de otra parte por caños para el servicio de estas casas. Por la delantera de esta plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza a la fortaleza; por la delantera de ella, a la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta sin salir de la cerca de la plaza.

[c. 1534]

PEDRO CIEZA DE LEON

ESTA TIERRA DEL PERU

DIGO QUE ESTA TIERRA del Perú son tres cordilleras o cumbres desiertas donde los hombres por ninguna manera podrían vivir. La una de estas cordilleras es las montañas de los Andes, llenas de grandes espesuras y la tierra tan enferma que, si no es pasado el monte, no hay gente ni jamás la hubo. La otra es la serranía que va de luengo de esta cordillera o montaña de los Andes, la cual es frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve, que nunca deja de caer. Y por ninguna manera podrían tampoco vivir gentes en esta longura de sierras, por causa de la mucha nieve y frío, y también porque la tierra no da de sí provecho, por estar quemada de las nieves y de los vientos, que nunca dejan de correr. La otra cordillera hallo yo que es los arenales que hay desde Tumbez hasta más adelante de Terapacá, en los cuales no hay otra cosa que ver que sierras de arena y gran sol que por ellas se esparce, sin haber agua ni hierba, ni árboles ni cosa criada, sino pájaros, que con el don de sus alas pueden atravesar por dondequiera. Siendo tan largo aquel reino como digo, hay grandes despoblados por las razones que he puesto. Y la tierra que se habita y donde hay poblado es de esta manera: que la montaña de los Andes por muchas partes hace quebradas y algunas abras, de las cuales salen valles algo hondos, y tan espaciosos que hay entre las sierras grande llanura, y aunque la nieve caiga, toda se queda por los altos. Y los valles, como están abrigados, no son combatidos de los vientos, ni la nieve allega a ellos; antes es la tierra tan fructífera que todo lo que se siembra da de sí fruto provechoso, y hay arboledas y se crían muchas aves y animales. Y siendo la tierra tan provechosa, está toda bien poblada de los naturales, y lo que es en la serranía. Hacen sus pueblos concertados de piedra, la cobertura de paja, y viven sanos y son muy sueltos. Y así de esta manera, haciendo abras y llanadas las sierras de los Andes y la Nevada, hay grandes poblaciones en las cuales hubo y hay mucha cantidad de gente, porque de estos valles corren ríos de agua muy buena, que van a dar a la Mar del Sur. Y así como estos ríos entran por los espesos arenales que he dicho y se extienden por ellos, de la humedad del agua se crían grandes arboledas y hácense unos valles muy lindos y hermosos; y algunos son tan anchos que tienen dos y tres leguas, a donde se ven

gran cantidad de algarrobos, los cuales se crían aunque están lejos del agua. Y en todo el término donde hay arboledas es la tierra sin arenas y muy fértil y abundante. Y estos valles fueron antiguamente muy poblados; todavía hay indios, aunque no tantos como solían, ni con mucho. Y como jamás no llovió en estos llanos y arenales del Perú, no hacían las casas cubiertas como los de la serranía, sino terrados galanos o casas grandes de adobes, con sus estantes o mármoles; para guarecerse del sol ponían unas esteras en lo alto. En este tiempo se hace así, y los españoles, en sus casas, no usan otros tejados que estas esteras embarradas. Y para hacer sus sementeras, de los ríos que riegan estos valles sacan acequias, tan bien sacadas y con tanta orden que toda la tierra riegan y siembran, sin que se les pierda nada. Y como es de riego, están aquellas acequias muy verdes y alegres, y llenas de arboledas de frutales de España y de la misma tierra. Y en todo tiempo se coge en aquellos valles mucha cantidad de trigo y maíz y de todo lo que se siembra (...). Tiene este reino de longitud setecientas leguas que se extiende de norte a sur, y si hemos de contar lo que mandaron los reyes ingas, mil y doscientas leguas de camino derecho, como he dicho, de norte a sur por meridiano. Y tendrá por lo más ancho de levante a poniente poco más que cien leguas, y por otras partes a cuarenta y a sesenta, y a menos y a más. Esto que digo de longitud y latitud se entiende cuanto a la longura y anchura tienen las sierras y montañas que se extienden por toda esta tierra del Perú, según lo que he dicho. Y esta cordillera tan grande, que por la tierra del Perú se dice Andes, dista de la Mar del Sur por unas partes cuarenta leguas y por otras partes sesenta, y por otras más y por algunas menos; y por ser tan alta y la mayor altura estar tan allegada a la Mar del Sur, son los ríos pequeños porque las vertientes son cortas.

DEL CAMINO QUE HAY ENTRE LA CIUDAD DE SAN SEBASTIAN Y LA CIUDAD DE ANTIOCHA, Y LAS SIERRAS, MONTAÑAS Y RIOS Y OTRAS COSAS QUE ALLI HAY, Y COMO Y EN QUE TIEMPO SE PUEDE ANDAR

Yo me hallé en esta ciudad de San Sebastián de Buena Vista el año de 1536, y por el de 37 salió de ella el licenciado Juan de Vadillo, juez de residencia y gobernador que en aquel tiempo era de Cartagena, con una de las mejores armadas que han salido de la Tierra-Firme, según que tengo escrito en la cuarta parte de esta historia. Y fuimos nosotros los primeros españoles que abrimos camino del mar del norte

al del sur. Y de este pueblo de Urabá hasta la villa de Plata, que son los fines del Perú, anduve yo, y me apartaba por todas partes a ver las provincias que más podía para poder entender y notar que en ellas había. Por tanto, de aquí adelante diré lo que vi y se me ofrece, sin querer engrandecer ni quitar cosa de lo que soy obligado. Digo pues que saliendo de la ciudad de San Sebastián de Buena Vista, que es el puerto que dicen de Urabá, para ir a la ciudad de Antiocha, que es la primera población y la última del Perú a la parte del norte, van por la costa cinco leguas hasta llegar a un pequeño río que se llama Río Verde, del cual a la ciudad de Antiocha hay cuarenta y ocho leguas.

Todo lo que hay desde este río hasta unas montañas de que luego haré mención, que se llaman de Abibe, es llano, pero lleno de muchos montes y muy espesas arboledas y de muchos ríos. La tierra es despoblada junto al camino, por haberse los naturales retirado a otras partes desviadas de él. Todo lo más del camino se anda por ríos por no haber otros caminos, por la grande espesura de la tierra. Para poderla caminar y pasar seguramente las sierras sin riesgo han de caminarlo por enero, febrero, marzo y abril; pasados estos meses hay grandes aguas y los ríos van crecidos y furiosos y, aunque se puede caminar, es con gran trabajo y mayor peligro. En todo tiempo, los que han de ir por este camino han de llevar buenas guías que sepan atinar a salir por los ríos. En todos estos montes hay grandes manadas de puercos que he dicho, en tanta cantidad, que hay atajo de más de mil juntos, con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por donde quiera que pasan. Quien por allí caminare con buenos perros no le faltará de comer. Hay grandes dantas, muchos leones y mayores tigres. En los árboles andan de los más lindos pintados gatos que puede ser en el mundo, y otros monos tan grandes, que hacen tal ruido, que desde lejos los que son nuevos en la tierra piensan que es de puercos. Cuando los españoles pasan bajo los árboles por donde los monos andan, quiebran ramos de los árboles y les dan con ellos, cocándoles y haciéndoles otros visajes. Los ríos llevan tanto pescado que con cualquiera red se tomara gran cantidad. Viniendo de la ciudad de Antiocha a Cartagena, cuando la poblamos, el capitán Jorge Robledo y otros, hallábase tanto pescado que con palos matábamos lo que queríamos. Por los árboles que están junto a los ríos hay una que se llama iguana, que parece serpiente; para apropiarla, remeda en gran manera a un lagarto de los de España, grande, salvo que tiene la cabeza mayor y más fiera y la cola más larga, pero en la color y parecer no es más ni menos. Quitado el cuero y asadas o guisadas son tan buenas de comer como conejos, y para mí más gustosas las hembras; tienen muchos huevos, de manera que ella es buena comida y quien

no las conoce huiría de ellas y antes le pondría temor y espanto su vista que no deseo de comerla. No sé determinar si es carne o pescado, ni ninguno lo acaba de entender, porque vemos que se echa de los árboles al agua y se halla bien en ella, y también la tierra adentro, donde no hay río, ninguna se halla. Hay otras que se llaman hicoteas, que es también buen mantenimiento, son de manera de galápagos; hay muchos pavos, faisanes, papagayos de muchas maneras y guacamayas, que son mayores, muy pintadas; asimismo se ven algunas águilas pequeñas y tórtolas, perdices, palomas y otras aves nocturnas y de rapiña. Hay, sin esto, por estos montes culebras muy grandes.

Y quiero decir una cosa y contarla por cierta, aunque no la vi, pero sé haberse hallado presentes muchos hombres dignos de crédito; y es que, yendo por este camino el teniente Juan Greciano, por mandado del licenciado Santa Cruz, en busca del licenciado Juan de Vadillo, y llevando consigo ciertos españoles, entre los cuales iba un Manuel de Peralta y Pedro de Barros y Pedro Jimón, hallaron una culebra o serpiente tan grande que tenía de largo más de veinte pies y de muy grande anchor. Tenía la cabeza rosilla, los ojos verdes, sobresaltados; y como los vio, quiso encarar para ellos, y el Pedro Jimón le dio tal lanzada, que haciendo grandes bascas murió, y le hallaron en su vientre un venado chico, entero, como estaba cuando lo comió; y oí decir que ciertos españoles, con la hambre que llevaban, comieron el venado y aun parte de la culebra. Hay otras culebras no tan grandes como ésta, que hacen cuando andan un ruido que suena como cascabel. Estas si muerden a un hombre lo matan. Otras muchas serpientes y animalías fieras dicen los indios naturales que hay por aquellas espesuras, que yo no pongo por no haberlas visto. De los palmares de Urabá hay muchos, y otras frutas campesinas.

EL LAGO TITICACA

Esta laguna es tan grande que tiene por contorno ochenta leguas, y tan honda que el capitán Juan Ladrillero me dijo a mí que por algunas partes de ella, andando en sus bergantines, se hallaba tener setenta y ochenta brazas, y más, y en partes menos. En fin, en esto y en las olas que hace cuando el viento la sopla parece algún seno de mar; querer yo decir cómo está reclusa tanta agua en aquella laguna y de donde nace, no lo sé; porque, puestos a que muchos ríos y arroyos entren en ella, paréceme que con ellos solos no bastaba a hacer lo que hay, mayormente saliendo lo que de esta laguna se desagua por otra menor, que

llaman de los Aulagas. Podría ser que del tiempo del diluvio quedó así con esta agua que vemos, porque a mi ver, si fuera ojo de mar, estuviera salobre el agua, y no dulce, cuanto más que estará de la mar a más de sesenta leguas. Y toda esta agua desagua por un río hondo y que se tuvo por gran fuerza para esta comarca, al cual llaman el Desaguadero, y entra en la laguna que digo arriba llamarse de los Aulagas. Otra cosa se nota sobre este caso y es que vemos cómo el agua de una laguna entra en la otra (ésta es la del Collao en la de los Aulagas), y no cómo sale, aunque por todas partes se ha recorrido el lago de las Aulagas. Y sobre esto he oído a los españoles e indios que en unos valles de los que están cercanos a la Mar del Sur se ha visto y ven de continuo ojos de agua que van por debajo de tierra a dar a la misma mar; y creen que podría ser que fuese al agua de estos lagos, desaguando por algunas partes, abriendo camino por las entrañas de la misma tierra, hasta ir a parar donde todas van, que es la mar. La gran laguna del Collao tiene por nombre Titicaca, por el templo que estuvo edificado en la misma laguna; de donde los naturales tuvieron por opinión una vanidad muy grande, y es que cuentan estos indios que sus antiguos lo afirmaron por cierto, como hicieron otras burlerías que dicen, que carecieron de lumbre muchos días y que, estando todos puestos en tinieblas y oscuridad, salió de esta isla de Titicaca el sol muy resplandeciente, por lo cual la tuvieron por cosa sagrada, y los Ingas hicieron en ella el templo que digo, que fue entre ellos muy estimado y venerado, a honra de su sol, poniendo en él mujeres vírgenes y sacerdotes con grandes tesoros; de lo cual, puesto que los españoles en diversos tiempos han habido mucho, se tiene que falta lo más. Y si estos indios tuvieron alguna falta de la lumbre que dicen, podría ser causado por alguna eclipse del sol; y como ellos son tan agoreros, fingirían esta fábula y también les ayudarían a ello las ilusiones del demonio, permitiéndolo Dios por sus pecados de ellos.

DEL PUEBLO DE TIAHUANACO Y DE LOS EDIFICIOS TAN GRANDES Y ANTIGUOS QUE EN EL SE VEN

Tiahuanaco no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está un collado hecho a mano, armado sobre grandes cimientos de piedra. Más adelante de este cerro están dos ídolos de piedra del talle y figura humana, muy primamente hechos y formadas las facciones, tanto que parece que se hicieron por mano de

grandes artífices o maestros; son tan grandes que parecen pequeños gigantes, y vese tienen forma de vestimentas largas, diferenciadas de la que vemos a los naturales de estas provincias; en las cabezas parece tener su ornamento. Cerca de estas estatuas de piedra está otro edificio, del cual la antigüedad suya y falta de letras es causa para que no se sepa qué gentes hicieron tan grandes cimientos y fuerzas, y qué tanto tiempo por ello ha pasado, porque de presente no se ve más que una muralla muy bien obrada y que debe de haber mucho tiempo y edades que se hizo; algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas, y en esta parte hay piedras tan grandes y crecidas que causa admiración pensar cómo siendo de tanta grandeza bastaron fuerzas humanas a traerlas donde las vemos, y muchas de estas piedras que digo están labradas de diferentes maneras y algunas de ellas tienen forma de cuerpos de hombres, que debieron ser sus ídolos; junto a la muralla hay muchos huecos y concavidades debajo de tierra; en otro lugar más hacia el poniente de este edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con sus quicios, umbrales y portaletas, todo de una sola piedra. Lo que yo más noté cuando anduve mirando y escribiendo cosas fue que de estas portadas tan grandes salían otras mayores piedras, sobre que estaban formadas, de las cuales tenían algunas treinta pies de ancho y de largo quince y más y de frente seis, y esto y la portada y sus quicios y umbrales era una sola piedra, que es cosa de mucha grandeza bien considerada esta obra, la cual yo no alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramientas se labró, porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen ni pusiesen en perfección, mucho mayores debían estar para dejarlas como las vemos, y nótase por lo que se ve de estos edificios que no se acabaron de hacer, porque en ellos no hay más que estas portadas y otras piedras de extraña grandeza que yo vi labradas algunas y aderezadas para poner en el edificio, del cual estaba algo desviado un retrete pequeño, donde está puesto un gran ídolo de piedra en que debían de adorar, y aun es fama que junto a este ídolo se halló alguna cantidad de oro, y alrededor de este templo había otro número de piedras grandes y pequeñas, labradas y talladas como las ya dichas.

Otras cosas hay más que decir de este Tiahuanaco, que paso por no detenerme; concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú; y así se tiene que antes que los incas reinasen, con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios de éstos; porque yo he oído afirmar a indios que los incas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo; y aún dicen más, que los primeros

incas platicaron de hacer su corte y asiento de ella en este Tiahuanaco. También se nota otra cosa grande, y es que en muy gran parte de esta comarca no hay ni se ven rocas, canteras ni piedras donde pudiesen haber sacado las muchas que vemos, y para traerlas no debía de juntarse poca gente.

Yo pregunté a los naturales, en presencia de Juan Varagas (que es el que sobre ellos tiene encomienda), si estos edificios se habían hecho en tiempo de los incas, y riéronse de esta pregunta, afirmando lo ya dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos, mas que ellos no podían decir ni afirmar quién los hizo, mas de que oyeron a sus antepasados que en una noche remaneció hecho lo que allí se veía. Por esto y por lo que también dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres barbados y haber hecho el edificio de Vinaque semejantes gentes, digo que por ventura pudo ser que antes que los incas mandasen debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos venida por alguna parte que no se sabe, los cuales harían estas cosas y, siendo pocos y los naturales tantos, serían muertos en las guerras. Por estar estas cosas tan ciegas podemos decir que bienaventurada la invención de las letras, que con la virtud de su sonido dura la memoria muchos siglos y hacen que vuele la fama de las cosas que suceden por el universo, y no ignoramos lo que queremos teniendo en las manos la lectura; y como en este Nuevo Mundo de las Indias no se hayan hallado letras, vamos a tino en muchas cosas.

Apartados de estos edificios están los aposentos de los incas y la casa donde nació Mango inca, hijo de Guaynacapa, y están junto a ellos dos sepulturas de los señores naturales de este pueblo, tan altas como torres anchas y esquinadas, las puertas al nacimiento del sol.

[c. 1541]

Españoles maltratando a los indios. Castigos en las minas,
en Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva Corónica y Buen Gobierno*,
edición de Franklin Pease, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

LA CALIDAD Y TEMPLE DEL PERU

LLAMAN PERÚ todas aquellas tierras que hay del mismo río al Chili, y que nombrado habemos muchas veces en su conquista y guerras civiles, como son Quito, Cuzco, Charcas, Puerto-Viejo, Túmbez, Arequipa, Lima y Chili. Divídenlo en tres partes: en llano, sierras y Andes. Lo llano, que arenoso es muy caliente, cae a orillas del mar; entra poco en la tierra, pero extiéndese grandemente por junto al agua. De Túmbez allá no llueve ni truena ni echa rayos en más de quinientas leguas de costa y diez o veinte de tierra que duran los llanos. Viven aquí los hombres en las riberas de los ríos que vienen de las sierras, por muchos valles, los cuales tienen llenos de frutales y otros árboles, bajo cuya sombra y frescura duermen y moran, ca no hacen otras casas ni camas. Críanse allí cañas, juncos, espadañas y semejantes yerbas de mucha verdura para tomar por cama, y unos arbolejos cuyas hojas se secan en tocándolas con la mano. Siembran algodón, que de suyo es azul, verde, amarillo, leonado y de otras colores; siembran maíz, y batatas y otras semillas y raíces, que comen, y riegan las plantas y sembrados por acequias que sacan de los ríos, y cae también algún rocío. Siembran asimismo una yerba dicha coca, que la precian más que oro ni pan, la cual requiere tierra muy caliente, y tráenla en la boca todos y siempre, diciendo que mata la sed y el hambre; cosa admirable, si verdadera.

Siembran y cogen todo el año; no hay lagartos o cocodrilos en los ríos ni costa de estos llanos de Lima allá; y así, pescan sin miedo y mucho. Comen crudo el pescado, que así hacen la carne por la mayor parte; toman muchos lobos marinos, que los hallan buenos de comer, y límpianse los diente con sus barbas, por ser buenas para la dentadura; y aun dicen que quitan el dolor de muelas los dientes de aquellos lobos, si los calientan y los tocan. Comen estos lobos piedras, puede ser que por lastre; los buitres matan también estos lobos cuando salen a tierra, que mucho es de ver, y se los comen. Acometen a un lobo marino muchos buitres, y aun dos solamente se atreven; unos lo pican de la cola y pies, que todo parece uno, y otros de los ojos, hasta que se los quiebran, y así lo matan después de ciego y cansado. Son grandes los buitres, y algunos tienen doce y quince y aun diez y ocho palmos de una punta de ala a otra.

Hay garzas blancas y pardas, papagayos, mochuelos, pitos, ruiseñores, codornices, tórtolas, patos, palomas, perdices y otras aves que nosotros comemos, excepto gallipavos, que no crían de Chira o Túmbez adelante. Hay águilas, halcones y otras aves de rapiña, y de muy extraño y hermoso color; hay un pajarico del tamaño de cigarra, con linda pluma entre colores, que admira la gente; hay otras aves sin pluma, tan grandes como ansarones, que nunca salen del mar; tienen empero un blando y delgado vello por todo el cuerpo. Hay conejos, raposas, ovejas, ciervos y otros animales, que cazan con redes y arcos y a ojeo de hombres, trayéndolos a ciertos corrales que para ello hacen.

La gente que habita en estos llanos es grosera, sucia, no esforzada ni hábil; viste poco y malo; cría cabello, y no barba, y como es la gran tierra, hablan muchas lenguas. En la sierra, que es una cordillera de montes bien altos y que corre setecientas y más leguas, y que no se aparta de la mar quince, o cuando mucho veinte, llueve y nieva reciamente, y así es muy fría. Los que viven entre aquel frío y calor son por la mayor parte tuertos y ciegos, que por maravilla se hallan dos personas juntas que la una no sea tuerta. Andan rebozados y tocados por esto, y por no cubrir, como algunos decían, unos rabillos que les nacían al colodrillo. En muchas partes de esta fría sierra no hay árboles, y hacen fuego de cierta tierra y céspedes que arden muy bien. Hay tierras de colores, como es Parnionga, Guarimei; unas coloradas, otras negras, de que sin otra mezcla hacen tinta; otras amarillas, verdes, moradas, azules, que se divisan de lejos y parecen muy bien.

Hay venados, lobos, osos negros y unos gatos que parecen hombres negros. Hay dos suertes de pacos, que llaman los españoles ovejas, y son, como en otro cabo dijimos, unas domésticas y otras silvestres. La lana de las unas es grosera, y de las otras fina, de la cual hacen vestidos, calzado, colchones, mantas, paramentos, sogas, hilo y la borla que traen los incas. Tienen grandes hatos y granjería de ellas en Chincha, Caxamalca y otras muchas tierras, y la llevan y traen de un extremo a otro como los de Soria y Extremadura. Críanse nabos, altramuces, acederas y otras yerbas de comer, y una como apio de flor amarilla que sana toda llaga podrida, y si la ponen donde no hay mal, come la carne hasta el hueso; y así, es buena para lo malo y mala para lo bueno. No tengo qué decir del oro ni de la plata, pues donde quiera se halla. En los valles de la sierra, que son muy hondos, hay calor y se hace la coca y otras cosas que no quieren tierra fría. Los hombres traen camisas de lana y hondas ceñidas por la cabeza sobre el cabello. Tienen más fuerza, esfuerzo, cuerpo, razón y policía que los del llano arenoso. Las mujeres visten largo y sin mangas, fájanse mucho y usan mantellinas sobre los

hombros, prendidas con alfileres cabezudos de oro y plata, a fuerza del Cuzco. Son grandes trabajadoras y ayudan mucho a sus maridos; hacen casas de adobes y madera, que cubren de uno como esparto. Estas son asperísimas montañas, si las hay en el mundo, y vienen de la Nueva España, y aun de más allá, por entre Panamá y el Nombre de Dios, y llegan al estrecho de Magallanes. De aquellos, pues, nacen grandísimos ríos, que caen en la mar del Sur, y otros mayores en la del Norte, como son el río de la Plata, el Marañón y el de Orellana, que aún no está averiguado si es el mismo Marañón. Los Andes son valles muy poblados y ricos de minas y ganado; pero aún no hay de ellos tanta noticia como de las otras tierras.

COSAS NOTABLES QUE HAY Y QUE NO HAY EN EL PERU

Oro y plata hay donde quiera, mas no tanto como en el Perú, y fúndenlo en hornillos con estiércol de ovejas, y al aire, peñas y cerros de colores; no sé dónde lo hay como aquí; aves hay diferentes de otras partes, como la que no tiene pluma y la que pequeñísima es, según un poco antes contamos. Los osos, las ovejas y gatos gesto de negros son propios animales de esta tierra. Gigantes dicen que hubo en tiempos antiguos, cuyas estatuas halló Francisco Pizarro en Puerto Viejo, y diez o doce años después se hallaron no muy lejos de Trujillo grandísimos huesos y calaveras con dientes de tres dedos en gordo y cuatro en largo, que tenían un verdugo por de fuera y estaban negros; lo cual confirmó la memoria que de ellos anda entre los hombres de la costa. En Colli, cerca de Trujillo, hay una laguna dulce que tiene el suelo de sal blanca y cuajada. En los Andes, detrás de Jauja, hay un río que, siendo sus piedras de sal, es dulce. Una fuente está en Chinca cuya agua convierte la tierra en piedra, y la piedra y barro en peña. En la costa de San Miguel hay grandes piedras de sal en la mar, cubiertas de ovas. Otras fuentes o mineros hay en la punta de Santa Elena que corren un licor, el cual sirve por alquitrán y por pez.

No había caballos, ni bueyes, ni mulos, asnos, cabras, ovejas, perros, a cuya causa no hay rabia allí ni en todas las Indias. Tampoco había ratones hasta en tiempo de Blasco Núñez. remanecieron tantos de improviso en San Miguel y otras tierras, que royeron todos los árboles, cañas de azúcar, maizales, hortaliza y ropa sin remedio ninguno, y langosta muy menuda en aquel mismo tiempo, nunca vista en el Perú, y comió los sembrados. Dio asimismo una cierta sarna en las ovejas y otros animales del campo, que mató como pestilencia las más

de ellas en los llanos, que ni las aves carniceras las querían comer. De todo esto vino gran daño a los naturales y extranjeros, que tuvieron poco pan y mucha guerra. Dicen también que no hay pestilencia, argumento de ser los aires sanísimos, ni piojos, que lo tengo a mucho; mas los nuestros bien los crían. No usaban moneda, teniendo tanta plata, oro y otros metales; ni letras, que mayor falta y rudeza era; pero ya las saben y aprenden de nosotros, que vale más que sus desaprovechadas riquezas. No es de callar la manera que tienen en hacer sus templos, fortalezas y puentes: traen la piedra arrastrando a fuerza de brazos, que bestias no hay, y piedras de diez pies en cuadro, y aún mayores. Asiéntanlas con cal y otro betún, arriman tierra a la pared, por donde suben la piedra, y cuanto el edificio crece, tanto levantan la tierra, ca no tienen ingenios de grúas y tornos de cantería; y así, tardan mucho en semejantes fábricas, y andan infinitas personas; tal edificio era la fortaleza del Cuzco, la cual era fuerte, hermosa y magnífica. Los puentes son para reír y aun para caer; en los ríos hondos y raudos, que no pueden hincar postes, echan una soga de lana o verga de un cabo a otro por parte alta; cuelgan de ella un cesto como de vendimiar, que tiene las asas de palo, por más recio, meten allí dentro el hombre, tiran de otra soga y pásanlo. En otros ríos hacen un puente sobre pies de un solo tablón, como los que hacen en Tajo para las ovejas; pasan por allí los indios sin caer ni turbarse, que lo continúan mucho; mas peligran los españoles, desvaneciendo con la vista del agua y altura y temblor de la tabla; y así, los más pasan a gatas.

También hacen buenas puentes de maromas sobre pilares que cubren de trenzas, por las cuales pasan caballos, aunque se bambolean. La primera que pasaron fue entre Iminga y Guaillasmarca, no sin miedo, la cual era de dos pedazos: por el uno pasaban los incas, orejones y soldados, y por el otro los demás, y pagaban pontazgos, como pecheros, para sustentar y reparar el puente, aunque los pueblos más vecinos eran obligados a tener en pie los puentes. Donde no había puente de ninguna suerte hacían balsas y artesas, mas la reciura de los ríos se las llevaba; y así, les convenía pasar a nado, que todos son grandes nadadores. Otros pasan sobre una red de calabazas, guiándola uno y empujándola otro, y el español o indio y ropa que va encima se cubre de agua. Por defecto, pues, y maleza de puentes se han ahogado muchos españoles, caballos, oro y plata; que los indios a nado pasan.

Tenían dos caminos reales del Quito al Cuzco, obras costosas y notables; uno por la sierra y otro por los llanos, que duran más de seiscientas leguas; el que iba por llano era tapiado por ambos lados, y ancho veinte y cinco pies; tiene sus acequias de aguas, en que hay

muchos árboles, dichos molli. El que iba por lo alto era de la misma anchura cortado en vivas peñas y hechos de cal y canto, ca o bajaban los cerros o alzaban los valles para igualar el camino; edificio, al dicho de todos, que vence las pirámides de Egipto y calzadas romanas y todas obras antiguas. Guainicapa lo alargó y restauró, y no lo hizo, como algunos dicen; que cosa vieja es, y que no la pudiera acabar en su vida. Van muy derechos estos caminos, sin rodear cuesta ni laguna, y tienen por sus jornadas y trechos de tierra unos grandes palacios, que llaman tambos, donde se albergan la corte y ejército de los incas; los cuales están abastecidos de armas y comida, y de vestidos y zapatos para los soldados; que los pueblos comarcanos los proveían de obligación. Nuestros españoles con sus guerras civiles han destruído estos caminos, cortando la calzada por muchos lugares para impedir el paso unos a otros, y aun los indios deshicieron su parte cuando la guerra y cerco del Cuzco.

[c. 1552]

JOSE DE ACOSTA

DEL CERRO DE POTOSI Y DE SU DESCUBRIMIENTO

EL CERRO tan nombrado de Potosí está en la provincia de los Charcas, en el reino del Perú; dista de la Equinocial a la parte del Sur o Polo Antártico, veinte y un grados y dos tercios, de suerte que cae dentro de los Trópicos, en lo último de la Tórrida zona. Y con todo eso es extremo frío, más que Castilla la Vieja en España y más que Flandes, habiendo de ser templado o caliente conforme a la altura del polo en que está. Hácele frío, estar tan levantado y empinado, y de ser todo bañado de vientos muy fríos y destemplados, especialmente el que allí llaman Tomahaui, que es impetuoso y frigidísimo, y reina por mayo, junio, julio y agosto. Su habitación es seca, fría y muy desabrida y del todo estéril, que no se da ni produce fruto, ni grano ni yerba, y así naturalmente es inhabitable por el mal temple del cielo y por la gran esterilidad de la tierra. Mas la fuerza de la plata, que llama a sí con su codicia las otras cosas, ha poblado aquel cerro de la mayor población que hay en todos aquellos reinos, y la ha hecho tan abundante de todas comidas y regalos, que ninguna cosa se puede desear que no se halle allí en abundancia, y siendo todo de acarreto, están las plazas llenas de frutas, conservas, regalos, vinos excesivos, sedas y galas, tanto como donde más. La color de este cerro tira a rojo obscuro; tiene una graciosísima vista, a modo de un pabellón igual a un pan de azúcar. Empínase y señorea todos los otros cerros que hay en su contorno. Su subida es agra, aunque se anda toda a caballo; remátase en punta en forma redonda; tiene de boj y contorno una legua por su falda; hay desde la cumbre de este cerro hasta su pie y planta, mil y seiscientos y veinte y cuatro varas de las comunes, que reducidas a medida y cuenta de leguas españolas hacen un cuarto de legua. En este cerro, al pie de su falda, está otro cerro pequeño que nace de él, el cual antiguamente tuvo algunas minas de metales sueltos que se hallaban como en bolsas y no en veta fija, y eran muy ricos, aunque pocos. Llámanle Guainapotosí, que quiere decir Potosí el mozo. De la falda de este pequeño cerro comienza la población de españoles e indios, que han venido a la riqueza y labor de Potosí. Tendrá la dicha población dos leguas de contorno; en ella es el mayor concurso y contratación que hay en el Perú. Las minas de este cerro no fueron labradas en tiempo de los Ingas, que fueron señores

del Perú antes de entrar los españoles, aunque cerca de Potosí labraron las minas de Porco, que están a seis leguas. La causa debió de ser no tener noticias de ellas, aunque otros cuentan no sé qué fábula, que quisieron labrar aquellas minas y oyeron ciertas voces que decían a los indios que no tocasen allí, que estaba aquel cerro guardado para otros. En efecto, hasta doce años después de entrados los españoles en el Perú, ninguna noticia se tuvo de Potosí, y de su riqueza...

DE LOS BAILES Y FIESTAS DE LOS INDIOS

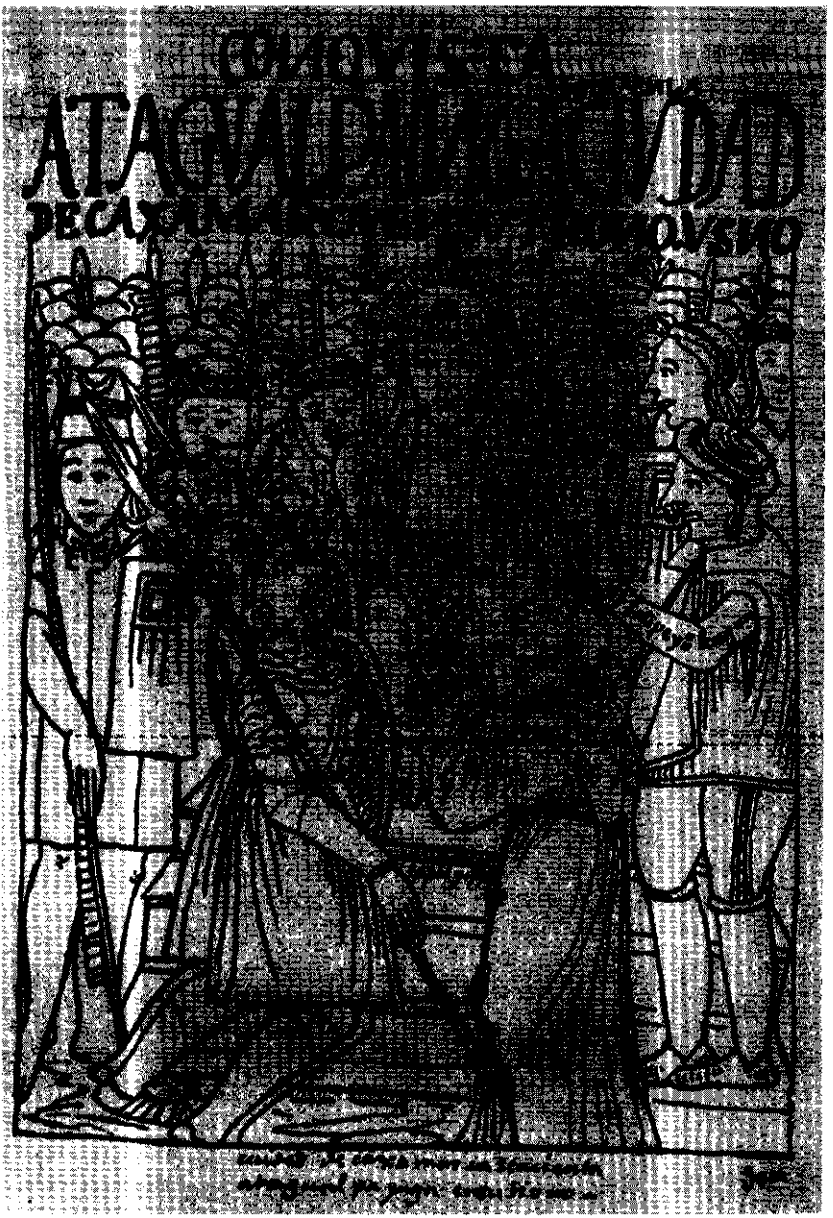
Porque es parte de buen gobierno tener la república sus recreaciones y pasatiempos, cuando conviene, es bien digamos algo de lo que cuanto a esto usaron los indios, mayormente los mexicanos. Ningún linaje de hombres que vivan en común, se ha descubierto que no tenga su modo de entretenimiento y recreación, con juegos o bailes, o ejercicios de gusto. En el Perú vi un género de pelea, hecha en juego, que se encendía con tanta porfía de los bandos, que venía a ser bien peligrosa su *puella,* que así la llamaban. Vi también mil diferencias de danzas en que imitaban diversos oficios, como de ovejeros, labradores, de pescaderos, de monteros; ordinariamente eran todas con sonido, y paso y compás, muy espacioso y flemático. Otras danzas había de enmascarados, que llaman guacones, y las máscaras y su gesto eran del puro demonio. También danzaban unos hombres sobre los hombros de otros, al modo que en Portugal llevan las pelas, que ellos llaman. De estas danzas, la mayor parte era superstición y género de idolatría, porque así veneraban sus ídolos y guacas; por lo cual han procurado los prelados, evitarles lo más que pueden semejantes danzas, aunque por ser mucha parte de ella pura recreación, les dejan que todavía dancen y bailen a su modo. Tañen diversos instrumentos para estas danzas: unas como flautillas o cañutillos; otros como atambores; otros como caracoles; lo más ordinario es en voz, cantar todos, yendo uno o dos diciendo sus poesías y acudiendo los demás a responder con el pie de la copla. Algunos de estos romances eran muy artificiosos y contenían historia; otros eran llenos de superstición; otros eran puros disparates.

Los nuestros, que andan entre ellos, han probado ponerles las cosas de nuestra santa fe, en su modo de canto, y es cosa grande de provecho que se halla, porque con el gusto del canto y tonada, están días enteros oyendo y repitiendo sin cansarse. También han puesto en su lengua, composiciones y tonadas nuestras, como de octavas, y canciones de romances, de redondillas, y es maravilla cuán bien las toman

los indios, y cuánto gustan. Es cierto gran medio este y muy necesario para esta gente. En el Perú llaman estos bailes, comúnmente *taqui*; en otras provincias de indios se llamaban *areytos*; en México se dicen *mitotes*. En ninguna parte hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España, donde hoy día se ven indios volteadores, que admiran, sobre una cuerda; otros sobre un palo alto derecho, puestos de pies, danzan y hacen mil mudanzas; otros con las plantas de los pies, y con las corvas, menean y echan en alto, y revuelven un tronco pesadísimo, que no parece cosa creíble, si no es viéndolo; hacen otras mil pruebas de gran sutileza, en trepar, saltar, voltear, llevar grandísimo peso, sufrir golpes, que bastan a quebrantar hierro, de todo lo cual se ven pruebas harto donosas. Mas el ejercicio de recreación más tenido de los mexicanos, es el solemne mitote, que es un baile que tenían por tan autorizado, que entraban a veces en él los reyes, y no por fuerza como el Rey D. Pedro de Aragón con el Barbero de Valencia. Hacíase este baile o mitote, de ordinario en los patios de los templos y de las casas reales, que eran los más espaciosos. Ponían en medio del patio dos instrumentos: uno de la hechura de atambor, y otro de forma de barril, hecho de una pieza, hueco por de dentro y puesto como sobre una figura de hombre o de animal, o de una columna. Estaban ambos templados de suerte que hacían entre sí buena consonancia. Hacían con ellos diversos sones, y eran muchos y varios cantares; todos iban cantando y bailando al son, con tanto concierto, que no discrepaba el uno del otro, yendo todos a una, así en las voces como en el mover los pies con tal destreza, que era de ver. En estos bailes se hacían dos ruedas de gente: en medio, donde estaban los instrumentos, se ponían los ancianos y señores y gente más grave, y allí casi a pie, quedo, bailaban y cantaban. Alrededor de éstos, bien desviados, salían de dos en dos los demás, bailando en coro con más ligereza, y haciendo diversas mudanzas y ciertos saltos a propósito, y entre sí venían a hacer una rueda muy ancha y espaciosa. Sacaban en estos bailes las ropas más preciosas que tenían, y diversas joyas, según que cada uno podía. Tenían en esto, gran punto, y así desde niños se enseñaban a este género de danzas. Aunque muchas de estas danzas se hacían en honra de sus ídolos, pero no era eso de su institución, sino como está dicho, un género de recreación y regocijo para el pueblo, y así no es bien quitárselas a los indios, sino procurar no se mezcle superstición alguna. En Tepotzotlán, que es un pueblo siete leguas de México, vi hacer el baile o mitote que he dicho, en el patio de la iglesia, y me pareció bien ocupar y entretener los indios, días de fiestas, pues tienen necesidad de alguna recreación, y en aquella que es pública y sin perjuicio de nadie,

hay menos inconvenientes que en otras que podrían hacer a solas, si les quitasen éstas. Y generalmente es digno de admitir que lo que se pudiere dejar a los indios de sus costumbres y usos (no habiendo mezcla de sus errores antiguos), es bien dejarlo y conforme al consejo de San Gregorio Papa, procurar que sus fiestas y regocijos se encaminen al honor de Dios y de los santos cuyas fiestas celebran...

[c. 1570]



Felipe Guamán Poma de Ayala, ob. cit.

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA

NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO

DE CÓMO LOS ESPAÑOLES llegaron a la ciudad de Cajamarca y no se aposentaron en la dicha ciudad en ausencia de dicho Inga Atagualpa, y fuera se armaron sus toldos y se ordenaron como bravos animosos para lo embestir, y en aquel tiempo no traían cuellos sino traían el cuello como padre, todos traían bonetes colorados y calzones chupados, jubón estofado, y manga larga, y un capotillo con su manga larga, como casi a la viscaina.

Como tuvo noticia Atagualpa Inga, y los señores principales y capitanes y los demás indios, de la vida de los españoles, se espantaron de que los cristianos no durmiesen, es que decían porque velaban y comían plata y oro, ellos como sus caballos, y que traían ojotas de plata, decían de los frenos y herradura y de las armas de hierro, y de botones colorados, y que de día y de noche hablaban cada uno con sus papeles —quiulca— y que todos eran amortajados, toda la cara cubierta de lana, y que se le parecía sólo los ojos y en la cabeza traían una ollollitas colorado —arimanca— y suruyta, que traían las pijas colgadas atrás larguísimas, decían de las espadas, y que estaban vestidos todo de plata fina, y que no tenían señor mayor que todos parecían hermanos en el traje y hablar y conversar, comer y vestir, y una cara sólo le pareció que tenía señor mayor de una cara prieta, y dientes blancos, que éste sólo hablaba mucho con todos; oída esta dicha nueva se espantó el dicho Inga y le dijo: qué nueva me traes, mal mensaje; así quedaron espantados con la nueva nunca oída y así mando Atahualpa Inga que le diesen servicios de mujeres a ellos y a sus caballos.

Como tenía una casa y patio lleno de pájaros y monos y micos, y guacamayas y papagayos, y loritos y periquitos, y cernícalos y tórtolas, cucuri, y chivillos, chayna, y otros muchos pájaros de la sierra y de los yungas, viscachas y lagunas de pescado, fuentes de agua, uiruy paccha cantopacha.

Como tenía un jardín y huerta para su recreación del Inga, asimismo tenían los cápac apo, principales de estos reinos, sembrado de verduras y yuyos, regalos, para tenerlo de cerca.

Como tenía tambores hechos de hombres principales, los que fueron rebeldes y traidores, hecho todo el cuerpo entero vestido a su traje

hecho tambor, y le llamaban a estos tambores runatinya; y estaba como si estuviese vivo y con su propia mano tocaba la barriga, y el tambor fue hecho de la barriga. Y de otros rebeldes hacían mates de beber chicha de la cabeza, y flautas de los huesos, y de los dientes y muelas gargantilla.

[1587-1613]

INCA GARCILASO DE LA VEGA

LA DESCRIPCION DEL TEMPLO DEL SOL Y SUS GRANDES RIQUEZAS

UNO DE LOS PRINCIPALES ídolos que los Reyes Incas y sus vasallos tuvieron fue la imperial ciudad del Cuzco, que la adoraban los indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca Manco Cápac y por las innumerables victorias que ella tuvo en las conquistas que hizo y porque era casa y corte de los Incas, sus dioses. De tal manera era su adoración que aun en cosas muy menudas la mostraban, que si los indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cuzco y el otro que viniese a él, el que iba era respetado y acatado del que venía como superior de inferior, sólo por haber estado e ir de la ciudad, cuanto más si era vecino de ella y mucho más si era natural. Lo mismo era en las semillas y legumbres o cualquiera otra cosa que llevasen del Cuzco a otras partes, que, aunque en la calidad no se aventajase, sólo por ser de aquella ciudad era más estimada que de las otras regiones y provincias. De aquí se sacará lo que habría en cosas mayores. Por tenerla en esta veneración la ennoblecieron aquellos Reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales que muchos de ellos hicieron para sí, como en la descripción de ella diremos de algunas de las casas. Entre las cuales, y en las que más se esmeraron, fue la casa y templo del Sol, que la adornaron de increíbles riquezas, aumentándolas cada Inca de por sí y aventajándose del pasado. Fueron tan increíbles las grandezas de aquella casa que no me atreviera yo a escribirlas si no las hubieran escrito todos los españoles historiadores del Perú. Mas ni lo que ellos dicen ni lo que yo diré alcanza a significar las que fueron. Atribuyen el edificio de aquel templo al Rey Inca Yupanqui, abuelo de Huaina Cápac, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de adornar y poner en la riqueza y majestad que los españoles lo hallaron.

Viniendo, pues, a la traza del templo, es de saber que el aposento del Sol era lo que ahora es la iglesia del divino S. Domingo, que por no tener la precisa anchura y largura suya no la pongo aquí; la pieza, en cuanto su tamaño, vive hoy. Es labrada de cantería llana, muy prima y pulida.

El altar mayor (digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos indios no supieron hacer altar) estaba al oriente; la techum-

bre era de madera muy alta, por que tuviese mucha corriente; la cobija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro. En el testero que llamamos altar mayor tenían puesta la figura del Sol, hecha de una plancha de oro al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo y con sus rayos y llamas de fuego todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande que tomaba todo el testero del templo, de pared a pared. No tuvieron los incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del Sol en aquel templo ni otro alguno, porque no adoraban otros dioses sino al Sol, aunque no falta quien diga lo contrario.

Esta figura del Sol cupo en suerte, cuando los españoles entraron en aquella ciudad, a un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Mancio Serra de Leguizamo, que yo conocí y dejé vivo cuando me vine a España, gran jugador de todos juegos, que con ser tan grande la imagen, la jugó y perdió en una noche. De donde podremos decir, siguiendo al Padre Maestro Acosta, que nació el refrán que dice: "Juega el Sol antes que amanezca". Después, el tiempo adelante, viendo el Cabildo de aquella ciudad cuán perdido andaba este su hijo por el juego, por apartarlo de él lo eligió un año por alcalde ordinario. El cual acudió al servicio de su patria con tanto cuidado y diligencia (porque tenía muy buenas partes de caballero) que todo aquel año no tomó naipe en la mano. La ciudad, viendo esto, le ocupó otro año y otros muchos en oficios públicos. Mancio Sierra, con la ocupación ordinaria, olvidó el juego y lo aborreció para siempre, acordándose de los muchos trabajos y necesidades en que cada día le ponía. Donde se ve claro cuánto ayuda la ociosidad al vicio y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud.

Volviendo a nuestra historia, decimos que por sola aquella pieza que cupo de parte a un español, se podrá sacar el tesoro que en aquella ciudad y su templo hallaron los españoles. A un lado y a otro la imagen del Sol estaban los cuerpos de los Reyes muertos, puestos por su antigüedad, como hijos de ese Sol, embalsamados, que (no se sabe cómo) parecían estar vivos. Estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían asentarse. Tenían los rostros hacia el pueblo; sólo Huaina Cápac se aventajaba de los demás, que estaba puesto delante de la figura del Sol, vuelto el rostro hacia él, como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás, pues mereció que en vida le adorasen por Dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo. Estos cuerpos escondieron los indios con el demás tesoro, que los más de ellos no han parecido

hasta hoy. El año de 1559 el Licenciado Polo descubrió cinco de ellos, tres de Reyes y dos de Reinas.

La puerta principal del templo miraba al norte como hoy está, sin la cual había otras menores para servicio del templo. Todas éstas estaban aforradas con planchas de oro en forma de portada. Por de fuera del templo, por lo alto de las paredes del templo, corría una cenefa de oro de un tablón de más de una vara de ancho, en forma de corona, que abrazaba todo el templo.

LAS COSAS QUE SACRIFICABAN AL SOL

Los sacrificios que los Incas ofrecieron al Sol fueron de muchas y diversas cosas, como animales domésticos grandes y chicos. El sacrificio principal y el más estimado era el de los corderos, y luego el de los carneros, luego el de las ovejas machorras. Sacrificaban conejos caseros y todas las aves que eran de comer y sebo a solas, y todas las mieses y legumbres, hasta la yerba coca, y ropa de vestir de la muy fina, todo lo cual quemaban en lugar de incienso y lo ofrecían en hacimiento de gracias de que lo hubiese criado el Sol para sustento de los hombres. También ofrecían en sacrificio mucho brebaje de lo que bebían, hecho de agua y maíz, y en las comidas ordinarias, cuando les traían de beber, después que habían comido (que mientras comían nunca bebían), a los primeros vasos mojaban la punta del dedo de en medio, y, mirando al cielo con acatamiento, despedían del dedo (como quien da papirotes) la gota del brebaje que en él se les había pegado, ofreciéndola al Sol en hacimiento de gracias porque les daba de beber, y con la boca daban dos o tres besos al aire, que, como hemos dicho, era entre aquellos indios señal de adoración. Hecha esta ofrenda en los primeros vasos habían lo que se les antojaba sin más ceremonias.

Esta última ceremonia o idolatría yo la ví hacer a los indios no bautizados, que en mi tiempo aún había muchos viejos por bautizarse, y a necesidad yo bauticé algunos. De manera que en los sacrificios fueron los Incas casi o del todo semejantes a los indios de la primera edad. Sólo se diferenciaron en que no sacrificaron carne ni sangre humana con muerte, antes lo abominaron y prohibieron como el comerla, y si algunos historiadores lo han escrito, fue porque los relatores los engañaron, por no dividir las edades y las provincias, dónde y cuándo se hacían semejantes sacrificios de hombres, mujeres y niños. Y así un historiador dice, hablando de los Incas, que sacrificaban hombres, y nombra dos provincias donde dice que se hacían los sacrificios: la una

está pocas menos de cien leguas del Cuzco (que aquella ciudad era donde los Incas hacían sus sacrificios) y la otra es una de dos provincias de un mismo nombre, la una de las cuales está doscientas leguas al sur de Cuzco y la otra más de cuatrocientas al norte, de donde consta claro que por no dividir los tiempos y los lugares atribuyen muchas veces a los Incas muchas cosas de las que ellos prohibieron a los que sujetaron su Imperio, que las usaban en aquella primera edad, antes de los Reyes Incas.

Yo soy testigo de haber oído vez y veces a mi padre y sus contemporáneos, cotejando las dos repúblicas, México y Perú, hablando en este particular de los sacrificios de hombres y del comer carne humana, que loaban tanto a los Incas del Perú porque no los tuvieron ni consintieron, cuanto abominaban a los de México, porque lo uno y lo otro se hizo dentro y fuera de aquella ciudad tan diabólicamente como lo cuenta la historia de su conquista, la cual es fama cierta aunque secreta que la escribió el mismo que la conquistó y ganó dos veces, lo cual yo creo para mí, porque en mi tierra y en España lo he oído a caballeros fidedignos que lo han hablado con mucha certificación. Y la misma obra lo muestra a quien la mira con atención, y fue lástima que no se publicase en su nombre para que la obra tuviera más autoridad y el autor imitara en todo al gran Julio César.

Volviendo a los sacrificios, decimos que los Incas no los tuvieron ni los consintieron hacer de hombres o niños, aunque fuese de enfermedades de sus Reyes (como lo dice otro historiador) porque no las tenían por enfermedades como las de la gente común, teníanlas por mensajeros, como ellos decían, de su padre el Sol, que venían a llamar a su hijo para que fuese a descansar con él al cielo, y así eran palabras ordinarias que las decían aquellos Reyes Incas cuando se querían morir: "Mi padre me llama que me vaya a descansar con él". Y por esta vanidad que predicaban, porque los indios no dudasen de ella y de las demás cosas que a esta semejanza decían del Sol, haciéndose hijos suyos, no consentían contradecir su voluntad con sacrificios por su salud, pues ellos mismos confesaban que los llamaba para que descansasen con él. Y esto baste para que se crea que no sacrificaban hombres, niños ni mujeres, y adelante contaremos más largamente los sacrificios comunes y particulares que ofrecían y las fiestas solemnes que hacían al Sol.

Al entrar de los templos o estando ya dentro, el más principal de los que entraban echaba mano de sus cejas, como arrancando los pelos de ellas, y, que los arrancase o no, los soplaba hacia el ídolo en señal de adoración y ofrenda. Y esta adoración no la hacían al Rey, sino a los

ídolos o árboles o otras cosas donde entraba el demonio a hablarles. También hacían lo mismo los sacerdotes y las hechiceras cuando entraban en los rincones y lugares secretos a hablar con el diablo, como obligando aquella deidad que ellos imaginaban a que oyese y respondiese, pues en aquella demostración le ofrecían sus personas. Digo que también les ví yo hacer esta idolatría.

DEL CLAUSTRO DEL TEMPLO Y DE LOS APOSENTOS DE LA LUNA Y ESTRELLAS, TRUENO Y RELAMPAGO Y ARCO DEL CIELO

Pasado el templo, había un claustro de cuatro lienzos; el uno de ellos era el lienzo del templo. Por todo lo alto del claustro había una cenefa de un tablón de oro más de una vara de ancho, que servía de corona al claustro; en lugar de ella mandaron poner los españoles, en memoria de la pasada, otra cenefa blanca, de yeso, del anchor de la de oro: yo la dejé viva en las paredes que estaban en pie y no se habían derribado. Al derredor del claustro había cinco cuadras o aposentos grandes cuadrados, cada uno de por sí, no trabados con otros, cubiertos en forma de pirámide, de los cuales se hacían los otros tres lienzos del claustro.

La una cuadra de aquéllas estaba dedicada para aposento de la Luna, mujer del Sol, y era la que estaba más cerca de la capilla mayor del templo; toda ella y sus puertas estaban aforradas con tablones de plata, porque por el color blanco viesen que era aposento de la Luna. Teníanle puesta su imagen y retrato como al Sol, hecho y pintado un rostro de mujer en un tablón de plata. Entraban en aquel aposento a visitar la Luna y a encomendarse a ella porque la tenían por hermana y mujer del Sol y madre de los Incas y de toda su generación, y así la llamaban Mama Quilla, que es Madre Luna; no le ofrecían sacrificios como al Sol. A una mano y a otra de la figura de la Luna estaban los cuerpos de las Reinas difuntas, puestas por su orden y antigüedad: Mama Ocllo, madre de Huaina Cápac, estaba delante de la Luna, rostro a rostro con ella y aventajada de las demás, por haber sido madre de tal hijo.

Otro aposento de aquéllos, el más cercano a la Luna, estaba dedicado al lucero Venus y a las siete Cabrillas y a todas las demás estrellas en común. A la estrella Venus llamaban Chasca, que quiere decir de cabellos largos y crespos; honrábanla porque decían que era paje del Sol, que andaba más cerca de él, unas veces delante y otras veces en

pos. A las siete Cabrillas respetaban por la extrañeza de su postura y conformidad de su tamaño. A las estrellas tenían por criadas de la Luna, y así les dieron el aposento cerca de su señora, porque estuviesen más a mano para el servicio de ella, porque decían que las estrellas andan en el cielo con la Luna, como criadas suyas, y no con el Sol, porque las ven de noche y no de día.

Este aposento estaba entapizado de plata, también como el de la Luna, y la portada era de plata: tenía todo lo alto del techo sembrado de estrellas grandes y chicas, a semejanza del cielo estrellado. El otro aposento, junto al de las estrellas, era dedicado al relámpago, trueno y rayo. Estas tres cosas nombraban y comprendían debajo de este nombre *Illapa,* y con el verbo que le juntaban distinguían las significaciones del nombre, que diciendo ¿viste la *Illapa?* entendían por el relámpago; si decían ¿oíste la *Illapa?*, entendían por el trueno; y cuando decían la *Illapa* cayó en tal parte o hizo tal daño, entendían por el rayo.

No los adoraron por dioses, más de respetarlos por criados del Sol. Lo mismo sintieron de ellos que la gentilidad antigua sintió del rayo, que lo tuvo por instrumento y armas de su dios Júpiter. Por lo cual los Incas dieron aposento al relámpago, trueno y rayo en la casa del Sol, como a criados suyos, y estaba todo él guarnecido de oro. No dieron estatua ni pintura al trueno, relámpago y rayo, porque, no pudiendo retratarlos al natural (que siempre lo procuraban en toda cosa de imágenes), los respetaban con el nombre de *Illapa,* cuya trina significación no han alcanzado hasta ahora los historiadores españoles, que ellos hubieran hecho de él un dios trino y uno y dádoselo a los indios, asemejando su idolatría a nuestra santa religión; que en otras cosas de menos apariencia y color han hecho trinidades componiendo nuevos nombres en el lenguaje, no habiéndolas imaginado los indios. Yo escribo, como otras veces he dicho, lo que mamé en la leche y vi y oí a mis mayores. Y acerca del trueno queda atrás dicho lo que más tuvieron.

Otro aposento (que era el cuarto) dedicaron al arco del cielo, porque alcanzaron que procedía del Sol, y por ende lo tomaron los Reyes Incas por divisa y blasón, porque se jactaban descender del Sol. Este aposento estaba todo guarnecido de oro. En un lienzo de él, sobre las planchas de oro, tenían pintado muy al natural el arco del cielo, tan grande, que tomaba de una pared a otra con todos sus colores al vivo. Llaman al arco *cuichu,* y, con tenerle en esta veneración, cuando le veían en el aire cerraban la boca y ponían la mano adelante porque decían que si le descubrían los dientes los gastaba y emprobrecía. Esta simplicidad tenían, entre otras, sin dar razón para ello.

El quinto y último aposento estaba dedicado para el sumo sacerdote y para los demás sacerdotes que asistían al servicio del templo, que todos habían de ser Incas de la sangre real. Estos tenían aquel aposento no para dormir ni para comer en él, sino que era sala de audiencia para ordenar los sacrificios que se habían de hacer y para todo lo demás que conviniese al servicio del templo. Estaba este aposento, también como los demás, guarnecido con oro de alto abajo.

EL ORO Y PLATA Y OTRAS COSAS DE ESTIMA NO ERAN DE TRIBUTO, SINO PRESENTADAS

El oro y plata y las piedras preciosas que los Reyes Incas tuvieron en tanta cantidad, como es notorio, no eran de tributo obligatorio, que fuesen los indios obligados a darlo, ni los Reyes lo pedían, porque no lo tuvieron por cosa necesaria para la guerra ni para la paz, y todo esto no estimaron por hacienda ni tesoro, porque, como se sabe, no vendían ni compraban cosa alguna por plata ni por oro, ni con ello pagaban la gente de guerra ni lo gastaban en socorro de alguna necesidad que se les ofreciese, y por tanto lo tenían por cosa superflua, porque ni era de comer ni para comprar de comer. Solamente lo estimaban por su hermosura y resplandor, para ornato y servicio de las casas reales y templos del Sol y casas de las vírgenes, como en sus lugares hemos visto y veremos adelante. Alcanzaron los Incas el azogue, mas no usaron de él, porque no le hallaron de ningún provecho; antes sintiéndolo dañoso, prohibieron el sacarlo; y adelante, en su lugar, daremos más larga cuenta de él.

Decimos, pues, que el oro y plata que daban al Rey era presentado, y no de tributo forzoso, porque aquellos indios (como hoy lo usan) no supieron jamás visitar al superior sin llevar algún presente, y cuando no tenían otra cosa, llevaban un cestica de fruta verde o seca. Pues como los curacas, señores de vasallos, visitasen al Inca en las fiestas principales del año, particularmente en la principalísima que hacían al Sol llamada *Raimi,* en los triunfos que se celebraban por sus grandes victorias y en el trasquilar y poner nombre al príncipe heredero y en otras muchas ocasiones que entre año se ofrecían, cuando hablaban al Rey en sus negocios particulares o en los de sus tierras o cuando los Reyes visitaban el reino, en todas estas visitas jamás le besaban las manos sin llevarle todo el oro y planta y piedras preciosas que sus indios sacaban cuando estaban ociosos, porque, como no era cosa necesaria para la vida humana, no los ocupaban en sacarlo cuando había otra cosa

en que entender. Empero, como veían que los empleaban en adornar las casas reales y los templos (cosa que ellos tanto estimaban), gastaban el tiempo que les sobraba buscando oro y plata y piedras preciosas, para tener qué presentar al Inca, y al Sol, que eran sus dioses.

Sin estas riquezas. presentaban los curacas al Rey madera preciada. de muchas maneras, para los edificios de sus casas; presentaban también los hombres que en cualquier oficio salían excelentes oficiales, como plateros, pintores, canteros, carpinteros y albañiles, que de todos estos oficios tenían los Incas grandes maestros, que, por ser dignos de su servicio, se los presentaban los curacas. La gente común no los había menester, porque cada uno sabía lo necesario para su casa, como hacer de vestir y de calzar y una pobre choza en que vivir, aunque entonces se la daba hecha el Consejo, y ahora la hace cada uno para sí, con ayuda de sus parientes o amigos. Y así los oficiales de cualquier oficio eran impertinentes para los pobres porque no pretendían más de pasar y sustentar la vida natural, sin la superfluidad de tantas cosas como son menester para los poderosos.

Demás de los grandes oficiales, presentaban al Inca animales fieros, tigres, leones y osos; y otros no fieros, micos y monos y gatos cervales, papagayos y guacamayas, y otras aves mayores, que son avestruces, y el ave que se llama *cúntur,* grandísima sobre todas las aves que hay allá ni acá. También le presentaban culebras grandes y chicas, de las que se crían en los Antis; las mayores, que llaman *amaru,* son de veinticinco y de a treinta pies y más de largo. Llevábanle grandes sapos y escuerzos y lagartos que llaman *caimanes,* que también los hay de a veinticinco y de a treinta pies de largo. En suma, no hallaban cosa notable en ferocidad o en grandeza o en lindeza que no se llevasen a presentar juntamente con el oro y la plata, para decirle que era señor de todas aquellas cosas y de los que se las llevaban y para mostrarle el amor con que le servían.

LA FORTALEZA DEL CUZCO; EL GRANDOR DE LAS PIEDRAS

Maravillosos edificios hicieron los Incas Reyes del Perú en fortalezas, en templos, en casas reales, en jardines, en pósitos y caminos y otras fábricas de grande excelencia, como se muestran hoy por las ruinas que de ellas han quedado, aunque mal se puede ver por los cimientos lo que fue todo el edificio.

La obra mayor y más soberbia que mandaron hacer para mostrar su poder y majestad fue la fortaleza del Cuzco, cuyas grandezas son

increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar y aun creer que son hechas por vía de encantamiento y que las hicieron demonios y no hombres; porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que más son peñas que piedras), causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron; porque los indios no tuvieron bueyes, ni supieron hacer carros, ni hay carros que las puedan sufrir ni bueyes que basten a tirarlas; llevábanlas arrastrando a fuerza de brazos con gruesas maromas; ni los caminos por do las llevaban eran llanos, sino sierras muy ásperas, con grandes cuestas, por do las subían y bajaban a pura fuerza de hombres. Muchas de ellas llevaron de diez, doce, quince leguas, particularmente la piedra o, decir mejor, la peña que los indios llaman Sayusca, que quiere decir cansada (porque no llegó al edificio); se sabe que la trujeron de quince leguas de la ciudad y que pasó el río de Yúcay, que es poco menor que el Guadalquivir por Córdoba. Las que llevaron de más cerca fueron de Muina, que está cinco leguas del Cuzco. Pues pasar adelante con la imaginación y pensar cómo pudieron ajustar tanto unas piedras tan grandes que apenas pueden meter la punta de un cuchillo por ellas, es nunca acabar. Muchas de ellas están tan ajustadas que apenas se aparece la juntura; para ajustarlas tanto era menester levantar y asentar la una piedra sobre la otra muchas veces, porque no tuvieron escuadra ni supieron valerse siquiera de una regla para asentarla encima de una piedra y ver por ella si estaba ajustada con la otra.

Tampoco supieron hacer grúas ni garruchas ni otro ingenio alguno que les ayudara a subir y bajar las piedras, siendo ellas tan grandes que espantan, como lo dice el muy reverendo Padre Joseph de Acosta hablando de esta misma fortaleza; que yo, por [no] tener la precisa medida del grandor de muchas de ellas, me quiero valer de la autoridad de este gran varón, que, aunque le he pedido a los condiscípulos y me la han enviado, no ha sido la relación tan clara y distinta como yo la pedía de los tamaños de las piedras mayores, que quisiera la medida por varas y ochavas, y no por brazas como me la enviaron; quisiérala con testimonios de escribanos, porque lo más maravilloso de aquel edificio es la increíble grandeza de las piedras, por el incomparable trabajo que era menester para las alzar y bajar hasta ajustarlas y ponerlas como están; porque no se alcanza cómo se pudo hacer con no más ayuda de costa de la de los brazos. Dice, pues, el Padre Acosta, Libro seis, capítulo catorce: "Los edificios y fábricas que los Incas hicieron en fortalezas, en templos, en caminos, en casas de campo y otras, fueron muchos y de excesivo trabajo, como lo manifiestan el día de hoy

las ruinas y pedazos que han quedado, como se ven en el Cuzco y en Tiaguanaco y en Tambo y en otras partes, donde hay piedras de inmensa grandeza, que no se puede pensar cómo se cortaron y trajeron y asentaron donde están; para todos estos edificios y fortalezas que el Inca mandaba hacer en el Cuzco y en diversas partes de su reino, acudía grandísimo número de todas las provincias; porque la labor es extraña y para espantar, y no usaban de mezcla ni tenían ni hierro ni acero para cortar y labrar las piedras, ni máquinas ni instrumentos para traerlas; y con todo eso están tan pulidamente labradas que en muchas partes apenas se ve la juntura de unas con otras. Y son tan grandes muchas piedras de éstas como está dicho, que sería cosa increíble si no se viese. En Tiaguanaco medí yo una piedra de treinta y ocho pies de largo y de diez y ocho de ancho, y el grueso sería de seis pies; y en la muralla de la fortaleza del Cuzco, que es de mampostería, hay muchas piedras de mucho mayor grandeza, y lo que más admira es, que no siendo cortadas éstas que digo de la muralla por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura, sin mezcla. Todo esto se hacía a poder de mucha gente y con gran sufrimiento en el labrar, porque para encajar una piedra con otra era forzoso probarlas muchas veces, no estando las más de ellas iguales ni llanas", etc. Todas son palabras del Padre Maestro Acosta, sacadas a la letra, por las cuales se verá la dificultad y el trabajo con que hicieron aquellas fortalezas, porque no tuvieron instrumentos ni máquinas de qué ayudarse.

Los Incas, según lo manifiesta aquella su fábrica, parece que quisieron mostrar por ella la grandeza de su poder, como se ve en la inmensidad y majestad de la obra; la cual se hizo más para admirar que no para otro fin. También quisieron hacer muestra del ingenio de sus maestros y artífices, no sólo en la labor de la cantería pulida (que los españoles no acaban de encarecer), mas también en la obra de la cantería tosca, en la cual no mostraron menor primor que en la otra. Pretendieron asimismo mostrarse hombres de guerra en la traza del edificio, dando a cada lugar lo necesario para defensa contra los enemigos.

La fortaleza edificaron en un cerro alto que está al septentrión de la ciudad, llamado Sacsahuáman, de cuyas faldas empieza la población del Cuzco y se tiende a todas partes por gran espacio. Aquel cerro (a la parte de la ciudad) está derecho, casi perpendicular, de manera que está segura la fortaleza de que por aquella banda la acometan los enemigos en escuadrón formado ni de otra manera, ni hay sitio por allí donde puedan plantar artillería, aunque los indios no tuvieron noticia de ella hasta que fueron los españoles; por la seguridad que por aquélla

banda tenía, les pareció que bastaba cualquier defensa, y así echaron solamente un muro grueso de cantería de piedra, ricamente labrada por todas cinco partes, si no era por el trasdós, como dicen los albañís; tenía aquel muro más de doscientas brazas de largo: cada hilada de piedra era de diferente altor, y todas las piedras de cada hilada muy iguales y asentadas por hilo, con muy buena trabazón; y tan ajustadas unas con otras por todas partes, que no admitían mezcla. Verdad es que no se la echaban de cal y arena, porque no supieron hacer cal; empero, echaban por mezcla una lechada de un barro colorado que hay, muy pegajoso, para que hinchase y llenase las picaduras que al labrar la piedra se hacían. En esta cerca mostraron fortaleza y policía, porque el muro es grueso y la labor muy pulida a ambas partes.

CONTABAN POR HILOS Y NUDOS; HABIA GRAN FIDELIDAD EN LOS CONTADORES

Quipu quiere decir anudar y nudo, y también se toma por la cuenta, porque los nudos la daba de toda cosa. Hacían los indios hilos de diversos colores: unos eran de un solo color, otros de dos colores, otros de tres y otros de más, porque las colores simples y las mezcladas, todas tenían su significación de por sí; los hilos eran muy torcidos, de tres o cuatro liñuelos, y gruesos como un huso de hierro y largos de tres cuartas de varas, los cuales ensartaban en otro hilo por su orden a la larga, a manera de rapacejos. Por los colores sacaban lo que se contenía en aquel tal hilo, como el oro por el amarillo y la plata por el blanco, y por el colorado la gente de guerra.

Las cosas que no tenían colores iban puestas por su orden, empezando de las de más calidad y procediendo hasta las de menos, cada cosa en su género como en las mieses y legumbres. Pongamos por comparación de España: primero el trigo, luego la cebada, luego el garbanzo, haba, mijo, etc. Y también cuando daban cuenta de las armas, primero ponían las que tenían por más nobles, como lanzas y luego dardos, arcos y flechas, porras y hachas, hondas y las demás armas que tenían. Y hablando de los vasallos, daban cuenta de los vecinos de cada pueblo, y luego en junto los de cada provincia: en el primer hilo ponían los viejos de sesenta años arriba; en el segundo los hombres maduros de cincuenta arriba y el tercero contenía los de cuarenta, y así de diez a diez años, hasta los niños de teta. Por la misma orden contaban las mujeres por las edades.

Algunos de estos hilos tenían otros hilos delgados del mismo color, como hijuelas o excepciones de aquellas reglas generales; como digamos en el hilo de los hombres o mujeres de tal edad, que se entendían ser casados, los hilitos significaban el número de los viudos o viudas que de aquella edad había aquel año, porque estas cuentas eran anuales y no daban razón más que de un año sólo.

Los nudos se daban por su orden de unidad; decena, centena, millar, decena de millar, y pocas veces o nunca pasaban a la centena de millar; porque como cada pueblo tenía su cuenta de por sí y cada metrópoli la de su distrito, nunca llegaba el número de éstos o de aquellos a tanta cantidad que pasase la centena de millar, que en los números que hay abajo tenían harto. Mas si se ofreciera haber de contar por el número de centena de millar, también lo contaran; porque en su lenguaje pueden dar los números del guarismo, como él los tiene, mas porque no había para qué usar de los números mayores, no pasaban de la decena de millar. Estos números contaban por nudos dados en aquellos hilos, cada número dividido del otro; empero, los nudos de cada número estaban dados todos juntos, debajo de una vuelta, a manera de los nudos que se dan en el cordón del bienaventurado patriarca San Francisco, y podíase hacer bien, porque nunca pasaban de nueve como pasan de nueve las unidades y decenas, etc.

En lo más alto de los hilos ponían el número mayor, que era la decena de millar, y más abajo el millar, y así hasta la unidad. Los nudos de cada número y de cada hilo iban parejos unos con otros, ni más ni menos que los pone un buen contador para hacer una suma grande. Estos nudos o quipus los tenían los indios de por sí a cargo, los cuales llamaban *guipucamayu:* quiere decir, el que tiene cargo de las cuentas, y aunque en aquel tiempo había poca diferencia en los indios de buenos a malos, que, según su poca malicia y el buen gobierno que tenían todos se podían llamar buenos, con todo eso elegían para este oficio y para otro cualquiera los más aprobados y los que hubiesen dado más larga experiencia de su bondad. No se los daban por favor, porque entre aquellos indios jamás se usó favor ajeno, sino el de su propia virtud. Tampoco se daban vendidos ni arrendados, porque ni supieron arrendar ni comprar ni vender, porque no tuvieron moneda. Trocaban unas cosas por otras, esto es las cosas de comer, y no más, que no vendían los vestidos ni las casas ni heredades.

Con ser los quipucamayus tan fieles y legales como hemos dicho, habían de ser en cada pueblo conforme a los vecinos de él, que, por muy pequeño que fuese el pueblo, había de haber cuatro, y de allí arriba hasta veinte y treinta, y todos tenían unos mismos registros, y aun-

que por ser los registros todos unos mismos, bastaba que hubiera un contador o escribano, querían los Incas que hubiese muchos en cada pueblo y en cada facultad, por excusar la falsedad que podía haber entre los pocos, y decían que habiendo muchos, habían de ser todos en la maldad o ninguno.

RELATO DE PEDRO SERRANO ABANDONADO EN UNA ISLA DESIERTA

Pedro Serrano salió a nado a aquella isla desierta que antes de él no tenía nombre, la cual, como él decía, tenía dos leguas en contorno; casi lo mismo dice la carta de marear, porque pinta tres islas muy pequeñas, con muchos bajíos a la redonda, y la misma figura le da a la que llaman Serranilla, que son cinco isletas pequeñas con muchos más bajíos que la Serrana, y en todo aquel paraje los hay, por lo cual huyen los navíos de ellos, por caer en peligro.

A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos y llegar nadando a la isla, donde se halló desconsoladísimo, porque no halló en ella agua ni leña ni aun yerba que poder pacer, ni otra cosa alguna con que entretener la vida mientras pasase algún navío que de allí lo sacase, para que no pereciese de hambre y de sed, que le parecían muerte más cruel que haber muerto ahogado, porque es más breve. Así pasó la primera noche llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo. Luego que amaneció, volvió a pasear la isla; halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo y se las comió crudas porque no había candela donde asarlas o cocerlas. Así se entretuvo hasta que vió salir tortugas; viéndolas lejos de la mar, arremetió con una de ellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse a enderezar son torpes, y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el medio para escapar de la muerte, degolló y bebió la sangre en lugar de agua; lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tasajos y para desembarazar las conchas, para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa. De esta manera se sustentó los primeros días con matar todas las tortugas que podía, y algunas había tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles, de manera que las había de todos los tamaños. Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas porque le vencían de fuer-

zas, y aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada, porque con él a cuestas se iban a la mar, de manera que la experiencia le decía a cuáles tortugas había de asometer y a cuáles había de rendir. En las conchas recogió mucha agua, porque algunas había que cabían a dos arrobas y de allí abajo.

Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida, y para hacer ahumadas cuando viese pasar algún navío, que no le faltaría nada. Con esta imaginación, como hombre que había andado por la mar, que cierto los tales en cualquier trabajo hacen mucha ventaja a los demás, dio en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabón, para lo cual, no hallándolos en la isla porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entraba en la mar nadando y se zambullía y en el suelo, con gran diligencia, buscaba ya en unas partes, ya en otras lo que pretendía, y tanto porfió en su trabajo que halló guijarros y sacó los que pudo, y de ellos escogió los mejores, y quebrando los unos con los otros, para que tuviesen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio y, viendo que sacaba fuego, hizo hilas de un pedazo de la camisa, muy desmenuzadas, que parecían algodón carmenado, que le sirvieron de yesca, y, con su industria y buena maña, habiéndolo porfiado muchas veces, sacó fuego. Cuando se vió con él, se dio por bienandante, y, para sustentarlo, recogió las horruras que la mar echaba en tierra, y por horas las recogía, donde hallaba mucha yerba que llaman ovas marinas y madera de navíos que por la mar se perdían y conchas y huesos de pescados y otras cosas con que alimentaba el fuego. Y para que los aguaceros no se lo apagasen, hizo una choza de las mayores conchas que tenía de las tortugas que había muerto, y con grandisíma vigilancia cebaba el fuego por que no se le fuese de las manos.

Dentro de dos meses, y aun antes, se vio como nació, porque con las muchas aguas, calor y humedad de la región, se le pudrió la poca ropa que tenía. El sol, con su gran calor, le fatigaba mucho, porque ni tenía ropa con que defenderse ni había sombra a que ponerse; cuando se veía muy fatigado se entraba en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años, y en este tiempo vio pasar algunos navíos, mas aunque él hacía su ahumada, que en el mar es señal de gente perdida, no echaban de ver en ella, o por el temor de los bajíos no osaban llegar donde él estaba y se pasaban de largo, de lo cual Pedro Serrano quedaba tan desconsolado que tomara por partido el morirse y acabar ya. Con las inclemencias del cielo le creció el vello de todo el cuerpo tan excesivamente que parecía pellejo de animal, y no

cualquiera, sino el de un jabalí; el cabello y la barba le pasaba de la cinta.

Al cabo de los tres años, una tarde, sin pensarlo, vio Pedro Serrano un hombre en su isla, que la noche antes se había perdido en los bajíos de ella y se había sustentado en una tabla del navío y, como luego que amaneció viese el humo del fuego de Pedro Serrano, sospechando lo que fue, se había ido a él, ayudado de la tabla y de su buen andar. Cuando se vieron ambos, no se puede certificar cuál quedó más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio de su propia figura, según lo vio cubierto de cabellos, barbas y pelaje. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fue diciendo: "¡Jesús, líbrame, Señor, del demonio!" Oyendo esto se aseguró el otro, y volviendo a él, le dijo: "No huyáis hermano de mí, que soy cristiano como vos", y para que se certificase, porque todavía huía, dijo a voces el Credo, lo cual oído por Pedro Serrano, volvió a él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura, sin esperanza de salir de ella.

Cada uno de ellos brevemente contó al otro su vida pasada. Pedro Serrano, sospechando la necesidad del huésped, le dio de comer y de beber de lo que tenía, con que quedó un tanto consolado, y hablaron de nuevo en su desventura. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del día y de la noche en sus menesteres de buscar mariscos para comer y ovas de leña y huesos de pescado y cualquiera otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego, y sobre la perpetua vigilia que sobre él habían de tener, velando por horas, por que no se les apagase. Así vivieron algunos días, mas no pasaron muchos que no riñeron, y de manera que apartaron rancho, que no faltó sino llegar a las manos (por que se vea cuán grande es la miseria de nuestras pasiones). La causa de la pendencia fue decir el uno al otro que no cuidaba como convenía de lo que era menester; y este enojo y las palabras que con él se dijeron los descompusieron y apartaron. Mas ellos mismos, cayendo en su disparate, se pidieron perdón y se hicieron amigos y volvieron a su compañía, y en ella vivieron otros cuatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos y hacían sus ahumadas, mas no les aprovechaba, de que ellos quedaban tan desconsolados que no les faltaba sino morir.

Al cabo de este largo tiempo, acertó a pasar un navío tan cerca de ellos que vio la ahumada y les echó el batel para recogerlos. Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelaje, viendo el batel cerca, por que los marinos que iban por ellos no entendiesen

que eran demonios y huyesen de ellos, dieron en decir el Credo y llamar el nombre de Nuestro Redentor a voces, y valióles el aviso, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos. Así los llevaron al navío, donde admiraron a cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados. El compañero murió en la mar viniendo a España. Pedro Serrano llegó acá y pasó a Alemania, donde el Emperador estaba entonces: llevó su pelaje como lo traía, para que fuese prueba de su naufragio y de lo que en él había pasado. Por todos los pueblos que pasaba a la ida (si quisiera mostrarse) ganara muchos dineros. Algunos señores y caballeros principales, que gustaron de ver su figura, le dieron ayuda de costa para el camino, y la Majestad Imperial, habiéndolo visto y oído, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, que son cuatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo a gozarlos, murió en Panamá, que no llegó a verlos.

Todo este cuento, como se ha dicho, contaba un caballero que se decía Garci Sánchez de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conoció a Pedro Serrano y certificaba que se lo había oído a él mismo, y que después de haber visto al Emperador se había quitado el cabello y la barba y dejándola poco más corta que hasta la cinta, y para dormir de noche se la entrenzaba, porque, no entrenzándola, se tendía por toda la cama y le estorbaba el sueño.

[c. 1605]

JUAN RODRIGUEZ FREYLE

CUENTASE, ASIMISMO EL ORDEN Y ESTILO QUE TENIAN DE NOMBRAR CACIQUES O REYES Y DONDE SE ORIGINO ESTE NOMBRE ENGAÑOSO DEL DORADO CON LOS DEMAS QUE VERA EL CURIOSO, ETC...

ERA COSTUMBRE entre los naturales que el que había de ser sucesor y heredero del señorío o cacicazgo de su tío, a quien heredaban, había de ayunar seis años, metido en una cueva que tenía dedicada y señalada para esto, y que todo este tiempo no había de tener parte con mujer, ni comer sal, ni ají, ni otras cosas que les vedaban; y entre ellas que durante el ayuno no habían de ver el sol; sólo de noche tenían licencia para salir de la cueva y ver la luna y estrellas y recogerse antes que el sol los viese; y, cumplido este ayuno y ceremonias, le metían en posesión del cacicazgo y señorío, y la primera jornada que había de hacer era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio que tenían por su dios y señor. La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hiciese una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos en que desde luego quemaban mucho moque, que es el zahumerio de estos naturales, y trementina con otros diversos perfumes, y estaba a este trance toda la laguna en redondo con ser muy grande y hondable, de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, la cual estaba toda coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chagualas y coronas de oro, con infinitos fuegos a la redonda, que luego en la balsa comenzaba el zahumerio, lo encendían en tierra, de tal manera que el humo impedía la luz del día.

A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y espolvoriaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos, muy aderezados de plumería, coronas de oro, brazaletes, y chagualas y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento. En partiendo la balsa de tierra, comenzaban los instrumentos, cornetas, fotutos y otros instrumentos y con esto una gran vocería que atronaban montes y

valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde, con una bandera, se hacía señal para el silencio. Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro, que llevaba a los pies, en el medio de la laguna. y los demás caciques que iban con él y le acompañaban hacían lo propio, lo cual acabado abatían las banderas, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra comenzaba la grita, gaitas y los fotutos, con muy largos corros de bailes y danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe.

De estas ceremonias se tomó aquel nombre tan celebrado de El Dorado, que tantas vidas y haciendas ha costado. En el Perú fue donde sonó primero este nombre Dorado; y fue el caso que habiendo ganado a Quito don Sebastían de Benalcázar, y andando en aquellas guerras o conquistas, topó con un indio de este Reino de los de Bogotá, el cual le dijo que cuando querían en su tierra hacer su rey, lo llevaban a una laguna, y allí lo doraban todo, o le cubrían todo y con muchas fiestas lo hacían rey. De aquí vino a decir el don Sebastían: "vamos a buscar este indio dorado". De ahí corrió la voz de Castilla y las demás partes de Indias, y a Benalcázar le movió a venirlo a buscar, como vino, y se halló en esta conquista y fundación de esta ciudad, como más largo lo cuenta el padre fray Pedro Simón en la cuarta parte de sus *Noticias Historiales,* donde se podrá ver.

[c. 1636]

Ciudad/la villa del Callau, puerto de Los Reyes de Lima/villa.
En Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, ob. cit.

ALONSO CARRIO DE LA VANDERA

CHUQUISACA O LA PLATA

ASÍ SE NOMBRA la capital de la dilatada jurisdicción de la Real Audiencia de Chuquisaca, que se compone de varios ministros togados con un presidente de capa y espada, siendo voz común que estos señores se hacen respetar tanto que mandan a los alcaldes ordinarios y regimiento sus criados y ministriles, y que cuando alguno sale a pasear a pie cierran los comerciantes sus lonjas para acompañarlos y cortejarlos, hasta que se restituyen a sus casas, por lo cual aseguran que cierta matrona piadosa y devota destinó en su testamento una cantidad correspondiente para que se consiguiese en la corte una garnacha para el Santísimo Sacramento, reprendiendo a los vecinos porque salían a acompañar a los oidores y estaban satisfechos con hacer una reverencia al pasar la Consagrada Hostia que se llevaba a un enfermo. Supongo yo que ésta es una sátira mal fundada. Es natural la seriedad en los ministros públicos, y también el respeto, aunque violento, en algunos súbditos. En todos hay algo de artificio, con la diferencia de que los señores ministros piensan que aquel rendimiento les es debido, y el público, como ve que es artificial, vitupera lo que hace por su conveniencia y particulares intereses, y exagera la vanidad y soberbia de unos hombres que no pensaron en semejantes rendimientos. No sé lo que sucedería antaño, pero hogaño reconocemos que estos señores ministros, conservando su seriedad, son muy moderados y atentos en la calle, y en sus casas muy políticos y condescendientes en todo aquello que no se opone a las buenas costumbres y urbanidad.

La ciudad de La Plata está situada en una ampolla o intumescencia de la tierra, rodeada de una quebrada no muy profunda, aunque estrecha, estéril y rodeada de una cadena de collados muy perfectos por su figura orbicular, que parecen obras de arte. Su temperamento es benigno. Las calles anchas. El palacio en que vive el presidente es un caserón viejo, cayéndose por muchas partes, que manifiesta mucha su antigüedad, como asimismo la casa del cabildo o ayuntamiento secular. Hay muchas y grandes casas que se pueden reputar por palacios, y cree el visitador que es la ciudad más bien plantada de cuantas ha visto, y que contiene tanta gente pulida como la que se pudiera entresacar de Potosí, Oruro, Paz, Cuzco y Huamanga, por lo que toca al bello sexo. Es

verdad que el temperamento ayuda a la tez. La comunicación con hombres de letras las hace advertidas, y la concurrencia de litigantes y curas ricos atrae los mejores bultos y láminas de los contornos, y muchas veces de dilatadas distancias. No entramos en el palacio arzobispal porque no están tan patentes los de los eclesiásticos como los de los seculares. Aquéllos, como más serios, infunden pavor sagrado. Estos convidan con su alegría a que gocen de ella los mortales.

La catedral está en la plaza mayor. El edificio es común, y se conoce que se fabricó antes que el arzobispado fuese tan opulento, su adorno interior sólo tiene una especialidad, que nadie de nosotros notamos ni hemos visto notar sino al visitador, que quiso saber de nosotros la especialidad de aquella iglesia. Uno dijo que los muchos espejos son cantoneras de plata que adornaban el altar mayor. Otro dijo que eran muy hermosos los blandones de plata, y así fue diciendo cada uno su dictamen, pero el visitador dijo que todos éramos unos ciegos, pues no habíamos observado una maravilla patente y una particularidad que no se vería en iglesia alguna de los dominios de España.

La maravilla es, que siendo los blandones de un metal tan sólido como la plata, y de dos varas de alto, con su grueso correspondiente, los maneja y suspende sin artificio alguno un monacillo como del codo a la mano. En esto hay un gran misterio; pero dejando aparte este prodigio, porque nada me importa su averiguación, voy a declarar a Vmds. la particularidad de esta iglesia, para lo cual les voy a preguntar a Vmds. si no han visto alguna en todo lo que han andado que no tenga algún colgajo en bóveda, techo o viga atravesada. La iglesia más pobre de España tiene una lámpara colgada, aunque sea de cobre o bronce, pero la mayor parte de las iglesias de pueblos grandes están rodeadas de lámparas y arañas pendientes de unas sogas de cáñamo, sujetas a una inflamación o a otro accidente, que rompiéndose cause la muerte a un devoto que le toque un sitio perpendicular a una lámpara, farol o candil, dejando aparte las manchas que se originan del aceite y cera, o de las pavesas que se descuelgan de las velas.

No se piense que lo que llevo dicho es una sátira. Protesto que si viviera en Chuquisaca no iría a orar a otro templo que a la catedral, por quitarme de andar buscando sitio libre de un riesgo, que turba mucho mi imaginación. Supongamos que ésta sea extravagante y que el riesgo esté muy distante en cuanto perder la vida o recibir un golpe que le ocasione muchos dolores y una dilatada curación. Pero, ¿cómo nos preservamos de las manchas de gotas de cera, que precisamente caen de las velas encendidas en las arañas, pavesas, e incomodidades que causan los sirvientes del templo al tiempo de dar principio a los

oficios divinos, que es cuando le da esta fantástica iluminación, y que el pueblo está ya acomodado en el sitio que eligió? Dirán algunos genios superficiales que esta iluminación se dirige a la grandeza del santuario y dignifica al Señor. No dudo que los cultos exteriores, en ciertos casos, mueven al pueblo a la sumisión y respeto debido a la deidad; pero estos cultos, me parecería a mí, que se debían proporcionar a la seriedad con que regularmente se gobiernan las catedrales. En ellas se observa un fausto que respira grandeza. La circunspección de los ministros, la seriedad y silencio, es trascendente a todos los concurrentes.

Una iluminación extravagante, esparcida en todo el templo, sólo ofrece humo en lugar de incienso. La multitud de figuras de ángeles y de santos ricamente adornados no hacen más que ocupar la mitad del templo y distraer al pueblo para que no se aplique a lo que debe y le conviene, atrayéndole solamente por medio de la curiosidad, que consiste en el artificio, música de teatro o tripudio pastoril.

En conclusión, la ciudad de La Plata, como llevo dicho, es la más hermosa y más bien plantada de todo este virreinato. Su temperamento es muy benigno. El trato de las gentes, agradable. Abunda en todo lo necesario para pasar la vida humana con regalo; y aunque todos generalmente convienen en que es escasa de agua, por el corto manantial de que se provee, hemos observado que en las más de las casas principales tienen en el patio una fuente o pila, como aquí se dice, de una paja de agua, o a lo menos de media, que franquean al vulgo sin irritarse de sus molestias y groserías, de suerte que los señores ministros y personas distinguidas sólo gozan el privilegio de inmediación a costa de un continuo ruido y pendencias inexcusables. Si la carencia de agua fuera tan grande como ponderan algunos, hubieran inventado cisternas o aljibes, recogiendo las aguas que el cielo les envía anualmente con tanta abundancia en un territorio fuerte, en que a poca costa se podían construir. Los techos son todos de teja o ladrillo, con el correspondiente declive para que desciendan las aguas a su tiempo con violencia, después de lavados los techos con el primer aguacero, por medio de uno o dos cañones, techándose los aljibes para que no se introduzcan en ellos las arenas y tierras que levantan las borrascas, y caiga el granizo y nieve. Todos los naturistas convienen que las mejores aguas son las de las lluvias en días serenos y como venidas del cielo, y así es preciso que convengan también en las providencias de aljibes o cisternas para reservarlas, por lo que si los señores o propietarios de las principales casas de Chuquisaca, que no tienen agua, quisieran a poca costa hacer construir un aljibe, beberán sus inquilinos la mejor agua que desciende a la tierra.

Supongo yo que los que tienen privilegio de agua o pila no pensa-

rán en hacer este gasto; pero les prevengo que el agua de las fuentes es menos saludable que la de las lluvias, y aun de los ríos que corren por territorios limpios de salitres. Las fuentes de las ciudades grandes, además de las impurezas que traen de su origen, pasan por unos conductos muy sospechosos, y en partes muy asquerosos. Las aguas que descienden de las nubes serenas y se recogen en tiempo oportuno de los limpios techos en aseadas cisternas, son las más apreciables y conformes a la naturaleza, o se engañaron todos los filósofos experimentales. Confieso que esta recolección de agua no pudiera servir para otros usos sin mucho costo. Los riesgos de jardines y macetas; los de las casas, limpieza de batería y cocina, y servicios de cuartos de dormir y recámaras, y en particular el abrevadero de caballos y mulas, necesitan mucha agua, y si no corre por las calles públicas o particulares acequias, será preciso buscarla en depósitos distantes en todas aquellas poblaciones que no socorrió la naturaleza con ríos o manantiales suficientes para sus necesidades. Esta misma reflexión manifiesta lo útil de los aljibes o cisternas y provisión del agua de las lluvias en un territorio como el de Chuquisaca, y otros de iguales proporciones y necesidad de arbitrios.

PUENTE DE ABANCAY

Pasado el puente se entra en la provincia de Andahuaylas, que toda se compone de eminencias, barrancos y quebradas calientes, adonde están los cañaverales y trapiches, que aprovechan algunas lomadas. Parece que los dueños de estas haciendas son personas de poca economía, o que las haciendas, en la realidad, no se costean, porque a los cañaverales llaman engañaverales y a los trapiches trampiches. Todo este país, como el de Abancay, a excepción de algunos altos, es muy caliente y frondoso, y pasando por él me dijo el visitador, señalándome un elevado cerro, que a su falda estaba el memorable templo dedicado a la Santísima Virgen, en su soberana imagen nombrada de COCHARCAS, cuyo origen tenía de que pasando por allí un devoto peregrino con esta efigie, como tienen de costumbre muchos paisanos míos, se le hizo tan intolerable su peso que le agobió, y dando cuenta a los eclesiásticos y hacendados de la provincia, se declaró por milagroso el excesivo peso, como que daba a entender el Sagrado Bulto que quería hacer allí su mansión. Desde luego que en aquella devota gente hizo una gran impresión el suceso, porque se labró en la planicie del primer descenso una magnífica iglesia, que fuera impropia en un desierto para una simple devoción. Al mismo tiempo se formó una gran plaza ro-

deada de tiendas, y en el medio se puso una fuente de agua, que sólo mana en tiempo de la feria, que se hace desde el día del Dulce Nombre de María hasta finalizar su octava, cuatro días antes y cuatro después, adonde concurren todos los huamanguinos, indios, cuzqueños y de las provincias circunvecinas, y muchas veces distantes. Toda esta buena gente concurre a celebrar el octavario a competencia, y además del costo de la iglesia, que es grande, hay por las noches de la víspera y el día grandes iluminaciones de fuegos naturales y artificiales.

En la octava concurrían dos regulares de la Compañía, costeados para predicar en la iglesia y en la plaza el Evangelio y exhortar la penitencia, como es costumbre en las misiones. Los comerciantes, por lo general, ponen sus tiendas en los poyos inmediatos, y algunos pegujaleros mestizos se plantan en medio de la plaza, y todos hacen un corto negocio, porque la feria más se reduce a fiestas que a negociación, y así, sólo de Huamanga concurren algunos tenderos españoles y mestizos, fiados en lo que compran los hacendados españoles, tanto seculares como eclesiásticos, de la circunferencia, porque las cortas negociaciones de los indios se quedan entre sus paisanas. Se ha divulgado que, durante la octava, se ve claramente el prodigio de que el árbol de la Virgen se viste de hojas, cuando los demás de la ladera están desnudos. Este prodigioso árbol está pegado a la pila de agua, que en todo el año riega las chacaritas que tienen los indios en las lomas circunvecinas; pero cuatro días antes de la feria la dirigen a la pila, para que los concurrentes se aprovechen de sus aguas. El árbol es el que con antelación chupa su jugo y, por consiguiente, retoñan sus hojas, y se halla vestido de ellas en el término de veinte días, como le sucediera a cualquiera otro que lograra de igual beneficio. Solamente la gente plebeya no ve el riego del dicho árbol, ni reflexiona que entra ya la primavera en estos días. La gente racional, en lugar de este aparente milagro, substituye otro para tratar a los huamanguinos cholos de cuatreros, diciendo que la Virgen sólo hace un milagro con ellos, y es que, yendo a pie a su santuario, vuelven a su casa montados.

FIESTA SAGRADA

La gran fiesta de Dios da principio en todo el mundo católico en el mes de junio y se concluye en su octava. En el pueblo más pequeño de toda España y las Indias se celebran estos días con seriedad jocosa. La seriedad se observa en las iglesias, al tiempo de celebrarse los divinos oficios, y asimismo en las procesiones, que acompañan con ricos

ornamentos capitulares eclesiásticos, siguiendo las sagradas religiones, con los distintivos de sus grados e insignias del Santo Tribunal de la Inquisición. Sigue el Cabildo Secular y toda la nobleza con sus mejores trajes. Estas tres dobladas filas llevan sus cirios encendidos, de la más rica cera, y observan una seriedad correspondiente. Carga la sagrada custodia el obispo, o deán por justo impedimento, y las varas del palio o dosel las dirigen los eclesiásticos más dignos, y en algunas partes los seculares. En el centro de estas tres filas van, a corta distancia, varios sacerdotes incensando al Señor, y las devotas damas, desde sus balcones arrojan ahumadas, flores y aguas olorosas, en obsequio del Santo de los santos. Todas las calles por donde pasa están toldadas, y los balcones, puertas y ventanas colgados de los más ricos paramentos, y las paredes llenas de pinturas, y espejos los más exquisitos, y a cortos trechos unos altares suntuosos, en donde hace mansión el obispo y deposita la sagrada custodia, para que se hinquen y adoren al Señor mientras los sacerdotes cantan sus preces, a que acompaña el público, según su modo de explicarse, aunque devoto y edificante. De suerte que todo el tránsito de procesión es un altar continuado, y hasta el fin de las primeras tres filas, una seriedad y silencio en que sólo se oyen las divinas alabanzas.

La segunda parte de la procesión es verdaderamente jocosa, pero me parece que imita a la más remota antigüedad, por lo que no se puede graduar por obsequio ridículo, y mucho menos supersticioso. las danzas de los indios, que concurren de todas las parroquias y provincias inmediatas, son muy serias en la substancia, porque esta nación lo es por su naturaleza. Sus principales adornos son de plata maciza, que alquilan a varios mestizos, que tienen en este trato su utilidad, como en los lienzos, espejos, láminas y cornucopias. La tarasca y gigantones, cuando no tengan conexión con los ritos de la Iglesia Católica, están aprobados con el uso común de las ciudades y villas más autorizadas de España, porque contribuyen a la alegría del pueblo, en obsequio de la gran fiesta. Esta, en El Cuzco, se repite por los indios en todas sus parroquias, a cuya grandeza concurren todos recíprocamente, y hasta los españoles ven con complacencia en sus barrios estas fiestas que particularmente hacen los indios, con un regocijo sobrenatural.

FIESTA PROFANA

Da principio ésta con el año, que es cuando eligen los alcaldes y demás justicias. Con antelación se previenen damas y galanes de libreas costosas y caballos ricamente enjaezados. Los exquisitos dulces, como

son de cosecha propia, en azúcar y frutas los mejores de todo el reino, es provisión de las señoras principales, como asimismo la composición de bebidas, frías y calientes. Estas las mantienen todo el año en sus frasqueras para obsequiar a los alumnos de Baco, y las frías las disponen solamente con mandar traer el día antes la nieve necesaria para helarlas, en que son muy pródigas. Las fiestas, en rigor, se reducen a corridas de toros, que duran desde el primer día de año hasta el último de carnestolendas, con intermisión de algunos días, que no son feriados. Estas corridas de toros las costean los cuatro alcaldes, a que, según creo, concurre también el Alférez Real. Su gasto pasa a profusión, porque además de enviar refrescos a todas las señoras y caballeros que están en la gran plaza del regocijo, envían muchas salvillas de helados y grandes fuentes de dulce a los que no pudieron concurrir a los balcones de esta gran plaza, que es adonde no falta un instante toro de soga, que luego que afloja de los primeros ímpetus se suelta por las demás calles, para diversión del público, y a muchas personas distinguidas les envían toro particular para que se entretengan y gocen de sus torerías desde los balcones de sus casas. No hay toreros de profesión, y sólo se exponen inmediatamente algunos mayordomos de haciendas en ligeros caballos y muchos mozos de a pie, que por lo regular son indios, que corresponden a los chulos de España.

Salen varios toros vestidos de glasé, de plata y oro, y con muchas estrellas de plata fina clavadas superficialmente en su piel, y éstos son los más infelices, porque todos tiran a matarlos para lograr sus despojos. Toda la nobleza del Cuzco sale a la plaza en buenos caballos, ricamente enjaezados de terciopelo bordado de realce de oro y plata. Los vetidos de los caballeros son de las mejores telas que se fabrican en León de Francia y en el país, pero cubren esta grandeza con un manto que llaman poncho, hecho de lana alpaca, a listas de varios colores. Ropaje verdaderamente grosero para funciones de tanto lucimiento. Estos caballeros forman cuadrillas acompañando al corregidor y alcaldes, que se apostan en las bocas de las calles para ver las corridas de los toros y correr a una y otra parte para defenderse de sus acometidas y ver sus suertes, como asimismo para saludar a las damas y recoger sus favores en grajeas y aguas olorosas, que arrojan desde los balcones, a que corresponden según la pulidez de cada uno, pero lo regular es cargarse de unos grandes cartuchos de confite grueso para arrojar a la gente del bronce, que corresponde con igual munición o metralla, que recoge del suelo la gente plebeya y vuelve a vender a la caballería. Al fin de la función, que es cuando suena la campana para la salutación angélica, sueltan dos o tres toros encohetados, disparando varios artifi-

cios de fuego, y, al mismo tiempo, tremolando los pañuelos de las damas y varias banderas de los balcones, se oye un victoreo de una confusión agradable, aunque en parte semejante al tiroteo de los gansos de la Andalucía, porque del uno y otro resultan contusiones y heridas, con pocas muertes. Por las noches hay en las casas del corregidor y alcaldes agradables serenatas, que concluyen en opíparas cenas, hasta la última noche de carnestolendas, en que todos se recogen casi al amanecer del miércoles de ceniza.

El visitador celebró mi descripción, pero no le pareció bien que yo comparase el victoreo con el tiroteo, porque este término sólo le usan los jaques de escalera abajo cuando echan mano a las armas cortas, que llaman títeres, y como otros dicen chamusquina, éstos dicen tiroteo, de cuyo término no se valió el gran Quevedo en sus célebres jácaras, porque el tal terminillo sólo le usan los gitanos. Las contusiones que paran en apostemas, resultan de los porrazos que reciben de los toros mochos, y mucho más de las borracheras de los indios, que se entregan ciegamente por ver los despuntados. El ruido y resplandor que causan los fuegos artificiales, el sonido de las cajas y clarines y los gritos populares, enloquecen a aquellos soberbios animales, y con su hocico y testa arrojan cholos por el alto con la misma facilidad que un huracán levanta del suelo las pajas. No sienten las contusiones hasta el día siguiente, que aparecen diez o doce en el hospital, porque la exaltación del licor en su barómetro no le impide la circulación de la sangre.

Otras infinitas fiestas se celebran en esta gran ciudad, pero ninguna igual a ésta, que fuera infinitamente más lucida si se transfiriera a las octavas de San Juan y San Pedro, en que se han levantado las aguas y dos meses antes están los campos llenos de sazonados pastos, y toros y caballos gordos y lozanos, y la serenidad del cielo convidaría a los caballeros a arrojar ponchos y capas para lucir sus costosos vestidos y evitar muchos resbalones de caballos y peligrosas caídas, con otros muchísimos inconvenientes que resultan de las muchas e incesantes lluvias de los meses de enero y febrero, como he experimentado siempre que concurrí a estas fiestas; pero en los carnavales todo el mundo enloquece, por lo que es ocioso persuadir a la nobleza del Cuzco el que conserve el juicio en tales días.

[c. 1775]

LOS GRANDES RIOS

ANTONIO PIGAFETTA

EL BRASIL Y SUS HABITANTES

ESTA TIERRA de Verzin es abundantísima, mayor que España, Francia e Italia juntas; pertenece al Rey de Portugal. Sus indígenas no son cristianos, y no adoran cosa alguna. Proceden según los usos naturales, y viven ciento veinticinco años y ciento cuarenta. Andan desnudos, así hombres como mujeres; habitan en ciertas casas limpias llamadas "bohíos", y duermen en redes de algodón que denominan "hamacas", anudadas —en el interior de aquellas viviendas— de un extremo a otro, en troncos gruesos; entre las cuales encienden lumbres. En alguno de estos bohíos se junta hasta un centenar de hombres, con sus mujeres e hijos, armando gran rumor. Poseen barcas de una sola pieza —de un tronco afilado con utensilios de piedra—, llamadas "canoas". Utilizan estos pueblos la piedra como nosotros el hierro, que no conocen. En cada una de esas embarcaciones se meten treinta o cuarenta hombres, bogan con palas como de panadería, y, tan negros y afeitados, parecen los remeros de la Laguna Estigia.

Esta gente se pinta a maravilla todo el cuerpo y el rostro con fuego y de distintas maneras, incluso las mujeres. Van completamente tonsos y sin barba —porque se la afeitan—. Abríganse con vestiduras de plumas de papagayo, con ruedas grandes en el culo hechas con las plumas más largas; cosa ridícula. A excepción de las mujeres y los niños, ostentan todos tres agujeros en el labio inferior, de donde cuelgan piedras redondas y de un dedo de largo —unas menos, otras más—. No son negros completamente; más bien oliváceos; llevan al aire las partes vergonzosas y carecen de vello en cualquiera. Y, así hombres como mujeres, andan del todo desnudos. Llaman a su rey "cacique". Disponen de infinidad de papagayos, y cambian ocho o diez por un espejo; y gatos maimones pequeños, semejantes a los cachorros de león, pero amarillos: una preciosidad. Amasan un pan redondo, blanco, de médula de árbol, de sólo regular sabor; se halla dicha médula bajo la corteza, y parece requesón. Tienen cerdos con la particularidad del ombligo en la espalda, y grandes pájaros con el pico como cucharón y sin lengua.

[c. 1520]

Buenos Aires, en Ulrico Schmidel, *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*, con grabados de Hulsius en Frankfurt, 1599.

ULRICO SCHMIDEL

DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES Y LOS INDIOS QUERANDIES

ALLÍ HEMOS LEVANTADO una ciudad, ésta se ha llamado Buenos Aires; esto, dicho en alemán, es *"buen viento"*. También hemos traído de España, en los mencionados catorce buques, setenta y dos caballos e yeguas que han llegado a la mencionada ciudad de Buenos Aires. Hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios que se han llamado querandís. Alrededor de tres mil hombres, con sus mujeres e hijos, nos han traído pescados y carne para comer. También estas mujeres tienen un pequeño paño de algodón delante de sus partes. En cuanto a estos querandís, no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí, en los países alemanes, los gitanos. Cuando estos indios querandís se van tierra adentro para el verano sucede que, en muchas ocasiones, hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no encuentran agua para beber, por lo que cuando agarran o asaetan un venado u otra salvajina, juntan la sangre de éstas y la bebe. A veces, hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed. Cuando los querandís no quieren morirse de sed y no hallan agua en el pago, beben de esta sangre. Pero, si alguien piensa que la beben diariamente, esto no lo hacen, compréndanlo bien.

Los querandís nos han traído diariamente al real, durante catorce días, su escaso pescado y carne, y sólo fallaron un día en que no nos trajeron que comer. Entonces, nuestro general, don Pedro Mendoza, envío en seguida un alcalde de nombre Juan Pavón y con él a dos peones, pues los indios estaban a cuatro leguas de nuestro real. Cuando él llegó donde aquéllos estaban, se condujo de tal modo con los indios que el alcalde y los dos peones fueron bien apaleados; después, los indios dejaron volver a los cristianos a nuestro real. Cuando el alcalde tornó al real, metió tanto alboroto que el capitán, don Pedro Mendoza, envío a su hermano carnal, don Jorge Mendoza, con trescientos lansquenetes y treinta caballos bien pertrechados. Yo en esto he estado presente. Entonces, dispuso y mandó nuestro capitán general, don Pedro Mendoza, a su hermano, don Diego Mendoza, que él junto con nosotros diere muerte y cautivara o apresara a los querandís, y ocupara

su lugar. Cuando nosotros llegamos a su pago, sumaban los indios cuatro mil hombres, pues habían convocado a sus amigos.

BATALLA CON LOS QUERANDIES

Cuando quisimos atacarlos se defendieron ellos de tal manera que ese día tuvimos que hacer bastante con ellos; han dado muerte a nuestro capitán, don Diego Mendoza, y, junto con él, a seis hidalgos de a caballo; también mataron a tiros alrededor de veinte infantes nuestros y, por el lado de los indios, sucumbieron alrededor de 1.000 hombres, más bien más que menos. Se han defendido muy valientemente contra nosotros, como bien lo hemos expresado.

También los querandís tienen para arma arcos de mano y dardos; éstos son hechos como medias lanzas y, adelante, en la punta, tienen un filo hecho de pedernal. Y también tienen una bola de piedra colgada de un largo cordel, al igual que la bola de plomo en Alemania. Tiran esta bola alrededor de las patas de un caballo o de un venado de tal modo que éste tiene que caer; así, con esta bola, se ha dado muerte a nuestro capitán y a sus hidalgos, pues yo mismo lo he visto; también a nuestros infantes se los ha dado muerte con los estos dardos.

En esto, Dios el Todopoderoso nos dio la gracia divina de vencer a los querandís y ocupar su lugar; pero de los indios no pudimos apresar ninguno. En la localidad, los querandís habían hecho huir a sus mujeres e hijos antes de que nosotros los atacásemos, de modo que, en la localidad, no hallamos nada fuera de corambre sobado de nutrias u víboras, mucho pescado, y también manteca de pescado. Allí permanecimos tres días; después, retornamos a nuestro real y dejamos a unos cien hombres de nuestra gente, como hay buenas aguas de pesca en ese mismo paraje, también hicimos pescar con las redes de ellos para que sacaran peces a fin de mantener a la gente pues no se daba más de seis medias onzas de harina de grano al día; tras el tercer día, se agregaba un pescado a su comida. La pesca duró dos meses y quien quería comer pescado tenía que andar las cuatro leguas de camino en su busca.

DE COMO SE FORTIFICO LA CIUDAD DE BUENOS AIRES Y DEL HAMBRE QUE SE PADECIO

Al volver a nuestro real, se repartió toda la gente: la que era para la guerra se empleó en la guerra, y la que era para el trabajo se empleó

en el trabajo. Allí se levantó una ciudad y una fortaleza para nuestro capitán general don Pedro Mendoza, y un muro de tierra en derredor de la ciudad de una altura hasta donde uno puede alcanzar con una tizona. El muro era de tres pies de ancho, y lo que se levantaba hoy se venía mañana de nuevo al suelo. Además, la gente no tenía qué comer, se moría de hambre y padecía gran escasez. Se llegó al extremo de que los caballos no daban servicio. Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido.

Sucedió que tres españoles habían hurtado un caballo y se lo comieron a escondidas; esto se supo, de modo que se les prendió y se les dio tormento para que confesaran tal hecho. Fue pronunciada la sentencia por la que a los tres españoles se les condenó, ajustició y se les colgó de una horca. Así se cumplió esto y se les colgó de una horca. No bien se les había ajusticiado y cada cual se había ido a su casa, se hizo de noche; aquella misma noche aconteció que otros españoles cortaron los muslos y pedazos de carne del cuerpo, los llevaron a su alojamiento y los comieron. Ocurrido entonces que un español se comió a su propio hermano que estaba muerto. Esto sucedió en el año de 1535, en nuestro día de Corpus Cristi, en la mencionada ciudad de Buenos Aires...

DEL RIO PARAGUAY Y DE LOS PUEBLOS CUREMAGUAS Y AGACES

Así navegamos desde aquí y vinimos en ocho días a un río que se llama Paraguay; éste está sobre la mano izquierda. Dejamos el Paraná y navegamos por el Paraguay arriba; entonces, hallamos a muchísima gente reunida; éstos se llaman curemaguás. No tienen otra cosa para comer que pescado y carne y cuernitos de morucco, o sea "pan de San Juan". Los indios hacen vino de estos cuernitos de morucco. Los curemaguás nos dieron todo lo que entonces necesitábamos y se ofrecieron mucho a nosotros. Los hombres y las mujeres son muy altos y grandes. Los hombres tienen un agujerito en la nariz , por el que meten ellos una pluma de papagayo para embellecerse; las mujeres se pintan con largas rayas azules bajo la cara, y esto perdura por la eternidad. También tienen cubiertas sus partes desde el ombligo hasta la rodilla con un paño de algodón. Desde los mapenis hay cuarenta leguas hasta estos curemaguás. Allí quedamos por tres días.

De allí navegamos hacia una nación que se llama agaces; tienen pescado y carne para comer, y los hombres y las mujeres son gentes garbosas y altas. Las mujeres son lindas y pintadas bajo la cara, como las ya mencionadas mujeres pintadas, y tienen también delante de sus partes un paño hecho de algodón.

Cuando vinimos hacia los agaces, pusiéronse ellos a la defensa, intentaron guerrear y no quisieron dejarnos pasar adelante. Cuando lo supimos y vimos que ninguna bondad iba a remediar, lo encomendamos a Dios Todopoderoso e hicimos nuestra ordenanza: marchamos contra ellos por agua y tierra, nos batimos con ellos y exterminamos a muchísimos agaces. También ellos nos mataron alrededor de quince hombres —que Dios les sea clemente y misericordioso, así como con todos nosotros, amén. Estos agaces son la mejor gente de guerra que hay en todo el río, pero por tierra no lo son tanto. A sus mujeres, hijos y alimentos los habían llevado en fuga y ocultado, de manera que no pudimos quitarles mujeres e hijos a los que habían huído y escapado. Pero cómo les fue a aquellos lo sabréis muy bien en breve...

DE LOS PUEBLOS CARIOS

Después tuvimos que dejar a los agaces y vinimos a una nación que se llama Carios. Hay cincuenta leguas de camino desde los agaces. Allí nos dio Dios Todopoderoso la gracia divina de hallar entre los carios o guaranís, trigo turco o maíz, mandiotín, batatas, mandioca-poropí, mandioca-pepirá, maní, bocaja y o tros alimentos más, también pescado y carne, venados, jabalíes, avestruces, ovejas indias, conejos, gallinas y gansos y otras salvajinas, que no puedo esta vez a todas describir. También hay en abundancia miel de la cual se hace el vino, tienen también muchísimo algodón. Estos carios tienen bajo su dominio una tierra grande: creo y es verídico, alrededor de trescientas leguas a lo largo y ancho. Estos carios o guaranís son gente bajas y gruesas, y pueden aguantar algo más que otras naciones. Los hombres tienen en el labio un pequeño agujerito, en el que meten un cristal que es como de dos jemes de largo, y grueso como un canuto de pluma; el color es amarillo y se le llama, en indio, un *paraboe.* Las mujeres y los hombres andan completamente desnudos, como Dios Todopoderoso los ha creado. El padre vende a su hija, y el marido a su mujer cuando ella no le gusta, y el hermano a su hermana. Una mujer cuesta una camisa o un cuchillo, con lo cual se corta, o una pequeña hacha u otro rescate más.

Los carios comían carne humana cuando vinimos a ellos; cómo la comen los sabreís en lo que sigue. Cuando los carios hacen la guerra contra sus enemigos, a quien de estos enemigos agarran o logran, sea hombre o mujer, sea joven, viejos o niños, los ceban como aquí en esta tierra se ceba un cerdo. Si la mujer es algo linda, la conservan un año o tres. Cuando esta mujer no vive un poco a gusto de él, entonces la mata y la come. El hace una fiesta o gran función, al igual que se hace allá afuera, pero, si es un anciano o una vieja, le hacen trabajar a él en las rozas y a ella en hacer la comida para su amo.

Los carios migran más lejos que ninguna nación de esta tierra de Río de la Plata, y no hay nación alguna que sea mejor para ocupar en las guerras por tierra y que pueda aguantar más que los carios...

LLEGAN A LOS JARAYES, DONDE SON RECIBIDOS Y TRATADOS GENEROSAMENTE

A los nueve días de nuestra salida llegamos a los jarayes, que viven a treinta y seis leguas de los achkeres. Es una nación muy grande, pero todavía no eran aquellos con los que está el rey.

Estos jarayes, a los cuales llegamos entonces, llevan bigotes y en el lóbulo de la oreja traen un aro de madera, y la oreja está enrollada en este aro, que es cosa curiosa de ver. Los hombres tienen también una piedra ancha de cristal azul en los labios, que puede tener la forma de una ficha de juego, y en el cuerpo van pintados de azul desde arriba hasta las rodillas, como si de pantalones dibujados se tratase. Las mujeres van pintadas de otra manera, pero también de azul, desde los pechos hasta sus partes, y con mucho primor. Andan desnudas y son hermosas a su manera. Y acaso también pecan en la oscuridad.

Quedamos con estos jarayes un día para descansar, y después proseguimos, haciendo catorce leguas en tres días, hasta que llegamos al lugar donde vive el rey, del cual toman los habitantes el nombre de jarayes. Su territorio tiene sólo cuatro leguas a la redonda, pero posee también un poblado que se encuentra a orillas del río Paraguay.

Allí dejamos nuestros barcos con doce españoles de guardia, para tener un refugio cuando volviésemos, y ordenamos a los jarayes que estaban en este lugar que les hiciesen buena compañía, como en efecto lo hicieron. Permanecimos dos días en este lugar, preparándonos para el viaje y tomando lo que era menester. Luego cruzamos el río Paraguay y llegamos donde vive el rey.

Cuando nos aproximamos a una legua, en un campo llano, el rey de los jarayes vino pacíficamente a nuestro encuentro con doce mil hombres o más. El camino por el cual vinieron tenía ocho pasos de ancho y estaba profusamente sembrado de flores y hierbas, de modo que no se veía ni se podía encontrar piedra, palos o paja hasta el poblado. Traía el rey consigo también unos músicos cuyos instrumentos estaban hechos como nuestros caramillos. Igualmente había ordenado que se cazase a ambos lados del camino ciervos y otras salvajinas, y cazaron unos treinta venados y veinte avestruces o ñandúes, que era realmente cosa linda de ver. Cuando llegamos al poblado, el rey señaló por aposento una casa a cada dos españoles, y condujo a nuestro capitán con sus peones al palacio. Yo estuve aposentado lejos de la casa del rey. Después, el rey de los jarayes mandó a sus súbditos que tratasen bien a los españoles y que nos dieran cuanto necesitábamos. Esta era la forma cómo, a su manera, este rey recibía en su corte, como el señor más grande de estas tierras.

También hacen música durante la comida y cuando es ocasión, y entonces los hombres y las mujeres más hermosas deben bailar delante de él, lo que a los cristianos nos resultaba insólito. Este pueblo es igual que los otros jarayes de los cuales se ha hablado antes. Sus mujeres hacen grandes mantas de algodón, tan sutiles como el arrás, bordando en ellas diversas figuras en forma de ciervos, avestruces y ovejas indianas, según la destreza de cada cual. Duermen entre estas mantas cuando hace frío, se sientan sobre ellas, o les dan el uso que les parece. Estas mujeres son bellas y muy amorosas, afectuosas y muy ardientes, según me parece.

Allí nos quedamos cuatro días, y el rey preguntó a nuestro capitán cuál era nuestro deseo e intención y a dónde íbamos. Respondióle nuestro capitán que buscabamos oro y plata, a lo que el rey le dio una corona de plata que pesaba un marco y medio poco más o menos, además de una plancha de oro que tenía un palmo de largo y medio de ancho, así como un brazalete, que es medio arnés, y otras cosas más de plata, diciendo a nuestro capitán que no tenía más, y que las mencionadas piezas las había ganado y conquistado hacía tiempo en una guerra contra las amazonas.

Cuando nos habló de las amazonas y de su gran opulencia, tuvimos gran contento, y al punto nuestro capitán preguntó al rey si podríamos llegar allí por agua y qué lejos estaban. Este nos dio por respuesta que no podríamos llegar con los barcos, sino que deberíamos marchar por tierra y que tendríamos que viajar dos meses seguidos. Después de

escuchar la relación del rey quedamos totalmente determinados a marchar a las amazonas, como se dirá más adelante.

DESCRIPCION DE LAS MUJERES AMAZONAS, SALIMOS EN SU BUSCA Y LLEGAMOS A LOS SIBERIS Y ORTHUESES

Estas amazonas son mujeres, y sus maridos vienen a verlas tres o cuatro veces al año. Si una mujer queda embarazada de un niño varón, lo manda al hombre; pero si es hembra, se la queda y le quema el pecho derecho para que no pueda crecer. Y la causa por lo que hacen tal es que utilicen mejor las armas y los arcos, pues son mujeres belicosas que hacen la guerra contra sus enemigos. Viven estas mujeres en una isla rodeada de agua, y es una gran isla. Si se quiere llegar a ellas, hay que ir en canoas. Pero en esta isla las amazonas no tienen oro ni plata, sino en Tierra-Firme, que es donde viven los hombres. Allí tienen grandes riquezas. Son una gran nación y tienen un rey que debe llamarse Iñis, igual que el lugar que se nos indicó.

Entonces nuestro capitán Hernando Rivera pidió al rey de los jarayes que nos diese algunos de su pueblo que nos llevasen al bagaje, porque quería entrar en la tierra y buscar los dicho amazones. El rey estaba dispuesto a complacerle, pero nos indicó que en esta época el país estaba anegado y que no era tiempo para viajar. Pero nosotros no queríamos creerlo, sino que le requerimos los indios, a lo que dió, para la persona de nuestro capitán, veinte hombres que tenían que llevarle su bagaje y comida, y a cada uno de nosotros nos dio cinco indios que debían atendernos y portar lo nuestro, ya que teníamos que viajar por ocho días, durante los cuales no encontraríamos indio alguno.

Así llegamos a una nación cuyos pueblos se llaman siberis, semejantes a los jarayes en lengua y otras cosas. Estos ocho días caminamos día y noche con el agua hasta la rodilla, y, a veces, hasta la cintura, y no podíamos salir de ella. Cuando queríamos hacer fuego, colocábamos grandes leños unos sobre otros, y arriba, en lo alto, encendíamos la llama. Y aún ocurría, a veces, que la olla donde se cocía nuestra comida se caía al agua con la lumbre, y nos quedabámos sin comer. Tampoco tuvimos sosiego, ni de día ni de noche, por las moscas diminutas que no nos dejaban hacer nada.

Preguntamos a los siberis si tendríamos agua en adelante, y nos respondieron que deberíamos proseguir cuatro días por el agua y des-

pués otros cinco por tierra, luego llegaríamos a una nación llamada orthueses. Y siendo nosotros pocos, nos dieron a entender que nos volviésemos. Pero no queríamos hacer caso a los jarayes, que nos habían acompañado hasta allí, sino que los mandamos de vuelta a su poblado. Sin embargo, ellos no querían porque su rey les había mandado que no se separasen, sino que permaneciesen con nosotros y nos esperasen hasta que regresásemos del país. Entonces los dichos siberis nos dieron diez hombres para que, además de los jarayes, nos enseñasen el camino a los dichos orthueses. Así proseguimos por más de siete días con el agua hasta las rodillas; y este agua era tan caliente como si hubiese estado sobre el fuego. También tuvimos que beberla, porque no teníamos otra. Pero no se debe pensar que fuera agua de río; es que en esta época había llovido mucho y el país estaba anegado, pues es una tierra llana. Lo bien que nos sentó este agua se sabrá más adelante.

A los nueve días, entre las diez y las once de la mañana, nos acercamos a los orthueses, y alrededor del mediodía llegamos al centro de su poblado, donde estaba la casa de su principal.

En aquel tiempo hubo una gran mortandad entre ellos, a causa del hambre, porque la langosta les había comido y devastado dos veces la mies y los árboles, que no les quedaba nada para comer.

Cuando los cristianos nos enteramos, nos asustamos grandemente, y como tampoco teníamos mucho para comer, no pudimos detenernos por largo tiempo en esta tierra. Entonces nuestro capitán preguntó a su principal cuánto nos faltaba para llegar a las amazonas. Este nos respondió que tendríamos que viajar todavía un mes, y que el país estaba inundado, como luego resultó ser verdad.

El principal de los orthueses dio a nuestro capitán cuatro planchas de oro y cuatro aros de plata, que se colocan en los brazos; las planchas, en cambio, las llevan los indios de adorno en la frente, como nuestros grandes señores llevan cadenas de oro alrededor del cuello. A cambio de estas piezas nuestro capitán dio al principal de los indios hachas, cuchillos, rosarios y tijeras y otras cosas que se hacen en Nuremberg. Hubiéramos querido exigir más de los indios, pero no pudimos hacerlo con descaro, porque los cristianos éramos pocos, por lo que tuvimos que temerles. Era tanta gente, que en todas las Indias no vi otro poblado tan grande, ni tantos indios juntos, como en éste, que era muy largo y ancho. La mortandad de los indios fue ciertamente una suerte para nosotros; de otra manera los cristianos quizás no hubiésemos escapado con vida.

[c. 1534]

FRAY GASPAR DE CARVAJAL

LA BUENA TIERRA Y SU SEÑORIO DE LAS AMAZONAS

DE ESTA MANERA íbamos caminando, buscando algún apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del glorioso y bienaventurado San Juan Bautista, y quiso Dios que en doblando una punta que el río hacía, vimos la costa adelante muchos y muy grandes pueblos que estaban blanqueando. Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las amazonas. Estos pueblos estaban avisados y sabían de nuestra ida, de cuya causa nos salieron a recibir al camino por el agua no con buena intención. Y como llegaron cerca, el capitán quiso atraerlos en paz y así los comenzó a llamar y hablar, pero ellos se reían y hacían burla de nosotros y se nos acercaban y nos decían que anduviésemos, que allí abajo nos aguardaban y que allí nos habían de tomar a todos y llevarnos las amazonas. Y con esto se fueron a dar la nueva de lo que habían visto. Nosotros no dejamos de caminar y acercar a los pueblos y antes que llegásemos, con media lengua, había por la lengua del agua a trechos muchos escuadrones de indios, y como nosotros íbamos andando, ellos se iban acercando y juntando a sus poblaciones. Estaba en medio de este pueblo muy gran copia de gente hecho un escuadrón. El capitán mandó que fuesen los bergantines a cabordar donde estaba aquella gente para buscar comida y así fue que, comenzándonos a llegar a tierra, los indios comienzan a defender su pueblo y a nos flechar, y como la gente era mucha, parecía que llovía flechas, pero, aunque con algunos tiros de los arcabuces y ballestas se les hacía algún daño, andaban unos peleando y otros bailando. Aquí estuvimos en poco de perdernos todos, porque como había tantas flechas, nuestros compañeros tenían harto que hacer en ampararse de ellas sin poder remar, a causa de lo cual nos hicieron daño, que antes que saltásemos en tierra nos hirieron a cinco, de los cuales yo fuí uno, que me dieron un flechazo por una ijada que me llegó al hueso, y si no fuera por los hábitos, allí quedara. Visto el peligro en que estábamos, comienza el capitán a animar y dar prisa a los de los remos que cabordasen, y así, aunque con trabajo, llegamos a cabordar y nuestros compañeros se echaron al agua, que les daba a los pechos. Aquí fue una muy peligrosa refriega, porque los indios andaban mezclados con nuestros españoles y se defendían tan animosamente

que era cosa maravillosa de ver. Andúvose en esta pelea más de una hora, que los indios no perdían ánimo, antes parecía que de continuo se les doblaba; aunque veían algunos de los suyos muertos y pasaban por encima de ellos, no hacían sino retraerse y tornar a revolver. Quiero que sepan cuál fue la causa por donde estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como capitanes, y peleaban tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrazado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete o ocho, que éstas vimos, de las amazonas, a cuya causa los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas. Y porque venía de los otros pueblos mucha gente de socorro y habían de revolver, porque ya se tornaba a apellidar, mandó el capitán que a muy gran prisa se embarcase la gente, porque no quería poner a riesgo la vida de todos, y así se embarcaron, no sin zozobra, porque ya los indios tornaban a comenzar a pelear y más que por el agua venía muy gran flota de canoas, y así nos hicimos a lo largo del río y dejamos la tierra.

NOTICIAS DE LAS AMAZONAS

En este asiento ya dicho, el capitán tomó al indio que se había tomado arriba, porque ya lo entendía por un vocabulario que había hecho, y le preguntó de dónde era natural, y el indio dijo que de aquel pueblo donde le habían tomado. El capitán le dijo que cómo se llamaba el señor de aquella tierra, y el indio respondió que se llamaba Quenyuc y que era muy gran señor y que señoreaba hasta donde estábamos. El capitán le tornó a preguntar que qué mujeres eran aquellas que nos habían salido a dar guerra, y el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro cuatro o cinco jornadas de la costa del río, y

que por este señor ya dicho, sujetos a ellas, habían venido a guardar la costa de nosotros. El capitán le tornó a preguntar que si estas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no. El capitán le tornó a preguntar que de qué manera vivían; el indio dijo que, como dicho había, estaban la tierra adentro y que él había estado allá muchas veces y había visto su trato y vivienda, que, como su vasallo, iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estas mujeres eran muchas; el indio dijo que sí y que él sabía por nombre setenta pueblos y que en algunos había estado, y contólos delante de los que allí estábamos. El capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja; el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puertas donde estaban guardas para cobrar derechos de los que entran. El capitán le preguntó que si estos pueblos eran muy grandes; el indio dijo que sí. Y el capitán le preguntó que si estas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se empreñaban; el indio respondió que estas mujeres participaban con hombres a ciertos tiempos y que cuando les viene aquella gana, de una cierta provincia que confina junto a ellas, de un muy gran señor, que son blancos, excepto que no tienen barbas, vienen a tener parte con ellas, y el capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres, y si hembra que la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni. Dice que hay muy grandísima riqueza de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con ello y tienen sus vasijas grandes, y las demás mujeres solebeas (plebeyas) se sirven en barro y palo; dice que en la ciudad donde reside la dicha señora hay cinco casas del sol a donde tienen sus ídolos de oro y de plata en figura de mujeres y muchas más vasijas que les tienen ofrecidas, y que estas casas, desde el cimiento hasta medio estado en alto, están planchadas de plata todas a la redonda y sus asentaderos, de la misma plata, puestos junto a las planchas, a donde se sientan cuando van a hacer sus borracherías, y estos adoratorios y casas ya dichas llaman los indios "carana" y "ochisemomuna", que quiere decir casas del sol, y que los techos de estas casas están forrados en plumas de papagayos y de guacamayas de muchos colores. Dice que estas mujeres andan vestidas de ropa de lana, porque dice que hay muchas ovejas de las del Perú y que andan todas con mucho oro encima. Dice que el oro se llama "paco" y la plata "coya". También, según

entendimos, que hay camellos y que hay otros animales que son muy grandes y que tienen una trompa y que de estos hay pocos. Dice que hay en esta tierra dos lagunas pequeñas de agua salada, de que hacen sal. Dice más, que tienen una orden que en poniéndose el sol, los indios que vienen a contratar y a traer sus tributos se han de salir fuera de las ciudades y se van fuera, y que tienen a muchos señores a ellas sujetos, los nombres de los cuales son los siguientes: uno se llama Rapio, otro Yagnarestorono, y que estos todos son grandes señores y que también confinan con otros que tienen guerra, y que todo lo que ha dicho ha visto y sabe. Preguntósele que si era la tierra caliente donde vivían; dijo que no, sino seca, porque queman carbón por tener lejos la leña, y que hay mucha comida, y en verdad que todo lo que este indio ha dicho y mucho más nos habían dicho el río arriba donde tuvo el capitán la tierra de paz, y otras particularidades sobre quien hacía aquellas casas y labraba las tierras, a lo cual respondió y no lo pongo aquí por no alargar. Este indio era de edad de 30 años, de mucha razón y muy bueno y procuraba de saber muchas particularidades de nosotros.

[c. 1541]

HERNANDO DE RIBERA

RELACION

ESTANDO en estos pueblos de los urtueses y aburuñes, vinieron allí otros muchos indios principales de otros pueblos más adentro comarcanos a hablar con él y traelle plumas, a manera de las del Perú, y planchas de metal chafalonía, de las cuales se informó, y tuvo plática y aviso de cada uno particularmente de las poblaciones y gentes de adelante; y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del oesnorueste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas eran todos del dicho metal y tenían por su principal una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de la generación de los indios; y que antes de llegar a la generación de las dichas mujeres estaba una generación de los indios (que es gente muy pequeña), con los cuales, y con la generación de éstos que le informaron, pelean las dichas mujeres y les hacen guerra, y que en cierto tiempo del año se juntan con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicación carnal, y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crían hasta que dejan de mamar, y los envían a sus padres; y de aquella parte de los pueblos de las dichas mujeres había muy grandes poblaciones y gente de indios que confinan con las dichas mujeres, que lo habían dicho sin preguntárselo; a lo que le señalaron, está parte de un lago de agua muy grande, que los indios nombraron la casa del Sol; dicen que allí se encierra el Sol; por manera que entre las espadas de Santa Marta y el dicho lago habitan las dichas mujeres, a la banda del oesnorueste; y que adelante de las poblaciones que están pasados los pueblos de las mujeres hay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros, y a lo que señalaron, tienen barbas como aguileñas, a manera de moros.

Fueron preguntados cómo sabían que eran negros. Dijeron que porque los habían visto sus padres y se lo decían otras generaciones comarcanas a la dicha tierra, y que eran gente que andaban vestidos, y las casas y pueblos los tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad, que no se sirven con otras cosas en sus casas de vasijas y ollas y

tinajas muy grandes y todo lo demás; y preguntó a los dichos indios a qué parte demoraban los pueblos y habitación de la dicha gente negra, y señalaron que demoraban al norueste, y que si querían ir allá, en quince jornadas llegarían a las poblaciones vecinas y comarcanas a los pueblos de los dichos negros; y a lo que le parece, según y la parte donde señaló, los dichos pueblos están en doce grados a la banda del norueste, entre las sierras de Santa Marta y del Marañón, y que es gente guerrera y pelean con arcos y flechas; asimismo señalaron los dichos indios que del oesnorueste hasta el norueste, cuarta al norte, hay otras muchas poblaciones y muy grandes de indios; hay pueblos tan grandes, que en un día no pueden atravesar de un cabo a otro, y que toda es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, y con ello se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida; y para ir allí podían ir muy presto, y todo por tierra muy poblada. Y que asimismo por la banda del oeste había un lago de agua muy grande, y que no se parecía tierra de la una banda a la otra; y a la ribera del dicho lago había muy grandes poblaciones de gentes vestidas y que poseían mucho metal, y que tenían piedras, de que traían bordadas las ropas y relumbraban mucho; las cuales sacaban los indios del dicho lago, y que tenían muy grandes pueblos, y todo era gente de las dichas poblaciones labradores y que tenían muy grandes mantenimientos y criaban muchos patos y otras aves; y que dende aquí donde se halló podía ir al dicho lago y poblaciones de él, a lo que le señalaron, en quince jornadas, todo por tierra poblada, adonde había mucho metal y buenos caminos en abajando las aguas, que a la sazón estaban crecidas, que ellos le llevarían; pero que eran pocos cristianos, y los pueblos por donde habían de pasar eran grandes y de muchas gentes; asimismo dijo y declaró que le dijeron y informaron y señalaron a la banda del oeste, cuarta al sudoeste, había muy grandes poblaciones, que tenían las casas de tierra y que era buena gente, vestida y muy rica, y que tenían mucho metal y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes, con los cuales se sirven en sus rozas y labranzas, y las cargan, y les preguntó si las dichas poblaciones de los dichos indios si estaban muy lejos; y que les respondieron que hasta ir ellos era toda tierra poblada de muchas gentes, y que en poco tiempo podía llegar a ellas, y entre las dichas poblaciones hay otra gente de cristianos, y había grandes desiertos de arenales y no había agua. Fueron preguntados cómo sabían que había cristianos de aquella banda de las dichas poblaciones, y dijeron que en los tiempos pasados los indios comarcanos de las dichas poblaciones habían oído decir a los naturales de los dichos pueblos que, yendo los de su generación por los dichos desiertos, habían visto venir mucha gente vestida, blanca, con

barbas, y traían unos animales (según ellos señalaron eran caballos), diciendo que venían en ellos caballeros, y que a causa de no haber agua los habían visto volver, y que se habían muerto muchos de ellos; y que los indios de las dichas poblaciones creían que venía la dicha gente de aquella banda de los desiertos; y que asimismo le señalaron que a la banda del oeste, cuarta al sudeste, había muy grandes montañas y despoblado, y que los indios lo habían probado a pasar, por la noticia que de ello tenían que había gentes de aquella banda, y que no habían podido pasar, porque se morían de hambre y sed. Fueron preguntados cómo sabían los susodichos. Dijeron que entre todos los indios de toda esta tierra se comunicaban y sabían que era muy cierto, porque habían visto y comunicado con ellos, y que habían visto los dichos cristianos y caballos, que venían por los dichos desiertos, y que a la caída de las dichas sierras, a la parte del sudoeste, había muy grandes poblaciones y gente rica de mucho metal, y que los indios que decían lo susodicho decían que tenían asimismo noticia que en la otra banda, en el agua salada, andaban navíos muy grandes.

[c. 1545]

Guerreros indios del Brasil, en Jean de Léry, *Viaje a la tierra del Brasil, también llamada América* (La Rochelle, 1578).

HANS STADEN

VIVIENDO CON LOS CANIBALES

EL DÍA ANTERIOR yo había mandado a mi esclavo al bosque a buscar caza, y quería ir a por ella al día siguiente para tener alguna cosa que comer, pues en aquel país no hay mucho más de lo que se encuentra en el bosque.

Cuando iba por el bosque, oí a los dos lados del camino un gran griterío, como acostumbran a hacer los salvajes, y avanzaron hacia mí. Entonces vi que me habían cercado y apuntaban las flechas sobre mí y disparaban. Exclamé: ¡Válgame Dios! Apenas había pronunciado dichas palabras cuando me tiraron por tierra, se arrojaron sobre mí y me picaron con las lanzas. Pero no me hirieron (gracias a Dios) más que en una pierna, desnudándome completamente. Uno me quitó la gorguera, otro el sombrero, el tercero la camisa, etc., y empezaban a disputarse mi posesión, diciendo uno que había sido el primero en llegar a mí, y el otro que me había hecho prisionero. Mientras tanto, los otros me pegaban con los arcos. Finalmente, dos de ellos me levantaron, desnudo como estaba, tomándome uno de un brazo y otro del otro, con muchos detrás de mí y así me llevaron corriendo por el bosque hasta el mar, donde tenían sus canoas. Una vez en el mar, a la distancia de un tiro de piedra, vi una o dos canoas suyas que habían llevado a tierra y con una porción de ellos alrededor. Cuando me vieron traído por los otros, fueron a nuestro encuentro, adornados con plumas como era su costumbre, mordiéndose los brazos, haciéndome comprender que me querían devorar. Delante de mí iba un rey con un palo que sirve para matar a los prisioneros. Pronunció un discurso y contó cómo me habían capturado y hecho su esclavo o perot (así los llaman a los portugueses), queriendo vengar en mí la muerte de sus amigos. Y cuando me llevaban hasta las canoas, algunos me dieron de bofetadas. Entonces se apresuraron a llevar las canoas hasta el agua, por miedo a que en Brikioca ya estuvieran alarmados, como así ocurría.

Pero antes de llevar las canoas hasta el agua, me ataron las manos, y como no eran todos del mismo lugar, las aldeas estaban descontentas por volver con las manos vacías y se peleaban con los que me tenían. Unos decían que habían estado tan cerca de mí como los otros, y también querían tener su parte de mí, proponiendo que me mataran inmediatamente.

Yo rezaba y esperaba el golpe, pero el rey, que me quería tener, dijo que deseaba llevarme vivo hasta su casa, para que las mujeres me viesen y se divirtiesen a mi costa, después de lo cual me matarían y kawewi pepicke, esto es, querían fabricar su bebida, reunirse para una fiesta y devorarme conjuntamente. Así me dejaron y me amarraron cuatro cuerdas en el pescuezo, obligándome a montar en una canoa mientras estaban todavía en tierra. Amarraron las puntas de las cuerdas a la canoa y la arrastraron hacia el agua para volver a casa.

Al pie de la isla en que fui hecho prisionero, hay otra isla pequeña donde anidan unos pájaros marítimos llamados Uwara, que tienen plumas rojas. Los indios me preguntaron si sus enemigos Tuppin Ikins habían estado allí ese año para cazar los pájaros y sus crías. Les dije que sí, pero ellos querían ver, pues valoraban mucho las plumas de aquellos pájaros, porque todos sus adornos son generalmente de plumas. La particularidad de este pájaro consiste en que sus primeras plumas son parduscas, quedando negras cuando comienzan a volar y volviéndose después encarnadas como tinta roja. Entonces fueron hacia la isla pensando encontrar allí los pájaros. Cuando llegaron a cerca de diez tiros de fusil del lugar donde habían dejado las canoas, se volvieron y vieron a un grupo de Tuppin Ikins y a algunos portugueses entre ellos, porque un esclavo que me había acompañado, cuando me cogieron, escapó y dio la alarma cuando me prendieron. Pensaban venir a librarme y gritaban para que los que me habían capturado viniesen a combatir si tenían valor. Entonces fueron con una canoa en dirección a los que estaban en tierra y éstos tiraron con armas de fuego y con flechas, respondiéndoles los de la canoa; me desataron las manos, pero las cuerdas de mi pescuezo continuaban fuertemente atadas.

El rey, que estaba conmigo en la canoa, tenía un fusil y un poco de pólvora que le había dado un francés a cambio de palo-brasil. Me ordenó que disparase contra los que estaban en tierra.

Después de haber combatido poco tiempo, temían que los otros tuviesen más canoas para perseguirlos, por lo que huyeron. Tres de ellos habían sido heridos. Pasaron más o menos a tiro de falconete de Brickioka, donde yo acostumbraba estar, y cuando pasamos por delante, me obligaron a ponerme de pie para que me viesen mis compañeros. Del fuerte dispararon dos grandes tiros, pero no nos alcanzaron.

Mientras tanto, salieron algunas canoas de Brickioka para alcanzarnos, pero los salvajes huyeron rápidamente y mis amigos, al ver que nada podían hacer, se volvieron.

Como había más o menos siete millas de camino desde Brickioka hasta el lugar donde me capturaron, serían, según la posición del sol, cerca de las 4 de la tarde del mismo día.

Llegaron a una isla y llevaron las canoas a tierra, pretendiendo permanecer allí esa noche y sacarme de la canoa. Llegando a tierra nada podía distinguir, pues me habían herido en la cara, ni andar por la herida en la pierna; por eso me quedé echado sobre la arena. Me cercaron con amenazas de devorarme.

En medio de esta gran tribulación, pensaba en lo que nunca había reflexionado en este valle de lágrimas en el que vivimos. Con los ojos bañados en llanto, comencé a cantar desde el fondo de mi corazón el salmo "A ti imploro mi Dios, en mi pesar", etc. Los salvajes decían entonces: "Ved cómo llora, oíd como se lamenta".

Pensaron entonces que no era prudente permanecer en la isla durante la noche, y se embarcaron de nuevo para ir a tierra firme donde había unas cabañas que antes habían levantado. Cuando llegamos era noche cerrada. Encendieron hogueras y me condujeron hasta allí. Tuve que dormir en una red, que en su lengua se llama Inni y es su cama, que amarran en dos palos encima del suelo, o cuando están en una arboleda, entre dos árboles. Las cuerdas que tenía en el pescuezo las amarraron por encima de un árbol y se acostaron en torno a mí conversando conmigo y llamándome Schere inbau ende, "Tú eres mi bicho amarrado".

Antes de rayar el día volvieron a partir, remaron durante todo el día, y cuando el sol desapareció en el horizonte, aún les faltaban dos millas para llegar al lugar donde querían descansar. Entonces se levantó una gran nube negra por detrás de nosotros, tan importante que los obligó a remar a toda prisa para alcanzar la tierra, por causa del viento y de las nubes.

Cuando vieron que no podían escapar, me dijeron: Ne mungitta dee Tuppan do Quabe anamasu y an dee Imme Ranni me sisse, que quiere decir: "Pide a tu Dios que la gran lluvia y el viento no nos hagan daño". Me callé, hice mi oración a Dios, como pidieron, y dije: "Oh tú, Dios Omnipotente, que tienes el poder en la tierra y en el cielo, tú que desde el comienzo auxiliaste a aquellos que imploraron tu nombre y que los escuchaste, muestra tu clemencia a estos paganos para que yo sepa que aún estás conmigo y para que los salvajes, que no te conocen, puedan ver que tú, mi Dios, oíste mi oración".

Estaba echado en la canoa y atado, de manera que no podía ver el tiempo que hacía, pero ellos se volvían continuamente hacia atrás y comenzaban a decir: O qua moa amanassu, que quiere decir: "la gran

tempestad va quedando atrás". Me levanté entonces un poco, miré para atrás y vi que la gran nube se disipaba. Entonces di gracias a Dios.

Llegados a tierra, hicieron conmigo como antes, me ataron a un árbol y se echaron en torno a mí, diciéndome que ya estábamos cerca de su tierra, donde llegaríamos al día siguiente por la tarde, cosa que no me alegró mucho.

En el mismo día, cuando, a juzgar por el sol, debía ser al Ave-María, más o menos, llegamos a sus casas; hacía ya tres días que estábamos viajando, y hasta el lugar donde estábamos había treinta millas desde Brickioka, donde había sido hecho prisionero.

Cuando íbamos llegando cerca de sus casas, vi que era una aldea que tenía siete casas y se llamaba Uwaitibi. Llegamos a una playa que va orillando el mar y allí cerca estaban sus mujeres en una plantación de raíces que llaman mandioca. Había muchas mujeres que arrancaban las raíces, a las que me hicieron gritar en su lengua: A Junesche been ermi vrame, esto es: "Yo, vuestra comida, llegué".

Llegados a tierra, todos corrieron desde sus casas (que estaban situadas en una colina), jóvenes y viejos, para verme. Los hombres iban con sus flechas y arcos para las casas y aconsejaron a sus mujeres que me llevasen entre ellas, yendo unas delante y otras detrás de mí.Cantaban y danzaban al unísono los cantos que acostumbran cuando están para devorar a alguien.

Así me llevaron hasta la Ywara, delante de sus casas, esto es, la fortificación hecha de gruesos y largos troncos, como un cerco alrededor de un jardín, cosa que sirve contra los enemigos. Cuando entré, las mujeres corrieron a mi encuentro y me dieron bofetadas, tirando de mi barba y diciendo en su lengua: Sche innamme pepike al, que quiere decir "me vengo en ti del golpe que mató a mi amigo, muerto por aquellos entre los que tú estuviste".

Me condujeron después al interior de las casas, donde fui obligado a acostarme en un inni. Volvieron las mujeres y continuaron golpeándome y maltratándome con amenazas de devorarme.

Mientras tanto, los hombres permanecían juntos en una cabaña bebiendo lo que llaman Kawi. Tenían con ellos a sus dioses, que se llaman Tammerka, en cuya honra cantaban, por haber profetizado que me capturarían.

Estuve oyendo dicho canto durante una media hora sin que viniera un solo hombre; solamente estaban conmigo mujeres y niños.

[c. 1550]

JEAN DE LERY

LOS TUPINAMBOS

ASPECTO FISICO, Y ORNAMENTOS DE HOMBRES Y MUJERES

ASÍ PUES, en primer lugar (con el fin de proceder por orden) los salvajes de América, que viven en tierras del Brasil, llamados tupinambos, con los cuales conviví amistosamente alrededor de un año, no son ni más grandes ni más gordos o más bajos de estatura que los europeos; es decir, su cuerpo, *vis á vis* del nuestro, no es ni monstruoso ni prodigioso. Son incluso quizá más fuertes, más robustos y mejor dispuestos, menos propensos a las enfermedades; casi no hay cojos, tuertos, deformes o contrahechos entre ellos. Y a pesar de que muchos llegan a los cien o ciento veinte años (pues saben muy bien llevar la cuenta de su edad por las lunas) son pocos los que a la vejez tienen el pelo blanco o siquiera gris.

En cuanto a su color natural, habida cuenta de la región donde habitan, no son tan negros como podría esperarse, sino más bien morenos como dirían ustedes los españoles o los provenzales.

Por los demás, cosa tan rara como difícil de creer para los que no lo han visto, los hombres y las mujeres, al igual que los niños, no se cubren ninguna parte del cuerpo, sin mostrar por eso ninguna señal de estar avergonzados; de costumbre, viven y andan tan desnudos como nacieron. Y sin embargo, a pesar de lo que algunos piensan y otros tratan de hacer creer, distan mucho de ser velludos. Por el contrario, no son por naturaleza más velludos que nosotros y en cuanto el vello empieza a despuntar en cualquier parte, ya sea en la barba, las cejas o las pestañas, se lo arrancan con las uñas, o con pinzas si las tienen, lo cual hace que su mirada sea vaga y feroz, o que parezcan bizcos. Esto mismo se ha escrito sobre los habitantes de Cumaná en Perú. Por lo que respecta a los tupinambos hago solamente excepción del cuero cabelludo. No obstante, a todos los varones desde muy jóvenes se les pela casi a rape la coronilla y la parte delantera de la cabeza como los frailes; por detrás se les recorta el pelo al estilo de los que entre nosotros usan melena.

Además tienen esta costumbre: todos los muchachos desde su infancia, tienen perforado el labio inferior por encima de la barbilla y en

el agujero llevan, de ordinario, cierto hueso muy pulido tan blanco como el marfil, parecido a las perinolas o trompitos con que en nuestro país se juega: la punta en pico, sobresale unos dos dedos y un frenillo retiene este adorno entre la encía y el labio; se lo quitan y se lo ponen cuando quieren. Pero este adorno de hueso blanco, sólo lo llevan durante la adolescencia. Ya mayores, cuando se les da el nombre de *Conomionassan* (es decir muchachote o muchacho grande) en lugar de este adorno, se ponen, incrustándolo en el agujero del labio, una piedra verde (una especie de esmeralda falsa); ésta también está sujeta por un frenillo desde dentro y por fuera se ve del tamaño de una moneda de veinte centavos pero del doble de gruesa. Los hay incluso que las llevan tan largas y redondas como un dedo; yo traje una de éstas a Francia. Cuando se quitan dichas piedras, los tupinambos, por diversión, sacan a veces la lengua por la ranura del labio; viéndolos así dan la impresión de tener dos bocas y a la imaginación de ustedes dejo el pensar si verlos de esta manera pueda ser agradable y si los afea o no. He visto hombres que, no contentos con llevar solamente esas piedras verdes en los labios, se hicieron perforar ambas mejillas para ponerse otras dos.

Por otra parte, estos brasileños se embadurnan el cuerpo a menudo con colores y pinturas diversas; pero sobre todo, usando el jugo de una fruta que ellos llaman *genipat,* se ennegrecen de tal manera las piernas hasta los muslos, que, viéndolos desde una cierta distancia, parece que llevan puestas unas mediascalzas de presbítero. Y es tan tenaz el jugo de esa fruta genipat, y se les incrusta tan bien en la carne, que aún lavándose en agua, tarda diez o doce días en desaparecer.

Poseen también, hecho de hueso macizo y tan blanco como el alabastro, unas medias lunas algo más largas que medio pie; las llaman *Yoci,* nombre que le dan a la luna. Lo llevan colgando del cuello con un hilo de algodón y les cae sobre el pecho.

Asimismo, sirviéndose de un bloque de asperón, pulen durante largo rato una infinidad de piezas de una concha de mar muy grande llamada *Vignol,* las redondean y las dejan tan bonitas y lisas como una medalla. Les hacen un agujero en el centro, pasan a través un hilo de algodón y hacen unos collares que llaman *Boüi-re*; se lo enrollan alrededor del cuello cuando les parece, como se hace en estos países con las cadenas de oro. En mi opinión eso es lo que algunos llaman porcelana: en nuestros países muchas mujeres usan estos collares. Yo traje a Francia una buena cantidad de los más bonitos y elegantes. Asimismo los salvajes hacen collares llamados *Boüi-re* con cierta especie de madera negra, casi tan pesada y brillante como el ébano y muy indicada para el uso que le dan.

Guerreros, indios del Brasil, en Jean de Léry, ob. cit.

Tienen además estos americanos, un cierto número de gallinas comunes, facilitadas por los portugueses; a las blancas las despluman con frecuencia y con ayuda de alguna herramienta, ahora que las tienen, o con afiladas piedras antaño, las cortan en trozos pequeñísimos, los cuales ponen a hervir y después tiñen de rojo. Se untan en el cuerpo un pegamento especial para ese uso y se empluman hasta brazos y piernas. De esta guisa parecen tener el plumón propio de los pichones y de otros pájaros recién nacidos.

En cuanto al adorno de sus cabezas, aparte de la especie de tonsura y la melena recortada que ya mencioné, los tupinambos hacen unos arreglos con las plumas de las alas de pájaros encarnados, rojos y de otros colores; estos adornos tienen cierto parecido con el cabello natural o postizo que usan las señoras y jóvenes en Francia y otros países y a los que desde algún tiempo a esta parte se han acostumbrado, y diríase que este invento lo obtuvieron de los salvajes los cuales le dan el nombre de *Yempenambí.*

Usan asimismo aretes en las orejas, hechos de hueso blanco, casi iguales que el adorno que llevan los muchachos en el labio perforado, como ya dije más arriba. Hay además en el país un pájaro llamado *tucán* (ya lo describiré más ampliamente a su debido tiempo), su plumaje es todo negro como el cuervo, excepto en la pechuga donde tiene pequeñas y sutiles plumas amarillas, bordeadas de rojo hacia abajo, de unos cuatro dedos de largo y tres de ancho. Les arrancan la pechuga que también llaman tucán de las cuales tienen una gran cantidad. Cuando están secas se sujetan de cada lado de la cara bajo las orejas con una cera que llaman *Yra-Yetic.* Viéndolos con estas dos placas amarillas en las mejillas dan la impresión de llevar un freno como el que se pone en las riendas de un caballo.

Si, además de todo esto, estos brasileños van a la guerra o, en la forma en que lo relataré más adelante, matan solamente a un prisionero para comérselo, y para ello quieren aparecer más valientes y adornados, se ponen ropajes, gorros, brazaletes y otros ornamentos de plumas verdes, rojas, azules y otros muchos y diversos colores naturales simples de una excepcional belleza. Son tan hábiles para acondicionar y preparar todo esto con trocitos de caña e hilo de algodón que ningún especialista en Francia podría hacerlo mejor ni con mayor soltura; a simple vista estas vestimentas podrían parecer de terciopelo. En la misma forma adornan sus espadas y mazas de madera. Y decoradas y enriquecidas con estas plumas, dispuestas y colocadas con tanto arte, son un verdadero regalo para la vista. Y para acabar con sus ornamentos, traen de tribus vecinas grandes plumas de avestruz (lo cual prueba

que en algún lugar de este país existen estas grandes y pesadas aves, aunque para ser franco yo nunca las he visto). Estas plumas, que son grises, las sujetan fuertemente unas contra otras por el nacimiento y el resto se abre en redondel como una rosa: con eso hacen un penacho que llaman *Araroye*. Se lo atan a la cintura con una cuerda de algodón, la parte más estrecha contra el cuerpo y la más ancha hacia afuera; enjaezados de esta guisa (pues es para lo único que les sirve) se diría que llevan una pollera sujeta a los riñones, si se trata de saltar, beber y divertirse, lo cual es casi su única ocupación —cantan y bailan acompañándose de la voz—. Y para animarse aún más recogen cierto fruto del tamaño y forma de un coco: es de una piel dura y, cuando está bastante seco, le sacan el hueso y en su lugar ponen el interior piedrecitas; sujetan varias juntas y se las atan a las piernas y hacen tanto ruido como harían unas conchas colocadas en la misma forma, o como cascabeles de los de por aquí, los cuales aprecian grandemente si se los regalan.

Por otra parte hay en este país un tipo de árbol que da un fruto tan grande como un huevo de avestruz, y al cual se parece también en la forma; los salvajes le hacen un agujero en el centro (como habrán visto ustedes en Francia a los niños con nueces, para hacerse molinillos de viento), después lo ahuecan y meten dentro más piedrecitas redondas o bien semilla de un mijo muy grande, del que hablaremos más adelante; acto seguido le meten un palo de un pie y medio aproximadamente de largo y con esto hacen un instrumento al que llaman *maraca* que hace un ruido como una vejiga de cerdo llena de chícharos. De ordinario los brasileños lo llevan consigo. Al tratar de su religión ya diré lo que opinan de estas maracas y de su sonido, una vez que las han adornado con preciosas plumas para dedicarlas al uso que ya veremos. He aquí, pues, los adornos y vestimentas que los *tupinambos* acostumbran usar en su país.

Pero dejemos por el momento a los tupinambos en su magnificencia, gozando de los buenos ratos que tan bien saben procurarse y veamos si las muchachas a las cuales llaman *Ononian* (aunque desde que los portugueses las han tratado en algunos lugares las llaman María) andan mejor adornadas y emperifolladas.

En primer lugar, aparte de lo que ya dije al principio de este capítulo, de que de ordinario van completamente desnudas al igual que los hombres, tienen también de común con ellos que se arrancan los vellos donde quiera que les nacen, en las cejas y en las pestañas. Cierto que en lo concerniente al cuero cabelludo no proceden como los hombres, éstos como ya dije antes se cortan el pelo de adelante y lo recortan

por la melena, ellas por el contrario no sólo se lo dejan crecer bastante largo, sino que (como las mujeres de acá) se lo peinan y se lo lavan muy cuidadosamente; a veces hasta se lo recogen con un cordón teñido de rojo; sin embargo, por lo general lo llevan suelto sobre la espalda así que casi siempre están despeinadas.

Además también difieren de los hombres en que no se perforan ni el labio ni las mejillas y por consiguiente no llevan ninguna clase de piedras en la cara. Pero se agujerean tan horriblemente las orejas para ponerse aretes, que cuando se los quitan podría pasarse cómodamente un dedo a través del agujero. Los aretes los hacen con esa concha grande de mar llamada *Vignol* de la cual ya hablé; son blancos, redondos y tan largos como una vela de tamaño mediano. Cuando los llevan puestos les golpean en los hombros y en el pecho y viéndolas de un poco de lejos parecen las orejas de un sabueso colgando de ambos lados.

En lo tocante a la cara, he aquí cómo se la arregla. Con un pequeño pincel, una amiga o una vecina, pinta sobre la mejilla de otra, a partir del centro, un círculo que va agrandándose en forma de espiral, hasta cubrirse toda la cara con pinturas de color azul, amarillo y rojo. Y al igual que en Francia hacen algunas mujeres impúdicas, no olvidan de dar unas pinceladas, en el lugar en que estaban antes de ser arrancadas, a las cejas y pestañas.

Hacen también unos grandes brazaletes, formados por varios trozos de hueso blanco, cortados y colocados en forma de grandes escamas de pescado, los cuales reúnen y juntan unas con otras, con cera y una goma arreglada a guisa de cola, con tanta maestría que sería imposible superar. Estos brazaletes, de un pie y medio de largo, podrían compararse con los usados por aquí para jugar al balón. También se ponen esos collares blancos (llamados en su lengua *Bo-re*) que ya he descrito más arriba. Sin embargo, no es en el cuello donde se los ponen, como ya saben ustedes que hacen los hombres, sino que se los enrollan en los brazos. El mismo uso le dan, y por eso las encuentran tan atractivas y bonitas, a las cuentas de vidrio amarillas, azules, verdes y de otros colores ensartadas como un rosario, a las que llaman *Mauroubi* y de las que les llevamos gran cantidad para hacer negocio. A veces íbamos a sus aldeas y nos ofrecían frutas y otras cosas de por allí; con las maneras llenas de gracia que es usual en ellas; y después dándonos la lata nos seguían sin cesar: *Mair, deagatorem amabé mauroubi,* que quiere decir: Tú eres bueno, francés, dame pulseras de cuentas de vidrio. En la misma forma trataban de obtener de nosotros peines a los que llaman *guap* o *kuap*, espejos que nombran *Arona* y en general todas las mercancías que llevábamos y que despertaban su codicia.

Pero entre las cosas que observé entre estas mujeres brasileñas, la más extraña y verdaderamente extraordinaria es ésta: no se pintan el cuerpo, los brazos y las piernas tan a menudo como los hombres, ni se cubren de plumajes ni de otras cosas de por allá y sin embargo nos fue imposible lograr que se vistieran por más que les ofrecimos batas y camisas (como ya dije que conseguimos con los hombres, los cuales en alguna ocasión se vestían).

[c. 1555]

RUY DIAZ DE GUZMAN

LA MALDONADA Y LA LEONA

EN ESTE TIEMPO padecían en Buenos Aires cruel hambre. Faltándoles totalmente la ración, comían sapos, culebras y las carnes podridas que hallaban en los campos; de tal manera que los excrementos de los unos comían los otros, viniendo a tanto extremo de hambre como en tiempo que Tito y Vespaciano tuvieron cercada a Jerusalén: comieron carne humana; así le sucedió a esta mísera gente, porque los vivos se sustentaban de la carne de los que morían, y aun de los ahorcados por justicia, sin dejarle más de los huesos, y tal vez hubo hermano que sacó la asadura y entrañas a otro que estaba muerto para sustentarse con ellas. Finalmente murió casi toda la gente, donde sucedió que una mujer española, no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad, fue constreñida a salirse del real, e irse a los indios, para poder sustentar la vida. Tomando la costa arriba, llegó cerca de la Punta Gorda en el monte grande. Por ser ya tarde, buscó donde albergarse. Topando con una cueva que hacía la barraca de la misma costa, entró en ella, y repentinamente topó con una fiera leona que estaba en doloroso parto, que vista por la afligida mujer quedó esta muerta y desmayada, y volviendo en sí, se tendía a sus pies con humildad. La leona, que vió la presa, acometió a hacerla pedazos; pero usando de su real naturaleza, se apiadó de ella, y desechando la ferocidad y furia con que la había acometido, con muestras halagüeñas llegó así a la que ya hacía poco caso de su vida. Ella, cobrando algún aliento, la ayudó en el parto en que actualmente estaba, y venido a luz parió dos leoncillos; en cuya compañía estuvo algunos días sustentada de la leona con la carne que traía de los animales; con que quedó bien agradecida del hospedaje, por el oficio de comadre usó. Y acaeció que un día corriendo los indios aquella costa, toparon con ella una mañana al tiempo que salía a la playa a satisfacer en el río donde la sorprendieron y llevaron a su pueblo, tomándola uno de ellos por mujer, de cuyo suceso y de lo demás que pasó haré relación adelante.

[c. 1580]

FERNÃO CARDIM

DE LOS INDIOS COSTEROS, TODOS DE LENGUA TUPI

LA COSTUMBRE DE FUMAR

ACOSTUMBRABAN estas gentes tragar humo de *petigma,* por otro nombre hierba santa ; secando ésta hacen de una hoja de palma una *canguera,* la que queda como canuto de caña y la llenan de esta hierba. Préndenle fuego en la punta y la parte más ancha se la meten en la boca y así están chupando y bebiendo aquel humo, cosa que tienen por gran delicadeza y regalo. Acostados en sus hamacas consumen parte del día y de la noche en fumar. A algunos les hace mucho mal, y les aturde y embriaga; a otros les hace bien y les ayuda a echar mucho flujo por la boca. Las mujeres también lo tragan, especialmente las viejas y enfermas, porque es muy medicinal, principalmente para los enfermos de asma, cabeza o estómago; y de aquí vemos que gran parte de los portugueses beben este humo, y lo tienen por vicio, o por pereza, e imitando a los indios gastan en ello días y noches.

DEL TRATO QUE DAN A SUS MUJERES

Acostumbran estos indios tratar bien a las mujeres, no les pegan nunca ni pelean con ellas, excepto cuando están bebidos, que es cuando de ordinario se vengan de ellas, dando por disculpa después del vino que han bebido y luego quedan tan amigos como antes, sin que los odios entre ellos hayan durado mucho. Siempre andan juntos y cuando salen fuera la mujer va detrás del marido y el marido delante, para que si se presenta alguna celada no caiga la mujer en ella y tenga tiempo de huir en cuanto el marido pelea con el contrario, etc. Mas al regreso de las labores del campo o de cualquier otra parte, la mujer va delante y el marido atrás, porque como sea que ya lo tenga todo seguro, si acontece algún desastre pueda la mujer que va delante correr para la casa y el marido restar con los enemigos, o cualquier otra cosa. Pero una vez en lugar seguro o dentro de la población la mujer siempre va delante, y el marido atrás, porque son celosos y quieren siempre ver a la mujer.

Desde muy pequeños, los padres les enseñan a bailar y cantar, y sus bailes no son de diferentes variaciones sino un continuo batir de pies, estando quedos, o andando alrededor y meneando el cuerpo y la cabeza. Y todo ello lo hacen, acompasados y con mucha serenidad, al son de un cascabel hecho al modo de los que usan los niños en España; con muchas piedritas dentro o una determinadas semillas con las que hacen también muy bonitas cuentas. Así bailan y cantan juntamente, porque no hacen una cosa sin la otra, y tienen tal compás y orden que a veces se reúnen cien hombres cantando y bailando en carrera y alineados unos detrás de otros, acabando todos juntos a un golpe, como si estuvieran todos al unísono; son muy estimados entre ellos los cantores, así hombres como mujeres; de tal modo que si apresan un contrario buen cantador e inventor de trovas, por ese solo hecho le salvan la vida y no se lo comen, como tampoco a sus hijos. Las mujeres bailan juntamente con los hombres y hacen con los brazos y el cuerpo grandes gestos y mucha música, principalmente cuando bailan solos. Guardan entre sí diferencias de voces con su consonancia, y de ordinario las mujeres llevan las triples, contraltos y tenores.

LOS SALVAJES GUAIMURES (GUAMURES O AYMORES)

En el territorio vecino a los Tupinaquins habitan los *Guaimurés,* los que ocupan unas ochenta leguas de costa y todo lo que quieren del desierto. Son señores de los montes salvajes, muy escarpados, y por la persistencia y costumbre de andar por los matorrales bravos tienen la piel muy dura. Para este efecto acuestan a los niños desde pequeños en un lecho de cardos para que se acostumbren a andar por los montes bravos. No tienen sembrados, viven de la rapiña y de lo que obtienen a punta de flecha; comen la mandioca cruda sin que les haga daño; corren mucho y a los blancos no nos parece que salten. Usan unos arcos muy grandes, llevan unos palos de gran hechura para que en llegando luego quiebren las cabezas de los contrarios. Cuando van a la pelea se esconden bajo las hojas para sorprender a los demás, por lo que son muy temidos y no hay poder en el mundo que los pueda vencer. Son muy cobardes en campo abierto; no osan salir, ni cruzar el agua, ni usan embarcaciones ni son dados a pescar. Su vivienda es el monte. Son crueles como leones. Cuando toman algunos contrarios les cortan la carne con una caña de la que hacen sus flechas, y los desuellan, hasta

que nada más quedan los huesos y las tripas; y si roban alguna cría y los persiguen, para que no la recobren viva le dan en la cabeza un palo, y desentrañan las mujeres preñadas para comerles asados los hijos. Estos salvajes causan mucha penalidades en Porto Seguro, Ilhéos y Camamu, y estas tierras se van despoblando a causa de ellos. No se les puede entender su idioma.

[c. 1585]

Indios carios, grabado de Hulsius, para Ulrico Schmidel, ob. cit.

CRISTOBAL DE ACUÑA

EL RIO DE LAS AMAZONAS ES EL MAYOR DEL ORBE

ES EL FAMOSO RÍO de las Amazonas, que corre y baña las más ricas, fértiles y pobladas tierras de todo el Imperio del Perú; el que de hoy en adelante podemos, sin usar hipérboles, calificar por el mayor y más célebre del Orbe. Porque si el Ganges riega toda la India, y por caudaloso oscurece el mar cuando desagua en él, haciéndole que pierda el nombre, y se llame Sinu-Gangético, por otro nombre golfo de Bengala. Si el Eufrates, por río afamado de la Siria, y parte de la Persia, es la delicia de aquellos reinos. Si el Nilo riega lo mejor del Africa, fecundándola con sus corrientes, el río de las Amazonas riega más extendidos reinos, fecunda más vegas, sustenta más hombres y aumenta con sus aguas más caudalosos océanos, sólo les falta para vencerlo en felicidad, tener su origen en el Pacífico, como de aquél os lo afirman graves autores.

Del Ganges dicen las historias, que desaguan en él treinta caudalosos ríos y que en sus playas se ven arenas de oro; innumerables ríos desaguan en el de las Amazonas, arenas de oro tiene, y tierras riega, que atesoran en sí infinitas riquezas.

El Eufrates se llama así, como notó San Ambrosio, a *latificando,* porque con sus corrientes alegra los campos, de suerte que los que riega este año, aseguran abundante cosecha para el siguiente.

Del río de las Amazonas se puede afirmar que sus orillas son en la fertilidad paraísos, y si el arte ayuda a la fecundidad del suelo, será todo él unos apacibles jardines. La felicidad de la tierra, que riega el Nilo, celebró Lucano con estos versos:

> *Terra fuis contenta boais, non indiga mercis*
> *ant souis; infalo, tanta est fiducia Nilo.*

No necesitan las provincias vecinas al río de las Amazonas de los extraños bienes; el río es abundante de pesca, los montes de caza, los aires de aves, los árboles de frutas, los campos de mieses, la tierra de minas, y los naturales que le habitan de grandes habilidades y agudos ingenios, para todo lo que les importa, como iremos viendo en el discurso de esta historia.

NACIMIENTO DEL RIO DE LAS AMAZONAS

Dando pues, principio a ella por el nacimiento y origen de este gran río de las Amazonas, hasta ahora oculto siempre, queriendo cada tierra hacerse madre de tal hijo atribuyendo a sus entrañas los primeros sustentos que le dan ser, nombrándole con nombre de río Marañón, error tan asentado en aquellas partes, que la ciudad de los Reyes, emporio de todas las de América, se gloria de que las Cordilleras de Guanuco de los Caballeros, a distancia de setenta leguas de su sitio, dan cuna y cortan los primeros pañales de una laguna, que allí está, a este afamado río. Y a la verdad, no va muy fuera de camino, pues ya que no sea este su origen del río de las Amazonas, lo es por lo menos de uno de los más famosos, que él convierte en su propia sustancia, y alimentado de sus aguas, corre más brioso, su carrera.

Quiere también el nuevo reino de Granada aumentar su crédito, prohijando a las vertientes del macóa, el primer nacimiento de este río, que en su origen llaman los naturales el gran Caquetá, si bien con ningún fundamento, pues en más de setecientas leguas, no se ven las caras estos dos ríos, y cuando se encuentran, como reconociendo a su mayor, torciendo el Caquetá su curso, viene a pagar vasallaje al de las Amazonas.

Por otras muchas partes quiere el Perú alzarse con el principio y nacimiento de este gran río, celebrándole y festejándole, como a rey de los demás. Pero de hoy en adelante no lo permitiría la ciudad de San Francisco de Quito, pues a ocho leguas de su asiento tiene encerrado este tesoro, a las faldas de la Cordillera, que divide la jurisdicción del gobierno de los Quijos, al pie de dos cerros, llamado el uno Guamaná, y el otro Pulca, distantes entre sí aun no dos leguas, de los cuales da éste por madre al recién nacido una grande laguna; y aquélla otra, aunque no de tanto boj, si bien de mucho fondo, que agujereando un cerro, que envidioso del tesoro, que de sí ofrecía, con la fuerza de un terremoto se le echó encima, pretendiendo ahogar en sus principios tan grandes esperanzas, como de aquel pequeño lago se prometían al mundo. De estas dos lagunas, que caen veinte minutos debajo de la línea Equinoccial a la banda del sur, tiene su principio el gran río de las Amazonas.

DE SUS RITOS, Y DIOSES QUE ADORAN

Los ritos de toda esta gentilidad, son casi en general unos mismos; adoran ídolos, que fabrican con sus manos, atribuyendo a unos el poder sobre las aguas, y así les ponen por divisa un pescado en la mano; a

otros escogen por dueños de las sementeras, y a otros por valedores de sus batallas.

Dicen que estos dioses bajaron del cielo, para acompañarlos y hacerlos bien: no usan de alguna ceremonia para adorarlos, mas antes les tienen olvidados en un rincón hasta el tiempo que los han menester, y así cuando han de ir a la guerra, llevan en la proa de las canoas el ídolo en quien tienen puestas las esperanzas de la victoria; y cuando salen a hacer sus pesquerías, echan mano de aquel a quien tienen entregado el dominio de las aguas; pero ni en unos ni en otros fían tanto, que no reconozcan, pueda haber otro mayor.

Colijo esto de lo que nos sucedió con uno de estos bárbaros, si bien esto no lo mostraba ser en la grandeza de su discurso; el cual habiendo oído algunas cosas del poder de nuestro Dios, y visto por sus ojos que subiendo el río arriba nuestro ejército, y pasando por medio de tantas naciones belicosas, volvía sin recibir daño de ninguna; lo cual juzgaba, era fuerza y poder del Dios que le regía, llegó con grandes ansias a pedir al capitán mayor, y a nosotros, que en pago del hospedaje, y buen agasajo, que nos hacía, no quería otra merced, sino que le dejásemos allí un Dios de los nuestros, que como tan poderoso en todo, le guardase a el y sus vasallos en paz, y con salud, y justamente les pudiese acudir con el necesario mantenimiento de que necesitaban.

MULTITUD DE GENTE, Y DE DIFERENTES NACIONES

Todo este nuevo mundo, llamémosle así, está habitado de bárbaros de distintas provincias y naciones, de las que puedo dar fe, nombrándolas con sus nombres y señalándolas sus sitios, unas de vista y otras por informaciones de los indios que en ella habían estado. Pasan de ciento y cincuenta, todas de lenguas diferentes, tan dilatadas y pobladas de moradores como las que vimos por todo este camino, de que después diremos. Están tan continuadas estas naciones, que de los últimos pueblos de las unas, en muchas de ellas, se oyen labrar los palos en las otras, sin que vecindad tanta les obligue a hacer paces, conservando perpetuamente continuas guerras, en que cada día se matan y cautivan innumerables almas. Desagüe ordinario de tanta multitud, sin el cual ya no cupieran en aquella tierra.

Pero aunque entre sí se muestran belicosos y de bríos, ningunos tienen para con el español, como se notó en todo el viaje, en que jamás el bárbaro se atrevió a usar contra los nuestros de otra defensa de la que de ordinario están los cobardes prevenidos, que es la huida que

tienen muy a la mano, por navegar en unas embarcaciones tan ligeras, que en abordando a tierra las cargan en los hombros, y arrojándose con ellas a un lago, de los muchos que el río tiene, dejan burlado a cualquier enemigo que con su embarcación no puede hacer otro tanto.

ARMAS DE QUE USAN LOS INDIOS

Sus armas son, en unos, azagayas medianas y dardos labrados de maderas fuertes, bien aguzadas, y todas las puntas, que tiradas con destreza, pasan con facilidad al enemigo. En otros, son estólicas, arma en que los guerreros del Inca, gran rey del Perú, eran muy diestros: son estas estólicas unos palos tableados de una vara de largo y tres dedos de ancho, en cuyo remate, a la parte de arriba, fijan un diente de hueso, o de palo muy fuerte, que labrado en forma de harpón queda como garrocha, pendiente de aquel a quien hiere; ésta cogen con la mano derecha en que tienen la estólica por la parte inferior, y fijándola en el diente superior, la disparan con tan gran fuerza y acierto que a cincuenta pasos no yerran tiro.

Con estas armas pelean, con éstas flechas la caza y con éstas son señores de cualquier pescado, por más que se le quiera ocultar entre las ondas. Y lo que más admira, clavan las tortugas cuando huyendo de ser reconocidas, sólo de cuando en cuando y por un muy breve espacio, muestran la cabeza encima de las aguas, atravesándolas el cuello, que es sólo en lo que por estar libre de las conchas, se puede hacer el tiro.

Usan también para su defensa de rodelas, que hacen de cañas bravas, hendidas por medio y tejidas apretadamente con las otras que ya dije de cuero de pejebuey. Algunas de estas naciones usan arcos y flechas, arma que entre todas las demás es siempre respetada, por la fuerza y presteza con que hiere. Abundan de yerbas venenosas, de que hacen algunas naciones una ponzoña tan eficaz, que enherboladas con ella las flechas, en llegando a sacar sangre quitan juntamente la vida.

Indios timbús, en Ulrico Schmidel, ob.cit.

SU COMERCIO ES POR AGUA, EN CANOAS

Todos los que viven en las orillas deste gran río están poblados en grandes poblaciones, y como venecianos o mexicanos todo su trato es por agua, en embarcaciones pequeñas que se llaman canoas; éstas de ordinario son de cedro, de que la providencia de Dios les proveyó abundantemente, sin que les cueste trabajo de cortarlos ni sacarlos del monte, enviándoselos con las avenidas del río, que para suplir esta necesidad los arranca de las más distantes cordilleras del Perú, y se los pone a las puertas de sus casas, donde cada uno escoge lo que más a cuenta le parece. Y es de admirar, ver que entre tanta infinidad de indios, que cada uno necesita, por lo menos para su familia, de uno o de dos palos de labra una o dos canoas, como de hecho las tienen, a ninguno le cuesta más trabajo, que saliendo a la orilla echarle un lazo cuando va pasando y amarrarle a los mismos umbrales de sus puertas, donde queda preso, hasta que habiendo ya bajado las aguas y aplicando cada uno su industria y trabajo, labra la embarcación de que tiene necesidad.

LAS HERRAMIENTAS QUE USAN

Las herramientas que usan para labrar, no sólo sus canoas sino sus casas y lo demás que han menester, son hachas y azuelas, no fraguadas por buenos oficiales de las herrerías de Vizcaya, sino forjadas en las fraguas de sus entendimientos, teniendo por maestra, como en otras cosas, a la necesidad. Esta les enseñó a cortar el casco más fuerte de la tortuga, que es la parte del pecho: una plancha de un palmo de largo y algo menos de ancho, que curan al humo y sacándole el filo con una piedra, la fijan en un ástil, y con ella, como con una buena hacha, aunque no con tanta presteza, cortan lo que se les antoja.

Deste mismo metal hacen las azuelas, sirviéndoles de cabo para ellas una quijada de pejebuey, que la naturaleza formó con su vuelta, a propósito para el efecto. Con estas herramientas labran tan perfectamente no sólo sus canoas, sino también sus mesas, tablas, asientos y otras cosas, como si tuvieran los mejores instrumentos de nuestra España.

En algunas naciones son estas hachas de piedra, que labrada a poder de brazos la adelgazan, de suerte que con menos recelos de quebrarse y más en breve que con las otras de tortuga, cortan cualquier árbol por grueso que sea.

Sus escoplos, gubias y cinceles para obras delicadas, que las hacen con gran primor, son dientes y colmillos de animales, que encavados en sus palos, no hacen menos bien su oficio que los de fino acero.

Casi todos tienen en sus provincias algodón, unos más otros menos; pero no todos los aprovechan para vestirse dél, más antes los más andan desnudos, así hombres como mujeres, sin que la vergüenza natural les obligue a no querer parecer que están en el estado de la inocencia.

PROVINCIA DE LOS AGUAS

Setenta leguas más abajo de Tumguragua comienza la mejor y más dilatada provincia de cuantas en este gran río encontramos, que es de los aguas, llamados comúnmente omaguas, impropio nombre que les pusieron quitándoles el nativo y ajustado a su habitación, que es a la parte de afuera, que esto quiere decir *aguas*.

Es esta gente la de más razón y mejor gobierno que hay en todo el río, ganancia que les granjearon los que dellos estuvieron de paz, no ha muchos años, en el gobierno de los quixos de donde obligados de mal tratamiento que se les hacía se dejaron venir al río abajo, hasta encontrar con la fuerza de los de su nación: e introduciendo en ellos algo de lo que habían aprendido de los españoles, les pusieron en alguna policía.

Andan todos con decencia vestidos, así hombres como mujeres, las cuales del mucho algodón que cultivan tejen no sólo la ropa que han menester, sino otra mucha que les sirve de trata para las naciones vecinas, que con razón codician el trabajo de tan sutiles tejedoras; hacen paños muy vistosos, no sólo tejidos de diversos colores, sino pintados con estos mismos tan sutilmente, que apenas se distingue lo uno de lo otro.

Son tan sujetos y obedientes a sus principales caciques, que no han menester más de una palabra para ver luego ejecutado lo que ordenan.

Son todos de cabezas chatas, que causa fealdad en los varones, si bien las mujeres mejor lo esconden con el mucho cabello; y está en ellos tan entablado el uso de tener las cabezas aplastadas, que desde que nacen las criaturas se las meten en prensa, cogiéndoles por la frente con una tabla pequeña y por la parte del cerebro con otra tan grande que sirviendo de cuna recibe todo el cuerpo del recién nacido; el cual puesto de espaldas sobre ésta y apretado fuertemente con la otra, queda con el cerebro y la frente tan llanos como la palma de la mano y como estas apreturas no dan lugar a que la cabeza crezca más que por

los lados, viene a desproporcionarse. De manera que más parece mitra de obispo mal formada que cabeza de persona.

USO DE LOS ESCLAVOS QUE CAUTIVAN

De los esclavos que estos aguas cautivan en sus batallas se sirven para todo lo que han menester, cobrándoles tanto amor, que comen con ellos en un plato, y tratarles de que los vendan es cosa que lo sienten mucho, como por experiencia lo vimos en muchas ocasiones. Llegábamos a un pueblo de estos indios, recibíannos no sólo de paz, sino con danzas y muestras de grande regocijo, ofrecían cuanto tenían para nuestro sustento con gran liberalidad. Comprábanseles paños tejidos y labrados que con voluntad daban, tratábaseles de venta de las canoas, que son sus caballos ligeros en que andan, al punto salían a concierto. Pero en nombrándoles esclavos y apretándoles que los vendiesen, *hoc opus, his labor est,* aquí era el descompadrar, aquí el entristecerse, aquí las trazas de encubrirlos y aquí el procurarse zafar de nuestras manos; muestras ciertas de que más los estiman a solo ellos, y más sienten el venderlos que des hacerse de todo lo demás que poseen.

Y no diga nadie que el no querer vender los indios sus esclavos nace de tenerlos para comer en sus borracheras, que es dicho común, con muy poco fundamento, de los portugueses que andan metidos en este trato y con esto quieren colorear su injusticia. Porque a lo menos en esta nación, ya averigüé con dos indios de los que habían subido con los mismos portugueses, y eran naturales de Pará, los cuales huidos desde Quito vinieron a ser cautivos de estos aguas, con quienes estuvieron ocho meses, y fueron a algunas guerras en su compañía (tiempo bastante para conocer sus costumbres). Estos aseguraron que jamás los habían visto comer esclavos que traían, sino que lo que usaban con los más principales y valientes, era matarlos en sus fiestas y juntas generales, recelando mayores daños si les conservaban la vida; y arrojando los cuerpos en el río, guardaban por trofeo las cabezas en sus casas, que eran las que por todo el camino veníamos encontrando. No quiero con esto negar que hay en este río gente caribe, que en ocasiones no tiene horror de comer carne humana. Lo que quiero persuadir, es no hay en todo él carnicerías públicas en que todo el año se pesa carne de indio, como publican los que a título de evitar semejante crueldad la usan ellos mayor, haciendo con sus rigores y amenazas esclavos a los que no lo son.

[c. 1639]

ALONSO CARRIO DE LA VANDERA

GAUDERIOS

ESTOS SON unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su arbitrio por toda la campaña, y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se le roban, se les dan otro o le toman de la campaña, enlazándole con un cabestro muy largo que llaman rosario. También cargan otros con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que aforran de cuero, para que el caballo se enrede en ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman los caballos, que no quedan de servicio, estimando este perjuicio en nada, así ellos como los dueños.

Muchas veces se juntan de éstos, cuatro o cinco y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, bolas y un cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o un novillo: le lanzan, derriban, y, bien trincado de pies y manos, le sacan cuasi vivo toda la rabadilla con su cuero, y, haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. Otras veces matan sólo una vaca o novillo por comer el matahambre, que es la carne que tiene la res entre las costillas y el pellejo. Otras veces matan solamente por comer una lengua, que asan en el rescoldo. Otras se les antojan caracúes, que son los huesos que tienen tuétano, los descarnan bien, y los ponen punta arriba en el fuego, hasta que den un hervorcillo y se liquide bien el tuétano que revuelven con un palito, y se alimentan de aquella admirable sustancia; pero lo más prodigioso es verlos matar una vaca, sacarle el mondongo y todo el sebo, que juntan en el vientre, y con una sola brasa de fuego o un trozo de estiércol seco de las vacas prenden fuego

a aquel sebo y, luego que empieza a arder y comunicarse a la carne gorda y huesos, forma una extraordinaria iluminación, y así vuelven a unir el vientre de la vaca, dejando que respire el fuego por la boca y orificio, dejándola toda una noche o una considerable parte del día, para que se ase bien, y a la mañana o tarde se rodean los gauderios y con sus cuchillos va sacando cada uno el trozo que le conviene, sin pan ni otro aderezo alguno, y luego que satisfacen su apetito abandonan el resto, a excepción de uno u otro que lleva un trozo a su campestre cortejo.

Venga ahora a espantarnos el Gacetero de Londres con los trozos de vaca que se ponen en aquella capital en las mesas de estado. Si allí el mayor es de 200 libras, de que comen 200 milord, aquí se pone de a 500 a sólo para siete u ocho gauderios, que una u otra vez convidan al dueño de la vaca o novillo, y se da por bien servido.

DESCRIPCION LACONICA DE LA PROVINCIA DEL TUCUMAN

Desde la Esquina de la Guardia hasta el río de la Quiaca, tiene de largo, por el camino de postas, situadas según la proporción del territorio, 380 leguas itinerarias, reguladas con dictamen de los mejores prácticos: las 314, camino de carretas del tamaño que dejo delineadas, tierra fecunda; y las 66 restantes, camino de caballerías, corriente y de trotar largo, país estéril. Hasta Salta o Jujuy es temperamento muy benigno, aunque se aplica más a cálido, con algo de húmedo. Con algunas precauciones, como llevo dicho, se puede caminar con regalo, porque hay abundancia de gallinas, huevos y pollos, de buen gusto y baratos. La caza más común es de pavas, que es una especie de cuervo, aunque de mayor tamaño. No es plato muy apetecible, y así sólo puede servir a falta de gallinas. También hay en la jurisdicción de San Miguel y parte de Salta, una especie entre conejo y liebre, de una carne tan delicada como la de la polla más gorda, pero es necesario que antes de deshollarla se pase por el fuego hasta que se consuma el pelo, y con esta diligencia se asan brevemente, y está muy tierna acabada de matar. Todo lo demás en cuanto a la caza, sólo sirve a los pasajeros para mero entretenimiento. Los ríos de tránsito, como llevo dicho desde luego, tienen algún pescado; pero el pasajero jamás hace juicio de él, ni para el regalo ni para suplir la necesidad. Las bolas, quirquinchos, mulitas y otros testáceos sólo causan deleite a la vista y observación de las precauciones que toman para defenderse y mantenerse, y sólo en un caso de necesidad se puede aprovechar de sus carnes, que en realidad son gustosas.

No hemos visto avestruces como en la campaña de Buenos Aires, ni los han visto los cazadores de la comitiva, que atravesaban los montes por estrechas veredas, ni en algunas ensenadas, ni tampoco han visto una víbora, siendo su abundancia tan ponderada. Son muy raras las perdices que se encuentran, así como en las pampas son tan comunes. El visitador nos dijo que había atravesado tres veces las pampas y una los montes de Tucumán, y que ni él ni todos los de la comitiva habían visto un tigre; pero que no se podía dudar había muchísimos, respecto de la especie poco fecunda, por las muchas pieles que se comercian en estas dos provincias, y se llevan a España y se internan al Perú, aunque en menos abundancias, por lo que no se puede dudar de lo que no se ve, cuando hay pruebas tan claras. No cree que la gran culebra boba, llamada AMPALABA, de que hay muchas en los bosques de la isla de Puerto Rico y otras muchísimas partes, atraiga a los animales de que dicen se mantienen. Este animal, monstruoso en el tamaño, sólo se halla en los montes más espesos, y siendo tan tardo en las vueltas, con dificultad encontraría conejos, y mucho más venados que atraer, por lo que se persuade que se mantiene de algunos insectos, y principalmente del jugo de los árboles en que los han visto colocados, afianzándose en la tierra con la cola, que tienen en forma de caracol o de barreno. Cuando pasa o se detiene a tratar algún animal proporcionado a sus fuerzas, va sin estrépito, y arrollándole con su cuerpo, mediante a la sujeción del trozo de cola enterrado, le sofoca y chupa como la culebra común al sapo, hasta que se le traga sin destrozarle. Si tiene o no atractivo o alguna especie de fascinación, no hay quien lo pueda asegurar, y sólo se discurre que algunos pequeños animalitos, como conejos, liebres o algún venado, y tal vez un ternerillo, se detengan asombrados con su vista, y entonces los atrape; pero se puede asegurar que esta caza no es su principal alimento, porque es animal muy torpe y se deja arrastrar vivo, como si fuera un tronco, a la cola de un caballo, y matar de cualquiera que lo emprenda y no se turbe. Por lo menos en el Tucumán no se cuentan desgracias ocasionadas por estas monstruosas culebras, que creo son más raras que los tigres. Acaso en todo el mundo no habrá igual territorio unido más al propósito para producir con abundancia todo cuanto se sembrase. Se han contado doce especies de abejas, que todas producen miel de distinto gusto. La mayor parte de estos útiles animalitos hacen sus casas en los troncos de los árboles, en lo interior de los montes que son comunes, y regularmente se pierde un árbol cada vez que se recoge miel y cera, porque la buena gente que se aplica a este comercio, por excusar alguna corta prolijidad, hace a boca de hacha unos cortes que aniquilan el árbol. Hay algunas abejas

que fabrican sus casas bajo de la tierra, y algunas veces inmediato a las casas, de cuyos frutos se aprovechan los muchachos y criados de los pasajeros, y hemos visto que las abejas no defienden la miel y cera con el rigor que en la Europa ni usan de artificio alguno para conservar una especie tan útil, ni tampoco hemos visto colmenas ni prevención alguna para hacerlas caseras y domesticarlas, proviniendo este abandono y desidia de la escasez de poblaciones grandes para consumir estas especies y otras infinitas, como la grana y añil, y la seda de gusano y araña, con otras infinitas producciones, y así el corto número de colonos se contentan con vivir rústicamente, manteniéndose de un trozo de vaca y bebiendo sus alhojas, que hacen muchas veces dentro de los montes, a la sombra de los coposos árboles que producen la algarroba. Allí tienen sus bacanales, dándose cuenta unos gauderios a otros, como a sus campestres cortejos, que al son de la mal encordada y destemplada guitarrilla cantan y se echan unos a otros sus coplas, que más parecen pullas. Si lo permitiera la honestidad, copiara algunas muy extravagantes sobre amores, todas de su propio numen, y después de calentarse con la aloja y recalentarse con la post-aloja, aunque este postre no es común entre la gente moza.

Los principios de sus cantos son regularmente concertados, respecto de su modo bárbaro y grosero, porque llevan sus coplas estudiadas y fabricadas en la cabeza, de algún tunante chusco. Cierta tarde que el visitador quiso pasearse a caballo, nos guió con su baquiano a uno de estos montes espesos, adonde estaba una numerosa cuadrilla de gauderios de ambos sexos y nos advirtió que nos riyéramos con ellos sin tomar partido, por las resultas de algunos bolazos. El visitador, como más baquiano, se cercó el primero a la asamblea, que saludó a su modo, y pidió licencia para descansar un rato a la sombra de aquellos coposos árboles, juntamente con sus compañeros, que venían fatigados del sol. A todos nos recibieron con agrado y con el mate de aloja en la mano. Bebió el visitador de aquella zupia y todos hicimos lo propio, bajo de su buena fe y crédito. Desocuparon cuatro jayanes un tronco en que estaban sentados, y nos lo cedieron con bizarría. Dos mozas rollizas se estaban columpiando sobre dos lazos fuertemente amarrados a dos gruesos árboles. Otras, hasta completar como doce, se entretenían en exprimir la aloja y proveer los mates y rebanar sandías. Dos o tres hombres se aplicaron a calentar en las brasas unos trozos de carne entre fresca y seca, con algunos caracúes, y finalmente otros procuraban aderezar sus guitarrillas, empalmando las rosadas cuerdas. Un viejo, que parecía de sesenta años y gozaba de vida 104, estaba recostado al pie de una coposa haya, desde donde daba sus órdenes, y pareciéndole que ya era tiem-

po de la merienda, se sentó y dijo a las mujeres que para cuándo esperaban darle a sus huéspedes; y las mozas respondieron que estaban esperando de sus casas algunos quesillos y miel para postres. El viejo dijo que le parecía muy bien.

El visitador, que no se acomoda a calentar mucho un asiento, dijo al viejo con prontitud que aquella expresión le parecía muy mal, y así, señor Gorgonio, sírvase Vm. mandar a las muchachas y mancebos que canten algunas coplas de gusto, al son de sus acordados instrumentos. Sea en hora buena, dijo el honrado viejo, y salga en primer lugar a cantar Cenobia y Saturnina con Espiridión y Horno de Babilonia. Se presentaron muy gallardos y preguntaron al buen viejo si repetirían las coplas que había cantado en el día o cantarían otras de su cabeza. A que el visitador dijo: éstas últimas son las que me gustan, que desde luego serán muy saladas. Cantaron hasta veinte horrorosas coplas, como las llamaba el buen viejo, y habiendo entrado en el instante la madre Nazaria con sus hijas Capracia y Clotilde, recibieron mucho gusto Pantaleón y Torcuato, que corrían con la chamuscada carne. Ya el visitador había sacado su reloj dos veces, por lo que conocimos todos que se quería ausentar, pero el viejo que lo conoció, mandó a Rudesinda y Nemesio que cantasen tres o cuatro coplitas de las que había hecho el flaire que había pasado por allí la otra semana. El visitador nos previno que estuviésemos con atención y que cada uno tomásemos de memoria una copla que fuese más de nuestro agrado. Las primeras que cantaron, en la realidad, no contenían cosa que de contar fuese. Las cuatro últimas me parece que son dignas de imprimirse, por ser extravagantes, y así las voy a copiar, para perpetuar memoria.

DAMA: Ya conozco tu ruin trato
y tus muchas trafacías,
comes las buenas sandías
y nos das liebre por gato.

GALAN: Déjate de pataratas,
con ellas nadie me obliga
porque no tengo la barriga
pelada de andar a gatas.

DAMA: Eres una grande porra,
sólo la aloja te mueve,
y al trago sesenta y nueve
da principio la camorra.

GALAN: Salga a plaza esta tropilla,
salga también ese bravo,
y salgan los que quisieren
para que me limpie el r...

Ya escampa, dijo el visitador, y antes que lluevan bolazos, ya que no hay guijarros, vámonos a la tropa, con que nos despedimos con bastante dolor, porque los muchachos deseábamos la conclusión de la fiesta, aunque velásemos toda la noche, pero el visitador no lo tuvo por conveniente, por las resultas del trago sesenta y nueve. El chiste de liebre por gato nos pareció invención del flaire, pero el visitador nos dijo que, aunque no era muy usado en el Tucumán, era frase corriente en el Paraguay y pampas de Buenos Aires, y que los versos de su propio numen eran tan buenos como los que cantaron los antiguos pastores de la Arcadia, a pesar de las ponderaciones de Garcilaso y Lope de Vega. También extrañamos mucho los extravagantes nombres de los hombres y mujeres, pero el buen viejo nos dijo que eran santos nuevos que había introducido el doctor don Cosme Bueno en su Calendario, y que por lo regular los santos nuevos hacían más milagros que los antiguos, que ya estaban cansados de pedir a Dios por hombres y mujeres, de cuya extravagancia nos reímos todos y no quisimos desengañarlos, porque le visitador hizo una cruz perfecta de su boca, atravesándola con el índice. Aunque los mozos unos a otros se dicen machos, como asimismo a cualquier pasajero, no nos hizo mucha fuerza, pero nos pareció mal que llamasen a las mozas machas, pero el visitador nos dijo que en este modo de explicarse imitaban al insigne Quevedo, que dijo con mucha propiedad y gracia "pobres y pobras"; así estos dicen machos y machas, pero sólo aplican estos dictados a los mozos y mozas.

Si la centésima parte de los pequeños y míseros labradores que hay en España, Portugal y Francia tuvieran perfecto conocimiento de este país, abandonarían el suyo y se trasladarían a él: el cántabro español, de buena gana; el lusitano, en boahora, y el francés très volontiers, con tal que el Gran Carlos, nuestro monarca, les costeara el viaje con los instrumentos de la labor del campo y se les diera por cuenta de su Real Erario una ayuda de costas, que sería muy corta, para comprar cada familia dos yuntas de bueyes, un par de vacas y dos jumentos, señalándoles tierra por la labranza y pastos de ganados, bajo de unos límites estrechos y proporcionados a su familia, para que se trabajasen bien y no como actualmente sucede, que un solo hacendado tiene doce leguas de circunferencia, no pudiendo trabajar con su familia dos, de

que resulta, como lo he visto prácticamente, que alojándose en los términos de su hacienda, una o dos familias se acomodan en unos estrechos ranchos que fabrican de la mañana a la noche, y una corta ramada para defenderse de los rigores del sol, y preguntándoles que por qué no hacían casas más cómodas y desahogadas, respecto de tener abundantes maderas, respondieron que porque no les echasen del sitio o hiciesen pagar un crecido arrendamiento cada año, de cuatro o seis pesos, para esta gente inasequible, pues aunque venden algunos pollos, huevos o corderos a algún pasajero no les alcanza su valor para proveerse de aquel vestuario que no fabrican sus mujeres, y para zapatos y alguna yerba del Paraguay, que beben en agua hirviendo, sin azúcar, por gran regalo.

No conoce esta miserable gente, en tierra tan abundante, más regalo que la yerba del Paraguay, y tabaco, azúcar y aguardiente, y así piden estas especies de limosna, como para socorrer enfermos, no rehusando dar por ellas sus gallinas, pollos y terneras, mejor que por la plata sellada. Para comer no tienen hora fija, y cada individuo de estos rústicos campestres, no siendo casado, se asa su carne, que es principio, medio y postre. A las orillas del río Cuarto hay hombre que, no teniendo con qué comprar unas polainas y calzones, mata todos los días una vaca o novillo para mantener de siete a ocho personas, principalmente si es tiempo de lluvias. Voy a explicar cómo se consume esta res. Salen dos o tres mozos al campo a rodear su ganado, y a la vuelta traen una vaca o novillo de los más gordos, que encierran en el corral y matan a cuchillo, después de liado de pies y manos, y medio muerto le desuellan mal, y sin hacer caso más que de los cuatro cuartos, y tal vez del pellejo y lengua, cuelgan cada uno en los cuatro ángulos del corral, que regularmente se compone de cuatro troncos fuertes de aquel inmortal guarango. De ellos corta cada individuo el trozo necesario para desayunarse, y queda el resto colgado y expuesto a la lluvia, caranchos y multitud de moscones. A las cuatro de la tarde ya aquella buena familia encuentra aquella carne roída y con algunos gusanos, y les es preciso descarnarla bien para aprovecharse de la que está cerca de los huesos, que con ellos arriman a sus grandes fuegos y aprovechan los caracúes, y al siguiente día se ejecuta la misma tragedia, que se representa de enero a enero. Toda esta grandeza, que acaso asombrará a toda la Europa, se reduce a ocho reales de gasto de valor intrínseco, respecto de la abundancia y situación del país.

Desde luego que la gente de poca reflexión guardará este gasto por una grandeza apetecible, y en particular aquellos pobres que jamás comen carne en un año a su satisfacción. Si estuvieran seis meses en

estos países desearían con ansia, y como gran regalo, sus menestras aderezadas con una escasa lonja de tocino y unos cortos trozos de carne salada, pies y orejas de puerco, que no les faltan diariamente, como las migas y ensaladas de la Mancha y Andalucía, con la diferencia que estos colonos, por desidiosos, no gozan de un fruto que a poco trabajo podía producir su país, y aquéllos, por el mucho costo que les tiene el ganado, que reservan para pagar sus deudas, tributos y gabelas. En la Europa la matanza por Navidad de un cebón, que es una vaca o buey viejo invernado y gordo, con dos o tres cochinos también cebados, es el principal alimento de una familia rural de siete o ocho personas para aderezar las menestras de habas, fríjoles, garbanzos y nabos, que hacen unas ollas muy abundantes y opíparas, independiente de las ensaladas, tanto cocidas como crudas, de que abundan por su industria, como de las castañas y poleadas, que todo ayuda para un alimento poco costoso y de agradable gusto, a que se agrega el condimento de ajos y cebollas y algún pimiento para excitar el gusto, de que carecen estos bárbaros por su desidia, en un país más propio por su temperamento para producir estas especies. Estos así están contentos, pero son inútiles al estado, porque no se aumentan por medio de los casamientos ni tienen otro pie fijo y determinado para formar poblaciones capaces de resistir cualquier invasión de indios bárbaros.

[c. 1775]

MIRANDO AL PACIFICO
Y EL EXTREMO SUR

AMERICO VESPUCIO

LOS PATAGONES

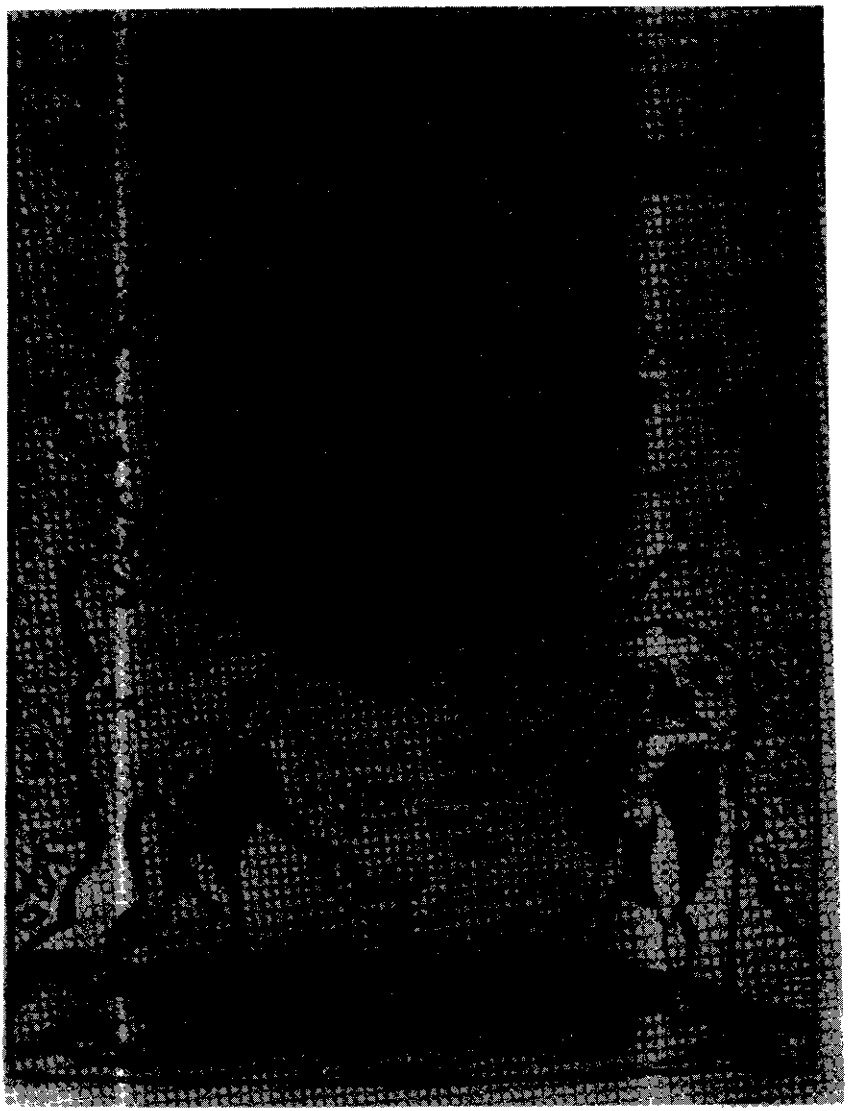
EN EL ROSTRO y ademanes del cuerpo son muy brutales. Todos tenían la boca llena de cierta yerba verde que rumiaban, casi de la misma manera que los animales, de suerte que apenas podían articular palabra. Traían también todos colgados del cuello dos calabacillas curadas, llenas la una de la yerba que tenían en la boca y la otra de cierta harina blanquizca semejante a yeso molido, y con cierto palo o bastoncito pequeño que humedecían y masticaban en la boca y metían muchas veces en la calabaza de la harina, sacaban la suficiente para rociar a ambos lados aquella yerba que llevaban en ella; operación que repetían frecuentísimamente y muy despacio. Admirados de esto, procuramos averiguar la causa o misterio de esta costumbre; pero nunca pudimos comprenderla. En esta gente experimentamos tanta familiaridad y franqueza como si antes hubieran negociado muchas veces y tenido antigua amistad con nosotros. Caminando con ellos por la misma playa en buena conversación y deseando nosotros beber agua fresca, nos insinuaron por señas que carecían absolutamente de tales aguas, y nos ofrecían de buena gana la yerba y la harina que llevaban en la boca, por donde comprendimos que usaban de ellas para templar la sed a causa de no haber aguas en aquel país. Y así nos sucedió que andando nosotros acompañados de ellos por espacio de día y medio por todos aquellos contornos, nunca encontramos manantial alguno de agua viva, y supimos que la que bebían era el rocío recogido en ciertas hojas semejantes a orejas de asno, que llenaban durante la noche de este rocío, que es muy bueno, y de él bebía aquella gente; pero en muchas de sus tierras no había planta alguna de esta clase. Carecen enteramente de los comestibles que hay en tierra firme, y se mantienen de los peces que cogen en el mar. Son grandes pescadores y tienen abundancia de peces. Nos regalaron muchísimas tortugas y otras varias clases de buena pesca. Las mujeres no usaban la yerba que, según dijimos, traen los hombres en la boca; pero todas llevan una calabaza llena de agua para beber. No tienen poblaciones, rancherías ni barracas, solamente se defienden debajo de unas hojas grandes del rigor del sol; de las lluvias no; por lo cual es de creer que llueve poco en aquella tierra. Cuando van al mar a pescar, llevan consigo una hoja de éstas, tan grande que,

fijándola en tierra y volviéndola hacia el sol, se libran a su sombra del resistero. Son muchos y varios los géneros de animales que hay en esta isla; pero todos beben agua cenagosa.

Viendo, pues, que de aquí no sacábamos provecho alguno, dejamos la isla y pasamos a otra; entrando en la cual, e indagando si habría agua fresca que beber, nos pareció que no estaba habitada, pues no habíamos visto persona ninguna al acercarnos a ella; pero caminando por la playa advertimos ciertas huellas de pies grandísimos, por las cuales conjeturamos que si los demás miembros correspondían a los pies, debían ser muy grandes los habitantes. Yendo así por la playa, encontramos un camino que guiaba tierra adentro, y por él determinamos nueve de nosotros penetrar en lo interior de la isla, pareciéndonos que ni sería muy espaciosa ni muy poblada. Habiendo caminado la senda adelante cerca de una legua, descubrimos en una hondonada cinco casas que parecían habitadas, y entrando en ellas hallamos cinco mujeres, dos viejas y tres jóvenes, todas las cuales eran de tanta estatura que nos causó grande admiración. Inmediatamente que nos vieron, se asombraron de tal modo, que ni ánimo tuvieron para escaparse; pero de allí a poco las viejas comenzaron a hablar con nosotros en su lengua cariñosamente, y recogiéndose todas en una casa sola, nos ofrecieron muchos de sus comestibles. Todas ellas eran de estatura mayor que la de un hombre muy alto. y tan grandes como Francisco de Albicio; pero de mejores proporciones que nosotros. En vista de lo cual acordamos todos apoderarnos por fuerza de aquellas jóvenes y traerlas a Castilla como cosa admirable. Mas estando tratando de ello, hé aquí que comienzan a entrar en la casa como unos 36 hombres, más altos que aquellas mujeres, y tan gallardos y apuestos, que daba gusto verlos. Causónos su vista tanta turbación, que más bien quisiéramos estar en nuestras naves que con semejante gente. Traían consigo grandes arcos y saetas, y además palos aguzados y gruesas estacas, a manera de clavas o mazas. Apenas entraron en la casa, comenzaron a hablar entre sí como en ademán de querer prendernos; y nosotros, viendo el peligro en que nos hallábamos, deliberamos también entre diversos partidos. Unos eran de opinión que los acometiésemos allí mismo en la casa; otros, por el contrario, que lo hiciésemos más bien afuera en lo ancho; otros, finalmente, que de modo ninguno trabasémos combate con ellos hasta inteligenciarnos de lo que pensaban hacer. En el entretanto salimos de la casa con disímulo y empezamos a tomar el camino de vuelta a nuestras naves, siguiéndonos ellos como a tiro de piedra y hablando siempre entre sí, y a lo que creo, con no menor miedo que nosotros; porque si alguna vez nos parábamos, ellos también hacían alto a lo lejos, y no an-

daban sino cuando andábamos nosotros. Luego que llegamos a nuestras naves y comenzamos a entrar por nuestro orden en ellas, entonces todo ellos se arrojaron al mar, disparándonos muchas saetas, pero ya entonces los temíamos muy poco, y disparando hacia ellos dos piezas, más para aterrarlos que para hacerles daño, apenas oyeron el estampido, todos huyeron precipitadamente a un monte cercano; y de esta suerte nos libertamos y nos apartamos unos de otros. Todos andan desnudos como dijimos de los anteriores. A esta isla, por la gran talla de sus habitantes, la llamamos de los Gigantes; y continuando nuestra navegación a corta distancia de la tierra...

[c. 1500]



Carta del Estrecho de Magallanes, grabada por Hulsius en 1626.

ANTONIO PIGAFETTA

DESCUBRIMIENTO DEL ESTRECHO

DESPUÉS, a los 52 grados del mismo rumbo, encontramos, en el día de las Once mil Vírgenes, cuyo cabo denominamos "Cabo de las Once Mil Vírgenes", por un milagro grandísimo. Ese estrecho tiene de largo 110 leguas, que son 440 millas, y un ancho —más o menos— como de media legua, y va a desembocar en otro mar, llamado Mar Pacífico, circundado de montañas altísimas con copetes de nieve. No había calado suficiente para pasar, salvo que se enfilase a unas 25 o 30 brazas, sólo de tierra. Y, si no fuese por el capitán general, nunca habríamos navegado aquel estrecho; porque, pensábamos todos, y decíamos, que todo se nos cerraba alrededor. Pero el capitán general, que sabía tener que seguir su derrota por un estrecho muy justo, según viera antes en un mapa hecho por aquel excelentísimo hombre Martín de Bohemia, destacó dos naves, la *San Antonio* y la *Concepción* —así se llamaban—, para ver qué había al fondo de la oquedad.

Nosotros, con las otras dos naves, —la capitana, por nombre *Trinidad,* y la *Victoria*—, anclamos a resguardo de la bahía. Sobrevino aquella noche una fuerte virazón; tal, que fue forzoso levar anclas y dejar que nuestras carabelas bailasen por la bahía cuanto cupo. A las otras dos, en marcha, les iba a resultar imposible doblegar un cabo que se le habría al fondo de aquella garganta no volver hasta nosotros, con lo que, sin la menor duda, su fin era el choque violento con algún bajo. Ya cerquisíma del fondo del embudo, y dándose por cadáveres todos, avistaron una boca minúscula, que ni boca parece, sino esquina, y hacia allí se abandonaron los abandonados por la esperanza: con lo que descubrieron el estrecho a su pesar... Pues, viendo que no era esquina, sino paso, adentráronse hasta descubrir una ensenada. Siguiendo aún, conocieron otro estrecho y una tercera bahía, mayor que esas dos primeras. Con alegres ánimos, volviéronse al punto atrás para que el capitán general lo supiese.

Los dábamos ya nosotros por perdidos: primero, por la tempestad inmensa; después, porque habían transcurrido dos jornadas desde la separación, e, incluso, por creer señales de naufragio unos humos que nos hacían desde tierra dos marineros a quienes enviaran para avisarnos la noticia. Hallándonos en cuyos pensamientos, vimos aparecer

ambas naos, inflando el velamen, y acercarse batiendo a la brisa sus banderolas. Ya junto a las nuestras, atronaron muchas bombardas y gritos; alineadas las cuatro, dando gracias a Dios y a la Virgen María, avanzamos en busca de más allá.

Adentrándonos por aquel estrecho, advertimos dos bocas: una, al siroco; otra, al garbino. El capitán general adelantó a la nao *San Antonio,* en compañía de la *Concepción,* para que viesen si la boca de la parte de siroco desembocaba en el Mar Pacífico. La nao *San Antonio* no quiso aguardar a la *Concepción,* pues se proponían huir para volver a España, lo cual hizo. Su piloto, Esteban Gómez por nombre, odiaba sin límites al capitán general, a causa de que, antes que se aparejase nuestra escuadra, había él acudido al emperador en busca de que le diesen algunas carabelas para descubrir tierras; pero, con la aparición del capitán general, Su Majestad no se las dió. En esa nave iba el otro gigante que apresáramos; pero murió apenas entraron en zona calurosa.

La *Concepción,* incapaz de seguirla al partir, andaba aguardándola inocentemente de una a otra parte. Ignorando que la *San Antonio,* aprovechando la noche, había hecho marcha atrás, y recatándose junto a sus compañeras, ganado la boca por donde antes entraran. Nosotros andábamos en el empeño de explorar la de garbino. Recorriendo el estrecho detenidamente, llegamos a un río que llamamos "Río de las Sardinas", según la gran cantidad de ellas en su barra; y fuimos entreteniéndonos en todo cuatro días, por tal de hacer tiempo en que se nos unieran las otras dos naos. Durante cuyos días enviamos una lancha bien acondicionada para que otease el cabo del otro mar. Volvió, anocheciendo el tercer día, y explicándonos que habían encontrado el cabo, sí, y el ancho mar también.

El capitán general lloró de alegría, designando a aquel "Cabo Deseado", porque lo deseamos todos tanto tiempo. Volvimos atrás, en busca de las otras dos naves, pero no encontramos sino a la *Concepción.* Y, preguntándosele dónde estaba su pareja, respondió Giona Serrano que sólo de la que pisaba era capitán y piloto, como lo fue antes de la que se perdió; pero que de la otra no sabía, ni volviera a verla jamás desde que enfilaron a siroco. Buscámosla entonces por todo el estrecho, hasta por la boca por la que había huído. Envió atrás el capitán general a la *Victoria,* hasta la misma entrada del estrecho, porque viese si andaba por allí; y que, de no encontrarla, clavase una bandera sobre algún montículo, con una carta metida en ella y ahincada en tierra junto al mástil; de forma que, con descubrirla, encontrando la carta, supiesen el rumbo que seguimos. Porque ésas eran nuestras órdenes estipuladas, para caso de que una nave se distanciase de las otras.

Dos banderas con cartas se clavaron esta vez. Una, sobre un alcor de la primera bahía; la otra, en un islote de la tercera, materialmente lleno de lobos marinos y grandes pájaros.

Aguardando el capitán general con sus dos naves que esa *Victoria* se le reuniera ante la desembocadura del "Río Isleo", dispuso una tercera cruz sobre un escollo frontero al río: éste bajaba entre montañas hartas de nieve y toma el mar muy cercano al "Río de las Sardinas".

Si no hubiéramos encontrado ese estrecho, tenía proyectado el capitán general descender hasta los 75 grados del Polo Antártico, pues a tal latitud, y en aquella estación, no se hace nunca la noche, o es muy breve: es decir, como en invierno ocurre con el día.

Llamamos a ese estrecho el "Estrecho Patagónico"; en el cual se encuentran, cada media legua, puertos segurísimos, inmejorables aguas, leña —aunque sólo de cedro—, peces, sardinas, mejillones y apio, hierba dulce —también otras amargas—. Nace esa hierba junto a los arroyos, y bastantes días sólo de ella pudimos comer. No creo haya en el mundo estrecho más hermoso ni mejor. Por este mar Océano puede practicarse la más dilectísima de las pescas.

PATAGONES

Fue visto, a los seis días, un gigante, pintado y vestido de igual suerte, por algunos que hacían leña. Empuñaba arco y flechas. Acercándose a los nuestros, primero se tocaba la cabeza, el rostro y el tronco; después hacía lo mismo con los de ellos; y, por fin, elevaba al cielo la mano. Cuando el capitán general lo supo, mandó un esquife para que se apoderasen de él y que lo retuvieran en aquella isla del puerto, donde habíase construido ya una casa para los herreros y para almacén de los barcos. Este era más alto aún y mejor constituido que los demás, y tan tratable y simpático. Frecuentemente bailaba, y al hacerlo, más de una vez hundía los pies en tierra hasta un palmo. Permaneció entre nosotros muchos días; tantos, que lo bautizamos, llamándole Juan. Pronunciaba tan claro como nosotros, sino que con resonantísima voz "Jesús", "Padre Nuestro", "Ave María" y "Juan". Después, el capitán general le dió una camisa, un jubón de paño, calzas de paño, una barretina, un espejo, un peine, campanillas y otras cosas, despidiéndolo. Fuése muy contento y feliz. Al día siguiente, trajo uno de aquellos animales grandes al capitán general, por el que le dieron muchas cosas a fin de que trajese más. Pero nunca volvió. Pensamos si lo habrían muerto por haber conversado con nosotros.

Un día, de pronto, descubrimos a un hombre de gigantesca estatura, el cual desnudo sobre la ribera del puerto, bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza. Mandó el capitán general a uno de los nuestros hacia él para que imitase tales acciones en signo de paz y lo condujera ante nuestro dicho jefe, sobre una islilla. Cuando se halló en su presencia, y la nuestra, se maravilló mucho y hacía gestos con un dedo hacia arriba, creyendo que bajábamos del cielo. Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura, y bien conforme; tenía las facciones grandes, pintadas de rojo, y alrededor de los ojos, de amarillo, con un corazón trazado en el centro de cada mejilla. Los pocos cabellos que tenía aparecían tintos en blanco; vestía piel de animal, cosida sutilmente en las juntas. Cuyo animal tiene la cabeza y orejas grandes, como una mula, el cuello y cuerpo como un camello, de ciervo las patas y la cola de caballo —como éste relincha—. Abunda por la partes aquellas. Calzaban sus pies abarcas del mismo bicho, que no los cubrían peor que zapatos, y empuñaba un arco corto y grueso con la cuerda más recia que las de un laúd —de tripa del mismo animal—, aparte de un puñado de flechas de caña, más bien cortas y emplumadas como las nuestras. Por hierro, unas púas de yesca blanca y negra —como en las flechas turcas—, conseguidas afilando sobre otra piedra.

Hizo el capitán general que le dieran de comer y de beber, y entre las demás cosas que le mostró, púsolo ante un espejo de acero grande. Cuando se miró allí, asustóse sobre manera y saltó atrás, derribando por el suelo a tres o cuatro de nuestros hombres. Luego le entregó campanillas, un espejo, un peine y algunos *paternostri,* y envióIo a tierra en compañía de cuatro hombres armados. Un compañero suyo, que hasta aquel momento no había querido acercarse a la nao, cuando le vió volver en compañía de los nuestros, corrió a avisar a donde se encontraban los otros; y alineáronse así, todos desnudos. Cuando llegaron los nuestros, empezaron a bailar y a cantar, siempre con un dedo en lo alto, y ofreciéndoles polvo blanco, de raíces de hierba, en vasijas de barro: no otra cosa hubiesen podido darles para comer. Indicáronles los nuestros por señas que se acercaran a los barcos, que ya les ayudarían a llevar sus cosas. Ante cuya demanda, los hombres tomaron solamente sus arcos, mientras sus mujeres, cargadas como burros, traían el resto.

Ellas no eran tan altas, pero sí mucho más gordas. Cuando las vimos de cerca, nos quedamos atónitos: tienen las tetas largas hasta la mitad del brazo. Van pintadas y desvestidas como sus maridos, si no es que ante el sexo llevan un pellejín que lo cubre. Tiraba una de cuatro de aquellos animales, cachorros aún, atados con fibras a manera de

ronzal. Esas gentes, cuando quieren apoderarse de tales bichos, atan a uno de los pequeños a alguna zarza. Acércase los mayores para jugar con él, y los salvajes, escondidos, lo matan a flechazos. Dieciocho nos trajeron a las naos, entre machos y hembras, y regresaron a las dos orillas del puerto después que nos quedamos con aquella mercadería.

[c. 1520]

JUAN DE AREIZAGA

LOS GIGANTES PATAGONES

Y ACORDARON el capitán Santiago y este padre quel mismo clérigo fuese en busca del capitán general y de las naos con provisión para cuatro días y para cuarenta leguas.

En fin de los cuatro días, llegaron a la vía de la Victoria, donde pensaban hallar al capitán general, lo cual no podía ser, porque le dejaban atrás más de cincuenta leguas en Santa Cruz, como se dijo de suso. Y así siguieron hasta una legua adelante de la bahía de la Victoria, y hallaron muchos ranchos y chozas de los patagones, que son hombres de trece palmos de alto, y sus mujeres son de la misma altura. Y luego que los vieron salieron las mujeres a ellos, porque los hombres eran idos a casa, y gritaban y capeaban a estos cristianos, haciéndoles señales que se detuviesen atrás; pero los cristianos, como tenían ya costumbre de hacer la paz con ellos, luego comenzaron a gritar diciendo *o o o,* alzando los brazos y echando las armas en tierra, y ellas echaban asimismo los arcos, y hacían las mismas señales, y luego corrieron los uno para los otros y se abrazaron.

Decía este padre don Johan que él ni alguno de los cristianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabezas a sus miembros vergonzosos en el altor con una mano, cuando se abrazaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo. Luego los cristianos le dieron cascabeles y agujas y otras cosas de poco precio; y los cascabeles ensartábanlos en hilos y poníanlos en las piernas, y como se meneaban y oían sonido dellos, daban brincos y saltos con ellos y espantábanse de los cascabeles, y con mucha risa gozábanse, maravillados dello.

Los arcos eran cortos y recios y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros dellas eran de pedernal, a guisa de harpones o rallones bien labrados. Y son muy grandes punteros y tiran tan cierto como nuestros ballesteros o mejor. Traen en las cabezas unos cordeles, en torno sobre las orejas, y entrellas y la cabeza ponen las flechas, a guisa de guirnalda con las plumas para arriba, y de allí las toman para tirar; y desta manera salieron aquellas mujeres. Es gente bien proporcionada en la altura ques dicho: andan desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generación, y allí traen delante unos pedazos de cuero de danta.

Así como las mujeres gigantas que es dicho hicieron las paces con esos cristianos, lleváronlos a sus ranchos donde vivían, y aposentáronlos uno a uno por sí separados por los ranchos: y diéronles ciertas raíces que comiesen, las cuales al principio amargan; pero usadas, no tanto, y diéronles unos muxiliones grandes, quel pescado de cada uno era más de una libra y de buen comer. No desde a media hora questaban en los ranchos, vinieron los hombres desas mujeres de caza, y traían una danta que habían muerto, de más de veinte a treinta arreldes; la cual traía a cuestas unos de aquellos gigantes, tan suelto y sin cansancio, como si pesara diez libras. Así como las mujeres vieron a sus maridos, salieron a ellos, y dijéronles como estaban allí esos cristianos, y ellos los abrazaron de la manera que se dijo de suso, y partieron con ellos su caza, y comenzaron de la comer cruda como la traían, quitando lo primero el cuero, y dieron al clérigo un pedazo de hasta dos libras. El cual lo puso al fuego para lo asar sobre las brasas, y arrebatólo luego uno de aquellos gigantes, pensando que el clérigo no lo quería, y comióselo de un bocado, de lo cual pesó al clérigo, porque había gana de comer y lo había menester. Comida la danta fueron a beber a un pozo, donde estos cristianos fueron asimismo a beber; y uno a uno bebían los gigantes con un cuero que cabía más de una cántara de agua, y aún dos arrobas o más; y había hombres de aquellos patagones que bebían el cuero, lleno tres veces a reo, y hasta que aquel se hartaba, los demás atendían.

También bebieron los cristianos con el mismo cuero; y una vez lleno, bastó a todos ellos y les sobró agua, y maravillábanse los gigantes de lo poco que aquellos cristianos bebían. Como hubieron acabado de beber, se tornaron los unos y los otros a los ranchos, porque el pozo estaba desviado dellos en el campo, y ya era anochecido, y aposentáronlos uno a uno como ya se dijo.

Estos ranchos eran de cuero de danta, adobado como muy lindo y pulido cuero de vaca, y el tamaño es menor que de vaca; y púnenlo en dos palos contra la parte de do viene el viento; y todo lo demás es estar descubierto al sol y al agua; de manera que la casa no es más de lo que es dicho, y en eso consiste su habitación, y toda la noche están gimiendo y tirando de temblor del excesivo frío (porques frigidísima tierra a maravilla); y es necesario que lo sea, porque está en los cincuenta y dos grados y medio de la otra parte de la equinoccial, a la parte del antártico polo. No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra, y por pequeña causa o antojo mudan su pueblo y casas sobre los hombros y se pasan a donde quieren: que son tales como he dicho. Esta vecindad o ranchos eran

hasta sesenta o más vecinos, y en cada uno dellos más de diez personas. Toda aquella noche estuvieron esos pocos españoles con mucho deseo y temor, esperando el día para se ir, si pudiesen, en paz a donde habían dejado su nao; la cual quedaba más de cuarenta leguas de allí, y no tenían qué comer ni dineros para lo comprar, y caso que los tuvieran, aquella gente no sabe qué cosa es moneda. Cuando a la mañana se despidieron de los gigantes, fue por señas no bien entendidas de los unos ni de los otros; y guiaron los españoles hacia la ribera y costa, por ver si hallarían con diligencia alguna señal o vestigio de las naos, porque como tengo dicho, allá estuvieron surtas la capitana y otras dos.

El día siguiente, continuando su jornada, perdieron un compañero que se decía Johan Pérez de Higuerote, y quedaron el clérigo y los otros dos hombres: y cuando quiso amanecer, vieron más de dos mil patagones o gigantes (este nombre patagón fue a disparate puesto a esta gente por los cristianos, porque tienen grandes pies; pero no desproporcionados, según la altura de sus personas, aunque muy grandes más que los nuestros); y venían hacia los cristianos, alzando las manos y gritando, pero sin armas y desnudos. Los cristianos hicieron lo mismo, y echaron las armas a tierra, y fuéronse a ellos, porque como tengo dicho, ésta es la manera y forma de salutación a paz que aquellas gentes usan cuando se ven con otros, y abrázanse en señal de seguridad o amor. Y así se hizo, y hecho aquesto, alzaron a estos tres cristianos de uno a uno sobre las cabezas, y llevároнlos un cuarto de lengua grande de allí a un valle, donde había un gran número de ranchos, según los que quedan dichos, a manera de gran ciudad, armados en aquel valle. Y luego hicieron traer sus arcos y flechas y penados para las cabezas y también para los pies: y desque hubieron tomado los arcos y penachos, los tornaron a alzar y movieron de allí, y apartados una legua grande de los ranchos que ya no los podían ver, tornaron a tomarlos en peso y despojáronlos; y traían entre manos estos cristianos, mirándolos como espantados de ver su pequeñez y blancura, y tratábanlos de sus naturas, y parte por parte, cuanto tenía la persona de cada español destos, palpaban y consideraban. Y los traían así entre sí con mucho bullicio, tanto que esos pecadores españoles sospecharon que los querían comer, y que quisieran también informarse del gusto de tal carne y ver qué tales eran de dentro en lo interior de sus personas; y así con mucho temor se encomendaban a Dios el clérigo, don Johan de Aréizaga, y sus compañeros.

Y quiso nuestro señor socorrerlos en tanta necesidad y librarlos desta salvaje generación gigantesca, porque muchas veces armaron los arcos y pusieron flechas en ellos, haciendo señales que lo querían tirar y asaetarlos. Pasadas tres horas, o más que en esto pasaban tiempo,

vino un mancebo que en su aspecto parecía muchacho y con él otros veinte gigantes, los cuales traían sendos arcos y sus flechas, y cubiertos los estómagos con unos cueros blandos y peludos como de carneros muy finos, y con muy hermosos penachos blancos y colorados de plumas de avestruces. Al cual como le vieron los otros gigantes, todos se sentaron en tierra, y bajaron las cabezas, y hablaron algún poco entre sí, como quien reza en tono bajo, y ninguno alzaba los ojos del suelo, aunque eran más de dos mil los que habían despojado a estos tres cristianos, que cada momento pensaban que sus días eran cumplidos, y que aquel gigante mancebo debiera ser su rey, y que venía a dar conclusión en sus vidas. Lo que pudieron entender fue que les pareció a estos españoles que aquel gigante mancebo reprendía a los otros, y tomó al clérigo don Johan por la mano y lo alzó en pie: el cual, aunque parecía de diez y ocho o veinte años, y el don Johan de veinte y ocho o más, y era de buena y mediana estatura y no pequeño, no llegaba a sus miembros vergonzosos en altor. Y puesto en pie llamó a los otros dos españoles, e hízoles señal con la mano que se fuesen: y al dicho don Johan uno de los veinte que vinieron a la postre con aquel capitán o rey mancebo, le puso un gran penacho en la cabeza. Y así se partieron en carnes desnudos estos tres compañeros, y no osaron pedir sus vestidos; porque viendo la liberalidad de aquel principal, sospecharon quél pensó que así debían andar, y que si hicieran señas pidiendo la ropa, que aunque se la mandase a dar, tomaría seña y haría algún castigo en los primeros gigantes; y hubieron por mejor no le alterar e irse sin los vestidos, pues les dejaban las vidas. Y prosiguieron su viaje por la costa con grandísima hambre y sed y frío; y llegados a la mar, hallaron un pescado muerto que parecía congrio, quel agua le había echado en la playa, y comiéronle crudo y no les supo mal.

Traían aquellos gigantes pintadas las caras de blanco y rojo y jalde, amarillo y otros colores; son hombres de grandísimas fuerzas, porque decía este clérigo don Johan que a todos tres servidores, o cámaras de lombardas de hierro, tan grandes que cada servidor o verso pesaba dos quintales o más, los alzaban de tierra con una mano en el aire más altos que sus cabezas. Traen muy hermosos penachos en las cabezas y en los pies, y comen la carne cruda y el pescado asado y muy caliente. No tienen pan, o si lo tienen, estos cristianos no lo vieron, sino unas raíces que comen asadas y también crudas, y mucho marisco de lapas y muxiliones muy grandes asados, y hostias mucho grandes, de que se puede sospechar que también serán las perlas grandes. En aquella costa mueren muchas ballenas sin que las maten, y la mar brava las echa en la costa, y aquestos gigantes las comen.

Decía este padre clérigo que antes de todo lo que es dicho, estando seis gigantes destos en una nao desta armada, este clérigo y otros dos compañeros salieron en tierra, por ver algo de las costumbres desta gente, y que llegados en un valle, donde hallaron ciertos gigantes destos, los cuales se sentaron en rengle, e hicieron señas questos españoles se sentasen así entre ellos, y lo hicieron; luego trajeron allí un gran pedazo de ballena de más de dos quintales, hediondo, y pusiéronles parte dello delante del clérigo y sus compañeros, y ello estaba tal, que no lo quisieron; y los indios comenzaron a cortar con unos pedernales que cada uno traía, y en cada bocado comían o cuatro libras o más. Y volvieron con ellos a la nao, y diéronles cascabeles y pedazos de pellejos quebrados y otras cosas de poco valor, con que ellos mostraban ir muy ricos y gozosos; y espantábanse mucho de los tiros de artillería y de todas las otras cosas de los cristianos.

Tornando a la historia y camino del clérigo y sus dos compañeros, decía que llegados desnudos a la playa, vieron la nao *San Gabriel* que venía a la vela en busca del batel suyo que estaba con el patax, y a decir al capitán Santiago de Guevara cómo las naos estaban en el río de Santa Cruz, y que habiendo tiempo fuese a la bahía, donde las naos hicieron echazón, y que tomase los cepos y cureñas del artillería de bronce, y hecho esto, se fuese a Santa Cruz; y así se hizo. Y ya esto y a dos días de marzo del año de mil quinientos y veinte y seis: y así se recogieron el clérigo don Johan y sus dos compañeros al patax, dando infinitas gracias a Jesu-Cristo que los había librado de aquellos gigantes de la manera que está dicho.

[c. 1526]

JUAN LADRILLERO

DESCRIPCION DE LOS INDIOS PATAGONES

LA GENTE que hallé en esta boca de este estrecho a la parte del mar del Norte, es gente soberbia y son grandes de cuerpo así los hombres como las mujeres, y de grandes fuerzas los hombres y mujeres bastas de los rostros. Los hombres andan desnudos, traen por capas pellejos de guanacos, sobados, la lana adentro hacia el cuerpo, y sus armas son arcos y flechas de pedernal y palos a manera de macanas, y tienen por costumbre untarse con una tierra blanca como cal la cara y el cuerpo. El traje de las mujeres es sus vestiduras de los pellejos de los guanacos y de ovejas, sobados, la lana para adentro y poniéndoselos a la maneras de las indias del Cuzco, los pellejos asidos con correas por cima de los hombros, atados por la cintura y los brazos de fuera y que les llegan abajo de las rodillas. Traen zapatos del mismo cuero que les cubre hasta encima de los tobillos, llenos de paja por dentro, por amor del frío y andan untadas con aquella cal como los hombres. Y a lo que entendí, no tienen asiento. Están cerca de la costa del Estrecho. Es poca gente, a lo que entendí. Sus casas son que hincan unas varas en el suelo y ponen pellejos de guanacos y de ovejas y de venados y hacen reparo para el viento y por dentro ponen paja porque se echan y se sientan por estar más abrigados, porque a lo que me parece debe de llover poco cerca de esta mar del Norte en este Estrecho, aunque en este mes de agosto nos nevó dos días que allí estuvimos, y, el Estrecho adentro, todo lo más del mes.

Este Estrecho son playas de arena, y es fondo limpio la acanal, y en algunas partes hacia la boca del mar, callao movedizo en el areba, grandes y pequeños: a la costa hay pocos puertos hasta llegar a la cordillera y tenerse ha aviso que lleguen a la parte del norte que es hacia Tierra-Firme, porque irán separados de los vientos que son forzosos así como noroestes y oestes y sudestes, que son los más naturales de aquella tierra y los que más reinan.

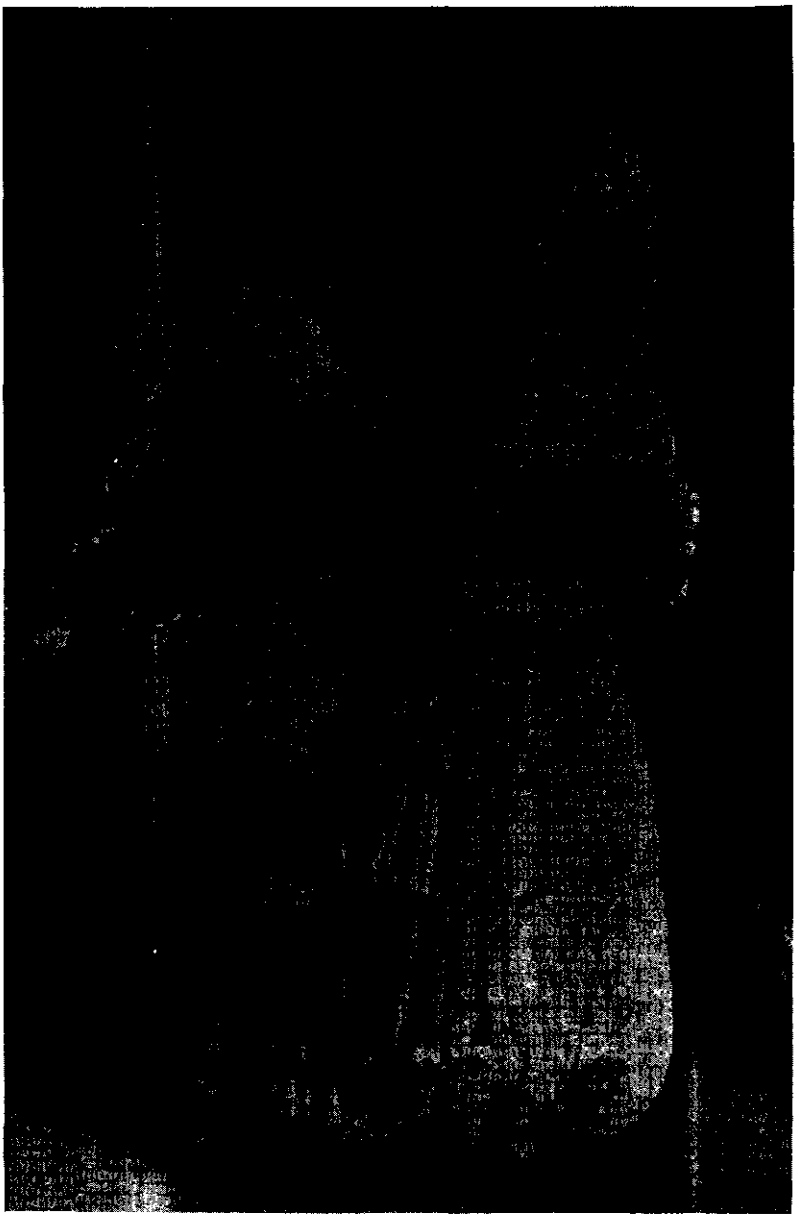
ENTRANDO AL ESTRECHO POR EL OESTE. INDIOS BARBADOS

La gente de esta bahía es bien dispuesta y de buen arte. Tienen barba los hombres, no muy largas. Sus vestiduras son unos pellejos de lobos marinos y de venados, atados por el pescuezo que les llegan a las rodillas, así los hombres como las mujeres. Tienen unos dardiles mal hechos y dagas de hueso de ballena de palmo y medio y de dos palmos. No tienen asiento en ninguna parte. Andan en canoa de cáscara de árboles y de unas partes en otras. Comen carne de lobos marinos y de unos peces y animales cruda, y marisco. No tienen ollas ni otras vasijas, ni comen sal ni saben qué cosa es. Traen en las canoas unas varas delgadas, y donde quiera que llegan arman su casa y se reparan del agua y de la nieve de invierno, que suele caer mucha.

BAHIA DE NUESTRA SEÑORA DEL VALLE (INDIOS CHONOS)

La gente que hay en esta ensenada susodicha son indios pescadores, de mediano cuerpo y muy proporcionados. No tienen sementeras, manteniéndose de pescado y mariscos y lobos marinos que matan, y comen la carne de los lobos y pescado crudo o aves cuando las matan y otras veces las soasan. No tienen ollas ni otra vasija, no se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes y sin razón, andan vestidos de los cueros de los lobos y de otros animales, con que se cubren las espaldas y caen hasta las rodillas y una correa con que las atan por el pescuezo a manera de ligadas que traen las indias del Cuzco. Son de grandes fuerzas, traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas y unos palos como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscaras de cipreses y de otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino hoy aquí mañana en otra parte, y donde quiera que llegan llevan más unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo y con cortezas de árboles que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquitas a manera de ranchos, en que se meten y se reparan del agua del cielo y de la nieve. Yo estuve en esta bahía de Nuestra Señora del Valle en el mes de noviembre.

[c. 1557]



Angel orante de la Misión de San Ignacio de Guazú, en Josefina Pla,
"Arte barroco del Paraná", revista *Américas,*
vol. 15, núm. 1, enero de 1963, p. 15.

FRANCISCO NUÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN

UNA FIESTA

AQUELLA NOCHE estaban dispuestos el baile y el regocijo que acostumbraban en sus cavas y en el trabajo de sus sementeras. Por haberse el sol ya trastornado, se quedó con nosotros mi correspondiente, y el cacique Quilalebo, dueño del festejo, celebró su llegada con algo más de lo prevenido, porque verdaderamente era ostentativo y galante en sus acciones. Después de haber cenado espléndidamente, y bebido de la chicha regalada del presente, nos fuimos al fogón (adonde el baile había principiado) los caciques viejos y el de la Villarica, quienes me rogaron que bailase con ellos, como hice por darles gusto. En medio de este entretenimiento, cogió de la mano Quilalebo, mi nuevo amigo, a su hija, que estaba entre las demás bailando, la trajo acompañada con las otras adonde nosotros estábamos, y le dijo que me cogiese de la mano y bailase conmigo, porque ya me la tenía dada para mujer: los demás caciques se acomodaron con las otras que venían en su compañía y empezaron a bailar con ellas de las manos. A persuasiones del Quilalebo, su padre, y de los demás principales ancianos, hice lo propio. Antes de esto, brindáronnos las mozas, que es lo que acostumbran las solteras cuando quieren que las correspondan los que no tienen mujeres, o cuando quieren hacer alguna lisonja a los caciques viejos; y de esta suerte, suelen casarse en estas fiestas y bailes, que llaman ellos gñapitún.

Jamás me vi más atribulado, ni más perseguido del demonio que en esta ocasión forzosa e inexcusable, porque era aplaudido por los caciques, y solicitado con amor y voluntad a sensuales apetitos. Si en otras ocasiones me pusieron en semejante empeños, no con tantos aprietos ni demostraciones afectuosas como las de Quilalebo, padre y dueño de las acciones de su hija.

¿Quién no temblará asustado al verse con enemigo tan poderoso y fuerte en la campaña, sin poder usar del remedio eficaz que para esta contienda se conoce, que es el apartamiento del peligro, con la fuga y ausencia? Y aunque Tertuliano asigna algunas causas y fundamentos que le mueven a ir en contra del común de los doctores, siendo el principal el decir que, sin la voluntad de Dios (que es el que todo lo ordena), no puede ser vencido ni sujetado el hombre que se opone a semejantes peligros y tentaciones (que, por no dilatarme, citaré sólo al

gran maestro Francisco de Mendoza; el curioso lector podrá ver detenidamente esta cuestión ventilada en su tomo segundo sobre los Reyes). Si bien es verdad que se encamina sus palabras a otro género de fuga, en cualquier conocido peligro es más seguro el huirle (como resuelven otros doctores) que ponerse a contrastar con él. Me ajustara yo en esta ocasión a acogerme más al asilo de la fuga, si pudiese conseguirla, que a poner en duda la victoria. Así lo sintió San Cipriano, en estas palabras: "Más honestamente y con menos peligro se lucha con el espíritu a brazo partido, que con la carne a lo descubierto". Del bocado o mordedura de la deshonestidad licenciosa ninguno se escapa, ni puede salir libre; aquel soplo o pestilencial anhelo aun a los más apartados de él les afecta. Este género de contienda y riguroso certamen en batalla más requiere salir huyendo de ella, que asistir abrazado a su demanda. Hasta aquí el santo, que me valiera de su consejo y me arrimara a mis amigos y compañeros, para eximirme de tan apretado lance. Más ya que con la presencia no pude ausentarme, ni huir a espaldas vueltas de enemigo tan fiero y poderoso, lo hice con el espíritu y el alma, acogiéndome al sagrado amor de Dios, y al temor de su justicia, porque, como dijo San Agustín, que así como son mejores los que por el amor se encaminan y enderezan, también son muchos más los que con el temor se corrigen. En lo uno y en lo otro puse el pensamiento, asegurándome de la misericordia de Dios, que me ampararía y libraría de semejante aprieto, como lo hizo su divina bondad y clemencia, teniéndome de su mano para que no me dejase llevar de los halagos torpes del demonio.

Puesto ya en el empeño, con la moza de la mano, le comuniqué con apacible semblante, el bullicioso ruido de los demás caciques, quienes, con sus compañeras estaban dando vueltas en el baile a su usanza, sin que ninguno atendiera a lo que los demás hacían, con buenas razones le dije que eran de grande estimación para mí los favores que su padre tan a banderas desplegadas me hacía, que le estaré toda mi vida agradecido por tamañas honras y agasajos. las muestras que me había dado de su afecto y de su amor con tan generosa y tan entrañable entrega de una prenda de tanta estimación como lo era su hermosura, de honestidad compuesta, merecían que me confesara su humilde esclavo y el de ella. Pero le suplicaba, como a tan cuerda y entendida persona que era, que perdonase la cortedad y el encogimiento que hallaría en mis acciones porque, como no era cristiana y profesaba diferente ley que la mía, no podíamos los cristianos quebrantar nuestros institutos en ofensa de Dios N.S. Le decía que esto era lo principal para mi reparo; que aguardaba la primavera para el trato de mi rescate

y que sentiría con extremo el prendarme de su amor para no muchos días. Le prometía con toda la verdad que, si por algún camino se perturbase mi salida y no tuviese efecto al verano siguiente, trataría de quedarme con su padre y ajustarme a vivir entre los suyos. Respondióme la moza, cortésmente, y con agrado, que ella no había de hacer más de lo que su padre le ordenase. A todo esto, estaban cantando y bailando los caciques, mis padrinos (que ya me juzgaban casado), dando vueltas con las otras compañeras alrededor del tamboril, que, en medio de todos, asistía al que les tocaba, sirviendo de maestro de capilla, y a quien seguían los circunstantes en los altibajos de su voz y tonada.

En esta ocasión llegó la madre de la muchacha al sitio en que nos hallábamos parados y en nuestra conversación metidos, y me brindó con un jarro de chicha clara y dulce, de las botijas que me había traído el cacique Lepumante, tratándome ya como su yerno, y significándome el gusto que tenía de que Quilalebo, su marido, me hubiese dado a su hija: ella era de las señoras principales de Valdivia y aquella niña, nieta de uno de los conquistadores antiguos; me lo nombró en aquella ocasión, y, como cosa que me importaba poco (ya que ella estaba connaturalizada con aquellos bárbaros), no encomendé a la memoria su apellido. Hallé lugar para decirle los inconvenientes que por entonces se me ofrecían para no empeñarme en el amor de su hija, repitiendo lo propio que poco antes había expuesto ya, con razones corteses y agradables. Como mujer de entendimiento, aunque rústica de lenguaje, traje y costumbres, me respondió que le parecía muy ajustada mi razón, pero que, no obstante, Quilalebo, su marido, tenía la voluntad de que yo la festejase y bailase con ella de la mano, y, cogiéndosela a su hija, me asió la buena vieja a mí la otra. En medio de las dos, mostrándome alegre y placentero, hice lo que los demás en común ejercitaban. Aunque corporalmente asistía, a más no poder, a estos combates, el espíritu y el corazón estaban ante la presencia de Dios, solicitando su ayuda y eficaz auxilio, que comunica piadoso a quien con temor le ama, que es doctrina de San Pablo.

[c. 1629]

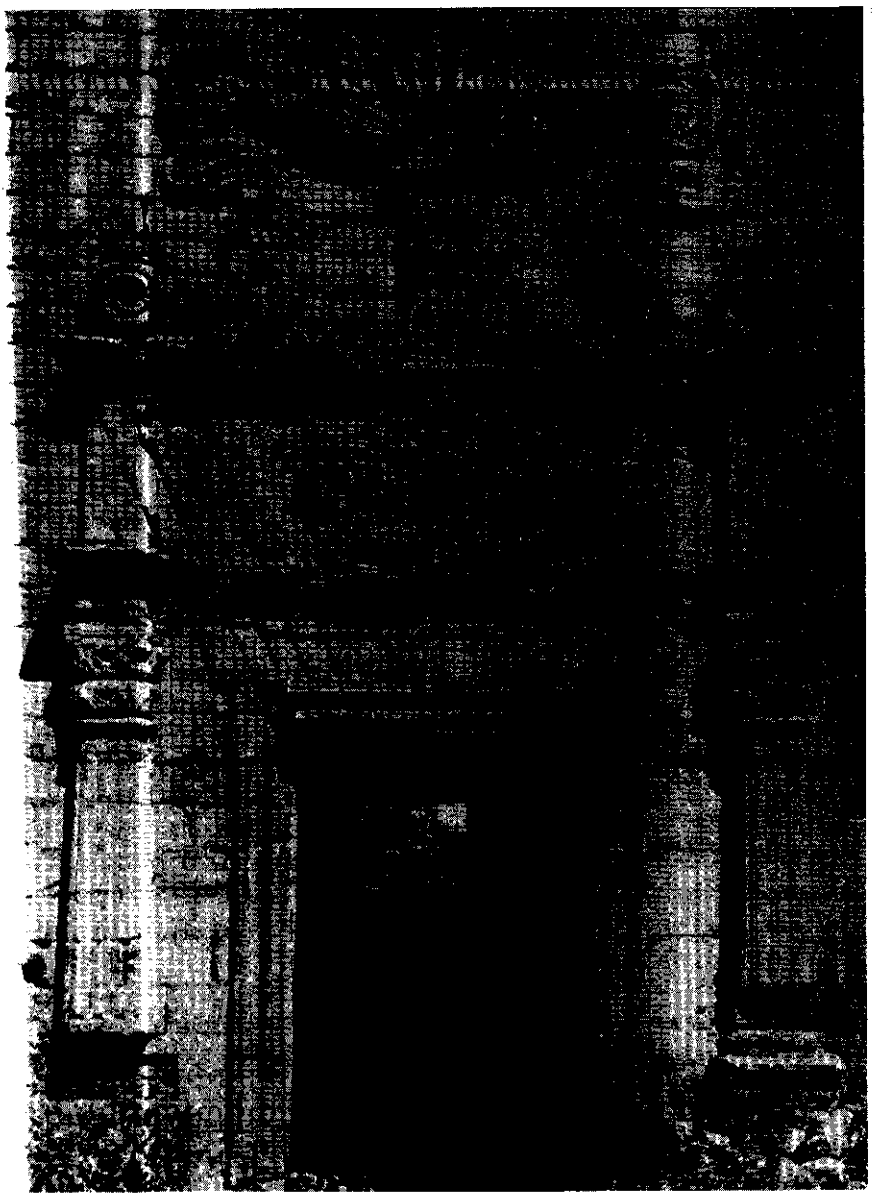
ALONSO DE OVALLE

HISTORICA RELACION DEL REINO DE CHILE

CON LAS PRIMERAS LLUVIAS comienza luego la tierra a vestirse de verde, de manera que dentro de veinte o treinta días se ven los campos cubiertos de yerba y para más hermosura nacen con ellas unas florecitas pequeñas amarillas en tanta abundancia, que parecen las vegas y los valles alfombras de verde y amarillo. Con las lluvias y primeras yerbas del invierno parece que se dispone la tierra al nuevo adorno y hermosura de las flores, con que a mediados de agosto comienza la primavera a hermosearla, las cuales duran hasta que el sol comienza a apretar con sus calores por diciembre, y nacen con tanta abundancia y de tantas especies, que parecen los campos pintados y hacen una hermosísima vista.

Una vez en particular me acuerdo que yendo de camino vi tanta diversidad de estas flores, unas encarnadas, otras azules, amarillas, coloradas, pajizas, moradas columbinas y de otros varios colores, que poniéndome a contarlas movido por la admiración de tanta variedad, como la que se veía, conté hasta cuarenta y dos especies y diferencias en muy poco tiempo; no cuento en este número las domésticas que se cultivan en los jardines y huertos, los claveles, rosas, alelíes, azahar, cinamomo, floripondios, azucenas, amapolas, escobillas, altramuces, granadillo, y otras muchas diferencias de las que se crían como acá en Europa; sólo hablo de las del campo, las cuales son generalmente muy olorosas, y sacan de ellas las aguas que llaman de ángeles, por la suavidad de su fragancia, con la cual llenan el aire de suavísimo olor, el cual se siente más particular cuando sale el sol y se pone, y no ayudan poco a la fragancia de los campos las mismas yerbas, que son muy aromáticas y odoríferas, y suelen mezclar los cogollos de ellas con las mismas flores para destilar las aguas de olor.

No se puede creer la fuerza con que la tierra arroja y produce estas yerbas, que es tanta, que en muchas partes no se distinguen los campos incultos de los mismos sembrados, porque están tan lozanos como si hubieran arado la tierra y dispuéstola para sembrarla; y al paso que se van continuando las lluvias, va ahijando la yerba con tal fuerza y pujanza, que por el mes de noviembre y diciembre se ha espesado ya y entretejidose de manera que rompe un caballo con dificultad por ella, dándole en algunas partes en las cinchas.



Puerta tallada, fotografía de Paul L. Griffin, tomada en la misión Jesús, Paraguay. Reproducida en revista *Américas,* Washington, vol. 33, núm. 1, enero de 1981. p. 23.

La mostaza, nabo, yerbabuena, hinojo y trébol y otras que en Europa veo sembrar y cultivar por la debida estima, que de ellas se hace, nacen en Chile por los campos sin ningún beneficio humano y con tanta abundancia que algunas de ellas se continúan por muchas leguas, y son el pasto más común de los ganados; y la mostaza crece y engruesa tanto, que he visto mucha como el brazo y tan alta y copada que parece árbol, y he andado muchas leguas por mostazales que cubren los hombros a caballo, donde nidifican las aves y se crían pájaros.

Hay muchas yerbas muy medicinales y de grandes virtudes, conocidas solamente de los indios que llaman machis, que son sus médicos, los cuales las ocultan particularmente de los españoles, a quienes por grande amistad comunican la virtud de una u otra, reservando para sí la ciencia de las demás, la cual pasa sólo de padres a hijos; y son estos médicos o machis muy estimados así por los indios como también de los mismos españoles, que los llaman en el mayor aprieto de sus enfermedades, y experimentan admirables curas y efectos que hacen solamente con sus simples, los cuales aplican en mucho menos cantidad a los españoles que a los indios, por no ser de tan robusta complexión como ellos.

La cordillera de Chile, que podemos llamar maravilla de la naturaleza y sin segunda, por que no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca, son unos altos montes que corren de norte a sur. Yo diré ahora lo que sé y he visto en ella. La hace admirable lo primero su inmensa altura.

Esta es tan grande, que gastamos tres o cuatro días en la subida a la cumbre más alta y otros tantos en la bajada; esto es hablando de lo que llamamos cordillera, que si tomamos la corrida de más atrás, podemos decir con verdad que comenzamos a subir desde la orilla del mar, que dista hasta su pie más de cuarenta leguas, porque toda la distancia intermedia es como una prolongada y extendida ladera, a cuya causa corren los ríos con tan gran furia, que algunos parecen canales de molinos, particularmente mientras más vecinos a su nacimiento; y cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y delicado, que apenas y con dificultad basta para la respiración, lo cual obliga a respirar más a prisa y con más fuerza, abriendo la boca más de lo ordinario, como quien va acezado, y aplicamos a ella los pañizuelos, o para dar más cuerpo al aire o para templar su demasiada frialdad y proporcionarle al temperamento que pide el corazón para no ahogarse. Así lo he experimentado todas las veces que he pasado esta altísima sierra.

Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que tal vez andando por la tierra la vemos sin que se atraviese cosa que nos impida

su vista, y levantando los ojos al cielo, no le vemos por impedirle las nubes de que está cubierto, al contrario, hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra sin que podamos divisarla, y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza.

El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies, cuando los que están en él le contemplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquellas peñas enjutas y secas, al mismo tiempo que se desgajan las nubes de aguas e inundan la tierra, como lo he visto muchas veces que, tendiendo la vista hacia abajo, miraba que llovía con gran fuerza, y al mismo tiempo que estaba contemplando de lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en las profundidades de los valles y quebradas, levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire ni pudiese impedir su hermosa vista.

[c. 1643]

BIBLIOGRAFIA

I. ANTOLOGIAS

Ballesteros Gaibrois, Manuel

Escritores de Indias. Selección y prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois. Zaragoza: Editorial Ebro, 1940-1941. 2 vols.

Viajes y viajeros. Madrid: Editorial Aguilar, 1957. 3 vols. (Biblioteca Indiana; libros y fuentes sobre América y Filipinas).

La novedad indiana. Noticias, informaciones y testimonios del Nuevo Mundo. Madrid: Editorial Alhambra, 1987. VI, 433 p.

Becco, Horacio Jorge

Venezuela. Imágenes de cuatro siglos (Testimonios de viajeros). Selección, prólogo y notas de Horacio Jorge Becco. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1983. 258 p. (Colección Viajes y Descripciones, núm. 2).

Cronistas y primitivos historiadores de la Tierra Firme. Selección, prólogo y notas de Horacio Jorge Becco. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1988. 2 vols. (Colección Viajes y Descripciones, núm. 9 y 10).

Bravo-Villasante Carmen

La maravilla de América. Los cronistas de Indias. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985. 254 p.

Carrillo, F.

Cartas y cronistas del descubrimiento y la conquista. Lima: 1987. 252 p. (Enciclopedia Histórica de la Literatura Peruana, núm. 2).

Cobo Borda, Juan Gustavo

Fábulas y leyendas de El Dorado. Prólogo de Arturo Uslar Pietri. Edición de Juan Gustavo Cobo Borda. Barcelona: Tusquets Editores y Círculo de Lectores, 1987. 261 p. (Biblioteca del Nuevo Mundo 1492-1992).

Cruz, Josefina

Cronistas de Indias. Selección y prólogo de Josefina Cruz. Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación, 1970. 132 p. (Los fundadores de la literatura argentina).

Descubrimiento y Conquista de Venezuela (Textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales). Estudio preliminar de Joaquín Gabaldón Márquez. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962. 2 vols. (Fuentes para la Historia colonial de Venezuela; núm. 54 y 55).

Fernández de Navarrete, Martín
Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV ... coordinada e ilustrada por don Martín Fernández de Navarrete. Prólogo de J. Natalicio González. Buenos Aires: Editorial Guaranía, 1945-1946. 5 vols.

Gabaldón Márquez, Joaquín
Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela. Selección y notas de Joaquín Gabaldón Márquez. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1948. 359 p.

Gil, J. y Consuelo Varela
Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas. Madrid: Alianza Editorial, 1984. 359 p. (Alianza Universidad, núm. 398).

León Portilla, Miguel
Crónicas indígenas. Visión de los vencidos. Edición Miguel León Portilla. Madrid: Historia 16, 1985. 197 p. (Crónicas de América).

Cuentos y crónicas de México antiguo. Edición Miguel León Portilla. Madrid: Historia 16, 1986. 241 p. (Crónicas de América).

Loayza, Francisco A.
Los pequeños grandes libros de historia americana. Edición Francisco A. Loayza. Lima: 1941-1948. 16 vols.

Masiá, Angeles
Historiadores de Indias. América del Sur. Antología, estudio preliminar y bibliografía seleccionada por Angeles Masiá. Barcelona: Editorial Bruguera, S.A., 1972. 895 p. (Bruguera Libro Clásico, núm. 72).

Nicolau d'Olwer, Luis
Cronistas de las culturas precolombianas. Antología. Prólogo y notas de Luis Nicolau d'Olwer. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. 756 p. (Biblioteca Americana; Serie Cronistas de Indias, núm. 39).

Oviedo, José Miguel
La edad del oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú. Edición José Miguel Oviedo. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Barcelona: Tusquets y Círculo de Lectores, 1986. 377 p. (Biblioteca del Nuevo Mundo, 1492-1992).

Pérez Friend, María de los Angeles y Adrián Hernández Baño
Coro y Provincia. Testimonios de cuatro siglos (1500-1900). Caracas: Linotipo López, 1990. 93 p.

Porras Barrenechea, Raúl
Los cronistas del Perú (1528-1650). Edición Franklin Pease G. Y. Lima: Banco de Crédito, 1986. XXXVIII, 964 p. (Biblioteca Clásicos del Perú. Ediciones del Centenario).

Rodríguez Castelo, H.
Letras de la Audiencia de Quito (período jesuítico). Edición H. Rodríguez Castelo. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984. LXXXIX, 318 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 112).

Rodríguez Monegal, Emir
Noticias secretas y públicas de América. Edición de Emir Rodríguez Monegal. Barcelona: Tusquets Editores y Círculo de Lectores, 1984, 304 p. (Biblioteca del Nuevo Mundo, 1492-1992).

Romero Carlos A. y Horacio H. Urteaga
Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Edición de Carlos A. Romero y Horacio H. Urteaga. Lima: Primera Serie, 1916-1919, 12 vols.; Segunda Serie, 1920-1934, 10 vols.

Salas, Alberto M.
Crónica florida del mestizaje de las Indias. Buenos Aires: Editorial Losada, 1960.

Para un bestiario de Indias. Buenos Aires: Editorial Losada, 1968. 203 p.

Salas, Alberto M. y Andrés Ramón Vázquez
Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias Meridionales. Textos del siglo XVI. Prólogo de Gonzalo Lozada. 2a. ed. Buenos Aires: Editorial Losada, 1963. 204 p.

Noticias de la tierra nueva. Selección, prólogo, notas y vocabulario de Alberto M. Salas y Andrés R. Vázquez. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964. 127 p.

Tijeras, Eduardo
Crónica de la frontera. Antología de primitivos historiadores de Indias. Barcelona: Ediciones Júcar, 1974. 236 p.

Vannini de Gerulewicz, Marisa
El mar de los descubridores. Selección, introducción, traducción y notas por Marisa Vannini de Gerulewicz. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1989. 243 p. (Colección Viajes y Descripciones, núm. 13).

Vázquez Chamorro, G.
Origen de los mexicanos. Edición de G. Vázquez Chamorro. Madrid: Historia 16, 1987. 243 p. (Crónicas de América).

Venezuela en los cronistas generales de Indias. Estudio Preliminar de Carlos Felice Cardot. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962. 2 vols. (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 53 y 54).

II. OBRAS CONSULTADAS

Acosta, José de
Historia natural y moral de las Indias. Estudio preliminar de Eduardo O'Gorman. México: Fondo de Cultura Económica, 1940. LXXXV, 638 p.

Historia natural y moral de las Indias. Edición de José Alcina Franch. Madrid: Historia 16, 1987. 515 p. (Crónicas de América).

Acuña, Fray Pedro de
Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas (1640). En: Luis Nicolau d'Olwer. *Cronistas de las culturas precolombinas,* p. 669-678. México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

El río de las Amazonas... (En: *Letras de la Audiencia de Quito.* Edición de H. Rodríguez Castelo, p. 36-38. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984).

Aguado, Pedro de
Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. Prólogo, notas y comentarios por Jerónimo Bécker. Madrid: Publicaciones de la Real Academia de la Historia, 1916-1917. 2 vols.

Historia de Venezuela. Prólogo, notas y apéndices por Jerónimo Bécker. Madrid: Publicaciones de la Real Academia de la Historia, 1918-1919. 2 vols.

Alvarado, Pedro de
Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo Reino de Goathemala. México: Editorial Porrúa, 1954.

Anglería, Pedro Mártir de
Décadas del Nuevo Mundo. Traducción de Joaquín Torres de Asencio. Buenos Aires: Editorial Bajel, 1944. LII, 675 p.

Aréizaga, Juan de
Navegación de la armada del comendador Loaysa. (En: Fernández de Oviedo. *Historia general y natural de las Indias...,* Libro XX, caps. VI-VII. Madrid, 1851-1855).

Benavente, Fray Toribio de (Motolinía)
Historia de los indios de la Nueva España. Edición Edmundo O'Gorman. México: Editorial Porrúa, 1984. XVII, 256 p. (Col. Sepan Cuantos..., núm. 129).

Historia de los indios de la Nueva España. Edición Georges Baudot. Madrid: Editorial Castalia, 1985, 404 p. (Clásicos Castalia, núm. 144).

Historia de los indios de la Nueva España. Edición de Giuseppe Bellini. Madrid: Alianza Editorial, 1988. 317 p. (El libro de bolsillo, núm. 1348).

Benzoni, M. Girolamo
La Historia del Nuevo Mundo. Presentación de Joaquín Gabaldón Márquez, traducción y notas de Marisa Vannini de Gerulevicz, estudio preliminar de León Croizat. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1967. XCIV, 297 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia; Fuentes para la historia colonial de Venezuela, núm. 86).

Historia del Nuevo Mundo. Edición Manuel Carrera Díaz. Madrid: Alianza Editorial, 1989. 350 p. (El libro de bolsillo, núm. 1395).

Calancha, Antonio de la
Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú. Edición de Ignacio Prado Pastor. Lima: Universidad de San Marcos, 1983. 6 vols.

Cárdenas, Juan de
Problemas y secretos maravillosos de las Indias. Obra impresa en México por Pedro Ocharte, en 1591, y ahora editada en facsímil. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1945. 246 p.

Problemas y secretos maravillosos de las Indias. Introducción y notas de Angeles Durán. Madrid: Alianza Editorial, 1988. 282 p. (El libro de bolsillo, núm. 1311).

Cardim, Fernão
De los indios costeros, todos de lengua tupi. (En: Luis Nicolau d'Olwer, *Cronistas de las culturas precolombinas,* p. 634-642. México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

Carrió de la Vandera, Alonso (Concolorcorvo)
El lazarillo de ciegos caminantes. Edición, prólogo y notas de Emilio Carilla. Barcelona. Editorial Labor, 1973. 473 p. (Textos hispánicos modernos, núm. 24).

El lazarillo de ciegos caminantes. Introducción, cronología y bibliografía Antonio Lorente Medina. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, XXXII, 316 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 114).

Carvajal, Fray Gaspar de
Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas. Edición, introducción y notas de Jorge Hernández Millares. México: Fondo de Cultura Económica, 1955. 157 p. (Biblioteca Americana; Cronistas de Indias).

Carvajal, Fray Gaspar de, P. de Almesto y A. de Rojas
La aventura del Amazonas. Edición R. Díaz. Madrid: Historia 16, 1986, 253 p. (Crónicas de América).

Carvajal, Jacinto de
Descubrimiento del río Apure. Edición de José Alcina Franch. Madrid: Historia 16, 1985, 254 p. (Crónicas de América).

Casas, Bartolomé de las
Historia de las indias. Edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke. México: Fondo de Cultura Económica, 1951. 3 vols.

Historia de las Indias. Edición André Saint-Lu. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1987. 3 vols.

Cieza de León, Pedro
La crónica del Perú. Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid: Historia 16, 1984. 318 p. (Crónicas de América).

Crónica del Perú. Primera Parte. Introducción F. Pease G. Y. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1984. LIV, 352 p.

Obras completas. Edición Carmelo Sáenz de Santamaría. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984-1985. (Monumenta Hispano-Indiana, V. Centenario del Descubrimiento de América).

Crónica del Perú. Segunda Parte. Edición Francesca Cantú. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1985. 242 p.

El señorío de los Incas. Edición Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid: Historia 16, 1985, 211 p. (Crónicas de América).

Descubrimiento y conquista del Perú. Edición Carmelo Sáenz de Santamaría. Madrid: Historia 16, 1986. 339 p. (Crónicas de América).

Crónica del Perú. Tercera Parte. Edición Francesca Cantú. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1987. CI, 431 p.

Cisneros, Joseph de

Descripción exacta de la Provincia de Venezuela. Presentación de Guillermo Morón, estudio preliminar de Pedro Grases. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1981. 184 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia; Fuentes para la Historia colonial de Venezuela).

Cobo, Bernabé

Historia del Nuevo Mundo. Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos. Madrid: Ediciones Atlas, 1956. 2 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, t. LXXXXI y XCII).

Colón, Cristóbal

Textos y documentos completos. Edición Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial, 1982. LXII, 357 p. (Alianza Universidad, núm. 320).

Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas. Edición J. Gil y Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial, 1984. 359 p. (Alianza Universidad, núm. 398).

Diario de a bordo. Edición Vicente Muñoz Puelles. Madrid: Ediciones Generales Anaya, 1985. 367 p. (Tus Libros, núm. 50).

Los cuatro viajes del Almirante y su testamento. Edición y prólogo Ignacio B. Anzoátegui. 9a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1986. 221 p. (Colección Austral, núm. 633).

Los cuatro viajes. Edición Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial, 1986. 304 p. (El libro de bolsillo, núm. 1149).

Cortés, Hernán

Cartas de relación de la conquista de México. 7a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1982. 300 p. (Colección Austral, núm. 547).

Cartas de relación. Edición Mario Hernández Sánchez-Barba. Madrid: Historia 16, 1985. 437 p. (Crónicas de América).

Díaz de Guzmán, Ruy

La Argentina: historia de la provincias del Río de la Plata. Noticia preliminar de Enrique de Gandía. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1945. 225 p. (Colección Austral).

La Argentina. Edición Enrique de Gandía. Madrid: Historia 16, 1986. 279 p. (Crónicas de América).

Díaz del Castillo, Bernal

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Edición Carmelo Sáenz de Santamaría. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982. XXXVII, 627, 91 p. (Monumenta Hispano-Indiana, V Centenario del Descubrimiento de América). 2 vols.

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Edición Miguel León Portilla. Madrid: Historia 16, 1984. 2 vols. (Crónicas de América).

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo

Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano. Estudio históricod de José Amador de los Ríos. Madrid: Real Academia de Historia, 1851-1855. 4 vols.

Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Prólogo de J. Natalicio González, notas de Amador de los Ríos. Asunción del Paraguay, Editorial Guarania, 1945. 14 vols.

Sumario de la natural historia de las Indias. Edición, introducción y notas de José Miranda. México: Fondo de Cultura Económica, 1950. 279 p. (Biblioteca Americana).

Sumario de la natural historia de las Indias. Edición Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid: Historia 16, 1986. 181 p. (Crónicas de América).

Guamán Poma de Ayala, Felipe

Nueva corónica y buen gobierno. Edición John V. Murra, Rolena Adorno y Jorge L. Urioste. México: Siglo XXI, 1980. 3 vols.

Nueva corónica y buen gobierno. Transcripción, prólogo, notas y cronología de Franklin Pease. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980. 2 vols. (Biblioteca Ayacucho, núms. 75 y 76).

Gumilla, José

El Orinoco ilustrado y defendido. Estudios preliminares por José Nucete Sardi y Demetrio Ramos. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963. CXXXVIII, 519 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: Fuentes para la Historia colonial de Venezuela, núm. 68).

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro

Historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de las Indias. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1904-1925. 6 vols. (Colección de libros y documentos referentes a la historia de América).

Inca Garcilaso de la Vega
Comentarios Reales de los Incas. Edición al cuidado de Angel Rosenblat, prólogo de Ricardo Rojas. Buenos Aires: Emecé Editores, 1945. 2 vols.

Historia general del Perú. (Segunda parte de los Comentarios Reales de los Incas). Edición al cuidado de Angel Rosenblat... Elogio del autor por José de la Riva Agüero, con un glosario de voces indígenas. Buenos Aires: Emecé Editores, 1944. 3 vols.

La Florida del Inca. Historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del Reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios, escrita por el ... capitán de Su Majestad, natural de la ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos y provincias del Perú. Prólogo de Aurelio Miró Quesada, estudio bibliográfico de José Durand. Edición y notas de Emma Susana Sperati Piñero. México: Fondo de Cultura Económica, 1956. LXXXV, 471 p.

Comentarios Reales de los Incas. Prólogo, edición y cronología de Aurelio Miró Quesada. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976. 2 vols. (Biblioteca Ayacucho, núms. 5 y 6).

Comentarios Reales de los Incas. Prólogo Alejandro Miró Quesada. Edición C. Pacheco Vélez. Lima: Banco de Crédito, 1985. LV, 518 p. (Biblioteca Clásicos del Perú, Ediciones del Centenario). Incluye bibliografía por Alberto Tauro.

La Florida. Edición de C. de Mora Valcárcel. Madrid: Alianza Editorial, 1988. 600 p. (Alianza Universitaria, núm. 519).

Jiménez de Quesada, Gonzalo
El Nuevo Reino de Granada (En: *Crónica Grande del Río de la Magdalena,* recopilación, notas y advertencias de Aníbal Noguera. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1980, 2 vols.).

Ladrillero, Juan
Descripción de la costa del mar Océano, desde al sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes inclusive (1557-1558). (En: Pablo Pastells, *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes,* p. 338-367. Madrid: 1920. Biblioteca Hispanoamericana).

Landa, Fray Diego de
Relación de las cosas de Yucatán. Edición M. Rivera, Madrid: Historia 16, 1985. 187 p. (Crónicas de América).

Relación de las cosas de Yucatán. Edición Angel María Garibay. México: Editorial Porrúa, 1986. XIV, 252 p. (Biblioteca Porrúa, núm. 13).

Léry, Jean de
Viagem à terra do Brasil. Traducción de Sérgio Milliet. São Paulo: Livraria Martins, 1941.

Journal de bord de Jean de Léry en la terre de Brésil. Présenté et commenté par J.R. Mayeux. Paris: Editions de Paris, 1957.

López de Gomara, Francisco
Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés. Edición Jorge Gurriá Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979. XXXIII, 373 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 64).

Historia de la conquista de México. Edición Jorge Gurriá Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979. XXXIX, 402 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 65).

La conquista de México. Edición José Luis de Rojas. Madrid: Historia 16, 1987. 502 p. (Crónicas de América).

Historia de la conquista de México. Edición J. Miralles Ostos. México: Editorial Porrúa, 1988. LXIV, 349 p. (Colección Sepan Cuantos, núm. 566).

Mercado, Pedro
Varias clases de hormigas... (En: *Letras de la Audiencia de Quito (período colonial).* Edición de M. Rodríguez Castelo, p. 21-22. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984).

Núñez Cabeza de Vaca, Alvar
Naufragios y relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez. Edición Pier L. Crovetto. Milan: Cisalpina-Goliardica, 1984. 164 p.

Naufragios y comentarios. Edición Roberto Ferrando. Madrid: Historia 16, 1984. 414 p. (Crónicas de América).

Naufragios. Edición Trinidad Barrera. Madrid: Alianza Editorial, 1985. 181 p. (El libro de bolsillo, núm. 1143).

La "Relación" o "Naufragios". Edición Martín A. Favata y José B. Fernández. Potomac Scripta Humanística, 1986. XIX, 172 p.

Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco
Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1863. (Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, t. III).

Ovalles, Alonso de
Histórica relación del Reino de Chile. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1974.

Oviedo y Baños, José A.
Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela. Caracas: Fundación CADAFE, 1982. 2 vols.

Pané, Fray Ramón
Relación acerca de las antigüedades de los indios: el primer tratado escrito en América. Nueva versión, con notas, mapas y apéndices por José Juan Arrom. México, Siglo XXI, 1987.

Relació sobre les Antiguitats dels Indis. Nova versió amb notes, mapa y apéndixs per José Juan Arrom. Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1990. 150 p. (Comissio Amèrica i Catalunya, 1992).

Pérez de Ribas, Andrés
Historia de los triunfos de nuestra santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe. Reimpresa por Luis Alvarez y Alvarez de la Cadena. Prólogo de Raúl Cervantes Ahumada. México: 1944. 3 vols. (Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora).

Pigafetta, Antonio
Primer viaje alrededor del mundo. Edición Leoncio Cabrero. Madrid: Historia 16, 1985. 223 p. (Crónicas de América).

Raleigh, Walter
El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana. Prólogo, traducción y notas de Antonio Requena, con notas complementarias de Demetrio Ramos Pérez. Caracas: Ediciones Juvenal Herrera, 1986. 164 p.

Ribera, Hernando de
Relación... (En: Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y comentarios,* p. 227-233. Madrid: Espasa-Calpe, 1985).

Rodríguez Freyle, Juan
El carnero. Edición Daría Achury Valenzuela. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979. LXXXVII, 592 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 66).

El carnero. Edición Mario Germán Romero. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo, 1984. LXXIV, 348 p. (Biblioteca Colombiana, núm. 21).

Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada. Edición Jaime Delgado. Madrid: Historia 16, 1986. 322 p. (Crónicas de América).

Sahagún, Fray Bernardino de
Historia general de las cosas de Nueva España. Escrita por...franciscano y fundada en la documentación en lengua mexicana recogida por los mismos naturales. La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices de Angel María Garibay K. México: Editorial Porrúa, 1956. 4 vols.

El México antiguo. Edición José Luis Martínez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981. CV, 429 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 80).

Hablan los aztecas. Historia general de las cosas de Nueva España. Fray Bernardino de Sahagún y los informantes aztecas. Edición C. Litterscheid, prólogo de Juan Rulfo. Barcelona: Tusquets y Círculo de Lectores, 1985. 257 p.

Sancho de la Hoz, Pedro
Descripción de la ciudad del Cuzco... (En: Eduardo Tijeras, *Crónica de la frontera. Antología de primitivos historiadores de Indias,* p. 199-204. Barcelona: Ediciones Júcar, 1974).

Santa Gertrudis, Fray Juan de
Maravillas de la naturaleza. Ensayos introductorios de Luis Duque Gómez y Jesús García Pastor. Bogotá: Banco Popular, 1970. 4 vols.

Schmildel, Ulrich
Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil. Reproducción y versión paleográfica del manuscrito de Stuttgart, traducido al castellano por Edmundo Wernicke, con anotaciones críticas, precedido todo de estudios publicados en Alemania y Argentina. Advertencia de Emilio Ravignani. Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1948. XLXXVI, 533 p.

Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay. (1534-1554). Edición Klaus Wagner. Madrid: Alianza Editorial, 1986. 127 p. (El libro de bolsillo, núm. 1170).

Sigüenza y Góngora, Carlos de
Seis Obras. Prólogo de Irving M. J. Leonard, edición, notas y cronología de William C. Bryant. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1948. XXXIII, 434 p. (Biblioteca Ayacucho, núm. 106).

Staden, Hans
Vera historia y descripción de un país de las salvajes y desnudas feroces gentes devoradoras de hombres situado en el Nuevo Mundo América. Traducción y comentarios de Edmundo Wernicke. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Museo Etnográfico, 1944. XVIII, 171 p. (Biblioteca de Fuentes, I).

Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos feroces y caníbales. Edición y estudio de Josefina Palop. Madrid: Editorial Aguilar, 1962. p. 199-266. (Biblioteca Indiana, núm. 13).

Viviendo con los caníbales. Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1983.

Tello, Fray Antonio
De los indios de los valles de las vacas. (En: Luis Nicolau d'Olwer, *Cronistas de las culturas precolombinas,* p. 336-340. México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

Vázquez de Espinosa, Antonio
Compendio y descripción de las Indias Occidentales. Transcripto del manuscrito original por Charles Upson Clark. Washington, Smithsonian Institution, 1948. XII, 801 p. (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 108).

Vespucio, Américo
El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos. Texto en italiano, español e inglés. Estudido preliminar de Roberto Levillier, Buenos Aires: Editorial Nova, 1951. 342 p.

El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos. Transl. A. María R. de Aznar. Madrid: Ediciones Akal, 1985. 143 p. (Colección Akal bolsillo, núm. 128).

Cartas de viaje. Edición Luciano Formisano. Madrid: Alianza Editorial, 1987. 137 p. (El libro de bolsillo, núm. 1215).

Xerez, Francisco de
La conquista del Perú. Madrid: Editorial El Crotalón, 1983. 62 p. (Edición facsímilar).

Verdadera relación de la conquista del Perú. Edición Carmen Bravo-Villasante. Madrid: Historia 16, 1985. 206 p. (Crónicas de América).

INDICE

LA INVENCIÓN DE AMÉRICA
O LA TIERRA NUEVA, por *José Ramón Medina* IX

FABULACIÓN IMAGINERA Y UTOPÍA
DEL NUEVO CONTINENTE, por *Horacio Jorge Becco* XVII

BREVE PERFIL DE LOS CRONISTAS.
BIBLIOGRAFÍA Y ANÁLISIS DE TEMAS BÁSICOS XLV

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN CXV

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

CRISTOBAL COLON
Diario del primer viaje (1492) 3
La primera visión de la Tierra Firme 16

AMERICO VESPUCIO
Carta del 18 de Julio de 1500 23
El Nuevo Mundo (¿1503?). Naturaleza
y costumbres de aquella gente 27
La aventura 30

FRAY RAMON PANE
Tradiciones y creencias de la isla de Haití 32

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO
De otras muchas particularidades, y algunas de ellas muy notables, de la isla de Cubagua... 37
El cual trata de la manera que los indios y aún los cristianos tienen para tomar y pescar las perlas 40

UNA NATURALEZA DESBORDANTE

BARTOLOME DE LAS CASAS
Muerte Infernal 47

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA
Abundancia de anguilas. Precocidad de los animales. Arbol de la canela. Plátanos 50
Arboles sedosos. Utilidades del bejuco. Plagas de mosquitos. Remedio en los cucuyos 52
De la luz que dan los cucuyos y cómo se aprovechaba. Culebrillas malignas. Las Amazonas 55

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE "MOTOLINIA"
De la abundancia de ríos y aguas que hay en estos montes, en especial de dos muy notables fuentes; y de otras particularidades y calidades de estos montes y de cómo los tigres y leones han muerto mucha gente 59
Del árbol o cardo llamado maguey y de muchas cosas que de él se hacen, así de comer como de beber, calzar y vestir, y de sus propiedades 63

BERNARDINO DE SAHAGUN
Hierbas que emborrachan 66
La esmeralda 66
Los Chalchihuites 67
El cristal y el ámbar 67
La piedra de navajas 67
La piedra de sangre 68
Las piedras de que se hacen los espejos 68
La piedra luciérnaga 70

JOSE LUIS DE CISNEROS
Descripción de unas orquídeas 71

FRAY PEDRO DE AGUADO
La ponzoñosa yerba de Nueva Granada 72

JOSE DE ACOSTA
Que dentro de los trópicos,
las aguas son en el estío o tiempo
de calor, y de la cuenta del verano e invierno 73
De algunos efectos maravillosos
de vientos en partes de Indias 74
De diversas fuentes y manantiales 76
De los volcanes o bocas de fuego 77
De las esmeraldas 78
Del chicozapote, y de las anonas y de los capolíes 79
De diversos géneros de frutales, y de los cocos
y almendras de Andes, y almendras chachapoyas 80

JUAN DE CARDENAS
Problemas y secretos maravillosos de las Indias 82
La excelente y famosa planta del piciete 84

ANTONIO VAZQUEZ DE ESPINOSA
De las extraordinarias frutas que hay
en las indias, y de las que hay en la isla Trinidad 87
En que prosigue la descripción
de las frutas y de otras cosas 89

ANTONIO DE LA CALANCHA
Maravillosos secretos 92

TIERRA SIN HORIZONTE

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA
Como llegamos a Apalache 95
De la manera que es la tierra 95
De la refriega que nos dieron los indios 98
De lo que acaeció a Lope de Oviedo con unos indios 101
Como los indios nos trajeron de comer 102
De cómo nos huimos 104
De cómo curamos aquí unos dolientes 105
Cómo otro día nos trajeron otros enfermos 106

FRAY ANTONIO TELLO
De los indios de los llanos de las vacas 111

MESOAMERICA Y SUS GRANDES CULTURAS

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO
México y la laguna desde el gran templo de Tlaltelolco 117
Perfil de Moctezuma 118

HERNAN CORTES
Esta gran ciudad de Temixtitan 121
Tlaxcala 129
Cholula 131
Llegada a México 132

PEDRO DE ALVARADO
Guatemala 135
Fundación de Guatemala o Santiago 136

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE "MOTOLINIA"
De la forma y manera de los teucales y de su muchedumbre y de uno que había más principal 138
De las muchas supersticiones y hechicerías que tenían los indios, y de cuan aprovechados están en la fe 140
De los nombres que México tuvo, y de quien dicen que fueron sus fundadores; y del estado y grandeza del señor de ella, llamado Moteczuma 141

M. GIROLAMO BENZONI
Hacia el desaguadero de Nicaragua 148
Los huevos de cocodrilo, las iguanas y el manatí 148
Costumbres, lengua y fauna de la provincia de Suere 149
Murciélagos 149
Benzoni regresa a nombre de Dios 150
De cómo Francisco Montejo pobló a Yucatán 150
Descripción de Yucatán 151
Descripción de la Provincia de Honduras 151
Descripción de Nicaragua. Productos 152
El Cacao 152
Costumbres 153
Ciudades 154
Un volcán de oro 154
Guatemala 154
Descripción de la Provincia de Guatemala 155

PEDRO CIEZA DE LEON
De la Ciudad de Panamá y de su Fundación 156

FRAY DIEGO DE LANDA
Oficios de los sacerdotes 159
Vestidos y adornos de las indias de Yucatán 159

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Descubrimiento de la Mar del Sur 161
Costumbres de Nicaragua 163
Calidad de la Tierra de Nicaragua 165
El volcán de Nicaragua, que llaman Masaya 166
Los ritos de chicoranos 167

ANDRES PEREZ DE RIBAS
Hechizos, supersticiones y sermones 170

CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Infortunios de Alonso Ramírez 173
Pónense en compendio los robos y crueldades que hicieron estos piratas en mar y tierra hasta llegar a América 177
Sed, hambre, enfermedades, muertes con que fueron atribulados en esta costa; hallan inopinadamente gente católica y saben estar en tierra firme de Yucatán en la septentrional América 184

BESTIARIO DE INDIAS

AMERICO VESPUCIO
La iguana 193

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO
Los peces voladores 195
El peje reverso 196
El tucán o picudo 197
De tres animales notables que se han visto en la Tierra-Firme, los dos de ellos en la provincia de Paria, y el tercero en la misma tierra y otras partes 197
De los hombres marinos que hay en la mar 200

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA
Fábula de hombres con rabo 202
Monstruos marinos 202
Cueva misteriosa. Vegetales medicinales. Más sobre el pez pescador y sobre la isla de Amazonas 203
Isla abundante de sal y de peces. Aguas de ríos medicinales. Sitios de mucha pesca. Onocrótalos 205

BERNARDINO DE SAHAGUN
Los colibris 209
Una culebra o serpiente del agua muy monstruosa en ferocidad y obras 209
La Zolcóatl 210
La culebra de dos cabezas 211
El quetzal 211

JOSE DE ACOSTA
De los micos o monos de indias 214
De diversos pescados y modos de pescar de los indios 215
De las vicuñas y tarugas del Perú 218
De los pacos y guanacos y carneros del Perú 219

FERNÃO CARDIM
Los "Hombres Marinos", monstruos del mar 222

GUTIERREZ DE SANTA CLARA
Pesca real 223
Aves sin plumas 223

INCA GARCILASO DE LA VEGA
Del ganado bravo y de otras sabandijas 225
De cuatro ríos famosos y del pescado que en los del Perú se cría 226

BERNABE COBO
El peje-unicornio 230

PEDRO MERCADO
Varios géneros de hormigas, unas que causan gusto y otras que dan pesadumbre 231

JOSE GUMILLA
Los caimanes 233
Los caribes 234

Las tortugas 234
Peces ponzoñosos 236

TIERRA FIRME

GONZALO JIMENEZ DE QUESADA
El nuevo reino de Granada 243

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Costumbres de Cumaná 246

SIR WALTER RALEIGH
Los Ewaipanoma que tienen los ojos en los hombros 248

JACINTO DE CARVAJAL
Jornada decimotercera en la cual se prosigue con el descubrimiento del celebrado Río de Apure 252

JOSE DE OVIEDO Y BAÑOS
Del sitio y calidades de la Provincia de Venezuela 256

JOSE GUMILLA
Del mortal veneno llamado curare: raro modo de fabricarlo 260

FRAY JUAN DE SANTA GERTRUDIS
Historia de Juan Quiñones 263

EL IMPERIO ANDINO

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO
El cacique o rey dorado 267

PEDRO SANCHO DE LA HOZ
Descripción de la ciudad del Cuzco y de su admirable fortaleza y de las costumbres de sus habitantes 269
Descripción de los puentes que los indios acostumbraban hacer para pasar los ríos 271

FRANCISCO DE XEREZ
Cajamarca 274

PEDRO CIEZA DE LEON
Esta tierra del Perú 275
Del camino que hay entre la ciudad de San Sebastián y la ciudad de Antiocha, y las sierras, montañas y ríos y otras cosas que allí hay, y cómo y en qué tiempo se puede andar 276
El lago Titicaca 278
Del pueblo de Tiahuanaco y de los edificios tan grandes y antiguos que en él se ven 279

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
La calidad y temple del Perú 283
Cosas notables que hay y que no hay en el Perú 285

JOSE DE ACOSTA
Del cerro de Potosí y de su descubrimiento 288
De los bailes y fiestas de los indios 289

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva coronica y buen gobierno 293

INCA GARCILASO DE LA VEGA
La descripción del templo del Sol y sus grandes riquezas 295
Las cosas que sacrificaban al Sol 297
Del claustro del templo y de los aposentos de la luna y estrellas, trueno y relámpago y arco del cielo 299
El oro y plata y otras cosas de estima no eran de tributo, sino presentadas 301
La fortaleza del Cuzco; el grandor de las piedras 302
Contaban por hilos y nudos; había gran fidelidad en los contadores 305
Relato de Pedro Serrano abandonado en una isla desierta 307

JUAN RODRIGUEZ FREYLE
Cuéntase, asimismo el orden y estilo que tenían de nombrar caciques o reyes y dónde se originó este nombre engañoso del Dorado con los demás que verá el curioso, etc. 311

ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
Chuquisaca o La Plata 314
Puente de Abancay 317

Fiesta Sagrada 318
Fiesta Profana 319

LOS GRANDES RIOS

ANTONIO PIGAFETTA
El Brasil y sus habitantes 325

ULRICO SCHMIDEL
De la ciudad de Buenos Aires y los indios querandíes 327
Batalla con los querandíes 328
De cómo se fortificó la ciudad de Buenos Aires y el hambre que se padeció 328
Del río Paraguay y de los pueblos curemaguás y agaces 329
De los pueblos carios 330
Llegan a los jarayes, donde son recibidos y tratados generosamente 331
Descripción de las mujeres amazonas, salimos en su busca y llegamos a los siberis y orthueses 333

FRAY GASPAR DE CARVAJAL
La buena tierra y su señorío de las amazonas 335
Noticias de las amazonas 336

HERNANDO DE RIVERA
Relación 339

HANS STADEN
Viviendo con los caníbales 343

JEAN DE LERY
Los tupinambos 347

RUY DIAZ DE GUZMAN
La Maldonada y la leona 354

FERNÃO CARDIM
De los indios costeros, todos de lengua tupí 355
Los salvajes guaimurés (guamurés o aymorés) 356

CRISTOBAL DE ACUÑA
El Río de las Amazonas es el mayor del Orbe 359
Nacimiento del Río de las Amazonas 360

De sus ritos, y dioses que adoran 360
Multitud de gente y de diferentes naciones 361
Armas de que usan los indios 362
Su comercio es por agua, en canoas 364
Las herramientas que usan 364
Provincia de los aguas 365
Uso de los esclavos que cautivan 366

ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
Gauderios 367
Descripción lacónica de la Provincia de Tucumán 368

MIRANDO AL PACIFICO Y EL EXTREMO SUR

AMERICO VESPUCIO
Los patagones 377

ANTONIO PIGAFETTA
Descubrimiento del Estrecho 381
Patagones 383

JUAN DE AREIZAGA
Los gigantes patagones 386

JUAN LADRILLERO
Descripción de los indios patagones 391
Entrando al Estrecho por el Oeste. Indios barbados 392
Bahía de Nuestra Señora del Valle (Indios Chonos) 392

FRANCISCO NUÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN
Una fiesta 394

ALONSO DE OVALLE
Histórica relación del Reino de Chile 397

BIBLIOGRAFIA
I. Antologías 405
II. Obras consultadas 408

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel - Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Voragine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina, S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
Teatro Rioplatense
(1886 - 1930)
Prólogo: David Viñas
Selección y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Russotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO F. SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Silvia Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres - Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achugar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes, cronología y bibliografía:
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala.
El Alhajadito. El Señor Presidente)
Introducción: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología:
Eduardo Camacho Guizado
y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación
(1790-1825)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antônio Candido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología:
Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos - Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología:
Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, compilación, estudios
introductorios, versión de textos
y cronología: Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabularios
y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, compilación, prólogo
y cronología: Margot Arce de Vásquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASIS
Cuentos
Prólogo y selección: Alfredo Bosi
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La Utopía de América
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama
y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria (1918-1930)
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo y cronología: Cintio Vitier
Selección y notas: Cintio Vitier
y Fina García Marruz

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas - La Creación
de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama
Traducción: Ana María Juilliand

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del
Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología:
Juan Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha. El triste fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología:
José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLODO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo, notas y cronología:
Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
(Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro
Traducciones: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Enrique Ballón Aguirre

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva - Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea - Allá lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias
y Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperin Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación
de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios,
notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas
y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo, notas
y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, traducción, notas
y cronología: Edmundo Bendezú Aybar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología:
Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas
y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Santiago Kovadloff,
Héctor Olea y Márgara Russotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo, notas y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA
CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas
y cronología: Philip L. Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo:
José Luis Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel
y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
Antonio Candido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas
y cronología: Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico
y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: Las voces
de la palabra: Julieta Fombona
Bibliografía: Horacio Jorge Becco
y Rafael Angel Rivas

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Jorge Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social - Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila
y Josefina Rodríguez de Alonso
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre
Bibliografía: Rafael Angel Rivas Dugarte

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Edición y cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las Grandes Elegías y Otros Poemas
Selección, prólogo, notas
y cronología: Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra - Prosas y Poemas
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una Excursión a los Indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología:
Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William C. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas
y cronología: Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de las Indias
Edición, prólogo, notas
y cronología: Andrés Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas - Lope de Aguirre
Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía: Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas
y cronología: Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El Lazarillo de Ciegos Caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y Cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología
y bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre Héroes y Tumbas
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph - El Informe de Brodie
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La Crítica de la Cultura en América Latina
Selección y prólogo: Saúl Sosnowski
y Tomás Eloy Martínez
Cronología y bibliografía:
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Prólogo: Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo:
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Prólogo, cronología y bibliografía:
Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y Ensayos
Selección y prólogo:
Oswaldo Larrazábal Henríquez
Cronología y bibliografía:
Roberto J. Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del Paraíso
Prólogo: Francisco de Assis Barbosa
Cronología: Arlinda Da Rocha Nogueira
Bibliografía: Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque
de Holanda: Estela Dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología:
Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin Destino y Otros Ensayos
Selección: Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo: Mario Briceño-Iragorry
Cronología: Elvira Macht de Vera
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

127-128
JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un Venezolano
de la Decadencia
Prólogo y cronología:
Jesús Sanoja Hernández
Bibliografía: Roberto J. Lovera De-Sola

129
FRANCISCO BILBAO
El Evangelio Americano
Selección, prólogo y bibliografía:
Alejandro Witker
Cronología: Leopolodo Benavides

130
JUAN MARINELLO
Obras Martianas
Selección y prólogo: Ramón Losada Aldana
Cronología y bibliografía:
Trinidad Pérez y Pedro Simón

131
HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA
Obra Poética
Prólogo, cronología y bibliografía:
Ana María del Re

132
Manifiestos, Proclamas y Polémicas de la
Vanguardia Literaria Hispanoamericana
Edición, prólogo y cronología:
Nelson Osorio

133
Pensamiento Político de la Emancipación
Compilación, prólogo y cronología:
Pedro Grases
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

134
AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento Político
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Sergio Ramírez

135
LUIS ALBERTO SANCHEZ
La Vida del Siglo
Compilación, prólogo y notas:
Hugo García Salvatecci
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

136
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra Literaria Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Julio César López

137
Cancionero Rioplatense
Edición, prólogo, selección, notas,
bibliografía y apéndices:
Clara Rey de Guido y Walter Guido

138
Relatos Venezolanos del Siglo XX
Selección, prólogo, notas y bibliografía:
Gabriel Jiménez Emán

139
VENTURA GARCIA CALDERON
Obra Literaria Selecta
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

140
Viajeros Hispanoamericanos
Selección, prólogo y bibliografía:
Estuardo Núñez

141
VICENTE HUIDOBRO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Luis Navarrete Orta

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Hugo Verani

143
SALVADOR GARMENDIA
Los Pequeños Seres - Memorias
de Altagracia y Otros Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Oscar Rodríguez Ortiz

144
PEDRO GRASES
Escritos Selectos
Presentación: Arturo Uslar Pietri
Selección y prólogo: Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

145
PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
Más Arriba del Reino -
La Otra Raya del Tigre
Prólogo, cronología y bibliografía:
Jorge Eliécer Ruiz

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y Aflicciones
Selección y prólogo:
Luis Alberto Crespo
Cronología y bibliografía:
Antonio López Ortega

147
JOSE MARIA HEREDIA
Niágara y Otros Textos
(Poesía y Prosa Selectas)
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Angel Augier

148
GABRIEL GARCIA MARQUEZ
Cien Años de Soledad - El Coronel no Tiene Quien le Escriba.
Prólogo: Agustín Cueva
Cronología y bibliografía: Patricia Rubio

149
CARLOS FUENTES
La Muerte de Artemio Cruz - Aura
Prólogo: Jean Paul Borel
Cronología y bibliografía: Wilfrido H. Corral

150
SIMON RODRIGUEZ
Sociedades Americanas
Prólogo: Juan David García Bacca
Edición y notas: Oscar Rodríguez Ortiz
Cronología: Fabio Morales
Bibliografía: Roberto J. Lovera-De Sola

151
GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres Tristes Tigres
Prólogo y cronología:
Guillermo Cabrera Infante
Bibliografía: Patricia Rubio

152
GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Mary Cruz

153
ISAAC J. PARDO
Fuegos Bajo el Agua
Prólogo: Juan David García Bacca
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

154
Poesía Colonial Hispanoamericana
Selección, prólogo y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

155
El Anarquismo en América Latina
Selección y notas: Carlos M. Rama
y Angel J. Cappelletti
Prólogo y cronología: Angel J. Cappelletti

156
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
Diferencias y Semejanzas entre los Países de América Latina
Prólogo: Liliana Weinberg de Magis
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

157
JOSE DONOSO
El Lugar sin Límites - El Obsceno Pájaro de la Noche
Prólogo, cronología
y bibliografía: Hugo Achugar

158
GERMAN ARCINIEGAS
América, Tierra Firme y Otros Ensayos
Prólogo: Pedro Gómez Valderrama
Cronología y bibliografía:
Juan Gustavo Cobo Borda

159
MARIO VARGAS LLOSA
La Guerra del Fin del Mundo
Prólogo y bibliografía: José Miguel Oviedo
Cronología: José Miguel Oviedo
y María del Carmen Ghezzi

160
LEOPOLDO ZEA
La Filosofía como Compromiso de Liberación
Prólogo, cronología y bibliografía:
Liliana Weinberg de Magis y Mario Magallón

161
ELISEO DIEGO
Poesía y Prosa Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Aramís Quintero

162
ANTONIO CANDIDO
Crítica Radical
Selección, notas, cronología
y bibliografía: Márgara Russotto
Prólogo: Agustín Martínez

163
ALFONSO REYES
Ultima Tule y Otros Ensayos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Rafael Gutiérrez Girardot

164
LAUREANO VALLENILLA LANZ
Cesarismo Democrático y Otros Textos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Nikita Harwich Vallenilla

165
MARIANO AZUELA
Los de Abajo - La Luciérnaga
y Otros Textos
Selección, prólogo, y bibliografía:
Arturo Azuela
Cronología: Jorge Ruffinelli

166
JUAN LISCANO
Fundaciones, Vencimientos y Contiendas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Oscar Rodríguez Ortiz

167
JOAQUIM NABUCO
Un Estadista del Imperio y Otros Textos
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Francisco Iglesias

168
JULIO ORTEGA
Una Poética del Cambio
Prólogo: José Lezama Lima
Cronología y bibliografía: Lourdes Blanco

169
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Edmundo Ribadeneira M.

170
ESTEBAN ECHEVERRIA
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Beatriz Sarlo
y Carlos Altamirano

171
JORGE AMADO
Cacao - Gabriela, Clavo y Canela
Prólogo, cronología
y bibliografía: José Paulo Paes
Traducción: Estela Dos Santos
y Haydée Joffre Barroso

172
PABLO ANTONIO CUADRA
Poesía Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Jorge Eduardo Arellano

173-174
FRAY PEDRO SIMON
Noticias Historiales de Venezuela
Prólogo: Guillermo Morón
Reconstrucción del texto y notas:
Demetrio Ramos Pérez
Cronología y bibliografía:
Roberto J. Lovera-De Sola

175
JOSE OVIEDO Y BAÑOS
Historia de la Conquista y Población
de la Provincia de Venezuela
Prólogo: Tomás Eloy Martínez
y Susana Rotker
Notas: Alicia Ríos
Cronología: Tomás Eloy Martínez
Bibliografía: Tomás Eloy Martínez
y Alicia Ríos

Este volumen, el CLXXVI de la BIBLIOTECA AYACUCHO, se terminó de imprimir en Caracas (Venezuela), el día 7 de julio de 1993, en los Talleres de Editorial Ex Libris. La edición consta de 4.000 ejemplares (2.000 rústicos y 2.000) empastados)